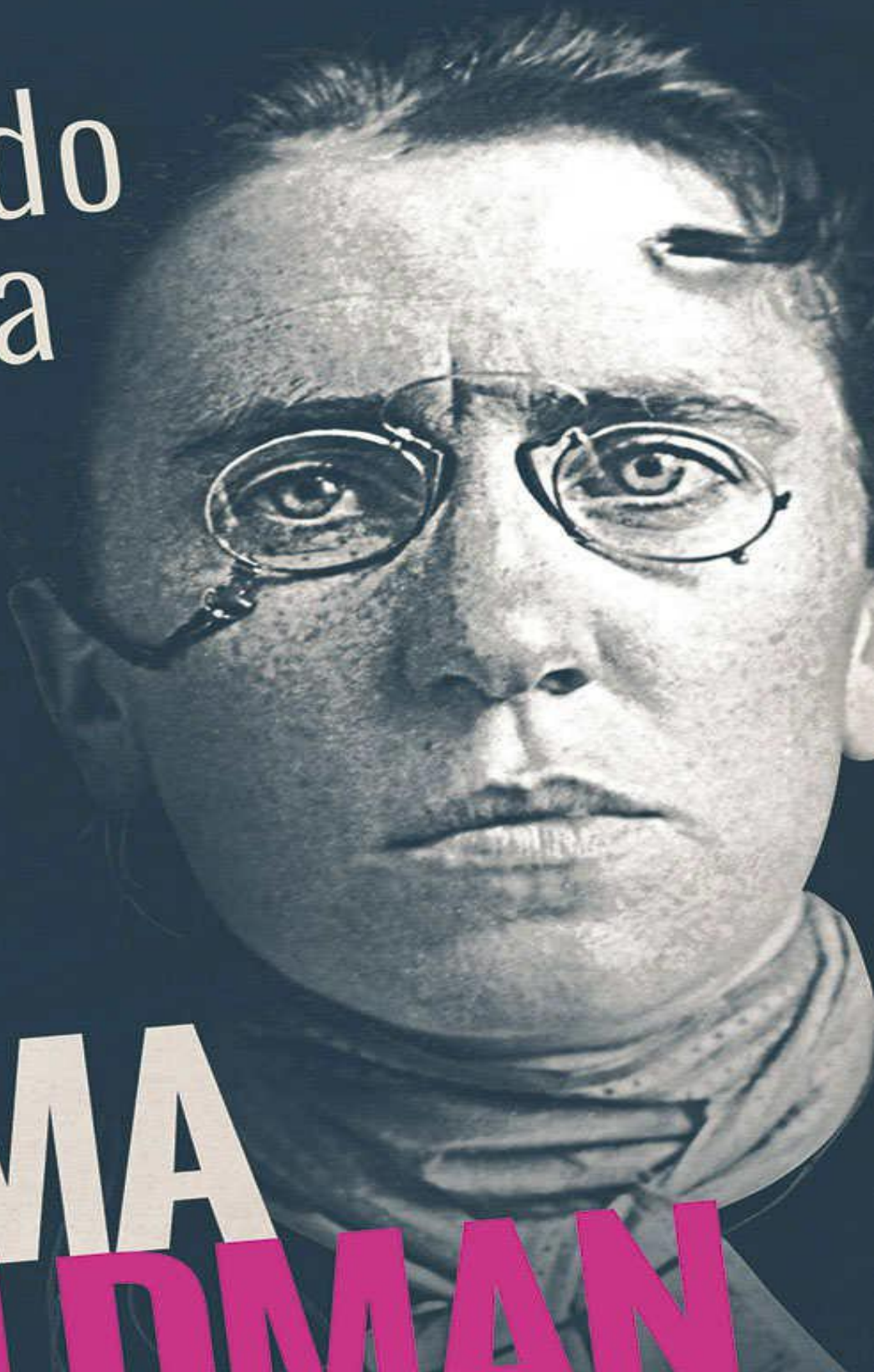
Viviendo mi vida

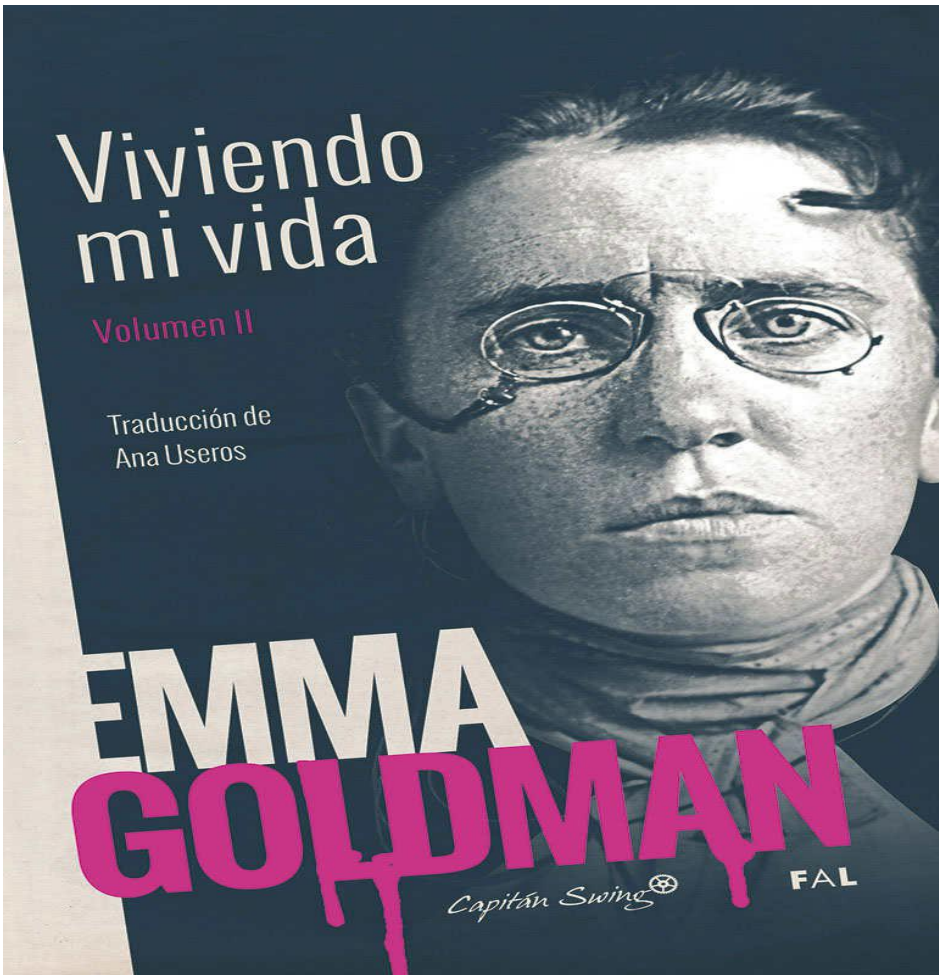
Volumen II

Traducción de
Ana Useros



EMMA GOLDMAN

Capitán Swing
FAL


Viviendo
mi vida
Volumen II
Traducción de
Ana Useros
EMMA
GOLDMAN
Capitán Swing
FAL

EMMA GOLDMAN

Viviendo mi vida

Volumen II

Traducción de
Ana Useros

Capitán Swing

Al regresar al este, me enteré de la muerte de Voltairine de Cleyre. Su fin me afectó profundamente. Toda su vida había sido una cadena ininterrumpida de sufrimientos. La muerte le llegó tras haberse sometido a una operación para la eliminación de un absceso en el cerebro que había dañado su memoria. Una segunda operación, de la que me habían informado sus amigos, le habría privado del habla. Voltairine, siempre estoica ante el dolor, prefirió la muerte. Su fallecimiento, el 19 de junio, fue una enorme pérdida para el movimiento y para aquellos que apreciábamos su dinámica personalidad y sus inusuales talentos.

Según su última voluntad, Voltairine fue enterrada en el cementerio de Waldheim, junto a las tumbas de nuestros camaradas de Chicago. Su martirio había despertado el espíritu de Voltairine, como lo había hecho con muchas otras almas bellas. Pero pocos se habían consagrado a su causa como lo había hecho ella, y menos aún habían igualado su genio a la hora de servir a su ideal con total determinación.

Cuando llegué a Chicago, fui a Waldheim junto con Annie Livshis, una amiga común y muy querida. Voltairine había encontrado un hogar junto a Annie y Jake Livshis, y nuestros devotos camaradas la habían cuidado con ternura hasta el último minuto. Me dirigí al cementerio con claveles rojos en mis brazos. Annie llevaba unos geranios rojos que añadió a los que ya

había plantado sobre la tumba aún reciente. Eran los únicos monumentos que había querido Voltairine.

Voltairine de Cleyre era de madre cuáquera y padre francés quien, en su juventud, fue admirador de Voltaire, por lo que le había puesto a su hija el nombre del gran filósofo. Más tarde, su padre se hizo conservador y la matriculó en un colegio de monjas, del que posteriormente Voltairine se escapó, rebelándose contra la autoridad de ambos. Poeta, escritora y conferenciante de inmenso talento, podría haber adquirido una elevada posición y renombre si hubiera sido de esa clase de personas que vende sus dotes, pero ni siquiera aceptaba las compensaciones más sencillas por sus actividades en los diversos movimientos sociales. Compartía el destino de los humildes a los que buscaba enseñar e inspirar. Vestal revolucionaria, vivió como la más pobre entre los pobres, en ambientes tristes y miserables, exigiendo ilimitadamente a su cuerpo, alimentado únicamente por su ideal.

Voltairine comenzó su carrera pública como pacifista y durante muchos años plantó cara con dureza a los métodos revolucionarios. Pero, posteriormente, su paulatina familiaridad con los acontecimientos europeos, la Revolución rusa de 1905, el crecimiento acelerado del capitalismo en su propio país, con toda su violencia e injusticia y, especialmente, la Revolución mexicana, le hicieron cambiar de actitud. Tras un conflicto interno, su integridad intelectual le obligó a admitir con franqueza su error y a defender con valentía la nueva visión. Así lo describió en una serie de ensayos, en especial, cuando se volcó a trabajar por la Revolución mexicana que ella consideraba de vital importancia. Se entregó por completo a ella, escribiendo, dando charlas y recogiendo fondos.

El movimiento por la libertad y el humanismo, en especial la causa anarquista, pierde con ella a una de sus activistas con más talento y entrega.

Junto a la tumba de Voltairine, a la sombra del monumento consagrado a la memoria de nuestros camaradas, sentí que otra mártir se les había unido.

Ella era el prototipo de la figura de la escultura de Waldheim, hermosa en su desafío espiritual y colmada por un ideal ardiente y tumultuoso.

El año 1912, rico en diversas experiencias, se cerró con tres acontecimientos importantes: la publicación del libro de Sasha, el vigésimo quinto aniversario del 11 de noviembre y el septuagésimo cumpleaños de Piotr Kropotkin.

Sasha estaba leyendo las últimas pruebas de sus *Memorias de la cárcel*. Volvía a vivir, con renovada agonía, cada detalle de esos catorce años y experimentaba angustiosas dudas sobre si había logrado darles vida en su obra. Seguía revisando y revisando hasta que nuestra factura por las correcciones de autor alcanzó los cuatrocientos cincuenta dólares. Estaba desesperado y exhausto pero, aun así, no cejaba en ello, repasando una y otra vez las pruebas. Los últimos capítulos casi que hubo que arrebatárselos por la fuerza para rescatarlo de la maldición de su angustia atormentada.

Por fin el libro estaba listo. En realidad, no era un libro, sino una vida sufrida en la soledad de los interminables días y noches en la cárcel, con todo su dolor y su llanto, con su desilusión, desesperación y esperanza. Mientras sostenía en mis manos el preciado volumen, asomaban a mis ojos lágrimas de alegría. Lo sentía un triunfo, tanto mío como de Sasha, nuestra culminación de veinte años de dolor, que traía la promesa de la verdadera resurrección de Sasha de su pesadilla carcelaria y de mi liberación del remordimiento por no haber compartido su destino.

Memorias de la cárcel fue muy reseñada y aclamada universalmente como una obra de arte y como un documento humano profundamente conmovedor. «La historia de una vida en la cárcel por un autor que ha pasado catorce años tras los barrotes recopilando su material ya debería tener valor como documento humano», comentaba el *Tribune* de Nueva York. «Cuando el escritor, además, forja su pluma en la estela de los realistas eslavos y los críticos lo comparan con hombres como Dostoyevski

y Andreiev, su obra ejerce una tremenda fascinación tanto como su valor social».

El crítico literario del *Globe* de Nueva York afirmaba que «nada podría superar el hechizo misterioso que esta historia desempeña. Berkman ha logrado hacer que vivamos junto a él sus experiencias en la cárcel, y su libro es lo más cercano humanamente posible a una autorrevelación».

Tales elogios por parte de la prensa capitalista contribuyeron a aumentar mi decepción por la actitud de Jack London ante el libro de Sasha. Cuando le pedimos que le escribiera un prólogo, Jack pidió ver el manuscrito. Después de leerlo nos escribió, en su estilo impetuoso, diciéndonos cuánto le había impresionado. Pero su prólogo resultó ser una cobarde apología del hecho de que él, un socialista, escribiera una introducción a la obra de un anarquista. Al mismo tiempo era una condena de las ideas de Sasha. Jack London había conseguido ver las cualidades humanas y literarias del libro. Lo que nos había escrito era incluso más elogioso que la mayoría de las reseñas. Pero London insistía en emplear su prólogo para plantear una extensa discusión de sus propias teorías sociales frente al anarquismo. La actitud de Jack resultaba absurda, ya que el libro de Sasha no trataba de teorías, sino de la vida. Su argumento se resumía en la máxima: «El hombre que no acierta disparando, no puede acertar pensando». Evidentemente Jack suponía que los mejores pensadores mundiales eran también los mejores tiradores.

Sasha, que había ido a ver a Jack, le señaló que el gran crítico danés Georg Brandes, sin ser anarquista, había escrito un prólogo lleno de empatía a las *Memorias de un revolucionario* de Piotr Kropotkin, sin tratar de airear allí sus propias teorías. Como artista y humanista, Brandes había apreciado la enorme personalidad de Kropotkin.

«Brandes no ha escrito en América», replicó London. «De haber sido así, seguramente habría mostrado una actitud diferente».

Sasha comprendió. Jack London temía ofender a sus editores e incurrir en la censura de su partido. El artista que había en Jack anhelaba volar como un águila, pero el hombre que era le hacía clavar sus pies en el suelo. Sus mejores creaciones literarias, en su propia opinión, estaban enterradas en un baúl, porque sus editores querían solo obras que les garantizaran beneficios. Y tenía a Glen Ellen y otras responsabilidades que atender. Jack despejó todas nuestras dudas cuando apuntó: «Tengo que mantener a una familia». Tal vez no se daba cuenta de lo autoincriminatoria que era su justificación.

Sasha rechazó el prólogo de Jack. En su lugar pedimos a nuestro amigo Hutchins Hapgood que escribiera una introducción a *Memorias de la cárcel*. Hapgood nunca se había proclamado seguidor de ningún ismo, y tampoco firmaba sus cartas con un «vuestro por la revolución», como solía hacer Jack. Pero su rebeldía literaria e iconoclastia social le bastaban para apreciar el espíritu del libro de Sasha.

Jack London no era el único que condenaba a la vez que elogiaba. Hubo otros, incluso entre nuestras propias filas, como S. Yanofski, el editor del *Freier Arbeiter Stimme*. Entre los quinientos asistentes en el banquete que dimos para celebrar la publicación del libro de Sasha, fue el único de los oradores que intercaló una nota discordante en una velada, por otro lado, bella y armoniosa. Yanofski celebró las *Memorias* de Sasha como «el producto maduro de una mente madura», pero lamentó «el acto inútil y fútil de un muchacho estúpido». Me sentí ofendida por la denuncia del *Attentat* en medio de la celebración del nacimiento del libro de Sasha, un libro concebido en aquel heroico momento de julio de 1892 y alimentado de lágrimas y sangre a lo largo de los años oscuros y terribles que vinieron después. Cuando me tocó hablar, me giré hacia el hombre que presumía de representar un gran ideal y que, sin embargo, carecía de la más mínima comprensión hacia quien era realmente el idealista.

«Para usted, la juventud impresionable de Alexander Berkman le parece estúpida», le dije, «y su *Attentat* fútil». No es para nada el primero que adopta esa postura ante el idealista cuya humanidad no puede tolerar la injusticia y no soporta ver la desgracia. Desde tiempo inmemorial los sabios y los prácticos han denunciado todo espíritu heroico. Y, sin embargo, no han sido ellos los que han influido en nuestras vidas. Los idealistas y los visionarios, lo bastante locos como para mandar las precauciones a tomar vientos y para expresar su ardor y su fe mediante algún acto supremo, han hecho avanzar a la humanidad y han enriquecido el mundo. Este hombre cuya obra venimos hoy a festejar resulta ser uno de esos visionarios fútiles. Su acto fue la protesta de un espíritu sensible, que prefería perecer por su ideal antes de alargar su vida como habitante engreído de un mundo complaciente y egoísta. Si nuestro camarada no pereció, sin duda no fue gracias a la clemencia de aquellos que declararon abiertamente que no sobreviviría a su entierro en vida. Se debió únicamente a los mismos rasgos que habían inspirado la acción de Alexander Berkman: a su firmeza de propósito, su voluntad indomable y su fe en el triunfo final de sus ideas. Estos elementos están en los hechos de la juventud «estúpida», en su acción y en su martirio durante catorce años. Esos mismos elementos son los que han inspirado la creación de *Memorias de la cárcel*. Toda la grandeza y la humanidad que el libro pueda poseer están entretejidas en estos elementos. No hay discontinuidad entre el joven estúpido y el hombre maduro. Hay un flujo continuo, un hilo rojo que se despliega como un *leitmotiv* a lo largo de toda la vida de Alexander Berkman.

¡11 de noviembre de 1887 y 11 de noviembre de 1912! Veinticinco años, una fracción infinitesimal en la marcha del progreso de la raza, pero una eternidad para aquel que muere muchas muertes a lo largo de su vida. El vigésimo quinto aniversario del martirio de Chicago intensificó mis sentimientos por esos hombres a los que no conocí personalmente, pero

quienes, con su muerte, se han convertido en la influencia más decisiva de mi existencia. El espíritu de Parsons, Spies, Lingg y sus compañeros parece planear sobre mí y proporcionar un sentido más profundo a los acontecimientos que habían inspirado mi nacimiento y mi crecimiento espiritual.

Finalmente llegó el 11 de noviembre de 1912. Numerosas organizaciones obreras y grupos anarquistas trabajaron febrilmente para hacer del aniversario un homenaje extraordinario. Llegaron al salón en grandes grupos, con sus banderas rojo flamígero adornando los palcos y las paredes. El escenario estaba decorado en rojo y negro. Unos retratos de tamaño natural de nuestras camaradas colgaban de las paredes ornados con guirnaldas. La presencia de la odiada Brigada Anarquista[1] solo contribuyó a aumentar el amargo resentimiento de la multitud contras las fuerzas que habían aplastado a las víctimas de Haymarket.

Yo era una de las muchas oradoras dispuestas a rendir tributo a nuestros amados muertos y a recordar una vez más el valor y el heroísmo de sus vidas. Esperé mi turno, conmovida hasta lo más profundo por la ocasión histórica, por su enorme significado social y por el sentido que tenía para mí. Recuerdos del pasado lejano revoloteaban por mi mente. Rochester y la voz de una mujer sonaban como música para mis oídos: «¡Amarás a nuestros hombres cuando aprendas a conocerlos y harás de su causa la tuya!». En los momentos de ascensión a las alturas, en los días de duda y de flaqueza de corazón, en las horas de aislamiento en la cárcel o de hostilidad y censura por parte de los míos, en el fracaso amoroso, en las amistades rotas y traicionadas, siempre su causa fue la mía y su sacrificio mi sostén.

Me erguí ante la densa masa de gente. Su tensión se mezclaba con la mía y todo nuestro odio y todo nuestro amor se concentraban en mi voz. «¡No están muertos!», exclamé, «¡los hombres que hemos venido a homenajear hoy no están muertos! De sus temblorosos cuerpos balanceándose en la horca han surgido nuevas vidas que acogen las energías ahogadas en el

cadalso. ¡Y con mil voces proclaman hoy que nuestros mártires no han muerto!».

Comenzaban los trabajos de preparación para festejar el septuagésimo cumpleaños de Piotr Kropotkin. Era una figura prominente en el ámbito del conocimiento, reconocida por los hombres más brillantes del mundo. Pero para nosotros era mucho más que eso. En él veíamos al padre del anarquismo moderno, a su portavoz revolucionario y al brillante exponente de su relación con la ciencia, la filosofía y el pensamiento progresista. Representaba un carácter que se alzaba muy por encima de la mayoría de sus contemporáneos gracias a su humanismo y su fe en las masas. El anarquismo para él no era el ideal de unos pocos escogidos. Era una teoría social constructiva, destinada a franquear el camino a un nuevo mundo para toda la humanidad. Para ello había trabajado y vivido toda su vida. El setenta cumpleaños de una persona así era, por tanto, un gran momento para todos aquellos que lo conocíamos y queríamos.

Meses antes habíamos escrito a sus admiradores en los países europeos y a nuestros camaradas prominentes para pedirles una contribución para la edición de *Mother Earth*, dedicada al cumpleaños de Kropotkin. Todo el mundo respondió con generosidad. Ya estaba listo el número de diciembre, que incluía homenajes a Piotr Kropotkin por parte de Georg Brandes, Edward Carpenter, el profesor George D. Herron, Tom Mann, J. Morrison-Davidson, Bayard Boyesen, Anna Strunski Walling y su marido, Rose Strunski, Leonard D. Abbott y destacados anarquistas de todo el mundo. Junto con este número especial de nuestra revista, se celebró también un gran mitin en el Carnegie Hall, organizado por nosotros, en cooperación con la asociación *Freie Arbeiter Stimme*. Como en las páginas de *Mother Earth*, todos los oradores elogiaron a Kropotkin, nuestro común maestro e inspiración.

A Piotr le conmovieron mucho estas expresiones de amor y afecto. Como muestra de su agradecimiento nos envió la carta siguiente:

Queridos camaradas y amigos:

Antes que nada, quiero expresaros de todo corazón mi más cálido agradecimiento por todas las palabras y pensamientos amables que me habéis dedicado, y expresar así en vuestras páginas un agradecimiento igualmente de todo corazón a todos los camaradas y amigos que me han enviado tantas cartas y telegramas, cálidos y amistosos, con ocasión de mi setenta cumpleaños.

No necesito deciros, y no podría plasmarlo en el papel, lo profundamente conmovido que me he sentido por todas estas expresiones de simpatía y cómo aprecio esa «especie de hermandad» que nos une a nosotros, anarquistas, mediante un sentimiento mucho más profundo que la mera solidaridad de un partido. Estoy seguro de que ese sentimiento de hermandad producirá algún día su efecto, cuando la historia nos convoque para demostrar lo que valemos y hasta qué punto podemos actuar en armonía para reconstruir la sociedad sobre una nueva base de igualdad y libertad.

Permitidme añadir que, si todos nosotros hemos contribuido en alguna medida a la obra de liberación de la humanidad explotada, es debido a que nuestras ideas han sido más o menos la expresión de las ideas que están germinando en las profundidades de las masas de los pueblos. Cuanto más avanza mi vida, más convencido estoy de que no es posible una ciencia social honesta y útil, ni una acción social honesta y útil, si no es con una ciencia que fundamenta sus conclusiones y la acción, y, que a su vez, basa sus actos en los pensamientos e inspiración de las masas. Toda ciencia sociológica y toda acción social que no lo hace así debe seguir siendo estéril.

Todo mi corazón está con vosotros,
Piotr Kropotkin

Los efectos en Ben de su experiencia en San Diego resultaron ser más fuertes y duraderos de lo que nadie se esperaba. Se quedó atrapado en los estertores de esos días horribles y se convirtió en una víctima de la *idée fixe* de que debía regresar allí. Proseguía sus actividades con su acostumbrada energía, incluso aumentada, trabajando como si las furias lo impulsaran e impulsando a su vez a todo el mundo. Me convertí para él en un medio más que en un fin, siendo este fin mítines, mítines, mítines y planes para más mítines. Pero sabía que, en realidad, él no vivía en su trabajo, o en nuestro amor. Todo su ser estaba anclado en San Diego y casi alucinaba con ello.

Con su insistencia machacona en ir a la costa, puso a prueba mi capacidad de aguante y, a menudo, mi afecto. Su inquietud aumentaba y no estuvo satisfecho hasta que por fin nos pusimos en marcha.

Nuestros amigos de Los Ángeles se oponían con firmeza a que volviéramos a San Diego. Decían que la obsesión de Ben era mera bravuconería y que, al ceder ante su plan irracional, me estaba apiadando de él. Incluso sacaron el tema en nuestro último mitin ante el público, pidiendo un voto unánime en contra de que fuéramos allí.

Sabía que a nuestros amigos solo les preocupaba nuestra seguridad, pero no podía estar de acuerdo con ellos. No compartía los sentimientos de Ben hacia San Diego; para mí no era sino una de las muchas ciudades de los Estados Unidos donde la libertad de expresión había sido amordazada y sus defensores maltratados. Yo siempre regresaba una y otra vez a esos lugares hasta que allí volvía a garantizarse el derecho a la libre expresión. Ese era uno de mis motivos para querer regresar a San Diego, pero en absoluto el más importante. Estaba segura de que Ben no se libraría de las garras de esa ciudad hasta que no volviera al escenario de los hechos atroces de mayo. Mi amor por él había crecido con los años. No podía permitir que fuera a San Diego solo. Y, por tanto, comuniqué a mis camaradas que iría con Ben, a pesar de lo que pudiera esperarnos allí. Parecía increíble que cualquier grupo de gente, por muy salvaje que fuera en esos tiempos revueltos, repitiera tales brutalidades un año después, especialmente desde que los Vigilantes y San Diego habían sido puestos en la picota gracias a una condena a escala nacional.

Un trabajador activo de nuestras filas se ofreció voluntario para adelantarse, conseguir un local y anunciar mi conferencia, que de nuevo iba a versar sobre *Un enemigo del pueblo*. Poco después, nos comunicó que todo estaba arreglado y que todo parecía favorable.

Tras nuestro último mitin en Los Ángeles, nuestros amigos, el doctor y la señora Percival T. Gerson, nos llevaron a la estación de tren. Por el camino,

el nerviosismo de Ben alcanzó tal punto que el doctor nos sugirió ir a un sanatorio en lugar de marchar a San Diego. Pero Ben insistió en que lo único que le curaría sería regresar allí. En el tren se puso mortalmente pálido y la cara le sudaba profusamente. Su cuerpo temblaba de nervios y miedo. Durante toda la noche dio vueltas en la litera sin poder dormir.

Excepto por mi preocupación por Ben, estaba especialmente tranquila. Me desvelé y me quedé leyendo *Comrade Yetta*, de «Albert Edwards». Un libro interesante siempre me hace olvidar una situación difícil. Esta obra era de Arthur Bullard, uno de nuestros amigos que había trabajado con nosotros durante la visita de Babushka a Nueva York. Su intensa historia y el tema ruso me transportaban a épocas pasadas. Durante las dos últimas horas de nuestro viaje, Ben se durmió y yo estaba tan absorbida por el pasado que no me di cuenta de que nos acercábamos a San Diego. El bullicio de los pasajeros me devolvió a la realidad. Me vestí a toda prisa y después desperté a Ben.

Eran las primeras horas del amanecer y solo bajaron unos pocos pasajeros. El andén estaba desierto mientras nos dirigíamos a la salida. Pero, antes de que la alcanzáramos, cinco hombres nos abordaron de repente. Cuatro de ellos exhibieron placas de policía y nos informaron de que estábamos detenidos. Exigí saber la razón de nuestro arresto, pero nos ordenaron a gruñidos que fuéramos con ellos.

San Diego aún dormía mientras caminábamos hacia la comisaría. Había algo en el aspecto del hombre que acompañaba a los policías que me resultaba familiar. Me esforcé por recordar dónde lo había visto antes. Y entonces me di cuenta de que era quien había venido a mi cuarto en el US Grant Hotel para decirme que me buscaban las autoridades. Lo reconocí como el reportero que la última vez nos había causado todos los problemas. ¡Era un líder de los Vigilantes!

A Ben y a mí nos encerraron. No se podía hacer nada más que esperar cómo se desarrollaban los acontecimientos. Volví a coger el libro. Cansada,

apoyé la cabeza en la mesita de la celda y dormité un poco.

«Debías estar agotada para dormir así», me dijo la celadora cuando me despertó. «¿No has oído el jaleo?». Me miró fijamente. «Más vale que te tomes un café», añadió, no sin amabilidad. «Necesitarás fuerzas antes de que acabe el día».

Los ruidos y gritos venían de la calle. «Los Vigilantes», dijo la celadora en voz baja. Se oían gritos y ruidos fuera y podía escuchar voces que exclamaban: «¡Reitman! ¡Queremos a Reitman!». Los automóviles empezaron entonces a pitar y los chillidos anunciaban la revuelta. Y más gritos: «¡Reitman!». Mi ánimo se hundió.

Las llamadas a la revuelta aullaban y retumbaban. El ruido resonaba como un tam-tam en mi cerebro. ¿Por qué habría permitido que Ben viniera? Había sido una locura. No le perdonaban que hubiera regresado. Querían cobrarse su vida.

Golpeé frenéticamente la puerta de mi celda. La celadora acudió y con ella el jefe de policía y algunos oficiales.

«¡Quiero ver al doctor Reitman!», exigí.

«Por eso hemos venido», contestó el jefe. «Quiere que tú consientas en que os saquemos de la ciudad, y su otro camarada también».

«¿Qué otro camarada?».

«El tipo que organizó tu mitin. Está en la cárcel, afortunadamente para él».

«Estás jugando otra vez a hacerte el benefactor», le respondí, «pero esta vez no me vas a engañar. Saca a los otros dos de la ciudad. Yo no voy a salir escoltada por ti».

«De acuerdo», gruñó. «Ven tú misma a hablar con Reitman».

El lívido horror que se asomaba a los ojos de Ben, que me miraba fijamente, me descubrió un miedo que nunca antes había visto. «Salgamos de esta ciudad», susurraba tembloroso. «En cualquier caso, no podremos

dar el mitin. El jefe Wilson ha prometido sacarnos indemnes. ¡Por favor, acepta!».

Se me había olvidado por completo el mitin. Yo quería que Ben se fuera solo, porque me negaba a salir bajo la protección de la policía.

«Es tu vida la que corre peligro», le dije. «A mí no me buscan. No me harán daño. Y, en cualquier caso, no puedo salir huyendo».

«De acuerdo. También me quedo», contestó resuelto.

Luché conmigo misma durante un momento. Sabía que, si permitía que se quedara, ponía en peligro su vida y, probablemente, la seguridad del otro camarada. No había otra salida, tenía que ceder.

No hubo jamás un montaje teatral con una puesta en escena más melodramática que nuestro rescate de la cárcel de San Diego y nuestro camino hacia la estación del ferrocarril. A la cabeza de la procesión desfilaba una docena de policías, cada uno cargado de una escopeta y con los revólveres colgando de su cinturón. Después venían el jefe de policía y el jefe de detectives, fuertemente armados, con Ben entre ellos. Yo les seguía con dos oficiales a cada lado. Detrás de mí, iba mi joven camarada. Y, detrás, aún más policía.

Nuestra aparición fue recibida con aullidos salvajes. Hasta donde alcanzaba la vista se divisaba una humanidad compacta que se balanceaba y se atropellaba. Los gritos agudos de las mujeres se mezclaban con las voces de los hombres, ebrios del olor de la sangre. Los más osados entre ellos trataron de llegar hasta Ben.

«¡Atrás, atrás!», gritaba el jefe. «Los presos están bajo la protección de la ley. ¡Exijo respeto a la ley! ¡Atrás!».

Algunos lo aplaudieron, otros se burlaron. Altivamente condujo la procesión a través de las falanges de policías, acompañado por los chillidos de la multitud desatada.

Los automóviles aguardaban festivamente engalanados de banderas americanas. Uno de ellos tenía rifles en cada esquina. En los guardabarros

se encaramaban policías de uniforme y de paisano. Entre ellos reconocí al reportero. Nos apiñaron en esa ciudadela armada, con el jefe Wilson de pie ante nosotros como un héroe sobre el escenario, con una escopeta que apuntaba a la muchedumbre. Las cámaras, desde las casas y las copas de los árboles, empezaron a disparar, las sirenas ulularon, los gritos que incitaban a la revuelta retumbaron de nuevo y así partimos, seguidos por el resto de los coches y los airados bramidos de la masa.

En la estación de tren nos empujaron a un vagón Pullman, con seis policías que rodeaban estrechamente a Ben. Justo cuando iba a arrancar el tren, un hombre vino corriendo, apartó a los policías y escupió a Ben en plena cara. Después se fue corriendo.

«Ese es Porter», exclamó Ben. «El jefe de los que me atacaron el año pasado».

Reflexioné sobre el salvajismo de la masa, aterradora y al mismo tiempo fascinante. Comprendí por qué Ben había estado tan obsesionado por su experiencia previa, hasta el punto de que la obsesión le había conducido de nuevo a San Diego. Sentí el abrumador poder de la pasión concentrada de la multitud. Sabía que tampoco encontraría la paz hasta volver con ella, para subyugarla o para que me destrozara.

Regresaría, me lo prometí a mí misma. Regresaría, pero no con Ben. En el momento crítico, no se podía confiar en él. Ben tenía una imaginación alada, pero ninguna fuerza de voluntad. Era impulsivo, pero carecía de aguante y del sentido de la responsabilidad. Esos rasgos de su carácter habían arrojado repetidamente sombras sobre nuestra vida en común y me habían hecho temer por nuestro amor. Me dolía darme cuenta de que Ben no estaba hecho de pasta heroica. No tenía la fibra de Sasha, que tenía coraje suficiente para una docena de hombres, y un temple y una concentración extraordinaria en los momentos de peligro.

Tal vez el coraje, pensé, no es nada especial para los que no conocen el miedo. Estaba segura de que Sasha no había conocido el miedo nunca. Y

yo, durante el pánico McKinley, ¿había temido por mi vida? No, no había tenido miedo, aunque a menudo lo había sentido por los demás. Esto y mi exagerado sentido de la responsabilidad habían sido siempre los que me obligaban a hacer cosas que odiaba hacer. ¿Somos en realidad valientes los que no sentimos miedo cuando nos plantamos frente al peligro? Ben estaba consumido por el terror y aun así había regresado a San Diego. ¿No era acaso eso el verdadero valor? En mi interior luchaba para exonerar a Ben, para encontrar alguna justificación a su presteza para huir.

El tren aceleraba. El rostro de Ben estaba junto al mío, su voz susurraba ternezas, sus ojos miraban suplicantes a los míos. Y, como tantas otras veces antes, todas mis dudas y mi dolor se disolvieron en el amor por mi niño imposible.

En Los Ángeles y San Francisco se nos recibió como héroes, aunque hubiéramos huido vergonzosamente. No me sentía muy cómoda con ello, pero el interés excepcional que despertaron mis charlas me compensaba. Las dos que atrajeron más público fueron «Víctimas de la moralidad» y sobre *Memorias de la cárcel*.

A nuestro regreso a Nueva York, Ben pedía una casa más grande para poder vivir con más comodidad y que tuviera también espacio para una combinación de oficina y librería. Estaba convencido de que el negocio podría funcionar de manera que *Mother Earth* no dependiera de las giras. Ben deseaba también que su madre viviera bajo su mismo techo, especialmente ahora que ella no se encontraba bien.

Encontramos un lugar en la esquina del número 74 de la calle Cien Este y la calle Diecinueve, una casa de diez habitaciones en buen estado. El recibidor podía acoger cómodamente a cien personas, justo el espacio que necesitábamos para sesiones reducidas y reuniones sociales; el sótano tenía ventilación y era lo bastante amplio como para albergar una oficina y una librería. La planta superior nos permitía privacidad a cada uno de nosotros. Era más confort del que nunca había soñado y, aun así, el precio del alquiler

y la calefacción era inferior que en ocasiones anteriores. Esa enorme casa necesitaría que alguien se encargara de ella, porque yo estaría demasiado ocupada revisando mis charlas sobre teatro para su publicación.

Decidí proponer a mi amiga Rhoda Smith que fuera nuestra ama de llaves. Era unos años más joven que yo y tenía toda la vivacidad de la raza francesa. Pero, bajo su ligereza, se escondían otras cualidades destacadas: era muy amable y se podía confiar absolutamente en ella. Era un ama de casa y una cocinera magnífica y, como la mayoría de las mujeres francesas, muy hábil con sus manos. No menos diestra tenía la lengua, especialmente después de mirarse un rato en el fondo de un vaso. Su lenguaje, habitualmente muy especiado, se volvía entonces picante. No todo el mundo podía aguantar su sabor o su mordacidad.

Necesitábamos una secretaria para el trabajo de la oficina y Ben sugirió a una amiga suya, la señorita M. Eleanor Fitzgerald. Yo la había conocido en Chicago, durante la campaña por la libertad de expresión. Era una chica llamativa, con el cabello pelirrojo, la piel delicada y unos ojos verde azulados. Quería mucho a Ben, pero aún no sospechaba sus hábitos mujeriegos. No estaba al tanto de mi relación con Ben y se escandalizó mucho cuando le dije que éramos mucho más que simplemente gerente y conferenciante. La señorita Fitzgerald (o «La Leona», como la llamaba Ben por su mata de pelo) era una persona muy agradable, con un fondo delicado y generoso. De hecho, era la única personalidad auténtica entre todos los caprichos que Ben me había impuesto a lo largo de los años. Ben seguía insistiendo en que necesitábamos una secretaria. «La Leona» era muy competente, me aseguró; había ocupado puestos de responsabilidad y desde hacía poco era gerente de un sanatorio en Dakota del sur. Le interesaba nuestro trabajo y estaría encantada de dejar su trabajo y unirse a nosotros en Nueva York.

Nuestra nueva casa estaba lista y empezamos a desmantelar nuestro viejo hogar. Cuando me mudé al 210 de la calle Trece Este, en 1903, para

compartir un piso con los Horrs, habíamos sido los primeros inquilinos de la casa, por entonces recién construida. Desde entonces la policía había intentado repetidamente echarme, pero mi casero se mantuvo en sus trece, argumentando que yo nunca le había dado motivos de queja y que era su inquilina más antigua. De hecho, el resto de los inquilinos había cambiado tanto, en nacionalidad, carácter y situación, que ya había perdido la cuenta. Desde hombres de negocios hasta jornaleros, desde predicadores hasta jugadores, desde mujeres judías con pelucas hasta chicas de la calle luciendo sus encantos en el portal. Existía una constante marea humana que entraba, se quedaba un tiempo y refluía de nuevo.

En el 210 no había calefacción, excepto en la cocina, y mi cuarto estaba al otro extremo. Daba al patio, justo enfrente de las ventanas de una enorme imprenta. El zumbido desquiciante de las linotipias y de las prensas no cesaba nunca. Mi habitación era el salón, el comedor y la oficina de *Mother Earth*, todo en uno. Dormía en una pequeña alcoba tras la estantería de los libros. Siempre había alguien durmiendo al otro lado, alguien a quien se le había hecho tarde, o que vivía muy lejos o que estaba demasiado resacoso, o a quien le temblaban las piernas o le estallaba la cabeza, o alguien que no tenía dónde ir.

Los demás inquilinos del edificio tenían la costumbre de acudir a nosotros cuando estaban enfermos o tenían algún problema. Nuestros visitantes más frecuentes, normalmente a primerísima hora de la mañana, eran los jugadores. Cuando preveían una redada subían por la escalera de incendios para pedirnos que escondiéramos su parafernalia. «Aquí», me dijeron una vez, «la policía busca bombas, pero nunca fichas». Todos los afligidos acudían al 210 como si fuera un oasis en el desierto de sus vidas. Era halagador, pero a la vez agotador, no tener nunca privacidad, ni de día ni de noche.

Le había tomado mucho cariño a nuestro pequeño piso, había pasado allí una buena parte de mi vida. Había sido testigo de una década de las

actividades más variadas; hombres y mujeres famosas en los anales de la vida habían reído y llorado allí. Las campañas rusas de Catherine Breshkovskaya y Chaikovski, las obras de Orleneff, las luchas por la libertad de expresión y la propaganda revolucionaria, por no hablar de los muchos dramas personales, con todas sus penas y alegrías, habían fluido por ese lugar histórico. En las paredes del 210 se había reflejado un completo calidoscopio de tragedia y comedia humana, con toda su colorida variedad. No me extraña que mi buen amigo Hutch Hapgood me incitara a menudo a que escribiéramos juntos la historia de ese «hogar de los perros vagabundos». Insistía especialmente en enfatizar el romanticismo y el drama de cuando ambos nos sentíamos jóvenes y alegres, y todos coqueteábamos con desesperación los unos con los otros, buscando un lugar en nuestros respectivos corazones. Pero, desgraciadamente, a mí me caía muy bien su mujer y a él le agradaba Ben, así que nosotros permanecimos descaradamente fieles y la historia se quedó sin escribir.

Habían pasado diez años como un torrente, con poco tiempo para reflexionar sobre lo querido que se había vuelto ese lugar para mí. Solo cuando llegó el momento de partir, me di cuenta de lo enraizada que estaba en el 210. Al echar un último vistazo a las habitaciones vacías, salí con una sensación de profunda pérdida. ¡Dejaba atrás diez de los años más interesantes de mi vida!

---

[1] La *Anarchist Squad,* o *Radical Squad,* conocida también como la *Bomb Squad* (la Brigada Bomba) era un cuerpo especial dentro del departamento de policía de Nueva York, dedicado exclusivamente a la detención y acoso de anarquistas y radicales. *(N. de la T.)*

40

Por fin nos instalamos en nuestra nueva casa. Ben y la señorita Fitzgerald se encargaban de la oficina, Rhoda de la casa, mientras que Sasha y yo nos ocupábamos de la revista. Cada uno de nosotros se consagraba a su propio terreno, y las diferencias de carácter y actitud tenían más espacio de expresión sin que nos invadiéramos mutuamente. Fitzi, como llamábamos a nuestra nueva compañera de trabajo, nos pareció a todos una mujer encantadora. A Rhoda también le gustó, aunque a menudo se complacía en escandalizar a nuestra romántica amiga con sus chistes e historias picantes.

Ben estaba feliz de tener con él a su madre. La mujer tenía dos hijos, pero todo su mundo se centraba en Ben. Su horizonte mental era muy estrecho; no sabía leer ni escribir y no le interesaba nada excepto el pequeño hogar que Ben había creado para ella. En Chicago había vivido siempre entre ollas y cazos, la vida exterior no le afectaba. Amaba a su hijo y mostraba una paciencia extrema ante sus caprichos, por muy irracionales que fueran. Él era su ídolo y no se equivocaba nunca. En cuanto a sus numerosos asuntos de mujeres, estaba segura de que eran las mujeres las que descarriaban a su niño. Había albergado la esperanza de que su hijo se convirtiera en un médico de éxito, honorable, respetado y rico. En lugar de ello había abandonado la profesión apenas había empezado, se había «liado» con una mujer nueve años mayor y se había enredado con una panda de peligrosos

anarquistas. La madre de Ben me trataba con respeto cuando nos cruzábamos, pero yo podía notar su agudo desagrado.

La entendía muy bien: era una más de esos millones de personas cuyas mentes habían sido atrofiadas por las limitaciones de sus vidas. Su aprobación o desaprobación me habría importado muy poco si no fuera porque Ben estaba tan obsesionado con su madre como esta con él. Se daba cuenta de lo poco que tenían en común. Su actitud y sus formas le crispaban, y lo devolvían a la vida errante cada vez que iba a Chicago a visitarla. Pero su imperio sobre él estaba fuera de su control. Pensaba en ella constantemente, su pasión por ella amenazaba su amor por cualquier otra mujer. Su complejo de madre me había causado mucho sufrimiento, incluso desesperación. Pero yo amaba a Ben, a pesar de todas nuestras diferencias. Anhelaba tener paz y armonía a su lado. Quería verlo feliz y contento, y consentí su plan de traer a su madre a Nueva York.

Se le dio la mejor habitación de la casa, amueblada con sus propias cosas para que se sintiera más a gusto. Ben desayunaba siempre a solas con ella, sin que nadie interrumpiera su idilio. En las comidas en común, se le reservaba el lugar de honor y todo el mundo la trataba con la mayor consideración. Pero ella estaba incómoda, fuera de su ambiente. Suspiraba por su hogar de Chicago y estaba insatisfecha e infeliz. Y entonces, un aciago día, Ben comenzó a leer *Hijos y amantes*, de D. H. Lawrence. Desde la primera página revivía el libro con su madre. Vio allí su propia historia y la de ella. La oficina, el trabajo y nuestra vida se desdibujaron y desaparecieron. No podía pensar en otra cosa que en ese relato y en su madre, y empezó a imaginar que yo (y todos los demás) la tratábamos mal. Tendría que sacarla de allí, decidió. Tendría que dejarlo todo y vivir únicamente dedicado a su madre.

Me encontraba a mitad de mi manuscrito sobre el teatro. Habíamos programado conferencias con poca antelación, teníamos una tarea dura en *Mother Earth* y estaba también la campaña a favor de J. M. Rangel, Charles

Cline y sus camaradas de la I.W.W., arrestados en Texas cuando se dirigían a México para participar en la revolución de aquel país. Todos eran mexicanos, excepto Cline, que era americano. Los había atacado una banda armada y, en la refriega, tres de los mexicanos y un ayudante del *sheriff* habían perdido la vida. Ahora catorce hombres, entre ellos Rangel y Cline, estaban en espera de juicio acusados de asesinato. Se necesitaba hacer publicidad para advertir a los trabajadores del este del peligro de la situación. Razoné, discutí, le rogué a Ben que no permitiera que el libro de D. H. Lawrence le desquiciara, pero sin resultado. Las escenas con Ben se hicieron más frecuentes y violentas. Nuestra vida se hacía más imposible día a día. Tenía que buscar una solución. No podía compartir mi desgracia con nadie, y menos con Sasha que, desde el principio, se había opuesto al plan de la casa y de una vida con Ben y su madre bajo el mismo techo.

Llegó la ruptura. Ben había comenzado de nuevo con la queja de siempre sobre su madre. Escuché en silencio un rato y después algo se desató en mí. Me atrapó el deseo de terminar con Ben en lo que a mí se refería, de hacer algo que callara para siempre cada pensamiento y cada recuerdo de esta criatura que me había poseído durante todos estos años. Ciega de furia agarré una silla y se la arrojé. Volteó por el espacio y se hizo pedazos a sus pies.

Dio un paso en mi dirección y después se paró y me miró con sorpresa y miedo.

«¡Ya basta!», grité, desquiciada de dolor y rabia. «¡Estoy harta de ti y de tu madre! ¡Vamos, llévatela, hoy, ahora mismo!».

Salió sin decir una palabra.

Ben alquiló un pequeño apartamento para su madre y se fue a vivir con ella. Volvió a ocuparse de la oficina. Todavía teníamos eso en común, pero el resto parecía haber muerto. Encontré el olvido en un trabajo aún más intenso. Di varias conferencias por semana, participé en la campaña por los chicos de la I.W.W. detenidos en relación con la huelga minera en Canadá y,

a la vez, seguí trabajando en mi libro sobre teatro, dictando el manuscrito a Fitzi.

Había llegado a conocerla mejor desde que se había unido al grupo de *Mother Earth*. Era una personalidad exquisita, producto de un generoso molde espiritual. Su padre era irlandés pero, por parte de la madre, procedía de la raza de los pioneros americanos, los primeros pobladores de Wisconsin. De ellos había heredado Fitzi su independencia y confianza en sí misma. A los quince años se había unido a los Adventistas del Séptimo Día, desafiando la ira paterna. Pero su búsqueda de la verdad no había terminado allí. Su idea de Dios, decía ella a menudo, era mucho más hermosa y tolerante que la concepción adventista. Así que un día se levantó en mitad de un servicio religioso, anunció a la concurrencia que no había encontrado la verdad entre ellos y se marchó de la pequeña iglesia campesina y de las filas de los creyentes. Se interesó por el librepensamiento y por las actividades radicales. El socialismo la decepcionó, porque era en el fondo otra iglesia con nuevos dogmas. Su personalidad expansiva se sentía más atraída por la libertad y el alcance de las ideas anarquistas. Llegué a querer a Fitzi por su idealismo inherente y su espíritu comprensivo y, poco a poco, intimamos bastante.

El año llegaba a su fin y aún no habíamos hecho una fiesta de bienvenida en nuestra nueva casa. Decidimos que el día de Año Nuevo sería el momento adecuado para hacer una fiesta con los amigos y con todos los que apoyaban activamente a *Mother Earth*, para ayudar a dar la patada a lo viejo, con todos sus problemas y dolores, y recibir con alegría a lo nuevo, trajera lo que trajera. Rhoda estaba emocionadísima y trabajó mucho y muy duro para preparar el festejo. Nochevieja trajo una procesión de amigos, entre ellos poetas, escritores, rebeldes y bohemios, de actitudes, comportamientos y costumbres variadas. Discutieron sobre filosofía, teorías sociales, arte y sexo. Se comieron las cosas deliciosas que Rhoda había preparado y se bebieron los vinos que habían aportado nuestros generosos

amigos italianos. Todo el mundo bailó y se fue achispando. Pero mis pensamientos estaban con Ben, pues era su cumpleaños. Él tenía treinta y cinco años y yo casi cuarenta y cuatro. Había una trágica diferencia de edad. Me sentí sola y tan indeciblemente triste.

El Año Nuevo era aún reciente cuando el país empezó a hacerse eco de nuevas atrocidades contra la clase obrera. A los horrores en Virginia Occidental les siguieron las crueldades en los campos de cebada de Wheatfield, California; en las minas de Trinidad, Colorado y en Calumet, Michigan. La policía, la milicia y las bandas de ciudadanos armados propagaban el reino del autoritarismo.

En Wheatfield, treinta y tres recolectores de cebada que habían acudido al reclamo de un anuncio en el periódico se encontraron frente a condiciones peores que el ganado. Los tenían trabajando todo el día sin descanso, sin comida adecuada, incluso sin agua para beber. Para calmar su sed, bajo el calor sofocante, los obligaban a comprar limonada a cinco centavos el vaso a los miembros de la familia Durst, los dueños del campo de cebada. Incapaces de soportar tal estado de cosas, los recolectores enviaron un delegado a Durst. El delegado fue atacado y golpeado, por lo que el resto de los hombres se puso en huelga. Las autoridades locales, con la ayuda de la agencia de detectives Burns, la Citizen's Alliance y, posteriormente, la Guardia Nacional, acosaron a los huelguistas. Irrumpieron en una reunión de los trabajadores y abrieron fuego sin que hubiera provocación previa. Dos hombres fueron asesinados y unos cuantos más heridos. El fiscal del distrito y un ayudante del *sheriff* también perdieron sus vidas. A la mayoría de los huelguistas se les aplicó el tercer grado. Uno de ellos, a quien se le impidió dormir durante catorce días para extraerle una confesión, intentó suicidarse. Otro, que había perdido un brazo en el ataque policial, se ahorcó.

La última víctima de estos centenonegristas[2] americanos fue Mother Jones, una famosa agitadora nativa. Con maneras auténticamente zaristas, la

deportaron a Trinidad siguiendo las órdenes del general Chase, que la amenazó con encerrarla en aislamiento si se le ocurría regresar. En Calumet, dispararon por la espalda a Moyer, el presidente de la Western Federation of Miners, y lo condujeron fuera de la ciudad. Acontecimientos similares en distintas partes del país me impulsaron a dar una charla que tratara sobre el derecho de la clase obrera a la autodefensa. La Radical Library de Filadelfia me invitó a hablar sobre el tema en el Labor Temple. Antes de que llegara al salón, la policía sacó a todo el mundo y cerró el local. Pronuncié de todos modos mi charla en los locales de la Radical Library, así como en Nueva York y en unas cuantas ciudades más.

Mi relación con Ben, que se había vuelto cada vez más tensa, finalmente se hizo insoportable. Ben era tan infeliz como yo. Decidió regresar con su madre a Chicago y retomar la práctica de la medicina. No traté de retenerlo.

Por primera vez iba a impartir toda una serie de conferencias sobre *El significado social del drama moderno* en Nueva York, tanto en inglés como en yidis. Alquilamos para ello el Teatro Berkeley, en la calle Cuarenta y cuatro. Me desconsolaba empezar una iniciativa tan importante sin Ben, por primera vez en seis años. Su partida, que me había dado una sensación de liberación, ahora me atraía hacia él sin que yo opusiera resistencia. Estaba siempre presente en mis pensamientos y mi ansia por él crecía y crecía. Por las noches decidía liberarme de una vez para siempre y ni siquiera aceptar sus cartas. La mañana me encontraba escrutando afanosamente mi correo, buscando esa caligrafía que tenía sobre mí un efecto electrizante. Ninguno de los hombres a los que había amado había paralizado tanto mi voluntad. Luché contra ello con todas mis fuerzas, pero mi corazón clamaba desbocado por Ben.

Podía ver en sus cartas que él estaba pasando por el mismo purgatorio que yo, y del que tampoco podía librarse. Ansiaba volver junto a mí. Su intento de retomar la práctica de la medicina había fracasado; yo le había mostrado su profesión bajo una nueva luz, me decía en su carta, y sentía lo

inadecuado de proporcionar alivio. Sabía ahora que lo que el pobre necesita son mejores condiciones de trabajo y de vida; necesita luz natural, aire fresco y descanso. ¿Qué pueden hacer los polvos y las pastillas? Muchos grandes médicos se dan cuenta de que la salud de sus pacientes no depende de sus recetas. Conocen el verdadero remedio, pero prefieren enriquecerse a costa de la credulidad del pobre. Nunca podría volver a ser uno de esos, escribía Ben. Le había apartado de esa vida. Me amaba. Ahora era mucho más consciente de ello que en ningún otro momento desde que nos conocimos. Sabía que su comportamiento en Nueva York había sido imposible. Nunca se había sentido libre y cómodo con mis amigos. No habían mostrado fe en él y le habían predispuesto en su contra. Y yo también parecía distinta en Nueva York, le hacía sentirse inferior a Sasha, era más crítica con él que cuando estábamos solos de gira. Teníamos que volver a intentarlo, rogaba. Teníamos que salir de gira, los dos solos. No quería nada más.

Sus cartas eran como una droga. Adormecían mi cerebro, pero me aceleraban el corazón. Me aferré a las promesas de su amor.

De nuevo, en el invierno, el país sufría la agonía del paro. Más de un cuarto de millón de personas carecían de empleo en Nueva York, y otras ciudades habían sido golpeadas de igual forma. El sufrimiento se veía exacerbado por el clima extraordinariamente frío. Los periódicos minimizaban el terrible estado de las cosas; los políticos y reformadores chapoteaban en la tibieza. Unos pocos paliativos y la débil propuesta de una investigación era todo lo que podían ofrecer para enfrentarse a la pobreza generalizada.

Los elementos militantes decidieron actuar. Los anarquistas y el I.W.W. organizaron a los parados y recaudaron una ayuda imponente para ellos. En mis conferencias del Teatro Berkeley y en otros mítines, las peticiones a favor de los desempleados tuvieron una generosa respuesta. Pero era una gota en el océano de la necesidad.

Entonces ocurrió algo inesperado, que dio a la situación una poderosa publicidad. Desde las filas de la humanidad famélica y helada surgió la consigna de visitar las instituciones religiosas. Los parados, liderados por un alegre joven llamado Frank Tannenbaum, iniciaron una marcha por las iglesias de Nueva York.

Todos queríamos mucho a Frank, por su perspicacia y por sus maneras humildes. Había pasado mucho de su tiempo libre en nuestra oficina, leyendo y echando una mano con *Mother Earth*. Sus espléndidas cualidades mantenían viva la esperanza de que Frank jugaría algún día un papel importante en la lucha obrera. Ninguno de nosotros hubiera esperado, sin embargo, que nuestro tranquilo y estudioso amigo respondiera con tal presteza a la llamada del momento.

Ya fuera por miedo, o porque se dieron cuenta del significado de la marcha a las iglesias, algunas de ellas proporcionaron refugio, comida y dinero a los grupos de parados. Colmados de audacia por su éxito, ciento ochenta y nueve hombres parados, con Frank a la cabeza, acudieron a una de las iglesias católicas del centro. En lugar de recibirlos con amor, un cura de la iglesia de san Alfonso traicionó a su Dios, que le ordenaba darlo todo a los pobres. En connivencia con dos detectives, el cura tendió una trampa a Frank Tannenbaum y consiguió que lo arrestaran, a él y a varios parados.

Frank fue condenado a un año en la penitenciaría y a una multa de quinientos dólares, lo que suponía otros quinientos días de cárcel. Hizo un alegato espléndido y su discurso en defensa propia fue inteligente y desafiante.

El aspecto más escandaloso de la detención y condena de Tannenbaum fue el silencio que mantuvieron los que se denominaban defensores de los oprimidos. Ni un dedo levantaron los socialistas para despertar al público e informar de la obvia conspiración por parte de las autoridades y de la iglesia de san Alfonso para «dar ejemplo» con Frank Tannenbaum. El *Call* de

Nueva York, un diario socialista, se burló de los chicos condenados y dijo, incluso, que Frank Tannenbaum se había merecido una azotaina.

El Partido Socialista y algunos prominentes líderes de la I.W.W. trataron de suspender las actividades de los parados. Esto solo contribuyó a incrementar el celo de la Conferencia de Parados, formada por varias organizaciones radicales y obreras. Se decidió hacer un mitin de masas en Union Square y se fijó la fecha del 21 de marzo. Ni los socialistas ni la I.W.W. iban a participar. El espíritu activo del movimiento fue Sasha. Tenía que encargarse de una doble tarea y yo trabajé mucho terminando mi manuscrito, impartiendo conferencias frecuentes y supervisando la oficina.

El mitin fue masivo y animado; me recordó a un acontecimiento similar en el mismo lugar y con el mismo propósito: la manifestación de agosto de 1893. Aparentemente, no había cambiado nada desde entonces. Ahora, como entonces, el capitalismo era implacable, el Estado aplastaba todo derecho individual y social, y la Iglesia se aliaba con ellos. Ahora, como entonces, aquellos que osaban dar voz al sufrimiento de la masa muda eran perseguidos y encarcelados, y también las masas parecían haber permanecido en su sempiterna impotencia sumisa. El pensamiento era deprimente y me hizo querer huir de la plaza. Pero me quedé. Me quedé porque muy dentro de mí tenía la certeza de que, en la naturaleza, nada es para siempre igual. Sabía que el cambio eterno trabaja constantemente, que la vida siempre fluye, que corrientes nuevas emanan de las fuentes secas de lo viejo. Me quedé y hablé a la enorme multitud como solo podía hablar cuando realmente me elevaba por encima de mí misma.

Abandoné la plaza después de mi discurso, mientras que Sasha se quedó en el mitin. Cuando llegué a casa me enteré de que la manifestación había derivado en una marcha por la Quinta Avenida, con la inmensa asamblea desfilando con una enorme bandera negra como símbolo de su revuelta. Tuvo que ser sin duda un espectáculo amenazador tanto para los residentes de la Quinta Avenida como para la policía, puesto que no intervino. Los

parados llegaron hasta el Centro Ferrer, desde la calle Catorce hasta la Ciento Siete, donde se les festejó con comida abundante, tabaco y cigarrillos, y se les proporcionó un alojamiento temporal.

Esta manifestación fue el comienzo de una campaña a favor de los parados por toda la ciudad. Sasha, cuyo valor le había granjeado el cariño de todos aquellos que conocían su vida, era su influencia organizadora y dirigente. En sus esfuerzos incansables tuvo el apoyo de un gran número de jóvenes rebeldes que trabajaron con brío junto a él.

Mis series de conferencias en el teatro Berkeley me aportaron algunas experiencias interesantes y curiosas. Una de ellas fue la ayuda que pude prestar a un grupo de actores galeses desamparados; la otra, una oferta para entrar en el teatro de vodevil. Mis charlas sobre teatro me permitían acceso libre a los teatros y así pude asistir a la primera representación de una obra llamada *Change*, de J. O. Francis, un dramaturgo galés. Resultó ser el drama social más potente que yo había visto en lengua inglesa. Las condiciones aterradoras de los mineros galeses y su lucha desesperada para arrebatar unos pocos y miserables peniques de sus patronos eran tan conmovedoras como el *Germinal* de Zola. Además de este tema, la obra también abordaba la perenne lucha entre la testaruda aquiescencia de la vieja generación ante las cosas como son y las audaces aspiraciones de los jóvenes. *Change* fue una obra estimulante, con significado social, y el grupo galés la interpretaba magníficamente. No me extrañó que la mayoría de los críticos condenaran la obra. Un amigo me informó de que la compañía galesa estaba desahuciada y desorientada y me pidió que hablara en su favor ante los elementos radicales.

En una representación matutina especial, que yo había ayudado a organizar, conocí a muchos dramaturgos y literatos de Nueva York. Un autor teatral muy popular expresó su asombro ante el hecho de que una archidestructora como yo mostrara interés por el drama creativo. Traté de explicarle que el anarquismo defendía la necesidad de la expresión en todas

las fases de la vida y del arte. Ante su mirada obtusa señalé: «Incluso aquellos que se limitan a *creer* que son dramaturgos tendrán su oportunidad en una sociedad libre. Si carecen de verdadero talento, aún tendrán otras profesiones honorables para elegir, como zapatero, por ejemplo».

Tras la representación, muchos de los presentes expresaron su disposición para acudir al rescate de los actores a la deriva. Llamé también la atención sobre el asunto ante mi público de los domingos y puse un anuncio en *Mother Earth*. Al domingo siguiente, di una charla sobre *Change*. Toda la compañía galesa estuvo invitada y conseguí despertar el interés suficiente como para que la obra funcionara durante varias semanas. Pero igualmente ayudó la propaganda que hicieron nuestros amigos en todas las ciudades por las que les llevó su gira por el país.

Cuando finalizó mi curso sobre teatro se acercó a mí un representante del teatro Victoria, un local de vodevil propiedad de Oscar Hammerstein. Me ofreció un contrato para dos representaciones diarias, y mencionó que sería un salario mensual de aproximadamente mil dólares. Al principio lo desdeñé como una broma. La propuesta de aparecer en el vodevil no me resultaba nada atractiva. Pero el hombre siguió presionando con las ventajas de alcanzar un público más amplio, por no mencionar el dinero que podría ganar. Deseché la propuesta por ridícula pero, gradualmente, la idea de las oportunidades que proporcionaría la aventura empezó a imponerse. La pobreza de los parados afectaba a los ingresos de nuestras charlas: la mayoría de la gente no podía permitirse ahora lujos como libros o conferencias. La esperanza de que nuestra nueva casa nos ahorrara gastos tampoco había podido materializarse. Varias semanas en el escenario del vodevil me liberarían del perenne vapuleo económico. Me daría un año para mí misma, para cortar con todo y con todos, un año para vagar, para leer libros por su valor intrínseco y no meramente por la utilidad que pudieran tener para mis charlas. Esta esperanza silenció todas mis objeciones y fui a ver a Hammerstein.

El gerente me comunicó que primero tendrían que hacerme una prueba para ver cuál era el poder de atracción de mi nombre. Fuimos a los camerinos, donde me presentó a algunos de los artistas. Era una multitud variopinta de bailarines, acróbatas y hombres con perros adiestrados. «Tendré que embutirte por aquí», dijo el gerente. No estaba seguro de si podría ir antes del cancán o después de los perros amaestrados. En cualquier caso, solo tendría diez minutos. Escondida tras el telón observé los patéticos esfuerzos para divertir al público, las horribles contorsiones de la bailarina, cuyo cuerpo flácido estaba encorsetado para conservar la apariencia juvenil, la voz cascada del cantante, los chistes malos del payaso y la brutal hilaridad de la muchedumbre. Y entonces me escapé. Sabía que no podría salir en un ambiente así para defender mis ideas, ni por todo el dinero del mundo.

El último domingo en el teatro Berkeley se convirtió en una velada de gala. Leonard D. Abbott presidía y entre los oradores se contaba con la famosa actriz Mary Shaw, la primera en desafiar a los puritanos americanos con sus interpretaciones de *Los espectros* y *La profesión de la señora Warren*; Fola La Follette, lenguaraz y talentosa, y George Middleton, que podía presumir de un volumen de obras de un acto. Se explayaron sobre lo que el teatro significaba para ellos y que representaba un potente factor para despertar la conciencia social de la gente a la que no se podría llegar de otro modo. Se mostraron muy entusiastas con mi trabajo y les agradecí mucho que me hicieran sentir que mis esfuerzos habían familiarizado a parte de la *intelligentsia* americana con la lucha de las masas. La velada fortaleció mi convicción de que cualquier contribución que yo hubiera hecho en esa dirección se debía en parte a que nunca había permitido que nadie «me embutiera».

Mis conferencias de Berkeley me trajeron un valioso regalo: mis notas sobre teatro mecanografiadas. A menudo se había tratado de recoger mis discursos estenográficamente, pero en vano. Mi oratoria era demasiado

rápida, me decían, especialmente cuando me dejaba llevar por el tema. Un joven llamado Paul Munter fue el primero de su profesión capaz de vencer mi torrente de palabras con su rapidez taquigráfica. Asistió a toda la serie, durante seis semanas, y al final me regaló el curso completo en unos folios perfectamente mecanografiados.

El regalo de Paul fue de un enorme valor a la hora de preparar el manuscrito de *El significado social del drama moderno*. Gracias a él, el trabajo fue menos difícil que lo que había sido el escribir mis *Ensayos*, aunque entonces me encontraba en un estado mental más tranquilo: aún conservaba la esperanza de una vida armoniosa con Ben. Tal vez por eso ahora me aferraba con mayor tenacidad a los jirones que quedaban. Las cartas de súplica de Ben que me llegaban de Chicago añadían gasolina a los fuegos ardientes de mi deseo. Tras dos meses, empecé a darme cuenta de la sabiduría del dicho campesino ruso: «Si bebes, morirás y si no bebes, morirás. Así que mejor bebe y muere».

Estar lejos de Ben eran noches en vela, días inquietos, anhelos enfermizos. Estar junto a él implicaba conflicto y pelea, negación diaria de mi orgullo. Pero también suponía éxtasis y vigor renovado para mi trabajo. Saldría de nuevo de gira con Ben, decidí. Si el precio era alto, lo pagaría, pero bebería, ¡bebería!

Sasha nunca había estado tan atento y considerado como durante los meses de mi lucha por liberarme de Ben. Me ayudó y me animó mucho con la revisión de mi libro sobre el teatro; de hecho, le dejé hacer la mayor parte. Sentía que mi trabajo estaba a salvo en sus manos, era concienzudamente escrupuloso en no cambiar el espíritu o la tendencia de mi escritura. También colaborábamos en *Mother Earth*. Fueron noches fantásticas, en las que preparábamos el ejemplar para la imprenta y bebíamos café cargado para resistir hasta que llegara el alba. Nos acercó más de lo que habíamos estado durante mucho tiempo, aunque nada había

podido nunca disolver los lazos comunes o afectar a nuestra amistad, que había pasado tantas pruebas de fuego.

Al contar con Sasha para leer las pruebas de mi libro y con Fitzi a cargo de la oficina, ya podía salir de gira. Fitzi había demostrado no solo ser muy eficiente, sino una verdadera amiga, además de un alma hermosa cuyo interés en nuestra labor me hacía avergonzarme de mis primeras dudas sobre ella. Sasha se había dado cuenta también que sus objeciones previas ante la «extraña» no tenían fundamento. Se habían hecho amigos y trabajaban en armonía. Todo estaba listo para mi partida.

Mi libro sobre teatro estaba en prensa y mostraba un aspecto muy atractivo con su sencillo envoltorio. Era el primer libro en inglés de este tipo, que señalaba el significado social de treinta y dos obras de teatro de dieciocho autores de diferentes países. Mi única pega era que mi propia tierra adoptiva se había quedado fuera. Había buscado diligentemente algún dramaturgo americano que pudiera colocarse junto a los grandes europeos, pero no pude encontrar ninguno. Había principiantes muy prometedores como Eugene Walter, Rachel Crothers, Charles Klein, George Middleton y Butler Davenport. Pero el maestro aún no aparecía. Lo haría sin duda, en algún momento, pero, mientras tanto, me tuve que contentar con llamar la atención de América con las obras de los más distinguidos autores teatrales europeos y sobre el significado social del moderno arte dramático.

En una conferencia en Toledo me dejaron una tarjeta de visita en la mesa. Era de Robert Henri, que solicitaba que le informara qué conferencias iba a impartir en Nueva York. Había escuchado a Henri, había visto sus exposiciones y me habían dicho que era un hombre de ideas sociales avanzadas. Poco después, en una de las charlas de los domingos en Nueva York, se acercó un hombre alto y fornido y se presentó como Robert Henri. «Me gusta tu revista», dijo. «Especialmente los artículos sobre Walt Whitman. Adoro a Walt y sigo todo lo que se escribe sobre él».

Llegué a conocer bien a Henri. Era una personalidad excepcional, una naturaleza libre y generosa. Era de hecho anarquista en su concepción del arte y su relación con la vida. Cuando comenzamos las clases nocturnas en el Ferrer, respondió rápidamente a la invitación de instruir a nuestros estudiantes de arte. También interesó a George Bellows y a John Sloan, y juntos contribuyeron a crear un espíritu de libertad en el aula de arte que, probablemente, no existía en ninguna otra parte de Nueva York en aquel momento.

Más tarde, Robert Henri me pidió que posara para un retrato. Estaba muy ocupada por aquel entonces; además, varias veces me habían intentado pintar con poco éxito. Henri dijo que quería representar a la «verdadera Emma Goldman». «Pero ¿quién es la verdadera?», le pregunté. «Nunca he podido desenterrarla». Su hermoso estudio en Grammercy Park, tan alejado del ruido y la suciedad de la ciudad, y la dulce hospitalidad de la señora Henri eran como un bálsamo para mí. Charlábamos sobre arte, literatura y educación libertaria. Henri estaba muy versado en estos temas y poseía, además, una intuición inusual para detectar el empeño sincero. Durante aquellas horas luminosas me enteré de que años antes había fundado una escuela de arte. «Los alumnos tienen toda la libertad para desarrollar lo que tengan dentro», decía. «Yo únicamente respondo preguntas o doy sugerencias para solucionar los problemas más difíciles». Nunca había tratado de imponer sus ideas a los alumnos.

Estaba naturalmente impaciente por ver el retrato, pero, conociendo lo reticente que era Henri a la hora de enseñar obras inacabadas, no pedí verlo. Cuando el cuadro se terminó no me encontraba en Nueva York, pero algún tiempo después mi hermana Helena me escribió para decirme que lo había visto en una exposición en Rochester: «No habría sabido que eras tú si no llevara escrito tu nombre debajo». Otros amigos estaban de acuerdo con ella. Estaba segura de que Henri había tratado de plasmar lo que él concebía

como la «verdadera Emma Goldman». Nunca vi el retrato, pero atesoro el recuerdo de las sesiones de posado, que me aportaron cosas muy valiosas.

---

[2] Integrantes de las Centurias Negras, un violento movimiento antisemita, partidario del zar y enemigo acérrimo de la revolución de 1917. *(N. de la T.)*.

41

El tren corría desbocado hacia Chicago, pero mi corazón se adelantaba, trastornado por el anhelo de reunirme finalmente con Ben. Tenía programadas doce conferencias y un curso sobre teatro en la ciudad. Durante mi estancia, me topé con la nueva publicación literaria llamada *The Little Review* y, poco después, conocí a su editora, Margaret C. Anderson. Me sentí como una viajera del desierto que se encuentra inopinadamente con un manantial de agua fresca. ¡Finalmente una revista en el ámbito de la creación artística que tocaba una nota rebelde! *The Little Review* carecía de claridad en las cuestiones sociales, pero estaba tanto atenta a las nuevas formas artísticas como libre del empalagoso sentimentalismo de la mayoría de las publicaciones americanas. Su mayor atractivo para mí radicaba en su crítica potente e intrépida de las convenciones, algo que llevaba buscando veinticinco años en los Estados Unidos. «¿Quién es esta Margaret Anderson?», le pregunté al amigo que me había mostrado el ejemplar de la revista. «Una chica americana encantadora», contestó. «Y que está deseando entrevistarte». Le dije que me daba igual que me entrevistaran, pero que quería conocer a la editora de *The Little Review*.

Cuando la señorita Anderson llegó a mi hotel, salí al ascensor a recibirla. Me sorprendió encontrarme con una chica elegante de la alta sociedad y, pensando que me había confundido de nombre, me volví hacia mi habitación. «¡Señorita Goldman!», me llamó la chica. «Soy Margaret

Anderson». Su apariencia de mariposa me decepcionó, tan radicalmente distinta era de la imagen mental que me había hecho de la editora de *The Little Review*. Mi tono fue frío cuando la invité a pasar a mi habitación, pero eso no pareció afectar a mi visitante en lo más mínimo. «Vengo a invitarla a mi casa», dijo impetuosamente, «aunque solo sea para descansar y relajarse un poco… ¡parece tan cansada y está siempre rodeada de tanta gente! En mi casa no tendría que ver a nadie», siguió diciendo, «no se me molestaría en absoluto y podría hacer lo que quisiera. Podrá bañarse en el lago, dar paseos o no moverse en absoluto», trató de persuadirme. «Yo la atenderé y tocaré para usted».

Tenía un taxi esperando para salir hacia allá enseguida. Me abrumó la avalancha de palabras y sentí remordimientos por la recepción tan indiferente que le había brindado a la generosa muchacha.

En un amplio apartamento frente al lago Michigan conocí, además de a la señorita Anderson, a su hermana, que tenía dos niños, y a una chica llamada Harriet Dean. Todo el mobiliario consistía en un piano, su banqueta, algunos catres rotos, una mesa y unas sillas de cocina. Aunque este extraño hogar se las apañaba para pagar el alquiler, que sin duda era alto, no quedaba dinero para nada más. Pero, de alguna forma misteriosa, Margaret Anderson y su amiga conseguían flores, fruta y chucherías para mí.

Harriet Dean era un tipo de mujer tan novedoso para mí como Margaret, aunque las dos eran totalmente distintas. Harriet era atlética, de aspecto masculino, reservada y tímida. Margaret, por el contrario, era extremadamente femenina, en una efervescencia constante de entusiasmo. Unas cuantas horas con ella cambiaron por completo mi primera impresión y me hicieron darme cuenta de que, bajo su aparente ligereza, había suficiente profundidad y fuerza de carácter como para perseguir cualquier fin que se propusiera en la vida. Enseguida comprobé que las chicas no actuaban movidas por ningún sentido de la injusticia social, como la joven *intelligentsia* rusa, por ejemplo. Fuertemente individualistas, habían roto las

cadenas de sus hogares de clase media para liberarse del yugo familiar y de las tradiciones burguesas. Lamentaba su falta de conciencia social pero, en tanto rebeldes por su propia liberación, Margaret Anderson y Harriet Dean reforzaron mi fe en las posibilidades de mi país adoptivo.

Mi visita fue entretenida y relajante. Me gustó conocer dos mujeres americanas jóvenes que estuvieran seriamente interesadas en las ideas modernas. Pasábamos el tiempo hablando y discutiendo. Por las noches, Margaret tocaba el piano y yo cantaba canciones del folklore ruso o les contaba a las chicas algunos episodios de mi vida.

Margaret no tocaba como una artista cultivada. Poseía una cualidad original y vibrante, especialmente cuando no había desconocidos presentes. En esos momentos era capaz de expresar por completo toda su emoción e intensidad. La música me conmovía siempre profundamente, pero la forma de tocar de Margaret ejercía sobre mí un efecto peculiar, como la vista del mar, que me dejaba siempre incómoda e inquieta. Nunca aprendí a nadar, temía las aguas profundas y, sin embargo, en la playa me invadía el deseo de llegar hasta las olas y de que su abrazo me sumergiera. Cuando escuchaba tocar a Margaret, me embargaba esa misma sensación y un anhelo inquieto. Los días que pasé en su casa del lago Michigan pasaron demasiado rápido, pero durante el resto de mi estancia en Chicago, Margaret y Deansie nunca se apartaron mucho de mi lado.

A través de Margaret conocí a la mayoría de los colaboradores de *The Little Review*, entre ellos a Ben Hecht, Maxwell Bodenheim, Caesar, Alexander Kaun y Allen Tanner. Escritores capaces todos ellos, pero ninguno poseía la concentración ardiente y el arrojo de Margaret Anderson.

Harriet Monroe, de *The Poetry Magazine*, y Maurice Browne, de *Chicago Little Theatre*, pertenecían al mismo círculo. Me interesó especialmente el nuevo experimento dramático del señor Browne. Tenía talento y sinceridad, pero estaba demasiado subyugado por el pasado como para ser capaz de convertir el *Chicago Little Theatre* en una influencia

eficaz. El teatro griego y los clásicos poseían sin duda un enorme valor, le decía a menudo, pero la gente sensata de nuestro tiempo buscaba una expresión dramática para los problemas humanos de nuestra época. De hecho, no había nadie en Chicago, fuera de la *troupe* del señor Browne y de su pequeño círculo de partidarios, que estuviera al tanto de la existencia del *Chicago Little Theatre.* Una lástima, porque Maurice Browne se esforzaba con toda seriedad y honestidad.

En esta visita a Chicago tuve la suerte de escuchar muy buena música. Percy Grainger, Alma Gluck, Mary Garden y Casals dieron conciertos en la ciudad durante mi estancia. Un abanico de artistas así era un regalo insólito.

Alma Gluck me desgarró con sus primeras notas. Sus cantos hebreos, especialmente, le permitían lucir toda la gama de su rica voz. Los lamentos de hace seis mil años se volvían agudamente reales gracias a su canto exquisito.

A Mary Garden la había visto en otras ocasiones. Una vez, en St. Louis, se le había negado un teatro para representar *Salomé*, que los entrometidos moralistas habían declarado indecente. Un reportero le mencionó a Mary Garden la semejanza entre su lucha por la libertad de expresión y la de Emma Goldman, y Mary me elogió profusamente. No conocía nada del anarquismo, le había dicho, ni sabía de mis ideas, pero admiraba mi defensa de la libertad. Le escribí expresándole mi admiración. Como respuesta me pidió que le avisara la próxima vez que coincidiéramos casualmente en la misma ciudad. Un tiempo después, en Portland, Mary me reconoció en la primera fila, justo cuando algunos admiradores le acababan de regalar una enorme cesta de rosas. Se asomó al borde del escenario, escogió la más grande y roja de ellas y me la arrojó al regazo con un beso volado. Años antes, en 1900, cuando estuve en París, me había embelesado su interpretación de la *Louise* de Charpentier y de la *Thäis* de Massenet. Pero nunca estuvo tan encantadora y fascinante como en la ópera *Pelléas et Mélisande*, a la que asistí en el auditorio de Chicago en compañía de

Margaret Anderson. Era la personificación de la juventud, la inocencia y el espíritu terrenal en una sola persona.

El mayor acontecimiento musical durante mi estancia en Chicago fue el concierto del chelista español Casals. El violonchelo había sido siempre mi instrumento favorito pero, hasta que escuché a este mago, no había sospechado apenas sus posibilidades. El toque de Casals desplegaba sus tesoros, lo hacía vibrar como un alma humana y cantar en tonos aterciopelados.

Inesperadamente llegaron las noticias espantosas de la masacre de obreros en Ludlow, Colorado, de los huelguistas acribillados y la quema de mujeres y niños en sus tiendas. Las conferencias sobre teatro parecían pamemas en comparación con las llamas que subían hacia el cielo en Ludlow.

Los mineros del sur de Colorado llevaban meses en huelga. La Colorado Fuel and Iron Company, un consorcio de Rockefeller, pidió «protección» al Estado a la vez que enviaba mercenarios y pistoleros a la región minera. Los mineros fueron desahuciados de sus cabañas que eran propiedad de la empresa. Con sus mujeres y niños, levantaron tiendas y se prepararon para un largo invierno. Los intereses de Rockefeller prevalecieron ante el gobernador Ammon, que convocó a la milicia para «mantener el orden».

Cuando llegué a Denver con Ben, me informaron de que los líderes obreros estarían encantados de aceptar los fondos que recaudara para ellos en mis conferencias, pero que no les interesaba que se difundiera que ellos tenían alguna relación con mis iniciativas. Tampoco recibí más aliento por parte de nuestros propios camaradas de Ludlow. Las autoridades no me permitirían llegar a la ciudad, me escribieron, y, si conseguía llegar, los periódicos dirían que yo estaba detrás de la huelga. Fue doloroso darse cuenta de que la gente por la que había trabajado toda la vida no me quería.

Afortunadamente, tenía una plataforma independiente, *Mother Earth*, y mis conferencias. En mi propio foro sería libre para denunciar los crímenes

de Ludlow y señalar sus lecciones a la clase obrera. Comenzamos los mítines y, en dos semanas, pude demostrar que unos pocos militantes imbuidos de idealismo podían atraer más atención sobre un asunto social urgente que las grandes organizaciones, que carecían de valor para hablar claro. Mis conferencias contribuyeron a situar a Ludlow bajo el potente foco de la publicidad. Ludlow, Wheatland, la invasión de México por parte de las tropas federales; todos ellos representaban flujos procedentes del mismo manantial. Hablé de ellos ante audiencias que se contaban por miles y conseguimos recaudar grandes sumas para las diversas luchas.

Cuando llegamos a Denver nos encontramos a veintisiete muchachos de la I.W.W. en la cárcel. Habían sido detenidos como consecuencia de una campaña por la libertad de expresión y se les había torturado y encerrado a sudar en «el hoyo» por negarse a trabajar picando piedra. Nuestros esfuerzos a su favor tuvieron éxito. Cuando se les puso en libertad, desfilaron por las calles con banderas y canciones hasta llegar a nuestro salón, donde fueron recibidos con el espíritu de la camaradería y la solidaridad.

Una de las experiencias interesantes de mi estancia en Denver fue conocer a Julia Marlowe Sothern y Gustave Frohman. Hablamos de teatro moderno. Frohman estaba convencido de que estas obras no le interesaban al público asiduo al teatro y yo argumentaba que, en Nueva York, había también otro público, más inteligente y abierto que el que solía acudir en manada a Broadway. Ese público, insistía yo, apoyaría un teatro que programara los dramas de Ibsen, Strindberg, Hauptmann, Shaw y los rusos. Me ofrecí a demostrar que un teatro de repertorio, con precios que oscilaran entre cincuenta centavos y un dólar y medio, podría mantenerse por sus propios medios. El señor Frohman pensaba que yo era una optimista poco práctica. Le interesó el asunto, sin embargo, y prometió que hablaríamos con más tiempo sobre el tema cuando ambos estuviéramos de vuelta en Nueva York.

Había visto a la señorita Marlowe y a Sothern en *La campana sumergida*, de Gerhardt Hauptmann. Su Heinrich no me interesó nada, pero Julia Marlowe, como Rautendelein, estaba sublime, e igualmente inmensa como Katharina en *La fierecilla domada*, así como en el papel de Julieta. La señorita Marlowe frisaba entonces los cuarenta años. Aunque demasiado robusta para los papeles juveniles, su soberbia actuación nunca disipaba la ilusión de estar contemplando a Rautendelein, la ligera y salvaje niña de las montañas, o la ingenuidad desprovista de toda sofisticación de Julieta, la niña-mujer.

Sothern era estirado e insulso, pero Julia compensaba con su encanto por los dos, gracia y falta de afectación. Envió flores a mis conferencias y unos amables saludos para «suavizar la tarea de estar siempre ante el público». Bien sabía ella lo duro que eso era en ocasiones.

Mientras Ben y yo estábamos atareados con nuestras charlas en el oeste, Sasha se entregaba a actividades agotadoras en Nueva York. Junto con Fitzi, Leonard D. Abbott, los camaradas de los grupos anarquistas y los jóvenes miembros del Centro Ferrer, orquestaban el movimiento de los parados y las campañas antimilitaristas. Su persistencia en la lucha por la libertad de expresión en Nueva York había dado como resultado que la policía montada reventara continuamente sus reuniones, en medio de una increíble violencia y brutalidad. Pero su perseverancia y su desafío de la arbitraria normativa oficial acabaron por impresionar a la opinión pública y conquistaron el derecho a reunirse en Union Square sin el permiso policial. A partir de las breves notas que me enviaba Sasha, apenas podía adivinar lo que ocurría en Nueva York, pero enseguida los periódicos se llenaron de relatos sobre el trabajo de la Liga Antimilitarista, que había fundado Sasha, y de las manifestaciones a favor de los mineros de Ludlow que se celebraron en Nueva York y en Tarrytown, la ciudadela de Rockefeller. Me entusiasmaba

ver el viejo espíritu de Sasha poniéndose en pie para la batalla y observar su habilidad extraordinaria para organizar y manejar el trabajo.

Las actividades de Nueva York desembocaron en un número de detenciones, entre ellas las de Becky Edelsohn y otros muchachos del Centro Ferrer. Sasha escribió que Becky había estado espléndida en el juicio, en el que había asumido su propia defensa. Cuando la condenaron, declaró una huelga de hambre de cuarenta y ocho horas en la cárcel como protesta. Fue la primera vez que un preso político hizo algo así en América. Siempre había sabido que Becky era valiente, aunque la falta de responsabilidad y perseverancia en su vida personal, que había exhibido durante años, me habían irritado mucho. Sin embargo, estaba muy contenta de ver que mostraba tanta fortaleza de carácter. A menudo es en los momentos excepcionales cuando se descubren cualidades insospechadas.

Los elementos radicales y liberales de Nueva York cooperaban para protestar por la carnicería de Ludlow. El «desfile silencioso» ante la oficina de Rockefeller, organizado por Upton Sinclair y su esposa, y las otras manifestaciones concienciaban al este sobre las horribles condiciones de Colorado.

Escrutaba con ansia los periódicos de Nueva York. No me preocupaba Sasha, porque sabía lo fiable y tranquilo que era en los momentos de peligro. Pero ansiaba estar a su lado, en mi amada ciudad, para participar con él en esas emocionantes actividades. Mis compromisos, sin embargo, me retenían en el oeste. Entonces llegaron las noticias de una explosión en un bloque de apartamentos de la avenida Lexington, que se llevó las vidas de tres hombres, Arthur Carron, Charles Berg y Karl Hanson, y la de una mujer sin identificar. Los nombres no me eran familiares. La prensa se llenó de rumores desquiciados. Se informó de que la bomba estaba destinada a Rockefeller, a quien los oradores de los mítines de Nueva York habían atribuido responsabilidad directa por la masacre de Ludlow. La prematura explosión probablemente le había salvado la vida. El nombre de Sasha se

mezcló en el caso y la policía lo estuvo buscando, así como a la dueña del piso de Lexington, nuestra camarada Louise Berger. Pude saber por Sasha que los tres hombres que habían perdido la vida en la explosión eran camaradas que trabajaban con él en la campaña de Tarrytown. En una de las manifestaciones de Union Square, la policía los había apaleado brutalmente. La bomba quizás tuviera como destinatario a Rockefeller, escribió Sasha, pero, en cualquier caso, los hombres se habían guardado sus intenciones, pues ni él ni nadie más sabía cómo se había producido la explosión.

¡Camaradas, idealistas, fabricando una bomba en un bloque de apartamentos atestado de gente! Me horrorizaba tamaña irresponsabilidad. Pero al momento recordé un episodio similar de mi propia vida. Se me apareció con un horror paralizante. Vi en mi cabeza la pequeña habitación del piso de Peppi, en la calle Quinta, con las cortinas echadas, Sasha experimentando con la bomba y yo observándolo. Había ahogado mi miedo por los inquilinos, en caso de un accidente, repitiéndome a mí misma que el fin justifica los medios. Con acusadora claridad revivía ahora aquella semana con los nervios de punta, en julio de 1892. ¡Con el celo del fanatismo yo había creído que el fin justifica los medios! Habían hecho falta años de experiencia y sufrimiento para que me emancipara de esa idea loca. Todavía creía que los actos de violencia cometidos como protesta contra las insoportables injusticias sociales eran inevitables. Entendía las fuerzas espirituales que culminaban en *Attentats* como los de Sasha, Bresci, Angiolillo, Czolgosz y otros cuyas vidas yo había estudiado. Actuaban presionados por su enorme amor por la humanidad y por su aguda sensibilidad ante la injusticia. Siempre me había posicionado con ellos y contra cualquier forma de opresión organizada. Pero, aunque mi simpatía estaba junto al hombre que protestaba contra los crímenes sociales recurriendo a medidas extremas, ahora sentía, sin embargo, que ya no podría nunca más participar en ellos o aprobar métodos que pusieran en peligro a vidas inocentes.

Me preocupaba Sasha. Era el impulsor de la tremenda campaña del este y temía que la policía lo atrapara en su red. Quise volver a Nueva York, pero sus cartas me refrenaron. Estaba totalmente a salvo, escribía, y había mucha gente que le ayudaba en la labor. Habían conseguido que entregaran los cuerpos de los camaradas muertos para ser cremados, y estaba planeando una manifestación monstruosa en Union Square. Las autoridades habían declarado en la prensa que no permitirían de ninguna manera un funeral público. Todos los grupos radicales, incluyendo la I.W.W., rechazaron la intención de Sasha. Incluso Bill Haywood le advirtió de que desistiera de sus planes porque «seguramente causaría otro once de noviembre». Pero el grupo de Sasha se negó a que los aterrorizaran. Declaró públicamente que él se haría responsable por lo que pudiera ocurrir en el mitin, con la condición de que no se permitiera a ningún policía entrar en el recinto de la manifestación.

El funeral público se celebró a pesar de la prohibición oficial. Union Square hervía con una multitud de veinte mil personas. En el último momento la policía había decidido no permitir llegar a la plaza a Sasha, quien iba a presidir la manifestación. Los detectives y reporteros asediaban nuestra casa. Sasha salió a la puerta principal para hablar con ellos y le pidieron ver la urna que contenía los restos cremados de las víctimas de la avenida Lexington. Volvió a entrar en casa y se escapó por la puerta trasera, atravesando el patio de las casas vecinas. Había tomado la precaución de encargar que un coche rojo le esperara en una calle cercana. Desde allí se dirigieron a toda velocidad a Union Square. Las calles aledañas a la plaza estaban atestadas. Parecía imposible llegar al estrado. Pero antes de que Sasha pudiera abrir la puerta del coche, los policías, aturdidos, confundieron el coche con el del jefe de la brigada de bomberos y despejaron obsequiosamente el camino hasta llegar al estrado. Cuando Sasha salió, los policías se sorprendieron de ver quién era. Subió

rápidamente al estrado. Ya era demasiado tarde para que la policía hiciera algo sin desencadenar un baño de sangre.

Y ahora, me escribía Sasha, los restos de los camaradas muertos estaban depositados en una urna, diseñada especialmente, con la forma de un puño cerrado que surgía de las profundidades. La urna estaba expuesta en la oficina de *Mother Earth*, que se había decorado con guirnaldas y con banderas rojas y negras. Miles de personas desfilaron por nuestra sede para ofrecer un último tributo a Carron, Berg y Hanson.

Me alegró saber que la peligrosa situación en Nueva York se había resuelto tan bien. Pero cuando recibí las copias del número de julio de *Mother Earth,* me horrorizó su contenido. Los discursos de Union Square estaban publicados íntegramente. Con la excepción del de Sasha, y los de Leonard D. Abott y Elizabeth Gurley Flynn, todo eran arengas de carácter muy violento. Había tratado siempre de proteger a nuestra revista de ese lenguaje y ahora todo el número estaba repleto de cháchara sobre violencia y dinamita. Estaba tan furiosa que quise arrojar toda la tirada al fuego, pero era demasiado tarde, ya se había enviado a los suscriptores.

En Portland, Oregón, los persistentes esfuerzos de un hombre ejercían una influencia sobre esa ciudad de una potencia que no tenía parangón en cualquier otra ciudad americana. Me refiero a mi amigo Charles Erskine Scott Wood. Por nacimiento pertenecía a la élite ultraconservadora y, sin embargo, se contaba entre los oponentes más tenaces al estrato social en el que había nacido. Gracias a sus gestiones, cedieron la biblioteca pública a una persona tan peligrosa como se me consideraba a mí. El señor Wood presentó mi primera conferencia que trataba sobre «Intelectuales proletarios», y su presencia atrajo un numeroso público.

En Portland se había lanzado una campaña de prohibición. Mi charla sobre «Víctimas de la moralidad» se refería a este tema; fue una de las

veladas más emocionantes de mi carrera pública. Los prohibicionistas y los proalcohol casi llegaron a las manos en esta ocasión.

Al día siguiente, un hombre llamó al señor Wood y se ofreció a comprar mis notas de la charla, no la parte que trataba de la supresión del sexo, sino la sección en la que había expuesto el derecho de las personas adultas a elegir sus bebidas. Representaba a la Liga de Propietarios de Tabernas, y su organización quería mis notas como propaganda para su campaña antiprohibición. El señor Wood le dijo que me transmitiría la oferta, pero que yo era «una criatura extraña» y que, probablemente, no consentiría que solo se publicara la mitad de mi charla. «¡Pero se le pagará!», exclamó el hombre. «El precio que ella diga». Ni que decir tiene que rechacé figurar como una agente de la Liga de Propietarios de Tabernas.

El poder de los reyes del cobre de Montana, fielmente apoyado por la Iglesia católica, convertían Butte y otras ciudades metalúrgicas del estado en un terreno baldío, donde solo merecía la pena la tierna hospitalidad de mis amigos Annie y Abe Edelstadt, este último el hermano de nuestro querido poeta muerto. Los patronos habían perfeccionado sus sistemas de espionaje. Los empleados vivían rodeados de espías, no solo en el trabajo, sino también en sus horas libres. Los chivatos husmeaban cada paso que daban esos hombres y hacían informes detallados de su comportamiento. Como consecuencia, esos esclavos modernos vivían con el miedo a disgustar a sus amos y perder su trabajo. La situación se agravaba por la reacción en las filas sindicales. La Western Federation of Miners,[3] que llevaba mucho tiempo bajo el control de dirigentes corruptos y poco escrupulosos, ayudaba a silenciar la voz de la protesta obrera. Pero la presión desde arriba engendró la rebelión. La ruptura tenía que llegar. Los obreros soliviantados dinamitaron el Union Hall, echaron a los líderes de la ciudad y organizaron un nuevo sindicato de tendencia revolucionaria.

A nuestra llegada a Butte nos recibió una atmósfera cambiada. No hubo que esforzarse demasiado para despertar el interés por mis charlas. La gente acudió como un solo hombre y demostró abiertamente su independencia. Preguntaron sin miedo y participaron en la discusión. Si había chivatos entre el público, no eran conocidos o se les habría sacado de allí a patadas.

Muy significativa fue la presencia de muchas mujeres, especialmente en mi charla sobre «Control de natalidad». Anteriormente no se hubieran atrevido a preguntar sobre estos temas, ni siquiera en privado; ahora se levantaban en una asamblea abierta y confesaban con franqueza cuánto odiaban su situación de esclavitud doméstica y de fabricantes de niños. Fue una demostración impresionante, que me encorajinó mucho.

A lo largo de los años no habíamos tenido acceso a ninguna sala decente en Chicago. A menudo había tenido que hablar en lugares terribles, normalmente en la parte trasera de alguna taberna. Eso no impedía que la llamada buena sociedad asistiera a mis charlas. No era raro que la calle frente al local estuviera llena de automóviles, lo que proporcionaba a los wobblies[4] incluso a alguno de mis camaradas, de una razón para protestar porque «yo educaba a la burguesía». Mi última charla de Chicago, en abril, casi se había ido al traste por culpa de un borracho que se había colado desde la barra y que insistía en presidir la sesión. Al final del mitin, dos desconocidos le dejaron su tarjeta a Ben. Le pidieron que les avisara la próxima vez que yo volviera a Chicago y le prometieron conseguir un lugar adecuado para mis futuras charlas.

Como ya me habían prometido muchas cosas, y pocas de ellas se habían cumplido, no tenía mucha fe en esta. No obstante, escribí a los desconocidos que me reuniría con ellos a mi vuelta de la costa. Tras salir de Butte me dirigí a Chicago, donde también quería visitar a Margaret Anderson y Deansie. ¡Los dos hombres resultaron ser un rico agente de publicidad y un corredor de bolsa! Discutimos la mejor manera de organizar

una serie de charlas sobre teatro y se decidió contratar el salón de recitales del Fine Arts. Los hombres se ofrecieron a financiar la iniciativa y me preguntaba por qué querrían hacerlo, a no ser que los judíos ricos buscaran ahora una actividad edificante. Les dejé claro que hablaría con la misma libertad en el lugar de moda que en la trasera de la taberna. Quedamos en que más adelante les telegrafiaría mis fechas para las conferencias.

Cuando regresé a Nueva York me enfrenté con una grave situación financiera. Las actividades de Sasha con los parados, junto con la campaña antimilitarista y la de Ludlow, se habían tragado la mayoría de los fondos que había enviado a la oficina procedentes de mi gira. No podíamos hacer frente a los pagos de *Mother Earth* y mucho menos a los gastos de la casa, que, en mi ausencia, se había transformado en un alojamiento y fonda gratis para todo el mundo. Debíamos a la imprenta, a la empresa de correo y a todas y cada una de las tiendas de la vecindad. La presión de la agitación que había llevado a cabo y el peligro y la responsabilidad a la que Sasha se había enfrentado le habían dejado en un estado irritable y muy tenso. Se ofendió por mi crítica y le hirió que mencionara el dinero. Yo había esperado encontrar descanso, armonía y paz tras seis meses de dar charlas sin parar. Mis giras eran como una batalla. En lugar de ello, me hundía en nuevas preocupaciones.

La situación me nubló el juicio y me enfadé mucho con Sasha. Totalmente absorto en su propia propaganda no había pensado en mí ni un momento. Era el revolucionario de antaño, con la misma creencia fanática en la Causa. Su única preocupación era el movimiento y yo no era sino un medio para ello. Él no era otra cosa tampoco, ¿cómo podía pretender ser algo más para él?

Sasha no entendía mi enfado. Se impacientaba al oírme hablar de dinero. Había gastado nuestros fondos para el movimiento: esto último era más importante que mis charlas sobre teatro, dijo. Yo le hablé amargamente, le

dije que sin mis conferencias sobre teatro no habría tenido medios para financiar sus actividades. El enfrentamiento nos entristeció a los dos. Sasha se encerró en sí mismo.

Los únicos a los que podía recurrir en mi desgracia eran mi querido sobrino Saxe y mi viejo amigo Max. Ambos eran muy comprensivos, pero ninguno de los dos lo bastante mundano como para resultarme de mucha ayuda. Tendría que afrontar sola la situación.

Decidí renunciar a nuestra casa y declararme en bancarrota. Mi amigo Gilbert E. Roe, a quien confié mis cuitas, se carcajeó de mi extraña idea. «La bancarrota es el recurso de los que quieren librarse de pagar deudas», dijo. «Habría que litigar durante más de un año y tus acreedores tendrán derecho sobre cada penique que ganes hasta el fin de tus días». Se ofreció a prestarme dinero, pero yo no podía aceptar su generosidad.

Entonces se me ocurrió una nueva idea. Le diría al impresor exactamente mi situación. La mejor manera es siempre ser sincera y clara, decidí. Mis acreedores resultaron ser muy acomodaticios. El dinero que les debía no les quitaba el sueño, dijeron. Confiaban en que yo saldría adelante. Finalmente, quedamos en que les pagaría mi deuda en plazos mensuales. La casa de envíos incluso rechazó mis notas de pago. «Paga lo que puedas cuando puedas», me dijo el gerente. «Tu palabra es suficiente para mí».

Decidí partir otra vez de cero, alquilar un sitio pequeño (una habitación como oficina, otra para vivir), aceptar cualquier conferencia que me ofrecieran y practicar el ahorro más estricto para poder mantener *Mother Earth* y mi trabajo. Le telegrafié a Ben las fechas para mi curso sobre teatro en Chicago y después salí a buscar una casa nueva. Fue una empresa desazonadora; la explosión de la avenida Lexington y la publicidad que habían obtenido las acciones de Sasha eran recientes en la opinión pública y los arrendatarios eran remisos. Pero finalmente encontré un local de dos habitaciones en la calle Ciento Veinticinco y me dispuse a arreglarlo a mi conveniencia.

Sasha y Fitzi vinieron a ayudarme a ordenar mi nuevo hogar, pero nuestras relaciones seguían siendo tensas. Aun así, Sasha estaba tan enraizado en mi ser que no me permitía seguir enfadada mucho tiempo con él. También hubo algo que me hizo cambiar mi actitud resentida. Me di cuenta de que no era culpa de Sasha, sino mía. No solo desde mi vuelta de la última gira, sino a lo largo de los ocho años después de su salida de la cárcel, yo había sido la responsable de las rupturas que nos habían sucedido. Había sido muy injusta con él. En lugar de darle una oportunidad de buscar su propio camino en la vida tras su resurrección, le había traído a mi mundo, a un ambiente que solo podía mortificarle. Lo había hecho con esa equivocada creencia, habitual de las madres, de que saben lo que es mejor para sus hijos y que, temiendo que estos queden aplastados por el mundo exterior, tratan desesperadamente de protegerlos de experiencias esenciales para su crecimiento. Había cometido el mismo error con Sasha. No solo no le había presionado para que volara por sí mismo, sino que había temblado ante cada paso que daba porque no podía soportar que se expusiera a nuevos sufrimientos y penurias. Y, aun así, no le había salvado de nada, solo había despertado su resentimiento. Tal vez él no era siquiera consciente de ello, pero estaba allí siempre, estallando de una forma o de otra. Sasha siempre había querido su propio trabajo y su propio lugar. Yo le había ofrecido todo lo que un ser humano puede darle a otro, pero no le había ayudado en lo que más quería y necesitaba. No podía negar la cruda realidad. Pero ahora que Sasha había encontrado una mujer que podía darle tanto amor como comprensión, era mi oportunidad para reparar el mal que le había hecho.

Haría posible que salieran en una gira por todo el país, decidí. Una vez Sasha llegara a California, podría hacer realidad su sueño de un periódico propio.

Fitzi y Sasha reaccionaron con entusiasmo ante mi propuesta de una gira. Quedé con mi joven amiga Anna Baron, que solía trabajar para nosotros

como mecanógrafa a media jornada, en que ella asumiría la faceta empresarial de la oficina de *Mother Earth*. Max y Saxe se encargarían del trabajo editorial de la revista. Hyppolite y otros amigos también podían echar una mano. Sasha se sintió rejuvenecer y ya no hubo más fricción entre nosotros.

Un día pasó a verme mi amigo Bolton Hall. Había estado trabajando mucho y él se percató de mi estado lamentable. «¿Por qué no te vas a la granja de Ossining?», me sugirió. «Por nada del mundo», le contesté, «mientras esté allí ese pesado». «¿Qué pesado?», me preguntó sorprendido. «Pues Micky, del que llevo años tratando de huir». «¿Te refieres a Herman Mijailovich, ese chaval tan tímido que solía ayudar en la oficina de *Mother Earth* y en el Centro Ferrer?». «El mismo», le dije. «Su aparente timidez ha sido una maldición para mí desde hace mucho tiempo». El querido Bolton se quedó estupefacto. «Cuéntamelo», me invitó.

Le conté la historia a Bolton. Herman había sido lector de *Mother Earth* desde hacía tiempo, había pagado puntualmente su suscripción y encargaba literatura a menudo. Vivía en Brooklyn, pero ninguno de nosotros lo conocía. Un día recibí una carta desde Omaha pidiendo permiso para organizar allí unos mítines. Era de Herman. Feliz de tener alguien en aquella ciudad para ayudar, le telegrafié diciéndole que adelante. Cuando llegamos allí, nos encontramos a nuestro desconocido camarada harapiento y famélico. Ben le ayudó y también le sacamos de la comisaría cuando lo encerraron por repartir los folletos que anunciaban las charlas. Antes de salir de la ciudad, le facilité entrar en el sindicato de pintores, para que así se asegurara un trabajo. Tres días más tarde, en Minneapolis, nos topamos inesperadamente con Herman. Quería organizar mis charlas a lo largo de la ruta, me dijo. Le aseguré que apreciaba su oferta, pero que ya tenía un gerente y que no podría soportar tener dos. Herman no dijo nada más, pero, cuando llegamos a la siguiente ciudad, allí estaba, y lo mismo en la siguiente, y también en la siguiente. No había forma de sacudírselo, estaba

constantemente por delante de nosotros o siguiendo nuestros pasos. Los beneficios de mis charlas no bastaban para pagar sus billetes de tren y temía que Herman sufriera algún accidente al colarse en los trenes. Se convirtió en una preocupación y en una molestia adicional. En Seattle ya no pude aguantar más. Él me dijo que encontraría un trabajo si le podía financiar unas pocas semanas. Lo hice y me prometió solemnemente quedarse en Seattle. Pero cuando llegamos a Spokane, ¿quién nos recibió allí? Herman Mijailovich en persona. Que no le gustaba el oeste y que había decidido regresar a Nueva York. Durante el resto de nuestra gira, Herman se nos pegó como una lapa. Era un buen trabajador, dispuesto a hacer cualquier cosa para ayudar y lo bastante astuto como para hacerse indispensable para Ben. Cuando finalmente llegamos a Nueva York, respiré aliviada.

Durante un tiempo no volvimos a saber nada de Herman. Y después volvió a presentarse, de nuevo harapiento. Trabajaba en una lavandería, me dijo, dieciocho horas al día por cinco dólares a la semana. En medio de su relato, se cayó desmayado al suelo. Un rápido acuerdo con Sasha e Hippolyte para que Herman pudiera ganarse el sustento como ayudante en la oficina le salvó de volver a la lavandería y, curiosamente, de más desmayos. Era un chaval inteligente, pero hay gente a la que la fama le sienta peor que el alcohol. Ir de gira con nosotros, haber sido detenido y ver su nombre en los periódicos desquició a Herman. Su estado empeoró después de que Ben lo invitara a participar en uno de sus mítines de los vagabundos. Herman compartió honores con Chuck Connor, la celebridad de Chinatown; Sadakichi Hartmann, famoso por sus extraños bailes; Hutchins Hapgood, ampliamente conocido por sus libros sobre el inframundo; Arthur Bullard, intelectual bohemio y trotamundos; Ben Reitman, el pseudorrey de Vagalandia, y otras luminarias del medioambiente mundano y errante.

Herman, ya rebautizado como Micky, soltó un discurso para la ocasión, hablando con autoridad inatacable sobre el vagabundeo como una de las

bellas artes. «Por todas partes estás obligado a vender tu fuerza de trabajo» declaró. «Pero en la carretera te liberas del trabajo. Yo me he jurado ser el patrón de mi alma. Antes que trabajar para un jefe, que otros trabajen para mí, a no ser que yo pueda elegir mi ocupación». Se le aclamó como a un héroe y la fraternidad lo aceptó como uno de los suyos.

Al día siguiente los periódicos hablaban de Micky, «el irlandés judío que ha jurado no volver a trabajar nunca». Micky estaba en las nubes, con la cabeza alta, su pecho henchido y mirando con desprecio al mundo a la cara. En nuestra oficina se cuidó sabiamente de presumir de su fama... hasta que Ben y yo nos fuimos de gira. Entonces declaró que tenía que vivir su vida y que tenía grandes cosas por hacer. Los chicos le dijeron rápidamente que no podían albergar tanta fanfarronería en la misma casa.

En Omaha volví a toparme con Micky. No sería un gasto, me aseguró, solo quería seguir en contacto con mi trabajo. No pude negarle eso. Micky siguió siendo mi sombra, siempre pegado a mis talones, de ciudad en ciudad. Admiraba su perseverancia, aunque me ponía de los nervios. Su presencia era constante. Después empezó a chismorrear sobre mis amigos de Nueva York y especialmente sobre Ben, que tantísima paciencia había tenido con él. Eso colmó el vaso y Micky huyó de mi vista.

Cuando regresamos a Nueva York, Ben me trajo la agradable noticia de que Micky había aterrizado en la ciudad ese mismo día, medio hambriento y helado después de vagabundear mucho tiempo. «Apáñalo, dale dinero, comida y techo», le dije. «Pero no lo traigas aquí, no puedo soportar más sus atenciones». Así lo hizo Ben, pero seguía hablando de la situación terrible del pobre Micky y, en Nochebuena, me lo trajo como un regalo. Fuera rugía una tormenta de nieve y nosotros teníamos un cuarto libre. ¿Cómo podía echar a la pobre criatura?

En cuanto Micky se sintió a salvo, empezó a restregar su superioridad, criticando, regañando y poniendo los nervios de punta a todo el mundo. Un día, rabioso, blandió un bastón ante Saxe, que estaba harto de escuchar sus

bravatas. Mi presencia libró a Micky de la soberana paliza que se merecía. Le dije, categóricamente, que debía buscarse otro lugar. Cuando regresamos esa misma noche de un mitin, nos encontramos el horno saboteado y a Micky encerrado en su habitación. Estaba en huelga de hambre, decía la nota que había dejado en mi mesa, y la mantendría hasta que yo consintiera que se quedara en la casa. Los chicos se ofrecieron a arrojarlo sin contemplaciones a la calle, pero yo me negué a dejarles, esperando que Micky cambiara de opinión.

Pasaron cuatro días y aún seguía encerrado. Cogí un cubo de agua y subí decidida a su cuarto. Abrió en cuanto oyó mi voz. Le dije que si no se levantaba en cinco minutos recibiría una ducha de agua helada. Empezó a llorar y a acusarme de crueldad. Me amaba más que nadie, era mi amigo fiel pero ahora debía morir, declaró, pues yo rechazaba su afecto. Moriría allí mismo y yo debía ayudarle a hacerlo. Los chicos me habían sugerido que las rabietas de Micky se debían a los celos, pero la idea me había parecido ridícula. ¡Finalmente salía a la luz el secreto del pobre Micky! Pero me mantuve firme. «Bonito amor el tuyo, que quiere cargarme con tu muerte», le dije. «¿No crees que hay mejores causas por las que ir a la silla eléctrica?». Le dije que se levantara, se bañara, se pusiera ropa limpia y comiera algo; después decidiríamos la mejor manera para que se suicidara. Me pidió permiso para ir a la granja y se lo di encantada. Pero una vez allí empezó a acosarme con cartas, dos o tres cada día, quejándose del frío y del hambre y amenazando de nuevo con suicidarse.

«Sin duda Micky sabe que tienes una conciencia desdichada», bromeó Bolton. «Y, además, ten en cuenta su amor no correspondido», añadió con un brillo alegre en los ojos. «Pero lo sacaré de la granja y te prometo no dejarle sin blanca». Bolton escribió a Micky para decirle que le habían comunicado su enfermedad y su pobreza y que, por tanto, había notificado a las autoridades del asilo: un funcionario lo llamaría en pocos días. A la vuelta de correo, Bolton recibió una respuesta de Micky que decía que no

era ningún mendigo y que había ahorrado dinero suficiente como para llegar a la costa. Micky se fue. «Un tío listo, este Micky», comentó Bolton. «Pero lo que yo no sabía es que fuera tan fácil abusar de ti».

El rinconcito en Ossining quedó finalmente libre y yo anhelaba un merecidísimo descanso. Pero, en la confusión, me olvidé de que el joven Donald, el hijo de mi querida amiga Gertie Vose, se quedaba en la casa que yo abandonaba. Sasha me había escrito cuando yo estaba en el oeste para decirme que el chico había venido a vivir con nosotros trayendo una carta de su madre y que le había acogido. Gertie Vose era una antigua rebelde a la que yo había conocido en 1897, pero no había visto a su hijo desde hacía dieciocho años. Cuando volví a verlo, en nuestra casa, me produjo una impresión muy desagradable, probablemente debido a su voz aguda y a su aspecto evasivo, que parecía rehuir mi mirada. Pero era el hijo de Gertie, solo y sin trabajo. Parecía malnutrido y estaba desastrado. Le propuse que fuera a descansar a nuestro pequeño lugar de Ossining. Me dijo que había querido volver a casa tras la campaña de Tarrytown, pero que estaba esperando a que su madre le mandara dinero para el viaje. Pareció apreciar mi oferta y, al día siguiente, se fue a la granja.

En mi nueva sede reanudé mis actividades. El reajuste a las nuevas condiciones implicó muchos sacrificios, pero se hicieron más llevaderos por la presencia de mi buen amigo Stewart Kerr, que tenía una habitación encima de mi pequeña oficina. Había compartido antes con nosotros nuestro piso del 210 calle Trece Este. De una naturaleza amable y no invasiva, Stewart era delicadamente consciente de mi bienestar y me ayudaba de muchas maneras. Era muy agradable tenerlo como vecino, siendo los dos los únicos inquilinos de la pequeña casa.

Estaba muy ocupada preparando el nuevo curso de teatro que había prometido hacer en Chicago y una serie de conferencias sobre la guerra. Habían pasado ya tres meses desde su estallido en Europa. Excepto en las páginas de *Mother Earth* y en nuestra campaña antimilitarista en Nueva

York, no había tenido oportunidad de alzar mi voz en el oeste en contra de la carnicería, excepto en una ocasión, en Butte, en la que había hablado a una amplia multitud desde un automóvil y denunciado allí la estupidez criminal de la guerra. Sentía que la catástrofe habría sido imposible de no ser por la traición socialista a sus ideas. En Alemania, el partido tenía doce millones de simpatizantes. ¡Qué inmenso poder para evitar la declaración de hostilidades! Pero, durante un cuarto de siglo, los marxistas habían entrenado a los obreros en la obediencia y el patriotismo, los habían adiestrado para confiar en la actividad parlamentaria y, especialmente, para confiar ciegamente en sus líderes socialistas. Y ahora la mayoría de esos líderes habían unido sus manos con el káiser. En lugar de hacer causa común con el proletariado internacional, habían convocado a los obreros alemanes para que se alzaran en defensa de «su» patria, no de la patria de los desheredados y los degradados. En lugar de convocar una huelga general y así paralizar los preparativos de la guerra, habían votado las partidas económicas del Gobierno destinadas para la matanza. Los socialistas de los demás países, con algunas excepciones notables, habían seguido su ejemplo. No era de extrañar, pues la socialdemocracia alemana había sido durante décadas el orgullo y la inspiración de los socialistas de todo el mundo.

Mi curso sobre teatro, bajo los auspicios de mis dos ricos mecenas, resultó ser una experiencia muy desagradable. El señor L., el genio de la publicidad, se había dado a sí mismo la tarea de «editar» los anuncios que yo le había enviado. De hecho, había cambiado todo su carácter, manejando los temas de mis charlas como si fueran anuncios de chicle.

Entonces ocurrió algo que escandalizó la delicada sensibilidad de mis mecenas. Mi primera charla sobre teatro cayó el día 10 de noviembre, un día de tremenda importancia para mí. Había sido el último día sobre la tierra de mis camaradas mártires en Chicago, veintisiete años antes. Comencé mi charla contrastando los cambios que se habían producido en la

actitud pública ante el anarquismo entre 1887 y 1914. Veía ante mí a nuestros amados muertos, dando testimonio de la última profecía de August Spies: «Nuestro silencio será más poderoso que las voces que hoy ahogáis». En 1887, la única respuesta que dio Chicago ante el anarquismo fue el cadalso; en 1914, se escuchaban con afán las ideas por las que habían muerto Parsons y sus camaradas. Durante mi breve introducción vi cómo uno de mis inversores y su familia, en la primera fila, se removían incómodos en sus asientos; algunas personas de las últimas filas salieron ostentosamente de la sala. Tranquilamente proseguí con el tema de la velada, «El drama americano».

Posteriormente, mis inversores informaron a Ben de que yo «había desperdiciado la oportunidad de mi vida». Habían convencido a «los ricos e influyentes personajes de Chicago» para que vinieran a mis charlas, entre ellos «a los ricos Rosenwald». Habrían apoyado mi labor por el teatro durante el resto de mi vida, pero «¡Emma Goldman tenía que estropear en diez minutos todo lo que nos había llevado semanas conseguir!».

Me sentí como si me hubieran subido al estrado para venderme. El incidente me dejó muy deprimida. Aunque lo intenté, no pude alcanzar mi intensidad habitual en las siguientes conferencias sobre teatro. Era distinto cuando hablábamos de la guerra. En mi propio salón, sin ninguna obligación para con nadie, podía libremente expresar mi horror por la matanza y discutir con franqueza cualquier fase de la cuestión social que se abordara. Cuando terminó mi curso de teatro, reembolsamos su inversión a mis «mecenas». No lamenté la experiencia, me enseñó que el patrocinio paraliza la independencia y la integridad.

Mi estancia en Chicago debió su encanto a mis dos jóvenes amigas, Margaret y Deansie. Ambas se volcaron conmigo y pusieron la oficina de *The Little Review* a mi disposición. Las chicas eran tan pobres como ratas de convento, nunca seguras de su siguiente comida, mucho menos capaces de pagar al impresor o el alquiler. Pero siempre había flores frescas para mí

encima de la mesa para darme la bienvenida. Desde los días inolvidables que había pasado con Margaret en la primavera, cuando ambas habíamos gozado de la hospitalidad del señor y la señora Roe en su casa de Pelham Manor, algo nuevo y preciado había crecido entre nosotras. Tres semanas de casi asociación diaria con ella y su delicada comprensión e intuición habían aumentado nuestro afecto mutuo.

Chicago tenía sus encantos, pero no me podía recrear en ellos. Otras voces me llamaban, me pedían que retomara la lucha. Aún tenía ciudades que cubrir. Sasha y Fitzi habían salido en su gira de conferencias. Y me necesitaban urgentemente en casa.

---

[3] Federación de Mineros del Oeste. *(N. de la T.)*.

[4] Nombre por el que se conoce a los militantes de la I.W.W. *(N. de la T.)*.

42

La presencia de Helena y los chicos siempre me hacía volver a Rochester, incluso cuando no tenía que impartir charlas allí. Este año existían dos razones adicionales para visitar mi ciudad: la oportunidad de hablar sobre la guerra y el gran acontecimiento familiar, el primer concierto de David Hochstein con la orquesta sinfónica local.

Un obrero anarquista, conocido como Dashuta, había contratado el Teatro Victoria para mi conferencia. Un idealista de la mejor pasta había pagado con sus escasos ahorros todos los gastos de la charla y había dedicado todo su tiempo libre a publicitar la conferencia. Su ayuda significaba mucho más para mí que toda esa «garantía de por vida» que me ofrecían los potentados de Chicago.

Cuando llegué a Rochester me encontré a mi gente en un angustiado suspense a la espera del concierto de David. Bien sabía yo cuánto anhelaba mi hermana Helena que los sueños y aspiraciones de su propia vida frustrada se materializaran en su hijo menor. Ante las primeras señales de su talento, mi tímida hermana había desarrollado decisión y fuerza para desafiar cualquier dificultad que tratara de impedir la carrera artística de su amado hijo. Se había matado a trabajar y a ahorrar para permitir que sus hijos, especialmente David, tuvieran las oportunidades que a ella se le habían negado y le consumía un ardiente deseo de entregarse a ellos con todas sus fuerzas. Durante mis visitas, en ocasiones, me abría su corazón,

nunca para quejarse sino para lamentarse de que pudiera hacer «tan poco» por sus seres queridos.

Ahora llegaba el momento culminante de su lucha. Después de que ella se hubiera esclavizado para ayudarle, David había regresado de Europa convertido en un consumado artista. Rezaba por su triunfo con todo su corazón. Los fríos críticos, el público poco inclinado, ¿qué pensarían de cómo tocaba su hijo querido? ¿Entenderían su genio? No quiso sentarse en un palco. «Podría distraerse si me ve», dijo. Se sentiría más tranquila en el gallinero con Jacob.

Había escuchado tocar a David en Nueva York y fui testigo de cómo había impresionado a todo el mundo. Era verdaderamente un artista. Guapo, de buena presencia, componía una figura extraordinaria sobre el escenario. No estaba angustiada por la presentación en Rochester, pero se me habían pegado los nervios de mi hermana, sin embargo, y durante todo el concierto, no dejé de pensar en ella, cuyo amor y esperanza orgullosa ahora se veían compensados. El violín de David hechizó al público y se le aclamó con un entusiasmo que pocas veces se concede a un joven artista en su ciudad natal.

Al llegar a Nueva York me abordó la Newspaper Enterprise Association, controlada por los periódicos Scripps-Howard, para pedirme un ensayo sobre cómo podía el pueblo americano ayudar a establecer la paz en la tierra y la buena voluntad entre los hombres. Para tratar el tema adecuadamente se necesitaría un volumen, pero se me pidió «reducirlo» a mil palabras. La oportunidad de llegar a un público amplio, no obstante, era demasiado valiosa como para desperdiciarla. En mi artículo señalaba que el primer paso para la buena voluntad exigía la inversión del mandato de Cristo de «dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». Dejar de pagar tributos a los déspotas, en el cielo y en la tierra, escribí, sería un avance hacia la paz entre los hombres.

A mi vuelta de la gira me sorprendió que Donald Vose siguiera aún en Nueva York. Mostraba un aspecto más harapiento que la última vez que lo vi y, aunque estábamos en pleno diciembre, no tenía abrigo. Aparecía cada día por la oficina y pasaba allí horas «para calentarse», como él decía. «¿Qué hay del dinero que esperabas?», le pregunté. «¿Llegó?». Lo había recibido, me dijo, pero le habían prometido un buen empleo en Nueva York y había decidido quedarse. La cosa se quedó en nada, sin embargo, y ahora ya se había gastado el dinero del billete y había escrito a casa para que le mandaran más. Sonaba plausible pero, de alguna manera, no me conmovió. Su presencia constante me ponía de los nervios.

Pronto empezaron a llegar informes que decían que Donald gastaba dinero en bebida y que invitaba por las noches a sus compañeros. Al principio creí que eran puro chismorreo; el chico aparentemente no podía permitirse ni un abrigo, ¿de dónde iba a sacar dinero para copas? Pero los informes se hicieron más frecuentes y empecé a sospechar. Sabía que Gertie, su madre, era demasiado pobre como para mantener a su hijo, así como lo eran también la mayoría de sus amigos. Escribirla solo conseguiría preocuparla. En vez de eso, me puse en contacto con alguno de nuestros amigos en el oeste. Investigaron la cuestión en Seattle, Tacoma y en la Home Colony, donde vivía Gertie. A Donald no le llegaba dinero desde ninguno de esos lugares. Mis temores aumentaron. Poco después, Donald vino a decirme que ya tenía el dinero del billete y que volvía al oeste. Me sentí aliviada y también algo avergonzada de mi desconfianza.

Una semana después de la partida de Donald, leímos en la prensa la detención de Matthew A. Schmidt en Nueva York y de David Caplan en Puget Sound. Sabíamos que «buscaban» a los dos hombres en relación con la explosión de *The Times* en Los Ángeles. El «pacto de caballeros» que hizo el estado de California al prometer cesar la persecución de los obreros tras la confesión de los McNamara se había roto de nuevo. Me vino a la cabeza Donald Vose y mis antiguas sospechas se reavivaron. Varias

circunstancias apuntaban a su implicación en el arresto de estos dos hombres. Me pareció absurdo pensar que un hijo de Gertie Vose fuera capaz de traición pero, aun así, el pensamiento de que Donald era de alguna manera responsable de las detenciones no me abandonaba.

Pronto no hubo lugar para dudas. Amigos de confianza de la Costa nos enviaron pruebas que revelaban que Donald Vose estaba a sueldo del detective William J. Burns, y que había traicionado a Matthew A. Schmidt y a David Caplan. El hijo de nuestra vieja camarada Gertie, criado en los círculos anarquistas y un invitado en nuestra casa, resultaba ser un Judas. Fue una de las peores puñaladas que recibí en mis veinticinco años de vida pública.

El primer paso que decidí dar fue ofrecer un relato honesto en *Mother Earth* de los hechos del caso y una explicación de cómo Donald Vose había acabado viviendo en nuestra casa. ¡Pero le rompería el corazón a mi querida amiga Gertie enterarse de que su propio hijo era un espía! Gertie se había puesto tan contenta porque su hijo estuviera ahora «en el ambiente adecuado» y que prosiguiera con el trabajo al que ella había dedicado la vida... Me pregunté cómo era posible que una mujer tan observadora y sagaz hubiera permanecido tan ciega ante la verdadera naturaleza de su hijo. Nunca lo habría enviado a nuestra casa si hubiera tenido la menor pista de su auténtica naturaleza. Vacilaba en desvelarle la verdad sobre Donald. Pero, sin embargo, más tarde o más temprano, Gertie tendría que enfrentarse a los hechos; además, en la relación de Donald con nosotros y con nuestro trabajo había muchas más cosas en juego por las que no podía mantener el asunto oculto. Nuestra gente debía estar prevenida contra él, decidí finalmente.

Escribí un artículo para nuestra revista que contaba toda la historia del caso. Pero, antes de componerlo, recibí una petición de la gente relacionada con la defensa de Schmidt y Caplan para que retrasara publicar cualquier cosa sobre Donald, porque se esperaba que acudiera al juicio como testigo.

Siempre he odiado los subterfugios, pero no podía ignorar los deseos de los encargados de defender a Caplan y Schmidt.

Se acercaba el décimo aniversario de *Mother Earth*. Que nuestra revista hubiera sobrevivido toda una década parecía poco menos que un milagro. Se había enfrentado a la repulsa de los enemigos, a la crítica poco amigable de los que nos deseaban lo mejor y había peleado mucho por seguir viva. Incluso la mayoría de quienes la apoyaron en su nacimiento tenían sus dudas de si sobreviviría. Sus temores no eran infundados, en vista de los insensatos cimientos de la revista. Ante la feliz ignorancia del negocio editorial, combinada con el ridículo colchón de doscientos cincuenta dólares, ¿quién hubiera esperado lograr algo con un inicio semejante? Pero mis amigos habían pasado por alto los factores más importantes de la herencia de *Mother Earth*, la perseverancia yidis y un entusiasmo sin límites. Estos dos factores resultaron ser más fuertes que los bonos del tesoro, los grandes ingresos o incluso el apoyo popular. Desde los primerísimos días la había diseñado con un propósito doble: dar voz sin miedo a toda causa progresista impopular y buscar la unidad entre los esfuerzos revolucionarios y la expresión artística. Para lograr ambos fines tuve que mantener a *Mother Earth* libre de las trabas de las políticas de partido, incluso de las políticas anarquistas, ajena a los favoritismos sectarios y a toda influencia exterior, aunque tuviera las mejores intenciones. Por esta razón, algunos de mis camaradas me acusaban de emplear la revista para mis propios fines, y los socialistas de estar al servicio del capitalismo y de la Iglesia católica.

Su supervivencia se debió en gran medida a la devoción de una pequeña banda de camaradas y amigos que ayudaron a hacer realidad mi sueño de una tribuna radical independiente en los Estados Unidos. Los elogios que los lectores de América y del extranjero le dedicaron en su décimo aniversario mostraron el hueco que mi criatura se había labrado en el

corazón de las gentes. Determinadas alabanzas fueron especialmente entrañables, porque procedían de personas con las que no había tenido más remedio que batirme sobre el asunto de la guerra.

A mi regreso de la Conferencia Neomalthusiana, celebrada en París en 1900, había añadido a los temas de mis conferencias el control de natalidad. No discutiría sobre los métodos, porque la cuestión de limitar los nacimientos suponía, a mi entender, solo un aspecto de la lucha social y no tenía la menor intención de arriesgarme a que me encarcelaran por ello. Además, me encontraba casi siempre a las puertas de la cárcel gracias a mis actividades en general, así que parecía injustificable asomarme aún más. Solo ofrecía información sobre los métodos cuando me la solicitaban en privado. Los problemas de Margaret Sanger con las autoridades de Correos, a raíz de la publicación de *The Woman Rebel*, y la detención de William Sanger por entregar el panfleto sobre métodos contraceptivos escrito por su mujer a un agente de Comstock me hicieron consciente de que había llegado el momento en el que, o bien debía dejar de dar charlas sobre el tema, o hacer justicia práctica. Sentí que debía compartir con ellos las consecuencias del tema del control de natalidad.

Ni mis debates sobre el control de natalidad ni los trabajos de Margaret Sanger eran pioneros. En los Estados Unidos habían trazado la ruta el viejo luchador Moses Harman, su hija Lillian, Ezra Heywood, el doctor Foote y su hijo, E. C. Walker y sus colaboradores de la generación anterior. Ida Craddock, una de las más valientes defensoras de la emancipación de la mujer, había pagado el precio supremo. Perseguida por Comstock, al enfrentarse a una condena de cinco años, se había quitado la vida. Ella y el grupo de Moses Harman fueron los pioneros y los héroes de la batalla por la maternidad libre, por el derecho de los niños a nacer bien. Este asunto de la precedencia, sin embargo, en ningún modo disminuye el valor de la obra de Margaret Sanger. Ella ha sido la única mujer en América que, en los últimos

años, ha proporcionado información a las mujeres sobre control de natalidad y que ha resucitado el tema gracias a sus publicaciones, después de muchos años de silencio.

E. C. Walker, presidente del Sunrise Club, me había invitado a hablar en una de sus cenas quincenales. Su organización era uno de los pocos foros libertarios de Nueva York, proclive a la libre expresión. A menudo había leído allí conferencias sobre diversos asuntos sociales. En esta ocasión, elegí como tema el control de natalidad, con la intención de discutir abiertamente los métodos anticonceptivos. Me encontré frente a uno de los públicos más numerosos de la historia del club, unas seiscientas personas, entre ellos médicos, abogados, artistas y hombres y mujeres de tendencia liberal. La mayoría de ellos eran gente honesta que había acudido para prestar su apoyo moral a la prueba que suponía este primer debate público. Todo el mundo daba por hecho que se me detendría y algunos amigos habían acudido preparados para pagar la fianza. Llevaba un libro por si tenía que pasar la noche en la comisaría. Esa posibilidad no me preocupaba, pero sí me incomodaba ser consciente de que algunos de los asistentes habían venido por curiosidad, por la excitación sexual que esperaban experimentar durante la velada.

Inicié el tema pasando revista a los aspectos históricos y sociales del control de natalidad y continué con el examen de varios anticonceptivos, de su aplicación y sus efectos. Hablé de la forma directa y franca que se debería emplear al tratar de asuntos corrientes de higiene y profilaxis. Las preguntas, y el debate que se suscitó después, me demostraron que había elegido el enfoque adecuado. Algunos médicos me elogiaron por haber presentado un tema tan difícil y delicado de una «forma limpia y natural».

No se produjo ninguna detención. Algunos amigos se temieron que me apresaran de camino a casa e insistieron en acompañarme hasta la puerta. Pasaron los días y las autoridades no tomaron cartas en el asunto. Era algo de lo más sorprendente, habida cuenta de la detención de William Sanger

por algo que ni había escrito ni había dicho él. La gente se preguntaba con asombro cómo era posible que a mí, a quien habían detenido con tanta frecuencia sin haber quebrantado la ley, se me permitiera ahora salir impune cuando había delinquido de una manera tan deliberada. Tal vez la negativa de Comstock a actuar se debiera al hecho de que él sabía que, probablemente, los asiduos a las reuniones del Sunrise Club ya poseían anticonceptivos. Por tanto, tendría que dar mi conferencia en una de mis reuniones de los domingos, decidí.

Nuestro salón estaba lleno a rebosar, en su mayoría de gente joven, entre ellos estudiantes de la universidad de Columbia. El interés que la charla despertó entre el público llegó a ser incluso mayor que en la cena del Sunrise; las preguntas que plantearon los jóvenes fueron de una naturaleza más personal y directa. No me dejé nada en el tintero y, aun así, no me arrestaron. Evidentemente, debería hacer otra prueba, en el East Side.

Tuve que retrasar el asunto un tiempo debido a compromisos previos. Los estudiantes de la Union Theological Seminary, que acudían con frecuencia a mis conferencias de los domingos, me habían invitado a hablar en sus locales. Acepté después de advertir a los chicos de que, probablemente, el profesorado se opondría. En cuanto se supo que esa mujer pagana iba a invadir el santuario teológico, se desató una tempestad que se prolongó hasta el día fijado para mi conferencia. Los estudiantes insistieron en su derecho a escuchar a quienes les apeteciera, hasta que el profesorado cedió y se fijó otra fecha.

Entre tanto, tenía que pronunciar otra charla, sobre «El fracaso del cristianismo», con especial referencia a Billy Sunday, a quien yo consideraba el payaso moderno de la religión y cuyo circo se encontraba en ese momento en Paterson. Teniendo en cuenta los métodos zaristas que las autoridades empleaban con las reuniones de los huelguistas y las asambleas radicales, la protección policial que se le daba a Billy y sus espectáculos era doblemente escandalosa. Nuestros camaradas de Paterson planeaban alguna

protesta y me invitaron a hablar. No me pareció justo discutir sobre Billy Sunday sin conocer primero el calibre del hombre y ver qué es lo que hacía pasar por religión. Me fui con Ben a Paterson para escuchar a la autoproclamada voz de Cristo.

Nunca antes la cristiandad se me había aparecido tan desprovista de sentido y decencia. Los modales vulgares de Billy Sunday, sus sugerencias groseras, la flagelación erótica y la desagradable lascivia desposeían a la religión de su más mínimo significado espiritual. Estaba demasiado asqueada como para escuchar hasta el final. El aire fresco despejó la atmósfera de expresiones salaces y contorsiones sexuales con la que se incitaba al público hasta una histeria libidinosa.

Algunos días más tarde impartí una conferencia en Paterson sobre «El fracaso del cristianismo» y cité a Billy Sunday como el símbolo de su colapso interno. A la mañana siguiente los periódicos afirmaron que yo había provocado la ira de Dios con mi blasfemia. Me enteré de que la sala en la que había hablado se había incendiado después de que nos fuéramos y se había quemado hasta los cimientos.

Aunque los temas que trataba eran cualquier cosa menos suaves (el antibelicismo, la lucha por Schmidt y Caplan, la libertad en el amor, el control de natalidad y el problema más tabú de la sociedad educada, la homosexualidad), la gira de ese año no sufrió interferencias policiales hasta que llegamos a Portland, Oregón. Tampoco trataron Comstock y sus puristas de silenciarme, aunque debatí abiertamente los métodos anticonceptivos ante diversos públicos.

La censura me llegó por parte de mis propios camaradas, porque trataba sobre temas tan «no naturales» como la homosexualidad. El anarquismo ya era lo bastante incomprendido y a los anarquistas se les consideraba unos depravados, me argumentaban. Era inadmisible sumar a estas tergiversaciones la defensa de las costumbres sexuales pervertidas. Como

creo en la libertad de opinión, incluso aunque vaya en mi contra, muy poco me importaban tanto los censores de mis propias filas como los del campo enemigo. De hecho, la censura de mis camaradas suponía el mismo efecto en mí que la persecución policial: me hacía sentir más segura de mí misma, más decidida a abogar por toda víctima, ya lo fuera de una injusticia social o de un prejuicio moral.

Los hombres y mujeres que acudían a verme tras las conferencias sobre homosexualidad y que me confesaban su angustia y su aislamiento eran, a menudo, de una pasta mucho más noble que aquellos que los habían proscrito. La mayoría de ellos solo habían conseguido comprender su diferencia después de años de lucha para ahogar lo que habían considerado como una enfermedad y una vergonzosa desgracia. Una joven mujer me confesaba que, en los veinticinco años de su vida, nunca había conocido un día en el que la cercanía de un hombre, incluso de su propio padre o sus hermanos, no la pusiera enferma. Cuanto más había tratado de responder al acercamiento sexual, más repugnantes se le hacían los hombres. Se había odiado a sí misma, decía, porque no podía amar a su padre y a sus hermanos como amaba a su madre. Sufría horribles remordimientos, pero eso solo incrementaba su repulsión. A la edad de dieciocho años, había aceptado una oferta de matrimonio, con la esperanza de que un largo noviazgo le ayudara a acostumbrarse al hombre y le curara de su «enfermedad». Resultó ser un terrible fracaso que casi le volvió loca. No podía enfrentarse al matrimonio y no se atrevía a confiar en su prometido o en sus amigas. Nunca había conocido a nadie, me dijo, que sufriera una dolencia similar, ni había leído libros que trataran sobre el tema. Mi conferencia le había liberado, le había devuelto la autoestima.

Esta mujer era solo una entre las muchas que me requerían. Sus historias de miseria revelaban el ostracismo social del invertido en algo mucho más horrible de lo que me había parecido antes. Para mí el anarquismo no era simplemente una teoría de un futuro lejano, era una influencia viva que nos

libera de las inhibiciones, tanto de las internas como de las externas, así como de las barreras destructivas que dividen a la humanidad.

En Los Ángeles, San Diego y San Francisco se batieron récords en la asistencia a los mítines y en el interés mostrado. En Los Ángeles me invitó el Women's City Club. Quinientos miembros de mi sexo, desde el rojo más intenso hasta el gris más aburrido, acudieron a escucharme hablar sobre «feminismo». No me perdonaban mi actitud crítica ante las reivindicaciones rimbombantes e imposibles de las sufragistas, es decir, respecto a las cosas maravillosas que harían cuando accedieran al poder político. Me marcaron como una enemiga de la libertad de las mujeres y los miembros del club se levantaron y me denunciaron como tal.

El incidente me recordó otra ocasión similar, en la que había dado una conferencia sobre la falta de humanidad de la mujer hacia el hombre. Siempre en el lado del oprimido, me molestaba la actitud de mi sexo cuando achacaba todos los males a la cuenta del varón. Señalaba que, incluso si el hombre fuera un pecador tan grande como lo pintaban estas señoras, la mujer compartiría con él esa responsabilidad. La madre es la primera influencia en la vida, la primera que cultiva sus engaños y su autosuficiencia. Las hermanas y las esposas continúan la labor de la madre, por no mencionar a las amantes, que completan la obra que ha empezado la madre. La mujer es perversa por naturaleza, argumentaba yo. Desde que el niño nace hasta que alcanza la madurez, la madre no deja piedra sin remover para mantenerlo atado a ella. Y, a la vez, odia verlo débil y suspira por un hombre masculino. Venera en él los mismos rasgos que contribuyen a esclavizarla: su fuerza, su egotismo y su vanidad exagerada. Las inconsistencias de mi sexo mantienen al pobre varón a caballo entre el ídolo y el bruto, el niño bonito y la bestia, el bebé indefenso y el conquistador de mundos. Constituye, en realidad, la inhumanidad de la mujer hacia el hombre la que lo convierte en lo que es. Cuando ella aprenda a centrarse en sí misma y a ser tan decidida como él, cuando reúna el valor para entrar en

la vida como él hace y a pagar un precio por ello, alcanzará su liberación e incidentalmente lo ayudará también a él a liberarse. Ante lo cual las mujeres del público se levantaron contra mí y gritaron: «¡Eres una mujer de los hombres y no una de nosotras!».

Nuestra experiencia en San Diego de hacía dos años, en 1913, había producido en mí el mismo efecto que tuvo en Ben el paseo nocturno de 1912. Estaba obsesionada en regresar para ofrecer mi conferencia suprimida. En 1914, uno de nuestros amigos había ido a San Diego para contratar una sala. Los socialistas, que tenían una sede propia, se negaron a tener nada que ver conmigo. Otros grupos radicales fueron igualmente valientes, así que hubo que abandonar mi plan. Solo temporalmente, me prometí a mí misma.

En este año, 1915, tuve la suerte de tratar con hombres de verdad en lugar de con meras evasivas en traje masculino. Uno de ellos era George Edwards, el músico que nos había ofrecido el conservatorio de música cuando se presentaron nuestros primeros problemas con los Vigilantes. El otro era el doctor A. Lyle de Jarnette, un sacerdote baptista que había dimitido de la Iglesia y había fundado el Open Forum. Edwards se había convertido en un auténtico anarquista que dedicaba su tiempo y su talento al movimiento. Había puesto música a *The Hurricane*, de Voltairine de Cleyre; a *The Dream of Wild Bees*, de Olive Schreiner, y a «El gran inquisidor», el fragmento de *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevski. Ahora estaba empeñado en ayudarme a regresar a San Diego y establecer allí el derecho a la libertad de expresión. El doctor Jarnette había organizado el Open Forum como protesta por los actos de intimidación de los Vigilantes. La asociación había crecido desde entonces y se había convertido en un organismo amplio y vital. Se hicieron los preparativos para que yo pronunciara tres conferencias allí, en un intento por romper la conspiración de San Diego.

El recién elegido alcalde de la ciudad, con reputación de liberal, había asegurado al Open Forum que se me permitiría hablar y que no toleraría interferencias de los Vigilantes. Era un tono nuevo para San Diego, probablemente debido a la circunstancia de que su exposición había sufrido mucho como resultado de los tres años de boicot. Pero nuestras experiencias anteriores en la ciudad no nos permitían confiar demasiado en las declaraciones oficiales. Preferimos estar preparados para posibles emergencias.

Ya hacía tiempo que había decidido que regresaría a San Diego sin la compañía de Ben. Había pensado ir sola pero, afortunadamente, Sasha estaba en Los Ángeles en aquel momento. Sabía que podía contar con su aplomo en las situaciones difíciles y con su intrepidez aún mayor ante el peligro más grave. Sasha y Leon Bass, mi admirador romántico, salieron hacia San Diego dos días antes que yo para inspeccionar el terreno. Acompañada por Fitzi y Ben Capes, partí tranquilamente desde Los Ángeles en un coche. Al acercarme a la ciudad de los Vigilantes, la imagen de Ben rodeado por catorce matones se alzó ante mí. Habían cubierto la misma carretera, con Ben a merced de unos salvajes que lo golpeaban y humillaban. Pensé en él, retorciéndose de dolor, sin nadie que lo auxiliara o que aliviara su terror. Apenas habían pasado tres años. Marchaba libre, rodeada de amigos queridos, conduciendo con toda seguridad durante la balsámica noche. Podía disfrutar de la belleza que me rodeaba, del dorado Pacífico a un lado y de las majestuosas montañas al otro, con sus siluetas fantásticas que nos coronaban. El glorioso paisaje mismo habría sido para Ben como una broma aliada con sus torturadores. 14 de mayo de 1912 – 20 de junio de 1915, ¡qué cambio tan increíble! Y, aun así, ¿qué nos esperaba en San Diego?

Llegamos a las cuatro y media de la mañana y nos dirigimos directamente al pequeño hotel en el que Sasha nos había reservado habitaciones. Nos informó que el dueño del local había declarado que yo no

podría hablar allí, pero que el doctor Jarnette y el resto de los miembros del Open Forum estaban decididos a que nuestros planes se cumplieran. La sala era suya por un alquiler anual, ellos tenían las llaves y habían decidido adueñarse del local y vigilar todas las entradas.

Cuando se inauguró el mitin, a las once de la mañana, nos dimos cuenta de que había unos cuantos Vigilantes presentes. La situación era tensa, la atmósfera cargada de nerviosismo reprimido. Aportaba un fondo muy adecuado para mi tema, que era *Un enemigo del pueblo*, de Ibsen. Nuestra gente estaba alerta y no se produjo ningún incidente, pues evidentemente los Vigilantes no se atrevieron a iniciar ningún movimiento hostil.

La charla de la tarde trataba de Nietzsche y de nuevo la sala estaba repleta, pero esta vez los Vigilantes se quedaron fuera. Por la noche hablé de la lucha de Margaret y William Sanger y sobre la importancia del control de natalidad. El día terminó sin ningún percance. Sentí que nuestro triunfo se debía principalmente a los camaradas martirizados tres años antes por la causa de la libertad de expresión, a Joseph Mikolasek, que había sido asesinado en la lucha, y a los cientos de I.W.W. y demás víctimas, entre ellas Ben, que habían sido golpeadas, encerradas en la cárcel y expulsadas de la ciudad. Pensar en ellas me fortalecía y me espoleaba.

Ben insistió en visitar de nuevo San Diego y regresó allí más tarde, no de manera pública, sino únicamente para convencerse de que no tenía miedo. Fue a la exposición en compañía de su madre y de algunos amigos. Nadie le prestó la menor atención. La conspiración de los Vigilantes se había quebrado.

Entre mis numerosos amigos en Los Ángeles, ninguno me fue tan útil para mi trabajo y mi bienestar como el doctor Percival T. Gerson, junto con su esposa. Interesaron a multitud de gente en mis conferencias, me dieron la oportunidad de hablar en reuniones en su casa y me trataron a cuerpo de reina. Fue también el doctor Gerson quien me consiguió una invitación para

hablar en el Severance Club, llamado así en honor de Caroline M. Severance, que había trabajado con Susan B. Anthony, Julia Howe y el grupo de militantes de la generación precedente.

Antes de comenzar mi conferencia, me señalaron a un hombre a quien, en ausencia del presidente, se le había pedido que moderara la sesión. Estaba allí sentado, enfrascado en mi libro *Anarquismo y otros ensayos*, y no me llamó la atención. En sus palabras iniciales, este moderador, cuyo nombre era Tracy Becker, anonadó al público anunciando que, cuando fue asesinado el presidente McKinley, él tenía tratos con la oficina del fiscal del distrito en Buffalo. Hasta hacía muy poco había considerado a Emma Goldman una delincuente, dijo. No la persona lo bastante valiente como para asesinar por sí misma, sino alguien capaz de jugar sin escrúpulos con una mente débil y de convencerla para cometer delitos. Durante el juicio de Leon Czolgosz estuvo convencido de que había sido yo quien había inspirado el asesinato del presidente y pensaba que se me debería aplicar la pena de muerte. Desde que había leído mis libros y había hablado con algunos de mis amigos, se había dado cuenta de su error y ahora esperaba que yo le perdonara la injusticia que me había hecho.

Un silencio mortal siguió a estas palabras y los ojos de todo el mundo se giraron hacia mí. Me quedé helada por la repentina resurrección de la tragedia de Buffalo y, con una voz al principio temblorosa, afirmé que, puesto que somos todos eslabones de la cadena social, nadie puede eludir la responsabilidad de actos como el de Leon Czolgosz, ni siquiera el moderador. Aquel que permanece indiferente a las condiciones que producen acciones violentas de protesta no puede librarse de su parte de culpa por ellas. Incluso aquellos de nosotros que vemos con claridad y que trabajamos para lograr cambios fundamentales no estamos totalmente libres de culpa. Demasiado absortos en nuestros esfuerzos en pro del futuro, a menudo prestamos oídos sordos a aquellos que buscan nuestra simpatía y

comprensión y que están ávidos de la compañía de espíritus afines. Leon Czolgosz había sido uno de ellos.

Hablé con emoción creciente, mientras procedía a describir los miserables orígenes del chico, su ambiente inmaduro y su vida. Relaté las impresiones de la periodista de Buffalo que me había buscado para contarme su experiencia durante el juicio de Czolgosz y señalé los motivos de la acción y el martirio de Leon. No sentía resentimiento por el hombre que había confesado su disposición a mandarme a la silla eléctrica. De hecho, más bien le admiraba por admitir con franqueza su error. Pero había despertado en mi recuerdo la furia de aquella época y no estaba de humor para escuchar o para imitar sus bromas inútiles.

La Exposición Universal de San Francisco[5] se encontraba en su apogeo y la población de la ciudad se había casi duplicado. Nuestros mítines, en total cuarenta durante un mes, competían exitosamente con los ingresos de taquilla del gran espectáculo. El mayor acontecimiento fue mi presentación en el Congreso de Filosofías Religiosas. Este hecho sorprendente se produjo gracias al señor Power, que se encargaba de las sesiones del congreso. Me había conocido en el este y, cuando se enteró de mi presencia en San Francisco, me invitó a hablar.

El cónclave público de los filósofos religiosos tenía lugar en el Civic Auditorium, una de las salas más grandes del oeste. El lugar del moderador, un reverendo caballero que enfermó repentinamente cuando supo que yo iba a hablar, lo ocupó un miembro de la fraternidad de la prensa. Me encontraba así entre la espada y la pared y empecé mi charla sobre el ateísmo señalando esto. Mi introducción relajó al público. Rodeada en el estrado por caballeros de sotana de todas las confesiones conocidas, necesitaba de todo mi humor para estar a la altura de lo solemne de la ocasión.

El ateísmo es un tema bastante delicado de manejar en estas circunstancias pero, de alguna forma, me las apañé para hacerlo. Podía leer

la consternación en las caras de los teólogos, que protestaron diciendo que mi tratamiento de la religión era escandaloso. Pero el público en general se lo pasó bien. Cuando yo terminé, sus risotadas de aprobación casi dieron al traste con el congreso. Después de mí habló un rabino que empezó diciendo: «A pesar de todo lo que la señorita Goldman ha dicho en contra de la religión, es la persona más religiosa que conozco».

---

[5] La Exposición Universal de San Francisco tuvo lugar del 20 de febrero al 4 de diciembre de 1915 en la ciudad estadounidense de San Francisco. *(N. del E.)*.

43

A mi llegada a Nueva York, tras mi prolongada gira de conferencias por el oeste, esperaba obtener un muy necesario descanso. Pero el destino y Sasha no lo quisieron así. Sasha acababa de regresar de Los Ángeles para trabajar en el este a favor de Matthew A. Schmidt y de David Caplan, e inmediatamente me arrastró a su intensa campaña.

La presencia de Sasha en la Costa durante mi última experiencia en San Diego se debía a un feliz giro de los acontecimientos, bastante inesperado. Cuando comenzó su gira de conferencias por el oeste, en el otoño de 1914, no pretendía ir más allá de Colorado. Esto se debía a su detención la víspera de salir de Nueva York. Fitzi se había adelantado a Pittsburgh para hacer los preparativos previos para los mítines. Los amigos de Sasha en Nueva York, mientras tanto, le habían organizado una fiesta de despedida. A medianoche, la pandilla, de vuelta a casa, se puso a cantar canciones revolucionarias. Un policía les ordenó dejar de cantar y, en el altercado que se produjo, levantó su porra para golpear a Bill Shatoff, nuestro viejo amigo y compañero de trabajo. La presencia de ánimo de Sasha le evitó sin duda a Bill una herida grave. Agarró el brazo erguido del policía de forma que este último dejó caer la porra de su mano. Llegaron más policías y detuvieron a todo el grupo. Por la mañana los condenaron a pequeñas estancias en el penal por «perturbar la paz», excepto a Sasha, a quien se le acusó de asalto a un policía y de incitar a la revuelta. El juez de guardia insistió en celebrar el

juicio en ese momento, diciendo que su condena no sobrepasaría los dos años. El policía acudió a la sala con todo su brazo embadurnado de yodo y vendado y, en su declaración al juez, vino a decir que Sasha le había atacado sin mediar la menor provocación y que, si seguía vivo, se debía únicamente a que habían aparecido más policías. Claramente la intención era «trincar» a Sasha. La policía, que no había conseguido detener sus actividades con los parados y las protestas por las huelgas de Ludlow, en esta ocasión estaba sin duda empeñada en vengarse.

Sasha se negó a que el caso se resolviera ante el juez de guardia. Los cargos contra él, clasificados como delitos graves, le otorgaban el derecho legal a ser juzgado ante un jurado. Además, esa misma tarde tenía que hablar en Pittsburgh y decidió arriesgarse ante un tribunal penal.

Nuestro amigo Gilbert E. Roe pagó su fianza y le prometió encargarse del caso durante su ausencia. Sasha partió hacia Pittsburgh pero, cuando llegó a Denver, Roe le aconsejó que no se fuera más lejos, de forma que pudiera volver a Nueva York en cuarenta y ocho horas en el caso de que le convocaran a juicio. La situación parecía grave y Sasha se arriesgaba a una condena de cinco años de cárcel.

Durante semanas estuvo dando charlas en Colorado, ansioso por llegar a California para ayudar en la defensa de Matthew A. Schmidt y David Caplan, que se encontraban en Los Ángeles a la espera de juicio en relación con la explosión del edificio de *The Times*. Entonces un día recibió un telegrama de Nueva York que decía: «Caso contra ti sobreseído. Eres libre de ir donde quieras. Felicidades».

Gilbert E. Roe había conseguido anular las pruebas contra Sasha convenciendo al nuevo fiscal del distrito de Nueva York de que las acusaciones eran solo producto de la animosidad de la policía.

Ahora Sasha estaba de vuelta en Nueva York, trabajando hasta la extenuación a favor de la defensa de Caplan y Schmidt. En la Costa había organizado una amplia campaña publicitaria a su favor y, como resultado, la

International Workers' Defence League[6] le había pedido que hiciera una gira por todo el país para fundar sucursales de defensa a lo largo del recorrido. Era justo el tipo de actividad que más le convenía a Sasha y se dedicó con pasión a evitar que los dos hombres acusados sufrieran el mismo destino que había sufrido él en Pensilvania.

Armado con credenciales procedentes de distintas organizaciones obreras, salió de Los Ángeles, deteniéndose en todas las grandes ciudades industriales de camino al este, de forma que, cuando llegó a Nueva York, ya había emplazado a una buena parte del sindicalismo en apoyo de los dos presos de la cárcel de Los Ángeles.

Sasha me reclutó inmediatamente para la campaña de Caplan y Schmidt, como hizo con todo el mundo a quien pudiera convencer. Me gustó mucho estar cerca de él una vez más y cooperar. El mitin de masas sobre Caplan-Schmidt que había organizado, en el que ambos íbamos a hablar, y los numerosos esfuerzos que hacía por su defensa, eran demasiado importantes como para que mi necesidad de descanso pudiera tomarse en consideración. Las fuerzas reaccionarias de la Costa, alineadas en contra del sindicalismo, llevaban a cabo una actividad febril. Envenenaban a la opinión pública en contra de los hombres que estaban a punto de juzgar; para inclinar el caso, estaban esparciendo el rumor de que David Caplan había declarado a favor del Estado. La absurda historia acababa de publicarse en los periódicos neoyorquinos. Conscientes del efecto de tales afirmaciones, incluso entre las filas radicales, sabíamos que era necesario protestar contra la escandalosa difamación. Conocía a David desde hacía quince años y me había relacionado estrechamente con él en el movimiento durante todo ese tiempo; estaba totalmente convencida de su integridad.

Cuando se publicó la fecha del juicio Caplan-Schmidt, Sasha regresó a la Costa para comenzar un boletín, como parte de la publicidad que estábamos dando al caso.

La conflagración se extendía por Europa y ya había barrido seis países. En América, el fuego empezaba a prender. Crecía la inquietud entre las camarillas jingoístas y militares. «¡Dieciséis meses de guerra!», gritaban, «¡y nuestro país aún se mantiene al margen!».

Crecían las peticiones para «estar preparados», la gente se sumaba, incluso los que ayer mismo se indignaban contra las atrocidades de las matanzas organizadas. La situación pedía una agitación antibelicista más enérgica. Se hizo aún más necesaria cuando nos enteramos de la actitud de Piotr Kropotkin.

Se habían filtrado rumores desde Inglaterra de que Piotr se había declarado a favor de la guerra. Ridiculizamos la idea, seguros de que era un invento de los periódicos para adscribir sentimientos a favor de la guerra a nuestro Gran Anciano. Kropotkin, el anarquista, el humanitario, el más amable de los seres... era absurdo creer que pudiera estar a favor del holocausto europeo. Pero pronto nos informaron de que Kropotkin se había alineado con los aliados, defendiéndolos con la misma vehemencia con la que los Haecken y los Hauptmann estaban defendiendo «su» patria. Se justificaban todas las medidas para aplastar «la amenaza prusiana», tanto como en el campo opuesto se jaleaba la destrucción de los aliados. Fue una puñalada para nuestro movimiento y especialmente para aquellos de nosotros que conocíamos y queríamos a Piotr. Pero nuestra devoción por nuestro maestro y nuestro afecto por él no podían alterar nuestras convicciones, ni cambiar nuestra actitud hacia la guerra como una lucha de intereses financieros y económicos ajenos al trabajador, como el factor más destructivo de lo más vital y valioso que hay en el mundo.

Decidimos rechazar la declaración de Piotr y, afortunadamente, no estuvimos solos. Muchos otros pensaban como nosotros, por muy triste que fuera dar la espalda al hombre que durante tanto tiempo había sido nuestra inspiración. Errico Malatesta demostró mucho más entendimiento y coherencia que Piotr. Con él se alinearon Rudolph Rocker, Alexander

Schapiro, Thomas H. Keell y otros anarquistas nativos y de habla judía en Gran Bretaña. En Francia, Sébastien Faure, A. Armand y miembros de los movimientos anarquistas y sindicalistas; en Holanda, Domela Nieuwenhuis y sus camaradas se mantuvieron firmes en contra de la matanza al por mayor. En Alemania, Gustav Landauer, Erich Mühsam, Fritz Oester, Fritz Kater y muchos otros camaradas conservaron la sensatez. Sin duda, eran solo un puñado en comparación con los millones de seres ebrios de belicosidad, pero logramos hacer circular por todo el mundo el manifiesto que produjo nuestro Bureau Internacional y redoblamos nuestras energías para exponer la verdadera naturaleza del militarismo en nuestro país.

Nuestro primer paso fue la publicación en *Mother Earth* del panfleto de Piotr Kropotkin sobre «Capitalismo y guerra», que constituía una refutación lógica y convincente de su nueva postura. En numerosos mítines y protestas explicamos el carácter significado y efecto de la guerra; mi charla sobre «Acción preventiva»[7] exponía que, más que asegurar la paz, el «estar preparado» ha sido siempre y en todos los países un instrumento que ha acelerado los conflictos armados. La charla se pronunció repetidamente ante públicos amplios y representativos y fue una de las primeras advertencias en América contra la conspiración militar que se escondía tras las declaraciones de paz.

Nuestra gente en los Estados Unidos comenzaba a darse cuenta del peligro progresivo y empezaron a llegar a nuestra oficina peticiones de oradores y literatura, desde todos los rincones del país. No nos sobraban buenos agitadores en inglés, pero la situación era urgente y yo me encontré continuamente cubriendo los huecos.

Fui por todo el país, hablando casi cada noche, y mis días ocupados con numerosas peticiones de mi tiempo y de mi energía. Finalmente, incluso mi increíble resistencia se quebró. Al volver a Nueva York, tras una charla en Cleveland, enfermé de gripe. Estaba demasiado enferma como para que me trasladaran a un hospital. Después de pasar dos semanas en la cama, el

médico a cargo me ordenó que me fuera a una habitación decente de hotel, porque en mi casa no tenía comodidad ninguna. Al llegar al hotel estaba demasiado débil como para registrarme y Stella, mi sobrina, escribió mi nombre en el libro de huéspedes. El recepcionista lo miró y después se metió en una oficina en la trasera. Volvió para decir que había habido un error y que no había sitio para mí en aquel lugar. Era un día frío y gris y caía un chaparrón, pero me obligaron a volver a mi viejo hogar.

El incidente tuvo como resultado enérgicas protestas en la prensa. Un comunicado en especial atrajo mi atención: era una larga y cáustica carta que le reprochaba al personal del hotel su falta de humanidad con un paciente. La declaración, firmada por Harry Weinberger, abogado, Nueva York, procedía de un hombre al que no conocía personalmente, pero cuyo nombre había oído mencionar como el de un activo georgista[8] y miembro de la Brooklyn Philosophical Society.

Entre tanto, Matthew Schmidt había sido sacrificado en el altar de la venganza de la Merchants and Manufacturers' Association,[9] *The Times* de Los Ángeles y el estado de California. Uno de los principales testigos de cargo contra él fue Donald Vose. En un tribunal público, cara a cara ante su víctima, admitió estar a sueldo del detective William J. Burns. En tanto agente suyo, Vose había husmeado el paradero de David Caplan. Disfrutó de la hospitalidad de este último durante dos semanas, se ganó su confianza y se enteró de que Schmidt estaba en algún lugar de Nueva York. Entonces Burns lo envió al este, le encargó frecuentar los círculos anarquistas y acechar la ocasión para contactar con Matthew Schmidt. En el estrado de los testigos, Vose presumió de que el preso que estaba siendo juzgado le había confesado su culpa. Schmidt fue condenado y el jurado recomendó cadena perpetua.

Ya no había más razones para retener la publicación de lo que yo consideraba la perfidia de Donald Vose. El número de enero de 1916 de

Mother Earth contenía un artículo acerca de él que ya se había pospuesto demasiado.

Gertie Vose se mantuvo leal a su hijo. Entendía su sentimiento maternal pero estimé que eso no excusaba la actitud de alguien después de treinta años de rebeldía. No quise volver a verla.

La condena no quebró el espíritu poderoso de Matthew A. Schmidt ni modificó su fe en los ideales por los que iba a ser enterrado para el resto de su vida. Su declaración ante el tribunal, presentando las causas que subyacen a la guerra social, fue resplandeciente en su claridad, sencillez y valor. Aunque se enfrentaba a una cadena perpetua no perdió su rico sentido del humor. En mitad de su relato de los verdaderos hechos del caso, se giró hacia el jurado y señaló: «Les pregunto, caballeros, ¿en serio creen a un hombre como Donald Vose? Ustedes no azotarían a su perro basándose en el testimonio de un hombre así, ningún hombre honrado lo haría. Cualquier hombre que dé crédito a Donald Vose no merece tener perro».

El interés por nuestras ideas crecía por todo el país. Comenzaron a salir nuevas publicaciones anarquistas: *Revolt*, en Nueva York, editada por Hippolyte Havel; *The Alarm*, en Chicago, promovida por un grupo de camaradas locales, y *Blast* en San Francisco, liderada por Sasha y Fitzi. Directa o indirectamente yo estaba relacionada con todas ellas. Pero *Blast* era la más cercana a mi corazón. Sasha siempre había buscado un foro desde el cual hablar a las masas, un semanario anarquista y obrerista que empujara a los trabajadores a una actividad revolucionaria consciente. Su espíritu de lucha y su capaz pluma bastaban para asegurar la vitalidad y la valentía de *Blast*. La cooperación de Robert Minor, el brioso dibujante, añadía mucho valor a la publicación.

Robert Minor había llegado muy lejos desde aquellos días en los que lo conocí en St. Louis. Había roto definitivamente con su modalidad aguada del socialismo y había dejado un puesto lucrativo en el *World* de Nueva York por un trabajo de veinticinco dólares a la semana en el diario socialista

Call. «Esto me ahorrará», me dijo en una ocasión, «hacer caricaturas que muestren las bendiciones del régimen capitalista y dañen la causa obrera».

Con el tiempo, Bob se había transformado en un revolucionario y, poco después, en un anarquista. Dedicaba su energía y habilidad a nuestro movimiento. *Mother Earth*, *Revolt* y *Blast* se veían considerablemente reforzadas con sus mordaces plumas y pinceles.

Llegaban peticiones para impartir series de conferencias desde Filadelfia, Washington y Pittsburgh que nos ocuparían varios meses. La iniciativa de nuestros camaradas era una señal estimulante y satisfactoria; nunca se había lanzado una iniciativa así, con un solo orador, pero nuestros amigos estaban dispuestos a probar. Me daba cuenta del desgaste que implicaría viajar continuamente de ciudad en ciudad, conferenciar cada noche y después regresar apresuradamente para hablar en mis reuniones de los viernes y los domingos en Nueva York. Pero acogí con alegría la oportunidad de despertar el interés por el juicio de Los Ángeles, hacer agitación contra la guerra y ayudar a la circulación de nuestras diversas publicaciones.

Mis charlas en inglés en Filadelfia apenas merecieron el esfuerzo semanal. Tuvieron poco público y los pocos que acudieron eran flojos e indolentes, a semejanza de la atmósfera social en la Ciudad del Amor Fraterno. Solo hubo dos personas que con su amistad me compensaron de una experiencia de todo punto deprimente: Harry Boland y Horace Traubel.

Harry era un viejo devoto y una ayuda siempre generosa en cada batalla que había entablado. Horace Traubel y yo nos habíamos conocido en una cena con Walt Whitman en 1903. Me había dado la impresión de ser la personalidad más destacada entre los whitmanitas. Disfruté las horas pasadas con él en su santuario, lleno de material y libros de Whitman, así como con los archivos de su magnífico periódico, *The Conservator*. Más interesantes aún eran sus recuerdos del Buen Poeta Canoso, con quien había compartido los últimos años de su vida. Aprendí mucho más de Walt con él que con cualquier biógrafo de los que había leído, y también recibí mucho

de Horace Traubel, que se revelaba a sí mismo y su propia humanidad a través de las charlas sobre su amado poeta.

Otro hombre que me aportó Horace fue Eugene V. Debs. Había coincidido con él en ocasiones anteriores y había cruzado espadas de un modo amistoso, por culpa de nuestras diferencias políticas, pero apenas conocía su personalidad real. Horace, un amigo íntimo de Debs, me expuso de un modo brillante las alturas y profundidades de su personalidad. La camaradería que yo sentía por Horace se tornó en una hermosa amistad durante mis visitas a Filadelfia. La vacua presunción de la ciudad del amor fraterno se redimía únicamente por Horace Traubel, cuyo amor sí abrazaba a toda la humanidad.

Los resultados en Washington D. C. sorprendieron a todo el mundo, sobre todo a nuestros activos trabajadores, Lillian Kisliuk y su padre. Lillian llevaba cuatro años viviendo en la capital, pero había sido siempre escéptica sobre las posibilidades de éxito de una charla en su ciudad, aún más de dos en una sola semana. Pero el entusiasmo por nuestras ideas, sin embargo, le había convencido para asumir la tarea.

Los preparativos de Pittsburgh estuvieron a cargo de nuestro muy capaz amigo Jacob Margolis, a quien ayudaba un grupo de jóvenes camaradas americanos, entre ellos Grace Loan, tan vivaz e intensa, su marido Tom y su hermano Walter. Los Loan eran un oasis de autenticidad y celo, y prometían ser de enorme utilidad para la causa. Habían trabajado como castores para que mis mítines fueran un éxito pero, desgraciadamente, los resultados no se correspondieron con los esfuerzos. En general, sin embargo, mis series de mítines en la fortaleza de los magnates del acero merecieron la pena, especialmente porque Jacob Margolis había conseguido convencer a un club de abogados para que me invitaran a dirigirme a ellos.

Hasta ese momento solo me había encarado con los representantes de la ley en tanto presa. En esta ocasión tenía la oportunidad, no de hacérselo pagar, sino de exponer ante los jueces y fiscales, que se contaban entre mis

oyentes, lo que yo pensaba de su profesión. Confieso que me deleité en ello, sin remordimientos o piedad por el brete en el que ponía a esos caballeros que tenían que escucharme sin poder ni siquiera condenarme por desacato al tribunal.

Mis conferencias en Nueva York de aquel invierno incluyeron el tema del control de natalidad. Ya había decidido hacía tiempo hacer público mi conocimiento de los métodos anticonceptivos, especialmente en mis mítines yidis, pues las mujeres del East Side eran quienes más necesitaban esa información. Incluso aunque no estuviera vitalmente interesada en la materia, la detención de William Sanger y su condena en prisión me habrían empujado a asumir la cuestión. Sanger no había estado activamente implicado en el movimiento por el control de la natalidad. Era un artista, y un agente de Comstock le había engañado para que le diera un panfleto que su esposa, Margaret, había puesto en circulación. Hubiera podido perfectamente haber alegado ignorancia y habría evitado así el castigo. Su audaz defensa ante el tribunal le granjeó el merecido aprecio de toda la gente con dos dedos de frente.

Mis charlas y mis intentos de charlas sobre control de natalidad, finalmente, desembocaron en mi arresto, tras el cual se organizó una protesta pública en el Carnegie Hall. Fue una reunión impresionante, con nuestro amigo y ardiente colaborador Leonard D. Abbott presidiendo. Presentó los aspectos históricos del tema, mientras que los doctores William J. Robinson y J. S. Goldwater hablaron desde el punto de vista médico. El doctor Robinson era un viejo campeón de la causa. Junto con el venerable Abraham Jacobi había sido el pionero del control de natalidad en la Academia de Medicina de Nueva York. Theodore Schroeder y Bolton Hall iluminaron el aspecto legal de la planificación familiar y Anna Strunski Walling, John Reed y otros oradores se centraron en su valor social y humano en tanto factor de liberación, especialmente para las vidas de los proletarios.

Mi juicio, tras varias audiencias preliminares, se fijó para el 20 de abril. En la víspera de ese día se celebró un banquete en el Brevoort Hotel, organizado por Anna Sloan y otros amigos. Estuvieron allí presentes miembros de las distintas profesiones y tendencias sociales. Nuestro viejo y buen camarada H. M. Kelly habló en nombre del anarquismo, Rose Pastor Stokes por el socialismo y Whidden Graham por los georgistas. El mundo del arte estaba representado por Robert Henri, George Bellows, Robert Minor, John Sloan, Randall Davey y Boardman Robinson. El doctor Goldwater y otros médicos también participaron. John Francis Tucker, del Twilight Club, fue el maestro de ceremonias e hizo honor a su reputación de ser uno de los hombres más ingeniosos de Nueva York. John Cowper Powys, el escritor británico, y Alexander Harvey, un editor de *Current Literature*, nos regalaron una entretenida conversación. Powys expresó su estupefacción ante su propia ignorancia sobre los métodos anticonceptivos, pero insistió en que, aunque personalmente no le interesaba el asunto, aun así él encajaba en el ambiente por su objeción constitutiva a cualquier supresión de la libertad de expresión.

Cuando, en la clausura, me concedieron la palabra para dar la réplica a los distintos temas suscitados, llamé la atención de los invitados hacia el hecho de que la presencia del señor Powys en un banquete en honor de una anarquista no era en absoluto su primer gesto libertario. Había dado pruebas impresionantes de su integridad intelectual en Chicago, hacía algún tiempo, cuando se había negado a hablar en el Hebrew Institute porque esa institución le había negado la entrada a Alexander Berkman. Se había anunciado que este último hablaría sobre el caso Caplan-Schmidt. En el último momento, los directores del instituto le cerraron las puertas. Entonces, los obreros de Chicago boicotearon la reaccionaria institución y fundaron su propio Workmen’s Institute. Poco después, el señor Powys llegó para pronunciar una serie de conferencias en el Hebrew Institute. Cuando se le informó de la actitud de sus directores hacia Berkman, el

señor Powys canceló su compromiso. Su acción fue especialmente meritoria, puesto que lo único que sabía de Berkman eran las semblanzas sesgadas que había leído en la prensa.

Rose Pastor Stokes realizó una demostración de acción directa en el banquete. Anunció que había traído hojas mecanografiadas que contenían información sobre anticonceptivos y que estaba dispuesta a dárselas a quien se las pidiera. La mayoría lo hizo.

Ante el tribunal, al día siguiente, me defendí a mí misma. El fiscal del distrito me interrumpía continuamente, objetando a todo, y dos de los tres jueces le apoyaban. El juez que presidía, O'Keefe, resultó ser inesperadamente justo. Tras algunas deliberaciones con el joven fiscal, me dejó subir al estrado para hablar en mi propio nombre. Me dio la oportunidad de exponer la ignorancia de los detectives que testificaban en mi contra y de pronunciar, en un juicio público, una defensa del control de natalidad.

Hablé durante una hora, declarando finalmente que, si trabajar en favor de una maternidad sana y una infancia feliz era un delito, me enorgullecía considerarme delincuente. El juez O'Keefe, creo que a su pesar, me declaró culpable y me condenó a pagar una multa de cien dólares o a quince días de trabajo en el penal. Por principios, me negué a pagar la multa y afirmé que prefería ir a la cárcel. Eso suscitó muestras de aprobación y los empleados del tribunal despejaron la sala. Me llevaron a toda prisa a Tombs,[10] desde donde me condujeron a la cárcel del condado de Queens.

Nuestra reunión del domingo siguiente, a la que no pude asistir, puesto que ahora mi foro era una celda, se convirtió en una protesta contra mi sentencia. Entre los oradores estaba Ben, que anunció que, en la mesa donde poníamos la literatura, había panfletos que contenían información sobre anticonceptivos y que eran gratis. Antes de que bajara del estrado habían desaparecido la mayoría de los panfletos. A Ben le arrestaron en ese momento y le encerraron a la espera del juicio.

En la cárcel del condado de Queens, como en la isla de Blackwell hacía años, pude volver a comprobar que el delincuente social común se hace, no nace. Hay que tener el consuelo de un ideal para poder sobrevivir a las fuerzas diseñadas para aplastar al preso. Teniendo tal ideal, los quince días eran casi como una broma para mí. Leí más de lo que había leído desde hacía meses, preparé material para seis conferencias sobre literatura americana y aún me quedó tiempo para dedicárselo a mis compañeras presas.

Las autoridades de Nueva York no se imaginaban los resultados de detenernos a mí y a Ben. El mitin del Carnegie Hall había despertado en todo el país el interés por la idea del control de natalidad. En numerosas ciudades surgieron protestas y peticiones públicas por el derecho a la información sobre anticonceptivos. En San Francisco, cuarenta mujeres prominentes firmaron una declaración para decir que distribuirían panfletos y que estaban dispuestas a ir a la cárcel. Algunas se dispusieron a ejecutar el plan y fueron detenidas, pero el juez sobreseyó los casos porque afirmaba que no había ninguna ordenanza en la ciudad que prohibiera la propagación de información sobre control de natalidad.

El siguiente mitin en Carnegie Hall se transformó en un acto de bienvenida con ocasión de mi salida. El evento se celebró bajo los auspicios de personas destacadas de Nueva York, pero el verdadero trabajo de organización lo hicieron Ben y su «plantilla», como llamaba él a nuestros chicos y chicas activistas. El control de natalidad había dejado de ser un asunto meramente teórico, se convirtió en una fase importante de la lucha social, que avanzaba mucho más gracias a los hechos que a las palabras. Todos los oradores destacaron este punto. De nuevo, fue Rose Pastor Stokes quien actuó según sus deseos. Distribuyó folletos sobre anticonceptivos desde el estrado de la famosa sala.

El único elemento de discordia fue Max Eastman, que, unos minutos antes de inaugurar el mitin, declaró que no presidiría si se le permitía hablar

a Ben Reitman. En vista de las ideas socialistas de Eastman y de su insistencia en el pasado sobre el derecho a la libre expresión, este ultimátum nos escandalizó a todos en el comité. El hecho de que Ben estuviera en espera de juicio por la misma causa por la que se había convocado el mitin hacía que la actitud del señor Eastman fuera aún más incomprensible. Le sugerí que se retirara, pero sus amigos lo convencieron para presidir. El incidente demostró, una vez más, lo mal que algunos supuestos radicales en América han entendido el verdadero significado de la libertad y lo poco que les importa su aplicación en la vida real. El líder «cultural» del socialismo en los Estados Unidos, editor de *The Liberator*, permitía que las antipatías personales se interpusieran entre lo que declaraba que era su «elevado ideal».

El juicio de Ben se celebró el 8 de mayo, en sesión extraordinaria, ante los jueces Russell, Moss y McInerney. Este último era el hombre que había enviado a William Sanger a prisión durante un mes. Ben se defendió a sí mismo e hizo un espléndido alegato por el control de natalidad. Por supuesto, se le declaró culpable y se le condenó a sesenta días en el penal, porque, como dijo el juez Moss, había «actuado con deliberación, premeditación y alevosía, desafiando la ley». Ben admitió alegremente esta imputación.

Tras su condena se convocó un concurrido mitin de protesta en Union Square. Nuestro estrado era un coche particular y hablamos desde allí a las masas obreras, que salían a chorros de las fábricas y talleres. Bolton Hall presidía; Ida Rauh y Jessie Ashley entregaban los panfletos prohibidos. Cuando se clausuró el mitin todos fueron detenidos, incluso el moderador.

A pesar de la emoción de la campaña por el control de natalidad, no olvidaba otros asuntos importantes. La matanza europea seguía su curso y, con el olor de los rojos arroyos, los militaristas americanos se hacían cada vez más sedientos de sangre. Los nuestros eran pocos, nuestros medios

limitados, pero concentrábamos nuestras mejores energías en revertir la marea de la guerra.

La rebelión de Pascua en Irlanda culminaba trágicamente. No me había hecho ilusiones sobre el levantamiento. Por muy heroico que fuera, carecía de la intención consciente de ser una emancipación completa del gobierno económico y político. Mis simpatías estaban naturalmente del lado de las masas en rebelión y contra el imperialismo británico, que había oprimido a Irlanda desde hacía tantos años.

Mis extensas lecturas de literatura irlandesa me habían hecho querer al pueblo gaélico. Los amaba tal y como los describían Yeats y lady Gregory, Murray y Robinson y, sobre todo, Synge. Me habían mostrado el notable parecido entre el campesino irlandés y el mujik ruso, que tan bien conocía. En su ingenua sencillez y carencia de sofisticación, en los motivos de sus melodías populares y en su actitud primitiva ante el quebrantar de las leyes, que ve en el ofensor un desgraciado más que un criminal, eran como hermanos. Los poetas irlandeses me parecían incluso más expresivos que los escritores rusos, pues su lenguaje era la propia lengua del pueblo. La deuda que sentía con la literatura celta y con mis amigos irlandeses en América y mi simpatía por los oprimidos de todas partes se combinaban en mi actitud ante el levantamiento. En *Mother Earth* y en el estrado expresé mi solidaridad con el pueblo alzado en rebelión.

La cualidad de algunas de las víctimas del imperialismo británico se me hizo vivamente presente gracias a Padraic Colum. Había estado en estrecho contacto con los líderes martirizados y hablaba con conocimiento y comprensión de los acontecimientos de la semana de Pascua. Recordaba con afecto a Padraic H. Pearse, el poeta y maestro; a James Connolly, el rebelde proletario, y a Francis Sheehy-Skeffington, un alma auténtica y gentil. La descripción de Colum consiguió que estos hombres se me aparecieran de nuevo con vida y me conmovió profundamente. A petición mía, escribió un relato de los acontecimientos para *Mother Earth*, que se

publicó en la revista junto con el emotivo poema de Padraic H. Pearse, «The Paean of Freedom».Tanto como Gran Bretaña, nuestro propio país se retorcía en los estertores de la reacción. Después de que Matthew A. Schmidt hubiera sido condenado a cadena perpetua, llegó la sentencia de David Caplan, al que le cayeron diez años en San Quentin, la cárcel del estado de California. Los locales de los hermanos Magón, defensores de la libertad mexicana, fueron saqueados en Los Ángeles, y Ricardo y Enrique Magón detenidos. En el norte de Minnesota, treinta mil trabajadores de las minas de hierro libraban una lucha desesperada tratando de lograr unas condiciones de existencia más soportables. Los dueños de la mina, con la ayuda del Gobierno, intentaron romper la huelga deteniendo a sus líderes, entre los que se incluían Carlo Tresca, Frank H. Little, George Andreychin y otros activistas a favor de los obreros. Las detenciones se sucedían a lo largo del país, acompañadas por una suprema brutalidad policial y azuzadas por el servilismo de los tribunales ante las exigencias del capital.

Ben, mientras tanto, cumplía su sentencia en la cárcel del condado de Queens. Sus cartas respiraban una serenidad que nunca antes le había conocido. Yo tenía que salir de gira. Había muchos amigos que podían cuidar de Ben en mi ausencia y planeamos que se reuniera conmigo en California después de su liberación. No había razón para estar inquieta por él y él mismo me animó a irme, pero, aun así, no me gustaba nada dejarlo en la cárcel. Durante ocho años había compartido el dolor y la alegría de mi lucha. ¿Cómo sería, me preguntaba, estar de gira de nuevo sin Ben, sin su actividad elemental que tanto había contribuido a que mis mítines fueran un éxito? ¿Y cómo iba a soportar la presión de la lucha sin el afecto de Ben y el consuelo de su presencia? El pensamiento me daba escalofríos, pero el objetivo más general, que era toda mi vida, era demasiado vital como para que se viera afectado por necesidades personales. Partí en solitario.

---

[6] Liga Internacional para la Defensa de los Trabajadores. *(N. de la T.)*.

[7] E. G. alude en varias ocasiones, de diversas maneras, al *preparedness*, una doctrina y una campaña que postulaba la escalada armamentística en Estados Unidos con vistas a la entrada en la I Guerra Mundial. *(N. de la T.)*.

[8] Seguidor de Henry George, que postulaba que uno es únicamente dueño de aquello que produce durante su vida. Proponían por ello gravar todos los bienes con un impuesto único, de ahí que se les conociera también como «single-taxers», que es como se refiere a estas personas. E. G. en el texto original. *(N. de la T.)*.

[9] Asociación de Comerciantes y Fabricantes. *(N. de la T.)*.

[10] *The Tombs* («Las tumbas») es el nombre coloquial para el Complejo de Detención de Manhattan, una cárcel en el Lower Manhattan, en el nº 125 de White Street. *(N. del E.)*.

En Denver disfruté de la inusitada experiencia de tener a un juez moderando mi conferencia sobre el control de natalidad. Era Ben B. Lindsay. Habló con convicción sobre la importancia de la planificación familiar y elogió mucho mis esfuerzos. Algunos años antes ya había conocido al juez y a su bellísima esposa y, cada vez que visitaba Denver, pasaba algún tiempo con ellos. A través de amigos comunes, me había enterado del vergonzoso trato que había recibido a manos de sus enemigos políticos. No solo habían hecho circular los informes más injuriosos acerca de su integridad pública y privada, sino que incluso habían dirigido directamente sus ataques contra la señora Lindsay, aterrorizándola y amenazándola de forma anónima. Y aun así encontré al juez Lindsay libre de amarguras, generoso hacia sus enemigos y decidido a seguir su camino.

En esa misma ciudad tuve la ocasión de asistir a una conferencia del doctor Stanley Hall sobre «Profilaxis moral». Conocía su trabajo y lo consideraba un pionero en el campo de la psicología sexual. En sus escritos me había parecido que arrojaba luz sobre el tema con compasión y comprensión. El doctor Hall fue presentado por un sacerdote, una circunstancia que quizá cercenara su libertad de expresión. Habló torpe e interminablemente sobre la necesidad de que las iglesias adoptaran la instrucción sobre el sexo como «una salvaguarda para la castidad, la moralidad y la religión» y expresó nociones anticuadas que no tenían que

ver ni con el sexo ni con la psicología. Me entristeció ver cómo se había vuelto tan débil, especialmente en lo mental, desde que nos habíamos encontrado, en el vigésimo aniversario de la Universidad Clark y en mis propias conferencias. Me apenó el pueblo americano que aceptaba esta materia tan infantil y la consideraba información y autoridad.

Mis conferencias en Los Ángeles las organizó Sasha, que había acudido desde San Francisco, donde estaba publicando *Blast*, especialmente para ello. Había trabajado con energía y mis mítines resultaron un éxito en todos los sentidos. Pero echaba de menos a Ben. Con todas sus debilidades, sus irresponsabilidades y manías, que a menudo eran difíciles. Pero mi nostalgia tuvo que acallarse ante las necesidades urgentes de la situación en Los Ángeles.

Resultó que mi conferencia sobre «Acción preventiva» coincidía con el día del Desfile Preventivo. Si hubiéramos conocido de antemano que se planeaba tal manifestación militarista, no podríamos haber escogido una fecha más oportuna. Por la tarde, la gente de Los Ángeles disfrutó de un espectáculo patriótico, en el que se le aseguraba que «el amante de la paz debe armarse hasta los dientes», mientras que, por la noche, escuchó enfatizar que «aquel que va armado es la mayor amenaza para la paz». Algunos patriotas habían acudido a nuestro mitin con la intención de reventarlo. Pero cambiaron de opinión, sin embargo, cuando comprobaron que nuestro público no estaba de humor para escuchar arengas jingoístas.

Los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón estaban retenidos en la cárcel de Los Ángeles y los camaradas locales no habían conseguido por el momento sacarlos bajo fianza. A estos hombres se les había encarcelado en dos ocasiones anteriores por su audaz defensa de la libertad del pueblo mexicano. De los diez años de su residencia en los Estados Unidos, habían pasado cinco en la cárcel. Ahora, los mexicanos influyentes en América pretendían encerrarlos por tercera vez. La gente que conocía y quería a los Magón era demasiado pobre como para pagar la fianza, mientras que los

que tenían medios creían que eran los delincuentes peligrosos que retrataba la prensa. Incluso algunos de mis amigos americanos, descubrí, habían sido influidos por los desvaríos de los periódicos. Sasha y yo nos pusimos a trabajar para sacar el necesario aval de diez mil dólares. Debido a la denuncia oficial de todo lo que sonara mexicano, nuestra tarea resultó ser extremadamente difícil. Incluso tuvimos que recopilar material para mostrar que el único crimen de los Magón era su generosa entrega a la causa de la libertad mexicana. Después de mucho trabajo, logramos sacarlos bajo fianza. La feliz sorpresa en los rostros de Ricardo y Enrique, que no contaban con la posibilidad de la fianza, fue el mejor tributo que nuestro trabajo podía obtener.

Una escena impresionante se produjo en el tribunal cuando los Magón aparecieron para su audiencia. La sala del tribunal estaba llena de mexicanos. Cuando entró el juez ninguno de ellos se levantó pero, cuando condujeron a los Magón a la sala, se levantaron al unísono y los saludaron con una inclinación de cabeza. Fue un gesto magnífico que revelaba el lugar que estos dos hermanos se habían ganado en el corazón de esta gente sencilla.

En San Francisco, Sasha y Fitzi lo prepararon todo para que el mes de mi estancia en esa ciudad fuera agradable y útil. Mis primeras conferencias fueron muy satisfactorias y presagiaban lo mejor para el resto de la serie. Tenía mi propio apartamento, puesto que esperaba que Ben se reuniera conmigo en julio. Pero pasaba buena parte de mi tiempo libre con Sasha y Fitzi, en su casa.

El 22 de julio de 1916, sábado, estaba almorzando con ellos. Era un dorado día californiano y los tres estábamos de muy buen humor. Remoloneamos un buen rato tras el almuerzo, mientras Sasha nos deleitaba con un relato humorístico de las hazañas culinarias de Fitzi. Sonó el teléfono y entró en su despacho para contestar. Cuando regresó, noté la expresión seria de su cara e intuí que algo había ocurrido.

«Ha explotado una bomba en el Desfile Preventivo de esta tarde» dijo. «Hay heridos y muertos». «Espero que no hagan responsables de esto a los anarquistas», exclamé. «¿Por qué iban a hacerlo?», respondió Fitzi. «¿Por qué no iban a hacerlo?», respondió Sasha. «Siempre lo han hecho».

Mi conferencia sobre «Acción preventiva» se había programado originalmente para el día 20. Pero nos enteramos de que elementos obreros, liberales y progresistas, habían preparado un mitin de masas contra la doctrina preventiva y, como no queríamos ser un obstáculo al acontecimiento, retrasamos mi charla para el día 22. Ahora me daba cuenta de que nos habíamos librado por los pelos de que nos implicaran en la explosión; si mi mitin hubiera tenido lugar el día previsto, antes de la tragedia, todo aquel a quien se le hubiera podido relacionar con mi trabajo habría sido sin duda señalado como responsable de la bomba. La llamada de teléfono era de un periodista que quería saber qué teníamos que decir sobre la explosión, la típica llamada de reporteros y detectives en ocasiones semejantes.

De camino a mi apartamento, escuché a los repartidores de periódicos anunciar la edición especial. Compré los periódicos y encontré lo que esperaba: titulares chillones sobre una «bomba anarquista» que atravesaban toda la primera página. Los periódicos exigían la detención inmediata de los oradores del mitin contra la doctrina preventiva del 20 de julio. *The Examiner,* el periódico de Hearst, estaba especialmente sediento de sangre. El pánico que sobrevino tras la explosión desnudó claramente la falta de valentía, no solo de las personas normales, sino también de los radicales y liberales. Antes del 22 de julio, a lo largo de dos semanas, la sala se había llenado de gente que jaleaba con entusiasmo mis conferencias. Ahora, ante la primera señal de peligro, corrían a refugiarse como un rebaño de ovejas cuando se acerca una tormenta.

La noche siguiente a la explosión había únicamente cincuenta personas en el mitin, el resto del público estaba compuesto por detectives. La

atmósfera era muy tensa, todo el mundo se movía inquieto, aparentemente por el terror de que hubiera otra bomba. En mi conferencia traté de la tragedia de la tarde como una prueba mucho más convincente que cualquier disertación teórica de que la violencia llama a la violencia. Los sindicatos de la Costa se habían opuesto al desfile preventivo y habían pedido a los miembros de los sindicatos que no participaran. Era un secreto a voces en San Francisco que la policía y los periódicos habían estado advirtiendo de que podía ocurrir algo violento y, aun así, la Cámara de Comercio no había cejado en el despliegue público de su puño enguantado. Los «patriotas» habían permitido que el desfile se celebrara, exponiendo deliberadamente a los participantes al peligro. La indiferencia por la vida humana por parte de aquellos que habían organizado el espectáculo nos daba una pista de lo poco que valdría una vida si América entraba en la guerra.

Tras la explosión se instauró el reinado del terror público. Los obreros revolucionarios y los anarquistas fueron, como siempre, las primeras víctimas. Cuatro obreros varones y una mujer fueron inmediatamente detenidos. Eran Thomas J. Mooney y su esposa Rena, Warren K. Billings, Edward D. Nolan e Israel Weinberg.

Thomas Mooney, un miembro veterano del sindicato del metal, Local 164, era conocido en toda California como un combatiente tenaz de la causa obrera. Durante muchos años, había sido un factor eficaz en diversas huelgas. Debido a su incorruptibilidad era cordialmente odiado por todo patrón y político laborista de la Costa. La United Railways había intentado, algunos años antes, encerrar a Mooney, pero incluso un jurado campesino se había negado a dar crédito a la encerrona que le hicieron. Recientemente había intentado organizar de nuevo a los maquinistas y conductores de tranvía. Había tratado, infructuosamente, de convocar una huelga de los cobradores unas pocas semanas antes del desfile y la United Railways lo señaló como su víctima. Colocaron boletines en los garajes de los vagones

advirtiendo a sus hombres que no tuvieran nada que ver con «el dinamitero Mooney» bajo pena de despido inmediato.

La noche siguiente al reparto de los boletines, algunas torres eléctricas de la compañía fueron dinamitadas y, aquellos que sabían, sonreían ante el burdo intento de los jefes de la United Railways de «trincar» a Mooney al señalarlo «oportunamente» como dinamitero.

Warren K. Billings, antiguo presidente del sindicato de zapateros, había sido un activista durante años en las luchas obreras y, en una ocasión, los patronos habían logrado encerrarlo mediante una acusación fabricada en relación con unos disturbios durante una huelga en San Francisco.

Edward D. Nolan era un hombre muy admirado y respetado por los elementos sindicales de la Costa por su clara visión social, su inteligencia y su energía. Unos días antes del Desfile Preventivo había regresado desde Baltimore, a donde se le había enviado como delegado de la convención de maquinistas. Nolan era también el jefe de los piquetes de la huelga local de maquinistas, y desde entonces había figurado en la lista negra de los patronos.

Israel Weinberg era miembro de la junta ejecutiva del sindicato de operadores de minibús, que se había ganado la enemistad de la United Railways porque había comprometido gravemente sus beneficios. La compañía de tranvías estaba intentando desplazar a los minibuses en las calles principales y el fiscal del distrito de San Francisco, Fickert, a quien la compañía ferroviaria había ayudado a obtener el puesto para que pudiera anular las investigaciones contra sus funcionarios corruptos (algo que hizo nada más ser elegido), no iba a perder la oportunidad de desacreditar al sindicato de minibuses acusando de asesinato a uno de sus miembros más destacados.

La señora Rena Mooney, la esposa de Tom Mooney, era una conocida profesora de música, una mujer capaz y entregada. Su detención fue una estrategia policial para evitar que se movilizara a favor de Tom.

Acusar a estos hombres de responsabilidad por la explosión del Desfile Preventivo fue un intento deliberado de dar un golpe mortal al sindicalismo a través de sus representantes más independientes y capaces. Esperábamos una respuesta consensuada a favor de los acusados por parte de los elementos radicales y liberales, con independencia de las diferencias políticas. En su lugar nos encontramos con un completo silencio por parte de la misma gente que durante años había conocido y colaborado con Mooney, Nolan y los demás presos.

La confesión de McNamara aún rondaba, como un fantasma, las horas de vigilia y de sueño de sus antiguos amigos en las filas de los políticos laboristas. No hubo un solo hombre destacado dentro de los sindicatos de la Costa que se atreviera a hablar en defensa de sus hermanos detenidos. Nadie ofrecía un penique para su defensa. Ni una palabra se publicó, ni siquiera en *Organized Labor*, el órgano de los poderosos oficios de la construcción, del que era editor Olaf Tweetmore. Ni una palabra en el *Labor Clarion*, el semanario oficial del San Francisco Labor Council[11] y de la State Federation of Labor.[12] Incluso Fremont Older, que había defendido tan firmemente a los McNamara y que siempre había abogado valientemente por toda causa impopular, estaba ahora callado ante la evidente conspiración de la Cámara de Comercio para ahorcar a hombres inocentes.

Era una situación desesperada. Solo Sasha y yo nos atrevimos a hablar a favor de los presos. Pero nos precedía la fama de anarquistas y había que plantearse si los acusados, de los cuales solo Israel era anarquista, querrían que nos asociáramos con su defensa: podrían creer que nuestros nombres harían más daño que bien a su causa. Yo apenas los había tratado y a Warren K. Billings no lo conocía. Pero no podíamos sentarnos tranquilamente y ser partícipes de la conspiración de silencio. Habríamos acudido en su ayuda incluso aunque hubiéramos creído que eran culpables, pero Sasha conocía bien a todos los acusados y estaba completamente seguro de su inocencia.

No creía que ninguno de ellos fuera capaz de lanzar una bomba en medio de una multitud. Su palabra era suficiente garantía para mí de que no tenían ninguna relación con la explosión del Desfile Preventivo.

Durante las dos semanas posteriores a la tragedia del 22 de julio, *Blast* y mis mítines fueron las únicas expresiones de protesta contra la campaña terrorista emprendida por las autoridades locales a petición de la Cámara de Comercio. Robert Minor, convocado por Sasha, vino a Los Ángeles a ayudarnos con los preparativos para la defensa de los inocentes acusados.

Ben, que llegó desde Nueva York una vez cumplida su estancia en la cárcel, se opuso violentamente a que me quedara en San Francisco a terminar mi serie de conferencias. Mis mítines estaban bajo vigilancia policial, la sala medio llena de hordas de detectives, cuya presencia espantaba al público. No soportaba la derrota; la visión de los escasos amigos fieles presentes en nuestra sala, casi mil personas, era algo que le superaba. Y también parecía tener algo más en mente. Estaba más inquieto que de costumbre y deseaba que interrumpiera mis conferencias y saliera de la ciudad. Pero no podía cancelar mis compromisos y me quedé. Conseguí reunir cien dólares en mis charlas y me prestaron una suma abultada para la defensa de los sindicalistas detenidos. Pero San Francisco tenía tanto miedo que ningún abogado de prestigio aceptaría el caso de los presos, que ya habían sido condenados por todos los periódicos de la ciudad.

Se necesitaron varias semanas de esfuerzos ímprobos por nuestra parte para despertar algún resquicio de interés, incluso entre los radicales. Con Sasha, Bob Minor y Fitzi a cargo de las actividades, me sentí entonces libre de seguir mi gira, aunque estaba muy preocupada por su situación. El apoyo incondicional de *Blast* a Mooney y a sus camaradas ya había colocado a Sasha y a sus colegas, Fitzi y nuestro buen «Sueco», Carl, bajo el escrutinio de las autoridades policiales. Algunos días después de la explosión, los detectives entraron por la fuerza en las oficinas de *Blast* y durante horas la saquearon, llevándose todo lo que pudieron encontrar, incluyendo la lista de

suscriptores de *Mother Earth* en California. Se llevaron a Sasha y a Fitzi a la comisaría central, los sermonearon acerca de sus actividades y amenazaron con detenerlos.

A menudo lo sublime y lo ridículo se presentan a la vez. En el momento cumbre de toda la preocupación y ansiedad por la situación en San Francisco, de camino a Portland con Ben, a este le dio uno de sus ataques periódicos de «curar su alma, ordenar sus ideas y conocerse a sí mismo». Su queja es que no podía seguir siendo eternamente un «mero chico de oficina», llevando paquetes y vendiendo literatura; tenía otras ambiciones, quería escribir. Siempre había querido escribir, me dijo, pero yo no le había dado oportunidad. Sasha, declaraba, era mi dios; la vida y el trabajo de Sasha, mi religión. En cualquier problema que hubiera surgido entre Sasha y él siempre me había alineado con el primero, decía. A Ben no se le había permitido nunca salirse con la suya, incluso le había negado sus deseos de tener un hijo. Insistió en que no había olvidado que le había dicho que había tomado mi decisión y que no iba a permitir que los niños estorbaran mi trabajo en el movimiento. Mi actitud le pesaba como un féretro, declaró, y había conseguido que tuviera miedo de confesarme que había estado viviendo con otra chica. Su anhelo de un hijo, siempre muy fuerte, se había hecho aún más urgente a partir de haber conocido a esta chica. Durante su encierro en la cárcel del condado de Queens había decidido no permitir que nada se interpusiera en el camino de cumplir su gran deseo.

«Pero tú ya tienes un hijo», le dije. «¡La pequeña Helen! ¿Alguna vez has mostrado amor paternal por ella, o el más mínimo interés, excepto el día de San Valentín, que le envías una postal?».

Pero cuando nació la niña él era muy joven, replicó; y todo había sido un accidente. Ahora tenía treinta y seis años y «un sentimiento de paternidad consciente».

Me di cuenta de que no merecía la pena discutir. A diferencia de su confesión aquel primer año de nuestro amor, que me golpeó como un rayo

que cayera en un cielo despejado, esta nueva revelación apenas me sorprendía o hería. La otra había dejado cicatrices demasiado profundas como para curarse del todo o para tan siquiera permitirme el beneficio de la duda. Siempre había sospechado sus engaños, con tanto acierto, de hecho, que él me llamaba Sherlock Holmes, «a cuyos ojos nada puede esconderse».

¡Qué peculiar ironía de las circunstancias! En Nueva York, Ben había comenzado una «escuela dominical» que me expuso al ridículo de mis camaradas. «Una catequesis dominical en una oficina anarquista», se reían. «Jesús en el santuario anarquista». Apoyé a Ben. La libertad de expresión incluía su derecho a Jesús, dije. Sabía que Ben no era tan cristiano como los otros millones de seres que se proclaman seguidores del nazareno. Lo que le atraía a Ben era más bien la personalidad del «hijo del hombre», como le había ocurrido desde su primera juventud. Su sentimentalismo religioso no podía dañar a nadie sensato, pensé. La mayoría de sus alumnas de catequesis eran chicas más atraídas por el profesor que por el Señor. Sentía que el sentimentalismo religioso de Ben era más fuerte que sus convicciones anarquistas, y no podía negarle su derecho a expresarlo.

Mantener la coherencia en un mundo de groseras contradicciones no es fácil y, en muchas ocasiones, yo no había sido coherente en lo que respecta a Ben. Sus amoríos con todo tipo de mujeres me habían producido demasiados vaivenes emocionales como para permitirme actuar siempre en consonancia con mis ideales. El tiempo, sin embargo, cura todos los sentimientos. Ya no me importaban las aventuras eróticas de Ben y su más reciente confesión no me afectó profundamente. Pero, sin duda, era el colmo de la tragicomedia que mi defensa de la catequesis de Ben en la oficina de *Mother Earth* tuviera como resultado que se liara con una de las alumnas… Y que estuviera angustiada por dejar a Ben en la cárcel, para irme de gira sin él, mientras que todo ese tiempo él estaba absorto en su nueva obsesión. Era todo tan absurdo y grotesco que sentí un inmenso

agotamiento, y me poseyó únicamente el deseo de marcharme a alguna parte y olvidarme del fracaso de mi vida, olvidar incluso el impulso cruel de luchar por un ideal.

Decidí irme a Provincetown durante un mes, y visitar a Stella y su bebé. Con ellos descansaría y tal vez hallaría paz, ¡paz!

¡Stella es madre! Parecía que no había pasado apenas tiempo desde que ella misma era un bebé, el único rayo de sol en mis mustios días de Rochester. Cuando estaba a punto de parir, deseé estar con ella en ese instante supremo. Pero tenía que dar una conferencia en Filadelfia mientras mi corazón palpitaba de angustia por mi querida Stella a punto de traer una nueva vida al mundo. El tiempo había avanzado a zancadas y yo, ahora, contemplaba a Stella, radiante en su joven maternidad, y a su bebé de seis meses, una réplica asombrosa de mi sobrina a su edad.

El encanto de Provincetown, los mimos de Stella y el adorable bebé hicieron de mi visita un periodo delicioso, como hacía años que no disfrutaba. También contribuyeron a ello Teddy Ballantine, el marido de Stella, un hombre delicado, interesante y vital, y las visitas frecuentes de personas de gran singularidad, como Susan Glaspell, George Cram Cook y mis viejos amigos, Hutch Hapgood y Neith Boyce, esta última una personalidad de lo más misteriosa. Vinieron también John Reed y la intrépida Louise Bryant, mucho más sofisticada que cuando la había visto en Portland dos años antes. Vino la hermosa Mary Pine, ya aquejada de tuberculosis, con su piel transparente y el brillo de sus ojos realzados por una masa de cabello cobrizo. Vino el tosco Harry Kemp que, al lado de la etérea Mary, parecía cómicamente torpe y patoso. Variado en alma y pensamiento era ese grupo de Provincetown y su compañía estimulante, pero ninguno de ellos me producía el efecto tranquilizador de Max, que vino invitado por mí a pasar unas semanas. No había cambiado nada, si acaso su mente agraciada y su comprensión intuitiva habían mejorado con

los años. Amable y sabio, siempre encontraba la palabra adecuada para calmar las penas. Una hora con él era como un día de primavera, y a su lado encontré paz y solaz. Un mes a su lado, en el pequeño círculo familiar de Stella, me habría dado energía como para conquistar el mundo.

¡Pero desgraciadamente no teníamos ni el mes ni la conquista! Nos reclamaba la eterna lucha por la libertad. Las cartas y los telegramas de Sasha desde San Francisco nos pedían ayuda para salvar cinco vidas en peligro. ¿Acaso podía pensar en descansar?, me preguntaba indignado, ¿mientras Tom Mooney y sus camaradas se enfrentaban a la muerte? ¿Me había olvidado de San Francisco, de los prejuicios aterrados contra las víctimas encarceladas, de la cobardía de los líderes laboristas, de la falta de fondos para la defensa de los presos y de la imposibilidad de contratar un buen abogado para ellos? Una nota de desesperación, inusual en Sasha, resonaba en sus cartas; me suplicaba que volviera a Nueva York para contratar algún abogado prominente para la defensa. Si eso fallaba debía ir a Kansas City y tratar de convencer a Frank P. Walsh de que asumiera el caso.

Adiós a mi paz. Las fuerzas de la reacción habían irrumpido en mi libertad dorada y me habían arrebatado el descanso que tanto necesitaba. Incluso me molestó la extraña impaciencia de Sasha, pero, de algún modo, me sentí culpable. Me atormentaba el sentimiento de que había traicionado la confianza de las víctimas de un sistema social al que había combatido durante veintisiete años. Pasaron días de lucha interior y de indecisión mortificante. Entonces llegó el telegrama de Sasha notificándome que Billings había sido juzgado y condenado a cadena perpetua. Ya no pude dudar más. Me dispuse a salir hacia Nueva York.

El último día de mi estancia en Provincetown salí con Max a dar un paseo por las dunas. La marea estaba baja. El sol parecía un disco dorado, el azul transparente del océano no lucía ni una arruga. La arena parecía una página en blanco que se extendía a lo lejos hasta desaparecer en el cristal

tintado de las aguas. La naturaleza exhalaba un reposo y una paz asombrosa. Mi mente también estaba tranquila; con mi decisión había logrado la paz. Max estaba de un ánimo juguetón y yo sintonicé con su humor. Caminamos lentamente por la vasta extensión hasta el mar. Nos olvidamos del mundo hostil y nos dejamos raptar por el hechizo que nos rodeaba. Los pescadores que regresaban cargados con sus capturas nos recordaron que se hacía tarde. Con paso ligero comenzamos la vuelta, llenando el aire de canciones alegres.

Apenas habíamos recorrido la mitad de la playa cuando nos sorprendió el sonido del agua borboteando desde alguna parte. Nuestra canción murió presa de un temor repentino. Nos giramos para mirar y, entonces, Max aferró mi mano y corrimos hacia la costa. La marea subía a paso acelerado. Surgía de una caleta que se vaciaba en el mar en ese punto. Ya estaba muy cerca tras nosotros, las olas corrían por la arena cada vez más veloces y grandes. El terror de que nos atrapara nos dio alas. De tanto en tanto, nuestros pies se hundían en la arena blanda, pero el peligro espumoso a nuestras espaldas nos azuzaba con la voluntad instintiva de seguir vivos.

Aterrorizados, llegamos a los pies de una colina. Con un último esfuerzo gateamos hasta la cumbre y nos desplomamos exhaustos en el tapiz verde. ¡Por fin estábamos a salvo!

En nuestro camino de regreso a Nueva York nos detuvimos en Concord. Siempre había querido visitar el hogar de la antigua cumbre cultural de América. El museo, las casas históricas y el cementerio eran los únicos restos de sus días de gloria. Los habitantes no denotaban en absoluto que la vieja y pintoresca ciudad hubiera sido antaño un foco de poesía, literatura y filosofía. No había señal ninguna de que en Concord hubieran existido hombres y mujeres para quienes la libertad fuera un ideal vivo. La realidad presente era más fantasmal que los propios muertos.

Visitamos a Frank B. Sanborn, el biógrafo de Henry David Thoreau, el último de los grandes del círculo de Concord. Había sido Sanborn quien, medio siglo antes, había presentado a John Brown a Thoreau, Emerson y Alcott. Parecía el típico aristócrata del intelecto, de modales sencillos y amables. Con orgullo evidente, nos habló de los días en los que, junto con su hermana, había sacado a los recaudadores de impuestos de su casa a punta de pistola. Habló con reverencia de Thoreau, el gran amante de hombres y animales, el rebelde contra la injerencia del Estado en los derechos del individuo, el partidario de John Brown incluso cuando sus propios amigos habían renegado de él. Con detalle, Sanborn nos describió el acto que Thoreau había impulsado en memoria del paladín del hombre negro, a pesar de la oposición casi unánime de la camarilla de Concord.

La opinión de Sanborn sobre Thoreau sustentaba mi idea de este último como el precursor del anarquismo en los Estados Unidos. Para mi sorpresa, el biógrafo de Thoreau se escandalizó por mi afirmación. «¡No, para nada!», gritó. «El anarquismo es violencia y revolución. Es Czolgosz. Thoreau es un partidario radical de la resistencia pasiva». Pasamos varias horas tratando de iluminar a este contemporáneo del periodo más anarquista del pensamiento americano sobre el significado del anarquismo.

Desde Provincetown había escrito a Frank P. Walsh acerca de la situación de San Francisco, diciéndole que, si había alguna posibilidad de que se encargara de la defensa de Mooney, iría personalmente a Kansas City para hablar con más detenimiento del asunto. Su respuesta me esperaba en Nueva York. No podía aceptar mi invitación, escribía Walsh. Estaba inmerso en un juicio penal importante en su propia ciudad, y también se había comprometido a movilizar a los elementos liberales del este para la campaña de Woodrow Wilson. Por supuesto que seguía los casos sindicales de San Francisco, seguía diciendo en la carta; pronto pasaría por Nueva York y hablaría conmigo del asunto, tal vez podría aportar alguna sugerencia útil.

Frank P. Walsh era la persona más vital que había conocido en Kansas City. No presumía de su radicalismo en público, pero siempre se podía contar con él para defender una causa impopular. Por naturaleza era un luchador, sus simpatías siempre estaban con los perseguidos. Conocía su interés por la lucha obrera y su carta, por tanto, me decepcionó mucho. Además, me intrigaba. Si podía venir a Nueva York para hacerse cargo de la campaña de Wilson, no estaría tan comprometido. Me preguntaba si consideraba las elecciones más importantes que las cinco vidas en peligro en la Costa. Estaba convencida de que no estaba familiarizado con el verdadero estado de la cuestión en San Francisco y decidí plantearle claramente la situación. Tal vez podría convencerle de que cambiara de opinión.

En el cuartel general de la campaña de Wilson en Nueva York, dirigido por Frank P. Walsh, George West y otros intelectuales, mantuve una larga conversación con Walsh sobre el caso Mooney. Pareció muy impresionado y me aseguró que le gustaría implicarse y hacer algo por los presos. Era una situación muy seria, dijo, pero un tema aún más grave amenazaba al país: la guerra. Los elementos militaristas estaban deseando que Wilson dejara su cargo para poder tener a uno de los suyos como presidente. La misión de todo liberal amante de la paz era conseguir que Wilson saliera reelegido, enfatizó Walsh. Incluso los anarquistas, pensaba él, deberían anular en este momento crucial sus objeciones sobre la participación política y ayudar a mantener a Wilson en la Casa Blanca, porque «hasta ahora nos ha mantenido lejos de la guerra». En especial era mi deber, insistía Walsh, no dejar pasar la ocasión para demostrar que mis esfuerzos en contra de la guerra no eran mera palabrería. Podía eficazmente silenciar la acusación de que había predicado la violencia y la destrucción, y demostrar que era, sin duda, una verdadera defensora de la paz.

Me sorprendió bastante descubrir que Frank P. Walsh defendía de tal modo la política, tras la posición tan firme que había tomado a favor de la

Revolución mexicana. En una ocasión había ido a Kansas City a pedir su contribución para esa lucha y él había respondido con entusiasmo, expresando a la vez su creencia en que una acción vale más que mil palabras. Era una afirmación sin duda muy alejada de la actitud de su actual idea de que dando más poder político a Woodrow Wilson se «salvaría el mundo».

Dejé a Walsh experimentando una sensación de impaciencia ante la credulidad de este hombre de mente radical y la de sus colegas en la campaña de Wilson. Para mí fue una prueba adicional de la ceguera política y la confusión social de los liberales americanos.

No conocía a nadie del estamento legal de Nueva York a quien pudiera contactar en relación con el caso Mooney. Por tanto, tuve que transmitir a Sasha mi fracaso. Contestó que él mismo iría a Nueva York para ver qué se podía hacer. La Liga de Defensa de la I.W.W. de San Francisco le había pedido que fuera al este para contratar un abogado capaz, y para agitar a los elementos obreros y concienciarlos sobre el peligro que corrían los detenidos.

A finales de octubre tuvo lugar el juicio de Bolton Hall por nuestro mitin sobre control de natalidad en Union Square celebrado en mayo. Una serie de testigos, entre los cuales me encontraba, testificaron que el defendido no había entregado en aquella ocasión información sobre anticonceptivos. Declararon no culpable a Bolton Hall. Al salir del tribunal, me arrestaron por los mismos cargos de los que acababan de absolver a Bolton.

La persecución de los defensores del control de natalidad seguía su curso feliz. Margaret Sanger, su hermana Ethel Byrne, enfermera diplomada, y su ayudante, Fanya Mandell, fueron detenidas en una redada en la clínica de la señora Sanger en Brooklyn. Les había tendido una trampa una detective que fingió ser madre de cuatro hijos para que le proporcionaran anticonceptivos. Entre el resto de detenidos estaban Jessie Ashley y algunos chicos de la I.W.W. Los guardianes de la ley y la moral a lo largo y ancho del país

estaban resueltos a suprimir la difusión de información sobre el control de natalidad.

Las diversas audiencias y juicios en relación con este asunto demostraron que al menos los jueces estaban siendo educados. Uno de ellos declaró que él distinguía entre las personas que proporcionaban información sobre control de natalidad gratuitamente, debido a sus convicciones personales, y aquellos que la vendían. Una diferencia así no se había hecho previamente, ni en el juicio de William Sanger, ni en el de Ben ni en el mío. Una prueba aún más sorprendente de que la agitación por la planificación familiar empezaba a surtir efecto la ofreció el juez Wadhams, durante el juicio a una mujer acusada de robo. Su marido, tuberculoso y parado de larga duración, era incapaz de mantener a su gran familia. Al resumir las causas que habían impulsado a la acusada a delinquir, el juez Wadhams señaló que muchas naciones europeas habían adoptado el control de natalidad con resultados aparentemente excelentes. «Estoy convencido de que vivimos en una era de ignorancia», continuó, «que se contemplará en un futuro con el mismo horror con el que ahora contemplamos los tiempos más oscuros. Tenemos aquí el caso de una familia que aumenta continuamente, con un marido tuberculoso, la mujer con un niño de pecho y otros niños pequeños agarrados a sus faldas, pobres y menesterosos».

Teníamos razones para creer que merecía la pena ir a la cárcel si conseguíamos que la urgencia por limitar los nacimientos se admitiera incluso en el estrado. La acción directa, y no las charlas de salón, era la responsable de estos resultados.

A primeros de noviembre, Sasha llegó a Nueva York y, en menos de dos semanas, fue capaz de reclutar en apoyo de la batalla de San Francisco a casi todo el sindicalismo judío, así como a una serie de sindicatos americanos. También tuvo éxito en sus esfuerzos por contratar un abogado. Con la ayuda de algunos amigos, convenció a W. Bourke Cockran, el

famoso abogado y orador, para que examinara la transcripción del juicio de Billings. Cockran se quedó tan impresionado por la forma de presentarlo de Sasha y se indignó tanto por el evidente montaje, que se ofreció a ir a la Costa sin cobrar y asumir la defensa de Mooney, Nolan y los demás presos de San Francisco. Sasha también convenció a la United Hebrew Trades, la organización obrera judía más grande e influyente del país, para convocar un mitin de masas en el Carnegie Hall para protestar contra la conspiración de las grandes empresas en California. Como los delegados de ese organismo estaban totalmente absortos en sus propias tareas, toda la labor de organizar el mitin de masas y de buscar a los oradores recayó en Sasha y en los jóvenes, activos y eficaces camaradas que le ayudaban en la campaña. Desgraciadamente, no pude ayudarle, porque tenía compromisos en varios sitios, entre Nueva York y el Medio oeste. Prometí, sin embargo, hablar en el Carnegie Hall, aunque tuviera que regresar expresamente de Chicago para ello.

Tras diecisiete conferencias en aquella ciudad y cuatro en Milwaukee, me apresuré a regresar a Nueva York en la mañana del 2 de diciembre, el día de la gran asamblea. Por la tarde tuvo lugar una manifestación en Union Square, una protesta a favor de Mooney y sus camaradas, y también a favor de Carlo Tresca y sus compañeros víctimas de los intereses del metal de Minnesota durante la huelga de Messaba Range. Al mitin de aquella noche en el Carnegie Hall acudió una gran cantidad de público, al que se dirigieron Frank P. Walsh; Max Eastman; Max Pine, secretario de los Hebrew Trades; Arturo Giovannitti, poeta y líder obrero; Sasha y yo. Me correspondió a mí hacer la petición de fondos para ayudar a la defensa californiana y el público allí congregado respondió con generosidad. Aquella misma noche regresé al oeste para seguir mi gira interrumpida.

En mi conferencia en Cleveland sobre planificación familiar, a Ben se le ocurrió la idea de pedir voluntarios para distribuir panfletos sobre control de natalidad. Algunos respondieron. Al final del mitin arrestaron a Ben. Cien

personas, cada una de ellas portando el panfleto prohibido, lo siguieron a la cárcel, pero solo llevaron a juicio a Ben. Inmediatamente, organizamos una Liga de Libertad de Expresión, que se combinó con la organización local de control de la natalidad para defender el caso.

Cleveland había sido durante muchos años una ciudad señera de la libertad de expresión, gracias a las condiciones libertarias que había establecido allí el alcalde georgista, el difunto Tom Johnson. Valientes ciudadanos de distintas opiniones políticas habían conservado desde entonces celosamente esas libertades. Entre ellos, contaba con muchos amigos, pero ninguno de ellos tan serviciales como el señor y la señora Carr, Fred Shoulder, Adeleine Champney y nuestro viejo filósofo Jacobs. Siempre se habían empleado a fondo para que mis actos públicos tuvieran éxito y habían adornado mis horas de asueto con su encantadora compañía. Era escandaloso, por tanto, ver cómo esta ciudad excepcional renegaba de sus tradiciones. Pero la pronta respuesta a nuestra petición para organizar la lucha contra la supresión mantuvo la esperanza de que el derecho a la libre expresión triunfara de nuevo en la ciudad natal de Tom Johnson.

Experiencias similares acogieron mis conferencias en otras ciudades, así como las de otros defensores de la planificación familiar. A veces era Ben el detenido, otras veces lo era yo o los amigos que cooperaban activamente con nosotros, u otros oradores que trataban de iluminar a la gente sobre el tema proscrito. En San Francisco, retuvieron *Blast* en Correos debido a un artículo sobre el control de natalidad y lo acusaron de un delito de lesa majestad contra Woodrow Wilson. El control de natalidad se había convertido en un tema candente y las autoridades ejercían todo su poder para silenciar a sus partidarios. No se achicaban ante el juego sucio para lograr sus fines. En Rochester detuvieron a Ben por haber vendido en uno de nuestros mítines una copia de *Family Limitation*, del doctor William J. Robinson, y el panfleto *Every Woman Should Know,* de Margaret Sanger. Los oficiales que lo arrestaron al parecer ignoraban que estas publicaciones

se vendían abiertamente en las librerías. Pero pronto estuvo claro que había un método en su locura. Resultó que en la comisaría «encontraron» un panfleto sobre anticonceptivos entre las páginas del libro del doctor Robinson. Sabíamos que algún detective lo había metido allí para «trincar» a Ben. Y, de hecho, se quedó allí retenido a la espera de juicio.

Aún de gira, recibí un telegrama de Harry Weinberger, mi abogado de Nueva York, informándome de que se me había negado un juicio ante jurado. El 8 de enero se presentó mi caso ante tres jueces. El juez Cullen, que presidía, me advirtió severamente que no permitiría que ninguna teoría de la defensa se divulgara ante el tribunal. Pero se podía haber ahorrado la molestia, porque mi caso se derrumbó antes de que ni mi abogado ni yo tuviéramos oportunidad de decir nada. Las pruebas que aportaron los detectives acerca de que yo había distribuido panfletos sobre control de natalidad en Union Square en mayo eran tan contradictorias que incluso el tribunal se negó a tomárselas en serio y me absolvieron.

Ben no tuvo tanta suerte, sin embargo, con sus acusaciones en Cleveland. Le habían citado para mi juicio y, como el suyo estaba fijado para el día siguiente, telegrafió a su abogado de Cleveland y a su fiador para que pactaran un aplazamiento. Le contestaron que no tenía de qué preocuparse y que le darían margen. Para asegurarse doblemente, Ben telegrafió y también envió una copia de la citación al tribunal de Cleveland. Pero la tarde del 9 de enero le comunicó su abogado que, lejos de aceptar una moratoria, el juez Dan Cull había emitido una orden de arresto para Ben por desacato al tribunal. Ben cogió el primer tren hacia Cleveland. A la mañana siguiente se convocó su juicio. El juez Cull consintió «amablemente» en sobreseer la acusación de desacato y juzgar a Ben únicamente por el caso de control de natalidad. El juez era un católico romano y se oponía rígidamente a cualquier tipo de higiene sexual. Habló largo y tendido sobre los pecados de la carne y denunció el control de natalidad y el anarquismo. De los doce miembros del jurado, cinco eran católicos. Los demás, aparentemente, se

resistían a declararle culpable, porque se reunieron durante trece horas sin llegar a un acuerdo. El tribunal los envió de nuevo a deliberar, con órdenes de seguir hasta que alcanzaran un veredicto. Pasar largas horas en un cuarto agobiante suele conseguir que la mayoría de los jurados se vuelvan unánimes. Ben fue declarado culpable, condenado a seis meses en el penal y a pagar una multa de mil dólares. Fue la pena más alta impuesta por un delito de control de natalidad. Ben hizo una franca confesión de su creencia en la planificación familiar y, por consejo de su abogado, recurrió el caso.

El resultado del juicio se debió fundamentalmente a la ausencia de una publicidad adecuada. Margaret Sanger había dado una conferencia en la ciudad poco tiempo antes y esperábamos que tomara nota de la situación y presionara a sus oyentes para manifestarse en apoyo de Ben. Su negativa a hacerlo enfadó a nuestros amigos ante esta ruptura inexcusable de la solidaridad, pero desgraciadamente no quedó tiempo para despertar los sentimientos del público en relación al caso de Ben.

No era la primera ocasión en la que la señora Sanger no había ayudado a los partidarios del control de natalidad atrapados en las marañas de la ley. Cuando yo estaba pendiente de juicio en Nueva York, ella hacía una gira por el país y daba charlas en mítines organizados por nuestros camaradas, en buena parte por sugerencia mía. Por extraño que resulte, la señora Sanger, que había comenzado su trabajo por el control de natalidad en nuestros cuarteles de la calle Ciento Diecinueve, ni siquiera mencionaba mi inminente juicio. Una vez, en un mitin en el Bandbox Theatre, Robert Minor la interpeló por su silencio. Ella lo reprendió por atreverse a interferir en sus asuntos.

En Chicago, Ben Capes tuvo que recurrir a las preguntas del público durante un mitin para obligar a la señora Sanger a referirse a mi trabajo en el campo del control de natalidad. Hechos similares ocurrieron en Detroit, Denver y San Francisco. Desde numerosos lugares, me escribieron amigos para decirme que la señora Sanger daba la impresión de considerar el

asunto como un tema privado suyo. Posteriormente, el señor y la señora Sanger repudiaron públicamente las ligas por el control de natalidad que habíamos organizado nosotros, así como toda nuestra campaña por la planificación familiar.

La falta de apoyo a Ben en Cleveland nos reveló la necesidad de una protesta organizada en relación a su juicio inminente en Rochester. En la víspera del juicio, se celebró un gran mitin, en el que la oradora local, la doctora Mary E. Dickinson, compartía el escenario con Dolly Sloan, Ida Rauh y Harry Weinberger, todos los cuales habían llegado desde Nueva York para la ocasión. Al día siguiente, se organizó una eficaz manifestación frente al tribunal. Willis K. Gillette demostró ser un juez excepcional. Casi le envidié a Ben la oportunidad de ser juzgado por un juez que creía que el tribunal es un lugar en el que el acusado no debe tener miedo de hablar. Con un juez así y con la tenacidad combativa de un abogado como Harry Weinberger, Ben tenía asegurado un trato justo. Declaró que no creía en la ley que prohibía dar información sobre el control de natalidad. Había violado esa ley antes y lo volvería a hacer de nuevo. Pero en el caso que se juzgaba, mantenía él, era inocente, porque no sabía cómo había acabado el panfleto sobre anticonceptivos dentro del libro del doctor Robinson. Fue absuelto.

Teníamos razones para estar satisfechos con la parte en la que habíamos contribuido a la campaña. Habíamos presentado las ideas de la planificación familiar a lo largo y ancho del país, y aportamos el conocimiento de los métodos a las vidas de la gente que más lo necesitaba. Estábamos ahora preparados para dejar campo libre a aquellos que proclamaban el control de natalidad como la única panacea para todos los males sociales. Yo misma nunca lo había visto de esa manera; sin duda, era un tema importante, pero en absoluto el más vital.

En San Francisco se había suprimido *Blast* y su oficina había sido registrada dos veces, debido a la línea antibelicista del periódico y por sus esfuerzos en pro de Mooney. Durante el último registro, un policía rufián había maltratado a Fitzi y casi le rompe un brazo. Resultó imposible seguir con la publicación en la Costa y Fitzi la trasladó a Nueva York, donde se unió a Sasha en sus actividades para la defensa de California.

Tom Mooney había sido juzgado y condenado a muerte. Ni la elocuencia de W. Bourke Cockran ni la diáfana demostración de que los testigos principales de la acusación habían cometido perjurio valieron de nada. La garra de la Cámara de Comercio sobre la justicia oficial de California resultó ser más fuerte que las pruebas más sólidas en favor del acusado sindicalista. No había ciudadano de San Francisco que no supiera que los testigos del estado, los McDonalds y los Oxman, eran la escoria de la humanidad y que su testimonio había sido comprado y pagado por el fiscal del distrito Charles Fickert, el dócil instrumento de los patronos. Pero la inocencia no contaba. Los notables, que se habían declarado a favor de que los trabajadores pudieran no sindicarse, habían decidido colgar a Tom Mooney como un aviso para otros sindicalistas. Así se selló el destino de Mooney.

Tampoco era el estado de California la única parte del país en la que la ley y el orden habían reunido todo su poder para aplastar a los obreros y ahogar eficazmente cualquier protesta por parte de los desheredados y humillados. En Everett, Washington, setenta y cuatro chicos de la I.W.W. luchaban por sus vidas, y, en todos los demás estados de la Unión, las cárceles y penales estaban repletos de hombres condenados por sus ideales.

El cielo político en los Estados Unidos se oscurecía con pesadas nubes, y las señales y los augurios cada día se hacían más inquietantes, pero las masas en general seguían pasivas. Y entonces, inesperadamente, la luz de la esperanza rasgó por el este. Llegó desde Rusia, la tierra dominada desde

hacía siglos por los zares. El día que tanto anhelamos había llegado por fin. ¡Llegó la Revolución!

---

[11] Consejo Obrero. *(N. de la T.)*.

[12] Federación Estatal del Trabajo. *(N. de la T.)*.

45

Finalmente los odiados Romanov fueron expulsados de su trono; el zar y toda su cohorte, despojados del poder. No fue el resultado de un golpe de estado político; el gran logro había sido fruto de la rebelión de todo un pueblo. Ayer mismo inarticuladas, aplastadas, como lo habían estado durante siglos, las masas rusas se habían alzado para exigir su herencia y para proclamar ante el mundo entero que la autocracia y la tiranía habían terminado para siempre en su país. Las oleadas gloriosas fueron la primera señal de vida en el vasto cementerio europeo de guerra y destrucción. Inspiraron a todos los pueblos amantes de la libertad con un entusiasmo y una esperanza nuevas, pero nadie sintió tanto el espíritu de la revolución como lo sintieron los nativos de Rusia esparcidos por todo el globo. Vieron cómo su amada *Matushka Rossiya* les entregaba ahora la promesa y la aspiración de la humanidad.

Rusia era libre, pero todavía no lo era de verdad. La independencia política no era sino el primer paso en el camino hacia la nueva vida. De qué servían los «derechos», pensaba yo, si no se modificaban las condiciones económicas. Conocía demasiado bien las bendiciones de la democracia como para que ahora tuviera fe en un simple cambio de escenario político. Mucho más profunda era mi fe en el pueblo, en las masas rusas ahora despiertas a la conciencia de su poder y al cumplimiento de sus oportunidades. Los mártires encarcelados y exiliados que habían luchado

para liberar a Rusia resucitaban ahora para ver cómo algunos de sus sueños se cumplían. Regresaban de las estepas heladas de Siberia, de las mazmorras y los exilios. Regresaban para unirse al pueblo y para ayudarlos a construir una Rusia nueva, económica y socialmente.

América también aportaba su cuota. Tras las primeras noticias del derrocamiento del zar, miles de exiliados se apresuraron a regresar a su país natal, ahora la tierra prometida. Muchos habían vivido en los Estados Unidos durante décadas y aquí tenían sus familias y sus hogares. Pero sus corazones habitaban más en Rusia que en el país que enriquecían con su trabajo y que, a pesar de ello, los despreciaba como «extranjeros». Rusia les daba la bienvenida, abría sus puertas para recibir a sus hijos y a sus hijas. Como gorriones ante las primeras señales de la primavera, empezaron a volar, por una vez ortodoxos y revolucionarios en terreno común: el amor y la nostalgia de su tierra natal.

En el corazón de Sasha y en el mío volvió a avivarse nuestro viejo anhelo. Durante todos estos años habíamos estado muy cercanos al pulso de Rusia, cercanos a su espíritu y a su lucha sobrehumana por la liberación, pero nuestras vidas estaban enraizadas en nuestra tierra adoptiva. Habíamos aprendido a amar su grandeza física y su belleza, y a admirar a los hombres y mujeres que luchaban por la libertad, a los americanos del mejor calibre. Me sentía una de ellos, una americana en el sentido más auténtico, espiritual, más que por la gracia de un mero trozo de papel. Durante veintiocho años había vivido, soñado y trabajado por esa América. Sasha también estaba desgarrado entre el impulso de regresar a Rusia y la necesidad de continuar con la campaña para salvar la vida de Mooney, cuya hora fatal se aproximaba. ¿Podría olvidar al hombre condenado y a los demás cuyo destino colgaba de un hilo?

Y entonces llegó la decisión de Wilson de involucrar a los Estados Unidos en la matanza europea para así hacer del mundo un lugar seguro y democrático. Rusia necesitaba mucho a sus exiliados revolucionarios, pero

Sasha y yo creíamos que América nos necesitaba más. Decidimos quedarnos.

La declaración de guerra por parte de los Estados Unidos descorazonó y superó a la mayoría de los pacifistas de clase media. Algunos incluso nos sugirieron dar por finalizadas nuestras actividades antimilitaristas. Una mujer en concreto, miembro del Colony Club de Nueva York, que se había ofrecido repetidamente a aportar dinero para la labor antibelicista en los países europeos, exigía ahora que cesáramos la agitación. Habiendo declinado sus ofertas anteriores, me sentí con libertad para decirle que la caridad auténtica empieza en casa. No veía ninguna razón para abandonar nuestra postura sobre la guerra, que habíamos mantenido durante un cuarto de siglo, solo porque Woodrow Wilson se había cansado de su espera vigilante. No podía alterar mis convicciones simplemente porque él había dejado de ser «demasiado orgulloso» como para permitir que los chicos americanos se fueran a pelear mientras él y el resto de estadistas se quedaban en casa.

Con el colapso de los pseudorradicales, todo el peso de la actividad antibelicista recayó en los elementos militantes más esforzados. Nuestro grupo en especial redobló sus esfuerzos y yo estuve febrilmente ocupada, viajando entre Nueva York y las ciudades vecinas, hablando y organizando campañas.

Un contingente de exiliados y refugiados rusos se preparaba para partir hacia su tierra natal y nosotros les ayudamos a equipar a sus miembros con provisiones, ropa y dinero. La mayoría de ellos eran anarquistas y todos estaban deseando participar en la construcción de su país sobre unos cimientos de hermandad e igualdad entre los seres humanos. La tarea de organizar el regreso a Rusia estaba en manos de nuestro camarada William Shatoff, al que todos llamaban familiarmente Bill.

Este anarquista revolucionario, obligado a refugiarse en América de la tiranía de la autocracia rusa, había compartido, durante su estancia de diez

años en los Estados Unidos, el grueso de la lucha por la mejora de las condiciones obreras. Bill había trabajado como jornalero, estibador, maquinista e impresor y estaba familiarizado con las penurias, inseguridades y humillaciones que caracterizan la existencia del trabajador inmigrante. Un hombre más débil habría perecido espiritualmente, pero Bill tenía la visión de un ideal, una energía ilimitada y un intelecto agudo. Dedicó su vida a enseñar a los refugiados rusos. Era un organizador espléndido, un orador elocuente y un hombre valiente. Estas cualidades le hacían idóneo para reunir en un solo cuerpo a los diversos grupitos de rusos en América. Logró fundirlos en una organización poderosa y solidaria, conocida como la Union of Russian Workers, que abarcaba a los Estados Unidos y Canadá. Su fin era la educación y el desarrollo revolucionario de los muchísimos trabajadores rusos a los que la Iglesia católica griega de América buscaba atrapar, como ya lo había hecho en su lugar de origen. Bill Shatoff y, junto a él, sus camaradas activistas habían trabajado durante años para sacudir la ignorancia de sus hermanos rusos, para desvelarles su situación económica y para convencerlos de la importancia de la cooperación organizada. La mayoría de ellos eran trabajadores no cualificados, que penaban largas horas y que eran explotados sin piedad en las tareas más arduas de las minas, las fábricas y las carreteras. Gracias a la energía y la dedicación de Bill, estas masas se unían gradualmente para formar un robusto organismo rebelde.

Shatoff también había sido durante un tiempo el encargado del Centro Ferrer y, en dicho puesto, su inteligencia y entusiasmo se demostraron tan eficaces como en cualquier otra cosa que emprendía.

No menos capaz era Bill en las relaciones personales. Encantador y jovial, era una compañía espléndida, con la que se podía contar en cualquier emergencia y, especialmente, en cualquier situación difícil. Un amigo leal y valiente, Bill insistió en acompañar a Sasha cuando este último corría el peligro de que lo asaltara la policía de San Francisco debido a su labor en

favor de Mooney. Durante el viaje de Sasha por diversas ciudades, Bill actuó como su autoproclamado guardaespaldas y me alivió considerablemente saber que cualquier persona que tratara de emplear la violencia contra Sasha se toparía con la resistencia adicional de nuestro bravo Bill.

Ante las primeras noticias del milagro que había ocurrido en Rusia, Shatoff empezó a organizar a los miles de compatriotas radicales que deseaban regresar a su hogar. Como un auténtico capitán de barco, se había propuesto conseguir que todo el mundo llegara sano y salvo, sin pararse a pensar en sí mismo. Él iría el último, nos dijo cuando le presionábamos, pensaba que su experiencia y habilidad serían más valiosas en Rusia que en América. Se quedó hasta que su propia partida se había vuelto casi peligrosa.

Sabía desde hacía tiempo que Alexandra Kolontái y León Trotski estaban en Nueva York. La primera me había enviado algunas cartas y un ejemplar de su libro sobre la participación de la mujer en las tareas del mundo. Me había propuesto una cita, pero no había conseguido ocasión para ello. Tiempo después la invité a cenar, pero una enfermedad le impidió venir. A León Trotski ya lo había conocido hacía tiempo, pero coincidió que yo estaba en la ciudad cuando se anunció un mitin de despedida en el que iba a hablar antes de regresar a Rusia. Asistí al encuentro. Tras varios oradores bastante aburridos, presentaron a Trotski. Un hombre de mediana altura, con las mejillas hundidas, el pelo rojizo y una barba roja despeinada que apuntaba con insolencia al frente. Su discurso, primero en ruso y después en alemán, fue poderoso y electrizante. Yo no estaba de acuerdo con su actitud política; era un menchevique (socialdemócrata) y, como tal, estaba muy alejado de nosotros. Pero su análisis de las causas de la guerra fue brillante; su denuncia del ineficaz gobierno provisional en Rusia, cáustica, y su presentación de las condiciones que condujeron a la revolución, muy lúcida. Cerró sus dos horas de charla con un elocuente tributo a las masas

trabajadoras de su tierra natal. El público estaba entusiasmado en grado sumo y Sasha y yo nos unimos de corazón a la ovación que se le prodigó al orador. Compartíamos por completo su profunda fe en el futuro de Rusia.

Tras el mitin nos acercamos a despedir a Trotski. Sabía quiénes éramos y nos preguntó cuándo pensábamos ir a Rusia para ayudar en la obra de reconstrucción. «Sin duda nos veremos allí», señaló.

Hablé con Sasha sobre el giro inesperado de los acontecimientos, que nos colocaba más próximos a Trotski, el menchevique, que a Piotr Kropotkin, nuestro camarada, maestro y amigo. La guerra hacía extraños compañeros de cama y nos preguntamos si aún nos sentiríamos próximos a Trotski cuando, con el tiempo, llegáramos a Rusia, pues solo habíamos pospuesto nuestro regreso, no renunciado a él.

Un poco después de la partida de Trotski, embarcó el primer grupo de nuestros camaradas. Les ofrecimos una alegre despedida, con una gran fiesta, a la que asistieron muchos de nuestros amigos americanos, que también habían contribuido con generosidad a sus necesidades. Sasha había concebido la idea de un manifiesto dirigido a los obreros, campesinos y soldados rusos y lo escribimos justo a tiempo para enviarlo con el grupo. Entre ellos había una serie de hombres y mujeres que habían trabajado con nosotros en las diversas campañas de *Blast* y *Mother Earth*. Confiamos el manifiesto a Louise Berger y a S. F., nuestros amigos más cercanos y fiables. Era una llamada a las masas de Rusia para que alzaran sus voces en protesta por la sentencia de Tom Mooney y Warren K. Billings. Pensamos que era el único recurso que nos quedaba para salvar a los inocentes convictos.

En sus preparativos militares, América rivalizaba con los países más despóticos del Viejo Mundo. El reclutamiento obligatorio, al que Gran Bretaña solo había recurrido pasados dieciocho meses de guerra, fue decretado por Wilson un mes después de que los Estados Unidos hubieran

decidido entrar en el conflicto europeo. Washington no era tan mojigato sobre los derechos de sus ciudadanos como lo había sido el parlamento británico. El académico autor de *The New Freedom* no dudó en destruir de un golpe todo principio democrático. Había asegurado al mundo que América se movía por los motivos más humanitarios, que su intención era democratizar Alemania. ¿Y qué si tenía que prusianizar a los Estados Unidos para lograrlo? Los americanos nacidos en libertad tenían que embutirse a la fuerza en el molde militar, ser trasportados como rebaño y embarcados al otro lado del océano para fertilizar los campos de Francia. Su sacrificio les proporcionaría la gloria de haber demostrado la superioridad de «My Country 'Tis of Thee» sobre «Die Wacht am Rhein». Ningún presidente americano anterior había logrado estafar de tal manera a la gente como lo hizo Woodrow Wilson, que escribía y hablaba sobre democracia, actuaba como un déspota, tanto en privado como oficialmente, y, aun así, se las apañaba para mantener el mito de que era el defensor de la humanidad y la libertad.

No nos hacíamos ilusiones sobre el resultado de la ley de reclutamiento forzoso que se presentaba en el congreso. La medida nos parecía la negación de todo derecho humano, el golpe mortal a la libertad de conciencia y decidimos combatirla incondicionalmente. No esperábamos poder revertir la marea de odio y violencia que iba a traer el servicio obligatorio, pero sentíamos que al menos teníamos que dejar claro que había gentes en los Estados Unidos que eran dueñas de sus almas y que querían conservar su integridad a cualquier precio.

Decidimos convocar una asamblea en las oficinas de *Mother Earth* para impulsar la organización de una Liga contra el Reclutamiento y pergeñar un manifiesto que explicara al pueblo americano la amenaza del reclutamiento. También planificamos un gran mitin de masas como protesta contra la obligación de los varones americanos de firmar su propia sentencia de muerte en forma de registro militar obligatorio.

Desgraciadamente, debido a compromisos anteriores, unas conferencias en Springfield, Massachusetts, no pude estar presente en la asamblea, fijada para el 9 de mayo. Pero, como asistirían Sasha, Fitzi, Leonard D. Abbott y otros amigos de ideas claras, no me inquietaba el resultado. Se propuso que la conferencia tratara el tema de si la Liga contra el Reclutamiento debía animar a que los hombres no se registraran. De camino a Springfield, escribí una breve declaración brindando mi opinión sobre el asunto. Se la envié a Fitzi, con una nota en la que le pedía que leyera la declaración en la reunión. Adopté la posición de que, como mujer, y por tanto no sometida al servicio militar, no podía aconsejar a nadie sobre el asunto. El que uno se preste o no como herramienta para el negocio de matar es algo que, en puridad, debería dejarse a la conciencia individual. En tanto anarquista no podía arrogarme decidir sobre el destino de los demás, escribí. Pero sí podía decir a todos aquellos que se negaran al servicio militar obligatorio que defendería su causa, y que apoyaría su acción contra viento y marea.

Para cuando regresé de Springfield, la Liga contra el Reclutamiento se había constituido y se había alquilado el Harlem River Casino para un mitin de masas que tendría lugar el 18 de mayo. Los participantes en la conferencia habían estado de acuerdo con mi opinión sobre el registro.

En medio de nuestras actividades, Sasha tuvo un accidente grave. Yo estaba viviendo de nuevo en la pequeña habitación detrás de la oficina de *Mother Earth,* en la calle Ciento Veinticinco, mientras que Sasha y Fitzi habían trasladado *Blast* a la habitación del piso de arriba, la que antes ocupaba nuestro amigo Stewart Kerr. El único teléfono de la casa estaba en mi oficina y un día Sasha, corriendo para contestar una llamada, se resbaló y se cayó por la escalera. Al examinarlo resultó que se había torcido los ligamentos de su pie izquierdo y el médico le ordenó reposo en cama. Sasha no quiso ni hablar de ello. Con la cantidad de trabajo que había y solo unos pocos camaradas para atenderlo, no podía descansar, dijo. Aunque tenía

muchos dolores y solo podía moverse a saltitos con las muletas, se empeñó en asistir al mitin en el Harlem River Casino.

El 18 de mayo Fitzi y yo recurrimos a todos los trucos femeninos que se nos ocurrieron para convencer a nuestro cojo de que se quedara en casa, pero insistió en venir con nosotros. Dos corpulentos camaradas le ayudaron a bajar las escaleras y entrar en un taxi y, posteriormente, se repitió el mismo espectáculo en la sala.

Casi diez mil personas llenaban el local, entre ellos muchos soldados recién uniformados y sus novias, una panda muy bulliciosa, sin duda. Había cientos de policías y detectives diseminados por el local. Cuando se abrió la sesión, unos cuantos jóvenes «patriotas» trataron de irrumpir por la entrada del escenario. Su intento fue inútil, porque nos habíamos preparado para una contingencia así.

Leonard D. Abbott presidía y en el estrado nos encontrábamos Harry Weinberger, Louis Fraina, Sasha, yo y otros contrarios al servicio militar obligatorio. En esta ocasión, hombres y mujeres de diversas opiniones políticas apoyaban nuestra posición. Todos los oradores denunciaron vehementemente la ley de reclutamiento que esperaba la firma del presidente. Sasha estuvo especialmente brillante. Con su pierna herida sobre una silla y apoyándose con una mano sobre la mesa, transpiraba fuerza y desafío. Siempre un hombre de enorme autocontrol, en esta ocasión su aplomo fue notable. Nadie entre el numeroso público hubiera sospechado que sufría dolor o que le preocupara su indefensión en el caso de que no lográramos que el mitin acabara de forma pacífica. Con enorme claridad y energía sostenida, Sasha habló como nunca le había escuchado antes.

Los futuros héroes ya habían estado ruidosos durante todos los discursos, pero cuando yo subí al estrado se armó la marimorena. Abuchearon y silbaron, entonaron «Barras y estrellas» y agitaron frenéticamente banderitas americanas. Entre el jaleo se escuchaba la voz de un recluta diciendo: «¡Quiero la palabra!». La paciencia del público había sido

sometida a una dura prueba durante toda la velada por los que interrumpían. Ahora por todos lados había hombres que se ponían de pie para amenazar a los agitadores, diciéndoles que se callaran o los echarían. Sabía a lo que conduciría algo así, con la policía esperando la oportunidad de ayudar a los rufianes patrióticos. Además, no quería negar la libertad de expresión ni siquiera al soldado. Alzando mi voz, le pedí a la asamblea que dejara hablar al hombre. «Nosotros, que hemos venido aquí a protestar contra la coerción y a exigir el derecho a pensar y actuar de acuerdo con nuestras conciencias», argumenté, «deberíamos reconocer el derecho de un oponente a hablar y deberíamos escucharlo tranquilamente y otorgarle el respeto que exigimos para nosotros mismos. El joven sin duda cree en la justicia de su causa como nosotros creemos en la nuestra y ha comprometido su vida en ella. Sugiero por lo tanto que nos levantemos como reconocimiento a su evidente sinceridad y que lo escuchemos en silencio». El público se levantó como un solo hombre.

El soldado probablemente nunca se había enfrentado a tanta gente. Parecía asustado y empezó a hablar con una voz vacilante, que apenas llegaba al escenario, aunque estaba sentado cerca. Tartamudeó algo sobre «dinero alemán» y «traidores», se lio y paró de golpe. Después, girándose hacia sus camaradas gritó: «¡Qué diablos, vámonos de aquí!». Y el grupito al completo se largó, agitando sus banderitas, seguidos de risotadas y aplausos.

Al volver a casa del mitin escuchamos a los repartidores de periódicos anunciando una edición especial nocturna, se había aprobado la ley de reclutamiento. El día de registro se fijó el 4 de junio. Me asaltó el pensamiento de que en ese día se enterraba la democracia americana.

Sentíamos que el 18 de mayo era el inicio de un periodo de importancia histórica. Para Sasha y para mí, el día tenía también un profundo significado personal. Era el duodécimo aniversario de su resurrección de la

penitenciaría del oeste de Pensilvania, la primera vez en años que él y yo íbamos a estar juntos ese día en la misma ciudad y en el mismo estrado.

Desde por la mañana hasta ya entrada la noche, torrentes de visitantes asediaron nuestra oficina, la mayoría de ellos jóvenes que pedían consejo sobre si debieran registrarse. Sabíamos, por supuesto, que entre ellos había también señuelos, a los que se les había enviado allí para engañarnos y que les dijéramos que no debían hacerlo. La mayoría, sin embargo, eran chicos asustados, temerosos, consternados y totalmente perdidos sobre qué hacer. Eran criaturas indefensas, listas para ser sacrificadas a Moloch. Nuestro corazón estaba con ellos, pero pensábamos que no teníamos derecho a decidir por ellos en esta cuestión vital. También había madres desesperadas, implorándonos que salváramos a sus chicos. Vinieron a cientos, escribieron, telefonearon. El teléfono no dejó de sonar en todo el día; nuestra oficina estaba a rebosar de gente y de todas partes del país pilas de cartas llegaban pidiendo información sobre la Liga contra el Reclutamiento, ofreciéndonos su apoyo y suplicándonos que siguiéramos con nuestra labor. En medio de esta locura teníamos que preparar los números de *Mother Earth* y *Blast*, escribir nuestro manifiesto y enviar circulares anunciando el próximo mitin. Por la noche, cuando intentábamos dormir un poco, las llamadas de los periodistas que querían saber cuál iba a ser nuestro próximo paso nos sacaban de la cama.

Los mítines contra el reclutamiento se celebraban fuera de Nueva York también, por lo que tuve mucho trabajo organizando secciones de la Liga contra el Reclutamiento. En una de esas reuniones, en Filadelfia, la policía apareció porra en mano y amenazó con golpear al público si me atrevía a mencionar el reclutamiento. Seguí hablando acerca de la libertad que habían ganado las masas en Rusia. Cuando terminó el mitin, unas cincuenta personas nos retiramos a un lugar privado y allí organizamos una Liga contra el Reclutamiento. Experiencias similares se repitieron en numerosas ciudades.

Una semana después del mitin del Harlem River Casino, recibí un telegrama de Tom Mooney que nos comunicaba lo inútil que era llevar a cabo más diligencias legales en su caso y pidiendo un llamamiento a la gente del país. Su telegrama decía:

San Francisco
25 de mayo de 1917

El tribunal superior ha juzgado hoy a Oxman. El presidente del tribunal, Angelotti, ha dicho que las pruebas de la culpabilidad de Oxman son abrumadoras. Un comité especial, nombrado por el San Francisco Labor Council y el Building Trades Council, se ha personado ante el fiscal general Webb exigiendo una respuesta para la resolución de la petición del juez Griffin, que confesaba un error en mi caso. El fiscal general ha dicho que los registros no muestran un error y que sería imposible confesar algo así.

Publicidad potente, manifestaciones gigantescas, absolutamente necesarias para un resultado feliz. Luchamos con desesperación para librarnos de la turba linchadora.

Esto descarta un nuevo juicio a menos que ocurra algo inesperado. Da a estos hechos toda la publicidad posible.

Tom Mooney

La condena de Warren K. Billings, a pesar de las pruebas absolutas de su inocencia, había provocado que la defensa investigara a los testigos de cargo. Casi todos ellos resultaron ser un instrumento en manos del fiscal del distrito Charles Fickert, y algunos confesaron que su testimonio para el Estado había sido comprado mediante amenazas y sobornos. Se descubrió también que el jurado había sido sobornado por agentes de la Cámara de Comercio. Era demasiado tarde para salvar a Billings, pero todo esto puso en aviso a la defensa acerca de lo que se podía esperar en el juicio de Tom Mooney.

Fickert se percató de que algunos de sus viejos testigos, que se revelaron perjuros y prostitutas profesionales, no podrían emplearse en contra de Mooney. Por tanto preparó otros de similar calibre; la estrella entre ellos fue un tal Frank C. Oxman, un supuesto ganadero del oeste. Mooney fue condenado principalmente por el testimonio de Oxman. Declaró que estaba

en San Francisco el día del desfile preventivo e identificó a Mooney como el hombre al que vio colocando una maleta (supuestamente con explosivos) en una esquina a lo largo del recorrido de la marcha. Una investigación demostró que Oxman no había estado en San Francisco en la fecha del desfile. Además, se mostró una carta de Oxman a su amigo F. E. Rigall, en la que Oxman lo animaba a ganar «un montón de dinero» acudiendo a testificar en contra de Mooney. Rigall estaba en ese momento en las cataratas del Niágara y nunca había estado en San Francisco. La prueba del perjurio de Oxman fue tan abrumadora que el fiscal del distrito Fickert no tuvo más remedio que llevarlo a juicio.

A pesar de todos estos acontecimientos y a pesar incluso de la admisión del juez del juicio, Franklyn A. Griffin, de que Mooney había sido condenado sobre testimonios falsos, el Tribunal Supremo de California rechazó intervenir. ¡Mooney estaba condenado a morir!

Mientras tanto, la campaña a escala nacional que Sasha había comenzado para Mooney apenas un año antes había dado sus frutos. El caso había sido asumido por organizaciones obreras radicales y progresistas a lo largo del país, y muchas organizaciones liberales así como individuos influyentes se habían interesado por él. Los esfuerzos para arrancar al convicto del cadalso seguían sin desfallecimiento.

En el mitin por la paz del 1 de junio, en el Madison Square Garden, promovido conjuntamente por las organizaciones antibelicistas más radicales, varios de nuestros jóvenes camaradas fueron detenidos por repartir anuncios para el mitin del Hunt’s Point Palace del 4 de junio. Cuando nos enteramos, enviamos una carta al fiscal del distrito, asumiendo toda la responsabilidad por lo que habían hecho los chicos detenidos. Señalamos que, si era un delito repartir el folleto, nosotros, sus autores, éramos los culpables. La carta la firmamos Sasha y yo y adjuntamos un sello para que nos contestaran inmediatamente. Pero no llegó ninguna respuesta ni se procedió a hacer nada en nuestra contra.

Entre los chicos detenidos estaban Morris Becker, Louis Kramer, Joseph Walker y Louis Sternberg. Fueron acusados de conspiración para aconsejar a la gente que no se sometiera a la ley de reclutamiento. Su juicio se celebró ante el juez federal Julius M. Mayer. Kramer y Becker fueron condenados y el jurado recomendó clemencia para este último. La idea que tenía el juez de la clemencia era incriminar e injuriar a los acusados. Llamó cobarde a Kramer y le aplicó el máximo de la ley, dos años en la penitenciaría federal de Atlanta y diez mil dólares de multa. Becker recibió un año y ocho meses y también le aplicaron una multa similar. Los otros dos chicos, Sternberg y Walker, fueron absueltos. Harry Weinberger llevó su defensa con su habilidad habitual y después apeló su caso. Louis Kramer, mientras estaba en Tombs esperando su traslado a Atlanta, se negó a registrarse y se le condenó a un año más.

El número de junio de *Mother Earth* salió forrado de negro. Su portada llevaba una lápida con la inscripción: «EN RECUERDO DE LA DEMOCRACIA AMERICANA». El atuendo sombrío de la revista fue impactante y eficaz. No había palabras que pudieran expresar con mayor elocuencia la tragedia que convertía a América, antaño portadora de la antorcha de la libertad, en la sepulturera de sus antiguos ideales.

Exprimimos nuestro capital hasta el último penique para sacar la mayor tirada posible. Queríamos enviar copias a todo funcionario federal, a todo editor del país y distribuir la revista entre los jóvenes obreros y los estudiantes universitarios. Nuestras veinte mil copias apenas bastaban para cubrir nuestras propias necesidades. Hizo que lamentáramos nuestra pobreza más que nunca. Afortunadamente, un inesperado aliado llegó en nuestra ayuda: la prensa neoyorquina. Ya había reproducido pasajes completos de nuestro manifiesto antirreclutamiento, incluso algunos periódicos habían reproducido el texto completo y habían atraído así la atención de millones de lectores. Ahora citaban copiosamente de nuestro

número de junio y, en sus editoriales, comentaban largo y tendido sus contenidos.

La prensa de todo el país se maravilló ante nuestro desafío de la ley y de las órdenes presidenciales. Nosotros apreciamos debidamente su ayuda a la hora de hacer resonar nuestras voces por todas partes, voces que hasta ayer habían clamado en vano. De pasada, los periódicos también dieron una amplia publicidad al mitin fijado para el 4 de junio.

Nuestra vida afanada y emocionante no ayudaba a que Sasha se recuperara con celeridad. Aún sufría mucho dolor e incomodidad. La mayor parte de sus escritos los tenía que redactar en la cama o con su pierna colgada de una silla. Apenas podía dar unos saltitos con las muletas, pero estaba empeñado en su decisión de acudir al mitin de masas. Sabíamos que sufría, pero bromeaba y nos regañaba a Fitzi y a mí porque «hacíamos una montaña».

Cuando estábamos a menos de doce manzanas del Hunt's Point Palace, nuestro taxi tuvo que detenerse. Ante nosotros había una muralla humana que se extendía hasta donde llegaba la vista, una masa densa y bamboleante, compuesta por miles y miles de personas. En sus márgenes había policía a caballo y a pie, y muchos soldados de uniforme caqui. Gritaban órdenes, insultaban y empujaban a la multitud desde las aceras hacia la carretera y de vuelta. El taxi no podía seguir y era inútil tratar de hacer llegar a Sasha al salón con sus muletas. Tuvimos que dar un rodeo atravesando solares vacíos, hasta que alcanzamos la entrada trasera del Palace. Allí caímos sobre un reguero de coches patrulla armados con linternas y metralletas. Los policías apostados en la puerta del escenario, como no nos reconocieron, se negaron a dejarnos pasar. Un periodista que nos conocía le susurró algo al sargento de policía al mando. «¡De acuerdo!», gritó. «Pero nadie más puede pasar. El lugar está atestado».

El sargento mentía, solo estaba medio lleno. La policía impedía que la gente entrara y, a las siete en punto, había ordenado cerrar las puertas.

Mientras obstaculizaban el acceso a los obreros, permitían a oleadas de marineros y soldados medio borrachos que entraran en la sala. La platea y las primeras filas estaban llenas de ellos. Hablaban a voces, hacían comentarios vulgares, insultaban, pateaban y, por lo demás, se comportaban como hombres capaces y dispuestos a hacer del mundo un lugar seguro para la democracia.

En la sala, tras el escenario, había oficiales del departamento de Justicia, miembros de la oficina del fiscal federal, comisarios, detectives de la brigada anarquista y periodistas. La escena parecía dispuesta para un baño de sangre. Los representantes de la ley y el orden estaban obviamente muy nerviosos.

Entre los «enemigos extranjeros» que poblaban la sala y el escenario, se contaban hombres y mujeres distinguidos en los campos de la educación, el arte y la literatura. Una de ellas era la famosa rebelde irlandesa, la señora Sheehy-Skeffington, la viuda del autor pacifista asesinado en el levantamiento de Dublín del año anterior. Amante de la paz y elocuente defensora de la libertad y de la justicia, era un alma dulce y amable. En ella se personificaba el espíritu de nuestra reunión, el respeto por la vida y la libertad humana, que buscaba esa noche su forma de expresión.

Cuando Leonard D. Abbott tomó la palabra para inaugurar el mitin, los soldados y marineros lo recibieron con abucheos, silbidos y pateos. Como esto no obtuvo el resultado previsto, los hombres uniformados del gallinero empezaron a arrojar al escenario las bombillas que habían desenroscado. Algunas bombillas golpearon un jarrón que tenía un ramo de claveles rojos y mandaron al suelo el jarrón y las flores. Se produjo un revuelo, el público se levantó indignado y pidió a la policía que echara a los granujas. John Reed, que estaba con nosotros, pidió al capitán de policía que ordenara echar a los agitadores, pero ese oficial se negó a intervenir.

Tras sucesivas peticiones del moderador, apoyado por algunas mujeres del público, se logró un relativo silencio. Pero no duró mucho. Cada orador

tuvo que pasar el mismo trago. Incluso las madres de los futuros soldados, que expresaban su ira y su angustia, fueron abucheadas por los salvajes que vestían el uniforme del tío Sam.

Stella fue una de las madres que se dirigió al público. Era la primera vez que se enfrentaba a un acto así y que recibía insultos. Su propio hijo era aún demasiado joven como para estar sometido al reclutamiento, pero compartía la aflicción y el dolor de otros padres y madres menos afortunados, y podía articular la protesta de aquellos que no tenían oportunidad de hablar. Aguantó el tipo ante las interrupciones y se ganó al público por su honestidad y por el fervor de sus palabras.

Sasha era el siguiente orador; después venían otros y yo hablaría la última. Sasha se negó a que lo ayudaran a subir al escenario. Lentamente y con mucho esfuerzo, se las arregló para subir los pocos escalones y, después, caminó por el escenario hasta llegar a la silla que le había colocado junto a las candilejas. Nuevamente, como el 18 de mayo, tuvo que quedarse sobre una sola pierna, descansando la otra en un taburete y apoyándose con una mano en la mesa. Permaneció erecto, con la cabeza alta, su mandíbula apretada y los ojos fijos sobre los alborotadores. El público se levantó y le dedicó un prolongado aplauso, una muestra de cómo apreciaban que apareciera allí a pesar de su lesión. La entusiasta manifestación pareció enfurecer a los patriotas, la mayoría de los cuales se encontraba evidentemente bajo la influencia del alcohol. Gritos renovados, silbidos, pateos y los chillidos histéricos de las mujeres que acompañaban a los soldados recibieron a Sasha. Por encima del clamor, una voz ronca gritó: «¡Basta! ¡Ya ha sido suficiente!». Pero Sasha no se dejó amilanar. Empezó a hablar, cada vez más alto, ora regañando a los matones, ora razonando con ellos, ora despreciándolos. Sus palabras parecieron impresionarlos. Se callaron. Entonces, de repente, una bestia corpulenta en la primera fila gritó: «¡Al escenario! ¡Cojamos al haragán!». En un instante todo el público se puso en pie. Algunos corrieron a pillar al soldado. Yo me coloqué

rápidamente al lado de Sasha. Con mi tono más agudo grité: «¡Amigos, amigos, esperad, esperad!». Mi aparición repentina atrajo la atención de todos. «Los soldados y marineros están aquí para provocar problemas y la policía está conchabada con ellos», advertí a la gente. «Si perdemos la cabeza se derramará sangre y será la nuestra la que ellos derramen». Hubo gritos de «¡tiene razón!», «¡es cierto!». Aproveché la pausa momentánea. «Vuestra presencia aquí», continué, «y la presencia de la multitud ahí fuera, que expresa su aprobación ante cada palabra que alcanza a escuchar, es la prueba convincente de que no creéis en la violencia y prueba igualmente de que entendéis que la guerra es la violencia más diabólica. La guerra asesina deliberadamente, sin piedad, y destruye vidas inocentes. No, no somos nosotros quienes hemos venido aquí a causar un disturbio. Hemos de negarnos a la provocación. La inteligencia y la fe apasionada son más convincentes que la policía armada, que las ametralladoras y que los pendencieros con casaca de soldado. Esta noche así lo hemos demostrado. Aún tenemos muchos oradores, algunos de ellos ilustres nombres americanos. Pero nada de lo que ellos o yo podamos decir aportará nada más al espléndido ejemplo que habéis dado. Por lo tanto declaro que el mitin ha concluido. Salid ordenadamente, entonad las canciones revolucionarias que nos inspiran y abandonad a los soldados a su destino trágico, ese del que ahora son demasiado ignorantes como para ser conscientes de él».

Los acordes de la «Internacional» ahogaron las muestras de aprobación por parte del público, y las miles de gargantas de la masa que esperaba fuera se unieron a la canción. Habían esperado pacientemente cinco horas y cada palabra que les llegó por las ventanas abiertas había encontrado un potente eco en sus corazones. Durante todo el mitin, su aplauso nos había llegado como un trueno y ahora nos llegaba su canción jubilosa.

En la sala del comité un reportero de *The World* de Nueva York se precipitó hacia mí. «Tu serenidad ha salvado la situación», me felicitó. «Y

tú, ¿qué vas a decir en el periódico?», le pregunté. «¿Contarás el pitote que quisieron montar los soldados y la negativa de la policía a intervenir?». Lo contaría, me dijo, pero estaba seguro de que ningún reportaje fidedigno se publicaría, incluso aunque él tuviera el valor de escribirlo.

A la mañana siguiente *The World* proclamaba que «los disturbios acompañaron el mitin de la Liga contra el Reclutamiento en el Hunt's Point Palace. Hubo muchos heridos y se detuvo a doce personas. Soldados en uniforme abuchearon a los oradores. Tras la suspensión del mitin, los auténticos disturbios comenzaron en las calles adyacentes».

Los supuestos disturbios eran una invención del editorial y parecían un intento deliberado de contener las siguientes protestas contra el reclutamiento. La policía entendió el guiño. Despacharon una orden a los dueños de los locales para que no alquilaran sus lugares para cualquier mitin en el que hablaran Alexander Berkman o Emma Goldman. Ni siquiera los dueños de los locales que habíamos usado durante años se atrevieron a desobedecer esa orden. Lo sentían, decían; no temían ser arrestados, pero los soldados habían amenazado sus vidas y sus propiedades. Contratamos el Forward Hall, en East Broadway, que era propiedad del Partido Socialista Judío. Era pequeño para nuestros fines, apenas albergaba mil personas, pero no teníamos otro lugar en todo Nueva York. El silencio bovino de las organizaciones pacifistas y antimilitaristas que siguió a la aprobación de la ley de reclutamiento hacía doblemente imperativo seguir con la labor. Programamos un mitin de masas para el 14 de junio.

No tuvimos que imprimir anuncios. Nos limitamos a llamar a los periódicos y ellos hicieron el resto. Denunciaron nuestra osadía de proseguir con las actividades antibélicas y criticaron con saña a las autoridades por ser incapaces de detenernos. De hecho, la policía estaba haciendo horas extras abordando a los que se negaban a alistarse. Arrestaron a miles, pero muchos más se negaban a apuntarse. La prensa no informaba del verdadero estado de la cuestión, no se preocupaba por hacer

público que muchos americanos tenían la hombría suficiente como para desafiar al Gobierno. Nosotros sabíamos, por nuestros propios canales, que miles de ellos habían decidido no echarse un arma al hombro contra gente que era tan inocente como ellos y que no había causado la carnicería mundial.

Un día, mientras dictaba cartas a mi secretaria, un anciano entró en la oficina de *Mother Earth* y preguntó por Berkman. Enfrascada en el trabajo, ni siquiera le ofrecí una silla al visitante. Señalé hacia el fondo, indicándole que entrara. Unos minutos más tarde, Sasha me llamó. Me presentó a la visita como James Hallbeck, durante años suscriptor de *Mother Earth* y *Blast*, a quien había conocido en San Francisco. El nombre me resultaba familiar y recordaba cómo aquel hombre había respondido siempre con prontitud a nuestras peticiones. Sasha me dijo que el camarada quería hacer una contribución a nuestra obra. Necesitábamos desesperadamente dinero para nuestra campaña y me alegró que alguien apareciera con un ofrecimiento. Cuando me entregó su cheque, ya me avergonzaba un poco la indiferente bienvenida que le había ofrecido a Hallbeck. Me disculpé explicándole lo ocupados que estábamos, pero él me tranquilizó diciendo que lo entendía perfectamente y que no pasaba nada. Él también tenía prisa, dijo. Se despidió apresuradamente y se escabulló. Cuando miré el cheque, vi para mi sorpresa que era de tres mil dólares. Estaba convencida de que el camarada se había equivocado y salí rápidamente a llamarlo. Pero él negó con la cabeza y me aseguró que no era un error. Le supliqué que regresara a la oficina y nos contara algo de su vida. No podía aceptar el dinero sin saber si tenía suficiente para pasar una vejez tranquila.

Nos contó que, hacía sesenta años, había emigrado desde Suecia hasta América. Un rebelde desde su juventud, el asesinato judicial de nuestros camaradas de Chicago lo había convertido en anarquista. Había vivido un cuarto de siglo en California, cultivando uvas para vino, y había ahorrado algo de dinero. Sus propias necesidades eran pocas y no tenía parientes en

los Estados Unidos, pues nunca se había casado. Sus tres hermanas, en el viejo continente, estaban bien acomodadas y también recibirían un modesto legado tras su muerte. Tenía mucho interés en la campaña contra el reclutamiento obligatorio y, como era demasiado viejo para participar activamente, había decidido ofrecer algo de dinero para la labor. No debíamos tener escrúpulos a la hora de aceptar el cheque, nos tranquilizó. «Tengo ochenta años», añadió. «No me queda mucho tiempo de vida. Quiero creer que puedo beneficiar en lo que pueda a la causa en la que he creído la mayor parte de mi vida. No quiero que el Estado o la Iglesia se beneficien de mi muerte». El porte sencillo de nuestro venerable camarada, su dedicación a nuestra labor y su generoso gesto nos afectó demasiado profundamente como para proferir banales expresiones de agradecimiento. Nuestras manos enlazadas mostraron nuestro aprecio y él se fue con tan poca ostentación como había entrado. Su cheque se depositó en el banco para contribuir a las actividades antibélicas.

Llegó el 14 de junio, el día de nuestro mitin en el Forward Hall. A última hora de la tarde, llamaron al teléfono y una voz desconocida me previno de asistir a la reunión. El hombre había escuchado un complot para matarme, me decía. Le pregunté su nombre, pero no quiso dármelo, ni tampoco aceptaría verme. Le di las gracias por su interés por mi bienestar y colgué el auricular.

Jovialmente le dije a Sasha y Fitzi que tenía que hacer testamento. «Pero seguramente llegaré a ser una vieja horrible», añadí. Para preparar cualquier eventualidad, decidí dejar una nota que ordenaba que «los tres mil dólares de la contribución de James Hallbeck quedarán a cargo de Alexander Berkman, mi amigo de toda la vida y camarada de lucha, para emplearse en la labor antibelicista y el apoyo a los objetores de conciencia». El fondo de *Mother Earth*, que sumaba 329 dólares, pagaría las deudas de la oficina, nuestros libros se venderían y lo que se obtuviera de ellos se donaría para las necesidades del movimiento. Mi biblioteca personal se la dejaba a Stella

y a mi hermano pequeño. Mi única propiedad, la pequeña granja de Ossining, que hacía poco me había donado mi amigo Bolton Hall, se la dejaba a Ian Keith Ballantine, el hijo de Stella. Sasha y Fitzi actuaron como testigos del documento.

Al llegar a East Broadway, donde está Forward Hall, nos recibió, no una vulgar conspiración, sino el departamento de policía al completo. O, al menos, eso nos pareció, a juzgar por la cantidad de miembros de la «flor y nata» de Nueva York que pespunteaban la calle y todo el perímetro de la plaza Rutgers, junto a nuestro lugar de reunión. Habían empujado a la multitud hasta el rincón opuesto de la plaza. Aquellos que habían conseguido entrar en el edificio se vieron allí encerrados y retenidos como si estuvieran presos. Si un conspirador tenía planes para terminar con mi vida, no tendría la menor oportunidad de acercarse a mí o a Sasha, rodeados como estábamos por corpulentos policías, que nos metieron a toda prisa en el edificio.

La sala estaba llena hasta la asfixia. Había policías a rabiar y un rosario de detectives federales, pero no soldados. Era probablemente la primera vez que Forward Hall admitía un público americano tan numeroso. La gente parecía darse cuenta de que hablar libremente sobre la guerra y el reclutamiento se había convertido en una anomalía y estaban dispuestos a dar su apoyo.

El mitin estuvo muy animado y nos atuvimos al programa sin vacilaciones. Pero a su término los detectives identificaron a todo varón presente en la sala que pudiera estar en situación de ser reclutado; quienes no pudieron mostrar una tarjeta de reclutamiento fueron arrestados. Aparentemente, la intención de las autoridades federales había sido usar nuestro mitin como trampa. Por tanto, decidimos no volver a reunirnos en público a no ser que pudiéramos asegurarnos de que no asistieran aquellos que no se habían registrado. Decidimos concentrarnos más en la palabra escrita.

Al día siguiente, por la tarde, estábamos todos en la oficina trabajando. Sasha y Fitzi estaban en el piso de arriba preparando el siguiente número de *Blast*. Yo trabajaba con mi nueva secretaria, Pauline, mientras que nuestro amigo Carl, el Sueco, ensobraba las circulares. Era un camarada firme y de fiar que había estado mucho tiempo con nosotros, primero en Chicago, donde me había ayudado con las conferencias, después en San Francisco, asociado a *Blast* y ahora en Nueva York. Carl era uno de los hombres de mayor confianza y más decidido de nuestras filas. Nada podía perturbar su temperamento o hacerle abandonar una tarea una vez que la había emprendido. Le ayudaban en la oficina otros dos camaradas activos, Walter Merchant y W. P. Bales, auténticos rebeldes americanos.

Por encima del murmullo de las conversaciones y del claqueteo de la máquina de escribir, escuchamos repentinamente unas fuertes pisadas en la escalera y, antes de que nadie pudiera darse cuenta de lo que ocurría, una docena de hombres irrumpió en mi oficina. El líder de la partida gritó nervioso: «¡Emma Goldman, estás detenida! ¡Y Berkman también! ¿Dónde está?». Era el comisario Thomas D. McCarthy. Lo conocía de vista, últimamente se había apostado cerca del estrado en todos nuestros mítines antirreclutamiento, con una actitud tal que parecía que quería abalanzarse impaciente sobre cada orador. Los periódicos decían que había telegrafiado repetidamente a Washington pidiendo órdenes de arresto para nosotros.

«Espero que consigas la medalla que tanto anhelas», le dije. «Pero, en cualquier caso, déjame ver tu orden». En lugar de ello, blandió una copia del número de junio de *Mother Earth* y preguntó si yo era la autora del artículo antirreclutamiento que contenía. «Obviamente», respondí, «puesto que yo lo he firmado. Además, asumo la responsabilidad de todo lo que hay en la revista. Pero ¿dónde está tu orden?». McCarthy declaró que no necesitaba una orden para detenernos, que *Mother Earth* contenía material suficiente para demostrar traición y encerrarnos durante años en la cárcel. Había venido a buscarnos y más nos valía darnos prisa en salir.

Tranquilamente salí hacia el descansillo y grité: «¡Sasha, Fitzi, han venido unas visitas para detenernos!». McCarthy y algunos de sus hombres me echaron bruscamente a un lado y subieron al trote a la oficina de *Blast.* Los ayudantes del comisario se apropiaron de mi escritorio y empezaron a examinar los libros y panfletos de los estantes, arrojándolos al suelo en un montón. Un detective agarró a W. P. Bales, el más joven de nuestro grupo, y declaró que también estaba detenido. A Walter Merchant y a Carl les ordenaron apartarse hasta terminar el registro.

Me encaminé a mi cuarto a cambiarme de ropa, consciente de que me esperaba una noche de alojamiento gratuito. Uno de los hombres se precipitó a impedírmelo, agarrándome del brazo. Yo me sacudí para soltarme. «Si tu jefe no tiene agallas para venir aquí sin un matón guardaespaldas», le dije, «al menos debería haberte ordenado no comportarte como si lo fueras. No me voy a escapar. Solo quiero vestirme adecuadamente para el recibimiento que me espera y no tengo la menor intención de que seas mi doncella». Los hombres que rapiñaban mi escritorio se rieron burdamente. «Esta mujer es un peligro», señaló uno. «Pero está bien, que vaya a su cuarto». Cuando salí con mi libro y mis cosas de aseo, comprobé que Fitzi y Sasha, que aún iba con muletas, ya habían bajado. McCarthy estaba con ellos.

«Quiero la lista de socios de la Liga contra el Reclutamiento», exigió.

«Nosotros estamos siempre dispuestos a recibir a nuestros amigos de la policía», le respondí. «Pero tenemos mucho cuidado con los nombres y direcciones de quienes no se pueden permitir el honor de una detención. No tenemos la lista de la Liga contra el Reclutamiento en esta oficina y no van a averiguar dónde está».

La procesión comenzó a bajar las escaleras hasta los automóviles que nos esperaban, con McCarthy y dos ayudantes delante, Sasha y yo detrás. Al fondo, dos ayudantes conducían a Bales, seguido por detectives de la «brigada bomba». A Sasha y a mí nos concedieron el lugar de honor en el

coche del comisario. Salimos casi volando por las calles congestionadas, asustando a la gente con el chirriar de la bocina y dispersándolos en todas direcciones. Eran más de las seis de la tarde y masas de obreros salían de las fábricas, pero McCarthy no permitió que el chófer desacelerara ni atendió a las señales frenéticas de los guardias de tráfico a lo largo del camino. Cuando le señalé que estaba infringiendo las normas de velocidad y poniendo en peligro las vidas de los peatones me contestó dándose aires: «Represento al gobierno de los Estados Unidos».

En el edificio federal se unió a nosotros Harry Weinberger, nuestro abogado peleón y amigo fiel. Pidió que nos leyeran inmediatamente los cargos y nos sacaran bajo fianza, pero nuestra detención se había programado a propósito a última hora de la tarde, tras la hora oficial de cierre. Nos llevaron a Tombs.

A la mañana siguiente comparecimos ante Hitchcock, el comisionado de los Estados Unidos. El fiscal federal del distrito de Nueva York, Harold A. Content, nos acusó de «conspiración contra el alistamiento», y exigió que se nos impusiera una fianza elevada. El comisionado fijó la fianza en veinticinco mil dólares cada uno. El señor Weinberger protestó en vano.

Estuvimos durante varios días en aislamiento en Tombs. Posteriormente nos enteramos de que los saqueadores habían cogido todo lo que pudieron de las oficinas de *Mother Earth* y *Blast*, incluyendo listas de suscriptores, chequeras y ejemplares de nuestras publicaciones. Habían confiscado también nuestra correspondencia archivada, los manuscritos preparados para su edición así como mis conferencias mecanografiadas sobre literatura americana y otro material valioso que habíamos tardado años en atesorar. El material sospechoso de alta traición consistía en obras de Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Max Stirner, William Morris, Frank Harris, C. E. S. Wood, George Bernard Shaw, Ibsen, Strindberg, Edward Carpenter, los grandes escritores rusos y explosivos varios, igualmente peligrosos.

Nuestros amigos acudieron en nuestra ayuda, exhibiendo una solidaridad espléndida. Nuestros queridos camaradas Michael y Annie Cohn lideraron el esfuerzo con grandes sumas de dinero. Agnes Inglis, de Detroit, envió ayuda monetaria, como hicieron también muchos otros desde diversas partes del país. Igualmente estimulante fue la actitud de muchos obreros pobres. No solo contribuyeron con sus escasos ahorros, sino que incluso ofrecieron sus joyas para ayudar a reunir los cincuenta mil dólares que exigía el gobierno de los Estados Unidos.

Quería que Sasha saliera primero debido a su pierna herida, que aún necesitaba tratamiento; a mí no me importaba quedarme en Tombs, porque estaba descansando y disfrutando un libro apasionante que me había enviado Margaret Anderson. Era *El retrato del artista adolescente*, de James Joyce. No había leído antes al autor y estaba fascinada por su energía y originalidad.

Las autoridades federales no tenían prisa por sacarnos de la cárcel. Content, el ayudante del fiscal federal, rechazó por un tecnicismo endeble las propiedades inmobiliarias por valor de trescientos mil dólares que se ofrecieron como garantía, y declaró que solo aceptaría dinero en efectivo. Había suficiente para liberar a uno de nosotros. Sasha, siempre galante, se negó a salir primero y por tanto me sacaron a mí.

Aunque los periódicos podían verificar fácilmente quién había contribuido a mi fianza, *The World* de Nueva York tuvo la temeridad de imprimir una noticia en su ejemplar del 22 de junio que decía que, «según un informe, se afirma que el káiser ha contribuido con 25.000 dólares al rescate de Emma». Era un indicio de hasta dónde estaba dispuesta a llegar la prensa para librarse de los elementos indeseables.

El gran jurado federal sacó un escrito acusándonos de conspiración para derrotar el alistamiento «selectivo». La pena máxima para este delito eran dos años de cárcel y diez mil dólares de multa. El juicio se fijó para el 27 de junio. Tenía solo diez días para preparar mi defensa, mientras Sasha seguía

aún en Tombs. Concentrar todas nuestras energías en reunir su fianza era imperativo.

Pero estaba Ben, una vez más incapaz de enfrentarse a un asunto vital, desgarrado emocionalmente. El tribunal aún no había decidido nada sobre su apelación por la condena de Cleveland. Había regresado a Nueva York cuando iniciamos la campaña contra el reclutamiento y, con su energía habitual, se había enfrascado en el trabajo. Todo fue bien durante algunas semanas, pero después Ben volvió a ser víctima, como tantas veces antes, de sus vaivenes emocionales. Esta vez era por la joven de la catequesis. Ni estaba en peligro ni pasaba necesidad y aún faltaban meses para que diera a luz. Pero Ben sucumbió. En el momento culminante de la campaña antibélica, se fue a Chicago para estar con la futura madre. El abandono de su puesto en un momento tan crítico me exasperó y me dolió a la vez. En vano traté de justificar su aparente falta de brío y valor recordando que no podía haber previsto nuestra detención. Pero, aun así, cuando supo que seguíamos en preventiva, no regresó. ¿Acaso no era una traición? El pensamiento de que Ben pudiera negarme cuando lo necesitaba me atormentaba. Me sentía a la vez muy dolida y humillada.

Finalmente conseguimos los veinticinco mil dólares en efectivo que nos exigían por Sasha, y el 25 de junio lo sacaron de Tombs. Estábamos totalmente de acuerdo en lo que respecta al juicio. No creíamos en la maquinaria de la ley y sabíamos que no podíamos esperar justicia. Por tanto, ignoraríamos completamente lo que para nosotros era una pura farsa; nos negaríamos a participar en los procedimientos del tribunal. Si este método no resultaba, seríamos nuestros abogados, no para defendernos, sino para dar expresión pública a nuestras ideas. Decidimos presentarnos ante el tribunal sin abogado. Nuestra decisión no se debía en modo alguno a que no nos gustara nuestro letrado, Harry Weinberger. Por el contrario, no podríamos haber deseado un abogado más capaz y un amigo más devoto. Ya nos había prestado servicios más allá de cualquier compensación

monetaria y lo había hecho aunque era totalmente consciente de que no podíamos pagarle adecuadamente. Apreciábamos enormemente a Harry y nos sentíamos seguros en sus manos. Pero nuestro juicio solo tendría sentido si lográbamos convertir la sala del tribunal en un foro donde presentar las ideas por las que habíamos estado luchando durante toda nuestra vida consciente. Ningún abogado podía ayudarnos en eso, que era lo único que nos interesaba.

Harry Weinberger entendió nuestra actitud, pero nos desaconsejó tajantemente enfrentarnos a la fiscalía con los brazos cruzados. No impresionaríamos en absoluto a un tribunal americano, dijo; nos impondrían la pena máxima y nuestros principios no ganarían nada. Pero si decidíamos defendernos solos, nos prestaría toda la asistencia legal y todos los consejos posibles.

El día anterior a nuestro juicio me cité en el Brevoort Hotel con unas cuantas personas, a quienes comuniqué nuestra intención de ignorar los argumentos del fiscal. Entre los presentes estaban Frank Harris, John Reed, Max Eastman, Gilbert E. Roe y algunos más. Después de explicar por qué había convocado la reunión, Frank Harris, con quien había compartido amistad desde hacía años, se mostró entusiasmado con la idea: «¡Emma Goldman y Alexander Berkman, los archicampeones de la resistencia activa, yendo hacia sus enemigos con los brazos cruzados! ¡Espléndido!», gritó. En cualquier tribunal europeo una posición así sería un gesto magnífico, declaró; pero un juez americano se limitaría a considerarlo un flagrante desacato y los periódicos estarían tan confusos ante nosotros como lo estuvieron los escribas de hace dos mil años ante el carpintero de Nazaret. Frank no creía que tuviéramos la menor ocasión de llevar a cabo nuestro plan, pero, en cualquier caso, estaba con nosotros y podíamos contar con su apoyo.

John Reed no era partidario de entrar deliberadamente en la guarida del león. Si había que entrar, había que hacerlo luchando, pensaba. Pero, fuera

cual fuera nuestra decisión, nos ayudaría en lo que pudiera.

A Max Eastman no le impresionó nuestra idea. Su opinión era que podríamos llegar más lejos mediante una pelea legal, con la ayuda de un abogado competente que llevara nuestra defensa. Era más importante, sostenía, que quedáramos en libertad para continuar nuestra labor antibélica que ir a la cárcel sin haber agotado todos los recursos legales.

Era martes, 27 de junio, a las 10 de la mañana, cuando, en compañía de Sasha, aún con muletas, atravesé la multitud que se agolpaba frente al tribunal del edificio federal para enfrentarme a la acusación. El juez Julius M. Mayer y el ayudante del fiscal del distrito de los Estados Unidos, Harold A. Content, con su prusianismo, cual las arrugas en el rostro de una mujer, cuidadosamente disimulado con una gruesa capa de maquillaje americanista, estaban en sus puestos. A su alrededor se situaban las estrellas menores de la obra que se iba a representar. En segundo plano había una manada de soldados, funcionarios estatales y federales, ayudantes del tribunal con pinta facinerosa y un contingente de periodistas. Banderas y banderines americanos adornaban los rincones del escenario. Solo unos pocos amigos habían conseguido entrar.

Pedí un aplazamiento basándome en que mi coacusado, Alexander Berkman, que estaba lesionado en una pierna, no podría soportar la presión de un juicio prolongado. Como acabábamos de ser liberados bajo fianza, no habíamos tenido tiempo para familiarizarnos con las acusaciones, declaré también. El fiscal Content protestó y el juez Mayer negó mi moción.

Ante lo cual le dije que, en vista de la evidente intención del Gobierno de convertir una acusación en una persecución, preferíamos no tomar en absoluto parte en el proceso. Su señoría aparentemente nunca había escuchado algo así. Pareció sorprenderse. Después anunció que nos proporcionaría un abogado para defendernos. «En los Estados Unidos, la libertad exige que hasta los más pobres tengan derecho a una defensa

legal», dijo. Tras nuestra negativa, el tribunal decidió que nuestro juicio continuaría después del receso para almorzar. Durante la comida hablamos con Harry Weinberger y otros amigos, y regresamos al tribunal dispuestos para el combate.

El 27 de junio era mi cudragésimo octavo cumpleaños. Marcaba veintiocho años de lucha activa contra la coerción y la injusticia. Como los Estados Unidos ahora personificaban esa coerción, no podría haber deseado una celebración más adecuada que este desafío. Me produjo mucha alegría comprobar que mis amigos, a pesar de la tensión del momento, no se habían olvidado de la fecha. A mi regreso al tribunal me entregaron flores y regalos. La demostración de su aprecio y de su amor, en esta ocasión especial, me conmovió mucho.

Se nos había concedido la participación activa en nuestro juicio, y Sasha y yo estábamos resueltos a sacar todo el partido posible de ella. Decidimos obtener de nuestros enemigos todas las ocasiones posibles para propagar nuestras ideas. Si lo conseguíamos, sería la primera vez desde 1887 que el anarquismo habría alzado su voz en un tribunal americano. En comparación con ese logro, ninguna otra cosa merecía la pena.

Conocía a Sasha desde hacía veintiocho años. En la medida en que un ser humano puede predecir cómo actuará otro bajo presión, o cuando se enfrenta con lo desconocido, yo siempre había creído que podía hacerlo en lo que respecta a Sasha. Pero el Sasha abogado brillante fue una revelación incluso para mí, su amiga más antigua. Al final del primer día, casi sentía lástima por los desgraciados candidatos al jurado, a quienes había estado catequizando durante horas. Como balas, Sasha disparaba sus preguntas a los futuros miembros del jurado, los examinaba sobre cuestiones sociales, políticas y religiosas, los ridiculizaba exponiendo su ignorancia y sus prejuicios y prácticamente convencía a sus víctimas de que no tenían capacidad para juzgar a seres inteligentes. Sus ráfagas de humor y sus modales encantadores cautivaron a los espectadores.

Cuando Sasha terminó de examinar a los miembros del jurado, estos apenas disimularon su expresión de alivio. Tomé el relevo preguntándoles sobre el matrimonio, el divorcio, la educación sexual de la juventud y el control de natalidad. ¿Acaso mis opiniones radicales sobre estos asuntos les impedirían pronunciar un veredicto no sesgado? A menudo me interrumpía el fiscal federal, yo cruzaba unas palabras con él y el juez me aconsejaba repetidamente que me limitara a los asuntos «relevantes».

Sabíamos muy bien que los doce hombres que finalmente seleccionamos no podían ni querían emitir un veredicto no sesgado. Pero, mediante nuestro examen de los candidatos, habíamos logrado destapar los temas sociales que estaban en juego en el juicio, habíamos creado una atmósfera libertaria y habíamos planteado problemas que nunca antes se habían mencionado en un tribunal de Nueva York.

El fiscal Contest abrió el caso afirmando que demostraría que en nuestros escritos y discursos habíamos animado a los hombres a no alistarse. Como prueba sacó copias de *Mother Earth, Blast* y nuestro manifiesto en contra del reclutamiento. Alegremente admitimos la autoría de todas y cada una de las palabras, insistiendo, no obstante, en que el fiscal citara la página y la línea en la que se aconsejaba no alistarse. Incapaz de hacer eso, Content llamó a Fitzi al estrado de los testigos e intentó hacerle decir que trabajábamos por un beneficio. Aunque profundamente irrelevante para el delito del que se nos acusaba, el tribunal permitió el interrogatorio. A su modo tranquilo y sin zarandajas, Fitzi enseguida pinchó esa burbuja.

La siguiente «prueba», que se jugó como un as en la manga, fueron las insinuaciones sobre el dinero alemán. Emma Goldman depositó tres mil dólares en el banco unos días antes de su detención. «¿De dónde procede ese dinero?», preguntó triunfalmente el fiscal. Todos los presentes aguzaron los oídos y los reporteros se afanaron con los lápices. Nosotros nos reíamos por dentro. Nos imaginábamos sus caras, ahora reventando de venganza, cuando nuestro venerable camarada James Hallbeck testificara. Nuestra

única pega era que tendríamos que convocar al pobre hombre en una sala agobiante en un día tan caluroso de julio.

Y ese hombrecito, sencillo y modesto, de corazón y espíritu generoso, llegó y contó su historia en el estrado de los testigos exactamente como nos la había contado a nosotros cuando nos llevó su generoso regalo. «Pero ¿por qué le dio a Emma Goldman tres mil dólares?», preguntó Contest enrabietado. «Nadie desperdicia tanto dinero».

«No, no lo desperdicio», contestó con dignidad. Emma Goldman y Alexander Berkman eran sus camaradas, explicó. Hacían un trabajo en el que él creía, pero que era demasiado viejo para hacer. Por eso les dio el dinero. La bengala del dinero alemán se apagó con un suspiro.

La siguiente baza no era original. Ya se había jugado en mi primer combate contra el estado de Nueva York, en 1893. Un detective, que dijo ahora ser también taquígrafo, sacó unas notas que declaró que eran un informe palabra por palabra de mi discurso en el Harlem River Casino. Declaró que, en esa ocasión, yo había dicho textualmente: «Creemos en la violencia y emplearemos la violencia».

Cuando lo interrogamos, averiguamos que el detective había escrito sus notas de pie, sobre una mesa coja, y que el máximo que podía transcribir eran cien palabras por minuto. Lo confrontamos con el campeón de los taquígrafos, Paul Munter. Este último declaró que, incluso para él, era difícil anotar las palabras de Emma Goldman, especialmente en los momentos intensos del discurso y que su récord eran ciento ochenta palabras por minuto. Tras Munter testificó el dueño del Harlem River Casino. Aunque había sido citado por la acusación, le dijo al tribunal que no me había escuchado emplear la expresión que se me imputaba y que había estado escuchando mi charla con mucha atención. El mitin se había desarrollado con toda normalidad a pesar de un grupo de soldados que habían intentado armar gresca, declaró, «y Emma Goldman salvó la

situación en esa ocasión». Un sargento de la Guardia Costera corroboró su testimonio.

Los no iniciados se preguntaban por qué la acusación hacía hincapié en lo que yo había dicho el 18 de mayo, antes de que el reclutamiento se hiciera ley, mientras que no se hacía ninguna referencia a mis discursos posteriores a la aprobación del decreto. Sabíamos la razón. En nuestros últimos mítines habíamos colocado taquígrafos en el escenario, a la vista de todos. Pero no habíamos podido conseguir a nadie competente para el 18 de mayo. El Estado sin duda era consciente de ese hecho, por lo que el detective taquígrafo le venía de perlas a la fiscalía.

Presentamos una serie de testigos que manifestaron que la frase «creemos en la violencia y emplearemos la violencia» nunca había sido pronunciada por mí o por cualquier otro orador en nuestras reuniones. Nuestro primer testigo fue Leonard D. Abbott, admirado por todos por su encanto y respetado incluso por los más conservadores por su sinceridad. Había presidido los mítines del 18 de mayo y del 4 de junio. Negó enfáticamente que yo hubiera empleado las palabras que se me atribuían, en el Harlem River Casino o en cualquier otro lugar. De hecho, declaró ante el tribunal que se había sentido algo decepcionado con mi discurso, porque se esperaba una actitud más extremista. En cuanto a aconsejar a los jóvenes que no se alistaran, eso se podía refutar fácilmente mediante una carta que había enviado a la reunión de *Mother Earth* del 9 de mayo, afirmó Leonard.

Su testimonio fue corroborado por un objetor de conciencia que contó que había acudido a nuestra oficina para pedir consejo sobre registrarse, y que le habíamos dicho que nosotros preferíamos dejar el registrarse o alistarse a la conciencia de los que estaban en condiciones de alistarse. Después de él desfilaron Helen Boardman, Martha Gruening, Rebecca Shelley, Anna Sloan y Nina Liederman. Todas estas mujeres habían trabajado con nosotros desde los comienzos de la campaña contra el

reclutamiento y reiteraron que nunca nos habían escuchado animar a nadie a no registrarse.

El fiscal federal exigió que mostráramos el texto original de mi carta, insinuando que podrían haberse modificado los contenidos en la transcripción. Sabía perfectamente que la copia original, como la mayoría de nuestros papeles y documentos, había sido confiscada en el saqueo de la oficina y ahora estaba en su poder. Y, aun así, tenía la caradura de hacer la petición. Él no iba a mostrar la carta, claro, habría refutado la acusación contra mí.

Sin embargo, la acusación tenía recursos e intentó otras tretas. Ahora tocaba el intento de jugar con los prejuicios del jurado creando la impresión de que la mayoría de nuestros testigos eran extranjeros. Pero, para consternación del fiscal federal Content, pronto se vio que la mayoría de ellos poseían un pedigrí mucho más viejo que el suyo. Helen Boardman, por ejemplo, era ese tipo de extranjera cuyos antepasados llegaron en el Mayflower, y Anna Sloan era de antigua raza irlandesa americana. Tuvo la misma mala suerte con los testigos varones, entre los que estaban John Reed, Lincoln Steffens, Bolton Hall y otros «auténticos» americanos.

Sasha tomó el relevo de la acusación con un breve resumen de nuestro caso. Declaró que la acusación de conspiración era el colmo del absurdo, al considerar que él y la coacusada habían hecho propaganda antibelicista públicamente durante veintiocho años. Era, por tanto, una conspiración de la que estaban al tanto cientos de millones de personas de nuestra población. A medida que Sasha hablaba, presentando nuestro caso con aguda lógica y formas incisivas, algunos de los miembros del jurado parecían impresionarse y mostraron interés. Content se dio cuenta. En cuanto tuvo ocasión, cogió un ejemplar del número de *Mother Earth* de julio de 1914. Se me había olvidado que se habían quedado algunas copias de ese número en la oficina. Los chicos y chicas que habían participado en la campaña de los parados que Sasha había organizado, y en la

manifestación que se hizo tras la explosión del piso de Lexington, habían abandonado nuestras filas desde hacía algún tiempo. La mayoría de ellos se habían revelado inútiles, llevados únicamente por una emoción pasajera, pero, desgraciadamente, sus efusiones violentas habían quedado fijadas en fría tinta y ahora la acusación se aprovechaba de ellas. Content empezó a leer fragmentos selectos, tratando de inculcar en el jurado la idea de que todos nosotros respaldábamos la fuerza física y el empleo de la dinamita. «Es cierto que la señorita Goldman estaba entonces de gira», señaló, «y que, por tanto, no se le puede hacer responsable de los artículos de este número en particular». Era un intento para atribuirle todo a Sasha. Antes de que acabara de decir la frase, yo ya me había levantado. «El fiscal sabe perfectamente», declaré, «que soy dueña y editora de *Mother Earth* y que soy responsable de todo lo que figura en la revista, estuviera o no presente en el momento de su publicación». Pregunté si acaso se nos juzgaba por hechos del pasado, si acaso no era extraño que un número que se había publicado tres años antes de que los Estados Unidos entraran en guerra, que no había sido confiscado por las autoridades postales y al que el estado de Nueva York no había objetado, se empleara ahora en el juicio. Era irrelevante, declaré. Pero su señoría rechazó mis objeciones.

Cada día aumentaba la tensión en el tribunal. La atmósfera se hacía cada vez más hostil, los funcionarios presentes más insultantes. Nuestros amigos eran expulsados o se les trataba con brusquedad cuando lograban entrar. Fuera, en la calle, se había instalado una oficina de reclutamiento y las arengas patrióticas se mezclaban con la música de una banda militar. Cada vez que se tocaba el himno nacional, el tribunal obligaba a todo el mundo a levantarse y los soldados presentes se ponían firmes. Una de nuestras chicas se negó a levantarse y la sacaron de la sala a la fuerza. A un chico lo echaron literalmente a patadas. Sasha y yo nos quedamos sentados durante esa exhibición de patriotismo de puño enguantado. ¿Qué podían hacernos

los funcionarios? No podían echarnos de esta mascarada, al menos teníamos esa ventaja.

Tras inacabables «pruebas» repetitivas de nuestro delito, que en realidad no demostraban nada, la acusación cerró su caso. El último *round* del combate entre las ideas y la estupidez organizada se fijó para el 9 de julio. Esto nos dejaba unas cuarenta y ocho horas para preparar nuestra denuncia de los poderes que habían sumido a este mundo en un valle de lágrimas y sangre. Desde el inicio de nuestro juicio habíamos estado obligados a seguir un ritmo exagerado y estábamos agotados. La semana anterior habíamos gozado de la hospitalidad de Leonard D. Abbott y de su esposa Rose Yuster, y ahora peregrinamos a la casita de Stella en Darien para descansar un poco.

Me levanté a la mañana siguiente con la luz del sol que caía a chorros en mi cuarto y con amplios retazos de cielo azul colgando sobre el verde vibrante de los árboles y el césped. El aire estaba preñado del aroma de la tierra, el lago vibraba con una suave música y toda la naturaleza respiraba la magia. Caí bajo el encantamiento.

A nuestro regreso al tribunal, el lunes 9 de julio, nos topamos con el escenario dispuesto para el último acto de la tragicomedia que ya había durado una semana. El juez Mayer, el fiscal federal Content y un amplio elenco de intérpretes de la trama torpemente construida estaban ya sobre el escenario. El patio de butacas estaba a rebosar de invitados oficiales y de una claque para dirigir el aplauso. Los periodistas que harían la reseña del espectáculo ocupaban varias filas. Muchos de nuestros amigos no habían logrado acceder, aunque había más que en los días anteriores.

El fiscal Content no podía en ningún modo compararse en habilidad y recursos con su colega que me había acusado en 1893; se había revelado mustio y aburrido a lo largo del juicio y estereotipado en sus arengas al jurado. En un momento dado, había tratado de trepar a cumbres oratorias. «¿Creen que la mujer que está ahí es la verdadera Emma Goldman?»,

declaró. «¿Esa dama educada, cortés y con una sonrisa agradable? ¡No! A la verdadera Emma Goldman solo se la conoce sobre el escenario. Allí está en su elemento y abandona toda precaución. Allí inflama a la juventud y los conduce a actos violentos. Si pudieran ver a Emma Goldman en sus mítines, se darían cuenta de que es una amenaza para nuestras probas instituciones». Era por tanto el deber del jurado salvar al país de aquella Emma Goldman pronunciando un veredicto de culpabilidad.

Tras el fiscal habló Sasha. Consiguió la atención de los hombres de la tribuna, así como de toda la sala, durante dos horas. No era un logro pequeño en una atmósfera que rezumaba prejuicios y odio. Su manejo ligero e ingenioso de las supuestas pruebas que demostraban nuestro «delito» provocó mucho regocijo y a menudo risotadas. Esto pronto se cortó desde el estrado mediante severas reprimendas. Una vez demolido todo el testimonio del Gobierno, Sasha siguió con una exposición del anarquismo, una obra maestra de sencillez y claridad.

Hablé después de Sasha, durante una hora. Debatí la farsa de un gobierno que se disponía a exportar la democracia mediante la supresión de sus últimos vestigios dentro de casa. Partí de la afirmación del juez Mayer de que solo son permisibles las ideas que están «dentro de la ley». Así había instruido a los miembros del jurado, cuando les había preguntado si tenían prejuicios contra los que propagaban ideas impopulares. Señalé que nunca ha habido un ideal, por muy humano y pacífico que fuera, que en su tiempo se hubiera considerado «dentro de la ley». Nombré a Jesús, a Sócrates, a Galileo, a Giordano Bruno. «¿Estaban ellos acaso "dentro de la ley»?", pregunté. «¿Y los hombres que liberaron a América del yugo británico, los Jeffersons y los Patrick Henrys? Los William Lloyd Garrisons, los John Browns, los David Thoreaus y los Wendell Phillips, ¿estaban acaso "dentro de la ley"?».

En ese momento, los acordes de *La Marsellesa* entraron flotando por la ventana mientras la Misión Rusa desfilaba de camino al ayuntamiento.

Aproveché la ocasión. «Señores del jurado», les dije. «¿Escuchan esa emocionante melodía? Nació con la revolución más grande de todas y no estaba en absoluto dentro de la ley. Y hoy vuestro Gobierno honra a esa delegación como los representantes de la nueva Rusia. Hace solo cinco meses, a todos se les consideraba lo que ustedes dicen que somos ahora nosotros: ¡criminales, forajidos!».

Durante el juicio, su señoría no dejaba de leer. Su mesa estaba enterrada bajo la literatura confiscada en nuestras oficinas y parecía absorto, ora en las *Memorias* de Sasha, ora en mis *Ensayos*, ora en *Mother Earth*. Su concentración había llevado a algunos amigos a creer que al juez le interesaban nuestras ideas y que se inclinaría por ser justo.

Pero el juez Mayer estuvo a la altura de nuestras expectativas. En su discurso al jurado declaró con toda solemnidad: «Los acusados han demostrado una habilidad notable a la hora de llevar su caso. Una habilidad que podría haber redundado en el mayor beneficio de este país, si hubieran tenido a bien emplearla a su favor en lugar de en su contra. En este país nuestro, consideramos enemigos a quienes abogan por la abolición de nuestro Gobierno y a quienes aconsejan desobedecer nuestras leyes a mentes menos fuertes que las suyas. Nuestros padres fundadores ganaron la libertad americana, esta se conservó en la Guerra Civil y hoy son miles quienes ya han partido a tierras extranjeras o están a punto de hacerlo, representando a su país en la batalla por la libertad». Después proporcionó instrucciones al jurado diciéndoles «que los acusados tengan o no razón no debe pesar en el veredicto. El deber de un jurado es simplemente sopesar las pruebas presentadas sobre la inocencia o culpabilidad de los acusados en el delito del que se les acusa».

El jurado salió. El sol ya se había puesto. Las luces eléctricas amarilleaban en el crepúsculo. El zumbido de las moscas se mezclaba con los murmullos en la sala. Pasaron los minutos, pesados como el calor del día. El jurado regresó: había tardado solo treinta y nueve minutos.

«¿Cuál es el veredicto?», preguntaron al portavoz.

«Culpables», respondió.

Me levanté: «Propongo que el veredicto se descarte, pues contradice totalmente las pruebas».

«Moción denegada», dijo el juez Mayer.

«Propongo, además», seguí, «que la sentencia se aplace durante unos días y que nuestra fianza siga siendo la suma ya fijada para nuestro caso».

«Denegada», decidió el juez.

Su señoría hizo las inútiles preguntas de rigor sobre si los acusados tenían algo que decir sobre por qué no debería imponerles la sentencia.

«Creo que sería justo que la sentencia se suspendiera y se nos diera la oportunidad de poner en orden nuestros asuntos», contestó Sasha. «Hemos sido condenados porque somos anarquistas y el proceso ha sido muy injusto». Yo añadí mi protesta.

«En los Estados Unidos la ley es imperecedera», declaró el tribunal en una frase rimbombante, «y no hay lugar en este país para gente que quiera anular nuestras leyes. En un caso como este, no puedo sino imponer la pena máxima que nuestras leyes permiten».

Dos años de cárcel con una multa de diez mil dólares cada uno. Asimismo, el juez proporcionó las instrucciones al fiscal federal para que enviara la transcripción del juicio a las autoridades de inmigración de Washington, con la recomendación de deportarnos en cuanto terminara nuestra condena.

Su señoría había cumplido con su deber. Había servido bien a su país y se merecía un descanso. Levantó la sesión y se giró para salir del estrado.

Pero yo no había terminado. «Un momento, por favor», le llamé. El juez Mayer se volvió para mirarme. «¿Nos van a raptar a esta velocidad de vértigo? Porque si es así, queremos saberlo ya. Queremos que todos los presentes lo sepan».

«Tienen noventa días para presentar un recurso».

«Olvídese de los noventa días», respondí. «¿Qué hay de las próximas dos horas? ¿Nos pueden conceder eso para recoger algunas cosas necesarias?».

«Los presos están bajo la custodia del comisario de los Estados Unidos», fue la cortante respuesta.

El juez volvió a girarse para irse y de nuevo lo detuve. «¡Una palabra más!». Se quedó mirándome, con el rostro enrojecido. Yo le devolví la mirada. Me incliné y le dije: «Quiero darle las gracias por su amabilidad y su clemencia al negarnos un receso de dos días, un receso que habría concedido al criminal más abyecto. Una vez más, se lo agradezco».

Su señoría palideció y la ira se extendió por su rostro. Con nerviosismo jugueteó con los papeles de su mesa. Movió sus labios como si quisiera hablar y después se giró bruscamente y salió del estrado.

46

El automóvil aceleró. Estaba repleto de ayudantes del comisario, conmigo en el centro. Veinte minutos más tarde, llegamos a la estación de Baltimore y Ohio. Parecía que las manecillas del tiempo se hubieran retrasado veinticinco años. Me vi a mí misma en esa misma estación, un cuarto de siglo antes, tratando de aferrarme al tren que desaparecía en la distancia y que se llevaba a Sasha, dejándome sola y desamparada. Una voz gruñona me sobresaltó. «¿Estás viendo fantasmas?», preguntó.

Estaba en un compartimento, con un hombre grande y una mujer a mi lado, el ayudante del comisario y su mujer. Me dejaron a solas con la mujer.

El calor de ese día, el nerviosismo y las tres horas de espera en el edificio federal me habían agotado. Estaba cansada y pegajosa dentro de mis ropas sudadas. Me dirigí al lavabo y la mujer me siguió. Protesté. Ella me dijo que lo sentía pero que no podía dejarme sola, sus instrucciones eran no perderme de vista. Tenía una cara amable. Le aseguré que no intentaría escapar y aceptó dejar la puerta entreabierta. Una vez limpia, trepé a mi litera y me quedé inmediatamente dormida.

Me despertaron las voces de mis guardianes. El hombre ya se había quitado el abrigo y empezaba a desnudarse. «¿No pensarás dormir aquí?», le pregunté.

«Claro», respondió. «¿Qué problema hay? Mi mujer está aquí. No tienes nada que temer».

¿Qué más podía pedir la moralidad que la presencia de la mujer del ayudante? No tenía miedo, le dije, era que me desagradaba.

Los ojos vigilantes de la ley estaban cerrados por el sueño, pero su boca estaba bien abierta, emitiendo una cascada de ronquidos. El aire era pútrido. Me asaltaban pensamientos angustiados sobre Sasha. Había pasado un cuarto de siglo, repleto de acontecimientos y rico en el juego de luces y sombras. La dolorosa frustración con Ben, amistades quebradas y otras que nunca perdieron la lozanía, el espíritu terrenal a menudo en conflicto con las aspiraciones imperiosas del ideal, pero siempre había podido confiar en Sasha durante todo este tiempo y siempre había sido mi camarada en la lucha. El pensamiento me relajaba y la tensión de las últimas semanas se alivió con un bendito sueño.

Mi escolta masculina se quedaba la mayor parte del día fuera del compartimento y solo nos honraba con su presencia durante las comidas, que nos traían de la cafetería. Durante el almuerzo le pregunté al ayudante del comisario por qué me llevaban a la prisión del estado de Misuri, en Jefferson City. No había prisiones federales para mujeres, me explicó. Antes había una, pero la cerraron porque no compensaba.

«¿Y las de varones compensan?», pregunté.

«Y tanto», me dijo. «Hay tantos presos que el gobierno de los Estados Unidos está construyendo otra. Una de ellas está en Atlanta, Georgia», añadió. «Y ahí es a donde se han llevado a tu amigo Berkman».

Le animé a hablar sobre Atlanta. Me dijo que era un lugar muy estricto y que «Berk» lo pasaría mal si no se comportaba. Después añadió petulante: «Aunque es perro viejo en esto de la cárcel, ¿no?».

«Sí, pero ha sobrevivido y será un buen contrincante para Atlanta también, por muy estricta que sea», repliqué acalorada.

La mujer del ayudante era taciturna. Me dejó tiempo para escribir, leer y pensar. Cambiamos de tren en St. Louis, lo que me permitió hacer un poco de ejercicio mientras esperábamos el tren de cercanías a Jefferson City.

Miré con ansiedad para ver si reconocía alguna cara, pero me di cuenta de que nuestros camaradas en St. Louis no podían haber sabido cuándo llegaría a la ciudad.

Al llegar a Jefferson City, mis escoltas me propusieron llevarme a la penitenciaría en un taxi. Les pedí caminar. Iba a ser mi última oportunidad en mucho tiempo, pensé. Aceptaron enseguida, sin duda porque así podían embolsarse el dinero y cargarlo a su cuenta de gastos.

Cuando mis guardianes me entregaron a la celadora jefe de la cárcel, me aseguraron que habían disfrutado de mi compañía. Nunca habrían creído que una anarquista causara tan pocos problemas, señalaron. La mujer añadió que me había tomado aprecio y que sentía separarse de mí. Un cumplido algo dudoso, me pareció.

Con la excepción de mis dos semanas en la cárcel del condado de Queens, me las había apañado de alguna forma para mantenerme apartada de las prisiones desde mi «cura de descanso» en la isla de Blackwell. Me habían detenido muchas veces y me habían juzgado muchas veces, pero no me habían vuelto a condenar. Un triste historial para alguien que siempre podía presumir de atraer la atención de todos los departamentos de policía del país.

«¿Alguna enfermedad?», me preguntó bruscamente la celadora jefe.

Me despistó la inesperada preocupación por mi salud. Le dije que no tenía queja, excepto que necesitaba un baño y algo frío para beber.

«No seas insolente y finjas que no me has entendido», me reprochó severamente. «Me refiero a la enfermedad que tienen las mujeres inmorales. La mayor parte de las que me envían aquí la tienen».

«La enfermedad venérea no discrimina», le dije. «Gente de lo más respetable ha sido víctima de ellas. Pero resulta que yo no tengo, lo que quizás se deba más a mi suerte que a mi virtud».

Pareció escandalizarse. Era tan estirada y puritana que pedía a gritos un sobresalto, y yo era lo bastante ladina como para disfrutar observando el

efecto.

Tras someterme al cacheo de rigor buscando droga y cigarrillos, me dieron un baño y me notificaron que podía quedarme con mi ropa interior, mis zapatos y mis medias.

Mi celda tenía un camastro con sábanas y mantas tiesas pero limpias, una mesa y una silla, un lavabo de pie con agua corriente y, bendición de bendiciones, un inodoro construido en una pequeña alcoba, con una cortina que impedía la visión. Hasta el momento, mi nuevo hogar era decididamente mejor que la isla de Blackwell. Dos cosas estropearon mi agradable descubrimiento. Mi celda daba a un muro que impedía el paso del aire y de la luz y, a lo largo de toda la noche, el reloj del patio de la cárcel sonaba cada quince minutos. En ese momento, voces estentóreas gritaban: «¡Todo bien!». Di vueltas y vueltas, preguntándome cuánto tardaría en acostumbrarme a esta nueva tortura.

Veinticuatro horas en la cárcel me bastaron para hacerme una idea aproximada de sus rutinas. La institución tenía una serie de rasgos progresistas: visitas más frecuentes, la posibilidad de encargar comida, el privilegio de escribir cartas tres veces por semana, según el grado alcanzado, recreo diario en el patio y dos veces los domingos, un cubo de agua caliente cada noche y permiso para recibir paquetes y material impreso. Eran grandes ventajas respecto a las condiciones de la isla de Blackwell. El recreo era especialmente gratificante. El patio era pequeño y no estaba resguardado apenas del sol, pero las presas eran libres de caminar, charlar, jugar y cantar sin interferencias de la matrona que vigilaba el patio. Por otro lado, el sistema de trabajo que regía allí exigía cuotas de trabajo. Estas últimas eran tan difíciles de alcanzar que mantenían a las reclusas en constante inquietud. Me informaron de que no se me requeriría hacer la tarea completa, pero eso no me consolaba. Con una mujer condenada a cadena perpetua a un lado y otra con una losa de quince años al otro, ambas obligadas a hacer todo el trabajo, no quería aprovechar la ventaja de mi

dispensa. Al mismo tiempo, temía no ser capaz de completar nunca la tarea. Este era el principal tema de discusión y la mayor preocupación de las reclusas.

Tras pasar una semana en el taller, empecé a sufrir un dolor insoportable en la nuca. Mi estado se agravó debido a las noticias que llegaban de Nueva York. La carta de Fitzi contenía lo que yo ya sabía, que a Sasha lo habían trasladado a Atlanta. Era demasiado lejos, escribía, y eso impediría que sus amigos fueran a visitarlo. Ella tenía que enfrentarse a muchas penurias y preocupaciones. Las autoridades federales, en cooperación con la policía de Nueva York, había estado acosando al propietario de nuestra oficina. Este había ordenado a Fitzi que desalojara *Mother Earth* y *Blast*, sin ni siquiera darle una semana de preaviso. Tras muchos esfuerzos, había logrado encontrar un lugar en la calle Lafayette, pero no sabía si se le permitiría quedarse allí. La histeria patriótica aumentaba, la prensa y la policía competían entre sí para exterminar cualquier actividad radical. ¡Querida y valiente Fitzi y nuestro valiente Sueco! Llevaban sobre sus hombros todo el peso después de nuestra detención. Pero se habían mantenido leales en su puesto, preocupados únicamente de nosotros, sin quejarse nunca de sus propias dificultades. Incluso ahora, Fitzi no escribía nada sobre sí misma. ¡Querida y dulce amiga!

Otras cartas y telegramas eran más alegres. Harry Weinberger escribió que el juez Mayer se había negado a firmar la solicitud de nuestra apelación y que ningún otro juez federal prestaba su firma. Pero Harry estaba convencido de que podría convencer a uno de los jueces del Tribunal Supremo a aceptar los papeles y que eso nos permitiría salir bajo fianza.

Llegó una carta de Frank Harris en la que se ofrecía a mandarme lecturas y cualquier otra cosa que se me permitiera tener en la cárcel. También escribió mi viejo amigo, el jovial William Marion Reedy. Ahora que residía en su estado, me escribía, y que éramos vecinos, por así decirlo, estaba deseando ofrecerme una adecuada hospitalidad. Él y el señor Painter, el

alcaide de la penitenciaría, habían ido juntos a la universidad y ya le había escrito para decirle que debería estar orgulloso de tener a Emma Goldman como su huésped. Le había advertido de que me tratara bien o se las vería con él. Podía considerarme afortunada, decía su carta, por tener dos años de libertad, apartada de mis frenéticas actividades. Me permitirían descansar y también podría iniciar la autobiografía que él llevaba años aconsejándome que escribiera. «Ahora es tu ocasión: tienes un hogar, tres comidas al día y tiempo libre, todo gratis. Escribe tu vida. Has vivido más que ninguna otra mujer. Cuéntanoslo». Ya había facturado una caja con papel y lápices, me dijo, y trataría de convencer al señor Painter para que me dejara tener una máquina de escribir. Yo debía «arremangarme y escribir el libro», concluía.

Como muchos otros, mi viejo amigo Bill había sucumbido a la fiebre bélica. Pero era lo bastante generoso como para no suspender su interés y amistad a pesar de mi postura opuesta. No obstante, su idea de escribir en la cárcel me hizo gracia. Mostraba qué idea tan imperfecta se hacía incluso un hombre tan lúcido como él de lo que eran los efectos del encarcelamiento: creer que alguien podía expresar adecuadamente sus pensamientos en cautividad, tras nueve horas diarias de duro trabajo. Pero de todos modos, su carta me hizo muy feliz.

Había también mensajes afectuosos de Stella, de mis hermanas e incluso de mi querida madre, que escribía en yidis. También muy conmovedoras fueron las cartas de nuestros camaradas de St. Louis. Cuidarían de mis necesidades, escribían; estaban tan cerca de Jefferson City que podrían mandarme comida fresca cada día. Les encantaría hacer lo mismo por Sasha, pero estaba demasiado lejos. Esperaban que los amigos que vivían en el sur cuidaran de sus necesidades.

Dos semanas después de llegar a la cárcel, el mismo ayudante del comisario y su mujer se presentaron para llevarme de vuelta a Nueva York. El irrefrenable Harry Weinberger había conseguido que el juez del Tribunal Supremo, Louis D. Brandeis, firmara la solicitud de nuestro recurso, lo que

posibilitaba que Sasha y yo pagáramos una fianza y quedáramos en libertad provisional. La apelación incluía también los casos de Morris Becker y Louis Kramer. Harry se había apuntado una victoria sobre el juez Mayer. Aunque yo estaba convencida de que sería una libertad muy breve, sentaba bien regresar junto a los amigos y retomar el trabajo que nuestra detención había interrumpido.

Con emociones muy distintas de las que había sentido en el trayecto hacia la prisión, embarqué en el tren hacia Nueva York. Mis guardas también parecían distintos. El ayudante me dijo que esta vez no era necesario vigilarme tan estrechamente. Solo compartiría el compartimento con su mujer. Quería que me sintiera tan libre como si viajara sola y esperaba que no tuviera quejas cuando hablara con los periodistas. Comprendí. En la estación de St. Louis un grupo de camaradas me dedicaron una ovación y, por supuesto, había también representantes de la prensa. El ayudante se volvió ostentosamente magnánimo. Podía invitar a mi gente al restaurante de la estación, sugirió. Él se quedaría en una mesa vecina. Disfruté de la agradable compañía de mis amigos.

El viaje de vuelta tuvo características muy agradables, la principal de ellas la ausencia del ayudante. Su mujer tampoco interfirió mucho, ambos se quedaban fuera de mi compartimento. La puerta quedaba entreabierta, más para dejar pasar el aire que para tenerme a la vista. Era un día especialmente asfixiante y recibí un anticipo del castigo que se le impondría a una criatura desalmada como yo cuando llegara mi hora.

En Tombs, los guardianes recibieron a la hija pródiga con aclamaciones de alegría. Era tarde y la cárcel estaba ya cerrada, pero me dejaron darme un baño. La celadora jefe era una vieja amiga, de la época de la lucha por el control de natalidad. Creía en la planificación, como me había confiado, y había sido siempre amable y solícita, incluso una vez acudió a uno de los mítines en el Carnegie Hall como invitada mía. Cuando el resto de las celadoras salieron, se puso a hablar conmigo y señaló que ella no veía

ninguna razón para indignarse con lo que los alemanes habían hecho a los belgas. Inglaterra no había tratado mejor a Irlanda durante siglos ni, más recientemente, durante la Rebelión de Pascua. Ella era irlandesa y no sentía el menor aprecio por los aliados. Le expliqué que mis simpatías no estaban con ninguno de los países en conflicto, sino con la gente de todas las tierras, porque eran las únicas que pagaban un precio terrible. Pareció decepcionarse, pero me dio unas sábanas limpias para el catre y yo apreció su buena pasta irlandesa.

Por la mañana llegaron los amigos a verme, entre ellos Harry Weinberger, Stella y Fitzi. Pregunté por Sasha. ¿Lo habían trasladado ya? ¿Cómo estaba su pierna? Fitzi escondió su cara.

«¿Qué ocurre?», pregunté con ansiedad. «Sasha está también en Tombs», contestó con voz sepulcral. «Estará aquí más seguro durante un tiempo». Su tono me dejó temblando. Cuando le presioné para que me contara lo peor, me dijo que buscaban a Sasha en San Francisco. Le habían acusado de asesinato en relación con el caso Mooney.

La Cámara de Comercio y el fiscal del distrito habían cumplido su amenaza de «pillar» a Sasha. Buscaban vengarse del espléndido trabajo que había hecho para denunciar el complot contra cinco vidas. Billings ya estaba fuera de juego, emparedado de por vida, y Tom Mooney se enfrentaba a la muerte. El siguiente objetivo era Sasha. Sabía que pretendían matarlo. Instintivamente, alcé el brazo como para parar un golpe.

Cuando salí bajo fianza comprendí por qué Fitzi decía que Sasha estaría más seguro en Tombs. Si salía bajo fianza corría el peligro de que lo secuestraran y lo llevaran a California. Cosas así habían ocurrido antes. Tras la detención de Sasha en 1892, detectives de Pensilvania habían sacado en secreto a nuestro camarada Mollock de Nueva Jersey, con la esperanza de relacionarlo con el ataque a Frick. En 1906, Haywood, Moyer y Pettibone habían sido secuestrados y trasladados desde Colorado a Idaho y, en 1910, los hermanos McNamara se habían topado con un destino similar en

Indiana. Si el Gobierno se aventuraba a recurrir a tales métodos con miembros nativos de poderosos sindicatos, ¿por qué no iban a hacerlo con un anarquista «extranjero»? Estaba claro que no podíamos arriesgarnos a sacar a Sasha bajo fianza. Si queríamos evitar su extradición, no había tiempo que perder. El gobernador Whitman era un reaccionario y probablemente complacería a la poco escrupulosa pandilla de la Costa. Solo una estruendosa protesta por parte del sindicalismo podría detenerlo.

Fitzi, el Sueco y yo nos pusimos inmediatamente a trabajar. Convocamos a un grupo de gente para organizar un comité de propaganda. Después invitamos a los líderes obreros que encabezaban los sindicatos judíos. Se celebró una nutrida reunión, a la que asistieron hombres y mujeres influyentes en las esferas obrera y literaria, lo que tuvo como resultado la formación de un comité muy activo, con Dolly Sloan como secretaria tesorera.

La respuesta de la United Hebrew Trades fue inmediata y sincera, y la junta general de la Amalgamated Clothing Workers of America[13] siguió esa línea. La primera se ofreció a encabezar la petición por Sasha y conseguirnos una cita con cada sindicato.

La vida de Sasha estaba en juego. Reuniones con sindicalistas, recorrer los sindicatos, preparar mítines y actos benéficos en teatros, repartir circulares por las organizaciones, entrevistas en la prensa y una abultada correspondencia llenaban cada minuto de aquellos días agotadores.

Sasha estaba muy animado. Para recibir a las visitas tenía que salir de Tombs hasta el edificio federal y después volver, lo que le permitía dar un paseo al aire libre. Aún no había podido deshacerse de las muletas, e ir a saltitos era muy incómodo. Pero cuando uno se enfrenta a la posibilidad de perder la vida, caminar, incluso con muletas, es un gran acicate. El comisario McCarthy supervisaba las visitas y se comportaba con bastante decencia. No objetó a que trajéramos a muchos amigos para ver a Sasha y no nos vigilaba de manera demasiado ostentosa. «Sé que me odias, Emma

Goldman», me indicó en una ocasión. «Pero espera y verás a que se apruebe la ley de espionaje; entonces me agradecerás haberos arrestado a ti y a Berkman en las primeras etapas del juego. Ahora te caen solo dos años, pero después te caerían veinte. No dirás que no he sido tu amigo, ¿eh?».

«El mejor de todos», admití. «Me encargaré de que te voten en agradecimiento».

Nuestras visitas a Sasha se convertían en alegres reuniones familiares. Su humor amable y su integridad ante el peligro inminente le granjearon el respeto incluso de los miembros de la oficina del comisario. Pidió copias de sus *Memorias de la cárcel* y, más tarde, nos contó que el libro les había impresionado mucho. Después de ello se volvieron muy cordiales y nosotros estábamos encantados, por el bien de Sasha.

Gradualmente, nuestra labor arrojaba resultados. Los United Hebrew Trades publicaron un potente llamamiento a los sindicatos para manifestarse en apoyo de Sasha. La Joint Board of the Cloakmakers'[14] votó donar quinientos dólares a nuestra campaña y prometió contribuir con más. La Joint Board of Furriers,[15] la International Brotherhood of Bookbinders,[16] el Typographical Union Local 83[17] y otras organizaciones cooperaron de la manera más solidaria. Propusieron enviar una delegación representativa de, al menos, cien sindicalistas para protestar ante el gobernador Whitman por la extradición de Sasha a California, y se tomaron medidas inmediatamente para poner en conocimiento de Whitman los hechos referentes al delito judicial que ya se había perpetrado en San Francisco.

Como no sabía cuánto tiempo estaría en libertad, no había cogido un piso. Compartía el de Fitzi y pasaba algunos fines de semana con Stella en Darien. Un día Dolly Sloan me pidió que me quedara con ella mientras su marido estaba fuera de la ciudad. Tenía un estudio amplio, muy pintoresco y coqueto, y disfruté de la hospitalidad de Dolly. Era una mujercita muy enérgica y más que dispuesta a ayudar en nuestra campaña por Sasha, pero

no lo bastante fuerte físicamente como para soportar la presión continua y, a menudo, tenía que quedarse en cama. Desgraciadamente, tenía tanto que hacer y me sentía tan mal que no podía casi atenderla. Pero no estaba postrada y podía hacer muchas cosas.

Una mañana salí de casa, dejándola aparentemente en mejor estado. Había dormido bien aquella noche y tenía la intención de quedarse en casa descansando. Trabajé todo el día en la oficina y por la noche me recorrí varias reuniones sindicales en distintas partes de la ciudad. La última fue el sindicato de los tramoyistas y eléctricos. Se suponía que se reunían a medianoche, pero tuve que esperar tres horas en un pasaje estrecho y agobiante lleno de cajas, una de las cuales me sirvió de asiento. Cuando finalmente me dieron la palabra, pude ver la hostilidad escrita en todas las caras. Al término de mi intervención algunos de los presentes expresaron su disposición a apoyar la campaña a favor de Sasha, pero los políticos con cargo se opusieron. Berkman era un enemigo del país, argumentaban, y no querían tener nada que ver con él. Les dejé para que se pelearan entre sí.

Al volver al estudio de Sloan no pude abrir la puerta. Timbré inútilmente durante mucho rato y después golpeé con fuerza. Finalmente escuché que alguien giraba la llave desde dentro y vi la cara de una mujer. Reconocí a Pearl, la exmujer de Robert Minor. Me preguntó si no había notado la cerradura nueva y si no había adivinado que era para no dejarme entrar. Ella se encargaba de la señora Sloan y yo no era bienvenida en la casa. Me quedé mirándola con sorpresa, después la aparté a un lado y entré. La puerta de la habitación de Dolly estaba entreabierta y la vi tendida en la cama, evidentemente en estupor. Me alarmó su estado y pedí explicaciones a la mujer: esta se limitó a reiterar que la señora Sloan le había ordenado cambiar la cerradura. Pero sabía que mentía.

Me fui a la calle. Estaba amaneciendo y no quería despertar a Fitzi, que necesitaba tanto dormir. Caminé hasta Union Square. Una vez más me

habían echado, volvía a ser una criatura sin hogar, como en aquellos días que yo creía que ya no volverían.

Alquilé una habitación amueblada. Fitzi estaba de acuerdo conmigo en que Dolly no tenía nada que ver con el cambio de cerradura. Todo el mundo sabía que Pearl Minor estaba en contra de todos los amigos de Bob. Por alguna razón inexplicable me tenía especial inquina. Era algo estúpido de su parte, pero sabía que ella se había criado en un orfanato y que su infancia miserable había retorcido su mente y su cuerpo.

En medio de aquellos días agotadores llegó una sorpresa aún mayor. Me enteré de que mi sobrino, David Hochstein, había rechazado la exención y se había alistado voluntariamente en el ejército. Su madre, totalmente ajena al golpe que le esperaba, estaba de camino hacia Nueva York para encontrarse con él. No podía soportar pensar en cómo le afectaría la noticia sobre David. David, su hijo más amado, en el que había puesto todas sus esperanzas, ¡un soldado! ¡Entregaría su joven vida a lo que Helena siempre había odiado como el mayor de los crímenes!

¡La vida es una contradicción endemoniada! Pensar que David, el hijo de Helena, se ofrecía al ejército por su propia voluntad. Nunca había sido social o políticamente consciente y, por tanto, no me sorprendió cuando me dijo que se había alistado. Estaba segura de que no lo reclutarían. Su ataque de tuberculosis de hacía unos años, aunque se había interrumpido, le había dejado los pulmones en un estado tal que aseguraba su dispensa. Las noticias de que se había sometido a la junta de examen de Nueva York en lugar de la de Rochester y de que no había dicho nada sobre su estado de salud fueron una conmoción. No podía creer que el chico hubiera hecho eso deliberadamente, que creyera en la guerra o en los alegatos éticos de su país. Los hijos de Helena se parecían demasiado a sus padres como para que pensaran que merecía la pena luchar en las guerras o que estas fueran nunca la solución. ¿Cuál podría haber sido entonces la razón, me preguntaba, que había inducido a David a ingresar voluntariamente en el

ejército? Tal vez algo personal o que el vendaval popular lo había atrapado siendo demasiado inconsciente como para resistirlo. Cualquiera que fuera la causa era aterrador que este joven de tanto talento, que acababa de comenzar una brillante carrera artística, estuviera entre los primeros en ofrecerse.

Fui a visitar a Helena a Darien. Su aspecto era más elocuente que las palabras. La atemorizada expresión de sus ojos me hizo temer que no sobreviviera al golpe que había supuesto el vano sacrificio de su chico. David estaba también allí y quise hablar con él. Pero me quedé muda. A pesar de su afecto familiar por mí y de mi amor por él, estábamos muy distanciados. ¿Cómo podía esperar llegar a su espíritu ahora? Había proclamado que la elección del servicio militar debe dejarse a la conciencia de cada hombre. ¿Cómo podía intentar imponer mis opiniones a David, incluso aunque tuviera esperanzas de convencerlo, que no las tenía? Me quedé sin palabras. Pero discutí vivamente con Helena diciéndole que su hijo era uno de muchos y que sus lágrimas eran una gota en el océano que ya habían vertido las madres del mundo. Pero las teorías abstractas no consuelan a los que tienen abiertas las heridas de la tragedia. Vi la agonía en el rostro de mi hermana y supe que no había nada que pudiera decir o hacer para aliviarla. Regresé a Nueva York para continuar la campaña por Sasha.

Cada día nos traía nuevas pruebas del amor y el respeto que suscitaba en el East Side. La prensa radical yidis se superó a sí misma defendiendo su causa, en especial S. Yanofski, el editor de *Die Freie Arbeiter Stimme*. Era algo que agradecimos mucho porque nunca había sido demasiado mi camarada ni el de Sasha, y nuestra postura ante la guerra nos había dividido completamente. Abe Cahan, el editor del periódico socialista *Forward*, también enfatizó allí la necesidad de acudir en apoyo de Sasha. De hecho, todo el mundo en los círculos radicales judíos cooperó con nosotros con entusiasmo. Se formó un grupo especial para ayudarnos, compuesto de escritores y poetas yidis, entre ellos Abraham Raisin, Nadir y Sholom Asch.

Con estas potentes bazas en la mano organizamos una serie de eventos: una representación teatral para recaudar fondos, en cuya ocasión Asch y Raisin hablaron en los entreactos; un mitin de masas en Cooper Union en el que Sidney Hillman, presidente de la Amalgamated Clothing Workers,[18] Alex Cohen, Morris Sigman y otros sindicalistas prominentes se manifestaron públicamente a favor de Sasha. En Forward Hall y en el Brooklyn Labor Lyceum se celebraron dos grandes mítines. También se organizaron, con el mismo propósito, una serie de mítines en inglés. El *Call* de Nueva York, el diario socialista, escribió contundentemente en contra de la extradición de Sasha. Era curioso ver cómo el periódico alababa con tanto entusiasmo la campaña, teniendo en cuenta que se había callado como un muerto durante nuestra detención y durante el juicio.

La policía no interfería, afortunadamente, y a nuestras convocatorias acudían miles de personas. Muy animados por eso, organizamos un evento especial en el teatro Kessler. Pero, al parecer, el comisario McCarthy había decidido que yo ya había gozado de la suficiente libertad de expresión y que debía pararme «por mi propio bien». Anunció que prohibiría el mitin si yo intentaba dirigirme al público. Como el fin de la convocatoria era demasiado importante como para arriesgarnos a que irrumpiera en ella, le prometí obedecer.

S. Yanofski, un hombre muy listo con una lengua vitriólica, fue el último orador. Habló con elocuencia del caso Billings-Mooney y de los intentos de los patronos de San Francisco de atrapar a Sasha en su red. Después pasó a presentar sus respetos al comisario McCarthy. «Ha amordazado a Emma», declaró, «porque es lo bastante idiota como para no darse cuenta de que ahora su voz llegará mucho más allá de los muros de este teatro». En ese momento subí al escenario con un pañuelo embutido en la boca. El público se echó a reír, pateó el suelo y chilló:

«¡No se puede detener *ese* discurso!».

McCarthy agachó las orejas, pero yo había cumplido mi promesa.

La agitación en favor de Sasha se amplificaba. Más organismos sindicales se añadían constantemente a nuestra lista, entre ellos la muy importante Federación del estado de Nueva Jersey. Esta hazaña se la apuntó nuestra Fitzi. No había sido una labor fácil llegar hasta una organización en absoluto radical. Pero ella hechizaba a la gente y la convencía para dar su apoyo y para actuar, no solamente por su nombre irlandés y su hermosa cabellera cobriza, sino por su personalidad amable y suave. Fuera del círculo de sus amigos, pocos conocían el temperamento celta que sus modales tranquilos ocultaban.

Max Pine, secretario general, y el señor Finestone, ayudante del secretario, de la United Hebrew Trades, deseaban que Morris Hillquit, el abogado socialista, fuera a Albany con nuestra delegación para hablar al gobernador Whitman en contra de la extradición de Sasha. Conocía a Morris Hillquit desde hacía muchos años. Cuando llegué a Nueva York por primera vez, solía asistir a las reuniones conjuntas de los anarquistas y los socialistas, a las que acudían también los dos hermanos Hilkowitch. Hubo un día especialmente memorable. Era una celebración del Yom Kipur que se hizo como protesta por la ortodoxia judía. Discursos sobre librepensamiento, bailes y mucha comida ocuparon el lugar del ayuno tradicional y de las plegarias. Los judíos religiosos se ofendieron por nuestra profanación del día más sagrado de la expiación, y sus hijos se presentaron con todas sus huestes para entablar batalla con nuestros chicos. Por supuesto, Sasha, que adoraba las peleas, fue el líder y, sin mucha discusión, el más eficaz a la hora de repeler el ataque. Mientras que en la calle proseguía la refriega, los oradores anarquistas y socialistas se parapetaron en el salón y, en ese momento, el joven Morris Hilkowitch tenía la palabra. Habían pasado dos décadas desde entonces, Hilkowitch se había cambiado el nombre por el más eufónico Hillquit y se había convertido en un abogado de éxito, un destacado teórico marxista y un personaje importante en el Partido Socialista. El socialismo nunca me había

atraído, aunque tenía muchos amigos socialistas, que me caían bien porque eran más generosos y más libres que su credo. Al señor Hillquit lo conocía muy poco, pero me parecía que sus escritos carecían de visión. No teníamos nada en común: él se había ganado la estima de la sociedad respetable mientras que yo seguía siendo una paria.

La guerra y, en especial, la entrada de América en el baile de la muerte habían desplazado muchas posiciones y contactos. Gente que antaño eran aliados cercanos en ideas y trabajo ahora estaban divididos, mientras que otros, muy distantes en el pasado, encontraban ahora un fuerte vínculo. Morris Hillquit se había atrevido a posicionarse en contra de la guerra. No le extrañaría encontrarse en el mismo barco con Alexander Berkman, Emma Goldman y sus colegas. Los frenéticos ataques que recibió de nuestros enemigos comunes y de sus antiguos camaradas puentearon el abismo del pasado, así como nuestras diferencias teóricas. De hecho, me sentía mucho más cercana a Hillquit que a muchos de mis propios camaradas cuya visión social había sido gaseada. No obstante, sentía extrañeza al volverme a encontrar con él tras veintisiete años.

Hillquit probablemente no era más que tres o cuatro años mayor que Sasha, pero parecía quince años mayor: cabello entrecano, rostro surcado de arrugas y ojos cansados. Había alcanzado el éxito, renombre y riqueza. La vida de Sasha había sido un Gólgota y, aun así, qué distintos parecían los dos hombres. Sin embargo, Hillquit había conservado los modales sencillos, su actitud era amable y pronto me sentí cómoda con él.

Me dijo que no podía tranquilizarme sobre las opciones de Sasha. En cualquier otro momento, no habría sido difícil rechazar la extradición. Pero, en la histeria bélica actual, con Sasha convicto de un delito federal de conspiración, no sonaba muy prometedor.

Su candidatura a la alcaldía de Nueva York en la lista socialista tenía muy ocupado al señor Hillquit pero, sin dudarlo, aceptó la invitación de comparecer ante el gobernador Whitman junto con la delegación sindical.

Sus mítines de campaña fueron las primeras reuniones de este tipo a las que pude asistir sin que me enfermara su inanidad. No tenía ninguna fe en que Hillquit, si se le elegía alcalde, pudiera lograr algo distinto que cualquier otro, pero no ponía en duda la sinceridad de sus intenciones. Su campaña electoral mostraba un enorme valor antibélico. Era la única oportunidad de ejercer la libertad de expresión en un país azotado por la histeria y, en su calidad de orador experimentado y abogado inteligente, Morris Hillquit sabía cómo navegar con seguridad entre los peligrosos acantilados patrióticos.

Me alegraba de que hiciera tan buen uso de sus oportunidades electorales, pero tuve que declinar la invitación que me hizo su hermano para participar en la campaña. Le había dicho lo mucho que había disfrutado escuchando al brillante Morris y sus discursos en contra de la guerra. «¿Por qué no te unes a nosotros, entonces?», me sugirió. «Serías de mucha ayuda en la campaña». Intentó convencerme de que dejara de lado mi oposición a la acción política en esta ocasión excepcional. «Piensa en el bien que podrías hacer ayudando a revertir la marea de la locura bélica», presionó.

Pero había llegado a apreciar demasiado a Morris como para ayudarle en un trabajo político. Esas cosas se desean a los enemigos, no a los amigos.

Nuestras actividades en favor de Sasha y de los casos de San Francisco recibieron un impulso inesperado y de gran alcance con las noticias que venían de Rusia: se habían producido manifestaciones por él en Petrogrado y Kronstadt. Era la respuesta al mensaje que habíamos enviado a los consejos de obreros, soldados y marineros por medio de los refugiados que habían partido en mayo y en junio. Después de enterarnos de la acusación contra Sasha en San Francisco, habíamos seguido mandando telegramas, que nuestro buen amigo Isaac A. Hourwich y nuestra eficiente secretaria Pauline habían conseguido hacer llegar a Rusia. Con el corazón contento fui

a visitar a Sasha, sabiendo lo que significaría para él la muestra de solidaridad rusa. Traté de aparentar calma, pero enseguida notó que algo había ocurrido. Al oír las noticias gloriosas, su rostro se iluminó y sus ojos se llenaron de asombro. Pero, como de costumbre cuando estaba profundamente conmovido, se quedó callado. Nos sentamos en silencio, nuestros corazones latían al unísono con gratitud hacia nuestra *Matushka Rossiya*.

El problema ahora era cómo utilizar a nuestro favor las manifestaciones en Rusia. Teníamos anchos canales y conexiones para dar la noticia ante los organismos sindicales mediante mítines y circulares, pero se necesitaban otros medios para interesar a quienes estuvieran en situación de interceder por nuestros amigos en San Francisco. Sasha sugirió que me reuniera con su amigo Ed Morgan, un antiguo socialista, ahora un Industrial Worker of the World. Había sido muy activo a favor de Mooney y podría ser de mucha ayuda en su caso, pensaba Sasha.

Conocía a Morgan desde hacía tiempo. Era un chaval de buen corazón, auténtico e incansable cuando se le asignaba una tarea. Pero no estaba segura de sus destrezas y era un charlatán temible. No tenía dudas sobre su disposición a hacer lo que le pedíamos, pero dudaba de su capacidad para lograr algo vital en Washington. Me equivocaba. Ed Morgan resultó ser un mago. En poco tiempo logró más publicidad para nuestros fines que lo que habíamos conseguido en meses. Su primer paso en la capital fue averiguar los periódicos matinales favoritos del presidente Wilson, el segundo bombardearlos con noticias sobre la agitación en Rusia por el complot de San Francisco. Después Morgan acorraló a funcionarios influyentes de Washington, los familiarizó con lo que había ocurrido en la Costa y se aseguró su apoyo. Los resultados netos de la labor de este hombre fueron una investigación federal que ordenó el presidente Wilson sobre la situación sindical en San Francisco.

Había visto ya muchas investigaciones oficiales como para esperar algo de esta; pero, aun así, nos mantuvo viva la esperanza de que, como mínimo, salieran a la luz del día los esqueletos en los armarios de tres puertas de los grandes negocios, así como los de Fickert y compañía. Morgan y muchos de nuestros socios sindicales eran mucho más optimistas. Esperaban la completa exoneración y liberación de Billings, Mooney y el resto de los acusados, así como la de Sasha. No podía compartir su fe, pero eso no disminuyó mi admiración por el espléndido logro de Ed Morgan.

Poco tiempo después llegaron noticias de Rusia de aún mayor relevancia. Una resolución, a propuesta de los marineros de Kronstadt y adoptada en un mitin gigantesco, proponía el arresto del señor Francis, el embajador americano en Rusia, que sería retenido como rehén hasta que las víctimas de San Francisco y Sasha estuvieran en libertad. Una delegación de marineros armados había llegado hasta la embajada americana en Petrogrado para cumplir la resolución. Nuestra vieja camarada Louise Berger, que había regresado junto con otros refugiados rusos a su tierra natal después del estallido de la revolución, hizo de intérprete. El señor Francis había asegurado solemnemente a la delegación que todo era un error y que las vidas de Mooney, Billings y Berkman no estaban en peligro. Pero los soldados insistieron y el señor Francis, en su presencia, envió un telegrama a Washington y prometió afanarse más con el gobierno americano para garantizar la liberación de los presos de San Francisco.

La amenaza de los marineros surtió efecto evidente en el embajador, con el resultado de que obligó a actuar al presidente Wilson. Fuera cual fuera el mensaje del presidente al gobernador Whitman, nuestra delegación se lo encontró en un modo muy receptivo. Además, los políticos con aspiraciones siempre aprecian la cantidad y la delegación obrera consistía en cien hombres, que representaban casi a un millón de obreros organizados de Nueva York. Junto a ellos estaban Morris Hillquit y Harry Weinberger, que dieron la impresión al gobernador de que Alexander Berkman no estaba

solo y de que su extradición soliviantaría a la clase obrera a lo largo y ancho de los Estados Unidos. El señor Whitman, por tanto, decidió telegrafiar al fiscal del distrito Fickert para pedirle los registros del caso, y prometió aplazar cualquier decisión final hasta que se hubiera familiarizado con la acusación contra Sasha.

Era una victoria, sin duda, aunque solo retrasaba temporalmente el proceso. Pero, en lugar de enviar los documentos requeridos, el fiscal de San Francisco telegrafió a Albany diciendo que «no presionaría por el momento para la extradición de Berkman». Todos sabíamos desde siempre que Fickert no podía presentar los registros, puesto que no contenían ni una brizna de prueba que relacionara a Sasha con la explosión.

Como la petición de extradición no se había concedido dentro de los treinta días que se permitían legalmente, Sasha no podía ser retenido en la cárcel más tiempo. El alcaide de Tombs estaba deseando librarse de él; ya había perturbado demasiado la rutina de la cárcel, dijo la dirección. Sus numerosos visitantes y las pilas de cartas y mensajes que recibía eran una carga de trabajo suplementaria para los funcionarios de la prisión, por no hablar del nerviosismo del resto de presos que se habían interesado por el caso de Berkman. «¡Sacadlo de aquí, por lo que más queráis!», presionaba el alcaide. «Está bajo fianza, ¿por qué no la reunís?». Le juré que teníamos a mano la fianza y que nada me gustaría más que librarle de las preocupaciones que le causaba la presencia de Sasha. Pero mi amigo había decidido apuntarse treinta días más en Tombs para mantener la promesa que había hecho su abogado. San Francisco había notificado al gobernador Whitman que necesitaba más tiempo para preparar la información requerida. Aunque Sasha no podía ser obligado legalmente a esperar a que llegara, Weinberger había aceptado demostrar que no teníamos nada que temer de los registros de Fickert. El alcaide se me quedó mirando con pasmo. ¡Un anarquista que se sentía ligado a cumplir una promesa que ni siquiera había hecho él! «¡Estáis todos locos!», dijo. «¿Cuándo se ha visto

que un hombre insista en seguir en la cárcel cuando tiene la oportunidad de salir?». Pero trataría bien a Sasha, añadió, y así tal vez después yo hablara bien de él ante el señor Hillquit, del que estaba seguro de que sería el próximo alcalde de Nueva York. Intenté explicarle que no tenía influencia ninguna sobre el futuro alcalde socialista, pero fue inútil. Había que ser cabezota y anarquista, reiteraba el alcaide, para no ayudar a un tipo tan amistoso como él.

América, con solo siete meses de guerra, ya había superado en brutalidad a cualquiera de los otros países de Europa con tres años de experiencia en el negocio de la matanza. Los no combatientes y objetores de conciencia de todos los estratos sociales llenaban las cárceles y prisiones. La nueva ley de espionaje convirtió el país en un asilo de lunáticos, en el que todos los funcionarios estatales y federales, así como una gran parte de la población civil, vagaban desquiciados. Propagaban el terror y la destrucción. Reventar mítines públicos, hacer arrestos en masa, dictar sentencias de severidad increíble, suprimir publicaciones radicales y procesar a sus plantillas, dar palizas a obreros, incluso asesinar se convirtieron en los principales pasatiempos patrióticos.

En Bisbee, Arizona, mil doscientos I.W.W. fueron esposados y arrojados al otro lado de la frontera. En Tulsa, Oklahoma, untaron con alquitrán y emplumaron a diecisiete de sus camaradas y los abandonaron medio muertos entre los matorrales. En Kentucky, el doctor Bigelow, un georgista pacifista, fue secuestrado y azotado por culpa de un discurso que iba a pronunciar. En Milwaukee, un grupo de anarquistas y socialistas sufrieron un destino aún más terrible. Sus actividades habían despertado la ira y la envidia de un cura católico expulsado de su Iglesia. Le enfadaba especialmente la audacia de los jóvenes italianos, que lo azuzaban en sus mítines al aire libre. Puso a la policía sobre su pista y estos cargaron contra la multitud con porras y pistolas. Antonio Fornasier, un anarquista, fue

asesinado allí mismo. Augusta Marinelli, otra camarada, quedó mortalmente herida y falleció en el hospital cinco días más tarde. En el tiroteo general, algunos oficiales de policía resultaron levemente heridos. Después llegaron las detenciones. Los clubes italianos fueron arrasados, se destrozaron los cuadros y la literatura. Once personas, entre ellas una mujer, fueron acusadas de los disturbios que habían causado los rufianes uniformados. Mientras los italianos estaban bajo custodia policial se produjo una explosión en la comisaría. No se localizó a los autores, pero se juzgó a los presos por esa bomba. El jurado solo tardó diecisiete minutos en dar su veredicto. Los diez hombres y Mary Baldini recibieron veinticinco años cada uno y el Estado se apropió del hijo de cinco años de Mary, aunque su gente estaba dispuesta a hacerse cargo de él y era perfectamente capaz de hacerlo.

A lo largo y ancho del país campaba la locura del jingoísmo. Ciento setenta I.W.W. fueron arrestados en Chicago y juzgados por delitos de traición. Entre ellos estaban Bill Haywood, Elizabeth Gurley Flynn, Arturo Giovannitti, Carlo Tresca y nuestro viejo camarada, Cassius V. Cook. El doctor William J. Robinson, editor de *Critic and Guide* de Nueva York, fue encarcelado por expresar su opinión sobre la guerra. Harry D. Wallace, presidente de la League of Humanity y autor de *Shanghaied in the European War*, fue condenado a veinte años de cárcel por una conferencia que había pronunciado en Davenport, Iowa. Otra víctima de este horror fue Louise Olivereau, una idealista hecha de la mejor pasta de las mujeres americanas, que fue condenada en Chicago a cuarenta y cinco años de cárcel por una circular en la que expresaba su repugnancia por la carnicería humana. Apenas quedaba una ciudad o pueblo en Estados Unidos donde las celdas no albergaran hombres y mujeres a los que no se les podía intimidar para que aceptaran la carnicería patriótica.

Los crímenes más horribles fueron los asesinatos de Frank Little, un miembro de la junta ejecutiva de los I.W.W., y de otro pobre hombre, que

tenía casualmente un nombre alemán. Frank Little era un tullido, pero eso no frenó a los bandidos enmascarados. En plena noche sacaron al hombre indefenso de su cama en Butte, Montana, lo llevaron a un lugar solitario y lo colgaron de un poste del ferrocarril. El otro «enemigo extranjero» fue igualmente linchado y después se descubrió que su habitación estaba decorada con una enorme bandera americana y que había invertido su dinero en Liberty Bonds.

Los ataques a la vida y a la libertad de expresión se complementaban con la supresión de la palabra impresa. Bajo la ley de espionaje y decretos similares aprobados en el fervor bélico, el director de Correos se había erigido en el dictador absoluto sobre la prensa. Incluso la distribución privada se había vuelto imposible para cualquier periódico que se opusiera a la guerra. *Mother Earth* fue la primera víctima, pronto seguida por *Blast*, *Masses* y el resto de las publicaciones, y se presentaron cargos contra sus plantillas.

Los reaccionarios no eran los únicos elementos responsables de la orgía patriótica. Sam Gompers entregó la American Federation of Labor a los probelicistas. La *intelligentsia* liberal se cubrió de gloria, con Walter Lippman, Louis F. Post y George Creel a la cabeza, así como socialistas como Charles Edward Russell, Arthur Bullard, English Walling, Phelps Stokes, John Spargo, Simons y Ghent. La furia bélica socialista, las resoluciones de su Congreso de Minneapolis, su tren especial patriótico, envuelto en rojo, azul y blanco, la presión sobre todos los obreros para que apoyaran la guerra; todo esto ayudó a destruir la razón y la justicia en los Estados Unidos.

Por otro lado, los Industrial Workers of the World y aquellos socialistas que no habían renegado de sus ideales habían contribuido, por su ciega autosuficiencia en el pasado, a sembrar las semillas de la cosecha que ahora recogían. Mientras la persecución se había centrado solo contra los anarquistas, se habían negado a publicar o tan siquiera a comentar el asunto

en su prensa. Ni uno solo de los periódicos de la I.W.W. había protestado por nuestra detención y condena. Ni un solo orador en los mítines socialistas había denunciado la supresión de *Blast* y de *Mother Earth*. El *Call* de Nueva York consideraba que el tema de la libertad de expresión, cuando no le concernía directamente, merecía únicamente unas pocas líneas sucintas. Cuando Daniel Kiefer, el tenaz luchador por la libertad, envió un manifiesto, este apareció totalmente expurgado en *The Call*, censuradas todas las referencias a nuestras revistas, a Sasha o a mí. Esta gente idiota era incapaz de prever que las medidas reaccionarias, que siempre apuntan primero a las ideas menos populares y a sus exponentes, con el tiempo, inevitablemente, se les aplicarían a ellos. Ahora los hunos americanos ya no distinguían entre un grupo radical y otro: liberales, I.W.W., socialistas, predicadores y profesores universitarios pagaban todos por igual por su miopía previa.

En comparación con la ola de crímenes patrióticos, la supresión de *Mother Earth* era un asunto insignificante. Pero para mí supuso un golpe mayor que la perspectiva de pasar dos años en la cárcel. Ningún fruto de su carne y de su sangre habría nunca podido absorber a una madre como esta hija mía me había drenado. ¡Una lucha de casi una década, giras agotadoras para mantenerla, tanta preocupación y dolor se habían invertido en el mantenimiento de *Mother Earth* y ahora, de un solo golpe, habían terminado con su vida! Decidimos continuarla de otra manera. La carta circular que envié a nuestros suscriptores y amigos informándoles de la supresión de la revista y de la nueva publicación que planificaba trajo de vuelta muchas promesas de ayuda. Algunos, sin embargo, se negaron a tener nada que ver en el asunto. Desafiar los sentimientos bélicos del país era una imprudencia, me escribían. No podían apoyar un propósito así, no podían permitirse meterse en problemas. Demasiado bien sabía yo que la coherencia y el valor, como el genio, son de los dones más escasos. Ben, en mi propio círculo de íntimos, carecía tristemente de ambos. Habiéndolo

soportado durante una década, ¿cómo podía ahora condenar a otros por correr a refugiarse ante el peligro?

Seguramente un nuevo proyecto entusiasmaría a Ben. La idea de un *Mother Earth Bulletin* atrajo su fantasía y enseguida activó su habitual energía para sacar la publicación. Pero nos habíamos distanciado mucho. Él quería que el *Bulletin* no se viera afectado por la guerra; había otras muchas cosas de las que hablar, argumentaba, y la oposición constante al Gobierno sin duda arruinaría lo que habíamos construido durante tantos años. Deberíamos ser más cautos, más prácticos, insistía. Una actitud así me parecía increíble en alguien que había sido más bien irresponsable en sus charlas en contra de la guerra. Era extraño y absurdo ver a Ben en ese papel. Su cambio, como todo lo demás en él, no tenía ni sentido ni coherencia.

Nuestras tensas relaciones no podían durar. Un día estalló la tormenta y Ben se marchó. Para siempre. Apática y con los ojos secos, me desplomé en una silla. Fitzi se quedó a mi lado, acariciándome el cabello suavemente.

---

[13] Unión Americana de Trabajadores de la Confección. *(N. de la T.)*.

[14] Junta de Confeccionadores de Capas. *(N. de la T.)*.

[15] Junta de Peleteros. *(N. de la T.)*.

[16] Hermandad Internacional de Encuadernadores. *(N. de la T.)*.

[17] Sindicato de Tipógrafos Local 83. *(N. de la T.)*.

[18] Trabajadores del sector de la Confección. *(N. de la T.)*.

El *Mother Earth Bulletin* parecía pequeño en comparación con la publicación anterior, pero era lo mejor que podíamos hacer en aquellos días de acoso. El cielo político cada vez se oscurecía más, la atmósfera se cargaba de odio y violencia y no había señales de alivio en ningún lugar de los Estados Unidos. Y de nuevo fue Rusia quien arrojó el primer rayo de esperanza en un mundo desprovisto de ella.

La Revolución de octubre apartó de repente las nubes, sus llamas se expandieron hasta los rincones más remotos de la tierra, llevando el mensaje del cumplimiento de la suprema promesa que la Revolución de febrero había suspendido.

Los Lvov y los Miliukov habían enfrentado sus débiles fuerzas contra el gran gigante, contra el pueblo alzado en rebelión, y habían sido aplastados a su vez, como antes lo había sido el zar. Ni siquiera Kerenski y su partido habían conseguido aprender la gran lección: olvidaron sus promesas a los campesinos y obreros en cuanto ascendieron al poder. Durante décadas los socialrevolucionarios (próximos a los anarquistas, aunque mucho más numerosos y mejor organizados) habían sido la levadura más potente de Rusia. Su elevado ideal y sus intenciones, el heroísmo y el martirio habían sido el faro luminoso que atraía a miles a su bandera. Por un breve periodo de tiempo, el partido y sus líderes, Kerenski, Chernov y otros, habían sintonizado con el espíritu de los días de febrero. Habían abolido la pena de

muerte, abierto las prisiones de los muertos vivientes y llevado la esperanza a las cabañas de los campesinos y a los cuchitriles de los obreros, a todos los hombres y mujeres sometidos. Habían proclamado la libertad de expresión, de prensa y de reunión por primera vez en la historia de Rusia, grandes gestos que consiguieron la aclamación de toda la gente amante de la libertad en el mundo.

Para las masas, sin embargo, los cambios políticos habían supuesto únicamente los símbolos externos de la verdadera libertad que debía venir: el fin de la guerra, el acceso a la tierra y la reorganización de la vida económica. Estos eran para ellos los valores esenciales y fundamentales de la revolución. Pero Kerenski y su partido no habían estado a la altura de la situación. Ignoraron las necesidades populares y la marea creciente se los llevó por delante. La Revolución de octubre fue la culminación de los sueños y anhelos apasionados, el rugir de la ira del pueblo contra el partido en el que habían confiado y que les había fallado.

La prensa americana, incapaz de ver más allá de la superficie, denunció la revuelta de octubre como propaganda alemana y a sus protagonistas, Lenin, Trotski y sus compañeros, como agentes a sueldo del káiser. Durante meses, los escribas fabricaron trolas fantásticas sobre la Rusia bolchevique. Su ignorancia de las fuerzas que habían conducido a la Revolución de octubre era tan sorprendente como sus intentos pueriles de interpretar el movimiento que conducía Lenin. Ni un solo periódico demostró la menor comprensión del bolchevismo como una concepción social ideada por personas de mentes brillantes con el celo y la valentía de los mártires.

Desgraciadamente, la prensa americana no era la única que daba una imagen falsa de los bolcheviques. La mayoría de los liberales y los socialistas coincidían con ella. Para los anarquistas y otros auténticos revolucionarios, era urgente romper una lanza por los hombres difamados y por su participación a la hora de precipitar los acontecimientos en Rusia. En las columnas del *Mother Earth Bulletin*, desde el estrado y por cualquier

otro medio defendíamos a los bolcheviques contra la calumnia y la difamación. Aunque eran marxistas y, por tanto, progubernamentales, me alineé con ellos porque habían repudiado la guerra y tenían la sabiduría de enfatizar el hecho de que la libertad política sin la igualdad económica correspondiente era un brindis al sol. Cité el panfleto de Lenin, *Los partidos políticos y los problemas del proletariado*, para demostrar que sus demandas eran esencialmente lo que habían querido hacer los socialrevolucionarios, si no lo hubiera impedido su excesiva timidez. Lenin luchaba por una república democrática gestionada por sóviets de diputados obreros, soldados y campesinos. Exigía la convocatoria inmediata de la asamblea constituyente, un tratado de paz inmediato, sin indemnizaciones ni anexiones, y la abolición de los tratados secretos. Su programa incluía la vuelta a la tierra de la población campesina según las necesidades y las verdaderas capacidades de trabajo, el control de las industrias por parte del proletariado, la formación de una internacional en todos los países para el completo derrocamiento de los gobiernos existentes y del capitalismo y el establecimiento de la solidaridad humana y la fraternidad.

La mayoría de estas demandas coincidían totalmente con las ideas anarquistas y, por tanto, se merecían nuestro apoyo. Pero aunque celebraba y respetaba a los bolcheviques en tanto camaradas en una lucha común, me negaba a concederles el mérito de lo que habían logrado los esfuerzos de todo el pueblo ruso. La Revolución de octubre, como el derrocamiento de febrero, era un logro de las masas, su obra gloriosa.

De nuevo anhelaba regresar a Rusia para participar de la tarea de recrear la nueva vida. Pero una vez más mi país de adopción me retuvo, atada en firme por una sentencia de dos años de cárcel. No obstante, aún tenía dos meses a mi disposición antes de que se dictara la sentencia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos, y algo podría hacer entre tanto.

El Tribunal Supremo de los Estados Unidos, siempre lento en su rumiar, a veces había necesitado años para emitir su sabiduría salomónica. Pero

estábamos en guerra y la prensa y el púlpito aullaban pidiendo su libra de carne de anarquistas y demás rebeldes. El augusto organismo de Washington respondió con rapidez. El 10 de diciembre sería el día decisivo, el Día de los Abogados, en realidad, pues nada menos que siete miembros de la profesión argumentarían la inconstitucionalidad del reclutamiento y la cuestión de la conspiración que implicaban los casos de Kramer y Becker, Berkman y Goldman.

Nuestro abogado, Harry Weinberger, había ido a Washington. En su carpeta llevaba un exhaustivo análisis de las diversas fases de la situación, pero lo que a nosotros más nos cautivaba era la perspectiva progresista que adoptó de los valores humanos y la visión social que era la clave de su argumento. Estaba cantado que la mayoría de los caballeros del Tribunal Supremo eran demasiado viejos y débiles como para manifestarse en contra del clamor patriótico. Pero los pocos días que quedaban hasta el 10 de diciembre eran míos y decidí emplearlos en una gira veloz: llevaría el mensaje de la Revolución rusa a la gente y les contaría la verdad sobre los bolcheviques.

La acusación de Mooney pasaba por dificultades: la investigación federal escrutaba con demasiado detalle sus cartas marcadas. A esto se sumaba el movimiento en San Francisco pidiendo la dimisión de Fickert. El fiscal del distrito tenía razones para lamentarse por la negativa del gobernador Whitman a entregar a Sasha hasta disponer de los registros del caso. Era como maltratar a un hombre que tan bien había servido a sus amos en los juicios de Mooney y Billings. Pero Fickert no cejaba. Demostraría que su lealtad a los grandes negocios no podía enfriarse. Aún tenía tres criminales más en sus garras: Rena Mooney, Israel Weinberg y Edward D. Nolan. Primero se desharía de ellos y, después, cuando el Tribunal Supremo decidiera sobre la suerte de Berkman, también le echaría el guante. En nombre del deber, uno debe practicar la paciencia, y el fiscal del distrito de San Francisco podía permitirse tomarse su tiempo. Notificó a Albany que,

por el momento, retiraba la petición de extradición para Alexander Berkman.

Sasha tenía que reunir una fianza de veinticinco mil dólares por el caso de conspiración federal. La estima y popularidad de la que gozaba entre los obreros hizo que inmediatamente los sindicatos yidis y amigos individuales acudieran al rescate. Pero llevó mucho más tiempo y muchos más esfuerzos evencer las trabas burocráticas de la ley. Finalmente también se domeñaron y Sasha fue de nuevo un hombre libre. Todos aquellos relacionados con nuestro trabajo sentían una inmensa satisfacción al tenerlo de nuevo entre nosotros. Y, en lo que se refiere a Sasha, parecía un chico haciendo pellas en la escuela. Estaba feliz y contento aunque sabía, como sabíamos todos, que pronto tendría que ingresar en otra prisión para una estancia más larga. Su pierna aún no se había curado y necesitaba un descanso. Le propuse que aprovechara su breve respiro y se fuera al campo, pero no podía ni pensar en ello, decía, mientras San Francisco no soltara a sus víctimas. Nuestra agitación había hecho tambalearse considerablemente la arrogancia de Fickert. A su fracaso a la hora de conseguir la extradición de Sasha, le habían seguido otras desgracias. Weinberg había sido absuelto después de que el jurado deliberara tan solo tres minutos. El que las pruebas de la acusación resultaran perjuras había obligado al fiscal del distrito a retirar los cargos contra Rena Mooney y Ed Nolan. Pero, a pesar de las pruebas abrumadoras del complot, los otros dos sindicalistas no se habían librado de sus astutas manipulaciones. ¡Dos hombres inocentes, uno encerrado de por vida, el otro enfrentándose a la muerte! ¿Cómo podría Sasha permitirse unas vacaciones? Era imposible, decidió. Unos días después de su liberación estaba de nuevo inmerso en la campaña de San Francisco.

Apareció una nueva trabajadora en el frente de Mooney, Lucy Robbins. La había conocido en mis giras pero, por alguna razón, no habíamos intimado. Sabía, no obstante, que Lucy era una organizadora eficaz y que había militado en los movimientos radicales y obreros. Mientras daba unas

conferencias en Los Ángeles en 1915, Lucy y Bob Robbins habían cuidado de mí. Me parecieron una compañía muy agradable y surgió una amistad entre nosotros. Lucy era la prueba que refutaba las afirmaciones del varón sobre la falta de habilidad mecánica de la mujer. Era una ingeniera nata y entre las primeras del país en diseñar y construir una casa sobre ruedas que, en comodidades y encanto, superaba muchos apartamentos obreros. Era única, con sus estantes y armarios diminutos, y contenía incluso un baño. Además, Lucy y Bob llevaban allí un equipo de impresión completo. En esta ingeniosa casa sobre ruedas viajaban de costa a costa, con Lucy al volante. En algunos puntos de la ruta, recogían encargos de imprenta, los hacían allí mismo y así se pagaban sus gastos. Sus compañeros de viaje eran un fonógrafo y dos perritos, uno de los cuales era un entregado antisemita. En cuanto sonaba una melodía judía, el comejudíos de cuatro patas soltaba unos aullidos de ultratumba y no desistía hasta que cesaba la ofensiva musical. Era el único elemento discordante en la vida errante y, por lo demás, feliz de mis nuevos amigos.

Llegaron a Nueva York para una corta estancia pero, cuando se enteraron de que podrían ser de ayuda en nuestra campaña por Mooney, se ofrecieron enseguida a quedarse. Metieron en un almacén su castillo sobre ruedas y se fueron a vivir a una pequeña habitación en la casa de la calle Lafayette donde estaba nuestra oficina. Lucy enseguida demostró ser tan capaz de reclutar sindicatos y organizar eventos como antes había sido arquitecta, constructora, mecánica y mujer para todo. Entendía la *realpolitik* antes de que el término se pusiera de moda. Se impacientaba ante nuestra idea de que ni el amor ni la guerra justifican todos los medios. Nosotros, por otra parte, no simpatizábamos con su tendencia a conseguir resultados incluso aunque el fin se perdiera en el proceso. Discutimos un montón, pero eso no disminuyó nuestro aprecio por Lucy en tanto gran trabajadora y amiga. Era una criatura vital, de energía ilimitada, a la que nada se le escapaba. Me

hacía feliz que Sasha y Fitzi tuvieran ahora a Lucy como su *aide de camp*. [19] Estaba segura de que los tres harían que las cosas se movieran.

Harry Weinberger nos trajo la noticia de que el Tribunal Supremo probablemente no estudiaría nuestros casos hasta mitad de enero, y también nos comunicó que nos darían un mes de tiempo después de la decisión antes de pedir que nos entregáramos. Esto nos animó mucho, en vista de las dificultades para hacer mítines fuera de la ciudad en las fechas navideñas.

Nuestra postura en contra del reclutamiento y nuestra condena nos habían granjeado muchos amigos nuevos, entre ellos Helen Keller. Hacía tiempo que yo había querido conocer a esta notable mujer que había superado las minusvalías físicas más terribles. Había asistido a una de sus conferencias, que fue una experiencia que me afectó mucho. Las increíbles conquistas de Helen Keller habían fortalecido mi fe en el poder casi ilimitado de la voluntad humana.

Cuando comenzamos la campaña le escribí solicitando su apoyo. Como no recibí una respuesta en mucho tiempo, deduje que su propia vida era demasiado difícil como para permitirle interesarse en las tragedias del mundo. Semanas más tarde llegó un mensaje suyo que me avergonzó por haber dudado de ella. Lejos de estar inmersa en sí misma, Helen Keller demostró ser capaz de un amor que abrazaba a toda la humanidad y de una profunda compasión por sus penas y su desesperación. Había estado ausente en el campo, junto con su compañera y maestra, escribía, y allí se había enterado de mi detención.

«Me alteró mucho», continuaba la carta, «quise hacer algo y estaba tratando de decidir qué cuando llegó tu carta. Créeme, la revolución que inaugurará una sociedad más libre y feliz corre por mis venas. ¿Puedes imaginarte lo que es estar sentada ociosa durante estos días de acción virulenta, de revolución y de audaces posibilidades? Tengo tantas ganas de servir, de amar y de ser amada, de ayudar a que las cosas avancen y de aportar felicidad. Pareciera que la sola intensidad de mi deseo debiera

bastar para que se cumpliera, pero no, no ocurre nada. ¿Por qué tengo este deseo apasionado de ser parte de una noble lucha cuando el destino me ha sentenciado a días de espera ineficaz? No tengo respuesta. Es seductor hasta la locura. Pero algo sí es cierto: siempre puedes contar con mi amor y con mi apoyo. Los que están ciegos porque se niegan a ver nos dicen que, en tiempos como estos, los hombres sabios se callan la boca. Pero tú no callas tu boca ni lo hacen tampoco los camaradas de la I.W.W., benditos seáis tú y ellos. No, camarada, no cierres la boca, tu trabajo debe continuar, aunque todos los poderes de la tierra se conjuren en su contra. Nunca se necesitaron tanto como ahora el valor y la fortaleza...».

Tras la carta se produjo nuestro encuentro, que tuvo lugar en un baile que organizó *Masses*. El evento buscaba demostrar solidaridad con el grupo de encausados de la publicación: Max Eastman, John Reed, Floyd Dell y Art Young. Me alegró ver que Helen Keller estaba presente. Esta maravillosa mujer, desprovista de los sentidos humanos más vitales, podía no obstante, mediante su fuerza psíquica, ver, escuchar y articular. La corriente eléctrica de sus dedos vibrantes sobre mis labios y de su mano sensibilizada sobre la mía eran más elocuentes que la lengua. Eliminaba barreras físicas y cautivaba en el hechizo de la belleza de su mundo interior.

1917 había sido un año de intensísima actividad y se merecía recibir una despedida adecuada. Nuestra fiesta de Nochevieja en la casa de Stella y Teddy cumplió adecuadamente los ritos paganos. Por una vez, nos olvidamos del presente e ignoramos lo que podría traernos el futuro. Los corchos saltaron, los vasos chocaron y nuestros corazones rejuvenecieron con el juego y el baile. La hermosa danza campesina de nuestra Julia, la mami de color de Ian, y de sus amigas contribuyó a la alegría general. Nuestra Julia era fiel y amorosa, llena de bromas y buen humor. Era el alma de nuestro círculo y mi mano derecha a la hora de hacer las montañas de bocadillos que devoraban nuestros amigos. Recibimos el Año Nuevo con

alborozo. La vida nos llamaba y cada hora de libertad era preciosa. Atlanta y Jefferson estaban muy lejos.

Mi breve gira de conferencias que vino después fue frenética y emocionante; no había salas capaces de albergar a las multitudes, pues en todas partes el entusiasmo por Rusia estaba en un punto álgido.

En Chicago celebré nueve mítines, organizados por la Liga Radical No Partisana, con William Nathanson, Bilov y Slater como sus miembros más activos. Y, por supuesto, allí estuvo Ben, que triunfaba en su profesión médica pero que, como Raskolnikov, siempre regresaba a hurtadillas a la escena de sus viejos crímenes.

Nunca antes había mostrado Chicago un fervor tan espontáneo, ni había respondido así a mis charlas sobre Rusia. Se sumaba un interés añadido, gracias a la decisión del Tribunal Supremo de los Estados Unidos que, el 15 de enero, declaró que la ley de reclutamiento era constitucional. El alistamiento forzoso, que obligaba a la juventud del país a morir al otro lado de los mares, recibía el sello de aprobación del más alto tribunal del país. Se declaraba ilegal protestar contra la carnicería humana. Dios y los ancianos caballeros habían hablado y su sabiduría y bondad infinitas eran la ley suprema.

Tan seguros estábamos de que la decisión reflejaría la psicosis bélica general y de que refrendaría las sentencias de los tribunales inferiores que, dos semanas antes, ya nos habíamos despedido de nuestros amigos en el *Bulletin*. Escribimos:

> Estad alegres, amigos y camaradas. Entramos en la cárcel con el corazón ligero. A nosotros nos resulta más satisfactorio estar tras las rejas que seguir AMORDAZADOS en libertad. Nuestro espíritu no ha sido domado ni nuestra voluntad se ha quebrado. Volveremos a nuestra labor en su momento.
>
> Esta es nuestra despedida para vosotros. La luz de la Libertad es ahora macilenta. Pero no desesperéis, amigos. Mantened viva la llama. La noche no puede durar siempre. Pronto se rasgará la oscuridad y amanecerá el Nuevo Día, incluso en este país. Que cada uno de nosotros sienta que ha contribuido con su parte en el gran Despertar.

Tras Chicago llegó Detroit, donde el éxito de mis cuatro mítines quedó garantizado por el talento organizativo de mis amigos Jake Fishman y su capaz y bella esposa Minnie. La gente llegó en masa, lo que reflejaba la esperanza recién nacida, que llevaba por nombre Rusia, y que había despertado en los corazones de los esclavos asalariados de América. Mi anuncio de la Liga por la Amnistía de los Presos Políticos, que tenía la intención de organizar en Nueva York antes de ingresar en la prisión de Jefferson, fue recibido con un entusiasmo abrumador, y a la colecta que había comenzado en Chicago se añadió una enorme suma.

En Ann Arbor estaba Agnes Inglis, una vieja amiga y una trabajadora espléndida, que había hecho los preparativos necesarios para mis dos conferencias. Pero los deseos de las nobles Hijas de la Revolución americana eran otros. Algunas de estas ancianas se quejaron al alcalde y este, pobrecito, resultó tener ascendencia alemana. ¿Qué podía hacer sino plegarse al espíritu de la independencia americana? Mis conferencias se suprimieron.

El final del mes de enero puso también fin a las esperanzas que seguían conservando muchos de nuestros amigos. El Tribunal Supremo rechazó concedernos una nueva audiencia o retrasar más el curso de la justicia legal. Se fijó la fecha del 5 de febrero para nuestro ingreso en la cárcel. Siete días más de libertad, la cercanía de los seres queridos, la compañía de amigos fieles: nos volcamos en cada segundo que pasaba. Nuestra última velada en Nueva York se dedicó a nuestra última aparición pública y a la organización de la Liga por la Amnistía de los Presos Políticos.

Delegados de la Unión de Trabajadores Rusos de todos los rincones de los Estados Unidos y Canadá celebraban un congreso en Nueva York. Sasha y yo habíamos sido invitados de honor. Cuando comparecimos nos recibió una ovación, con todo el público puesto en pie para recibirnos. Sasha era el

primer orador. En honor de la Revolución de octubre y como muestra de su aprecio especial por el congreso, tenía la intención de decir unas palabras en ruso. De hecho empezó a hablar en esa lengua, pero no pasó de *Dorogiye tovarishtchy* (queridos camaradas) y tuvo que continuar en inglés. Pensé que yo lo haría mejor, pero me equivocaba. Nos habíamos identificado tan completamente con la vida y la expresión americana que habíamos perdido el uso fluido de nuestro idioma nativo. Y, aun así, siempre habíamos mantenido el contacto con los acontecimientos y la literatura rusa y habíamos cooperado con los esfuerzos radicales rusos en los Estados Unidos. Le prometimos a nuestro público, no obstante, que la próxima vez les hablaríamos en su propio y bello idioma, tal vez en la tierra de la libertad.

El día helado había jugado malas pasadas al gas de Stella, pero, bajo la luz de las velas, conspiraciones aún más grandes se han fraguado. La nuestra fue la formación de la Liga por la Amnistía de los Presos Políticos. Leonard D. Abbott, el doctor C. Andrews, Prince Hopkins, Lillian Brown, Lucy y Bob Robbins y otros colaboradores estuvieron presentes en el nacimiento de la nueva organización. Prince Hopkins fue elegido moderador permanente, con Leonard como tesorero y Fitzi como secretaria. Los fondos que yo había recogido para este fin en Chicago y Detroit se depositaron como capital inicial del nuevo organismo. Era ya tarde o, mejor dicho, eran las primeras horas del 4 de febrero cuando nuestros amigos nos despidieron. Tenía aún que leer las pruebas de mi folleto *La verdad sobre los bolcheviques,* menos mal que Fitzi, amablemente, se ofreció a revisar ella el panfleto.

Unas horas más tarde nos dirigimos al edificio federal para entregarnos. Me ofrecí a pagarme yo misma el viaje a la cárcel y hacerlo por mi cuenta, pero mi idea fue recibida con sonrisas incrédulas por parte de los policías.

Una vez más el ayudante del comisario y su señora se instalaron en mi compartimento todo el camino hasta la penitenciaría de Jefferson City.

Mis compañeras de prisión me recibieron como una hermana a la que no se ve desde hace mucho tiempo. Sentían mucho que el Tribunal Supremo hubiera decidido en mi contra pero, puesto que tenía que cumplir condena, esperaban que al menos volviera a Jefferson. Podría ayudar a hacer algunas mejoras, pensaban, si tenía acceso al señor Painter, el alcaide. Se le consideraba un «buen hombre», pero pocas veces se dejaba ver y estaban seguras de que no tenía ni idea de lo que ocurría en el pabellón de mujeres.

Durante mi primera estancia de dos semanas ya me había dado cuenta de que las reclusas de la penitenciaría de Misuri, como las de la isla de Blackwell, se incorporaban allí desde los estratos sociales más bajos. Con la excepción de mi compañera de celda, que era una mujer por encima de la media, las noventa y pico presas eran los pobres despojos de un mundo de pobreza y monotonía. Blancas o de color, la mayoría habían llegado al delito impelidas por las condiciones que habían recibido al nacer. Mi primera impresión se reforzó por el contacto diario con las reclusas durante veintiún meses. A pesar de lo que defienden los psicólogos criminalistas, no vi ninguna criminal entre ellas, sino únicamente seres humanos desgraciados, vencidos, desafortunados y desesperados.

La cárcel de Jefferson City era, en muchos sentidos, un modelo. Las celdas eran el doble de tamaño que los agujeros pestilentes de 1893, aunque no entraba suficiente luz, excepto en los días muy soleados, a no ser que te tocara en suerte una celda que diera directamente a una ventana. La mayoría de ellas no tenía luz ni ventilación. Tal vez a la gente del sur no le importe demasiado el aire fresco, pues ese preciado elemento parecía proscrito en mi nueva residencia. Solo cuando el tiempo era extremadamente caluroso, se abrían las ventanas del pasillo. Nuestra vida era muy democrática, en el sentido de que todas recibíamos el mismo trato, se nos obligaba a inhalar el

mismo aire viciado y a bañarnos en la misma bañera. La gran ventaja, sin embargo, era que no era obligatorio compartir la celda con nadie más. Esta bendición solo puede ser debidamente apreciada por aquellos que han soportado el trago de la continua proximidad de otro ser humano.

El sistema de trabajo por contrato privado había sido oficialmente abolido en la penitenciaría, me dijeron. Ahora el patrón era el Estado, pero las tareas obligatorias que exigía el nuevo amo no eran mucho más ligeras que las que había impuesto el contratista privado. Se dejaban dos meses para aprender el oficio, que consistía en coser chaquetas, monos, gabardinas y tirantes. Los encargos variaban entre cuarenta y cinco y ciento veinticinco chaquetas al día, o de nueve a dieciocho docenas de tirantes. Aunque el trabajo real de las diferentes tareas en la máquina era semejante, algunos requerían el doble de esfuerzo físico. Se exigía completar el trabajo sin tener en consideración la edad o el estado de salud. Ni siquiera la enfermedad, a no ser que fuera muy grave, era considerada una causa suficiente como para liberar a la trabajadora. Si no se tenía experiencia previa en la costura, o una habilidad especial para ello, completar la tarea era una fuente de preocupación y consternación constante. No había ninguna consideración por las variaciones humanas, ni tolerancia por las limitaciones físicas, excepto para unas pocas favoritas de las funcionarias, que normalmente eran las más inútiles.

Todas las reclusas temían el taller, especialmente por culpa del capataz. Era un chico de veintiún años que había estado a cargo de esa rutina desde que tenía dieciséis. Era un joven ambicioso, muy listo a la hora de presionar a las obreras en su trabajo. Si los insultos fallaban, la amenaza del castigo surtía efecto. Tenía tan aterrorizadas a las mujeres, que estas apenas se atrevían a hablar. Si alguien lo hacía, se convertía en su blanco de persecución. No hacía tampoco ascos a robarles parte de su trabajo y después denunciarlas por insolencia, aumentando así su castigo por no

completar la tarea. Cuatro menciones desfavorables en un mes suponían bajar de grado, lo que suponía a su vez la pérdida de «buen tiempo».

La penitenciaría de Misuri se regía con un sistema de méritos, de los cuales el grado A era el superior. Conseguirlo suponía que la condena se reducía casi a la mitad, al menos en lo que se refiere a las presas estatales. Nosotras, las federales, ya podíamos matarnos a trabajar que no íbamos a sacar ningún beneficio de nuestros esfuerzos. La única reducción de condena a la que teníamos derecho era la habitual de dos meses por año. El temor de no conseguir la clase A azuzaba a las no federales al límite de sus fuerzas en su intento de cumplir con la tarea.

El capataz, por supuesto, no era sino un engranaje más de la máquina carcelaria, cuyo núcleo era el estado de Misuri. Este hacía su negocio con las empresas privadas, atrayendo clientela de todos los rincones de los Estados Unidos, como pronto descubrí mediante las etiquetas que teníamos que coser en los objetos que fabricábamos. Incluso el pobre Abe se había transformado en un jersey hecho con trabajo convicto: el Lincoln Jobbing House de Milwaukee llevaba en su etiqueta el retrato del libertador con una leyenda que decía «fiel a su país, fiel a nuestro oficio». Las empresas compraban nuestro trabajo por cuatro perras y, por lo tanto, tenían la posibilidad de vender más barato que las empresas que empleaban trabajo sindicado. En otras palabras, el estado de Misuri nos esclavizaba y atormentaba y además actuaba como esquirol de los obreros organizados. En esta noble empresa, el funcionario maltratador de nuestro taller les era muy útil. El capitán Gilvan, el delegado del alcaide, y Lilah Smith, la celadora jefe, completaban la triple alianza que controlaba el régimen carcelario.

Gilvan solía azotar cuando ese método de reforma estaba de moda en Misuri. Desde entonces, otras formas de castigo lo habían reemplazado: privación de recreo, encierro durante cuarenta y ocho horas, normalmente de sábado a lunes, a pan y agua y en la celda «ciega». Esta última medía un

metro por dos y estaba totalmente a oscuras; solo se permitía una manta y la ración de comida diaria eran dos rebanadas de pan y dos tazas de agua. En esa celda se dejaba a las presas entre tres y veintiún días. También había anillas que, no obstante, durante mi estancia no se emplearon en mujeres blancas.

Al capitán Gilvan le encantaba castigar a las reclusas a la celda ciega y colgarlas por las muñecas. «¡Debes hacer la tarea!», gritaba. «No acepto un "no puedo". Recuerda que me encanta castigar». Nos prohibía dejar el trabajo sin permiso, ni siquiera para ir al lavabo. En una ocasión, en el taller, tras un estallido más brutal de lo habitual por su parte, me acerqué a él. «Debo decirte que esta tarea es una pura tortura, especialmente para las mujeres mayores», le dije. «Y la comida insuficiente y el castigo constante lo hacen aún peor». El capitán se puso pálido. «Mira, Goldman», gruñó. «Tú quieres montar jaleo. Lo sospechaba desde que llegaste. Las convictas nunca se han quejado hasta ahora y siempre han hecho la tarea. Eres tú quien les mete ideas en la cabeza. Más vale que tengas cuidado. Hemos sido amables contigo pero, si no dejas de agitar, te castigaremos como al resto, ¿entiendes?». «De acuerdo, capitán», le contesté. «Pero le repito que la tarea es salvaje y que nadie puede hacerla regularmente sin derrumbarse».

Se marchó, seguido por la señorita Smith, y yo regresé a mi máquina.

La celadora del taller, la señorita Anna Gunther, era muy decente. Escuchaba con paciencia las quejas de las mujeres, a menudo les permitía no trabajar si estaban enfermas y hacía la vista gorda ante los retrasos en la tarea. Había sido enormemente amable conmigo y me sentí culpable por haber abandonado mi puesto sin permiso. No me lo reprochó pero me dijo que había sido imprudente hablarle al capitán de esa manera. La señorita Anna era un alma bella, el único recurso moral que tenían las reclusas. Pero, desgraciadamente, era solo una subordinada.

La abeja reina era Lilah Smith. Una mujer en la cuarentena, que había trabajado en instituciones penales desde su adolescencia. Pequeña de

estatura, pero de estructura compacta, tenía una apariencia que sugería rigidez y frialdad. Sus modales eran obsequiosos, pero escondían la dureza y severidad de los puritanos, que odian implacablemente todas las emociones que han dejado secar en su propio ser. No había piedad ni compasión en el pecho de Lilah y era más implacable aún si cabe cuando las detectaba en cualquier otra persona. El hecho de que mis compañeras presas me apreciaran y confiaran en mí era suficiente como para hacerme caer en desgracia ante ella. Consciente de que yo estaba en buenos términos con el alcaide, nunca demostró abiertamente su hostilidad. Su especialidad era el método insidioso.

El ruido enervante del taller y el ritmo furioso del trabajo me tumbó el primer mes. Mis antiguos dolores de estómago se agravaron y sufrí fuertes dolores en el cuello y en la columna vertebral. El médico de la cárcel tenía una reputación pésima entre las reclusas. No sabía nada, decían, y tenía demasiado miedo de la señorita Smith como para dispensar del taller a una presa, por muy enferma que estuviera. Le había visto mandar de vuelta al trabajo a reclusas apenas capaces de mantenerse en pie. El pabellón de mujeres no tenía un dispensario donde pudiera examinarse a los pacientes. Incluso las muy enfermas se quedaban en sus celdas. No soportaba la idea de ir al médico pero el dolor se hizo tan insoportable que tuve que hacerlo. Me sorprendieron sus modales amables. Le habían dicho que no me encontraba bien, dijo, ¿por qué no había acudido antes? Tenía que descansar y no volver al trabajo hasta que él lo autorizara, ordenó. Su inesperado interés estaba muy lejos del trato que otras presas recibían. Me pregunté si su amabilidad se debería a la intercesión del alcaide Painter.

El doctor acudió a mi celda cada día, me masajeó el cuello, me entretuvo con historias, incluso pidió un caldo especial. Mejoraba muy lentamente, en especial debido al efecto depresivo de mi celda. Sus muros sucios y grises, la falta de luz y ventilación y mi incapacidad para leer o hacer alguna otra cosa para pasar el tiempo hacían que el día se me hiciera opresivamente

largo. Las antiguas ocupantes de la celda habían hecho esfuerzos patéticos para embellecer su hogar carcelario mediante fotos familiares y recortes de periódico con fotos de sus ídolos de la platea. Quedaban retazos negros y amarillos en la pared, y sus siluetas fantásticas contribuían a la desazón de mis nervios. Otro factor que agravaba mi tristeza fue el repentino cese del correo: durante diez días no llegó ni una palabra de nadie.

Dos semanas en mi celda me hicieron darme cuenta de por qué las presas preferían la tortura del taller. Una ocupación de algún tipo es la única salida de la desesperación. Ninguna de las reclusas disfrutaba estar ociosa. El taller, por terrible que fuera, era mejor que estar encerrada en las celdas. Regresé al trabajo. Era una lucha amarga entre el dolor físico, que me mandaba al catre, y el tormento mental, que me obligaba a volver al taller.

Al fin me entregaron un gran paquete de correo con una nota del señor Painter diciendo que había tenido que someter mi correspondencia de ida y de vuelta a un inspector federal de Kansas City siguiendo órdenes de Washington. Me hizo sentir muy importante que se me considerara peligrosa incluso en la cárcel. Pero, de todos modos, me hubiera gustado que ahora, cuando cada línea que enviaba o recibía era leída ya por la celadora jefe y el alcaide, Washington hubiera estado menos atento.

Posteriormente me enteré de la causa del renovado interés de las autoridades federales por mis pensamientos y expresiones. El señor Painter me había dado permiso para escribir una carta semanal a mi abogado, Harry Weinberger. Yo le había comentado a este último el discurso que el senador Phelan había pronunciado en el congreso en contra de Tom Mooney. Al gobernador de California le habían llovido miles de peticiones para salvar la vida de Mooney. Que un senador de los Estados Unidos se permitiera un ataque rencoroso en un momento así era un gesto tan cruel como ignominioso. Naturalmente, mis comentarios sobre el señor Phelan no habían sido elogiosos. Me había olvidado que, desde que América había

entrado en la guerra, cada funcionario se había convertido en un Gessler,[20] y que homenajear su sombrero se había convertido en un deber nacional.

Mi correo contenía muchas noticias preocupantes, junto con el afecto y los ánimos. Habían saqueado el piso de Fitzi. Por la noche, mientras ella y nuestra joven secretaria Pauline dormían, agentes y detectives federales habían irrumpido en la casa y entrado en la habitación antes de que las chicas pudieran siquiera vestirse. Los funcionarios buscaban a un recluta de la I.W.W. que había desertado, arguyeron. Fitzi no sabía nada de ese hombre, pero eso no detuvo a los saqueadores, que registraron su escritorio, examinaron cartas y lo confiscaron todo, incluyendo las pruebas de imprenta de las *Obras seleccionadas* de Voltairine de Cleyre que habíamos publicado tras su muerte.

La carta de Stella dejaba traslucir su preocupación por la librería Mother Earth, que ella y nuestro fiel Sueco habían abierto en Greenwich Village. Individuos de aspecto sospechoso la habían seguido constantemente y las condiciones se hacían tan espantosas que la gente apenas se atrevía a respirar. Paladeé el número de marzo del *Bulletin*, que me mandó Stella, como un presagio de la primavera. Contenía un relato de la visita de Harry Weinberger a Atlanta para ver a Sasha y a los dos chicos. Sasha le había insistido en la necesidad urgente de continuar la lucha por la vida de Tom Mooney. Si nuestro esfuerzo se interrumpía sería un desastre, le había advertido a Harry. ¡Mi valiente compadre! ¡Qué profundamente simpatizaba con las víctimas de San Francisco y cuán duro había trabajado en su favor! Incluso ahora mostraba más preocupación por Mooney que por su propio destino. Era alentador sentir su espíritu en el *Bulletin,* así como el de los demás amigos que habían contribuido. Me dolía mucho decidir dejar morir el periódico pero, sabiendo que Stella estaba en peligro, le escribí pidiéndole que suspendiera su publicación y cerrara la librería.

Al enviarnos tan lejos de Nueva York, Washington, sin duda, pretendía hacérnoslo pasar peor aún. No podía haber habido ninguna otra razón para

enterrar a Sasha en Atlanta, cuando podrían haberlo enviado a Leavenworth, que está mucho más accesible que el estado de Georgia. Como Jefferson City estaba solo a tres horas de camino de St. Louis y era un importante enclave ferroviario, yo tenía más solicitudes de visita de las que podía admitir. Me podría haber carcajeado de la frustración del tío Sam si no fuera porque sí había conseguido golpear a Sasha. Las condiciones en Atlanta, me informaron, rozaban lo feudal. Tras catorce años en el purgatorio de Pensilvania, Sasha de nuevo sufría más que yo.

Mi primera visita fue Prince Hopkins, presidente de la Liga por la Amnistía de los Presos Políticos. Estaba de gira en nombre de la Liga, organizando sucursales, recogiendo datos sobre el número de víctimas en las cárceles y recolectando fondos. Hopkins preguntó si había algún otro trabajo en la cárcel que yo pudiera hacer para conservar la salud y se ofreció a ver al alcaide. Le dije que una de las mujeres del cuarto donde se remendaba la ropa iba a ser liberada próximamente y que allí habría una vacante. Poco después de que se fuera mi visita, recibí una carta suya diciendo que el señor Painter había prometido hablar con la señorita Smith acerca de mi cambio de oficio, pero una nota posterior del alcaide venía a decir que la celadora jefe ya había seleccionado previamente a alguien para el puesto.

Ben Capes vino a verme, un verdadero rayo de sol, una naturaleza feliz que me sentaba como si me aplicaran un bálsamo. Mis actividades fuera me habían absorbido tanto que no había apreciado nunca al chico en lo que valía, o tal vez es que una se aferra con más ansia a los suyos cuando se encuentra en la cárcel. La amistad de Ben nunca me pareció tan preciada como en esta visita. Envió una enorme caja de exquisiteces del ultramarinos más caro de Jefferson City, y mis compañeras presas expresaron su deseo de que el resto de mis visitantes fueran así de espléndidos. Nuestros martes y viernes de cuaresma continua, en los que se servía un pescado que ni era fresco ni era abundante, dejarían ahora de ser nuestros días de ayuno. La

comida nunca era saludable ni suficiente para gente que se mataba a trabajar, pero los martes y viernes casi nos moríamos de hambre.

La vida en prisión extrae recursos increíbles de nosotras. Algunas mujeres habían inventado un original montacargas, que consistía en una bolsa atada con cuerdas al palo de una escoba. El invento pasaba por las barras de la celda superior y yo, directamente debajo, pescaba la bolsa, la llenaba de bocadillos y golosinas y después la empujaba lo bastante lejos como para que mi vecina de arriba pudiera volver a subirla. El mismo proceso se repetía con mi vecina de abajo. Así pasaban las cosas de celda a celda a lo largo de la galería. Las ordenanzas participaban del botín y, con su ayuda, pude también alimentar a las ocupantes del ala trasera.

Algunos amigos me suplían con comida, especialmente los camaradas de St. Louis. Incluso encargaron un colchón de muelles para mi camastro y organizaron que una tienda de Jefferson City me enviara cualquier cosa que encargara. Era esta útil solidaridad la que me permitía compartir con mis compañeras de cárcel.

La visita de Benny Capes aumentó mi decepción con Big Ben. El dolor que me había producido, especialmente a lo largo de los dos últimos años de mi vida, había minado mi fe en él y colmado mi amargura. Tras su última partida de Nueva York, había decidido romper el vínculo que durante tanto tiempo me había encadenado a él. Pero Ben seguía escribiendo como si nada hubiera ocurrido. Sus cartas, que exhalaban las mismas promesas de su amor, eran como carbones encendidos. Ya no podía creerle, pero aun así quería creerle. Me negué a sus peticiones de visita. Incluso quise decirle que dejara de escribirme, pero él mismo se enfrentaba a una condena, en la que había incurrido durante nuestra asociación, y eso aún lo ataba a mí. Su paternidad inminente echaba aún más leña a mi tensión emocional. Su minuciosa descripción de los sentimientos que esto engendraba en él, cómo se recreaba en los vestiditos que preparaban para el bebé en camino, me permitieron echar un vistazo a un aspecto insospechado del carácter de Ben.

Ya fuera por la derrota de mi propia maternidad o por el dolor de que otra mujer le hubiera dado a Ben lo que yo no le había dado, sus rapsodias incrementaban mi resentimiento contra él y contra todo lo relacionado con él. El anuncio del nacimiento de su hijo incluía también la información de que el tribunal de apelación en Cleveland había confirmado su condena. Salía en dirección a esa ciudad, escribía Ben, para cumplir su condena de seis meses en el penal. Lo iban a separar de lo que con tanto entusiasmo había esperado y lo metían en la cárcel. Una vez más, una voz interior habló en su favor e inundó todo lo que yo sentía.

Finalmente me asignaron una celda frente a una ventana que le permitía al sol echarme un vistazo ocasional. El alcaide dio también instrucciones a la celadora jefe para que me permitieran tomar tres baños por semana. Estos privilegios pronto hicieron que mi salud mejorara. También había prometido encalar mi celda, pero no pudo mantener su promesa. La prisión al completo necesitaba urgentemente una capa de pintura, pero el señor Painter no había conseguido una asignación para ello. No podía hacer una excepción en mi caso, y yo estaba de acuerdo. Me inventé otra cosa para cubrir los horribles retazos de las paredes: un papel *crêpe* de un hermoso verde que Stella me había enviado. Con él cubrí toda la celda y empezó a tener un aspecto bastante atractivo, realzado por unos hermosos grabados japoneses que me había enviado Teddy y por una estantería que contenía los libros que había acumulado.

No había biblioteca en el departamento femenino, ni se nos permitía sacar libros del pabellón masculino. Una vez le pregunté a la señorita Smith por qué no podíamos sacar material de lectura de la biblioteca masculina. «Porque no puedo confiar en las chicas para que vayan solas», dijo, «y no tengo tiempo de acompañarlas. Seguro que empiezan a flirtear». «¿Y qué problema hay en eso?», comenté ingenuamente, y Lilah se escandalizó.

Le solicité a Stella que viera a algunos editores y también que animara a nuestros amigos a enviarme libros y revistas. No mucho tiempo después,

cuatro importantes sellos de Nueva York me enviaron muchos volúmenes. La mayoría de ellos estaban por encima de la comprensión de mis compañeras reclusas, pero estas pronto empezaron a apreciar las buenas novelas.

El efecto beneficioso de la lectura me quedó claro con una chica china que estaba cumpliendo una larga condena por matar a su marido. Era una criatura solitaria, siempre reservada y que nunca se comunicaba con el resto de las presas. Caminaba de un lado al otro del patio, hablando consigo misma. Empezaba a dar señales de locura.

Un día recibí una revista china que me mandaron unos camaradas de Pekín, con mi foto en la portada. Como yo sabía tan poco chino como la chica inglés, le di el periódico. La visión de la familiar escritura hizo que se le saltaran las lágrimas. Al día siguiente trató de decirme en su pobre inglés lo maravilloso que había sido tener algo que leer y lo interesante que era la publicación. «*Glan señola»*, repetía. «*Disen musho de ti»*, decía, señalando la revista.

Nos hicimos amigas y me confesó cómo había matado al hombre que amaba. Se habían convertido al cristianismo. El sacerdote que los había casado les dijo que Dios unía para siempre el matrimonio cristiano: un hombre y una mujer. Después descubrió que su marido tenía otras mujeres y, cuando se quejó, él le dio una paliza. A menudo le decía que él siempre tendría más mujeres aparte de ella y ella lo mató por eso. Desde entonces creía que todos los cristianos eran mentirosos y nunca volvería a confiar en ellos. Pensaba que yo también era cristiana, pero había leído en la revista que yo no era creyente. Ahora confiaba en mí, me dijo, pero no le gustaban mis relaciones con las reclusas de color. Eran inferiores y mentirosas, estaba convencida de ello. Le señalé que había gente que hacía las mismas objeciones a su raza y que en California se había acosado a los chinos. Lo sabía, pero insistía con vehemencia en que los chinos «no olían, no *ignolantes*, gente *diflente*».

Pagana como yo era, perdí el privilegio de salir las tardes de los domingos porque no asistía a los servicios en la capilla. La privación había sido insoportable cuando estaba en la celda oscura y húmeda, pero ahora me alegraba. El pabellón estaba tranquilo, las mujeres estaban fuera, en el patio, y yo podía concentrarme en leer y escribir. Entre los libros que me enviaron había uno de mi amiga Alice Stone Blackwell, que contenía las cartas de Catherine Breshkovskaya y una breve biografía suya. Era un símbolo del eterno retorno de la lucha por la libertad que pudiera ahora leer el relato del exilio bajo los zares de nuestra abuelita mientras yo misma estaba presa. Aunque la habían perseguido mucho, nunca había sido obligada a hacer tareas duras, como tampoco habían obligado a ninguna de las presas políticas rusas. Cuánto se sorprendería Yekaterina si le describiera nuestro taller, una *kátorga*[21] tan horrible como cualquiera de la autocracia de los Romanov. En una de sus cartas a la señorita Blackwell, Babushka comentaba: «Tú, querida, puedes escribir sin miedo a que te detengan, te encierren o te exilien». En otra se entusiasmaba sobre *The New Freedom*, la obra del antiguo profesor de Princeton, ahora presidente de los Estados Unidos. Me preguntaba qué diría la querida anciana si pudiera ver con sus propios ojos lo que su héroe, ahora en la Casa Blanca, había hecho a su país, la derogación de todas las libertades, las redadas, las detenciones y la furia reaccionaria que su régimen había traído en su estela.

Las noticias de la llegada a América de Breshkovskaya me llenaron de esperanza de que por fin se contara la verdad sobre la Rusia soviética y de que se suscitara una protesta eficaz sobre las condiciones en América. Sabía que Babushka se oponía, tanto como yo, al socialismo de los bolcheviques; sería, por tanto, igualmente crítica de su deriva hacia la dictadura y la centralización. Pero apreciaría sus servicios a la Revolución de octubre y los defendería contra las mentiras y calumnias de la prensa americana. Sin duda esta gran señora pediría cuentas a Woodrow Wilson por su parte en la

conspiración para aplastar la Revolución. La esperanza de lo que ella podría hacer calmaba de alguna forma mi angustia por mi impotencia en la cárcel.

Los informes de su primera aparición pública en el Carnegie Hall, bajo los auspicios de Cleveland Dogde y de otros plutócratas, y su amarga denuncia de los bolcheviques me produjeron una conmoción. Yekaterina Breshkovskaya, cuyo trabajo revolucionario durante los últimos cincuenta años había allanado el camino para el levantamiento de Octubre, ahora se rodeaba de los peores enemigos de Rusia, trabajaba mano a mano con generales blancos y antisemitas, así como con los elementos más reaccionarios de los Estados Unidos. Parecía increíble. Escribí a Stella pidiendo información exacta y, mientras tanto, continué aferrándome a la fe en quien había sido mi inspiración y mi estrella polar. Su grandeza sencilla, el encanto y belleza de su personalidad, que yo había conocido y amado durante nuestro común trabajo en 1904 y 1905, me habían impresionado de manera demasiado profunda como para que ahora pudiera renunciar tan fácilmente a Babushka. Le escribiría. Le contaría mi propia postura sobre la Rusia soviética; le reiteraría mi creencia en su derecho a la crítica, pero le rogaría que no se prestara a ser un instrumento involuntario en manos de aquellos que buscan aplastar la revolución. Stella iba a venir a visitarme y conseguiría que sacara a escondidas mi carta a Babushka, la mecanografiara y se la entregara personalmente.

Había logrado la máxima ambición de mis compañeras de sufrimiento en la penitenciaría: me dieron el grado A. No del todo gracias a mis esfuerzos, pues aún no era capaz de completar la tarea. Se lo debía a la generosidad de varias chicas de color del taller. Ya fuera por su mayor fuerza física o porque llevaban más tiempo haciendo esa tarea, la mayoría de las reclusas negras lo hacían mejor que las mujeres blancas. Algunas de ellas habían adquirido tal destreza que eran capaces de terminar sus tareas a las tres de la tarde. Pobres, desvalidas y desesperadamente necesitadas de dinero, ayudaban a las que se quedaban retrasadas. Por ese servicio cobraban cinco

céntimos por chaqueta. Desgraciadamente, la mayoría de las blancas eran demasiado pobres como para pagarlos. A mí se me consideraba millonaria, se me pedían «préstamos» con frecuencia y accedía gustosa. Pero las chicas que me ayudaban en mi trabajo no aceptaban que les pagara. Incluso se ofendían ante la sugerencia. Estaba compartiendo mi comida y mis libros con ellas, protestaron; ¿cómo iban a coger mi dinero? Estaban de acuerdo con mi amiga italiana, Jennie de Lucia, que se había erigido en mi criada. «No acepto dinero tuyo», había declarado. Las otras mujeres estaban de acuerdo. Gracias a esas almas generosas me concedieron el grado A, que me permitía mandar tres cartas por semana, en realidad cuatro, incluyendo la carta extra que había estado escribiendo regularmente a mi abogado.

En la tarde del 27 de junio mis amigas de color me regalaron un paquete completo de chaquetas, toda la tarea del día siguiente. Se habían acordado de mi cumpleaños. «Estaría muy bien que la señorita Emma pudiera no ir al taller ese día», habían pensado. A la mañana siguiente mi mesa estaba llena de cartas, telegramas y flores de mi familia y camaradas, así como incontables paquetes procedentes de amigos de distintas partes del país. Me enorgullecía ser objeto de tanto amor y atención, pero nada me conmovió tanto como el regalo de mis compañeras de sufrimiento en la prisión.

Se acercaba el 4 de julio y las mujeres andaban todas agitadas. Nos habían prometido cine, dos ratos de recreo y también un baile. No con parejas varones, ¡el buen dios nos libre!, sino entre nosotras. Podíamos encargar refrescos de la tienda e iba a ser un día festivo. Desgraciadamente el cine resultó inane y la cena de fiesta, pobre. Las mujeres se disgustaron, especialmente por la negativa de la señorita Smith a liberar a una chica de color de la celda ciega, a la que habían encerrado ahí por la queja de una de las favoritas de la celadora, una mujer también de color, de la que se sospechaba que era una soplona y a la que todo el mundo odiaba cordialmente. Verla toda pinturera, organizando el espectáculo del 4 de julio, mientras su víctima estaba a pan y agua, fue demasiado. Algunas

mujeres se abalanzaron sobre la delatora y el gran día terminó con una barra libre de pelea. La señorita Smith tuvo que castigar a su favorita así como a las asaltantes, y encerró a todas en la mazmorra.

En mi siguiente carta comentaba los acontecimientos del día de la patria. Mi epístola se retuvo y me la devolvieron con instrucciones de que no podía difundirse nada de lo que ocurría en la cárcel. Yo había hablado de cosas así en cartas que el señor Painter había permitido que salieran, así que llegué a la conclusión de que mi carta sobre el 4 de julio no había pasado de la celadora jefe.

Una visita de tres días de mi querida Stella fue una fiesta más real para mí que la del 4 de julio. Pude pasarle mi carta para Babushka, algunas notas que mis vecinas de celda querían sacar a escondidas y ejemplos de las etiquetas del falso taller. Fueron tres días de libertad, fuera del taller, que pasé con mi amada chiquilla en nuestro propio mundo, una visita largamente esperada, que pasó muy rápido. Se me hizo muy duro regresar a la rutina de la cárcel.

En mi carta a Babushka le suplicaba que no pensara que yo le negaba el derecho a criticar a la Rusia soviética o que pretendía que ella disimulara los fallos de los bolcheviques. Le señalaba que difería de ellos en las ideas y que mi postura contra toda forma de dictadura era irrevocable. Pero eso no era importante, insistía, cuando todos los gobiernos se tiraban a la garganta de los bolcheviques. Le rogaba que lo pensara de nuevo, que no diera la espalda a su pasado glorioso y a las esperanzas de la presente generación rusa.

Babushka estaba más pálida y débil, me dijo Stella, pero seguía siendo la vieja rebelde y luchadora de siempre y su corazón se encendía por el pueblo como antaño. Y, aun así, era cierto que estaba dejando que los elementos reaccionarios la utilizaran. Era imposible dudar de la integridad de Babushka o pensar que fuera capaz de una traición consciente, pero no podía aprobar su actitud frente a los sóviets. Le concedía que su crítica

estaba justificada, razonaba yo, pero entonces, ¿por qué no la proclamaba desde un estrado radical, por qué no se dirigía a los obreros, en lugar de dirigirse a esa maldita panda que estaba conspirando para deshacer los logros de la revolución? Eso no se lo podía perdonar y desprecié su sugerencia de que algún día estaría a su lado y trabajaría junto a ella en contra de los bolcheviques que estaban desafiando a todo el mundo reaccionario. Y, ¿cómo podía una mujer como Breshkovskaya mantenerse invisible y muda ante la horrorosa situación en América?, me preguntaba. Desde la actitud de Piotr Kropotkin ante la Guerra Mundial, nada me había afectado tanto como su tácita aprobación del horror que la rodeaba.

En cuanto a esos liberales y socialistas nativos que servían como tambores de guerra para el Gobierno, solo podía sentir asco ante los Russell, Benson, Simon, Ghent, Stoke, Greel y Gomper. Nunca habían sido otra cosa que políticos de oropel, se limitaban a cumplir con su destino. Era más difícil entender la germanofobia de hombres como George D. Herron, English Walling, Arthur Bullard y Louis F. Post. Alguien me mandó el libro de Herron, *The Need of Crushing Germany*. Nunca había leído un retrato tan falso de un pueblo sediento de sangre y despiadado. Y esto procedía del hombre que había abandonado la Iglesia en nombre del internacionalismo revolucionario.

De manera similar, Arthur Bullard, en su obra *Mobilising America*, repetía las falsificaciones de sus nobles socios, John Greel and Company. Bullard, antaño entusiasta del University Settlement,[22] que había hecho un trabajo tan valiente en Rusia en 1905, ahora había arrojado sus ideales y su talento literario por las cloacas de la reacción. Casi me alegraba de que su amigo Kellogg Durland no hubiera vivido para unirse a estos portavoces del asesinato y la destrucción. Su suicidio, a resultas de una historia de amor frustrada, al menos había tenido el mérito de golpear solo a las dos personas afectadas, pero la traición de sus ideales por parte de la *intelligentsia* americana era una calamidad para todo el país. No podía evitar sentir que

este grupo era aún más responsable de las atrocidades en aumento en los Estados Unidos que los jingoístas declarados.

Daba más alegría comprobar que unos pocos habían conservado su salud mental y su valentía. Randolph Bourne, cuyos brillantes análisis sobre la guerra habíamos reeditado en *Mother Earth*, continuaba denunciando la falta de personalidad y de juicio de la *intelligentsia* liberal. Junto a él estaban los profesores Cattell y Dana, ambos expulsados de la universidad de Columbia por sus herejías, así como otros académicos que se habían negado a silenciar su no creencia en la guerra. Más gratificante aún era la joven generación radical y la entereza que había mostrado la mayor parte de esta. Ni la cárcel ni la tortura la inducirían a coger las armas. Max Frucht y Elwood B. Moore, de Detroit, y H. Austin Simons, el poeta de Chicago, se habían declarado dispuestos a sufrir cualquier castigo antes de convertirse en soldados. Fueron a la cárcel, como fueron también Philip Grosser, Roger Baldwin y muchos otros.

Roger Baldwin resultó ser una sorpresa. En años anteriores me había parecido muy confuso en sus ideas sociales, como una persona que trataba de serlo todo para todos. Su postura en su juicio por evadir el reclutamiento, su franca confesión del anarquismo y su rechazo sin reservas al derecho del Estado a coaccionar al individuo me hicieron sentir culpable. Le escribí confesándole mi juicio poco generoso sobre él y asegurándole de que su ejemplo me había enseñado una lección muy saludable sobre la necesidad de evaluar con más atención el carácter de la gente.

Las cárceles y los barracones militares estaban repletos de objetores de conciencia que desafiaban las condiciones más horribles. El caso más conspicuo entre ellos fue el de Philip Grosser.

Se había registrado como objetor a la guerra por razones políticas y se había negado a firmar la cartilla de alistamiento. Aunque eso constituía una falta civil federal, el joven fue entregado a las autoridades militares y sentenciado a treinta años de cárcel por su negativa a obedecer órdenes

militares. Se le sometió a todo tipo de torturas, incluyendo el encadenarle a la puerta de la celda, mazmorras subterráneas y violencia física. Encarcelado en diversas prisiones, finalmente lo enviaron a la penitenciaría militar federal de la isla de Alcatraz, en California, donde con entereza continuó negándose a participar en nada relacionado con el militarismo. La mayor parte de su estancia allí transcurrió en la celda oscura y húmeda de ese agujero infernal conocido como la isla del diablo del tío Sam.

---

[19] Un asistente o ayudante de campo (del francés *aide-de-camp*) o edecán es el asistente personal, secretario o asistente militar de un oficial militar de alta graduación o un jefe de Estado. *(N. del E.)*. (Fuente: Wikipedia).

[20] Hace referencia a Hermann Gessler, personaje colérico y sanguinario de la obra de Schiller llamada *Guillermo Tell. (N. del E.)*.

[21] *Kátorga*: Sistema penal en la Rusia imperial. Los prisioneros eran enviados a vastas áreas deshabitadas de Siberia y sometidos a un régimen de trabajos forzados. Comenzó a aplicarse en el siglo XVII, y fue retomada por los bolcheviques después de la Revolución rusa, y finalmente el Gulag volvió a practicarla. *(N. del E.)*. (Fuente: Wikipedia).

[22] Residencia para migrantes recién llegados, fundada en 1886, por destacados intelectuales de filiación progresista. *(N. de la T.)*.

El resultado de la ley de espionaje fue llenar las cárceles civiles y militares del país de personas sentenciadas a condenas increíblemente prolongadas: a Bill Haywood le cayeron treinta años; junto a él, a los otros ciento diez acusados de la I.W.W se les condenó a penas de entre uno y diez años. A Eugene V. Debs, diez años; a Kate Richards O'Hare, cinco. Y estos eran solo unos pocos entre los cientos atrapados en una muerte en vida.

Entonces se produjo el arresto de un grupo de nuestros jóvenes camaradas en Nueva York, entre ellos Mollie Steimer, Jacob Abrams, Samuel Lipman, Hyman Lachowski y Jacob Schwartz. Su delito consistía en repartir un escrito de denuncia sobre la intervención americana en Rusia. Se sometió a cada uno de estos jóvenes al tercer grado más severo, y Schwartz enfermó de gravedad como consecuencia de la salvaje paliza. Los retuvieron en Tombs, donde otros muchos radicales esperaban también su juicio o la deportación, entre ellos nuestro fiel Sueco. Su defensa valiente y decidida de un ideal contrastaba escandalosamente con la incoherencia de Ben. El intento de ofrecer sus servicios médicos al ejército había sido la gota que colmaba el vaso. Si su estancia en la cárcel finalizaba, tendría fuerzas para finalmente emanciparme de él, para liberarme de mi atadura emocional. Con esa esperanza había importunado a Stella y Fitzi para que reunieran el dinero de su multa, con el fin de no tener que servir más tiempo para compensarla. Pero mi temor era infundado, la multa se pagó antes de

su liberación. Ben ni siquiera tuvo la cortesía de informar de ello, a mí o a las chicas de Nueva York. Recibí la noticia por Agnes Inglis, una de mis amigas más queridas y consideradas, que vino a verme a la cárcel. Más tarde Ben me escribió y me contó todo acerca de su hijo, de su madre, de su mujer y de sus planes, y me presionó para vernos. No me pareció que su carta requiriera respuesta.

Agnes Inglis era ese tipo de persona para quien la amistad es un sacramento. Ni una sola vez me falló después de que nos conociéramos bien, en 1914. Le había atraído mi obra, me contó una vez, mi panfleto *En qué creo*. Venía de una familia rica de presbiterianos ortodoxos, y liberarse de la moralidad de la clase media y de las tradiciones de su entorno le costó un enorme conflicto interno pero, con una valentía espiritual poco frecuente, superó su herencia y gradualmente se convirtió en una mujer con una actitud independiente y original. Entregaba con generosidad su tiempo, su energía y sus medios a toda causa progresista, y siempre participaba en nuestras campañas a favor de la libertad de expresión. Agnes combinaba su interés activo en la lucha social con una actitud abierta en las relaciones personales. Había llegado a apreciar sus cualidades en tanto camarada y amiga y que viniera a visitarme durante dos días era un gran regalo.

Antes de partir de la ciudad pasó una vez más por la penitenciaría y la celadora jefe la condujo al taller. No me la esperaba allí y me sobresalté cuando vi a Agnes asomándose a nuestras ruedas de molino. Sus ojos aterrados escrutaban todo el lugar hasta que finalmente se posaron en mí. Empezó a caminar hacia mi máquina, pero la detuve con un gesto y le hice un gesto de despedida. No podía haber soportado una demostración de nuestro cariño en presencia de mis compañeras de taller, que tan poco afecto tenían en sus propias vidas.

La guerra por la democracia celebraba sus victorias tanto en casa como fuera. Uno de sus rasgos característicos fue la condena del grupo de Mollie Steimer a largas estancias en la cárcel. Eran todos muy jóvenes. Y, sin

embargo, el juez del distrito de los Estados Unidos, Henry D. Clayton, un verdadero Jeffreys,[23] condenó a los chicos a veinte años de cárcel y a Mollie a quince, más la deportación al término de sus condenas. Jacob Schwartz se libró de la clemencia de su señoría: murió el día que daba comienzo el juicio como resultado de las heridas que le produjeron las porras de los policías. En su celda de Tombs encontraron una nota inacabada en yidis, escrita en la hora de su muerte. Decía:

> Adiós, camaradas. Cuando comparezcáis ante el tribunal, ya no estaré con vosotros. Luchad, sin miedo, pelead con valor. Siento tener que dejaros. Pero así es la vida. Tras vuestro largo martirio...

«La inteligencia, valentía y fortaleza que mostraron nuestros camaradas en su juicio, especialmente Mollie Steimer, fue algo muy impresionante», me escribía una amiga. Ni siquiera los periodistas pudieron evitar mencionar la dignidad y fuerza de la chica y del resto de los acusados. Estos camaradas procedían de las masas obreras y ni siquiera nosotros los conocíamos mucho. Pero su acto sencillo y el porte magnífico añadieron sus nombres a la galaxia de figuras heroicas de la lucha por la humanidad.

El torrente de noticias sobre la guerra habría sepultado el importante caso que juzgaba el juez Clayton si no fuera por la perspicacia que mostró la defensa. Harry Weinberger se había dado cuenta de la importancia de los asuntos que subyacían. Llamó como testigos a hombres de reputación nacional y, por tanto, obligó a la prensa a darse por enterada. Convocó a Raymond Robins, uno de los dirigentes de la Cruz Roja Americana en Rusia, y al señor George Creel, del FBI, que había sido el responsable de los llamados «documentos Sisson». Así se reveló la verdad sobre el intento deliberado de poner al mundo en contra de Rusia mediante falsificaciones que fundamentarían la intervención militar en contra de la revolución. Weinberger mostró que el presidente Woodrow Wilson, sin el conocimiento del pueblo de los Estados Unidos y sin el consentimiento del congreso, había enviado tropas ilegalmente a Vladivostok y a Arcángel. Bajo estas

circunstancias, declaró, los acusados habrían cometido una acción justa y elogiable al llamar la atención del público mediante su protesta contra la guerra que se libraba en Rusia, con la que América estaba oficialmente en paz.

La epidemia de gripe que azotaba el país había llegado a nuestra cárcel, y treinta y cinco reclusas cayeron enfermas. En ausencia de dotación hospitalaria, las pacientes permanecían en sus celdas, exponiendo al resto de las reclusas al contagio. Ante las primeras señales de la enfermedad, ofrecí mis servicios al médico. Él sabía que era enfermera diplomada y agradeció mi ayuda. Prometió consultar a la señorita Smith si podía hacerme cargo de las enfermas, pero pasaron los días sin obtener respuesta. Después me enteré de que la celadora jefe se había negado a sacarme del taller. Ya gozaba de demasiados privilegios, había dicho, y no toleraría ninguno más.

Como no me permitían oficialmente cuidar a las enfermas, busqué los medios para ayudarlas de manera no oficial. Desde la epidemia de gripe, las celdas quedaban abiertas por la noche. Las dos chicas asignadas como enfermeras tenían tanto trabajo que dormían del tirón toda la noche y las ordenanzas eran amigas mías. Esto me ofrecía la posibilidad de hacer rápidas visitas de celda en celda y hacer lo poco que estaba en mi mano para que las pacientes estuvieran más cómodas.

El 11 de noviembre, a las diez de la mañana, se apagó la electricidad en el taller, las máquinas se detuvieron y nos informaron de que ese día ya no trabajaríamos más. Nos mandaron a nuestras celdas y, después del almuerzo, nos condujeron al patio para un recreo. Era un acontecimiento insólito en la prisión y todo el mundo se preguntaba a qué se debía. Mis pensamientos regresaban a los días de 1887. Yo había tenido la intención de hacer huelga en el aniversario que señalaba el nacimiento de mi conciencia social. Pero había tan pocas mujeres en condiciones de acudir al taller que

no quise aumentar el número de las ausentes. El asueto inesperado me dio la oportunidad de estar a solas para comulgar espiritualmente con mis martirizados camaradas de Chicago.

Durante el recreo del patio eché de menos a Minnie Eddy, una de las reclusas. Era una de las criaturas más desgraciadas de la prisión, constantemente en problemas por culpa del trabajo. Aunque intentaba con ahínco completar la tarea asignada, pocas veces lo lograba. Si corría, su trabajo era malo; si iba más despacio, no conseguía terminar la tarea del día. El capataz la acosaba, la celadora jefe la regañaba y, a menudo, la castigaba. En su desesperación, Minnie gastaba los pocos céntimos que recibía de su hermana en contratar ayuda. Apreciaba enormemente la más mínima generosidad y se me hizo inseparable. Últimamente se había estado quejando de mareos y de un fuerte dolor de cabeza. Un día se había desmayado ante la máquina. Era evidente que estaba gravemente enferma. Pero la señorita Smith se negó a excusarla del trabajo. La mujer fingía, argumentaba la celadora, aunque nosotros no teníamos dudas. El médico, en absoluto un hombre valiente o agresivo, no iba a pelearse con Lilah.

Como no vi a Minnie en el patio, di por sentado que le habían dado permiso para quedarse en la celda. Pero cuando regresamos del recreo, descubrí que estaba castigada: encerrada a pan y agua. Esperábamos que se la liberase al día siguiente.

Más tarde, aquella noche, el silencio de la prisión se desgarró por unos ruidos ensordecedores procedentes del ala masculina. Los hombres golpeaban las barras, silbaban y gritaban. Las mujeres se ponían nerviosas y la celadora del bloque se apresuró a tranquilizarlas. Se estaba celebrando la declaración del armisticio. «¿Qué armisticio?», pregunté. «Hoy es el día del armisticio», contestó. «Por eso habéis tenido fiesta». Al principio no capté todo el sentido de la información y después también me invadió a mí un deseo de gritar y aullar, de hacer algo que dejara salir mi agitación. «¡Señorita Anna, señorita Anna!», llamé de nuevo a la celadora. «¡Venga

aquí, por favor, venga aquí!». Ella se acercó de nuevo. «¿Quiere decir que han cesado las hostilidades, que la guerra ha terminado y que se abrirán las cárceles para aquellos que se negaron a participar en la carnicería? ¡Dígame, dígame!». Ella me cogió la mano para tranquilizarme. «Nunca te había visto tan nerviosa antes», dijo. «¡Una mujer de tu edad, montando tanto jaleo por una cosa así!». Era un alma cándida, pero ignoraba todo lo que no fueran sus tareas de la prisión.

Al día siguiente no soltaron a Minnie Eddy, como había esperado. Por el contrario, al sospechar que alguien la estaba alimentando en secreto, la celadora jefe ordenó que se la trasladara a la celda ciega. Discutí con la señorita Smith que Minnie podía morir si seguía a pan y agua y se la obligaba a dormir sobre el suelo húmedo. Lilah me dijo entre dientes que me ocupara de mis asuntos. Esperé unos días más y después le dije al alcaide que tenía que verle urgentemente por un asunto. La señorita Smith sospechó sin duda los contenidos de mi sobre cerrado, pero no se atrevía a retener las cartas dirigidas al señor Painter. Este acudió y le informé del caso de Minnie. Esa misma tarde se la envió de vuelta a su celda.

El Día de Acción de Gracias se le permitió ir al comedor para la cena especial, que consistía en cerdo de una calidad dudosa. Privada de comida durante días, comió con avidez. Una semana antes, su hermana le había enviado una cesta de fruta y, como un privilegio, a Minnie le permitieron recibirla. La mayoría se había podrido en el intervalo y le advertí de que no la tocara, prometiéndole enviarle huevos y otras cosas de mis provisiones. A medianoche la ordenanza de color me despertó para decirme que había escuchado a Minnie gritar de dolor y que, cuando había llegado a su celda, se había encontrado a la mujer desmayada en el suelo. Su puerta estaba cerrada y no se atrevía a llamar a la señorita Smith. Insistí en que se la convocara. Después de un rato, escuchamos gruñidos en la celda de Minnie, seguidos de un llanto, y después los pasos de la celadora que se alejaban. La ordenanza informó de que la señorita Smith había arrojado agua fría sobre

Minnie, la había sacudido varias veces y le había ordenado levantarse del suelo.

Al día siguiente trasladaron a Minnie a una celda aislada trasera, con solo un colchón en el suelo. Entró en delirio y sus gritos resonaban por el pasillo. Supimos que se había negado a comer y que se le había intentado alimentar por la fuerza. Pero era demasiado tarde. Murió el día veintidós de su castigo.

Las desgracias y tragedias de la vida en prisión se agravaban por las tristes noticias del exterior. La mujer de mi hermano Herman, nuestra hermosa Ray, había muerto de complicaciones cardíacas. Helena estaba en un estado de ánimo terrible. No había recibido noticias de David desde hacía semanas y estaba fuera de sí pensando que algo le podría haber pasado.

Un rayo de luz llegó con la conmutación de la pena de muerte de Tom Mooney por cadena perpetua. Era un simulacro de justicia encerrar de por vida a un hombre que había demostrado su inocencia mediante los testigos mismos del Estado. No obstante, la conmutación era un logro que se debía principalmente, tenía la sensación, al eficaz trabajo que había hecho nuestra gente. Sin la campaña que Sasha, Fitzi y Bob Minor habían iniciado en San Francisco y Nueva York, no habría habido manifestaciones en Rusia y en otros países europeos. Fue el alcance internacional del caso Mooney-Billings lo que había hecho efecto sobre el presidente Wilson hasta el punto de convencerle para iniciar una investigación federal. La misma fuerza moral le había empujado a interceder ante el gobernador de California por la vida de Mooney. La agitación que habían organizado Sasha y sus compañeros había finalmente arrebatado a Mooney de las garras de la muerte. Se había ganado tiempo para trabajar más y devolver la libertad a Mooney y Billings. Estos acontecimientos me hacían feliz y estar orgullosa de Sasha y de sus ímprobos esfuerzos. Deseaba fervientemente que él

pudiera estar libre para culminar la victoria que casi le había costado la vida.

La prisión estaba en cuarentena y todas las visitas suspendidas, con la excepción, por supuesto, de las presas que entraban y salían. Llegaron unas cuantas nuevas, entre ellas Ella. Venía con una condena federal y trajo consigo algo que yo había echado mucho de menos: compañía intelectual con un espíritu afín. Mis compañeras reclusas habían sido muy amables conmigo y no me había faltado afecto, pero pertenecíamos a mundos diferentes. Solo habría conseguido avergonzarlas de su falta de educación si hubiera desvelado mis ideas ante ellas o les hubiera hablado de los libros que leía. Pero Ella, aunque aún no tenía veinte años, compartía mi concepto de la vida y mis valores.

Era una chiquilla proletaria, familiarizada con la pobreza y la penuria, enérgica y con conciencia social. Amable y comprensiva, era como un rayo de sol, que traía ánimos a sus compañeras presas y una gran alegría para mí. Las mujeres la buscaban con avidez, aunque para ellas era un enigma. «¿Por qué estás aquí?», le preguntó una reclusa a Ella. «¿Por carterista?». «No». «¿Por buscona?». «No». «¿Vendes droga?». «No», se rio Ella. «Por ninguna de esas cosas». «Pues, ¿qué otra cosa puedes haber hecho para que te caigan dieciocho meses?». «Soy una anarquista», contestó Ella. A las chicas les pareció muy gracioso ir a la cárcel solo «por ser algo».

Se acercaba la Navidad y mis compañeras estaban muy nerviosas preguntándose qué les traería el día más importante de todos. En ningún otro lugar muestra el cristianismo menos sentido que en una cárcel, en ningún otro lugar se desafían tan sistemáticamente sus preceptos, pero los mitos son más potentes que los hechos. Su ascendencia sobre los que sufren y se desesperan es aterradoramente fuerte. Pocas de las mujeres podían esperar algo del exterior, algunas no tenían a nadie que pensara siquiera en ellas. Y aun así se aferraban a la esperanza de que el día del nacimiento del Salvador les traería alguna gentileza. La mayoría de las convictas, de

mentalidad infantil, hablaban de Santa Claus y de los calcetines con fe ingenua. Les ayudaba en su degradación y su miseria. Dejadas de la mano de Dios, olvidadas por el hombre, ese era su único refugio.

Mucho antes de que llegara la Navidad empezaron a llegar regalos para mí. Miembros de mi familia, camaradas y amigos me inundaron prácticamente con regalos. Mi celda empezó a parecerse a unos grandes almacenes, y cada día llegaban algunos paquetes más. Como de costumbre, nuestro querido Benny Capes, en respuesta a mi petición de baratijas para las reclusas, envió un enorme encargo. Pulseras, pendientes, collares, anillos y broches, suficientes como para que los almacenes Woolworth se avergonzaran; y cuellos de encaje, pañuelos, medias y otras cosas en cantidad suficiente como para competir con cualquier tienda de la calle Catorce. Otros fueron igualmente generosos. Mis viejos amigos Michael y Annie Cohn fueron especialmente espléndidos. Inválida desde hacía años y en sufrimiento constante, Annie pensaba todavía más en los demás. Poseía sin duda un espíritu precioso, valiente paciencia y desprendida generosidad. Amigos fieles durante un cuarto de siglo, Annie y Michael siempre habían sido los primeros en venir en nuestra ayuda cuando lo necesitábamos, cooperando en nuestros esfuerzos dentro del movimiento, compartiendo nuestras cargas, ayudando y donando sin racanería. No pasaba apenas una semana de mi encierro sin que llegara una carta de ánimo y regalos de su parte. Para Navidad, Annie me envió un paquete especial, todo preparado con sus propias manos, como escribía Michael afectuosamente. ¡Maravillosa Annie, una mártir de las dolencias físicas, que cada vez estaba peor y que vivía únicamente por su entrega a los demás!

Fue un problema dividir los regalos para dar a cada una lo que más le podría gustar, pero sin despertar envidias o sospechas de preferencias y favoritismos. Convoqué a tres de mis vecinas y, con sus consejos expertos y su ayuda, jugué a ser Santa Claus. En Nochebuena, mientras las compañeras asistían al cine, una celadora nos acompañó y abrió las celdas

para nosotras con los delantales rebosantes de regalos. Con sigilosa alegría revoloteamos por los pabellones, entrando por turnos en cada celda. Cuando las mujeres regresaron del cine, el bloque resonaba con exclamaciones de felicidad atónita. «¡Ha venido Santa Claus! ¡Me ha traído algo increíble!». «¡A mí también, a mí también!», se repetía de celda en celda. Mis navidades en la penitenciaría de Misuri me trajeron más gozo que muchas de las anteriores. Estaba agradecida a los amigos que me habían permitido traer un rayo de sol a las vidas oscuras de mis compañeras de infortunio.

En Nochevieja, de nuevo, la prisión se llenó de hilaridad ruidosa. Afortunadas sin duda aquellas para quienes cada año se acerca más la esperada hora de su liberación. No era así para las pobres criaturas encerradas de por vida. Para ellas no había esperanza o alegría ninguna con la llegada del Año Nuevo. La pequeña Aggie se quedaba en su celda, lamentándose sobre su suerte. Daba pena ver a la pobre mujer, marchita a los treinta y tres, habiendo pasado todos los años, desde que cumplió dieciocho, en la penitenciaría. La habían condenado a muerte por un asesinato a resultas de una pelea de borrachos tras una partida de cartas entre el marido de Aggie y un invitado. Probablemente no había sido la joven esposa la que había blandido el atizador letal, pero su «propio hombre» se las había apañado para sacudirse la responsabilidad. Había manipulado las pruebas de la fiscalía y eso contribuyó a condenar a la joven. Su extremada juventud le había librado de la horca; se le conmutó la condena por cadena perpetua. Aggie me parecía un ser de lo más tierno y amable, capaz de crear fuertes vínculos. Después de pasar diez años en la cárcel se le había permitido tener un perro que le había traído alguna visita. Su nombre era Riggles y era una bestia feísima. Pero para Aggie era la belleza personificada, lo más preciado que poseía y su única atadura a la vida. Ninguna madre ha dado más amor y atención a su hijo que Aggie a su mascota. Nunca habría pedido nada para ella, pero mendigaría por Riggles.

Cómo brillaban sus ojos, habitualmente inertes, cuando cogía a Riggles en sus brazos… era la clave que revelaba el hambre de amor de una desgraciada, a la que la estupidez de la ley consideraba una criminal irredenta.

Y estaba mi otra vecina, la señora Schweiger, una «mala mujer», como la llamaba la celadora jefe. Una católica devota, trágicamente emparejada, que no tenía la salida del divorcio. La mala salud, que la incapacitaba para tener hijos, aumentaba la tristeza y soledad de su vida. Su marido buscaba solaz con otras mujeres y a ella solo le quedaba rumiar y llorar, presa en su propia casa. En un arranque de melancolía homicida, le metió en el cuerpo todo el cargador de una pistola. Era de origen alemán, lo que no contribuía a que Lilah Smith la apreciara.

Con el Año Nuevo llegó la conmoción de la muerte de David. Durante meses los rumores sobre el final del chico se habían cernido como un sudario sobre su familia. Las llamadas de Helena a Washington pidiendo noticias de su hijo no habían surtido efecto. El gobierno de los Estados Unidos había cumplido con su deber: había embarcado a David con otros miles a los campos de Francia. No podía preocuparse de la angustia de los que se quedaban detrás. Stella se enteró de la muerte de David por medio de un oficial que regresaba de Francia.

El chico había preferido una posición de responsabilidad, aunque peligrosa, a la seguridad de la orquesta militar a la que le habían asignado, le informó a Stella su camarada. Perdió la vida el 15 de octubre de 1918, en el Bois de Rappe, en los bosques de Argonne, murió un mes antes del armisticio, en plena potencia y gloria de su juventud. Mi pobre hermana aún ignoraba el golpe que le esperaba. Se le informaría en cuanto se recibiera la confirmación oficial, decía la carta de Stella. Podía imaginar el efecto que tendrían en Helena las terribles noticias y me sentí enfermar de temor por ella.

Por primera vez en meses tuve una visita de nuevo, nuestra querida amiga y colega M. Eleanor Fitzgerald, «Fitzi». Tras nuestro encarcelamiento había aceptado un puesto con los Provincetown Players, en el que trabajaba con tanto afán como lo hacía con nosotros. Al mismo tiempo continuaba sus actividades en la campaña Mooney-Billings, en la Liga por la Amnistía de los Presos Políticos a la vez que se encargaba de cuidar de nuestros chicos en la cárcel. En cuanto la vi, me di cuenta de lo duro que debía haber estado trabajando. Parecía rendida y fatigada, y me arrepentí de haberla regañado en una carta porque hacía mucho que no me escribía.

Pasó por Jefferson de regreso a casa del Congreso Mooney en Chicago. Había también ido a ver a Sasha en Atlanta. Su visita, me dijo, había resultado de lo más insatisfactoria, porque había sido muy breve y bajo una severa vigilancia. Pero había conseguido pasarle una nota para mí. No había tenido noticias directas de Sasha desde el último día de nuestro juicio, hacía ya un año, y la caligrafía tan familiar me puso un nudo en la garganta. Las respuestas de Fitzi a mis preguntas eran evasivas y sospeché que Sasha no estaba bien. Estaba pasando una época terrible, admitió ella con reticencias. Le habían metido en la mazmorra por hacer circular una protesta al alcaide en contra del aporreamiento brutal a presos indefensos. Se había ganado la enemistad jurada de los funcionarios por denunciar el asesinato sin provocación previa de un joven recluso negro, al que dispararon en la espalda por insolente. Se le habían negado todos sus paquetes de Navidad, excepto uno. Los otros regalos que se le habían mandado adornaron la mesa de los funcionarios. Parecía demacrado y enfermo, dijo Fitzi. «Pero ya conoces a Sasha», se apresuró a añadir. «Nada puede quebrar su espíritu o enturbiar su sentido del humor. Bromeó y se rio mientras estuve con él y yo me sumé, tragándome las lágrimas». Sí, conocía a Sasha y estaba segura de que sobreviviría. Solo ocho meses más. ¿Acaso no habría demostrado su poder de resistencia durante los catorce años en Pensilvania?

Tampoco pudo decirme Fitzi nada que me animara mucho acerca del Congreso Mooney de Chicago, que ella había ayudado a organizar. La mayoría de los políticos laboristas se afanaban en minimizar las actividades por Mooney, me contó. Había una descorazonadora falta de unanimidad a favor de una huelga general por Mooney y Billings. Además, se notaba un intento deliberado de acallar la publicidad. Se empleaban métodos más «diplomáticos» para liberar a los hombres. Se desactivaba la participación de los anarquistas. Habían sido los primeros en dar la alarma sobre los casos de San Francisco, y Sasha se había consagrado al trabajo, incluso arriesgando su vida. Ahora los anarquistas y sus esfuerzos quedaban fuera de la lucha. No era la primera vez, ni sería la última, que los anarquistas se quemaban los dedos para sacar las castañas del fuego a los demás pero, si Billings y Mooney recuperaban su libertad, sería una compensación más que suficiente para nuestro trabajo. Fitzi, por supuesto, no tenía la intención de aflojar en sus esfuerzos para lograr una huelga general, y yo sabía que la valiente muchacha daría todo de sí.

Lo más duro de soportar en la cárcel es la impotencia para consolar a los seres queridos que sufren. Mi hermana Helena me había dado mucho más afecto y cuidado que mis padres. Sin ella, mi infancia habría sido mucho más desoladora. Me había ahorrado muchos golpes y consolado las penas y dolores de mi juventud. Y ahora, en su momento de mayor necesidad, no había nada que pudiera hacer.

Si solo pudiera creer que mi hermana era aún capaz, como en el pasado, de sentir el sufrimiento de toda la humanidad, entonces le indicaría que había otras madres golpeadas, cuya pérdida era tan aguda como la suya, y tragedias más terribles que la muerte de David. Tiempo atrás Helena lo habría entendido y su dolor se habría fundido en el sufrimiento universal. ¿Lo haría ahora? En las cartas de mi hermana Lena y de Stella podía ver

que los brotes de simpatía social de Helena se habían secado con las lágrimas que había vertido por su hijo.

El tiempo todo lo cura y curaría también las heridas de mi hermana, pensé. Me aferré a ese rayo de esperanza y esperé con ansia mi próxima liberación, cuando podría llevarme a mi querida hermana a algún sitio y tal vez aportarle algo de paz mediante una comunión amorosa.

Aún mi pena se vio aumentada por otra pérdida, la de mi amiga Jessie Ashley, valiente rebelde. Jessie se había involucrado más que ninguna otra mujer americana de su posición social con el movimiento revolucionario. Había jugado un papel vital en las actividades de la I.W.W., las campañas de la libertad de expresión y del control de natalidad, aportando sus servicios y muchos de sus medios. Había estado a nuestro lado en la Liga contra el Reclutamiento y en todos los movimientos que hicimos en contra del alistamiento y de la guerra. Cuando a Sasha y a mí nos pidieron una fianza de cincuenta mil dólares, Jessie Ashley fue la primera en contribuir a ellas con diez mil dólares en efectivo. Las noticias de su muerte, tras una breve enfermedad, llegaron por sorpresa. David y Jessie, uno de mi propia sangre, la otra mucho más cercana en espíritu; sus muertes me afectaron profundamente. Pero fue el destino horrible de otras dos personas, que yo solo conocía de nombre, lo que resultó ser un golpe aún mayor, la muerte de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht.

La socialdemocracia había sido su objetivo y los anarquistas su particular *bête noire*. Nos habían combatido, a nosotros y a nuestras ideas, no siempre con medios limpios. Finalmente, la socialdemocracia triunfó en Alemania. La ira popular había echado al káiser aterrado del país, y la breve revolución había finalizado con la dinastía Hohenzollern. Alemania se proclamó una república con los socialistas al timón político. Pero, ¡oh, la cruel ironía en las sombras de Marx! Luxemburgo y Liebknecht, que habían ayudado a construir el partido socialista de Alemania, fueron aplastados por el régimen de sus camaradas ortodoxos, que se habían alzado con el poder.

En Pascua llegó el despertar de la primavera, que inundó mi celda de calor y la llenó del perfume de las flores. La vida adquiría nuevos sentidos, ¡solo me quedaban seis meses hasta la libertad!

Abril nos trajo la compañía de otra presa política, la señora Kate Richards O'Hare. La había conocido en una ocasión, cuando me visitó en la cárcel, durante su visita a Jefferson City para ver al gobernador Gardner. La habían condenado por la ley de espionaje, pero subrayaba que el Tribunal Supremo revocaría el veredicto y que, en cualquier caso, no cumpliría su sentencia en nuestra cárcel. Los modales dogmáticos y su creencia de que se haría una excepción a su favor me dieron una impresión desagradable, pero le deseé suerte. Cuando la vi vestida con el basto uniforme a rayas de la penitenciaría, esperando a ponerse en fila con nosotras, de camino al comedor, me dio lástima. Quise cogerla de la mano y decirle algo que suavizara sus primeras horas de cárcel, las más duras. Pero hablar o demostrar sentimientos estaba estrictamente prohibido. Además, la señora O'Hare tenía un aspecto intimidatorio. Era de estatura alta y se movía con altivez, su expresión parecía aún más rígida debido al cabello gris acerado. Me resultó difícil decir algo amable incluso cuando llegamos al patio.

La señora O'Hare era socialista. Yo había leído la pequeña publicación que editó junto con su marido, y su socialismo me había parecido insulso. Si nos hubiéramos encontrado en el exterior, probablemente habríamos discutido con furia y habríamos seguido siendo extrañas la una para la otra durante el resto de nuestras vidas. En la cárcel encontramos un terreno común y un interés humano en nuestra asociación diaria, que se demostró más vital que nuestras diferencias teóricas. También descubrí un corazón muy cálido bajo la frialdad exterior de Kate y me encontré con una mujer de sentimientos sencillos y tiernos. Pronto nos hicimos amigas y mi cariño por ella aumentó proporcionalmente a medida que su personalidad se desplegaba ante mí.

Enseguida a las tres políticas, Kate, Ella y yo, nos apodaron «la trinidad». Pasábamos mucho tiempo juntas y nos hicimos muy próximas. Kate tenía la celda de mi derecha y Ella estaba al otro lado de ella. No ignorábamos a nuestras compañeras presas, ni nos negábamos a estar con ellas, pero, intelectualmente, Kate y Ella crearon un nuevo mundo para mí y yo disfrutaba de sus intereses, de su amistad y de su afecto.

A Kate O'Hare le habían separado de sus cuatro hijos, el más joven de solo ocho años, un calvario que habría puesto a prueba la fortaleza de muchas mujeres. Kate, sin embargo, estuvo espléndida. Sabía que sus hijos estaban bien cuidados por su padre, Frank O'Hare. Además, en inteligencia y madurez, sus hijos estaban por encima de su edad. Eran auténticos camaradas de su madre y no solamente los frutos de su vientre. Su espíritu era el gran apoyo moral de Kate.

Frank O'Hare visitaba a Kate cada semana y, en ocasiones, incluso más a menudo y la mantenía en contacto con sus amigos y su trabajo. Mimeografiaba sus cartas y las hacía circular por el país. Se le ahorraba así a Kate ese aspecto amargo del encierro. Otro factor adicional que le ayudó durante el periodo más duro fue su extraordinaria capacidad de adaptación. Era capaz de encajar en cualquier situación y adaptar todo a su manera tranquila y metódica. Incluso los ruidos horribles del taller y su ritmo enloquecido parecían no surtir efecto en ella. A pesar de todo, sufrió un colapso cuando aún no llevaba dos meses con nosotras. Había sobrestimado su fuerza cuando intentó dominar la tarea antes de lo que ninguna de nosotras habíamos sido capaces de hacerlo.

Pero Kate conservó el valor y recibió mucho apoyo de Frank, que ya había comenzado a trabajar en su indulto. La habían condenado por un discurso antibélico, pero los O'Hare tenían muchas conexiones políticas. Era por tanto bastante posible que Kate no tuviera que pasar mucho tiempo en la cárcel. Yo había rechazado la oferta de amigos de pedir clemencia en mi nombre. Pero para Kate, que creía en la maquinaria política, era

diferente. Yo esperaba, no obstante, que en su apelación también incluyera al resto de los presos políticos.

Mientras tanto, Kate estaba logrando los cambios en la prisión de Misuri que yo había intentado en vano conseguir durante catorce meses. Tenía la ventaja de la presencia cercana de su marido en St. Louis y del acceso a la prensa y, a menudo, discutíamos sonoramente sobre cuál de los dos factores era más valioso. Sus cartas a O'Hare, en las que criticaba la falta de una biblioteca para mujeres y denunciaba que nuestra comida se quedaba enfriando durante dos horas antes de que la sirvieran, habían aparecido en el *Post Dispatch* y produjeron mejoras inmediatas. La celadora jefe anunció que ya se podían coger prestados libros del edificio de los hombres y la comida se servía caliente «por primera vez en los diez años que llevo aquí», como comentó Aggie.

En el ínterin, el alcaide aportó una cosa nueva que no tenía que ver con la influencia de Kate. Se anunció que cada dos sábados tendríamos un pícnic en el parque municipal. Era una novedad tan extraordinaria que nos inclinamos por considerarlo una broma; demasiado bueno para ser cierto. Pero cuando nos reiteraron que la primera salida se haría realmente al sábado siguiente y que podríamos pasar toda la tarde en el parque, donde la banda masculina tocaría música de baile, las mujeres perdieron la cabeza y se olvidaron de las normas de la prisión: reían y lloraban, gritaban y se comportaban como si todas se hubieran vuelto locas. La semana transcurrió entre tensión y nerviosismo, todo el mundo trabajaba hasta el agotamiento para terminar la tarea y no quedarse sin el gran día que se avecinaba. Durante el recreo solo se hablaba del pícnic y, por las noches, el pabellón se llenaba de conversaciones en susurros sobre el inminente acontecimiento: cómo arreglarse para estar guapa, cómo nos sentiríamos caminando por el parque, si los chicos de la banda estarían lo bastante cerca como para hablar con ellos... Nunca hubo debutantes más trastornadas por su primer baile que

estas pobres criaturas, la mayoría de las cuales no había puesto el pie fuera de los muros de la cárcel desde hacía décadas.

El pícnic se celebró, pero para nosotras, Kate, Ella y yo, fue una experiencia horripilante. Delante y detrás de nosotras había guardas fuertemente armados, y no se nos permitía dar un paso fuera del área prescrita. Los guardas rodeaban a la orquesta de la prisión, mientras que las celadoras no perdían a una sola mujer de vista cuando empezó el baile. La comida fue de lo más deprimente. Todo el asunto era una farsa y un insulto a la dignidad humana. Pero para nuestras desgraciadas compañeras convictas era como el maná para los judíos en el desierto.

En mi siguiente carta a Stella cité *La carga de la brigada ligera* de Tennyson. A la semana siguiente, el alcaide me mandó llamar para preguntarme qué quería decir con la referencia. Le dije que prefería quedarme en mi celda el sábado por la tarde antes que hacer un pícnic por la gracia de una fuerza armada. No había peligro de que se escapara ninguna mujer, pues el campo abierto no ofrecía ningún escondite. «¿No ve, señor Painter, que no es el parque lo que será una buena influencia?», le reclamé. «Lo será su confianza en las mujeres, la sensación que ellas tengan de que, al menos una vez cada dos semanas, se les da la ocasión de eliminar la prisión de sus consciencias. La sensación de libertad y de liberación infundirá una nueva moral entre las reclusas».

El sábado siguiente había menos guardas y no exhibieron sus armas ante nuestras narices. Se abolieron las limitaciones de espacio y todo el parque fue para nosotras. Los chicos de la banda pudieron juntarse con las chicas en el puesto de refrescos e invitarlas. Nuestras comidas en el parque se terminaron, porque supervisarlas resultó ser una tarea demasiado dura para las dos celadoras. Pero no nos importó a nadie, porque nos concedieron dos horas de recreo en el patio de la cárcel después del almuerzo. Las reclusas tenían ya algo que esperar y por lo que vivir. Su estado mental cambió, trabajaban con más brío y disminuyeron su antiguo malestar e irritabilidad.

Un día llegó un visitante inesperado, S. Yanofski, el editor de nuestro semanario anarquista yidis en Nueva York. Estaba de gira de conferencias hacia California y no podía pasar por Jefferson City sin verme, me dijo. Me gustó saber que mi férreo oponente y censor de antaño se había desviado de su camino para hacerme una visita. Su postura ante la guerra, y especialmente su adoración por Woodrow Wilson, lo había alejado completamente de mí. Era descorazonador que un hombre de su habilidad y su perspicacia se dejara llevar por la psicosis general. Pero, después de todo, su incoherencia no era peor que la de Piotr Kropotkin, que había liderado el camino que todos los demás anarquistas probélicos habían seguido. Yanofski, sin embargo, había llegado muy lejos en su entusiasmo por los aliados. Había escrito un auténtico panegírico sobre Woodrow Wilson y había empleado su poética elocuencia, hablando de «el orgullo del Atlántico», que trasladaría a su héroe a las costas europeas para el gran festival de la paz. Tal idolatría de un viejo caballero por parte de otro escandalizaba no solo a mis principios sino a mi idea del buen gusto.

Nuestra condena y la forma vergonzosa en la que nos habían despachado de Nueva York debió conmover algo muy profundo en el corazón de Yanofski. Escribió y habló en nuestra defensa, ayudó a recoger fondos y mostró mucha preocupación por nuestra suerte. Pero había sido en especial su lucha por rescatar a Sasha de la trampa de San Francisco lo que había vuelto a acercarnos a Yanofski y a mí. Su entregada cooperación y su auténtico interés por Sasha me lo habían revelado capaz de una camaradería devota que nunca antes habría sospechado en él.

Mi correo había sido de nuevo retenido durante diez días. Los contenidos de dos de las cartas fueron considerados de naturaleza traidora. En ellas había ridiculizado al comité del congreso que estaba investigando el bolchevismo en América; también había atacado la autocracia arrogante del fiscal general A. Mitchell Palmer y su régimen, así como a los señores Lusk y Overman,

los senadores del estado de Nueva York que escarbaban en el radicalismo. Esos Rip van Winkle[24] se despertaron súbitamente para descubrir que algunos de sus compatriotas habían estado pensando y leyendo sobre las condiciones sociales, y que otros elementos subversivos incluso se habían atrevido a escribir libros sobre el asunto. Era un delito que se debía cortar antes de que brotara del todo, si es que queríamos salvar las instituciones americanas. Entre estas obras insidiosas, las de Goldman y Berkman eran las peores, y *Memorias de la cárcel* y *Anarquismo y otros ensayos* merecían figurar en el *Index Expurgatorius*.[25]

Mi correo retrasado me trajo noticias de Harry Weinberger sobre el trato a Sasha en la prisión federal de Atlanta y de la protesta ante Washington de nuestro abogado en relación a ello. Sasha había sido recluido en una mazmorra subterránea, privado de todos sus privilegios, incluyendo correo y material de lectura, y castigado a una dieta reducida. El aislamiento le estaba quebrando la salud y Weinberger había amenazado con una campaña publicitaria contra la evidente persecución de su cliente por parte de la administración penitenciaria. Nuestros camaradas Morris Becker y Louis Kramer, así como otros presos políticos en Atlanta, compartían la misma suerte.

Entre mis cartas había también una que detallaba la muerte horrible del brillante anarquista alemán Gustav Landauer. Una víctima prominente más se sumaba a Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Kurt Eisner. Landauer había sido detenido en relación con la revolución en Baviera. No satisfechos con fusilarle, la furia reaccionaria había recurrido a la daga para terminar su horrendo trabajo.

Gustav Landauer era uno de los guías espirituales de los *Jungen* (jóvenes), el grupo que se había separado del partido socialdemócrata alemán a principios de la década de los noventa. Junto con los demás rebeldes había fundado el semanario anarquista *Der Sozialist*. Dotado como

poeta y escritor, autor de una serie de libros de valor sociológico y literario, pronto convirtió su publicación en una de las más activas en Alemania.

En 1900, Landauer había pasado de una actitud comunista anarquista a lo Kropotkin al individualismo de Proudhon, cambio que implicaba también un nuevo concepto de la táctica. En lugar de la acción directa revolucionaria de masas, favorecía la resistencia pasiva, defendiendo los esfuerzos culturales y cooperativos como los únicos medios constructivos para un cambio social fundamental. Era una pura ironía del destino que Gustav Landauer, que se había vuelto tolstoiano, perdiera su vida en relación con un levantamiento revolucionario.

Mientras que los socialistas del káiser se afanaban en aniquilar a su propia familia política, el destino de su país se decidía en Versalles. Los dolores de parto de las negociaciones de paz fueron largos y angustiosos el resultado fue un bebé nacido muerto, más horrible en cierto sentido que la guerra. El efecto terrible en el pueblo alemán y en el resto del mundo daba totalmente la razón a nuestra postura contra la matanza que terminaría con todas las matanzas. Y Woodrow Wilson, ese inocente en el tablero de juego diplomático, ¡qué fácilmente había sido engañado por los tiburones europeos! El presidente de los Estados Unidos había tenido el mundo en la palma de su mano. ¡Qué patético era su fracaso, qué total su derrumbe! Me preguntaba qué sentiría nuestra adoradora *intelligentsia* americana al ver a su ídolo ya sin la protección de su máscara presbiteriana. La guerra que terminaría con todas las guerras finalizaba con una paz que llevaba una gran promesa de más guerras terribles.

Entre mis corresponsales literarios, disfruté mucho con Frank Harris y Alexander Harvey. Harris siempre había sido muy atento, me enviaba su revista y me escribía con frecuencia. Debido a su postura sobre la guerra, me llegaron pocas de sus epístolas el año anterior y ninguna copia del *Pearson*, del que Frank era editor. Pero en 1919 me permitieron recibir más

regularmente el correo. La publicación de Harris me gustaba más por sus editoriales brillantes que por su actitud social. Estábamos demasiado distanciados en la concepción de los cambios necesarios para aliviar a la humanidad. Frank se oponía al abuso de poder, yo al poder mismo. Su ideal era un déspota benevolente que gobernara con una cabeza sabia y una mano generosa; yo le discutía que «no existe un animal así» y que no podría existir. A menudo chocábamos, pero nunca de forma brusca. Su encanto no radicaba en sus ideas, sino en su cualidad literaria, en su pluma ingeniosa e incisiva y en sus comentarios cáusticos sobre los temas y los hombres.

Nuestra primera pelea, sin embargo, no fue sobre teorías. Había leído *The Bomb* y me había conmovido mucho su potencia dramática. Le faltaba un poco de fondo histórico real pero, en tanto ficción, el libro era de primer orden y me parecía que ayudaría a despejar los prejuicios ignorantes sobre mis camaradas de Chicago. Había incluido el libro entre la literatura que vendíamos en mis conferencias, Sasha lo había reseñado en *Mother Earth* y lo habíamos publicitado en nuestras columnas.

La señora Lucy Parsons, viuda de Albert Parsons, nos había censurado sin paliativos por ello. Se oponía a *The Bomb* porque Harris no se había atenido a los hechos reales y también porque Albert quedaba en las páginas del libro como un personaje más bien gris. Frank Harris defendía que había escrito una novela, no una historia del dramático acontecimiento. En ese aspecto, yo no tenía nada que decir. Pero la señora Parsons tenía toda la razón del mundo al rechazar la concepción errónea que tenía Harris de Albert Parsons.

Le había expresado mi sorpresa a Frank ante su aparente fracaso a la hora de apreciar la personalidad de Parsons. Lejos de ser gris o débil, fue, junto con Louis Lingg, el héroe del drama. Parsons se había dirigido deliberadamente a la arena para compartir el destino de sus camaradas. Hizo más: despreció la ocasión de salvar su propia vida aceptando un indulto porque este no incluía las vidas del resto de los hombres.

En respuesta, Frank explicó que había convertido a Lingg en la personalidad más destacada de su novela porque le impresionó la decisión, intrepidez y estoicismo del chico. Había admirado el desprecio de Lingg por sus enemigos y la elección orgullosa de morir por su propia mano. Puesto que no podía tener dos héroes en su historia, dio preferencia a Lingg. En mi carta siguiente, le señalaba el hecho de que los mejores escritores rusos, como Tolstói y Dostoyevski, a menudo tenían más de un héroe en sus obras. Además, el agudo contraste entre Parsons y Lingg habría realzado el interés dramático de *The Bomb* si la auténtica grandeza de Albert Parsons se hubiera descrito con fidelidad. Harris admitió que los valores de la tragedia de Haymarket no se habían agotado de ningún modo con su libro; tal vez algún día escribiría una historia desde otro punto de vista, con Albert Parsons como la figura dominante.

La correspondencia con Alexander Harvey me divirtió mucho. Era un adorador del altar de la cultura griega y latina; no tenía en gran estima nada de lo que había venido después. «Créeme», decía una de sus cartas, «el más auténtico objetor de conciencia fue Sófocles. La decadencia de los antiguos va de la mano con la pérdida de libertad. Tú misma me recuerdas a Antígona. Hay algo espléndido y griego en tu vida y en tu mensaje». Quise que me explicara la existencia de la esclavitud en su amado mundo antiguo, y le pedí que me iluminara sobre cómo era posible que yo, que nunca había ojeado una gramática griega o latina, valorara la libertad por encima de todo lo demás. Su única explicación fue enviarme varios volúmenes de obras de teatro griegas en su traducción inglesa.

Mi biblioteca había crecido con muchos libros que me enviaban los amigos, entre ellos obras de Edward Carpenter, Sigmund Freud, Bertrand Russell, Blasco Ibáñez, Barbusse y Latzko. *Diez días que estremecieron al mundo,* el apasionante relato de John Reed, me ayudó a olvidarme de mi entorno. Dejé de ser una prisionera en la penitenciaría de Misuri y me sentí trasladada a Rusia, atrapada en la intensa tormenta, arrastrada e identificada

con las fuerzas que habían traído el cambio milagroso. La narración de Reed era totalmente distinta a todo lo que había leído sobre la Revolución de octubre, diez gloriosos días, sin duda, un terremoto social cuyos temblores sacudían el mundo entero.

Cuando aún estaba inmersa en la atmósfera rusa recibí, significativa coincidencia, una cesta de rosas de un rojo profundo, encargadas por Bill Shatoff, desde Petrogrado. Bill, nuestro colaborador en tantas luchas en América, nuestro jovial camarada y amigo, en medio mismo de la revolución, rodeado de enemigos dentro y fuera, enfrentándose al peligro y a la muerte, ¡aún pensaba en mandarme flores!

---

[23] Jeffreys, George (¿1645?-1689). Juez inglés famoso por la brutalidad con la que castigó a los implicados en la rebelión de Monmouth, durante las llamadas «Sesiones sangrientas» (1685). *(N. de la T.)*.

[24] Personaje de un relato de Washington Irving que estuvo dormido durante veinte años. Se aplica a personas para las que los cambios pasan inadvertidos, especialmente los de pensamiento y actitudes sociales. *(N. de la T.)*.

[25] El *Index librorum prohibitorum* o *Índice de libros prohibidos* es una lista de aquellas publicaciones que la Iglesia católica catalogó como libros perniciosos para la fe; además establecía, en su primera parte, las normas de la Iglesia con respecto a la censura de los libros. Fue promulgado por primera vez a petición del Concilio de Trento por el papa Pío IV el 24 de marzo de 1551. *(N. del E.)* (Fuente: Wikipedia).

49

La vida en la cárcel, a no ser que se tengan intereses vitales fuera, es mortalmente aburrida. Hasta que llegó Kate, nuestra existencia en Jefferson no había sido una excepción. Pero la campaña de publicidad que mantenía Frank O'Hare por medio de las cartas de su mujer nos trajo muchas sorpresas y resultados inesperados. Tras la biblioteca y la comida caliente, llegó un contingente de reclusos fontaneros, carpinteros y mecánicos para instalar unas duchas. Después, los muros de nuestro pabellón se encalaron y empezaron los preparativos para encalar las celdas. Poco después, Kate recibió una oferta para que se le excusara del taller. «¿Es solo por el apoyo que tienes fuera?», le pregunté. «Mis amigos han intentado con todas sus fuerzas librarme del trabajo de la máquina y aún sigo aquí clavada». «¿Nunca has compartido un trabajo político con el señor Painter?», se rio Kate. «Somos amigos». «¿O sea que os conocíais anteriormente, por detrás del telón?», le pregunté. «Exactamente», se carcajeó Kate. «Y ahora ya entiendes por qué el señor Painter está dispuesto a hacer cosas por mí». Kate se negó a que la liberaran del taller, estropearía su oportunidad de ejercer la crítica de los males que había que reformar.

Mientras tanto, se supo que un investigador iba a visitar la penitenciaría. La camarilla investigadora habitual inspira a las presas cualquier cosa menos confianza. Este hombre, sin embargo, venía de *Survey*, una revista de investigación liberal. Winthrop Lane había publicado un informe sobre la

única huelga de presos políticos en las barracas disciplinarias de Leavenworth y nos había impresionado su comprensión de los indignados en prisión; su llegada por tanto se esperaba con suspense e interés.

Cuando me convocaron a la oficina, me sorprendió encontrarme a solas con el señor Lane. Fue una experiencia muy agradable poder conversar con un ser humano sin la vigilancia de la celadora jefe, a la que teníamos siempre que soportar durante las visitas. El señor Lane ya había inspeccionado los pabellones y las celdas de castigo en el ala de los hombres, y discutimos las instituciones penales en general. No le sugerí que visitara el taller, porque di por sentado que lo haría. Pero, para mi sorpresa, el señor Lane no vino a ver a las mujeres trabajando. El informe que hiciera, me temía, se quedaría cojo sin su observación personal de aquello que provocaba todas las penurias y problemas en la cárcel.

Pasé mi quincuagésimo cumpleaños en la penitenciaría de Misuri. ¿Qué otro lugar más adecuado para que una rebelde festejara una ocasión así? ¡Cincuenta años! Me sentía como si me hubiera echado quinientos años a la espalda, tan llena de acontecimientos había estado mi vida. Cuando me encontraba en libertad apenas había notado que los años se iban acumulando, tal vez porque cifraba mi verdadero nacimiento en 1889 cuando, siendo una chica de veinte años, llegué por primera vez a Nueva York. Como nuestro Sasha que, bromeando, siempre restaba de su edad los catorce años pasados en la penitenciaría del oeste, yo solía decir que mis primeros veinte años no se me podían echar en cara, porque apenas existía entonces. La cárcel, sin embargo, y mucho más la pobreza en todas las tierras extranjeras, la salvaje persecución de los radicales en América, las torturas a los que protestaban en todas partes, producían el efecto de envejecerme. El espejo solo miente a los que quieren ser engañados.

Cincuenta años, treinta de ellos en la línea de fuego, ¿habrían dado su fruto o había estado únicamente repitiendo la quimera vana de don Quijote?

¿Mis esfuerzos habían valido solo para llenar mi vacío interior, para encontrar una salida a las turbulencias de mi ser? ¿O era realmente el ideal el que había dictado mi curso consciente? Tales pensamientos y preguntas me bailaban en el cerebro mientras pedaleaba mi máquina de coser el 27 de junio de 1919.

La semana anterior me había puesto de nuevo enferma y el médico me había dicho que me quedara en la celda. El día de mi cumpleaños, como me sentía especialmente débil, me quedé en la cama, esperando que el doctor McNearney entendiera que necesitaba un descanso. Para mi sorpresa, llegó una ordenanza para decirme que el médico había dado órdenes de que regresara al taller. Estaba segura de que McNearney no sabía nada de esto y que era cosa de la celadora jefe. Pero estaba demasiado cansada de la lucha continua con ella y me arrastré hasta el trabajo. Al mediodía descubrí que la señora me había impuesto otro castigo. No había entregado las flores, los paquetes y la pila de correo que había recibido. Por la noche me encontré con la mitad de las flores y las plantas marchitas por el excesivo calor. Era una provocación, no las habían cuidado en absoluto y me pareció una mezquina venganza privarlas de agua y aire. Procedí a limpiarlas y bañarlas en agua salada. Algunas levantaron sus cabezas caídas y parecieron revivir. Transportaban tiernos mensajes de mi querida Stella y de muchos otros conocidos y desconocidos que me felicitaban. Una planta con una hermosa rosa trepadora procedía de mi trovador de tantos años, Leon Bass. Ninguna adversidad en su vida doméstica o en su negocio podía atenuar su interés en nuestras ideas y su dedicación a mí. Leon era un auténtico caballero andante, que servía sin esperar recompensa. Su solicitud por mi bienestar era muy conmovedora y un rasgo escaso entre los radicales, que parecen creer que la gente con una vida pública no tiene necesidades ni deseos personales.

Entre los cincuenta firmantes del mensaje de cumpleaños que recibí de Nueva York y los treinta y cinco de otro que vino de Los Ángeles, había

muchos nombres familiares. Llegó una caja de naranjas que un amigo cultivaba personalmente en California; lustrosas manzanas y conservas de Butler Davenport, mi amigo de muchos años, cuyos dramas se interpretaban en los coquetos teatritos que él mismo había construido en sus posesiones de Connecticut y Nueva York. Desde el este y el oeste llegaban los mensajes de felicitación, que expresaban aprecio por mi trabajo y la estima de los firmantes.

El afecto de mi propia familia había crecido con los años. Mi hermana Lena dejó crecer su amor por mí como una flor. Su vida, llena de penurias y dolor, podría haber corroído el corazón de muchas otras mujeres. Pero Lena se había vuelto más amable y comprensiva, incluso humilde. «No pretendo comparar mi amor por ti con el de Helena», me escribió una vez, «pero te quiero igualmente». Me remordía pensar en lo poco que la había querido en el pasado. Mi vieja madre también se había acercado mucho a mí en los últimos años. Me mandaba regalos, cosas que hacía con sus manos temblorosas. Su carta de cumpleaños, escrita en yidis, estaba llena de afecto por la más descarriada de sus hijas.

El recuerdo de Helena fue la única nube en el cielo de mi cumpleaños. Su hija Minnie había venido desde Manila para ayudar a su madre en su enorme pérdida. Pero mi hermana estaba envuelta en su preciada muerte y los vivos no podían hacer nada para aflojar el abrazo. Solo Helena me falló el día que antes siempre había llenado de amor. Pero yo lo entendía.

Me sentía muy rica, en realidad. Me había tocado afecto y lealtad en abundancia y esto era prueba de que mi vida y mi trabajo habían compensado el sufrimiento y los dolores.

Unos meses después de que llegara Kate, le concedieron el privilegio de su máquina de escribir y mis corresponsales la bendijeron desde ese momento y para siempre. «Qué alivio», escribían, «no tener que pasar horas adivinando tus jeroglíficos».

En una ocasión anterior, cuando compré una Blickensdoerfer, también se habían alegrado de librarse de la dura prueba de tener que descifrar mis cartas. Pero su regocijo había sido prematuro, porque mi mecanografía no resultó más legible que mi caligrafía. Intentaba mejorar, soportando estoicamente los dolores de cuello que me producía la práctica constante, pero los ingratos no parecían apreciarlo. Incluso sugirieron que debería psicoanalizarme para estudiar el peculiar complejo que me hacía presionar las teclas equivocadas. Seguían sacando faltas hasta a mis copias más perfectas. Pero, cuando Kate se convirtió en mi «secretaria», cesaron todas las quejas.

Ella era meticulosa en todo, especialmente en las cosas mecánicas, y aficionada a manejar máquinas por muy intrincadas que fueran. Su padre había sido mecánico y Kate creció en su taller, haciendo sus pinitos con la maquinaria desde que era una cría. Después se hizo ayudante de su padre y el mayor orgullo era su membresía del sindicato de maquinistas. Pero ¿qué es un carné de sindicato entre amigas? Con su corazón bondadoso, Kate esquiroleaba para mí. Además de la tarea diaria y de atender su propia correspondencia después del trabajo, también escribía mis cartas. Me aproveché sin vergüenza ninguna de su naturaleza amable y la exploté para mi correspondencia. Las autoridades federales me habían despojado de mi foro y de *Mother Earth*, mis cartas se convirtieron en mi estrado. La censura me había enseñado a expresar ideas proscritas con disfraces candorosos.

Discutí así acaloradamente con mi viejo camarada Jacob Margolis sobre los méritos y deméritos de la Rusia soviética. Estaba de acuerdo con él en el peligro que representaba la dictadura del proletariado para la revolución, pero combatía su falta de fe en los hombres que habían ayudado a que naciera Octubre y que estaban defendiendo sus conquistas frente a un mundo hostil. Subrayaba que llegaría un momento sin duda en el que los anarquistas tendrían que mostrarse en desacuerdo con el grupo de Lenin y

Trotski, pero no mientras Rusia estuviera en peligro por sus enemigos internos y externos. Mi camarada replicaba que no tenía en absoluto la intención de alinearse con los intervencionistas. Pero sin embargo le preocupaba mantener al anarquismo libre de cualquier afiliación con la escuela política que siempre nos había combatido en el pasado y que nos aplastaría en Rusia en cuanto sintieran que su maquinaria estatal fuera lo bastante fuerte para ello. Nuestra controversia se extendió durante bastante tiempo y resultó tan estimulante como una charla personal con Jake.

Otras cartas a los amigos de Nueva York eran en defensa de Robert Minor, nuestro colaborador en diversas campañas. Sus artículos por cable sobre Rusia, que habían aparecido en algunos diarios de Nueva York, provocaron mucha indignación en las filas radicales. Mientras que algunas de sus críticas a los bolcheviques eran plausibles, contenían pasajes que, evidentemente, no procedían de la pluma de Bob. Me parecía que sus informes estaban siendo manipulados. Insistí en que era infantil sospechar que todo el que no aceptaba el dictado de Lenin, Trotski o Zinoviev era un traidor. Eran humanos, como el resto de nosotros, y probablemente cometían errores. Llamar la atención sobre esto último no podía dañar a la revolución. En cuando a los relatos aparentemente incoherentes, había que esperar a que Robert Minor volviera a América y pudiera explicar las cosas.

Cuando Minor regresó a América, demostró que sus artículos europeos habían sido deliberadamente alterados en los despachos editoriales de Nueva York para perjudicar a Rusia y mermar su posición en las filas radicales. Planeaba ir a vernos a Sasha y a mí en cuanto nos liberaran y darnos un informe completo de la situación en Rusia.

Un artículo en *Liberator*, firmado por «X», contenía un violento ataque contra los anarquistas en Rusia. Max Eastman había asegurado a Stella que publicaría una refutación mía y dediqué varios domingos a hacer un análisis de las acusaciones que se hacían a mis camaradas rusos. Señalé que el escritor no había aportado una sola prueba de sus afirmaciones, que

mostraba una ignorancia capital sobre el tema y que incluso carecía del valor de firmar con su nombre. Le exigía que se presentara para poder discutir el asunto limpiamente. En una carta, Max Eastman elogiaba mi artículo y me aseguraba que pronto se publicaría. Pero no mantuvo su promesa y nunca publicó mi refutación.

No me sorprendió. En una ocasión anterior, Max Eastman ya había demostrado su peculiar concepto de la libertad de expresión y de la libertad de prensa. Su alma poética siempre había anhelado esos derechos para sí mismo y para su grupo, pero no para los anarquistas. Max Eastman estaba a la altura de la vieja tradición marxista.

La falta de imparcialidad en un oponente es esencialmente una señal de debilidad. Y, en honor a la verdad, Max Eastman no era ni fuerte ni valiente. La conversión espiritual durante su juicio y la repentina glorificación de las políticas del «mayor estadista en la Casa Blanca» daban testimonio de ello. Bueno, ¿y qué? Poseía otras dotes dignas del rescate de un rey. Era un poeta y muy guapo. Mejor un Napoleón en su propio dominio que un soldado raso en la batalla social.

Me entristeció enterarme de que Yekaterina Breshkovskaya había abandonado América sin contestar a mi petición. Tampoco había expresado ninguna protesta contra los crímenes que cometía el tío Sam en nombre de sus elevados ideales. La señorita Alice Stone Blackwell había cuestionado su silencio ante tanta injusticia. Como respuesta, la veterana luchadora dijo que no podía comprometer sus posibilidades de ayudar a los niños indigentes de Rusia, el fin por el que había venido a los Estados Unidos.

Las repetidas quejas de Kate sobre la injusticia de la situación de las presas federales finalmente trajeron a un investigador oficial para interrogarnos. Estábamos obligadas a hacer la misma tarea que las presas estatales y nos castigaban igual en caso de no conseguirlo. Pero no recibíamos los mismos beneficios. A las federales el paso al grado A solo

les daba derecho a una tercera carta, mientras que a las presas estatales se les recompensaba con una reducción de cinco meses por cada año y además les hacía candidatas a la libertad provisional. El investigador nos interrogó por separado. Una observación muy significativa que le hizo a Kate nos reveló su impotencia. «Usted y la señorita Goldman», dijo, «deben haber reforzado la columna vertebral de estas chicas. Siempre me cuesta que las presas hablen con franqueza. Pero esta vez se han expresado libremente y todas han contado la misma historia». Las presas federales se aferraban desesperadamente a la esperanza de que la investigación arrojara resultados. No traté de disuadirlas, aunque sabía que ni siquiera el señor Lane, del *Survey,* había conseguido que la revista aceptara su artículo crítico con las condiciones de nuestra cárcel.

Una nueva remesa de cartas de Frank Harris sirvió para fortalecer la admiración mutua que había surgido entre nosotros. Me habían impresionado mucho sus *Contemporary Portraits*, y le señalé los de Carlyle, Whistler, Davidson, Middleton y sir Richard Burton como los más logrados. Entre los relatos, yo había seleccionado «Montes the Matador», «The Stigmata» y «Magic Glasses». Escribí a Frank qué me parecían sus obras maestras literarias. Sabía que solía ofenderse si no se consideraban todas sus obras igualmente grandes, y me temía que mis preferencias desequilibraran nuestra amistad. Pero Frank Harris apiló carbones ardientes sobre mi cabeza pecadora llamándome «una crítica grandiosa y certera». «Pronto estarás libre», decía una de sus cartas, «y eso deleita mi alma, pero aún estaré hirviendo en las hogueras de los filisteos. ¿Por qué no me deportan? Eso me ahorraría el dinero del pasaje». Me pidió permiso para organizar un banquete en mi honor cuando me soltaran. No había mencionado a Sasha y le informé de que, aunque apreciaba su oferta, no podría aceptar ningún testimonio de un personaje público que no incluyera también a mi viejo amigo.

Margaret Sanger estaba preparando una recepción similar, me informó Stella. Me sorprendió mucho. La amistad se demuestra en los momentos de peligro. Cuando el destino de Sasha pendía de un hilo en relación con San Francisco, la señora Sanger no había ofrecido su ayuda ni mostrado interés. Había sido lo bastante amable como para dejar que su nombre apareciera en la lista de su comité publicitario, pero ningún líder radical había hecho menos. Aparte de eso, se había quedado cautelosamente en la retaguardia, aunque siempre había reclamado que era una amiga muy especial de Sasha. No tenía ningún deseo de ofender a la señora Sanger, pero tuve que rechazar su propuesta.

El 28 de agosto de 1919, Sasha y yo completamos veinte meses de nuestra condena de dos años. Aunque éramos unos malvados anarquistas, ambos habíamos conseguido cuatro meses por buena conducta. Habíamos cumplido con nuestro deber durante más tiempo que muchos de los chicos en las trincheras. Deberíamos haber sido licenciados honorablemente del servicio y nos tendrían que haber permitido regresar del frente carcelario. Pero el juez Julius Mayer había decidido otra cosa colocando un alto precio sobre nuestras cabezas. ¡Una multa de veinte mil dólares! Un comisionado de los Estados Unidos vino a la penitenciaría para interrogarme sobre mi situación financiera. No pareció creerme cuando le dije que la propaganda anarquista es un placer y no un negocio rentable. Aún dudó más cuando le expliqué que el káiser, en su precipitada huida de Alemania, había olvidado ocuparse de nuestro bienestar económico. El comisionado decidió «investigar el asunto». Mientras tanto, Berkman y yo tendríamos que cumplir un mes más como pago de nuestra multa, declaró. Dos meses por veinte mil dólares. ¿Cuándo habríamos esperado Sasha o yo ganar tanto dinero en tan poco tiempo?

Solo treinta días. Después vendría la liberación del odioso taller, del control, de la vigilancia, de las miles de humillaciones que implica la cárcel. Vuelta a la vida y al trabajo con Sasha. Vuelta a mi familia, camaradas y

amigos. Una fantasía seductora, que pronto espantaron las autoridades de inmigración. La isla de Ellis esperaba a dos huéspedes distinguidos. Me preguntaba quién sería la siguiente en pelearse por mis favores. ¿Sería Rusia, tanto tiempo esperada, o América, mi viejo amor? En nuestras fortunas inciertas solo una cosa era cierta: Sasha y yo afrontaríamos juntos el futuro como lo habíamos hecho siempre en el pasado.

Los últimos días se acercaban. Solo sentía una cosa: dejar allí a mis amigas. A la pequeña Ella, a la que quería como a una hija, aún le quedaban seis meses. Kate, que esperaba el indulto en cualquier momento, me preocupaba menos. Entonces Ella no tendría a nadie y me dolía separarme de ella. Y estaba también la pequeña Aggie, condenada a cadena perpetua, y Addie, la ordenanza de color condenada a diez años, y las otras desgraciadas a las que había llegado a querer. Había tratado de interesar a algunas de mis amigas de Nueva York por Addie. Algunas habían respondido ofreciéndole un trabajo cuando saliera en libertad provisional. ¿Sabía yo por qué «estaba allí», me preguntaban? ¿«Se portaría bien»? Nunca me decidí a preguntar a mis compañeras presas por qué delitos estaban allí. Esperaba a que me lo contaran espontáneamente. Le dije a Addie lo que me habían escrito mis corresponsales. «No las culpo», comentó. «Podrían pensar que estoy aquí por robar o por drogarme. Diles que estoy aquí por matar a mi hombre, que me engañaba». Las convictas tienen un código ético propio, les escribí de vuelta, y se puede confiar en que lo cumplen, más de lo que se puede decir de mucha gente libre. Alice Stone Blackwell no había hecho preguntas, le había ofrecido un empleo a Addie e incluso le pagaría el billete. Pero entonces había irrumpido la celadora jefe. Asustó a Addie diciéndole que «las amigas de Emma Goldman son todas bolcheviques y malas mujeres». Sería un obstáculo para sus posibilidades de libertad provisional si la junta se enteraba de que la protegía gente así. Addie me suplicó que no hiciera nada más por ella.

Durante mi encierro la muerte me había robado dos amigos más, Horace Traubel y Edith de Long Jarmuth. No me había enterado de su enfermedad y las noticias me conmocionaron. La belleza poética de la vida de Horace lo acompañó incluso hasta la tumba. La iglesia se incendió justo cuando sus amigos se reunían allí para darle un último homenaje. Las rojas llamas elevándose al cielo saludaron sus restos mortales. Parecía un símbolo apropiado para Horace Traubel, el hombre y el rebelde.

Edith de Long Jarmuth, con aspecto japonés, pelo negro azulado, ojos almendrados y piel blanca como el mármol, era como una flor de loto en suelo ajeno. Era una figura extraña y etérea, en su casa opulenta y pesadamente burguesa de Seattle. Más tarde, su apartamento en Riverside Drive, en Nueva York, se convirtió en el lugar de cita de los bohemios radicales e intelectuales. Edith era su imán y ella vivía en sus ideas y su trabajo. Sus propios intereses, sin embargo, no tenían raíces sociales: procedían de su querencia por lo exótico y lo pintoresco. En la vida como en el arte, Edith era una soñadora que carecía de fuerza creativa. Se la amaba más por lo que era que por lo que hacía. Su personalidad y su encanto naturales eran sus mayores dones.

Sábado, 28 de septiembre de 1919. Salí de la penitenciaría de Misuri acompañada de mi fiel Stella, que vino de Nueva York para la ocasión. Solo técnicamente libre, me llevaron al edificio federal para hacer una declaración jurada de que no poseía propiedades ni dinero en efectivo. El agente federal me miró de arriba abajo. «Vas vestida tan elegante, que me extraña que digas que eres pobre», comentó. «Soy multimillonaria en amigos», le contesté.

La fianza de quince mil dólares que exigía el Gobierno durante las investigaciones pendientes de la oficina de inmigración se avaló y finalmente quedé en libertad.

50

En St. Louis, los amigos, periodistas y cámaras que habían venido a recibirnos a la estación casi nos acosaron. No podía soportar ver a tanta gente y estaba deseando que me dejaran en paz.

Stella se inquietó cuando le dije que de camino al este pretendía parar en Chicago, donde vivía Ben. «Solo conseguirás perder la paz que has conseguido tras meses de lucha para liberarte de Ben», suplicó. No hay razón para angustiarse, le garanticé. En el aislamiento y soledad de la celda se encuentra el valor para enfrentarse a la desnudez del alma. Si se sobrevive a esta prueba, duele mucho menos la desnudez de otras almas. Me había abierto camino, con mucho trabajo y angustia, hacia un mejor entendimiento de mi relación con Ben. Había soñado con obtener el amor extático sin mezquindades y discordancias que pudieran condicionarlo. Pero había aprendido a ver que lo grande y lo pequeño, lo sublime y lo mezquino que componían nuestra vida eran brotes inseparables de la misma fuente, que fluían hacia una desembocadura común. En mi percepción clarificada, las cosas buenas de Ben ahora adquirían su relieve y lo pequeño ya no importaba. Alguien tan primitivo como él, siempre llevado por sus emociones, no podía hacer las cosas a medias. Daba sin medida y sin contención. Sus mejores años, su tremenda energía para el trabajo, me los había entregado a mí. No es raro que una mujer haga eso por el hombre al que ama. Miles de miembros de mi sexo habían sacrificado sus talentos y

ambiciones por el bien del hombre. Pero pocos hombres habían hecho lo mismo por las mujeres. Ben era uno de esos pocos; se había dedicado por completo a mis intereses. El sentimentalismo había guiado su pasión, así como su vida. Pero, como la naturaleza desatada, destrozaba con una mano los abundantes dones de la otra. Yo me había deleitado en la belleza y fuerza de su entrega y había reculado y luchado contra el egotismo que ignora y aniquila los obstáculos en el alma del amado. Eróticamente, Ben y yo éramos de la misma pasta, pero en un sentido cultural nos separaban siglos de tiempo. Para él los impulsos sociales, la simpatía por la humanidad, las ideas y los ideales eran impulsos del momento, pasajeros. No sabía cómo aprehender las certezas básicas ni la necesidad interna de hacerlas suyas.

Mi vida estaba ligada a la de la raza. Su herencia espiritual era la mía y sus valores se habían transmutado en mi ser. La lucha eterna del hombre estaba enraizada en mí. Eso constituía el abismo entre nosotros.

En la soledad de la prisión había vivido lejos de la presencia perturbadora de Ben. A menudo mi corazón lo había llamado, pero yo silencié su grito. Me había prometido, tras nuestra última ruptura, no volver a verlo hasta que hubiera puesto orden en mi caos espiritual. Había cumplido mi palabra; no quedaba nada del conflicto que se había prolongado durante tantos años. Ni amor ni odio. Solo una nueva amistad y una valoración más clara de lo que el hombre me había dado. Ya no tenía miedo de encontrarme con Ben.

En Chicago vino a verme, con un gran ramo de flores. Era el mismo Ben de siempre, instintivamente yendo a tocarme y abriendo los ojos como platos, maravillado de que no le respondiera. Ni había cambiado ni había entendido mi cambio. Quería hacer una fiesta en su casa. Me pidió que fuera. «Claro que sí», le dije. «Iré a conocer a tu mujer y a tu bebé».

Y fui. Los muertos habían enterrado a los muertos y yo solo sentía serenidad.

En Rochester, mi gente me recibió con su afecto habitual. Helena había estado en Maine, desde donde me había escrito: «No sé ni cómo he llegado hasta aquí. Me ha traído Minnie. No entiendo cómo alguien puede pensar en distraerme de mi enorme pena. Cuanto más contemplo la naturaleza y a la gente, más grande se hace mi pérdida. Mi desgracia viene a todas partes conmigo». De camino a Rochester, Stella me había descrito el estado de Helena y me había advertido de que me preparara. Pero la peor de mis imágenes mentales no era tan horrible como la visión que ofrecía mi querida hermana. Chupada hasta los huesos, se había vuelto una viejecita encorvada, que se movía con pasitos inertes. Su rostro estaba ceniciento y arrugado, en sus ojos vacíos se leía una inefable desesperación. La abracé y su pobre cuerpo se convulsionaba por el llanto. Desde las noticias de la muerte de David no había hecho otra cosa que llorar, me dijo mi gente. Se le iba la vida con las lágrimas.

«Sácame de aquí, llévame a vivir contigo a Nueva York», suplicó. Había sido el sueño de nuestra juventud que estuviera siempre junto a mí. Ahora había llegado el momento de cumplirlo, repetía. Me invadió la piedad y el temor. Mi existencia era tan precaria, nuevas incertidumbres y peligros me esperaban... ¿Podría Helena soportar una vida así? Pero ninguna otra cosa podría salvarla de sí misma. Necesitaba ocupar su mente en algo y, especialmente, hacer ejercicio físico. Tal vez cuidar de su hija y de mí la apartara algo de la muerte. Era una última esperanza y yo se la ofrecí. Le dije que alquilaría un piso enseguida en Nueva York y que pronto Minnie podría llevarla allí. Suspiró profundamente y pareció consolarse algo.

Con el colapso de Helena, el cuidado de las dos familias había recaído en mi hermana Lena. Trabajaba para todos sin queja; se agotaba mucho más allá de sus fuerzas y no pedía recompensa. Lena era de la pasta de los millones de personas que pasan su vida sin que los poetas los alaben, o la lira cante sus gestas, heroicos en su fortaleza silenciosa. La melancolía que me recibió en mi regreso al hogar solo se rompía por el resplandor dorado

de Ian, nuestro adorable niño de cuatro años, y por la vivaz energía de mi madre, que tenía ochenta y un años. Estaba mal de salud, pero aún muy enfrascada en sus intereses caritativos, y era la fuerza motor de las distintas logias a las que pertenecía. Era la *grande dame par excellence*, más atenta a su aspecto personal que a sus hijas. Madre, siempre fuerte y asertiva, a partir de la muerte de padre, se había convertido en una verdadera autócrata. No había estadista o diplomático que la superara en ingenio, astucia y fuerza de voluntad. Cada vez que visitaba Rochester, madre me informaba de sus nuevas conquistas. Durante años los judíos ortodoxos de la ciudad habían hablado de la necesidad de un orfanato y de un hogar para los indigentes de la tercera edad. Madre no desperdiciaba palabras: localizó dos lugares, los compró sobre la marcha y, durante meses, recorrió los barrios judíos pidiendo contribuciones para pagar la hipoteca y construir esas instituciones de las que el resto solo hablaba. Nunca hubo reina más orgullosa que mi madre el día de la inauguración del nuevo orfanato. Me invitó a «venir y decir unas palabras» para la gran ocasión. Yo le había dicho una vez que mi intención era capacitar a los obreros para recoger el fruto de su labor y que cada niño disfrutara de la riqueza social. Una chispa maliciosa brilló en sus ojos aún vivos mientras contestaba: «Sí, hija mía, eso está muy bien para el futuro, pero ¿qué será de nuestros huérfanos ahora y de los viejos y decrépitos que están solos en el mundo?». Y no tuve respuesta para ello.

Una de sus hazañas había sido arruinar el negocio de mortajas de Rochester debido a sus precios exorbitantes. La dueña del negocio, una mujer, manejaba el monopolio de los vestidos funerarios sin los cuales ningún ortodoxo judío podía obtener el descanso eterno. Una anciana de las más pobres necesitaba un sudario, pero su familia no podía pagar el elevado precio que se pedía por él. Cuando se enteró mi madre, enseguida actuó a su manera enérgica. Llamó a la desalmada criatura que se había enriquecido a costa de los muertos y le exigió que entregara inmediatamente el traje

gratis, amenazándola con arruinarla si se negaba. La fabricante no se conmovió y mi madre se puso manos a la obra. Compró tela blanca y con sus propias manos hizo un sudario para la pobre muerta; después acudió al mayor almacén de la ciudad y logró convencer al dueño de las mercancías de las riquezas que atesoraría en el cielo si le vendía el material en grandes cantidades a precio de coste. «Cualquier cosa por usted, señora Goldman», había dicho el hombre, me informó madre con orgullo. Entonces organizó un grupo de mujeres judías para coser e informó a la comunidad de que se proporcionarían mortajas a un precio de diez céntimos la pieza. El astuto plan provocó la bancarrota de la monopolista.

Circulaban muchas anécdotas sobre mi madre, características de su vitalidad y de las simpatías que despertaba, pero la que más me divertía era la historia de cómo la señora Taube Goldman había puesto «en su lugar» a la moderadora de una poderosa logia. En una de las reuniones, madre había hablado un poco demasiado. Otro miembro pidió la palabra y la moderadora, tímidamente, sugirió que la señora Goldman ya había superado su tiempo de palabra. Irguiéndose en toda su estatura, mi madre anunció desafiante: «¡El gobierno de los Estados Unidos al completo no pudo hacer callar a mi hija Emma Goldman y usted no va a poder ahora hacer callar a su madre!».

Madre no siempre supo cómo expresar el afecto a sus hijos, excepto a nuestro hermano «bebé», a quien siempre había querido más. Pero yo recordaba el momento en el que me dio la prueba más grande que tenía en su poder de que también me quería. Misteriosamente me llevó aparte para decirme que había hecho testamento y que me había legado su tesoro más querido. ¿Prometía yo usarlo después de su muerte? Del cajón de una cómoda, madre sacó su joyero y me lo entregó solemnemente. «Aquí está, hija mía, lo que te lego», me dijo, mientras me entregaba las medallas que había recibido de varias organizaciones caritativas. Aguantándome la risa a duras penas, le dije que ya había recibido demasiadas medallas propias,

pero menos brillantes que las suyas; no podría llevar ninguna más, pero conservaría las suyas con amor y estima.

Harry Weinberger se había ido a Atlanta para recibir a Sasha el día de su liberación. Nunca le había sonreído el destino en la cárcel; esta vez le robaron tres días. En lugar del 28 de septiembre, Sasha fue liberado el 1 de octubre. Unos cuantos detectives se encararon con él a la salida, entre ellos los representantes del fiscal Fickert de San Francisco. Trataron de reclamar a Sasha como su prisionero, pero los funcionarios federales declararon que ellos tenían la preferencia. Los amigos aportaron su fianza de quince mil dólares por comparecer ante las autoridades de inmigración y, finalmente, Sasha estuvo entre nosotros. Mostraba un aspecto demacrado y pálido, pero, aparte de eso, aparentaba ser el mismo ser estoico y bienhumorado de siempre. Pero pronto nos dimos cuenta de que era solo la emoción de la liberación y la alegría de estar libre, pues Sasha estaba muy enfermo. La prisión del Tío Sam había conseguido hacer en veintiún meses lo que no pudieron hacer los catorce años de la penitenciaría del oeste de Pensilvania. Atlanta había quebrado su salud y lo había devuelto hecho una ruina física, con los horrores de la experiencia grabados a fuego en su alma.

Sasha había estado encerrado en una mazmorra subterránea por protestar contra las brutalidades que sufría el resto de los reclusos. La celda era demasiado pequeña como para moverse y fétida, pues el cubo de excrementos se vaciaba una sola vez cada veinticuatro horas. Cada día le daban solo dos pequeñas rebanadas de pan y una taza de agua. Más tarde, por interceder por un preso de color, se le castigó de nuevo al «agujero», que medía metro por metro y medio, y donde ni siquiera podía ponerse de pie. El «agujero» tenía puertas dobles, una enrejada y la otra «ciega», por tanto impedía el paso del aire y la luz. En esa celda, conocida como la «tumba», el preso está sometido a una asfixia paulatina. Es el peor castigo conocido en la penitenciaría de Atlanta y su fin es quebrar el espíritu del

preso y obligarle a pedir clemencia. Sasha se negó a hacerlo. Para evitar ahogarse tenía que tumbarse en el suelo con su boca cerca de la ranura en la que las dos puertas encajaban en el quicio de piedra. Solo así pudo seguir vivo. Una vez liberado de la «tumba» estuvo tres meses privado de sus privilegios de correo, no le permitieron libros o ningún otro material de lectura y tampoco se le permitió ningún ejercicio. Después de aquello siguió continuadamente solo y en aislamiento durante siete meses y medio, desde el 21 de febrero hasta el día de su salida, el 1 de octubre.

Los recuerdos de Atlanta obsesionaban a Sasha después de su liberación. Por la noche se despertaba entre sudores fríos, torturado por pesadillas de su experiencia reciente. Sus fantasmas de la prisión no eran cuitas nuevas para mí, pero Fitzi no lo había visto nunca en ese estado y le desquiciaba. Ella había sufrido y se había preocupado mucho desde 1916, y estaba alicaída y deprimida. Junto con las responsabilidades de su puesto en el Provincetown Playhouse se había llevado la peor parte de las preparaciones para la huelga general por Mooney, la campaña de amnistía y el Día Nacional de la Amnistía. La tarea de recaudar fondos para las fianzas y los juicios y el cuidado de los presos políticos había recaído prácticamente en ella. Con la ayuda de un puñado de camaradas, entre ellos Pauline, Hilda y Sam Kovner, Minna Lowensohn y Rose Nathanson, Fitzi había sobrellevado una enorme cantidad de trabajo.

Más agotador que el ejercicio físico que implicaban estas actividades había sido su profunda decepción con los nuevos elementos que se habían sumado a la lucha Billings-Mooney. Los políticos laboristas habían castrado casi por completo el espíritu militante de la campaña a favor de los hombres de California. Debido a su flojera de ánimo, la huelga general, fijada para la primera semana de julio, había fracasado completamente. Estos mismos elementos conservadores habían votado en contra y arruinado las posibilidades de una huelga general con éxito en octubre. Otras

organizaciones radicales no eran mayor consuelo: se habían negado a incluir en la propuesta de protesta a los otros presos políticos y obreros. Fitzi había enfatizado con razón el argumento de que la exigencia de una amnistía general fortalecería el movimiento por Mooney y Billings, pero incluso hombres tan militantes como Ed Nolan habían votado en primera instancia en contra de su propuesta. La falta de visión y entereza por parte de la mayoría de las organizaciones obreras produjo una división y perjudicó mucho a todos los rebeldes encarcelados.

El estado de Sasha había empeorado gradualmente. El doctor Wovschin lo examinó y determinó que necesitaba una operación pero, con tozuda indiferencia, Sasha ignoró el consejo del médico. Fitzi y yo tuvimos que conspirar con el médico para llevar a nuestro paciente por sorpresa. Una tarde, a última hora, Wovschin llegó con un ayudante para un segundo examen. Sasha había salido, no sabíamos adónde. A su vuelta nos enteramos de que le habían invitado a un auténtico banquete judío, especialmente preparado para él por la madre de Anna Baron, nuestra antigua secretaria de *Mother Earth*. El doctor Wovschin estaba contrariado, nunca había operado a nadie inmediatamente después de una comilona. Pero tenía que ser ahora o nunca. El médico logró obligar a Sasha a subirse a la mesa con la excusa de volver a estudiarlo una vez más. Después rápidamente le aplicó éter. Sasha, resistiéndose a la anestesia, planteó una pelea dura, gritando que el ayudante del alcaide quería matarlo y jurando que aniquilaría al cabrón. Desgraciadamente, me había retrasado por un compromiso importante y, cuando regresaba apresuradamente a casa, me encontré con Fitzi en la calle corriendo hacia la farmacia. Blanca como un fantasma me dijo que a Sasha le habían dado éter suficiente como para dormir a varios hombres, pero que aún hacía falta más. Cuando entré, la habitación parecía un campo de batalla. Las gafas del médico ayudante estaban hechas añicos y su cara lacerada. El doctor Wovschin también había

salido perjudicado. Sasha estaba sobre la mesa, ya inconsciente, pero aún rechinaban los dientes y maldecía al ayudante del alcaide. Cogí su mano entre las mías y le hablé con voz suave. Enseguida sentí que me devolvía la caricia y después se calmó.

Cuando despertó tras la operación abrió los ojos y se quedó mirando aterrorizado a los pies de las camas. «¡Maldito ayudante!», gritó, a punto de saltarle a la garganta. Lo sujeté, asegurándole que estaba entre amigos. «Fitzi y yo estamos a tu lado, cariño», le susurré. Nadie te hará daño. Me miro con incredulidad. «Puedo verle perfectamente ahí», insistió. Hubo que insistir mucho para convencerle de que era su imaginación que le hacía creer que estaba aún en Atlanta. Me miró fijamente a los ojos. «Si tú lo dices será verdad, y te creo», dijo finalmente. «Pero ¡qué extraña es la mente humana!». Se durmió pacíficamente.

A mi regreso de Jefferson City me encontré destrozado todo lo que habíamos construido lentamente a lo largo de muchos años. No nos habían devuelto la literatura confiscada en el saqueo y *Mother Earth*, *Blast*, *Memorias de la cárcel* y mis ensayos estaban prohibidos. Las grandes sumas de dinero reunidas mientras estábamos en la cárcel, entre ellos los tres mil dólares con los que había contribuido nuestro viejo camarada sueco, se habían esfumado en apelaciones de casos de objetores de conciencia, en las actividades por la amnistía política y en otras tareas. No teníamos nada, ni literatura, ni dinero, ni siquiera un hogar. El tornado de la guerra lo había limpiado todo y teníamos que empezar todo de nuevo.

Una de mis primeras visitas fue la de Mollie Steimer, que llegó acompañada de otro camarada. No conocía a ninguno de ellos previamente, pero la notable declaración de Mollie en su juicio y todo lo que sabía de ella me hacían sentir como si siempre hubiera estado en mi vida. Me alegró conocer cara a cara a la valiente chica y expresarle mi admiración y mi cariño. Era diminuta y de aspecto modoso, de rasgos y estatura casi

japoneses. Pero había demostrado una energía excepcional y era como una típica revolucionaria rusa, en su honestidad y en la sobriedad de su traje.

Mollie y su acompañante me informaron de que habían venido como delegados de su grupo para pedirme que escribiera para su *Bulletin* que publicaban clandestinamente. Desgraciadamente no pude aceptar el encargo. Incluso aunque no hubiera estado ya sobrecargada de trabajo, no podía implicarme en actividades clandestinas. Les dije que había pensado en continuar *sub rosa* con *Mother Earth*, pero que había descartado el plan por el riesgo que implicaba para otros. No temía el peligro si lo podía afrontar públicamente, pero no quería que me descubrieran espías y delatores, de los que siempre hay en las organizaciones revolucionarias secretas. Mollie entendió mi postura. Aún no se había recuperado de la conmoción experimentada ante la traición de Rosanski, el chico que les había entregado, a ella y a sus camaradas, a la policía. Sentía, no obstante, que, como toda bocanada de libertad se había suprimido en el país, nuestras ideas debían propagarse, incluso corriendo el riesgo de una posible traición. Mantenía que los resultados de esos métodos no compensan el riesgo, y me negué a tener nada que ver con esfuerzos tan descarriados. Mis visitantes se decepcionaron mucho, el joven incluso se indignó. Yo sentí ofenderlos, pero no podía cambiar mi decisión.

Un desacuerdo adicional entre nosotros se debió a mi actitud ante la Rusia soviética. Mis jóvenes camaradas pensaban que los bolcheviques, que representaban un gobierno, debían ser tratados por los anarquistas como cualquier otro gobierno. Yo insistía en que la Rusia soviética, el objeto del ataque de los reaccionarios conchabados del mundo, no podía en absoluto considerarse como un gobierno normal. No me oponía a la crítica de los bolcheviques, pero no podía aprobar una activa oposición, en cualquier caso no hasta que estuvieran en una posición menos peligrosa.

Tenía ganas de abrazar a la pequeña Mollie, pero parecía rígida en su fervor juvenil. La dejé marchar solo con un amistoso apretón de manos. Era

una chica increíble, con una voluntad de hierro y un corazón bondadoso, pero de ideas aterradoramente fijas. «Una especie de Alexander Berkman con faldas», le señalé medio en broma a Stella. Mollie era una auténtica chica de fábrica de espíritu revolucionario. Comenzó a trabajar a la edad de trece años y había seguido en el taller hasta que cayó en manos de las autoridades. Pertenecía a la estirpe de la juventud idealista rusa en los tiempos del zar, que sacrificaban su vida antes de que apenas hubieran comenzado a vivir. ¡Qué horrible destino: de la fábrica a la cárcel de Misuri durante quince años, sin ninguna alegría entre una y otra cosa para mi joven adorable camarada!

Encontré un piso acogedor, enseguida llegó Minnie con su madre y las tres nos mudamos allí. Durante un tiempo parecía que Helena hacía de tripas corazón. Se ocupaba de la casa, cosía y remendaba. Para darle más trabajo, yo solía invitar a los amigos a cenar. Diligentemente mi hermana preparaba la comida, la servía con gracia y hechizaba a todos con su personalidad. Pero en cuanto la novedad pasó, la vieja aflicción volvió a aparecer. No tenía sentido, su vida estaba acabada, decía una y otra vez, había perdido todo sentido y propósito. Todo en ella estaba muerto, tan muerto como David en el Bois de Rappe. No podía continuar, insistía, tenía que terminar con ello y tenía que ayudarla a salir del purgatorio. Días tras día repetía su patética petición y me llamaba cruel e incoherente por negarme a ella. Yo siempre había defendido que todo el mundo tenía derecho a hacer con su vida lo que quisiera y que las personas que sufrían enfermedades incurables no podían ser obligadas a vivir. Y, aun así, le negaba el alivio que le daría incluso a un animal enfermo.

Era una locura, y sin embargo sentía que Helena tenía razón. Estaba siendo incoherente. La veía morir centímetro a centímetro, con una determinación desesperada de huir de la vida. Sería un acto de humanidad ayudarle a hacerlo. No tenía dudas sobre la justificación de poner fin a las

miserias de uno o de ayudar a otro a ello cuando no hay esperanzas de recuperación. Conmovida por la súplica de Helena, decidía cumplir con sus deseos, pero no podía decidirme a acortar su vida, la vida de quien había sido madre, hermana y amiga para mí, todo lo que había tenido en mi infancia. Continué luchando con ella en las horas silenciosas de la noche. Durante el día, cuando tenía que dejarla, me iba sumida en el terror enfermizo de que a mi vuelta a casa me la encontraría aplastada en la acera. No podía ausentarme a menos de estar segura de que alguien se quedaba con ella cuando Minnie y yo no estábamos.

Mi audiencia para la deportación, pospuesta dos veces, se fijó finalmente para el 27 de octubre. Sasha ya había hecho su declaración antes de salir de Atlanta. Se había negado a responder a las preguntas del agente federal de inmigración, que le había visitado en la cárcel para concederle «una audiencia» sobre el asunto de la deportación. En su lugar había redactado una declaración sobre su postura que decía:

> El fin de la presente audiencia es determinar mi «actitud mental». Admite que no le preocupan mis acciones, pasadas o presentes. Es puramente una investigación sobre mis puntos de vista y opiniones.
>
> Yo niego el derecho (individual o colectivo) de llevar a cabo una inquisición sobre el pensamiento. El pensamiento es, o debería ser, libre. Mis ideas sociales y mis opiniones políticas son un asunto personal mío. No le debo responsabilidades a nadie por ellas. La responsabilidad comienza únicamente con el efecto del pensamiento expresado en la acción. Nunca antes. El libre pensamiento, que implica necesariamente libertad de expresión y de prensa, lo definiría sucintamente así: ninguna opinión es ley, ninguna opinión es delito. Que el Gobierno trate de controlar el pensamiento, de prescribir determinadas opiniones o de proscribir otras es el colmo del despotismo.
>
> La audiencia que me proponen es una invasión de mi conciencia. Por tanto me niego absolutamente a participar en ella.
>
> ALEXANDER BERKMAN

Aunque Sasha no era ciudadano y no le preocupaba ese aspecto del tema, no obstante se unió a mí en mi lucha contra la deportación porque consideraba tales métodos gubernamentales como la peor forma de

autocracia. Yo también tenía una razón adicional para protestar contra el plan de Washington de expulsarme del país. El gobierno de los Estados Unidos aún me debía una explicación por los dudosos métodos que había empleado en 1909 para robarme la ciudadanía. Y estaba decidida a que se conocieran.

Siempre había soñado con volver a Rusia y, después de las revoluciones de febrero y octubre, había decidido definitivamente regresar a mi tierra natal para ayudar en su reconstrucción. Pero quería ir por mi propia voluntad, a mi coste, y negaba el derecho del Gobierno a obligarme. Era consciente de su fuerza brutal, pero no tenía la intención de someterme sin pelear. No me engañaría más sobre cómo acabaría esto de lo que me había engañado sobre los resultados de mi juicio. Ahora, como entonces, lo que me importaba sobre todo era desvelar públicamente la profunda vacuidad de las promesas políticas americanas y la pretensión de que la tan cacareada ciudadanía es un derecho sagrado e inalienable.

En mi audiencia ante los funcionarios de inmigración, me encontré a los inquisidores sentados ante un escritorio sobre el que se amontonaba mi dosier. Me fueron pasando los documentos, clasificados, tabulados y numerados, para que los inspeccionara. Consistían en publicaciones anarquistas en diferentes lenguas, la mayoría de ellas descatalogadas, y en informes sobre discursos que había pronunciado hacía una década. En su momento, ni la policía ni las autoridades federales habían objetado a ellos. Ahora se ofrecían como prueba de mi pasado criminal y como justificación para expulsarme del país. Era una farsa en la que no podía participar y por tanto me negué a responder a las preguntas. Permanecí en silencio durante toda la «audiencia» y al final de la misma entregué a los examinadores una declaración que en parte decía:

> Si el presente proceso tiene como fin demostrar alguna ofensa que se haya alegado que yo he cometido, algún acto delictivo o antisocial, entonces protesto contra el secretismo y los métodos de tercer grado de este supuesto «juicio». Pero si no se me acusa de ninguna ofensa o

acción específica, si —como tengo razones para creer— esto es únicamente una investigación sobre mis opiniones sociales y políticas, entonces protesto aún más enérgicamente contra este proceso, en tanto totalmente tiránico y diametralmente opuesto a las garantías fundamentales de una auténtica democracia. Todo ser humano tiene derecho a tener cualquier opinión que le sea afín a él o a ella sin convertirse por ello en objeto de persecución...

La libre expresión de las esperanzas y aspiraciones de un pueblo es la única garantía y la más grande en una sociedad sana. En verdad es dicha libertad de expresión y de discusión únicamente la que puede señalar el camino más beneficioso para el progreso y el desarrollo humano. Pero el objeto de las deportaciones y de la Ley antianarquista, como todas las medidas represivas similares, es justo la contraria. Es ahogar la voz del pueblo, ahogar todas las aspiraciones de los obreros. Esta es la amenaza real y terrible de los procesos secretos y de la preferencia por exiliar a aquellos que no encajan en ese esquema de las cosas que los señores de la industria tienen tantas ganas de perpetuar.

Con toda la potencia e intensidad de mi ser, protesto en contra de la conspiración del imperialismo capitalista contra la vida y la libertad del pueblo americano.

EMMA GOLDMAN

Los periódicos informaron de que Mollie Steimer estaba en huelga de hambre. Todos nos angustiamos mucho por ella, porque la policía, tanto la estatal como la federal, había acosado a nuestra camarada desde que había sido liberada bajo fianza. En once meses había sido arrestada ocho veces, encerrada en comisarías durante una noche o una semana, liberada y retenida de nuevo sin que se presentaran cargos concretos contra ella. En la reciente redada en la Casa del Pueblo rusa, donde el Worker's Council albergaba sus oficinas, Mollie había sido arrestada por las autoridades de inmigración, retenida durante ocho días y después liberada con una fianza de mil dólares. Más tarde, cuando caminaba por la calle con un amigo, la abordaron dos detectives y le dijeron que «el jefe la buscaba». La retuvieron en la oficina del director de la «brigada bomba» de Nueva York durante tres horas sin interrogarla, y después se la llevaron a la comisaría y la encerraron. A la mañana siguiente leyó en la prensa que se le acusaba de «incitar a la revuelta». La transfirieron a Tombs y después de una semana detenida la soltaron con una fianza de cinco mil dólares. Apenas había llegado a su casa cuando la visitaron tres detectives con una orden federal

para su detención y se la llevaron a la isla de Ellis. Allí había estado desde entonces. Toda la maquinaria del gobierno de los Estados Unidos se empleaba para aplastar a una chiquilla que pesaba menos de cincuenta kilos.

Mollie se enfrentaba a quince años de cárcel, y yo quería convencerla de que no desperdiciara sus fuerzas en una huelga de hambre. En calidad de su abogado, Harry Weinberger podía visitarla y el comisionado me autorizó para acompañarle. La encontramos en un estado muy débil pero con la voluntad indomable. No mostró rastro de ninguna animosidad como resultado de nuestra desavenencia previa. Por el contrario, estaba muy contenta de verme, dulce y afable.

La tenían todo el rato encerrada, nos informó Mollie, le negaban el derecho a mezclarse con el resto de los presos políticos y a asociarse con los que iban a ser deportados. Había protestado numerosas veces sin resultado y finalmente había decidido empezar una huelga de hambre. Estaba de acuerdo en que la provocación era extrema, pero insistí en que su vida era demasiado importante para nuestro movimiento como para arriesgar su salud. ¿Finalizaría su huelga de hambre si lográbamos convencer al comisionado para que modificara su tratamiento? Al principio era reticente, pero finalmente consintió. Esta vez no dudé en abrazar a mi espléndida camarada. Era para mí como una niña a la que deseaba proteger de la crueldad de este mundo.

Logramos convencer al comisionado para que permitiera a Mollie el derecho de asociación con sus camaradas. Para salvar la cara, prometió primero «estudiar el asunto» y hacer los cambios siempre que la señorita Steimer «hiciera su parte». Le mandamos a Mollie el mensaje y obtuvimos su consentimiento para enviarle comida.

Esa misma noche tenía lugar una cena para Sasha y para mí en el Hotel Brevoort, organizada por nuestra infatigable Dolly Sloan. Nos habíamos opuesto a ese plan tan exclusivo, preferíamos el Carnegie Hall o algún gran

teatro donde un precio de entrada popular habría permitido que asistiera mucha gente. Pero no había lugar en el Gran Nueva York que se pudiera contratar, excepto el Brevoort, cuyos gerentes eran los únicos que hacían honor a su tradición hospitalaria. La velada se estropeó un tanto por la inevitable exclusión de muchos amigos que habían llegado de muy lejos para estar con nosotros en esta ocasión. Pero el bello espíritu de la velada compensó la decepción. Lola Ridge, nuestra talentosa poeta rebelde, inspiró al público recitando un gráfico poema que nos había dedicado a Sasha y a mí, y el resto de los oradores fueron igualmente generosos a la hora de rendirnos homenaje. Incluso nuestro antiguo colaborador Harry M. Kelly, que se había apartado de nosotros por causa de la Guerra Mundial, estaba de nuevo entre nosotros, con su generosa alma de siempre.

Hablé de nuestros jóvenes y heroicos rebeldes de la isla de Ellis y de Mollie, cuya valentía e integridad revolucionaria podrían avergonzar a muchos hombres. Las «mollies» de la generación que venía habían surgido del suelo que nosotros, los viejos anarquistas, habíamos ayudado a arar, dije. Eran nuestros niños en espíritu y llevarían lejos nuestra herencia. Con esta orgullosa conciencia podíamos mirar al futuro con confianza.

El grupo de mujeres radicales que estaban trabajando para conseguir el indulto de Kate Richards O'Hare organizaron un evento similar a favor de Kate. Crystal Eastman presidía y, entre las oradoras de la velada, estábamos Elizabeth Gurley Flynn y yo. Hablé de la vida de Kate en la prisión de Jefferson City y de todo el bien que había logrado para las infortunadas presas. Me recreé en el gran espíritu de camaradería y conté algunos detalles personales de nuestra estancia en la penitenciaría que ilustraban la personalidad de Kate. Al público le divirtió especialmente su manía con el pelo. Por nada del mundo Kate se habría presentado en el taller sin un elaborado peinado. El ritual requería un tiempo y un esfuerzo considerable y, como no había manera de hacerlo por la mañana, Kate solía dedicar a ello las últimas horas de la noche. Una vez me desperté por el sonido de los

barrocos juramentos de Kate. «¿Qué ocurre, Kate?», le pregunté. «Me he vuelto a pinchar con la maldita horquilla», respondió. «¡Serás vanidosa!», bromeé. «Pues claro», replicó. «¿Cómo si no voy a presumir de mi belleza? Todo tiene un precio en este mundo, como bien sabes». «Pues yo no pagaría nada por algo tan tonto como un pelo rizado». «No sabes lo que dices, E. G. Pregunta a tus amigos varones y descubrirás que un buen peinado es más importante que el mejor discurso». Los asistentes a la cena se partían de risa, y yo estaba convencida de que la mayoría estaban de acuerdo con Kate.

Los dioses nunca habían sido tacaños a la hora de darme preocupaciones y trabajo. En cuanto Sasha abandonó el lecho del dolor me vino otra paciente: Stella enfermó y hubo que cuidarla. Mi única posibilidad de descansar era cuando algún amigo se las apañaba para secuestrarme, como hizo enseguida mi amiga Aline Barnsdall.

La había conocido en mis conferencias de Chicago. Estaba profundamente interesada en el teatro y había puesto en escena algunas obras modernas en esa ciudad. Pasamos muchas horas agradables juntas y tuve la oportunidad de ver que también se mostraba alerta ante los problemas sociales, especialmente ante la maternidad libre y el control de natalidad. Su interés en el caso Mooney-Billings demostró que su actitud no era meramente teórica. Fue de las primeras en contribuir para la defensa y también nos hizo un generoso préstamo para ese fin. Pero no fue hasta que me enviaron a la cárcel cuando Aline me hizo sentir que realmente se preocupaba por mí. El que viniera a Chicago desde la Costa para darme la bienvenida por mi liberación la acercó mucho a mí y ayudó a cimentar nuestra amistad, que había comenzado cuatro años antes. A su llegada a Nueva York me llevó con ella y me hizo olvidar por un tiempo los problemas del mundo.

Un día, mientras estábamos sentadas hablando de mi inminente deportación, cité a Ibsen diciendo que es la lucha por el ideal lo que cuenta,

más que el lograrlo. «¿Y qué hay de los resultados materiales?», preguntó de repente Aline. «¡Nada más que mi cuerpo serrano!», le contesté en broma. Mi amiga se quedó pensativa y después me preguntó si podía ingresar un cheque. Le dije que sí podía pero que era mejor que ella no tuviera mi nombre en su chequera. Aline declaró que tenía derecho a disponer de su dinero como le diera la gana y que no era asunto del Gobierno controlar esas cosas. Después me entregó un cheque de cinco mil dólares para emplearse en la lucha contra mi deportación o para mis necesidades si me veía obligada a abandonar el país.

No conseguía controlar mis emociones para dar las gracias a Aline por su hermoso gesto. Más tarde aquella noche le dije que lo que más me preocupaba en lo que se refería a mi deportación era el temor de la dependencia. Nunca, desde que había llegado a América, había conocido el temor de no ser capaz de mantenerme por mis medios. Siempre había preferido ser independiente y pobre que renunciar a la independencia por la riqueza. Era el único tesoro que conservaba como el avaro guarda sus posesiones. Abandonar la tierra que era la mía, donde había penado y trabajado durante años, no era una perspectiva agradable. Pero llegar a otras orillas sin un duro y sin la esperanza de una adaptación inmediata era una calamidad para mí. No era tanto el temor de la pobreza o de la carencia, sino el temor de estar a merced de los que tienen el poder de retener los medios de subsistencia. Ese espectro me había preocupado mucho. «Tu cheque no es un regalo corriente», le dije a Aline. «Es la posibilidad de ser libre, y me permitirá conservar mi independencia y autoestima. ¿Lo entiendes?». Ella asintió y mi corazón se hinchó con una gratitud que las palabras no pueden expresar.

Había pasado un año desde el armisticio, y se había concedido una amnistía política en todos los países de Europa. Solo América no había abierto las puertas de sus cárceles. En lugar de ello, se incrementaron las redadas

oficiales y las detenciones. Apenas había una ciudad en la que los obreros conocidos como rusos o como sospechosos de simpatizar con las ideas radicales no fueran atrapados, sacados de sus puestos de trabajo o de las calles. Tras esas redadas estaba el fiscal general Mitchell Palmer, al que las ideas radicales daban pánico. Muchas de las detenciones se acompañaban del maltrato brutal de las víctimas. Nueva York, Chicago, Pittsburgh, Detroit, Seattle y otros centros industriales tenían sus comisarías y cárceles llenas de estos «criminales». A mí me atosigaban con peticiones de charlas. La manía federal por la deportación estaba aterrorizando a los obreros extranjeros del país y me solicitaban que hablara del asunto y que ilustrara a la gente sobre el tema.

Nuestro propio destino colgaba de un hilo y Sasha seguía inválido. Parecía absurdo empezar una gira de conferencias, pero no podía negarme. Tenía el presagio de que sería mi última oportunidad de alzar la voz contra la vergüenza de mi tierra adoptiva. Consulté con Sasha y él estuvo de acuerdo en que tenía que hacerlo. Le sugerí que viniera conmigo; le ayudaría a olvidar Atlanta y le permitiría estar con nuestros camaradas tal vez por última vez y él aceptó.

Nuestros amigos y nuestro abogado se opusieron frontalmente a que emprendiéramos la campaña. La cuestión de nuestra deportación estaba aún bajo deliberación del gobierno federal, y era por tanto poco aconsejable arrojar prejuicios sobre nuestro caso, argumentaban. Pero Sasha y yo sentíamos que era el momento psicológico para hablar en defensa de Rusia. No permitiríamos que los intereses personales influyeran en nuestra decisión.

Desde Nueva York a Detroit y de allí a Chicago hicimos una gira vertiginosa, nuestros movimientos vigilados por los agentes locales y federales, cada sílaba pronunciada apuntada y con varios intentos por silenciarnos. Continuamos imperturbables. Era nuestro esfuerzo postrero, pues sentíamos que nuestra suerte estaba echada.

A pesar de los reportajes sensacionalistas sobre la interferencia policial, de las advertencias para que no se acudiera a nuestras asambleas y de métodos similares, calculados para disuadir al público, nuestros mítines en Detroit, así como en Chicago, se llenaron por miles. No eran asambleas corrientes, eran monstruosas manifestaciones, una tempestad de indignación vehemente contra el absolutismo del Gobierno y como homenaje a nosotros. Era la voz elocuente del alma colectiva despierta, emocionada por nuevas esperanzas y aspiraciones. Nosotros únicamente articulábamos sus anhelos.

El 2 de diciembre, durante la cena de despedida que nos ofrecieron nuestros amigos en Chicago, los reporteros irrumpieron con la noticia de la muerte de Henry Clay Frick. No nos habíamos enterado, pero los periodistas sospechaban que el banquete era para celebrar el acontecimiento. «El señor Frick acaba de morir», un fanfarrón joven reportero se dirigía a Sasha. «¿Qué tiene que decir?». «Deportado por Dios», contestó secamente Sasha. Yo añadí que el señor Frick se había cobrado por completo su deuda con Alexander Berkman, pero que había muerto sin hacer frente a sus propias obligaciones. «¿Qué quiere decir?», preguntaron los reporteros. «Solo esto: Henry Clay Frick era un hombre circunstancial. Ni en la vida ni en la muerte se le habría recordado mucho. Ha sido Alexander Berkman quien lo ha dado a conocer y Frick solo vivirá en relación con el nombre de Berkman. Toda su fortuna no podría pagar esa gloria».

A la mañana siguiente, un telegrama de Harry Weinberger nos comunicaba que el departamento federal de trabajo había ordenado nuestra deportación y que deberíamos presentarnos el 5 de diciembre. Teníamos dos días más de libertad y otra conferencia a la vista. Había mucho de qué ocuparse en Nueva York y Sasha se fue para organizar allí nuestros asuntos. Me quedé para el último mitin. Por mucho que rugiera la tormenta y las olas se alzaran, estaba decidida a plantar cara hasta el final.

Al día siguiente cogí el tren más rápido hacia Nueva York, acompañada por Kitty Beck y Ben Capes. Al abandonar Chicago me dieron una despedida regia. Nuestros amigos y camaradas casi monopolizaron el andén de la estación, un mar de caras que expresaban un precioso regalo de completa solidaridad y afecto.

Estaba a bordo del tren más rápido de América, viajando a todo trapo con mis dos acompañantes. «¿Una litera o compartimento para el que puede ser tu último viaje por los Estados Unidos?», habían declarado mis amigos. «¡De eso nada! Una sala de estar por lo menos y champán para acompañarlo». De alguna forma, Ben se las había apañado para desenterrar un par de botellas, a pesar de la prohibición. Tenía mucha mano para sacar lo mejor de los botones y se ganó el corazón de nuestro moreno. Nuestro botones había estado afanándose en nuestra estancia y olisqueando todo el rato. «¡Buen material!», gruñó, guiñando un ojo. «¡Y que lo digas, George!», admitió Benny. «¿Puedes conseguirnos un cubo de hielo?». «Sí, señor, todo un barril». No teníamos tantas botellas como para llenar una nevera, le dijo Ben, pero podía «participar del botín» si traía un vaso más. El taimado negro resultó ser un filósofo y un artista. Sus observaciones sobre la vida eran agudas y la pantomima sobre los pasajeros y sus flaquezas, magistral.

Cuando Kitty y yo nos quedamos solas, hablamos hasta bien entrada la mañana. Su vida había sido muy trágica, quizás porque la naturaleza la había hecho demasiado pródiga. Dar era para ella un ritual, servir hasta lo máximo su único impulso. Ya fuera en el hombre al que amaba, en un amigo o un mendigo, en un gato o un perro callejero, Kitty siempre volcaba todo su corazón. No guardaba nada para ella, pero pocas veces había conocido a alguien tan necesitado de afecto. Los que estaban en su vida aceptaban de ella sin cuestionarlo, y pocos, si es que había alguno, entendían las necesidades de su propio corazón. Kitty había nacido para dar, no para recibir. Era a la vez su supremo logro y su derrota.

En la estación Gran Central de Nueva York nos esperaban los amigos, incluyendo Sasha, Fitzi, Stella, Harry y otros íntimos. No quedaba tiempo ni siquiera para ir a mi piso a despedirme de mi querida Helena. Nos apiñamos en varios taxis y nos dirigimos directamente a la isla de Ellis. Allí Sasha y yo nos presentamos, mientras Harry Weinberger se disponía a exigir la devolución de los treinta mil dólares depositados como fianza.

«Este es el final, Emma Goldman, ¿verdad?», señaló un periodista. «Podría ser solo el principio», le repliqué.

En la habitación que me asignaron en la isla ya había otras dos ocupantes, Ethel Bernstein y Dora Lipkin, que habían sido arrestadas en la redada del sindicato de obreros rusos. Los documentos descubiertos allí consistían en gramáticas inglesas y libros de texto de aritmética. Los saqueadores habían golpeado y arrestado a todos lo que se encontraban allí por la posesión de esta literatura tan incendiaria.

Para mi sorpresa me enteré de que el funcionario que había firmado la orden para nuestra deportación era Louis F. Post, ayudante del secretario de Trabajo. Parecía increíble. Louis F. Post, ardiente georgista, campeón de la libertad de expresión y de prensa, antiguo editor de *The Public*, un intrépido semanario liberal, el hombre que había reprendido a las autoridades por sus métodos brutales durante el pánico McKinley, que me había defendido y que había insistido en que incluso Leon Czolgosz debía conservar sus derechos constitucionales, ¿era ahora un defensor de la deportación? El radical que se había ofrecido para presidir un mitin organizado tras mi liberación en la época de la tragedia McKinley, ¿ahora prefería estos métodos? Yo había estado invitada en su casa y él y la señora Post me habían agasajado. Hablaron sobre el anarquismo y admitió sus valores idealistas aunque dudaba de su aplicación práctica. Nos había ayudado en varias de las peleas por la libertad de expresión y protestaron con vigor

mediante pluma y voz contra la deportación de John Turner. ¡Y él, Louis F. Post, ahora había firmado la primera orden de deportación de radicales!

Algunos de mis amigos sugerían que Louis F. Post, en su calidad de funcionario del gobierno federal, no podía negarse a los mandatos de la ley por haber prestado juramento. Pero olvidaban tener en cuenta que, al aceptar el cargo y prestar juramento, había negado los ideales que profesó y por los que había trabajado durante toda su vida. Si fuera un hombre íntegro, Louis F. Post se habría mantenido fiel a sí mismo y habría dimitido cuando Wilson metió al país en la guerra. Habría dimitido al menos cuando se hubiera visto obligado a ordenar la deportación de gente debido a sus opiniones. Sentía que Post se había cubierto de ignominia.

La falta de bravura y nervio por parte de los radicales americanos era trágica. Pero ¿por qué esperar una postura más valiente por parte de Louis F. Post que por parte de su profesor Henry George, el padre del impuesto único, que había dejado colgados a mis camaradas de Chicago en el último momento? Su voz tenía mucho peso en aquella época y podría haber ayudado a salvar a los hombres en cuya inocencia había creído. Pero la ambición política resultó ser más fuerte que su sentido de la justicia. Louis F. Post ahora seguía los pasos de su admirado apóstol del impuesto único.

Me consolaba con el recuerdo de que quedaban georgistas con integridad y fortaleza moral: Bolton Hall, Harry Weinberger, Frank Stephens (mis camaradas en tantas luchas por la libertad de expresión), Daniel Kiefer y muchos otros se habían mantenido firmes en contra de la guerra y del nuevo despotismo. Frank Stephens, detenido como objetor de conciencia, había incluso rechazado la fianza como gesto de protesta. Daniel Kiefer era otro libertario de pura cepa. La libertad era una fuerza motriz tanto en su vida privada como en sus actividades públicas. Fue uno de los primeros georgistas en movilizarse contra la entrada de América en la guerra y contra el alistamiento «selectivo». Aborrecía de corazón a los renegados del tipo de los Mitchell Palmer, Newton D. Baker y otros cuáqueros y pacifistas de

rodillas temblonas. Tampoco le perdonaba a su amigo Louis F. Post su traición.

El juez Julius M. Mayer, del tribunal del distrito de los Estados Unidos, rechazó la petición de *habeas corpus* que le presentó Harry Weinberger y se negó a fijarnos una fianza. Pero la audiencia desveló información valiosa. El abogado del gobierno de los Estados Unidos afirmó que Jacob Kershner llevaba años muerto, de hecho estaba muerto cuando se le revocó la ciudadanía, en 1909. La admisión oficial marcaba definitivamente la acción de las autoridades federales como un intento deliberado de privarme de mi ciudadanía privando de sus derechos civiles al fallecido Jacob Kershner.

Nuestro abogado no era de los que aceptan dócilmente la derrota. Lo habían batido en un frente, así que probaría suerte en otro. Su siguiente objetivo era el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Presentaría un recurso de casación, nos informó, e insistiría en que se nos fijara una fianza. Después siguió con la batalla por mi ciudadanía. Harry era imparable y yo me alegraba de aprovechar todos los segundos que me quedaran en suelo americano.

Sasha y yo habíamos decidido hacía tiempo escribir un panfleto sobre la deportación. Sabíamos que las autoridades de la isla de Ellis confiscarían un manuscrito así y, por tanto, era necesario prepararlo y sacarlo clandestinamente. Escribíamos por la noche, mientras nuestros compañeros de cuarto vigilaban. Por la mañana, durante el paseo conjunto, comentábamos lo que habíamos escrito e intercambiábamos sugerencias. Sasha hizo la revisión final y se la dio a unos amigos para que la escamotearan.

Cada día traía nuevas oleadas de candidatos para la deportación. Llegaban de diversos estados, la mayoría de ellos sin dinero o ropa. Habían estado en cárceles durante meses y después se los despachaba a Nueva York tal y como se habían quedado en el momento de su inesperada detención. En esa situación se enfrentaban a un largo viaje en invierno. Bombardeamos

a nuestra gente con peticiones de ropa, mantas, calzado y otras prendas de vestir. Pronto empezaron a llegar provisiones, para el alivio de los futuros deportados.

El estado de los emigrantes de la isla de Ellis era poco menos que aterrador. Sus cuartos estaban congestionados, la comida era abominable y se les trataba como a felones. Esos desgraciados habían cortado los cabos con su tierra natal y habían peregrinado a los Estados Unidos, la tierra prometida, la tierra de la libertad y de las oportunidades. En su lugar se habían visto encerrados, maltratados y mantenidos durante meses en la incertidumbre. Me maravilló que la cosa hubiera cambiado tan poco desde mis días en Castle Garden, en 1886. A los emigrantes no se les permitía mezclarse con nosotros, pero conseguimos que nos pasaran notas que ponían a prueba todos nuestros conocimientos lingüísticos adquiridos, pues en ellas estaban representados casi todos los idiomas europeos. No podíamos hacer mucho por ellos. Interesamos a nuestros amigos americanos e hicimos todo lo que estaba en nuestras manos para demostrar a los extranjeros allí olvidados que la barbarie funcionarial no representaba al conjunto de los Estados Unidos. Estábamos cargados de trabajo y ni Sasha ni yo nos podíamos quejar de aburrimiento.

Tuve un oportunísimo ataque de neuralgia. El dentista de la isla no consiguió aliviar mi dolor; el comisionado, sin embargo, se negó a que me atendiera mi propio dentista. Mi agonía se hizo insoportable, protesté enérgicamente y, finalmente, las autoridades de la isla me prometieron comunicar con Washington para pedir instrucciones. Durante cuarenta y ocho horas mis dientes fueron un asunto federal. La diplomacia secreta finalmente resolvió el gran problema. Washington consintió en dejarme ir al dentista acompañada de un guarda varón y de una celadora.

La sala de espera del dentista se convirtió en mi lugar de citas. Fitzi, Stella, Helena, Yegor, nuestro pequeño Ian, el querido Max, y otros amigos

se reunieron allí. La espera se convirtió en un goce, el tiempo pasaba demasiado rápido.

Harry Weinberger estaba topándose con dificultades inesperadas en Washington, debido a la mezquindad y las trabas burocráticas. El funcionario del tribunal se negó a admitir sus papeles porque no estaban impresos. Harry apeló con éxito al juez White, del Tribunal Supremo. El 11 de diciembre le permitieron presentar su moción, pero el tribunal nos negó el recurso de casación. También negaron la suspensión de la deportación de Sasha. Ordenaron imprimir los documentos de mi caso y entregarlos en el plazo de una semana.

Decidí que si Sasha tenía que salir del país yo iría con él. Él había llegado a mi vida junto con mi despertar espiritual, había crecido dentro de mí y su largo Gólgota sería para siempre nuestro vínculo común. Había sido mi camarada, amigo y colaborador durante treinta años, era impensable que él se uniera a la revolución y yo me quedara atrás.

«Te quedas para seguir la lucha, ¿verdad?», me preguntó Sasha en el patio ese día. Podría hacer tanto por los deportados, añadió, así como por Rusia, si lograba establecer mi derecho a quedarme en los Estados Unidos. El viejo Sasha de siempre, pensé; siempre poniendo por delante la propaganda. Apenas pude contener la punzada que sentí ante su desapego, incluso en ese momento. Pero yo conocía al auténtico Sasha; sabía que, aunque no lo admitiera ni siquiera ante sí mismo, había una buena cantidad de humanidad bajo su rígido exterior revolucionario. «Ni lo sueñes, viejo lobo», le dije. «No te librarás de mí tan fácilmente. He tomado mi decisión y me voy contigo». Él cogió mi mano con fuerza, pero no dijo ni una palabra.

Nos quedaban unos pocos días en las hospitalarias orillas de los Estados Unidos y nuestras chicas se afanaban como castores con los últimos preparativos. Ningún esfuerzo era excesivo para mi querida Stella, ninguna tarea demasiado difícil para Fitzi. Seguían trabajando con los corazones

doloridos, pero ante nosotros se mostraban siempre joviales. La separación de ellas, y de Max, Helena y otros seres queridos era sin duda muy dura. Tal vez algún día los volviera a ver, a todos salvo a Helena. No me engañaba en lo que se refería a mi pobre hermana. Tenía el presentimiento de que no duraría mucho más y sabía que ella instintivamente recogía mi pensamiento. Nos aferramos la una a la otra con desesperación.

El sábado 20 de diciembre fue un día frenético, con leves señales de que podía ser el último. Las autoridades de la isla de Ellis nos habían asegurado que no era probable que nos echaran antes de Navidad, desde luego no en los días siguientes. Mientras tanto nos fotografiaron, nos tomaron las huellas y nos midieron como a criminales convictos. El día estuvo lleno de visitas de numerosos amigos que vinieron individualmente y en grupos. Por supuesto, no faltó el homenaje de los reporteros. ¿Sabíamos cuándo nos íbamos, y dónde? ¿Qué planes tenía yo en Rusia? «Organizaré una Sociedad Rusa de Amigos de la Libertad Americana», les dije. «Los Amigos Americanos de Rusia han contribuido mucho para la liberación de ese país. Ahora es el turno de que la Rusia libre venga a ayudar a América».

Harry Weinberger aún tenía esperanzas y muchas ganas de luchar. Me traería de vuelta a América pronto, insistía, y debía estar preparada para ello. Bob Minor sonreía con incredulidad. Le conmovía mucho nuestra partida inminente; habíamos luchado juntos en muchas batallas y me apreciaba. A Sasha literalmente lo idolatraba y sentía su deportación como una dura pérdida personal. Nuestro dolor al separarnos de Fitzi se mitigó un tanto por su decisión de unirse a nosotros en la Rusia soviética a la menor oportunidad. Nuestros visitantes estaban a punto de marcharse cuando notificaron oficialmente a Weinberger que nos quedaríamos en la isla unos pocos días más. Nos alegraba y quedamos con nuestros amigos en una nueva visita, el lunes, pues no permitían visitas en la isla en el día del señor.

Volví al gallinero que compartía con mis dos camaradas. La acusación de delito de anarquía que había hecho el Estado contra Ethel se había

sobreseído, pero la iban a deportar igualmente. Había llegado a América siendo una niña; toda su familia estaba en el país, así como el hombre al que amaba, Samuel Lipman, condenado a veinte años en Leavenworth. No tenía relaciones en Rusia y no conocía la lengua. Pero estaba animada, diciendo que tenía razones para enorgullecerse: apenas tenía dieciocho años y ya había conseguido que el poderoso gobierno de los Estados Unidos le tuviera miedo.

La madre y las hermanas de Dora Lipkin vivían en Chicago. Eran gente trabajadora que no podía permitirse un viaje a Nueva York, y la chica sabía que tendría que irse sin siquiera despedirse de sus seres queridos. Como Ethel, llevaba mucho tiempo en el país, esclavizándose en fábricas y contribuyendo a la riqueza del país. Ahora se la echaba a patadas, pero afortunadamente su amante se contaba entre los hombres que iban a deportar.

No conocía de antes a las chicas, pero dos semanas en la isla de Ellis crearon un estrecho lazo entre nosotras. Esa noche mis compañeras montaron guardia de nuevo mientras yo respondía apresuradamente los correos importantes y redactaba una despedida para nuestra gente. Era casi medianoche cuando de repente oí pasos que se acercaban. «¡Cuidado! Alguien viene...», susurró Ethel. Recogí mis papeles y cartas y las escondí bajo la almohada. Luego nos tiramos a la cama, nos cubrimos y fingimos estar dormidas.

Los pasos se detuvieron frente a nuestro cuarto. Luego se oyó el tintineo de las llaves y se abrió la puerta ruidosamente. Dos guardias y una celadora entraron. «¡Arriba!», ordenaron. «Preparad vuestras cosas». Las chicas se pusieron muy nerviosas. Ethel temblaba como si tuviera fiebre y revolvía impotente sus bolsas. Los guardas se impacientaron. «Daos prisa. Daos prisa», ordenaron con brusquedad. Yo no pude contener mi indignación. «Salid para que podamos vestirnos», exigí. Salieron dejando la puerta entornada. Me preocupaban mis cartas. No quería que cayeran en manos de

las autoridades ni me decidía a destruirlas. Tal vez podría encontrar a alguien a quien confiárselas. Las embutí en el corpiño de mi vestido y me envolví en un enorme chal.

En un largo pasillo, débilmente iluminado y sin calefacción, estaban reunidos los hombres que iban a deportar, entre ellos el pequeño Morris Becker. Lo habían traído esa misma tarde a la isla con otros cuantos chicos rusos. Uno de ellos iba en muletas; a otro, que padecía de una úlcera de estómago, lo habían sacado de la cama del hospital de la isla. Sasha se afanaba ayudando a los hombres enfermos a empaquetar sus bultos. Los habían echado a toda prisa de sus celdas sin dejarles tiempo siquiera de recoger sus cosas. Arrancados de su sueño a medianoche, los arrojaron con bolsas y equipajes al pasillo. Algunos estaban aún medio dormidos, incapaces de darse cuenta de lo que ocurría.

Estaba cansada y helada. No había sillas ni bancos y estuvimos de pie, tiritando en ese lugar con pinta de establo. Lo repentino del ataque había cogido a los hombres por sorpresa y llenaban el pasillo con un murmullo de exclamaciones, preguntas e interjecciones nerviosas. A algunos les habían prometido una revisión de sus casos, otros esperaban una decisión definitiva sobre sus fianzas. No se les había informado de la inmediatez de su deportación y estaban abrumados por el ataque a medianoche. Se quedaron allí indefensos, sin saber qué hacer. Sasha los hizo agruparse y les sugirió que trataran de contactar con sus parientes en la ciudad. Los hombres se aferraron desesperadamente a esa última esperanza y le nombraron su representante y portavoz. Consiguió convencer al comisionado de la isla de que permitiera que los hombres enviaran un telegrama, pagado por ellos, a sus amigos en Nueva York, pidiendo dinero y cosas de primera necesidad.

Unos mensajeros corrían arriba y abajo recogiendo cartas urgentes y telegramas escritos a toda prisa. La posibilidad de contactar con su gente animó la tristeza de los hombres. Los funcionarios de la isla los animaron y

recogieron sus mensajes, recogiendo ellos mismos el pago de su envío y asegurándoles que había tiempo suficiente como para recibir respuesta.

Apenas se había enviado el último telegrama cuando el pasillo se llenó de detectives estatales y federales, funcionarios de la oficina de inmigración y guardas costeros. Reconocí a Caminetti, comisionado general de Inmigración, al frente. Los hombres uniformados se colocaron a lo largo de las paredes y entonces sonó la orden: «¡En fila!». Un repentino silencio reinó en el lugar. «¡Marchen!». Las órdenes resonaban por todo el pasillo.

El suelo estaba cubierto de una espesa capa de nieve; el viento cortaba y mordía. Una fila de civiles y soldados armados se alineaba por la carretera que llevaba a la ribera. Una gabarra se perfilaba débilmente a través de la niebla de la mañana. Uno por uno los deportados avanzaron, flanqueados por hombres uniformados a cada lado, el sonido de sus pasos en el suelo helado era acompañado de maldiciones y amenazas. Cuando el último hombre cruzó la pasarela, nos ordenaron que le siguiéramos a las chicas y a mí; marchábamos con funcionarios tanto delante como detrás.

Nos llevaron a un camarote. En la estufa de hierro rugía un gran fuego que llenaba el aire de calor y humo. Nos ahogábamos. No había ni aire ni agua. Luego llegó un bandazo violento. Nos poníamos en marcha.

Miré el reloj. Eran las cuatro y veinte de la madrugada del día de nuestro señor, 21 de diciembre de 1919. En la cubierta sobre nuestras cabezas escuchaba a los hombres caminando arriba y abajo, capeando las ráfagas de viento. Aturdida, me sobrevino la visión de un transporte de presos políticos condenados a Siberia, aquella estampa de los días de la vieja Rusia. La Rusia del pasado se alzaba ante mí y observé a los mártires revolucionarios siendo conducidos al exilio. ¡Pero no, era Nueva York, era América, la tierra de la libertad! Por el ojo de buey podía ver cómo la gran ciudad se escabullía en la distancia, el perfil de sus edificios se podía trazar aún mientras se alejaba. Era mi amada ciudad, la metrópolis de Nueva York. Era

América, sin duda. América, que repetía las escenas terribles de la Rusia zarista. Miré hacia arriba y contemplé la Estatua de la Libertad.

Rompía el alba cuando nuestra barcaza se colocó junto al enorme buque. Nos transfirieron rápidamente y nos asignaron un camarote. Eran las seis en punto. Agotada me arrastré hasta mi catre y me quedé inmediatamente dormida.

Me despertó alguien que apartaba las mantas. Una figura blanca estaba junto a la litera, probablemente la camarera. ¿Estaba enferma, me preguntó, como para estar tanto tiempo en la cama? Eran ya las seis de la tarde. Había logrado expulsar las horribles visiones con doce horas de bendito sueño. Al salir al pasillo me sobresalté porque alguien me agarró bruscamente por el hombro. «¿Dónde vas?», preguntó un soldado. «Al baño, si es que necesitas saberlo. ¿Alguna objeción?». Soltó su mano y me siguió; esperó hasta que salí de nuevo y me acompañó de vuelta al camarote. Mis acompañantes me informaron de que había habido guardas parados ante nuestra puerta desde que habíamos llegado, y que a ellas también les habían escoltado al lugar de las necesidades urgentes cada vez que habían salido del camarote.

Al mediodía del día siguiente, nuestro centinela nos condujo hasta el comedor de los oficiales. En una gran mesa se sentaban el capitán y su séquito, civil y militar. A nosotros se nos asignó una mesa aparte.

Después de almorzar solicité ver al funcionario oficial a cargo de los deportados. Resultó ser F. W. Berkshire, un inspector de inmigración, destacado para gestionar la expedición del *Buford*. ¿Nos gustaba el camarote, la comida estaba buena?, preguntó solícito. No teníamos ninguna queja, le dije, pero ¿qué había de nuestros camaradas varones? ¿No podíamos comer con ellos y juntarnos con ellos en cubierta? «Imposible», dijo Berkshire. Exigí entonces ver a Alexander Berkman. También imposible. Por tanto le comuniqué al inspector que no tenía la intención de causarle problemas, pero que le daba veinticuatro horas para cambiar de opinión en lo que se refiere a dejarme hablar con mi amigo. Si se me

negaba lo que pedía, cuando ese tiempo terminara me pondría en huelga de hambre.

Por la mañana trajeron a Sasha con escolta para verme. Parecía que habían pasado años desde que había visto por última vez su querido rostro. Me dijo que las condiciones de los hombres eran espantosas. Estaban hacinados en la bodega del barco, cuarenta y nueve en un lugar que apenas podía contener a la mitad. El resto estaba en otros dos compartimentos. Los catres, apilados de tres en tres, estaban viejos y gastados; los que dormían en la litera baja se golpeaban con la reja del de arriba cada vez que se giraban. El barco, construido a finales del último siglo, se había usado como transporte en la guerra hispanoamericana y después se había descartado por inseguro. El suelo del entrepuente estaba constantemente mojado, las camas y las mantas húmedas. Para lavarse solo tenían agua salada, sin jabón. La comida era abominable, especialmente el pan, medio cocido e incomible. Y, lo peor de todo, solo había dos baños para los doscientos cuarenta y seis hombres.

Sasha me desaconsejó exigir comer con los hombres. Sería mejor tratar de guardar todo lo que pudiéramos de nuestra comida para los chicos enfermos que no podían con las raciones que les daban a ellos. Mientras tanto, él estaba intentando ver qué mejoras podía conseguir. Está negociando con Berkshire una lista de exigencias que le estaba presentado. Me hacía feliz ver a Sasha de nuevo lleno de energía vital. Se había olvidado de sus problemas físicos en el momento que había visto que los demás dependían de él.

Los funcionarios celebraron la Navidad en el comedor con gran pompa. Ethel y Dora estaban demasiado enfermas como para salir de sus literas y no podía soportar encontrarme a solas con nuestros carceleros. Su fiesta de Navidad para mí era una enorme burla. Durante el día nos sacaron a cubierta, pero no nos permitieron ver a los hombres. Sasha y yo insistimos y

finalmente concedieron permiso para que él y el compañero de Dora vinieran a visitarnos.

Se habían producido roces entre los deportados y el personal a cargo del *Buford*. A los hombres no se les permitía ejercitarse al aire libre, y Sasha había protestado en nombre de sus camaradas. El representante federal, el inspector de inmigración Berkshire, parecía dispuesto a conceder las peticiones, pero evidentemente se sentía intimidado ante los que dirigían el nutrido contingente de soldados. El inspector remitió a los hombres al «jefe», pero Sasha se negó a dirigirse a este último, argumentando que los deportados eran presos políticos y no militares. Presos eran, sin duda, encerrados continuamente bajo cubierta, con centinelas apostados día y noche a las puertas. Berkshire parecía darse cuenta de que nuestros camaradas estaban resueltos y sin duda pensaba que su rechazo al trato que recibían estaba justificado. El día de Navidad le informó a Sasha que las «autoridades superiores» le habían concedido el ejercicio que pedía.

Ni siquiera entonces pudimos juntarnos con ellos. Los presos políticos de otros países pueden interaccionar libremente durante las horas de recreo sean del sexo que sean, pero al puritanismo americano esas cosas le parecían impropias. Para salvaguardar la moralidad nos encerraban en el camarote mientras los hombres salían a tomar el aire. Tenían que quedarse en la cubierta inferior, donde las olas a menudo barrían el barco y los empapaban.

Atravesábamos aguas turbulentas y muchos de los deportados enfermaron. La comida basta y mal preparada provocaba molestias estomacales y la humedad de las literas hizo que muchos de los hombres sufrieran reumatismo. El médico del barco, que no daba abasto para atender al número de pacientes en aumento, pidió a Sasha que lo ayudara. Mi oferta de ejercer como enfermera fue rechazada, pero mis manos estaban totalmente ocupadas con mis dos compañeras, que tuvieron que guardar

cama casi todo el tiempo. Aquellos días de Navidad transcurrieron en un ambiente muy tenso, con presagios de una refriega inminente.

Nuestros guardias estaban muy enconados en nuestra contra pero, con el paso del tiempo, me pareció detectar un cambio gradual. Al principio amenazantes y taciturnos, su seriedad empezó a disminuir poco a poco. Entablaban conversación con nosotras, siempre alerta, no obstante, para que no les viera ningún oficial. Pronto nos confiaron que los habían engañado. La orden les había llegado el día anterior al embarco. No sabían ni la finalidad ni la duración probable del viaje ni tenían la menor idea del puerto de destino. Les habían dicho que tenían que vigilar a unos peligrosos criminales que iban a enviar a alguna parte. Estaban resentidos con sus oficiales y algunos los maldecían abiertamente.

El centinela que me había agarrado de forma tan brusca el primer día estuvo en contra de nosotros durante más tiempo. Una tarde lo observaba mientras caminaba de un lado a otro frente a nuestro camarote. Parecía agotado de la interminable caminata y le propuse que se sentara un rato. Cuando le puse una silla delante, su mutismo se quebró. «No me atrevo», susurró. «Podría pasar el sargento». Le ofrecí intercambiarnos el papel: yo haría la vigilancia. «Dios mío», exclamó, incapaz de contenerse más. «Nos habían dicho que eras una bandida, que habías asesinado a McKinley y que siempre estás conspirando contra alguien». Desde ese momento nos hicimos muy amigos, dispuestos a hacernos favores. Aparentemente, habló del incidente a sus colegas y estos empezaron a dejarse caer por nuestra puerta, con ganas de demostrarnos su amabilidad. Nuestro camarote tenía un atractivo extra para ellos: mi joven y bonita compañera Ethel. A los soldados les volvía locos, discutían sobre anarquismo en todo momento libre del que disponían, y se interesaron mucho por nuestra suerte. Odiaban a sus superiores. Les encantaría tirarlos al agua, dijeron, porque se les trataba como esclavos y se les castigaba con la menor excusa.

Uno de los tenientes era también cortés y muy humano. Me pidió prestados algunos libros y cuando me los devolvió, me encontré dentro una nota que contenía la noticia de que Kalinin había sido nombrado presidente de la Rusia soviética y daba a entender que no nos dejarían en ninguna parte ocupada por los blancos. La incertidumbre sobre nuestro destino exacto había sido una fuente constante de angustia y preocupación para los deportados. La información del oficial amigo fue un gran alivio porque despejaba nuestro mayor temor.

Mientras tanto nuestros camaradas varones estaban ocupados «agitando» a sus guardias y confraternizando con ellos. Los soldados les ofrecieron sus zapatos y ropa extra para vender. «Os vendrá bien en Rusia», dijeron. El tacto de Sasha y su variada provisión de chistes le ayudaron a ganarse los corazones de los chicos del tío Sam. Colocaban un centinela para vigilar, se apiñaban en su compartimento y pedían más chistes. Sasha sabía cómo despertar su interés y pronto empezaron a preguntar sobre los bolcheviques y los sóviets. Estaban ansiosos por saber qué cambios había hecho la revolución y escucharon con asombro que en el Ejército Rojo los soldados elegían a sus oficiales y que ni siquiera un comisario o un general se atrevía a insultar a un soldado raso. Les pareció maravilloso que los oficiales y los soldados estuvieran en pie de igualdad y que todos compartieran las mismas raciones.

Los cuartos bajo cubierta eran fríos y húmedos. Muchos de los deportados no habían tenido la posibilidad de proveerse de ropa de abrigo y como resultado sufrían mucho. Sasha propuso que los que tuvieran reservas compartieran lo que pudieran con sus camaradas menos afortunados, y los hombres respondieron admirablemente. Se abrieron los bolsos, las maletas y los baúles y todo el mundo donó lo que no necesitaba para sí mismo. Abrigos, ropa interior, gorros, calcetines y otras prendas se apilaron en uno de los compartimentos bajo cubierta y se eligió una comisión para distribuirlo. La historia de cómo se procedió, tal y como me la contó Sasha,

era una prueba flagrante de la espléndida solidaridad y el sentimiento de compañerismo de los deportados. Aunque ninguno estaba bien equipado, todos dieron todo lo que podían. El reparto resultó tan justo y equitativo que no hubo ni una sola queja.

Las notas de melodías rusas, procedentes de cien gargantas, resonaban por todo el *Buford*. Los hombres estaban en cubierta y sus ricas voces se alzaban por encima del rugir de las olas, alcanzándonos en nuestro camarote. La potente voz de barítono del solista entonaba la primera estrofa y después toda la multitud se unía en el estribillo. Cantaron canciones revolucionarias, viejas tonadas populares rusas prohibidas, repletas del dolor y la nostalgia de los campesinos, o que se hacían eco de las mujeres de Nekrassov, que seguían heroicamente a sus amantes a la prisión y al exilio. En todo el resto del barco se hizo el silencio, incluso los guardias dejaron su caminar y escucharon con oídos atentos las melodías entregadas.

Sasha había hecho buenas migas con el ayudante del camarero y por su mediación organizamos un servicio de correo. Cada día nos intercambiábamos copiosas notas y nos manteníamos informados de todo lo que ocurría. Nuestro amigo, al que habíamos bautizado como Mac, se volvió tan servicial que empezó a tomar un interés personal por nuestra suerte. Era muy inteligente e ingenioso y se las apañaba para aparecer en los momentos más inesperados, justo cuando le necesitábamos. De repente pareció adoptar la costumbre de caminar con las manos por debajo del delantal, y nunca venía sin traer algún regalito escondido con él. Encontrábamos, escondidas bajo nuestras camas o en el catre de Sasha, exquisiteces de la sentina, bocados escogidos de la mesa del capitán, incluso pollo frito y hojaldres. Y un día le llevó a Sasha varios soldados que le confiaron que habían venido en tanto delegados de sus compañeros de armas. Tenían una misión muy grave. Era una oferta para proporcionar a los deportados armas y municiones, arrestar a todos los oficiales, entregar el

mando del *Buford* a Sasha y navegar con todo lo que había a bordo hacia la Rusia soviética.

Era el 5 de enero cuando llegamos al Canal de la Mancha. La saca de correo que portaba el piloto contenía nuestras primeras cartas a los Estados Unidos. Por seguridad estaban dirigidas a Frank Harris, Alexander Harvey y otros amigos americanos, cuya correspondencia no estaba sometida al mismo escrutinio que la de nuestra gente. El señor Berkshire había consentido también en dejarnos enviar un cable a América. El favor era caro, ocho dólares, pero merecía la pena por el alivio que sentirían nuestros amigos ante el mensaje de que estábamos vivos y a salvo.

Cuando salimos del Canal de la Mancha nos seguía un destructor aliado. La presencia del navío de guerra se debía a un temor doble por parte de las autoridades del *Buford*. Nuestros hombres se habían quejado repetidamente por la calidad del pan que se les racionaba. Como su protesta se ignoraba, amenazaron con la huelga. El señor Berkshire trasladó a Sasha «órdenes estrictas del coronel» para que los deportados se rindieran. Los hombres se rieron en su cara. «¡Berkman es el único coronel al que reconocemos!», gritaron. El jefe militar mandó llamar a Sasha. Montó un escándalo sobre la desorganización de la disciplina del barco, se escandalizó de los deportados confraternizando con los soldados y amenazó con registrar a los hombres en busca de armas escondidas. Sasha declaró audazmente que sus camaradas se resistirían. El coronel no llevó más lejos el asunto y quedó en evidencia que no podía confiar en la fuerza bajo su mando. Sasha se ofreció a solventar la dificultad colocando a dos de los deportados, que eran cocineros, a cargo de la panadería, sin paga. Al coronel le fastidió aceptar lo que consideraba una derrota de su autoridad suprema, pero Sasha insistió y se ganó el sí de Berkshire. Finalmente se adoptó el plan de Sasha y, a partir de entonces, todo el mundo disfrutó de un pan de la mejor calidad. Lo que podría haber sido un problema serio se había evitado, pero los rumores de

huelga y la resistencia organizada de los camaradas tuvieron su efecto en los mandos militares. Una vez desmoronada la confianza en su poder exclusivo, un destructor aliado era un objeto útil para tener a mano. Con una multitud a bordo del *Buford* que no tenía respeto por las charreteras y las medallas, con doscientos cuarenta y nueve radicales que creían en la huelga y en la acción directa, el navío de guerra era un verdadero regalo de los dioses.

La otra razón era el propio *Buford*. La vieja y golpeada bañera no estaba desde el principio en condiciones de navegar y el largo viaje no había mejorado su estado. El gobierno de los Estados Unidos había sido plenamente consciente de que el barco no era seguro y aun así le había confiado más de quinientas vidas. Nos dirigíamos a aguas alemanas y al mar Báltico, este último aún sembrado de minas. Desgraciadamente, el destructor británico era necesario en una situación tan arriesgada. El capitán se daba cuenta de ese peligro inminente. Ordenó que los botes salvavidas estuvieran preparados y autorizó a Sasha a hacerse cargo de doce de ellos y a organizar a los hombres para una rápida acción en caso de alarma.

Muchos de los deportados habían dejado sumas considerables en los bancos y cajas de ahorros americanas. Se les había negado el tiempo para retirar su dinero y tampoco habían tenido ocasión de transferírselo a sus familias. Sasha le propuso a Berkshire que se preparara una declaración sobre sus bienes para enviarse a América con una autorización para que sus familias pudieran acceder a ellos. El inspector se apropió de la idea pero le dejó todo el trabajo a Sasha. Durante días y hasta bien entrada la noche este trabajó sin descanso, recogiendo datos y apuntando declaraciones. Cuando terminó había completado treinta y tres declaraciones juradas y se descubrió que se habían quedado 45.470,39 dólares en los Estados Unidos. Algunos de los hombres habían depositado su dinero en bancos privados y prefirieron no confiar en el gobierno que los había tratado como perros. Era todo lo que tenían después de largos años de penurias y ahorros.

Después de diecinueve días de peligrosa travesía, finalmente llegamos al canal de Kiel. El *Buford*, muy baqueteado, tuvo que realizar una parada de veinticuatro horas para hacer reparaciones. Los hombres quedaron encerrados bajo cubierta y pusieron una guardia especial. Llegaron unas barcazas alemanas junto a nuestro barco. Estaban justo enfrente de nuestro camarote y les lancé una nota por el ojo de buey contándoles quiénes éramos. Consintieron en llevar una carta y cubrí dos páginas en alemán con la letra más diminuta que pude trazar, en la que describí nuestra deportación, la reacción que dejábamos detrás y el trato a los revolucionarios presos sin el beneficio de la amnistía. Dirigí la carta a *Die Republik*, órgano de los socialistas independientes, y añadí una petición a los obreros alemanes para que hicieran su revolución, tan fundamental como la rusa.

Los hombres, encerrados en el entrepuente y casi ahogados en el aire pestilente, protestaron de forma enérgica, exigiendo el ejercicio diario que habían conquistado en los primeros días del viaje. Mientras tanto bombardeaban a los obreros alemanes en el puerto con proyectiles en los que se habían escondido mensajes. Poco después, los obreros de mantenimiento, una vez hecho su trabajo y con mi carta a salvo en sus manos, se alejaron, gritando vivas a los deportados políticos de América y a *die soziale Revolution*. Fue una muestra emocionante de solidaridad y camaradería que ni siquiera la guerra podía destruir.

Nos enteramos que nuestro destino era Libau, al oeste de Letonia, pero, dos días más tarde, un telegrama notificó al capitán que aún se luchaba en el frente del Báltico y que había que cambiar el curso del *Buford*. De nuevo nos echamos a la mar. Los deportados y la tripulación se impacientaban e irritaban con el viaje errático y peligroso. Me invadió la nostalgia por los que había dejado atrás y por la incertidumbre enfermiza de lo que me esperaba. No es fácil trasplantar las raíces hundidas en el suelo durante toda

una vida. Me sentía insegura e inquieta, entre la esperanza y la duda. Mi espíritu estaba aún en los Estados Unidos.

El horrible viaje terminó por fin. Llegamos a Hango, un puerto finés. Con una provisión de raciones para tres días, nos entregaron a las autoridades locales. Las obligaciones de América habían terminado y también sus temores.

En nuestro viaje a través de Finlandia nos encerraron en el tren, con centinelas con la bayoneta calada dentro de los vagones y en los pasillos. Ethel y Dora, al igual que gran parte de los camaradas varones, se encontraban enfermas pero, aunque nuestro tren se detenía en estaciones con restaurante, no se le permitió salir a nadie a comprar algo. En la frontera, en Teryoki, nuestros compartimentos se abrieron y se retiraron los centinelas. Nos dejaron revisar nuestras provisiones pero, para nuestra consternación, descubrimos que la mayor parte de las mismas se las habían apropiado los soldados fineses. Enseguida apareció un representante del ministerio de Exteriores finés y un oficial militar del Estado Mayor. Estaban deseando librarse de los deportados políticos americanos y exigieron que cruzáramos inmediatamente a Rusia. Nos negamos a obedecer sin antes informar a la Rusia soviética de nuestra llegada. Negociamos con las autoridades finlandesas y, finalmente, nos concedieron permiso para enviar dos telegramas, uno a Moscú, dirigido a Chicherin, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, y el otro a nuestro viejo amigo Bill Shatoff, en Petrogrado. En muy breve tiempo llegó el comité soviético. Chicherin había enviado a Feinberg como su representante, mientras que el sóviet de Petrogrado delegó en Zorin, secretario del Partido Comunista de esa ciudad, la tarea de recibirnos. La señora Andreyeva, la esposa de Gorki, los acompañaba. Se hicieron rápidamente los preparativos para transferir nuestro equipaje desde el tren al otro lado de la frontera. Justo en ese momento se anunció la completa derrota de Denikin por el valiente Ejército

Rojo, y el aire se llenó de los gozosos hurras de nuestros doscientos cuarenta y nueve deportados.

Todo estaba listo. Era el día veintiocho de nuestro viaje y finalmente estábamos en los umbrales de la Rusia soviética. Mi corazón temblaba de anticipación y esperanza ferviente.

¡Rusia soviética! ¡Tierra sagrada, pueblo mágico! Habías llegado a simbolizar la esperanza de la humanidad, tú sola estabas destinada a redimir a la raza humana. Yo venía a servirte, amada *matushka*. ¡Acógeme en tu seno, deja que me derrame en ti, que mezcle mi sangre con la tuya, que encuentre mi lugar en su gloriosa lucha y me entregue totalmente a tus necesidades!

En la frontera, de camino a Petrogrado, y allí, en la estación, nos recibieron como a camaradas queridos. A nosotros, que habíamos sido expulsados de América como criminales, los hijos y las hijas que habían ayudado a liberar el suelo soviético nos recibían como a hermanos. Estaban pálidos y demacrados, pero en sus ojos hundidos brillaba la luz y sus cuerpos harapientos exhalaban decisión. El peligro y el sufrimiento habían acerado sus voluntades y los habían hecho adustos. Pero debajo latía aún el viejo corazón ruso, infantil y generoso, y se acercaron a nosotros pródigamente.

La música y las canciones nos daban la bienvenida por todas partes, así como los asombrosos cuentos de valor y fortaleza nunca desfalleciente frente al hambre, el frío y la enfermedad que los devastaban. Lágrimas de gratitud me quemaban los ojos. Sentía una humildad inmensa ante estas gentes sencillas elevadas a la grandeza con el fuego de la lucha revolucionaria.

En Petrogrado, tras una tercera recepción, *tovarishtch* Zorin, en cuya compañía habíamos hecho el viaje, nos invitó a Sasha y a mí a ir con él en un automóvil que estaba esperando. La oscuridad había caído sobre la gran ciudad, arrojando sombras fantásticas sobre la nieve reluciente del suelo. Las calles estaban totalmente desiertas, el silencio sepulcral roto solo por el petardeo de nuestro coche. En nuestro avance nos dieron varias veces el alto unas formas humanas que emergían de repente de la negrura de la noche. Eran soldados, fuertemente armados, que nos apuntaban con sus linternas. *¡Propusk, tovarishtch!* («¡el pase, camarada!»), era su sucinta exigencia. «Precauciones militares», nos explicó nuestro acompañante. «Petrogrado acaba de librarse de la amenaza de Yudenich. Demasiados contrarrevolucionarios acechan aún como para arriesgarse». Seguimos nuestro camino y, cuando el automóvil giró una esquina y pasó por un edificio muy iluminado, Zorin señaló: «La Checa y nuestra cárcel, pero normalmente está vacía». Enseguida nos detuvimos ante una gran casa en la que se veía luz en sus muchas ventanas. «El Astoria, en los tiempos zaristas, un hotel a la moda», nos informó Zorin, «ahora la Primera Casa del Petrosoviet». Nos alojaríamos allí, añadió, mientras que al resto de los deportados se les había instalado en Smolny, en lo que antiguamente era el pensionado más exclusivo para las hijas de la aristocracia. «¿Y las chicas?», pregunté. «Ethel Bernstein y Dora Lipkin». No me hacía a la idea de separarme de ellas. Zorin me prometió buscarles una habitación en el Astoria, aunque solo los miembros del partido se alojaban en esa casa soviética, la mayoría altos funcionarios, así como los invitados especiales. Nos condujo a su apartamento donde nos habían preparado un lugar.

Lisa, la esposa de Zorin, nos dio una bienvenida calurosa, su saludo fue tan amable como lo había sido la actitud de Zorin durante todo el día. Seguro que teníamos hambre. No tenía mucho que ofrecernos, pero podíamos compartir todo lo que tenía, que resultó ser arenque, *kasha* y té. Los Zorin no parecían estar demasiado bien nutridos y me prometí que

colmaría su escasa despensa cuando deshiciese nuestros baúles. Nuestros amigos americanos nos habían provisto de un enorme baúl lleno de provisiones y también habíamos rescatado algunas de las raciones que nos dieron al salir del *Buford*. Me divertía pensar cómo el gobierno de los Estados Unidos estaba alimentando involuntariamente a los bolcheviques rusos.

Los Zorin habían vivido en América, aunque nunca nos habíamos visto allí. Pero nos conocían y Liza me dijo que había asistido a algunas de mis conferencias en Nueva York. Ambos hablaban inglés con un marcado acento extranjero, pero mucho más fluido que nuestro ruso. Treinta y cinco años en los Estados Unidos, sin apenas ocasión de practicar nuestro idioma nativo, habían paralizado nuestra capacidad para utilizarlo. Además, los Zorin tenían muchas cosas que contarnos y lo podían hacer en inglés. Nos hablaron de la revolución, de sus logros y esperanzas, y de muchas otras cosas que deseábamos saber. Su historia de los acontecimientos que desembocaron en la Revolución de octubre y el desarrollo de los mismos desde entonces, aunque con más detalles, era, en cierto modo, una repetición de lo que ya habíamos escuchado en las recepciones. Trataba del bloqueo y de sus temibles estragos; del anillo de hierro que rodeaba a Rusia y del sabotaje devastador de los intervencionistas; de los ataques armados de Denikin, Kolchak y Yudenich; del caos que habían traído y del espíritu revolucionario que se sostenía contra viento y marea, luchando en numerosos frentes y derrotando a sus enemigos. Se luchaba también en el frente industrial, construyendo la nueva Rusia sobre las ruinas de la antigua. Ya se había logrado mucho trabajo constructivo, nos informaron; tendríamos la oportunidad de verlo con nuestros propios ojos: escuelas, universidades obreras, la protección social de madres e hijos, el cuidado de los ancianos y de los enfermos... Eso y mucho más se había hecho posible mediante la dictadura del proletariado. Por supuesto, Rusia se encontraba aún muy lejos de la perfección, con todas las manos que se levantaban en su

contra. El bloqueo, la intervención, las conspiraciones contrarrevolucionarias, entre las que destacaban las de la *intelligentsia* rusa, eran la mayor amenaza. Ellos eran los responsables de los temibles obstáculos con los que se topaba la revolución y de los males que padecía el país.

Las tareas hercúleas a las que se enfrentaba Rusia hacían que nuestras luchas pasadas en América parecieran patéticas e insignificantes; ¡nuestra verdadera prueba de fuego estaba aún por venir! Temblaba ante el pensamiento de mi posible fracaso, de mi incapacidad para escalar las alturas que ya habían alcanzado millones de personas anónimas y mudas. En su honestidad y su evidente dedicación, los Zorin simbolizaban esta grandeza y yo me sentía orgullosa de tenerlos como amigos.

En el pasillo del hotel nos encontramos con una joven que nos dijo que se dirigía al hogar de los Zorin para llamarnos. Un amigo de América nos esperaba, ansioso por vernos. La seguimos hasta un apartamento de la cuarta planta y, cuando se abrió la puerta, me encontré abrazada por nuestro viejo camarada Bill Shatoff. «Bill, ¡estás aquí!», grité sorprendida. «¡Pero si Zorin me había dicho que te habías marchado a Siberia!».

«¿Por qué no viniste a la frontera para recibirnos? ¿No recibiste nuestro telegrama?», medió Sasha.

«Se acabó esa velocidad americana vuestra», se reía Bill. «Primero déjame abrazarte, querido Sasha, y brindemos por vuestra llegada sanos y salvos a la Rusia revolucionaria. Y luego hablaremos». Nos condujo a un diván, y se colocó entre nosotros. Los demás presentes nos saludaron cálidamente: Anna (la esposa de Bill), su hermana Rose y el marido de esta última. Había conocido a las chicas en Nueva York, pero no había reconocido a Rose bajo la luz tenue del pasillo.

Bill había engordado considerablemente desde la fiesta de despedida que le habíamos dado en Nueva York. Su uniforme militar acentuaba sus líneas abultadas y le hacía la cara muy severa. Pero era el mismo Bill de siempre,

impulsivo, afectuoso y jovial. Nos abrumó con una ráfaga de preguntas sobre América, sobre el caso de los sindicalistas de San Francisco, sobre nuestro encarcelamiento y deportación. «Eso por ahora no importa», esquivé, «mejor háblanos de ti. ¿Cómo es que estás en Petrogrado? ¿Y por qué no estabas en el comité de recepción de los deportados americanos?». Bill pareció algo avergonzado y buscó eludir nuestras preguntas, pero nosotros insistimos. No podía soportar la incertidumbre acerca de Zorin y no estaba dispuesta a sospechar que me hubiera engañado deliberadamente. «Ya veo que no has cambiado», se burló Bill. «Eres la misma pesada persistente de siempre». Intentó explicar que, en la vida extenuante de Rusia, la gente no tenía tiempo para la mera sociabilidad. Él y Zorin, al realizar misiones diferentes, apenas coincidían. Esto podría explicar que Zorin tuviera la impresión de que él se había marchado. Su viaje a Siberia llevaba semanas decidido pero, debido a la dificultad para obtener el equipo necesario para el viaje, se había pospuesto. Incluso ahora había que arreglar muchas cosas antes de que estuviera preparado para marcharse. Eso le retendría en la ciudad durante una quincena más, pero ahora que estábamos aquí ya no le importaba. Nos daría tiempo para hablar de todo, de América y de Rusia. Había recibido nuestro telegrama y pidió estar en el comité, pero fue rechazado. Se había considerado poco sensato permitirle que él nos ofreciera nuestras primeras impresiones de Rusia, para que no nos prejuiciara. «¡Se, se!», exclamamos tanto Sasha como yo. «¿Quién es ese dictatorial "se" que te ordena un viaje a Siberia y que te niega el derecho a recibir a tus viejos camaradas y amigos? ¿Y por qué no podías venir por tu cuenta?». «La dictadura del proletariado», contestó Bill, dándome golpecitos indulgentes en el hombro. «Pero de eso hablaremos en otro momento. Ahora solo quiero deciros», continuó con seriedad, «que el Estado comunista en acción es exactamente lo que los anarquistas hemos defendido siempre que sería, un poder estrechamente centralizado, aún más reforzado por los peligros que corre la Revolución. Bajo tales condiciones

uno no puede hacer lo que le dé la gana. No se puede simplemente subir a un tren y marcharse, ni siquiera engancharse al pescante, como solíamos hacer en los Estados Unidos. Hace falta permiso. Pero no penséis que echo de menos mis "bendiciones" americanas. ¡Yo estoy con Rusia, con la Revolución y con su futuro glorioso!».

Bill estaba convencido de que llegaríamos a sentir como él en lo que respecta a las cosas en Rusia. No hacía falta preocuparse por minucias como los *propusks* durante nuestras primeras horas juntos. «*¡Propusks!* Tengo un cajón lleno de ellos y pronto lo tendréis también vosotros», concluyó, con un brillo malicioso en sus ojos. Capté su estado de ánimo y retiré mis preguntas. Estaba aturdida por las impresiones que habían llenado el día. ¿Había pasado realmente un solo día?, me pregunté. Me parecía haber vivido años desde nuestra llegada.

Bill Shatoff tardó aún quince días en irse, y la mayor parte del tiempo lo pasamos juntos, a menudo hasta primeras horas de la mañana. El lienzo revolucionario que desplegaba era de un alcance mucho mayor que el que nos habían pintado todos los demás. En el cuadro ya no figuraban únicamente unas pocas figuras individuales, cuyo papel e importancia se acentuaban sobre el inmenso fondo. Grandes y pequeños, altos y bajos, se perfilaban en relieve, imbuidos de una voluntad colectiva de acelerar el triunfo completo de la Revolución. Lenin, Trotski o Zinoviev, con su pequeño grupo de camaradas inspirados, poseían un gran papel que ejercer, declaraba Bill con convicción entusiasta, pero el verdadero poder tras ellos era la conciencia revolucionaria de las masas, que había despertado. Los campesinos habían expropiado las tierras de los amos durante todo el verano de 1917; los obreros tomaron posesión de las fábricas y los talleres; cientos de miles de soldados habían regresado del frente; los marineros de Kronstadt trasladaron su lema anarquista de acción directa a la vida cotidiana de la Revolución; los socialrevolucionarios de izquierdas, como también los anarquistas, habían animado a los campesinos a socializar la

tierra. Todas estas fuerzas contribuyeron a agitar la tormenta que había estallado sobre Rusia, que encontró toda su expresión y se desató en el terrible huracán de la Revolución de octubre.

Tal era el relato épico de arrolladora belleza y poder sobrecogedor, imbuido de vida palpitante por el ardor y la elocuencia de nuestro amigo. Enseguida, Bill rompió el hechizo. Nos había mostrado la transformación del alma rusa, continuó; ahora nos mostraría también los males de su cuerpo. «No para crearos prejuicios», enfatizó, «como temía la gente cuyo criterio de integridad revolucionaria es un carné del partido». «No pasaría mucho tiempo antes de que nosotros mismos nos topáramos con las desgracias terribles que minaban la fortaleza del país», dijo. Su intención era únicamente prepararnos, ayudarnos a diagnosticar el origen de la enfermedad, señalar el peligro de su contagio y permitirnos ver que solo las medidas más drásticas serían una cura eficaz. La experiencia rusa le había enseñado que los anarquistas habíamos sido los románticos de la Revolución, desdeñando el coste que implicaría, el terrible precio que exigirían los enemigos de la Revolución, los métodos infames a los que recurrirían para destruir sus logros. No se podía combatir el fuego y la espada solo con la lógica y la justicia de nuestro ideal. Los contrarrevolucionarios se habían conjurado para aislar y matar de hambre a Rusia y el bloqueo se estaba cobrando un terrible botín de vidas humanas. La intervención y la destrucción que le pisaba los talones; los numerosos ataques blancos, que costaron océanos de sangre; las hordas de Denikin, Kolchak y Yudenich; sus pogromos, sus venganzas brutales y el caos generalizado que provocaron habían arrastrado a la Revolución a una guerra que ni sus exponentes más prescientes hubieran imaginado nunca. Una guerra que no siempre estaba en consonancia con las ideas románticas de la ética revolucionaria, pero que, no obstante, era indispensable para expulsar a los lobos hambrientos dispuestos a desgarrar la Revolución miembro a miembro. No había dejado de ser anarquista, nos aseguró Bill; no se había

vuelto indiferente a la amenaza de la máquina estatal marxista. Ese peligro ya no era un tema de discusión teórica, sino una realidad gracias a la burocracia, ineficacia y corrupción existentes. Odiaba a la dictadura y a su sirvienta, la Checa, con su despiadada supresión del pensamiento, la expresión y la iniciativa. Pero era un mal inevitable. Los anarquistas habían sido los primeros en responder a la llamada esencialmente anarquista de Lenin a la Revolución. Tenían derecho a exigir cuentas. «¡Y lo haremos! No lo dudéis», Bill casi chillaba. «¡Lo haremos! ¡Pero no ahora, no ahora! No cuando hay que tensar cada nervio para librar a Rusia de los elementos reaccionarios que luchan desesperadamente por recuperar el poder». No se había apuntado al Partido Comunista y nunca lo haría, nos aseguró Bill. Pero estaba con los bolcheviques y seguiría con ellos hasta que se hubieran liquidado todos los frentes y hasta que el último enemigo, como Yudenich, Denikin y el resto de la banda zarista, huyera en desbandada. «Y también lo estaréis vosotros, queridos Emma y Sasha», concluyó Bill. «Estoy seguro de ello».

Nuestro camarada era el mismo bardo entusiasta de siempre, su canción era la saga de la Revolución, el acontecimiento más formidable de nuestra época. Sus milagros eran muchos, sus horrores y penas entrañaban el martirio de un pueblo clavado en la cruz.

Bill tenía toda la razón, pensábamos. En este momento nada podía compararse con la necesidad suprema de darlo todo para proteger la Revolución y sus logros. La fe y el fervor de nuestro camarada me elevó a alturas de éxtasis. Pero no podía liberarme de una corriente subterránea de incomodidad que sentía con fuerza cuando me quedaba a solas en la oscuridad. Luché con tenacidad para suprimirla, revolviéndome como una sonámbula en un espacio hechizado. A veces caía de bruces a la tierra, medio desvelada por una voz brusca o por una fea visión. Que se amordazara la libertad de expresión en la sesión del Petrosoviet a la que habíamos acudido o el descubrimiento de que se servía más y mejor comida

a los miembros del partido en el comedor de Smolny, y otras muchas injusticias y males similares, me había llamado la atención. Había escuelas modelo en las que se empapuzaba a los niños con dulces y caramelos y, junto a ellas, escuelas deprimentes, mal equipadas, sin calefacción y sucias, donde los pequeños, constantemente hambrientos, se apelotonaban como ganado. Un hospital especial para comunistas, con todas las comodidades modernas, mientras que el resto de instituciones carecían de las necesidades médicas y quirúrgicas básicas. ¡Treinta y cuatro grados diferentes de raciones, bajo un supuesto comunismo! Mientras que algunos mercados y tiendas privilegiadas hacían un próspero negocio con la mantequilla, los huevos, el queso y la carne, los obreros y las mujeres de sus familias hacían colas interminables durante largas horas para obtener su ración de patatas heladas, cereales con bichos y pescado pasado. Grupos de mujeres, con las caras hinchadas y azuladas, se hacían acompañar por los soldados rojos y comerciaban con ellos por unas ganancias miserables.

Hablé de estas cosas con Zorin, con el joven anarquista Kibalchich,[26] que vivía en el Astoria, con Zinoviev y otros, señalando las contradicciones. ¿Cómo podían explicarse o justificarse? Todos ellos repetían el mismo estribillo: «¿Qué quieres, con el bloqueo que nos rodea, con el sabotaje por parte de la *intelligentsia*, los ataques de Denikin, Kolchak y Yudenich?». Eran los únicos culpables, reiteraban. Los viejos males no podrían erradicarse hasta que se liquidaran los frentes. «Ven a trabajar con nosotros», decían. «Venid tú y Berkman. Podréis elegir el puesto que prefiráis y nos ayudaríais un montón».

Me conmovía profundamente ver a esta gente tendernos sus manos llenas de deseo. Nos uniríamos a ellos, trabajaríamos con ellos con nuestra mejor energía y fortaleza en cuanto encontráramos nuestra orientación, supiéramos dónde encajábamos y dónde podríamos ser de mayor ayuda.

Zinoviev no parecía el líder formidable que se hubiera supuesto según su reputación. Me dio la impresión de ser fofo y débil. Su voz era adolescente,

aguda y sin atractivo. Pero había ayudado con lealtad a la Revolución en su nacimiento y estaba trabajando sin descanso para desarrollarla, me habían dicho. Sin duda se merecía confianza y respeto. «El bloqueo», repetía. «Kolchak, Denikin, Yudenich, el contrarrevolucionario Savinkov, así como los traidores mencheviques y los socialrevolucionarios de derechas, son una amenaza constante. Conspiran sin descanso para lograr su venganza y la muerte de la Revolución». El lamento de Zinoviev añadía una nota trágica al coro general. Me uní junto con el resto.

Pronto, sin embargo, otras voces se alzaron de las profundidades, voces duras, acusadoras, que me perturbaron mucho. Me habían pedido asistir a una conferencia de anarquistas en Petrogrado y me sorprendió descubrir que mis camaradas estaban obligados a reunirse en secreto en un oscuro escondrijo. Bill Shatoff habló con gran orgullo del valor que nuestros camaradas habían desplegado, durante la Revolución y en los frentes militares, y ensalzó el heroico papel que habían jugado. ¿Por qué una gente con ese historial, me preguntaba, tenía que ir a la clandestinidad?

Enseguida me llegaron las respuestas: de los obreros en las siderúrgicas de Putilov, de las fábricas y las acerías, de los marineros de Kronstadt, de los hombres del Ejército Rojo y de un viejo camarada que se había escapado tras ser condenado a muerte. El auténtico músculo de la lucha revolucionaria gritaba angustiado y resentido contra la gente a la que había ayudado a llegar al poder. Hablaban de la traición bolchevique a la Revolución, de la esclavitud impuesta a los trabajadores, de la castración de los sóviets, de la supresión del libre pensamiento y de la libre expresión, de las prisiones llenas de campesinos recalcitrantes, de obreros, soldados, marineros y rebeldes de todo tipo. Me hablaron de la redada con metralletas en los cuarteles generales de los anarquistas en Moscú por orden de Trotski; de la Checa y de las ejecuciones masivas sin audiencia o juicio previo. Esas denuncias y acusaciones me golpeaban como martillos y me dejaban estupefacta. Escuchaba con tensión en cada nervio, apenas capaz de

entender con claridad lo que oía y sin poder aprehender todo su sentido. No podía ser cierto, ¡esta acusación monstruosa! ¿Acaso Zorin no nos había señalado la cárcel y nos había asegurado que estaba casi vacía? La pena de muerte, nos había dicho, se había abolido. Y Bill Shatoff ¿no había acaso rendido un tributo encendido a Lenin y a sus colaboradores, glorificando su visión y valor? Bill no había tratado de cubrir los puntos negros del horizonte soviético, había explicado las razones de ellos y los métodos que los bolcheviques y, de hecho, todos los rebeldes al servicio de la Revolución se habían visto obligados a adoptar.

Los hombres reunidos en aquella deprimente sala debían estar locos, pensé, para contar historias tan imposibles y absurdas, eran sin duda malvados al condenar a los comunistas por los crímenes que ya deberían saber que se debían a la banda contrarrevolucionaria, al bloqueo y a los generales blancos que atacaban a la Revolución. Proclamé mi convicción ante los presentes, pero mi voz quedó ahogada entre risas burlonas y chanzas. Denunciaron sin tapujos mi ceguera voluntaria. «Esa es la mordaza que te han puesto», me gritaron mis camaradas. «Tú y Berkman habéis picado y os lo habéis tragado entero. ¡Zorin, el hipócrita que odia a los anarquistas y los fusilaría a todos a sangre fría! ¡Bill Shatoff, el renegado!», gritaban. «Los crees a ellos y no a nosotros. Espera, espera a ver las cosas con tus propios ojos. Cantarás otra canción entonces».

Cuando el indignado rugir se calmó un poco, el fugitivo de la sentencia de muerte pidió la palabra. Su pálido rostro estaba surcado de arrugas, sus ojos grandes y huidizos denotaban el sufrimiento y hablaba con una voz que trataba de reprimir el nerviosismo. Se explayó sobre los acontecimientos recientes y sobre las dificultades con las que se encontraba la Revolución. Los anarquistas no cerraban los ojos ante la amenaza contrarrevolucionaria, no. Luchaban contra ella con uñas y dientes, como lo demostraban los numerosos camaradas en los frentes y los muchos que habían entregado ya sus vidas en las batallas contra el enemigo. De hecho, había sido Néstor

Makhno, un anarquista, quien, con su ejército rebelde campesino de *povstantsy*, había ayudado a derrotar a Denikin, y así había salvado a Moscú y a la Revolución en su momento más crítico. En toda Rusia, en ese momento, había anarquistas en la línea de fuego, haciendo retroceder a los enemigos de la Revolución. Pero también estaban luchando contra la plaga que había traído la peste contrarrevolucionaria: los acuerdos de Brest-Litovsk, que habían desintegrado el espíritu revolucionario de las masas y habían sido la primera cuña para romper las fuerzas proletarias y su unidad. Los anarquistas y los socialrevolucionarios de izquierdas se habían opuesto a ellos desde el primer momento por considerarlos un paso peligroso y un abuso de confianza por parte de los bolcheviques. La política de la *razvertska*, la confiscación por la fuerza de los productos por parte de destacamentos militares irresponsables, introducida por los bolcheviques, añadió combustible a las hogueras del descontento popular. Había despertado el odio entre los campesinos y los obreros y los había convertido en un terreno fértil para las conspiraciones contrarrevolucionarias. «¡Shatoff sabe todo eso!», gritó el hombre. «¿Por qué te esconde estos hechos? Bill Shatoff se ha convertido en un anarquista *sovietsky* y está al servicio de los hombres del Kremlin. Por eso Lenin lo ha rescatado de la Checa y en su lugar lo ha exiliado a Siberia. Obreros y campesinos, soldados y marineros han sido fusilados por delitos menores que las dudosas maniobras con sus amigotes burgueses a las que se dedicó Shatoff en tanto gobernador virtual de Petrogrado. Los bolcheviques son amos agradecidos. Shatoff había gobernado Petrogrado con mano de hierro. Él mismo se precipitó tras Kanegiesser cuando huía después de degollar al sádico Uritski, jefe de la Checa de Petrogrado. ¡Shatoff, el anarquista, capturó a la desgraciada presa, lo trajo de vuelta triunfalmente y se lo entregó a la Checa para que lo fusilaran!».

«¡Parad, parad!», grité. «Ya he oído mentiras suficientes. Bill nunca haría algo así. Conozco a Bill desde hace años y es el ser más generoso y amable

que existe. Nunca creeré que sea capaz de algo así». Furiosa, arremetí contra esta gente que se decía anarquista y que a la vez era tan rencorosa y mezquina. Luché por la integridad de Zorin y defendí a Zinoviev como un líder enérgico y capaz. Reivindiqué a Bill, mi viejo camarada y amigo, elogiando la nobleza de su carácter, su espíritu grande y su visión clara. Me negué a que mi fe ardiente se extinguiera con los humos ponzoñosos que llevaba tres días inhalando.

Sasha estaba en cama con un grave resfriado y demasiado enfermo como para asistir a la conferencia del grupo anarquista. Pero le mantuve informado y ahora irrumpía en su cuarto con la mente hecha un torbellino para contarle lo que había ocurrido en este día horrible. Rechazó las acusaciones como la charla irresponsable de hombres ineficaces y gruñones. Los anarquistas de Petrogrado eran como tantos otros en nuestras filas de América, que solían hacer menos que nadie y se dedicaban a criticarlo todo, dijo. Tal vez habían sido lo bastante ingenuos como para esperar que emergiera el anarquismo de la noche a la mañana de las ruinas de la autocracia, de la guerra y los errores del gobierno provisional. Era absurdo denunciar a los bolcheviques por las medidas drásticas que empleaban, insistió Sasha. ¿Cómo si no iban a liberar a Rusia de las garras de la contrarrevolución y del sabotaje? En lo que a él se refería, ningún método era demasiado cruel para tratar con eso. La necesidad revolucionaria justificaba todas las medidas, por mucho que no nos gustaran. Mientras la Revolución estuviera en entredicho, aquellos que buscaban minarla debían pagar el precio. Mi viejo amigo era tan resuelto y claro como siempre. Estuve de acuerdo con él. Aun así, los feos informes de mis camaradas seguían preocupándome.

La enfermedad de Sasha expulsó los fantasmas de mis noches de insomnio. Había pocos médicos, las medicinas eran escasas y la enfermedad campaba por sus respetos en Petrogrado. Zorin había mandado

llamar inmediatamente a un médico, pero la fiebre del paciente era demasiado alarmante como para esperar demasiado. Mi vieja experiencia profesional nunca tuvo mejor uso. Con la ayuda de mi pequeño y bien provisto botiquín, que me había regalado el amable doctor del *Buford*, conseguí bajarle la fiebre a Sasha. Dos semanas de cuidados intensivos lo sacaron de la cama, con un aspecto delgado y pálido, pero encauzado a una completa recuperación. Por aquel entonces nos enviaron a dos hombres que venían de visita: George Lansbury, editor del *Daily Herald* de Londres, y el señor Barry, un corresponsal americano. No se les esperaba y no se había previsto a nadie para que hablara inglés al recibirlos. No entendían ni una palabra de ruso y querían llegar a Moscú. Comunicamos su petición a la señora Ravich, directora del departamento de Interior y jefa de la oficina de extranjería de Petrogrado. Ella le pidió a Sasha que acompañara a los visitantes a Moscú y él aceptó.

Su partida me dejó libre para moverme. Los Zorin estaban siempre dispuestos a llevarme a sitios interesantes, pero estaba empezando a recuperar el ruso y prefería ir sola. Como la conferencia anarquista había sido clandestina, no me encontraba en situación de hablar de ella a los Zorin, mucho menos de lo que había escuchado allí. Eso me hacía sentirme algo culpable en su presencia. A eso se añadía que tenía la impresión de que Zorin trataba a propósito de mantenerme alejada de algunas cosas. Le había pedido visitar algunas fábricas. Me había prometido conseguirme un *propusk*, pero no lo hizo. También se había enfadado con Liza cuando esta me pidió que hablara a las chicas de un taller colectivo. Yo no había aceptado, mi ruso era aún demasiado rudimentario. Además, había venido a Rusia a aprender, no a enseñar. Mi rechazo pareció aliviar mucho a Zorin. En su momento, no presté atención a esa peculiar actitud pero, cuando tampoco cumplió su promesa de llevarme a los hornos, empecé a pensar si no habría algo raro ahí. No creía que la situación fuera tan mala como se describía en la conferencia, pero ¿por qué entonces iba Zorin a negarse a

que la viera? No obstante, mi relación con los Zorin siguió siendo muy amistosa. Eran fervientes rebeldes, incapaces de pensar en sí mismos y en sus necesidades. Se resistían a aceptar algo de nosotros, aunque siempre estaban dispuestos a compartir sus escasas provisiones. Zorin era especialmente inflexible en esto. Cada vez que yo sacaba alguno de los víveres americanos, me advertía de que pronto pasaríamos nosotros hambre si continuábamos regalando nuestras cosas. Tampoco era fácil convencer a Liza. Estaba embarazada y le presionaba para que me ayudara a preparar algunas cosas para el recién llegado.

«Tonterías», me solía contestar. «En la Rusia proletaria nadie se preocupa de la ropa de bebé; eso son cosas de las mujeres burguesas mimadas de los países capitalistas. Tenemos cosas más importantes que hacer».

Yo le argumentaba que los bebés de hoy serían los herederos del futuro para el que ella trabajaba. ¿No deberíamos ocuparnos de sus necesidades incluso antes de que nacieran? Pero Liza se burlaba y me llamaba sentimental, me decía que no era para nada la luchadora que ella creía. Me gustaba y admiraba sus cualidades, a pesar de sus rasgos de estrechez partisana. Pero no los vi tan a menudo, sin embargo, como en las primeras semanas. No era necesario, porque podía moverme sola; además, había entrado otra gente en mi vida.

Si en una cosa Bill Shatoff no había exagerado nada era sobre el asunto de los *propusks*. Jugaban un papel más importante en la Rusia soviética que los pasaportes bajo los zares. Ni siquiera se podía entrar y salir de nuestro hotel sin un permiso, por no hablar de visitar alguna institución soviética o a algún funcionario importante. Casi todo el mundo cargaba con carpetas llenas de *propusks* y *oodostoverenyas* (papeles de identificación). Zorin me había contado que constituían una precaución indispensable contra los conspiradores contrarrevolucionarios, pero cuanto más tiempo pasaba en Rusia menos entendía su función. El papel era un bien escaso y, aun así,

resmas y resmas se empleaban para «permisos» y se perdía muchísimo tiempo en conseguirlos. Por otra parte, la enorme cantidad de ellos desafiaba cualquier intento de control real. ¿Qué contrarrevolucionario en sus cabales, me preguntaba, se arriesgaría a ser descubierto pasándose horas y horas en la cola esperando un *propusk*? Podría conseguirlo más fácilmente por otros medios. Pero era inútil: todos los comunistas que conocí parecían aquejados de una fijación contrarrevolucionaria, sin duda debido a los ataques que habían sufrido. ¿Cómo podía no estar de acuerdo con ellos? Mi estancia en Rusia era aún demasiado breve como para asesorarles de los métodos más prácticos para lidiar con los enemigos de la Revolución. Y ¿qué importancia tenían esos puñeteros trozos de papel en comparación con las grandes cosas que ya se habían logrado? Por todas partes era testigo de una valentía sublime, de una devoción desinteresada y de una grandeza sencilla por parte de aquellos que guardaban el fuerte revolucionario frente a la oposición del mundo entero. Así razonaba conmigo misma, negándome con determinación a ver el otro lado de la cara rusa. Pero no se podía ignorar su mueca retorcida y lacerada. Seguía llamándome, me presionaba para que mirara, me obligaba a contemplar su sufrimiento. Yo quería ver únicamente su belleza radiante, pero la fealdad del otro lado me arrastraba con una llamada irresistible.

«¡Mira, mira!», me decía con sorna. «A corta distancia de Petrogrado hay bosques suficientes para calentar todos los hogares y para hacer funcionar los engranajes de todas las fábricas. Pero la ciudad perece de frío y las máquinas están paralizadas. La *razverstka* (“recogida forzada de comida”) exprime a los campesinos para alimentar a Petrogrado, o eso les dicen, la fértil Ucrania es obligada a enviar carros de víveres hacia el norte, pero la población de las ciudades se muere de hambre. Más de la mitad de las provisiones desaparece de alguna forma durante el camino, el resto llega principalmente a los mercados, más que a las masas hambrientas. ¿Y los disparos constantes en la Gorojovaya (“cuartel general de la Checa”)? ¿Te

has vuelto sorda ante ellos? Y la prisión que se plantea para los niños con defectos morales, ¿no te has indignado con eso, tú que has gritado anatema durante treinta años a los denigradores de la vida infantil? ¿Qué hay de todos estos horribles eccemas, tan hábilmente disimulados por el maquillaje rojo comunista?».

Como un conejo en una trampa me revolvía en mi jaula, golpeándome contra los barrotes de estas temidas contradicciones. Ciegamente anhelaba alguien que me rebatiera con contundencia. Zinoviev y John Reed, que acababan de regresar de Moscú, podrían explicármelo, pensaba. Y Máximo Gorki, seguramente me diría qué lado de la cara rusa era el verdadero y cuál el falso. Él me ayudaría, el gran realista, cuya voz atronadora había rugido contra todas las injusticias y que había censurado los crímenes contra la infancia con palabras de fuego.

Le envié una nota a Gorki, pidiéndole que me recibiera. Me sentía perdida en el laberinto de la Rusia soviética, tropezaba constantemente sobre los muchos obstáculos, tanteaba en vano hacia la luz revolucionaria. Le escribí que necesitaba su mano amiga como guía. Mientras tanto, recurrí a Zinoviev. «Los bosques están a mano en Petrogrado», le dije. «¿Por qué la ciudad debe pasar frío?». «Hay mucha cantidad de combustible», contestó Zinoviev, «pero ¿para qué nos sirve? Nuestros enemigos han destruido nuestros medios de transporte, el bloqueo ha matado a los caballos tanto como a los hombres. ¿Cómo vamos a llegar al lugar?». «Pero ¿y la población de Petrogrado?», insistí. «¿No se les podía pedir cooperación? ¿No se les podría inducir a ir en masa con hachas y picos y sogas para arrastrar la madera que ellos mismos van a usar? Un esfuerzo concertado de ese tipo, ¿no aliviaría mucho sufrimiento y a la vez disminuiría la hostilidad en contra de tu partido?». «Ayudaría a paliar el sufrimiento por el frío», replicó Zinoviev, «pero interferiría en la ejecución de las principales líneas políticas». «¿Cuáles eran?». «La concentración de todo el poder en las manos de la vanguardia proletaria», explicó Zinoviev, «de la vanguardia de

la Revolución, que es el Partido Comunista». «Es un precio bastante alto», objeté. «Desgraciadamente», asintió. «Pero la dictadura del proletariado es el único programa eficaz durante un periodo revolucionario. Los grupos anarquistas, las iniciativas libres de las comunas, como sugerían tus grandes maestros, serán factibles en los siglos venideros, pero no ahora en Rusia, con los Denikin y Kolchak listos para aplastarnos. Han condenado a toda Rusia y, aun así, tus camaradas se preocupan del destino de una ciudad». ¡Una ciudad, con un millón y medio de habitantes reducidos a cuatrocientos mil! ¡Una mera bagatela a los ojos del programa político comunista! Descorazonada, me alejé de un hombre tan arrogante y seguro de la sabiduría de su partido, tan cómodo en su constelación celestial marxista y tan consciente de ser una de sus estrellas más brillantes.

John Reed irrumpió en mi cuarto como un repentino rayo de luz, el mismo Jack exuberante y aventurero que yo frecuentaba en los Estados Unidos. Estaba a punto de regresar a América, a través de Letonia. Un viaje bastante arriesgado, me dijo, pero aún asumiría riesgos más grandes para llevar el mensaje inspirador de la Rusia soviética a su tierra natal. «Maravilloso, increíble, ¿verdad, E. G.?», exclamó. «Tu sueño de tantos años ahora hecho realidad en Rusia, tu sueño despreciado y perseguido en mi país, pero hecho realidad por la varita mágica de Lenin y su banda de bolcheviques a quienes todos despreciaban. ¿Te esperabas que ocurriera algo así en el país que gobernaron los zares durante siglos?».

«No por Lenin y sus camaradas, querido Jack», le corregí, «aunque no les niego su gran papel, sino por todo el pueblo ruso, precedido por un pasado revolucionario glorioso. Ninguna otra tierra de nuestros días ha sido literalmente más nutrida con la sangre de los mártires, una larga procesión de pioneros que fueron a la muerte para que la nueva vida pudiera brotar de sus tumbas».

Jack insistía en que la joven generación no podía seguir atada para siempre a los lazos del delantal de la vieja, especialmente cuando esos lazos le están apretando la garganta. «Mira tus viejos pioneros, las Breshkovskayas y los Chaikovski, los Chernov y los Kerenski y el resto de ellos», gritó encendiéndose. «¡Mira dónde están ahora! Con los centurionegristas, con los antisemitas y con la camarilla ducal, ayudándolos a aplastar la Revolución. Me importa un bledo su pasado. Solo me interesa lo que esa panda de traidores ha estado haciendo durante los últimos tres años. ¡Al paredón con ellos, digo yo! He aprendido una palabra rusa muy expresiva, *¡razstrellyat!* ("fusilar")».

«¡Basta, Jack, basta!», grité. «Esa palabra ya es bastante horrible en la boca de un ruso. Con tu duro acento americano me hiela la sangre. ¿Desde cuándo los revolucionarios ven en la ejecución generalizada la única solución de sus dificultades? En tiempos de contrarrevolución activa sin duda es inevitable devolver golpe por golpe. Pero, a sangre fría y únicamente por sus opiniones, ¿se puede justificar el poner a la gente contra la pared bajo esas circunstancias?». Seguí señalándole que el gobierno soviético tendría que haberse dado cuenta de la futilidad de tales métodos, por no hablar de su barbarie, puesto que había abolido la pena de muerte. Zorin me lo había dicho. ¿Acaso se había revocado el decreto, puesto que Jack hablaba con tanta ligereza de llevar a la gente al paredón? Le mencioné los disparos frecuentes que escuchaba en la ciudad por la noche. Zorin me había dicho que eran prácticas de tiro de los *kursanty* («estudiantes comunistas en la escuela de entrenamiento militar para oficiales»). «¿Sabes tú algo de eso, Jack?», le pregunté. «Dime la verdad».

Lo que él sabía, me dijo, es que quinientos presos, considerados contrarrevolucionarios, habían sido fusilados la víspera de que el decreto entrara en vigor. Había sido un error estúpido por parte de chequistas debido a un exceso de celo, y se les había regañado severamente por ello. Desde entonces no había oído hablar de más fusilamientos, pero él siempre

me había considerado una revolucionaria de pura raza, que no se arrugaría ante ninguna medida para defender la Revolución. Le sorprendía que me alterara tanto por la muerte de unos cuantos conspiradores. ¡Como si eso importara en la balanza de la revolución mundial!

«Debo estar loca, Jack», le dije, «o puede que nunca haya entendido lo que significa la Revolución. Sin duda, nunca creí que significara una indiferencia cruel ante la vida y el sufrimiento humano o que no tendría otro método para resolver sus problemas que la matanza generalizada. Quinientas vidas borradas en la víspera de un decreto que abole la pena de muerte, ¿y lo llamas un error estúpido? Yo lo llamo un crimen cobarde, el peor escándalo contrarrevolucionario cometido en nombre de la Revolución».

«Está bien», dijo Jack, tratando de calmarme. «Estás un poco confusa por la revolución en acción porque siempre has lidiado con ella solo en la teoría. Te acostumbrarás, siendo como eres una rebelde lúcida, y verás bajo la luz adecuada todo lo que ahora te parece tan desconcertante. Ahora anímate y hazme una taza de ese rico café americano que has traído contigo. No es mucho a cambio de lo que mi país te ha quitado pero, en la Rusia hambrienta, su hijo nativo lo aprecia mucho».

Me maravillé ante la capacidad de cambiar tan rápidamente a un tono más ligero. Era el mismo Jack de siempre, con su apetito de aventuras. Hubiera querido contagiarme de su humor alegre, pero mi corazón estaba apesadumbrado. La aparición de Jack me había traído recuerdos de mi vida reciente, de mi gente, de Helena y de mis seres queridos. En dos meses no me había llegado ni una sola palabra suya. A mi depresión y mi inquietud se añadía la incertidumbre sobre ellos. La carta de Sasha, en la que me sugería que fuera a Moscú, me infundió nueva energía. Moscú estaba mucho más vivo que Petrogrado, escribía, y se podía conocer gente interesante. Unas semanas en la capital me ayudarían a aclararme sobre la situación revolucionaria. Quise ir inmediatamente. Pero ya me había enterado, sin

embargo, de que en la Rusia soviética uno no compra un billete y se sube al tren. Había visto gente haciendo cola días y noches para obtener un permiso para sus viajes y después, de nuevo, esperar largas colas para comprar los billetes. Aun con la útil cooperación de Zorin, hicieron falta diez días antes de que me pudiera marchar. Habían convenido que me sumara a la delegación de funcionarios soviéticos que iban a Moscú, me informó. Demyan Bedni, el poeta oficial, estaría allí y él me llevaría al Hotel Nacional. Zorin fue tan obsequioso como siempre, aunque algo distante.

Al llegar a la estación, me encontré en una compañía distinguida. Karl Radek, que había escapado de la suerte de Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Landauer, estaba allí. Chiperovich, líder de los sindicatos obreros de Petrogrado, Máximo Gorki y algunas luminarias menores compartirían también el vagón conmigo.

Gorki había respondido a mi carta previamente y me pidió que le visitara para hablar un rato. Lo visité, pero no hablamos. Lo encontré sufriendo un fuerte resfriado y tosiendo sin parar, mientras cuatro mujeres revoloteaban a su alrededor, atendiendo a sus necesidades. Cuando me vio en el tren, me dijo que podríamos tener nuestra charla pospuesta *en route*, que después se pasaría por mi compartimento. Esperé con ansia la mayor parte del día. Gorki no apareció, ni ningún otro, excepto el portero, con bocadillos y té para la delegación soviética. Radek, en el compartimento contiguo, evidentemente estaba celebrando audiencia. En la típica forma rusa en la que todo el mundo habla a la vez. Pero el pequeño y nervioso Radek se las apañaba para superar a todos. Parlotearon durante horas. Mi cerebro se agotó y me quedé traspuesta.

Me despertó de mi sueño una figura flaca y desgarbada que se cernía sobre mí. Máximo Gorki estaba a mi lado, con su cara campesina surcada por el dolor. Le pedí que se sentara a mi lado y él se desplomó sobre el asiento. Era un hombre cansado y lánguido, mucho mayor que sus cincuenta años.

Había esperado con expectación la ocasión de hablar con Gorki, y ahora no sabía cómo empezar. «Gorki no sabe nada de mí», me decía a mí misma. «Puede pensar que soy simplemente una reformista, opuesta a la Revolución en sí. O puede incluso llevarse la impresión de que voy al encuentro de fallos debido a rencillas personales o porque no tengo "tostadas con mantequilla y pomelo para desayunar" o alguna otra ventaja americana». Una interpretación así se le había dado seriamente a la queja de Morris Becker sobre el aire insoportablemente pútrido del taller en el que trabajaba, la innecesaria suciedad y porquería. «¡Eres un burgués malcriado!», le había gritado el comisario. «Suspiras por las comodidades de la América capitalista. La dictadura del proletariado tiene cosas más importantes de las que ocuparse que de la ventilación o de poner unos armarios para que guardes limpios tu pan y tu té». Me había reído hasta las lágrimas con esa historia, pero ahora me molestaba el resquemor de que Máximo Gorki me considerara también una burguesa malcriada, insatisfecha porque no había encontrado en la Rusia soviética los antros de libertinaje de la América capitalista. Pero traté de tranquilizarme, era ridículo pensar que Gorki fuera capaz de repetir la retahíla idiota del funcionario bolchevique subordinado. Sin duda, alguien que podía detectar la belleza en la vida más miserable y descubrir la nobleza en lo más bajo sería lo bastante perspicaz como para entender mi queja. Él, más que ningún otro hombre, podría captar su causa y su dolor.

Finalmente, comencé diciendo que debería presentarme antes de poder hablarle de las cosas que me inquietaban. «No es necesario», interrumpió Gorki. «Sé mucho sobre tus actividades en los Estados Unidos. Pero incluso si no supiera nada de ti, el hecho de que hayas sido deportada por tus ideas sería prueba suficiente de tu integridad revolucionaria. No necesito nada más». «Es muy amable de tu parte», le respondí, «pero debo insistir en un breve preliminar».

Gorki asintió y procedí a contarle sobre mi fe en los bolcheviques desde el principio mismo de la Revolución de octubre, sobre mi defensa de ellos y de la Rusia soviética en un momento en el que muy pocos radicales se atrevían a defender a Lenin y a sus camaradas. Incluso me había apartado de Yekaterina Breshkovskaya, que había sido la antorcha de mi generación. No había sido una tarea fácil clamar en aquel desierto de furia y odio en defensa de quienes, en la teoría, siempre habían sido mis adversarios políticos. Pero ¿quién podía pararse a pensar en tales diferencias cuando lo que estaba en juego era la Revolución? Lenin y sus colaboradores personificaban esa vida para mí y para mis camaradas y amigos más cercanos. Por lo tanto, habíamos luchado por ellos y habríamos dado nuestras vidas alegremente por los hombres que estaban defendiendo el fuerte revolucionario. «Espero que no consideres que estoy presumiendo o creas que exagero las dificultades y peligros de nuestra lucha en América a favor de la Rusia soviética», dije. Gorki negó con la cabeza y yo continué. «También espero que me creas cuando digo que, aunque anarquista, no soy tan ingenua como para creer que el anarquismo pueda brotar de la noche a la mañana, por así decirlo, de las ruinas de la vieja Rusia».

Me interrumpió con un gesto de su mano. «Si esto es así, y no dudo de ti, ¿cómo puedes estar tan perpleja ante las imperfecciones que ves en la Rusia soviética? Como veterana revolucionaria debes saber que la Revolución es una tarea triste e incesante. ¡Nuestra pobre Rusia, atrasada y brutal; sus masas, ancladas en siglos de ignorancia y oscuridad, bestiales y perezosas como ningún otro pueblo sobre la tierra!». Tragué saliva ante su condena general a todo el pueblo ruso. Si era cierta, su acusación era terrible, le dije. Era también novedosa. Ningún escritor ruso había hablado antes en tales términos. Él, Máximo Gorki, era el primero en aportar una visión tan peculiar, y el primero que no echaba toda la culpa al bloqueo, a los Denikin y Kolchek. Algo irritado, replicó que «la concepción romántica de nuestros grandes genios literarios» había representado mal a los rusos y producido

equívocos inagotables. La Revolución había pinchado la burbuja de la bondad e ingenuidad del campesinado. Los había revelado taimados, avariciosos y perezosos, incluso salvajes en su alegría al causar dolor. El papel que habían jugado los contrarrevolucionarios yudenitas, añadió, era tan obvio que no requería subrayarse. Por eso él no había considerado necesario siquiera mencionarlos, ni tampoco a la *intelligentsia*, que había estado hablando de la revolución durante cincuenta años y ahora era la primera en apuñalarla por la espalda con sabotajes y conspiraciones. Todos estos eran factores que contribuían, pero no la causa principal. Las raíces eran inherentes a las masas bestiales e incivilizadas rusas, decía. No tienen tradiciones culturales, no tienen valores sociales, ni respeto por la vida y los derechos humanos. No se movilizan por nada, excepto por la coacción y la fuerza. A lo largo de la historia, los rusos no habían conocido otra cosa.

Protesté con vehemencia contra esas acusaciones. Argumenté que, a pesar de su evidente fe en las cualidades superiores de otras naciones, había sido el ignorante y bestial pueblo ruso el que primero se alzó en rebelión. Habían sacudido Rusia con tres revoluciones sucesivas en doce años y eran ellos y su voluntad quienes hicieron nacer la Revolución de octubre.

«Muy elocuente», respondió Gorki. «Pero no muy exacto». Admitía la participación del campesinado en el levantamiento de Octubre, aunque incluso eso, pensaba, no se debía a un sentimiento social consciente, sino a mera ira acumulada durante décadas. Si la mano de Lenin no lo hubiera controlado y guiado, seguramente habría destruido los grandes fines revolucionarios en lugar de hacerlos avanzar. Lenin, insistía Gorki, era el verdadero padre de la Revolución de octubre. Había sido concebida por su genio, alimentada por su visión y su fe y había madurado por su presciencia y su cuidado paciente. Otros ayudaron a parir el rollizo bebé, especialmente la pequeña banda de bolcheviques, ayudados por los obreros de Petrogrado, junto con los soldados y marinos de Kronstadt. Desde el nacimiento de Octubre era de nuevo Lenin el que conducía su desarrollo y crecimiento.

«Un milagrero, este Lenin tuyo», exclamé. «Pero me parece recordar que no siempre pensaste que fuera un dios o que sus camaradas fueran infalibles». Le recordé a Gorki su cáustico ataque a los bolcheviques en el periódico *Zhizn*, editado por él en los días de Kerenski. ¿Qué había provocado su cambio? Había atacado a los bolcheviques, reconoció Gorki, pero el curso de los acontecimientos lo había convencido de que una revolución en un país primitivo, con un pueblo bárbaro, no puede sobrevivir sin recurrir a métodos drásticos de autodefensa. Los bolcheviques habían cometido muchos errores y seguían haciéndolo. Ellos mismos lo admitían. Pero la supresión de los derechos individuales para proteger al conjunto, la Checa, la cárcel, el terror y la muerte no eran algo que hubieran escogido. La Rusia soviética se había visto obligada a recurrir a esos métodos y eran inevitables en la lucha revolucionaria.

Parecía agotado y no le retuve cuando se levantó para marcharse. Estrechó mi mano y salió con un paso arrastrado. Yo también estaba cansada y triste más allá de las palabras. ¿Cuál de los dos Gorki, me preguntaba, se había acercado más al alma rusa? ¿Sería el creador de *Makar Tchudra* y *Tchelkash*, el autor de *Los bajos fondos*, de *26 y 1*, de los «salvajes mudos y crueles» de las masas rusas? ¡Qué humanos los había hecho Gorki, qué pueriles y perdidos, qué conmovedores en su frustración! Había vivido con ellos, «en los abismos donde solo hay tinieblas y fango», había escuchado su «grito áspero por la vida» y había «venido a dar testimonio del sufrimiento que había dejado atrás». ¿Era esa la verdadera alma rusa, o era como la describía el Gorki adorador de Lenin? «Cien millones de personas, salvajes crueles para los que se requieren métodos bárbaros para tenerlos a raya». ¿Realmente creía esas cosas monstruosas o se las había inventado para mayor gloria de su dios?

Máximo Gorki había sido mi ídolo y no quería ver sus pies de barro. Me convencí de una cosa, sin embargo: ni él ni nadie iban a resolver mis problemas. Solo el tiempo y una paciente búsqueda podrían hacerlo,

ayudada por una comprensión empática de las causas y los efectos en la lucha revolucionaria rusa.

Los ocupantes del vagón se habían retirado y todo estaba tranquilo. El tren aceleraba. Traté de conciliar el sueño, pero me quedé pensando en Lenin. ¿Cómo era ese hombre y cómo era su poder que atraía a todo el mundo, incluso a los que no estaban de acuerdo con su deriva? Trotski, Zinoviev, Bujarin y el resto de hombres notables con los que me había cruzado; todos diferían en muchas cuestiones y, aun así, su valoración de Lenin era unánime. La suya era la mente más lúcida de Rusia, todo el mundo me aseguraba, tenía una voluntad de hierro y una constancia perruna para perseguir sus fines a cualquier precio. Era curioso, pensé, que nadie contara ningún impulso generoso de ese hombre. Pensé en Dora Kaplan, la asaltante de Lenin. Su historia, que me había contado un amigo de Bill Shatoff, totalmente partidario de los bolcheviques y de Lenin, había sido uno de mis primeros escándalos en los días de Petrogrado. Él condenaba sin paliativos el ataque sobre Lenin porque hubiera producido un efecto desastroso para Rusia si Lenin no hubiera sobrevivido a sus heridas. Pero me habló con la más alta consideración de Dora, de su idealismo revolucionario y su fortaleza de carácter, que impresionó incluso a sus torturadores de la Checa. Actuó motivada por la convicción de que Lenin había traicionado a la Revolución en las negociaciones de Brest-Litovsk. Su actitud era compartida por todo su partido, el Partido Social Revolucionario de Izquierdas, así como por los anarquistas. Incluso buena parte de las filas comunistas sostenía la misma opinión. Trotski, Bujarin, Joffe y otros destacados bolcheviques habían peleado sin descanso con su líder sobre la cuestión de hacer las paces con el káiser. La influencia de Lenin, apoyada por su ingenioso lema de una *peredishka* (una pausa para recuperar el aliento), había conquistado toda oposición. Muchos defendían que la *peredishka*, en realidad, resultaría ser una *zadishka* (muerte por estrangulamiento). Sería el final de la Revolución, insistían, y Lenin sería el

responsable de ello. Dora Kaplan, apenas una chiquilla, había traducido en acción la confusión mental del momento. Intentó apuñalar a Lenin antes de que este apuñalara la Revolución.

«Solo la Checa trabaja rápido en Rusia» había señalado mi informador, con una sonrisa cínica. «No se perdió el tiempo en un juicio y no se arriesgaron a una audiencia». Como la tortura no consiguió que Dora implicara a otros en su acción, se le libró de su agonía mediante una mano más firme que la suya. Lenin se había ganado el amor y la adulación de millones de personas en todos los países, pero no hizo nada para salvar a esa desgraciada mujer. La terrible historia me había perseguido durante semanas. Me consolé y renové mi fe en la humanidad de Lenin cuando me enteré de que había rescatado a Bill Shatoff de la «rápida acción» de la Checa. Podía alzarse a cumbres generosas, después de todo, pensé. Tal vez había estado demasiado enfermo como para interceder a tiempo por Dora; posiblemente, también, le hubieran ocultado el hecho de que la habían torturado. Habían pasado ya casi dos meses. Ahora estaba en camino tal vez de conocer al hombre al que una vez persiguieron y exiliaron como a un criminal y que ahora tenía en sus manos el destino y el futuro de Rusia.

Medio dormida escuché al botones gritar: «¡Moscú!». Cuando salí al andén, me encontré que mis compañeros de viaje ya se habían ido, incluyendo Demyan Bedni. No tenía medios de notificar a Sasha mi llegada, y nadie más en la capital sabía que yo venía. Me sentí bastante perdida en el ruido y barullo de la estación e impotente con mis bolsos y paquetes. Me habían advertido de que las cosas en Rusia solían desaparecer bajo tu vista. No podía ir a buscar a un *izvotschik* y me quedé irresoluta pensando qué hacer. Una voz familiar me llegó enseguida a los oídos. Era Karl Radek hablando con algunos amigos. No se me había acercado en todo el viaje ni había mostrado ninguna señal de que conociera mi identidad. Me sentí rara pidiéndole ayuda. De repente se dio la vuelta y se acercó a mí. ¿Estaba esperando a alguien o podría él serme de ayuda? Hubiera podido

abrazar al hombrecito por su generoso interés, pero me dio miedo escandalizarlo con un despliegue de «sentimentalismo burgués». A menudo había escuchado esa expresión empleada con mucho desprecio. Le dije a Radek que estaba siendo más caballeroso que la carabina que me había asignado Zorin. Prometió llevarme sana y salva a Moscú y conseguirme allí una habitación, pero había huido cobardemente.

«Caballerosidad, ¡tonterías!», se rio Radek. «Somos camaradas, ¿verdad? Aunque no seas miembro de mi partido». «Pero ¿cómo sabes quién soy?». «Las noticias viajan rápido en Rusia», contestó. «Eres una anarquista, eres Emma Goldman y te echaron de la plutócrata América. Son tres razones para merecer mi camaradería y mi ayuda».

Me invitó a acompañarle y a dar al «camarada chófer» las indicaciones sobre dónde llevarme. Le expliqué que solo tenía el número y la calle donde estaba mi camarada Alexander Berkman. Este no me esperaba y probablemente no estuviera allí. Además, no tenía una habitación propia. Radek quiso saber «qué cerdo» me había dejado «en este embrollo». Le señalé que no aplicaría ese término al hombre si supiera lo importante que era. «Se gana el pan de cada día con las tonadas oficiales», le dije. «¡Demyan!», chilló Radek. «Tenía que ser ese cerdo seboso el que se arrugue ante una tarea difícil». Ciertamente no iba a ser fácil conseguirme una habitación en Moscú, señaló; la ciudad estaba superpoblada y había pocos alojamientos disponibles. Pero no tenía por qué preocuparme, me llevaría a su apartamento en el Kremlin y allí veríamos.

Tras la desolación de Petrogrado, Moscú parecía un verdadero caldero de actividad. Había multitudes por todas partes, casi todo el mundo arrastraba fardos o empujaba trineos cargados, se apresuraban y atropellaban, daban empujones y maldecían como solo son capaces los rusos. La cantidad de soldados y hombres de cara adusta con chaquetas de cuero y pistolas en el cinturón era sorprendente. Jack Reed no había exagerado cuando me decía que Moscú era como un campamento militar. En Petrogrado no faltaba el

despliegue militar pero, en las diez semanas que había pasado allí, no había visto tantos hombres uniformados, mucho menos tantos chequistas, como en mi primera mañana en Moscú.

Evidentemente, los centinelas a lo largo del camino conocían bien a Radek y a su coche. No nos pararon, ni siquiera cuando el auto atravesó los portalones del Kremlin. La vista de sus muros de piedra me trajo recuerdos del régimen zarista. A lo largo de los siglos sus gobernantes habían morado en la magnificencia de los vastos palacios, sus ebrias orgías y sus negras acciones resonaban por los amplios salones. Más milagroso que legendario, musité, era el rostro cambiante del tiempo. Ayer mismo atrincherados en un poder inviolable, su autoridad tan inalienable como las estrellas, hoy expulsados de sus tronos, llorados por unos pocos, olvidados por la mayoría. Los constructores de la nueva Rusia sentados en los sillones de los poderosos de antaño parecían una incongruencia suprema. ¿Cómo podían estar cómodos y tranquilos entre las sombras acechantes del pasado sangriento?, me preguntaba. Unas pocas horas en el Kremlin me bastaron para proporcionarme una sensación incómoda de que los muertos estaban tratando de resucitar. La generosa hospitalidad de la señora Radek y su regordete bebé, felizmente ignorante de lo que había pasado allí en el pasado, ayudaron a disipar mis pensamientos opresivos. Karl Radek era una verdadera dinamo, todo el tiempo agitado, corriendo al teléfono, regresando para coger al bebé y balancearlo en sus rodillas, hablando y soltando risitas como una colegiala. Aparentemente no era capaz de estar sentado más de un minuto, ni siquiera durante las comidas. Parecía estar en todas partes y en ninguna a la vez. A la señora Radek, que era más madre de su marido que de su hijo, no parecía importarle su estado de nervios. Cada vez que se levantaba, como un globo, su mano le frenaba amablemente y le amenazaba con darle de comer como hacía con el bebé si no se terminaba la ración que le había puesto delante. Era una escena divertida, aunque su repetición constante cansaba un poco.

Después del almuerzo mi anfitrión me invitó a su estudio. Entramos en un cuarto alto y señorial, inundado por la luz del sol. Tenía un mobiliario antiguo, hermosamente tallado, los muros forrados de libros desde el techo hasta el suelo. Ahí Radek parecía otro hombre. Desapareció su nerviosismo y adoptó una extraña quietud. Empezó a hablar de la revolución alemana y del fracaso de los socialistas a la hora de hacerla tan completa como el Octubre ruso. No se habían efectuado cambios fundamentales, declaró. Los pocos logros radicales fueron insignificantes y el cobarde gobierno socialista ni siquiera había desarmado a los contrarrevolucionarios *junkers*. Habló con mucho sentimiento del horrible final de Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo y del anarquista Gustav Landauer. Tenía razón al estar tan orgullosa de mi camarada, me dijo, pues había sido una mente brillante y un espíritu bello. Aunque un académico y humanista, Landauer se había unido a las masas durante la Revolución y había muerto como había vivido: heroico hasta el último momento. «¡Si tuviéramos anarquistas como Gustav Landauer para colaborar con ellos!», exclamó Radek con entusiasmo. «Pero sí tenéis muchos anarquistas trabajando con vosotros», le contesté. «Algunos muy capaces, por lo que yo sé». «Es cierto», admitió. «Pero no son Landauer. Algunos tienen una ideología burguesa, son *kleinbürgerlich*[27] en su interpretación de la lucha revolucionaria. Otros, de nuevo, son claramente contrarrevolucionarios y un peligro directo para la Rusia soviética». Su tono ahora era diferente de sus modales en la estación o durante el almuerzo hacía un rato. Era duro e intolerante.

Nuestra charla fue interrumpida por unos visitantes y no lo lamenté. Me sentía muy en deuda con Radek, pero su omnipotencia comunista era demasiado para mí. Volví a jugar con el bebé, aún libre de los dogmas y credos, un consuelo en su ignorancia inocente de los esfuerzos pueriles de todas las autoridades para adaptar la humanidad a un único molde.

Las reiteradas llamadas telefónicas de Radek al comandante de la Nacional pidiendo una habitación para mí dieron por fin resultado. A las

diez de la noche me envió en su coche al hotel, con la maleta y todo. Fue muy cordial y me aseguró que podría llamarle en caso de emergencia.

Moscú a esas horas estaba tan desierta como Petrogrado e igualmente oscura. A lo largo del camino había numerosos centinelas, que paraban nuestro coche con el mismo estereotipado «*¡Propusk, tovarishtch!*». Mis pensamientos seguían con los Radek. Se habían entregado de corazón a una extraña. Pero ¿lo habrían hecho si yo no hubiera compartido su fe política? Pobre amor del corazón humano, tan amable y generoso cuando está libre de la pugna de clases y partidos, tan retorcido y endurecido por ambas.

Era una sensación novedosa encontrarse en la misma ciudad que Sasha y no ser capaz de reunirme con él. Radek había intentado contactarle durante todo el día, pero no estaba en casa. Al ver mi angustia, Radek me había asegurado que Berkman estaría en su alojamiento antes de la medianoche. No podía quedarse en otra parte, pues estaba estrictamente prohibido, como medida de protección contra la contrarrevolución. Nadie se atrevería a alojarle una noche sin registrarlo al comandante de la casa, y este último no permitiría que una persona desconocida para él se quedara a altas horas de la noche. Pero ¿cómo entonces podía Radek ofrecerme pasar la noche en su apartamento?, pregunté. El Kremlin, me explicó, era una excepción. Estaba muy protegido por las armas contra los visitantes indeseados y, como solo vivían allí los miembros del partido que eran más responsables, se podía confiar en que no alojaran a extraños indeseables o sospechosos. En cualquier caso, podría llamar de nuevo a Berkman después de medianoche, aconsejó Radek: estaría en casa.

Radek resultó estar en lo cierto. A la una de la mañana conseguí hablar con Sasha. Como no me esperaba, había estado fuera todo el día. No podía acudir en ese momento, porque su *propusk* solo era válido hasta medianoche, pero me llamaría por la mañana.

La voz de Sasha al teléfono fue ya un gran alivio. Me ayudó a limar un poco la soledad que sentía en esa ciudad tan grande y desconocida. Mi querido amigo apareció a primera hora «para beberme una taza de café contigo», me dijo. No había probado nada igual desde que había salido de Petrogrado, me dijo. De hecho, casi no había probado nada de nada. Una mirada a sus mejillas hundidas me convenció de que había pasado hambre. Me pareció raro, porque sabía que se había llevado provisiones suficientes de nuestras reservas americanas como para que le duraran varias semanas. Lansbury, incluso, había hecho bromas sobre ello. En calidad de invitado del gobierno soviético, él no se quedaría con hambre, le había dicho Lansbury, y, por supuesto, compartiría también con su «camarada Berkman». Sasha había mencionado en su carta que no se sentía bien, pero no dijo ni una palabra sobre la escasez de la comida o sobre si Lansbury había mantenido su promesa. Le pregunté si se había puesto a dieta para estar más guapo. «En Rusia eso no es necesario», se rio Sasha. Pero sus provisiones no dieron para mucho, me explicó, porque se había encontrado a tanta gente hambrienta que sus barras de pan superaron a las de Cristo a la hora de alimentar a muchos con solo unos pedazos. En cuanto a la camaradería del señor Lansbury, había durado solo hasta que este último quedó bajo el cuidado de un representante oficial del ministerio de Exteriores. El editor inglés estaba alojado en la casa palaciega de un antiguo rey del azúcar, ahora la residencia del ayudante del comisario de Exteriores, Karakhan; pero, aparentemente allí no se podía encontrar una habitación para Sasha y tampoco Lansbury había mostrado ningún interés en saber si su compañero de viaje e intérprete había podido encontrar alojamiento en algún otro lugar. A Sasha le comunicaron que no se le esperaba allí. Encima no tenía ni una tira de papel que lo identificara. Finalmente decidieron enviarle a una casa soviética en la calle Kharitonenskaya. El comandante del lugar declaró que no tenía ningún cuarto libre. A Sasha le salvó del aprieto un socialista revolucionario que vivía en la casa. El hombre acababa

de llegar de Siberia para traer un informe a los cuarteles generales de parte de los comunistas locales con los que estaba trabajando. Invitó a Sasha a compartir su habitación, incluso arriesgándose a la ira de su todopoderoso comandante de la casa. Resuelta provisionalmente esta dificultad, Sasha fue a ver a Chicherin, que inmediatamente le proporcionó una credencial. Ese trozo de papel resultó ser una auténtica llave mágica que ya le había abierto muchas puertas, así como algunos corazones. El comandante de la casa del sóviet Kharitonenski descubrió, inopinadamente, que sí había un cuarto libre después de todo, y otros funcionarios se tornaron amistosos en el momento en el que Sasha exhibió su talismán.

La comida en el Kharitonenski no estaba mal, pero era completamente insuficiente para un adulto. El resto de los huéspedes de la casa se las apañaba de alguna forma para aprovisionarse con raciones extra, que llevaban a la mesa común, pero Sasha no quería hacer eso. Su mayor dificultad, sin embargo, era el pan negro, que le producía graves dolores de estómago. De hecho, había tenido que dejar de comerlo. Pero ahora recuperaría el peso perdido rápidamente, bromeó; ahora que yo estaba en Moscú seguro que me las apañaría para preparar buenas comidas con cuatro cosas, como siempre había hecho. ¡Mi querido Sasha! ¡Qué sorprendente capacidad de adaptación y qué esplendido disfrute del lado cómico de la vida!

La principal atracción del lugar donde vivía, me contó Sasha, eran los interesantes tipos humanos que allí estaban domiciliados. Delegados chinos, coreanos, japoneses e hindúes habían venido para estudiar los logros de la Revolución de octubre y a buscar ayuda para la obra de liberación de sus países natales.

Nuestros camaradas en Moscú, me informó Sasha, parecían gozar de una libertad considerable. Los anarcosindicalistas del grupo *Golos Truda* publicaban literatura anarquista y la vendían abiertamente en su librería de la Tverskaya. Los anarquistas universalistas tenían un club con un

restaurante cooperativo y celebraban asambleas abiertas semanales en las que se discutían con libertad los problemas revolucionarios. Nuestro viejo camarada georgiano Attabekian, un amigo íntimo de Piotr Kropotkin, que tenía su propia imprenta, publicaba una pequeña hoja anarquista. «¡Qué extraordinaria situación!», señalé. «¡Conceder a los anarquistas de Moscú tanta libertad y ninguna en absoluto al círculo de Petrogrado! La mayoría de las horribles acusaciones contra los bolcheviques que escuché allí deben haber sido simples mentiras, pero una cosa era evidente: que estaban obligados a reunirse en secreto». Sasha explicó que se había topado con bastantes contradicciones extrañas. Muchos de nuestros camaradas estaban en la cárcel, aparentemente sin causa alguna, mientras que a otros no se les molestaba en sus actividades. Pero yo tendría ocasión de enterarme de todo de primera mano, añadió; el grupo universalista nos había invitado a un congreso especial en el que se presentaría el ángulo anarquista de la Revolución y de los acontecimientos recientes con la participación de tres oradores competentes.

Me consumía de impaciencia por el próximo mitin, que portaba la promesa de entender mejor la realidad rusa. Mientras tanto me pateé Moscú durante muchas horas al día, a veces con Sasha, pero la mayor parte sin él. Él vivía demasiado lejos, a una hora de camino del Nacional, y no había tranvías y muy pocas *izvostchiki*. Pero le pedí a Sasha que comiera conmigo al menos una vez al día. Necesitaba engordar y yo había traído parte de nuestros víveres de Petrogrado. Los mercados en Moscú estaban abiertos y su negocio marchaba viento en popa. No consideré una traición a la Revolución comprar allí cosas. Cierto que Zorin me había dicho que el comercio de cualquier tipo era la peor contrarrevolución y que estaba estrictamente prohibido. Cuando le mencioné los mercados abiertos, afirmó que allí solo encontraría especuladores. Me pareció que era una tontería supina esperar que la gente se muriera de hambre si había comida a la vista. En eso no había ningún heroísmo, ni la Revolución sacaba ningún beneficio

de ello. Matar de hambre a la gente no producía y, sin producción, la Revolución estaba abocada al fracaso. Zorin había insistido en que el bloqueo, la intervención aliada y los generales blancos eran los responsables de la falta de comida. Pero ya me había cansado del eterno rosario sobre las causas de los males de Rusia. No discutía los hechos que me presentaban Zorin y otros comunistas, pero pensaba que, si el gobierno soviético no conseguía evitar que la comida llegara a los mercados, debería al menos cerrarlos. Si se permitía vender comida en lugares públicos, era añadir el insulto a la herida al prohibir que las masas se aprovecharan de ello para conseguir provisiones, más aún cuando se permitía que el dinero circulara y el gobierno imprimiera moneda. A esos argumentos, Zorin contestaba solo que mi concepción teórica de la Revolución me tapaba las necesidades de la situación práctica.

El principal mercado de Moscú era el antaño famoso Soukharevka, el cual mostraba el cuadro más asombroso e incongruente que había visto hasta el momento en Rusia. Allí se reunía gente de todo tipo y extracción social, pero despojados de los arreos de la casta y de la clase. El aristócrata y el campesino, el culto y el patán, el burgués, el soldado y el obrero se rozaban con el enemigo de ayer, bien anunciando patéticamente sus mercancías o bien comprándolas febrilmente. Se habían derrumbado las viejas barreras, no por la equidad del comunismo, sino por la común necesidad de pan, pan y pan. Aquí se podían encontrar iconos exquisitamente modelados y clavos oxidados, hermosas joyas y bisutería chillona, chales damasquinados y alfombras gastadas de algodón. Entre los despojos del antiguo lujo y los últimos tesoros queridos, las multitudes se agolpaban, muchedumbres alborotadas que se mataban por lograr los artículos deseados. Sin duda, un abrumador espectáculo de los instintos primitivos que se afirmaban sin miedo o contención.

El Soukharevka hacía aún más flagrante la discriminación contra los lugares de intercambio más pequeños. En el pequeño mercado junto al

Nacional había redadas continuas. Y allí se encontraban únicamente los más pobres de los pobres tratando desesperadamente de seguir vivos: ancianas, niños en harapos, hombres decrépitos, sus mercancías tan penosas como ellos. *Tshchi* (sopa de verduras) maloliente, patatas heladas, galletas negras y duras o unas pocas cajas de cerillas, que ofrecían a los paseantes con manos temblorosas, suplicando: «¡Compre, *barinya* (señora), compre, por el amor de Cristo, compre!». En las redadas se les requisaba sus exiguas mercancías, se vertía la sopa y el *kvass* en la plaza, y a los desgraciados se les arrastraba a la cárcel acusados de especulación. Aquellos afortunados que se escapaban de las redadas pronto volvían arrastrándose, recogían las cerillas y los cigarrillos esparcidos por el suelo y reanudaban su desgraciado comercio.

Los bolcheviques tenían en común con otros rebeldes sociales que siempre habían subrayado la potencia del hambre como la causa de la mayoría de los males de la sociedad capitalista. Nunca se cansaban de condenar el sistema que castigaba los efectos sin tocar las causas. Me preguntaba cómo podían ahora seguir el mismo curso increíble y estúpido. Es cierto que la hambruna no era creación suya. El bloqueo y los intervencionistas eran los principales responsables de eso. Mayor razón, me parecía, para que las víctimas no fueran perseguidas y castigadas. Cuando vio una de esas redadas, Sasha se indignó por su crueldad e inhumanidad. Había protestado enérgicamente contra la manera brutal en la que los soldados y los chequistas habían dispersado a la gente, y solo se había librado del arresto por la credencial que le había dado Chicherin. Ante ella los chequistas modificaron el tono y las formas, y ofrecieron profusas disculpas al «*tovarishtch* extranjero». Solo estaban cumpliendo con su deber, dijeron, ejecutando las órdenes de sus superiores, y de eso no se les podía culpar.

Era evidente que el nuevo poder en el Kremlin era tan temido como el antiguo, y que el sello oficial mostraba el mismo efecto fantástico. «¿Dónde

está el cambio?», le pregunté a Sasha. «No se puede medir un levantamiento gigantesco por unas pocas motas de polvo», replicó. Pero yo me preguntaba si eran meras motas, porque a mí me parecían ráfagas que amenazaban con tirar todo el edificio revolucionario que yo había construido en América en torno a los bolcheviques. Pero mi fe en su integridad era aún demasiado fuerte como para acusarlos de la responsabilidad de los males e injusticias de las que era testigo a cada paso. Estas crecían día a día; hechos feos, totalmente discrepantes con lo que la Rusia soviética había estado proclamando ante el mundo. Intenté evitar enfrentarme a ellas, pero acechaban en cada esquina y no se podían ignorar.

El Nacional, casi exclusivamente ocupado por comunistas, poseía una amplia plantilla en la cocina, que desperdiciaba tiempo y víveres preciosos preparando comidas intragables. Junto a ella había otra cocina en la que criados privados cocinaban durante todo el día para sus amos, prominentes funcionarios soviéticos. A ellos y a sus amigos se les permitían privilegios, recibían a menudo tres o más raciones, mientras que los mortales ordinarios agotaban sus menguadas fuerzas para obtener la miseria que les correspondía.

La disposición de las viviendas mostraba el mismo favoritismo e injusticia. Se podían obtener pisos grandes y bien amueblados a cambio de dinero, pero conseguir una habitación en un piso lúgubre sin agua, calefacción o luz requería semanas de humillación ante funcionarios quisquillosos. Afortunada sin duda la persona que, tras este trasiego agotador, no se encontraba a alguien más ocupando la misma habitación. Esto parecía algo increíble, pero la experiencia personal de varios amigos, entre ellos una chica joven que conocía, así como la de Manya y Vassili Semenoff, viejos camaradas de los Estados Unidos, no dejaba lugar a dudas. Habían sido de los primeros en apresurarse a regresar a Rusia al comienzo mismo de la Revolución. Desde entonces habían trabajado fielmente en instituciones soviéticas, asumiendo las tareas más duras y, aun así, se les

había obligado a esperar meses y a recorrerse numerosos departamentos antes de que se les asignara un alojamiento. Su felicidad, sin embargo, duró poco. Al llegar al lugar que le habían adjudicado, la chica se encontró con un hombre que ya había tomado posesión de él. «¡Pero no podemos vivir los dos en el mismo cuarto!», le había dicho. «¿Por qué no?», le contestó. «En la Rusia soviética no hay que ser tiquismiquis. He trabajado mucho para conseguir este agujero y no puedo permitirme cederlo. Pero puedo dormir en el suelo y tú quedarte con la cama», le ofreció. «Fue muy considerado por su parte», decía la chica. «Pero no podía hacerme a esa cercanía tan grande con un completo desconocido. Dejé la habitación y comencé de nuevo mi búsqueda de otro lugar».

Las feas heridas de la Rusia revolucionaria no podían ignorarse por más tiempo. Los hechos que nos presentaron en la reunión de los anarquistas de Moscú, el análisis de la situación por parte de destacados miembros del Partido Social Revolucionario de Izquierdas y mis charlas con la gente corriente, que decía no tener afiliación política, me permitieron echar un vistazo tras las bambalinas del teatro revolucionario y contemplar a la dictadura sin maquillaje. Su papel era algo distinto del que proclamaba en público. Era el cobro de impuestos a mano armada, con su efecto devastador en pueblos y aldeas. Era que cualquiera que estuviera en una posición de responsabilidad política y osara pensar en voz alta era eliminado. Era la muerte espiritual de los elementos más militantes, cuya inteligencia, fe y valentía habían alzado a los bolcheviques al poder. Los anarquistas y los socialrevolucionarios de izquierdas habían sido los peones de Lenin en los días de Octubre y ahora estaban condenados a la extinción en virtud de sus creencias políticas. Era el sistema de hacer rehenes para someter a los refugiados políticos, sin exceptuar siquiera a los ancianos padres o a los niños de tierna edad. Eran las *oblavas* («redadas en las calles y en las casas») nocturnas por parte de la Checa, despertando a la gente asustada, revolviendo sus pocas pertenencias y desgarrándolas en busca de

documentos secretos; eran los destacamentos de soldados que se apostaban allí al acecho de los incautos visitantes de la casa asediada. Las penas por acusaciones endebles a menudo suponían largas estancias en la cárcel, el exilio a lugares inhóspitos del país e incluso la muerte. Devastadora en su efecto acumulativo, la esencia de la historia era la misma que me habían relatado mis camaradas de Petrogrado. Había estado cegada por el brillo y fulgor del bolchevismo como para conceder veracidad a estas acusaciones. Me había negado a confiar en su juicio y su punto de vista. Pero ahora el bolchevismo se mostraba desprovisto de sus pretensiones, con su alma desnuda expuesta a mi mirada. Y aun así, yo no creía. No quería ver con mi ojo interior la verdad tan evidente a mi ojo externo. Estaba anonadada, desanimada, como si me hubieran robado la tierra bajo mis pies. Y me colgaba de un hilo como alguien que se ahoga. En mi angustia, gritaba: «El bolchevismo es el *mene*, *tekel* sobre cada trono, la amenaza de los corazones cobardes, el enemigo odiado de la riqueza y el poder organizado. Su camino ha sido espinoso, sus obstáculos muchos, su sendero empinado. ¿Cómo no iba a tropezar a veces, cómo iba a evitar cometer errores? Pero negarse a sí mismo, ser el Judas de la esperanza ferviente de los desheredados y de los oprimidos, traicionar sus propios fines? ¡No, nunca podrá ser culpable del eclipse de la estrella más luminosa de este mundo!».

Ni siquiera el Congreso Anarquista de Moscú había llegado tan lejos en sus acusaciones. El Estado soviético era distinto de los gobiernos capitalistas y burgueses, nos habían dicho cuando objetamos a su resolución, absurdamente ilógica, pidiendo la legalización de su trabajo y la liberación de nuestros camaradas encarcelados. «En ningún país los anarquistas hemos suplicado favores del Gobierno», argumentamos. «Ni creemos en la lealtad hacia el Estado. ¿Por qué hacerlo aquí, si los bolcheviques han roto su pacto?». El gobierno bolchevique era revolucionario a pesar de sus crímenes, era proletario en su naturaleza y en sus fines, insistían los camaradas rusos. Por lo tanto, habíamos firmado la

petición y nos habíamos comprometido a presentarla a las autoridades competentes.

Tanto Sasha como yo nos aferrábamos a la firme creencia de que los bolcheviques eran nuestros hermanos en la lucha común. Nuestras propias vidas y todas nuestras esperanzas revolucionarias se encontraban en juego. Lenin, Trotski y sus colaboradores eran el alma de la Revolución y sus más dispuestos defensores, estábamos seguros. Acudiríamos a ellos, a Lunacharski, Kolontái, Balabanoff... Jack Reed me había hablado de ellos con la más profunda admiración y afecto. Eran capaces de atender otros criterios que un carné de miembro y sopesar a la gente y los acontecimientos, me había dicho Jack. Me ayudarían a ver las cosas de la manera adecuada. Iría a buscarlos. Y a nuestro viejo maestro, Piotr Kropotkin, de quien nos habíamos apartado por nuestra postura ante la Guerra Mundial, aunque nuestro amor y estima por su gran personalidad y su mente aguda no habían cambiado... Estaba segura de que sus sentimientos hacia nosotros tampoco. Teníamos muchas ganas de ver a nuestro querido camarada desde nuestra llegada a Rusia. Vivía en el pueblo de Dmítrov, nos habían dicho, a unas sesenta verstas de Moscú, en su propia casita, y el gobierno soviético le proporcionaba todo lo necesario. Viajar allí era imposible en ese momento, pero nos organizarían un viaje en la primavera, nos había prometido Zorin.

Ver a Piotr ahora era para mí imperativo como para que las dificultades del viaje me detuvieran. Llegaría a él de algún modo, decidí. Él, entre todo el mundo, era el más adecuado para ayudarme a salir del pozo de la duda y la desesperación. Habría regresado a Rusia tras la Revolución de febrero y había sido testigo de la de octubre. Había visto cómo se hacía realidad parte de su acariciado sueño. Tenía una mente penetrante. Daría con la tecla adecuada. Tenía que ir a verle.

Alexandra Kolontái y Angélica Balabanoff estaban más a mi alcance, pues residían en el Nacional. Acudí primero a Kolontái. Mostraba un

aspecto notablemente joven y radiante, teniendo en cuenta sus cincuenta años y la grave operación que acababa de sufrir. Era una mujer alta y majestuosa, en todo punto una gran dama más que una fiera revolucionaria. Su atuendo y la decoración de sus dos habitaciones proclamaba su buen gusto, las rosas en su escritorio eran una sorpresa en la grisura rusa. Eran las primeras que veía desde nuestra deportación. Su apretón de manos fue flojo y altivo, aunque sí me dijo que estaba encantada de reunirse conmigo por fin en la «gran y vital Rusia». ¿Ya había encontrado mi lugar y el trabajo que quería hacer?, me preguntó. Le contesté que aún me sentía en un terreno muy inseguro como para decidir dónde sería de más utilidad. Tal vez lo supiera mejor después de hablar con ella sobre las cosas que me habían perturbado, las contradicciones que había encontrado. Tenía que contarle todo, me dijo; estaba segura de que ella me podría ayudar en esta primera época, la más difícil. Todos los recién llegados atraviesan esta misma situación, me aseguró, pero todos aprenden en seguida a ver la grandeza de la Rusia soviética. Las pequeñeces no importan. Traté de decirle que mis problemas no atañían a pequeñeces, que eran para mí vitales y muy importantes. De hecho, todo mi ser dependía de su correcta interpretación. «De acuerdo, adelante», me invitó con desenfado. Se reclinó en el sillón y empecé a hablar de las cosas horripilantes que habían llegado a mi conocimiento. Ella escuchó atentamente sin interrumpirme, pero no había ni la más ligera señal de ninguna perturbación que le produjera mi recital en su rostro frío y hermoso. «Tenemos algunos puntos grises y opacos en nuestro vívido lienzo revolucionario», me dijo cuando concluí. «Son inevitables en un país tan retrasado, con una gente tan ignorante y un experimento social de tanta magnitud, al que todo el mundo se opone. Desaparecerán cuando hayamos liquidado nuestros frentes militares y cuando hayamos elevado el nivel espiritual de nuestras masas». Yo podía ayudar en ello, continuó. Podía trabajar con las mujeres, que ignoraban los más sencillos principios de la vida, ya fuera física o de otro tipo, ignoraban

su función en tanto madres y ciudadanas. Yo había hecho un trabajo espléndido de ese tipo en América y ella me aseguraba que Rusia sería un campo mucho más fértil. «¿Por qué no te unes a mí y dejas de rumiar por unos pocos puntos grises y opacos?», dijo a modo de conclusión. «¡No son más que eso, querida camarada, realmente nada más!».

¡Gente sometida a redadas, cárcel y fusilamientos solo por sus ideas! ¡Los viejos y los niños retenidos como rehenes, toda protesta amordazada, iniquidad y favoritismo rampante, la traición a los mejores valores humanos, el espíritu mismo de la Revolución crucificado diariamente, todo eso, me maravillé, no eran sino «puntos grises y opacos»! Me estremecí hasta el tuétano.

Dos días más tarde fui a ver a Anatol Lunacharski. Sus cuarteles estaban en el Kremlin, la impenetrable ciudadela de la autoridad para la mente popular rusa. Llevaba varias credenciales y mi acompañante era un anarquista *sovietsky* al que los comunistas tenían en gran estima. No obstante, avanzamos muy lentamente hasta llegar al trono del comisario del pueblo para la Educación. Los centinelas escrutaban repetidamente nuestros *propusks* y nos hacían preguntas sobre el propósito de nuestra visita. Finalmente, nos encontramos en una sala de espera, un enorme salón repleto de muchos objetos artísticos y de una multitud de gente. Eran artistas, escritores y maestros esperando una audiencia, me explicó mi acompañante. Eran un conjunto triste y desnutrido, con la mirada firmemente clavada en la puerta que conducía a la oficina privada del comisario. El temor y la esperanza brillaban en sus ojos. Yo también estaba ansiosa, aunque mis raciones no dependían del hombre que decidía los puestos culturales. El recibimiento de Lunacharski fue más cálido y cordial que el de Kolontái. También me preguntó si ya había encontrado una labor adecuada. Si no, podía sugerirme una serie de puestos en su departamento. Se estaba implantando el sistema americano de educación, dijo, y, como yo

procedía de ese país, podría sin duda hacer sugerencias valiosas en lo que se refiere a su aplicación proletaria. Me sobresalté. Me olvidé por completo del propósito de mi visita. ¿El sistema educativo que los mejores pedagogos de los Estados Unidos consideraban defectuoso se aceptaba ahora como un modelo en la Rusia revolucionaria? Lunacharski pareció sorprenderse mucho. ¿En serio se oponían al sistema en América? ¿Quién? ¿Qué cambios habían sugerido? Debía explicarles todo el asunto a él y a sus profesores, y convocaría un congreso extraordinario para ello. Podía hacer mucho bien, me presionó, y le sería de mucha ayuda con los elementos reaccionarios que había entre los profesores, que clamaban por los viejos métodos para tratar con los niños y que incluso estaban a favor de la cárcel para los deficientes mentales.

Su avidez por aprender menguó un poco mi enfado ante su intento de trasplantar a Rusia el sistema de las escuelas públicas americanas. Era evidente que Lunacharski no sabía nada del movimiento insurgente que, desde hacía años, trataba de modernizar esa institución vieja y fútil. Debía señalar a los educadores rusos lo absurdo de remedar esos métodos anticuados en la tierra de la nueva vida y los nuevos valores. Pero América estaba a millones de kilómetros de mi cabeza. Rusia me consumía, Rusia con todas sus maravillas y sus penas.

Lunacharski continuaba hablando de sus dificultades con los instructores conservadores y de la controversia que agitaba la prensa soviética sobre los niños deficientes y su tratamiento. Él y Máximo Gorki se oponían a la prisión como influencia reformadora, él mismo se oponía incluso a formas más suaves; de hecho, a cualquier forma de coerción para tratar con los menores. «Tú estás más a tono con el enfoque moderno del niño que Máximo Gorki», le dije. En parte, no obstante, estaba de acuerdo con Gorki, contestó él, en que la mayoría de la joven generación rusa estaba contaminada por la mala herencia, que los años de guerra y lucha civil habían acentuado. Pero el rejuvenecimiento no podría traerse mediante el

castigo o el terror, enfatizó. «Eso es espléndido», señalé, «pero ¿no son el terror y el castigo los métodos de la dictadura? ¿Y acaso no apruebas esta última?». Lo hacía, pero solo como un factor transitorio, mientras Rusia estuviera siendo desangrada por el bloqueo y atacada en numerosos frentes. «Una vez que estos se hayan liquidado», dijo, «empezaremos en serio a construir la auténtica república socialista y la dictadura terminará, por supuesto». Consideraba estúpido hacer responsables a Denikin, Yudenich y su ralea responsable de todas las limitaciones de la Rusia soviética, ignorando al mismo tiempo los males de la nueva burocracia en aumento y el poder creciente de la Checa. También era una mala política proclamar los logros educativos de Rusia desde el tejado hasta el suelo. Se estaban haciendo muchas cosas por la infancia, pero la verdadera tarea hercúlea estaba aún por delante. «¡Bastante hereje!», le señalé. Me contestó entre risas que se le calificaba de algo peor que simple hereje, porque había insistido en que la *intelligentsia*, además de ser indispensable, era, después de todo, también humana y no se le podía obligar a morirse de hambre. Mostraba una gran fe en el proletariado, pero se negaba a jurar por su infalibilidad. «Si no tienes cuidado, te excomulgarán», le advertí. «Sí, o me mandarán a un rincón bajo la mirada vigilante del profesor», respondió con una sonrisa cómplice.

Lunacharski no me produjo la impresión de ser una personalidad vital, pero manifestaba una humanidad abierta y me gustó por ello. Quería plantear mis propios problemas, pero ya había consumido mucho tiempo y me preocupaba la gente que esperaba detrás de la puerta y que sin duda estaría maldiciéndome. Antes de irme, Lunacharski me repitió que su departamento era el lugar adecuado para mí y que no debía marcharme de Moscú antes de hablar en el congreso que iba a convocar.

En mi camino de vuelta al Nacional, mi acompañante me informó de que al comisario del pueblo para la Educación no solo se le consideraba un sentimental, sino también un cabeza de chorlito y un despilfarrador. Estaba

haciendo muy poco por la *proletcult* («cultura proletaria»), y gastando grandes sumas en cambio para proteger el arte burgués. Lo peor de todo, dedicaba la mayor parte de su tiempo a rescatar a los últimos remanentes de la *intelligentsia* contrarrevolucionaria. Con la cooperación de Máximo Gorki, había logrado reinstaurar a los antiguos profesores y maestros en la Dom Utcheniy (Casa de los Sabios). Allí podían trabajar cómodamente y podían recibir sus raciones sin hacer cola. Había también cometido una grave ofensa al establecer la llamada ración académica para los más destacados escritores, pensadores y científicos rusos sin atender a su afiliación de partido. La ración académica no era nada lujosa y en absoluto abundante; muchos de los responsables comunistas recibían incluso mejores víveres, pero estaban resentidos contra Lunacharski por «favorecer» a la *intelligentsia*, declaró mi informante.

Pobres fanáticos, pensé, para quienes la Revolución solo significa venganza y medrar en la escala social. Eran peso muerto que amenazaba hundir el barco revolucionario. Lunacharski era consciente de ello. ¿Y Kolontái? Estaba segura de que ella también. Pero era una diplomática tratando de allanar los puntos brutales y duros. Me preguntaba si Balabanoff sería del mismo tipo. Poco después tuve la ocasión de convencerme de que era más bien al contrario.

Las dos principales mujeres comunistas de Rusia resultaron ser un contraste absoluto. Angélica Balabanoff carecía de lo que Kolontái tenía en abundancia: la hermosa figura, la belleza y la ligereza juvenil de su compañera, así como su sofisticación y modales mundanos. Pero Angélica tenía algo que compensaba con creces los atributos externos de su guapa camarada. En sus grandes ojos tristes brillaba la profundidad, la compasión y la ternura. Las tribulaciones de su pueblo, los dolores de parto de su tierra natal, el sufrimiento de los oprimidos a los que había dedicado toda su vida estaban grabados profundamente en su pálida cara. Me recibió enferma, postrada en el sofá de su pequeño cuarto, pero inmediatamente se volvió

todo interés y preocupación por mí. ¿Por qué no le había comunicado que era mi vecina?, preguntó. ¿Y por qué había esperado tanto para ir a verla? ¿Necesitaba algo? Ella se encargaría de que se cubrieran mis necesidades. Viniendo de los Estados Unidos, sin duda me resultaría muy duro acostumbrarme a la pobreza rusa. Era diferente para las masas nativas, que no habían conocido más que la necesidad y el hambre. ¡Ah, las masas rusas, su poder de aguante, la capacidad de sufrimiento, el heroísmo frente a las terribles circunstancias! ¡Niños en su debilidad, gigantes en su fuerza! Había llegado a conocerlas mejor después de Octubre que durante todos los años anteriores en Rusia. Había aprendido a creer en ellas con una fe más firme y a sentir por ellas un amor que todo lo abarca.

Anochecía. Los ruidos de la ciudad no penetraban en la habitación semejante a una celda. Pero vibraba con sonidos estimulantes. El rostro frente a mí, arrugado y ceniciento, se volvía ahora hermoso con el resplandor de su luz interior. Sin que yo dijera una palabra, Angélica Balabanoff había adivinado mis dudas y mi dolor. Sentí que su tributo a las masas rusas era su manera única de hacerme sentir que nada importaba tanto para el triunfo final de la Revolución como los recursos espirituales del pueblo. Le pregunté si era eso lo que quería decir y asintió. Sabía por su propia lucha que la mía debía ser muy dura, y quería que nunca perdiera de vista las cumbres de la estirpe de Octubre.

Me acerqué a su sofá y acaricié su espesa mata de pelo negro, ya entrecano. Llámame Angélica, me dijo, mientras me estrechaba en sus brazos. Me pidió que llamara a un camarada de su misma planta para que trajera el samovar. Tenía algo de *varenya* («mermelada de frutas») y unos camaradas suecos le habían traído algunas galletas y mantequilla. Se sentía muy culpable por disfrutar de esos lujos cuando la gente no tenía ni pan. Pero su estómago estaba enfermo, no podía digerir nada y así quizás no fuera ella tan incoherente como podría parecer. Tal falta de egoísmo, en medio de la desalmada indiferencia que había encontrado por todas partes,

me conmovió profundamente. Rompí a llorar como no lo había hecho desde que abracé a mi querida Helena antes de nuestra partida. Angélica se asustó. ¿Había dicho algo que me había causado dolor, o estaba enferma, o tenía problemas? Le abrí mi corazón y lo solté todo, mis escándalos, desilusiones y pesadillas, todas las cosas horribles y los pensamientos que me habían estado oprimiendo desde mi llegada. ¿Cuál era la respuesta, cuál la explicación y dónde estaba la responsabilidad?

La vida misma está más allá de toda frustración, contestó Angélica, tanto en un sentido individual como en un sentido social. La vida era dura y cruel y aquellos que la vivían debían también hacerse duros y crueles. La vida está repleta de ondas y remolinos, sus corrientes son violentas y destructivas. Los sensibles, los que se encogen antes que herir, no pueden oponerse a eso. Ocurría con el hombre así como con sus ideas y sus ideales. Cuanto más bellos eran, cuanto más humanos, antes morían por el impacto de la vida. «¡Pero eso es un fatalismo con saña!», protesté. «¿Cómo puedes armonizar una actitud así con tus opiniones socialistas y con la concepción materialista de la historia y del desarrollo humano?». Angélica me explicó que la realidad rusa le había convencido de que la vida, y no las teorías, dictan el curso de los acontecimientos humanos. «¡Vida! ¡Vida!», exclamé con impaciencia. «¿Qué es la vida sino lo que el genio del hombre le imparte? ¿Y qué sentido tienen los esfuerzos humanos si algún misterioso poder llamado vida puede aniquilarlos?». Angélica contestó que en realidad nuestros esfuerzos no tienen ningún sentido especial, excepto que vivir es luchar, tratar de alcanzar algo mejor. Pero no tenía que hacerle caso, se apresuró a añadir. Probablemente estaba equivocada y tenían razón los otros que podían pagar el precio que la vida exige. «Tienes que ir a ver a Ilich», me aconsejó; solo él, Lenin, podía ayudarme, porque él sabía cómo hacer frente a las exigencias de la vida. Ella me concertaría una entrevista.

Dejé a la encantadora mujercita con sentimientos encontrados. Calmada y consolada por su rica fuente de amor, al mismo tiempo desaprobaba su

aquiescencia de los abusos y males que la rodeaban. La había conocido como una luchadora, siempre firme y sin pestañear en su postura. ¿Qué le habría hecho tan pasiva?, me preguntaba. Los comunistas disfrutaban del derecho a la crítica, como me había enterado por la prensa bolchevique. ¿Por qué, entonces, no empleaba Angélica la pluma y su voz dentro y fuera del partido? Eso me seguía preocupando y busqué una oportunidad para hablar con la camarada que nos había servido el té. Ella me contó que Angélica había sido secretaria de la Tercera Internacional. Como tal, había combatido con decisión la burocracia en aumento del equipo que dirigían Zinoviev, Radek y Bujarin. Como resultado se le expulsó sin ceremonias y se le negó cualquier trabajo de responsabilidad. No es que a Angélica le importaran la injusticia y el insulto personal. Pero creía que esos mismos métodos de intriga y calumnia que se habían empleado en su contra se estaban usando también contra otros camaradas sinceros que discrepaban con los líderes. Ese veneno estaba carcomiendo todo el cuerpo del partido y Angélica sabía que eso traería resultados desastrosos para la Revolución. «¿Es que no hay forma de poner punto y final a estos métodos nefastos?», le pregunté a la amiga de Angélica. No había forma, me aseguró, no dentro de Rusia, y a nadie se le ocurriría hacer una protesta en el extranjero mientras la Revolución estuviera en peligro. Esa certeza había minado la salud de Angélica y paralizado su voluntad. Su estado mental se debía a los métodos que había empleado su partido, lo que incluía el sufrimiento generalizado, el terror y el poco valor de la vida humana. Angélica no podía soportarlo.

Querida y dulce Angélica, empecé a comprenderla mejor y a entender a qué se refería con las corrientes de la vida. Pero no podía compartir su actitud. No me sometería. Sondearía las fuentes secretas de los males de Rusia. Tenía que desenterrar sus causas y proclamarlas en voz alta. Ninguna camarilla de partido podría atarme la lengua.

Llevaba varios días sin ver a Sasha. El largo trayecto desde la Kharitonenskaya y el Nacional era agotador, decía. Pero la mañana después de mi visita a Angélica recibí una llamada urgente para que fuera a sus aposentos. Allí me encontré a Sasha en la cama, enfermo, sin ayuda a mano. Lo dejé todo y retomé mi viejo oficio de enfermera. Su fiebre era testaruda, pero su voluntad terca de vivir se impuso enseguida. La enfermedad lo dejó débil y agotado, sin embargo, y en un estado en el que no podía vivir solo. No podía quedarme en la Kharitonenskaya, ni Sasha tampoco, para el caso, porque el comandante de la casa le había informado de que su estancia había terminado y que tenía que vaciar la habitación. Teníamos planes para regresar a Petrogrado en una semana y, por tanto, era inútil discutir con el *tovarishtch* funcionario. Nos fuimos al Nacional, pues mi habitación afortunadamente era mayor que la que había ocupado en el Astoria, y colocamos otro sofá. Cuando Angélica se enteró de la enfermedad de Sasha y de su presencia en el Nacional, inmediatamente se erigió en su ángel de la guarda. Su familia de camaradas suecos, noruegos y holandeses parecía aumentar todo el rato y, procedente de ellos, le traían a Sasha otros tantos deliciosos bocados. Ya me había enterado por diversas fuentes que Angélica era considerada por sus camaradas como una «*buurrguesa*[28] sentimental». Perdía el tiempo, decían, en filantropías, siempre intentando conseguir leche para algún bebé enfermo, o cosas extra para una mujer embarazada, o ropa usada para gente inútil.

Cuando Angélica me sugirió que fuera a ver a Lenin, decidí componer un memorándum de las contradicciones más destacadas de la vida soviética pero, como no volví a saber nada del asunto, no había empezado a hacer nada. El mensaje telefónico de Angélica una mañana, informándome de que Illich esperaba vernos a Sasha y a mí y de que su automóvil venía a recogernos fue, por lo tanto, de lo más desconcertante. Sabíamos que Lenin tenía tanto trabajo que era casi inaccesible. La excepción a nuestro favor era una ocasión que no podíamos perder. Decidimos que, incluso sin nuestro

memorándum, podríamos tener la oportunidad de presentarle las resoluciones que nos habían confiado nuestros camaradas de Moscú.

El automóvil de Lenin cruzó con velocidad vertiginosa las calles congestionadas de tráfico y entró en el Kremlin, sin que ningún centinela le pidiera un solo *propusk*. En la entrada de uno de los antiguos edificios que estaban aislados del resto, nos pidieron que bajáramos. Un guarda armado se encontraba junto al ascensor, avisado evidentemente y al tanto ya de nuestra llegada. Sin una palabra, abrió la puerta y nos metió dentro, después cerró y se metió la llave en el bolsillo. Oímos cómo un soldado gritaba nuestros nombres en la primera planta y después el grito repetido, con la misma voz potente, en la siguiente y en la siguiente. Un coro anunciaba nuestra llegada a medida que el ascensor subía lentamente. En lo alto, un guarda repitió el proceso de abrir y cerrar el ascensor y, después, nos condujo a una amplia sala de espera con el anuncio: «*Tovarishtchy* Goldman y Berkman». Nos pidieron que esperáramos un momento, pero pasó casi una hora antes de que se reanudara la ceremonia de conducirnos hasta el trono del supremo. Un joven nos hizo señas de que lo siguiéramos. Pasamos a través de una serie de oficinas bullendo de actividad, entre el claqueteo de las máquinas de escribir y mensajeros muy ocupados. Nos hicieron parar ante una puerta ornamental inmensa, bellamente tallada. Disculpándose por un minuto, nuestro ayudante desapareció tras ella. Poco después, la pesada puerta se abrió desde dentro y nuestro guía nos invitó a cruzarla mientras él mismo desaparecía y cerraba la puerta tras nosotros. Aguardamos en el umbral esperando la siguiente pista de este extraño procedimiento. Dos ojos oblicuos se clavaban sobre nosotros con agudeza. Su dueño estaba sentado tras un enorme escritorio, todo en él dispuesto con la precisión más estricta, el resto de la habitación ofrecía la impresión de la misma exactitud. Un panel con múltiples conexiones telefónicas y un mapa del mundo cubrían toda la pared tras el hombre, alacenas de cristal repletas de pesados tomos se alineaban a los lados. Una mesa grande y oblonga

cubierta de rojo; doce sillas de respaldo alto y algunos sillones junto a las ventanas. Nada que aliviara la ordenada monotonía, excepto ese trocito de rojo flamígero.

Parecía el escenario más adecuado para alguien conocido por sus rígidos hábitos de vida y su pragmatismo. Lenin, el hombre más idolatrado del mundo, odiado y amado a partes iguales, habría estado fuera de lugar en un entorno de menor sencillez severa.

«Ilich no pierde el tiempo en preliminares. Va directo a su objetivo», me había dicho Zorin en una ocasión, con un orgullo evidente. De hecho, cada paso que había dado Lenin desde 1917 era prueba de ello. Pero, por si hubiéramos tenido alguna duda, las formas de su recibimiento y el modo de nuestra entrevista nos habrían convencido rápidamente de la economía emocional de Ilich. Su aguda percepción de la provisión emocional en los demás y su habilidad en sacar el mayor provecho de ella eran extraordinarias. No menos sorprendente era su regocijo ante todo lo que consideraba gracioso en él mismo o en sus visitantes. Especialmente si te colocaba en desventaja, el gran Lenin podía partirse de risa de tal forma que te obligaba a reír con él.

Cuando su agudo escrutinio nos había desnudado hasta los huesos, nos regaló una batería de preguntas, flechas que su cerebro disparaba una tras otra como una escopeta: América, sus condiciones políticas y económicas, ¿qué posibilidades había de una revolución allí en un futuro próximo? La American Federation of Labor, ¿estaba infectada de ideología burguesa o eran solo Gompers y su pandilla? ¿Sus militantes rasos eran un suelo fértil para penetrar desde dentro? La I.W.W., ¿cuál era su fuerza? ¿Eran los anarquistas realmente tan eficaces como parecía indicar nuestro reciente juicio? Acababa de leerse los discursos ante el tribunal. ¡Gran material! ¡Un análisis certero del sistema capitalista, espléndida propaganda! Lástima que no nos hubiéramos quedado en los Estados Unidos, no importa a qué precio. Éramos más que bienvenidos a la Rusia soviética, por supuesto,

pero luchadores como nosotros era lo que necesitaba América para ayudar en la revolución que se avecinaba, «como muchos de vuestros mejores camaradas lo han hecho en la nuestra». Y tú, *tovarishtch* Berkman, debes ser todo un organizador, como Shatoff. De puro acero, vuestro camarada Shatoff; no se encoge ante nada y puede trabajar como una docena de hombres. Ahora en Siberia, comisario de Ferrocarriles en la República del Lejano Oriente. Muchos otros anarquistas tienen puestos importantes con nosotros. Todo está abierto a ellos si están dispuestos a colaborar con nosotros como auténticos *ideiny* anarquistas. Tú, *tovarishtch* Berkman, pronto encontrarás tu lugar. Una lástima, no obstante, que te expulsaran de América en este momento tan portentoso. ¿Y tú, *tovarishtch* Goldman? ¡Qué campo tenías! Tendrías que haberte quedado. ¿Por qué no lo hiciste, incluso si a *tovarishtch* Berkman le daban la patada? Bueno, aquí estás. ¿Has pensado qué trabajo quieres hacer? Sois *ideiny* anarquistas, lo sé por vuestra postura ante la guerra, vuestra defensa de Octubre y vuestra lucha por nosotros, vuestra fe en los sóviets. Como vuestro gran camarada Malatesta, que está por completo con la Rusia soviética. ¿Qué es lo que preferís hacer?

Sasha fue el primero en recuperar el aliento. Empezó en inglés, pero Lenin lo paró enseguida con una risa alegre. «¿Crees que entiendo inglés? Ni una palabra. Ni cualquier otra lengua extranjera. No se me dan bien, aunque haya vivido en el extranjero durante muchos años. Curioso, ¿verdad?». Y se lanzó a una serie de carcajadas. Sasha continuó en ruso. Le enorgullecía que alabara tanto a sus camaradas, dijo, pero ¿por qué había anarquistas en las cárceles soviéticas? «¿Anarquistas?», le interrumpió Ilich. «¡Tonterías! ¿Quién te ha contado tales cuentos y cómo has podido creerlos? Tenemos bandidos en la cárcel, y *majnovtsi*, pero no anarquistas *ideiny*».

«Figúrate», tercié yo, «la América capitalista también divide a los anarquistas en dos categorías, los filosóficos y los criminales. Los primeros

son aceptados en los círculos más altos, uno de ellos incluso ostenta un alto cargo, como asesor del gobierno de Wilson. A la segunda categoría, a la que tenemos el honor de pertenecer, se la persigue y a menudo se la encarcela. La vuestra no parece ser una distinción muy distinta. ¿No crees?». «Un mal razonamiento por tu parte», replicó Lenin, «puro atolondramiento el sacar conclusiones similares de premisas diferentes. La libertad de expresión es un prejuicio burgués, una venda para calmar los males sociales. En la República de los Trabajadores el bienestar económico dice más que las palabras y su libertad es mucho más segura. La dictadura del proletariado ha adoptado ese camino. Ahora se enfrenta a obstáculos muy graves, el mayor de ellos la oposición de los campesinos. Necesitan clavos, sal, textiles, tractores, electrificación. Cuando les podamos dar eso, estarán con nosotros y no habrá potencia contrarrevolucionaria que pueda atraerlos de vuelta. En el estado presente, toda charla sobre la libertad es meramente alimento para la reacción que busca doblegar a Rusia. Los culpables de esto son bandidos y deben estar bajo llave».

Sasha entregó a Lenin las resoluciones del Congreso Anarquista y subrayó la garantía de los camaradas de Moscú de que los camaradas presos eran *ideiny* y no bandidos. «El hecho de que nuestra gente pida ser legalizada es prueba de que están con la Revolución y los sóviets», argumentamos. Lenin cogió el documento y prometió presentarlo en la siguiente sesión de la ejecutiva del Partido. Nos notificarían su decisión, dijo, pero, en cualquier caso, era una fruslería, nada que debiera preocupar a un verdadero revolucionario. ¿Había algo más? Habíamos luchado en América incluso por los derechos políticos de nuestros oponentes, le dije; el que se les negaran a nuestros propios camaradas no era, por lo tanto, una fruslería para nosotros. Sentía, le dije, que no podía cooperar con un régimen que perseguía a los anarquistas o a otros simplemente por sus opiniones. Además, había males aún más horribles, ¿cómo íbamos a reconciliarlos con el elevado fin al que se aspiraba? Su respuesta fue que mi

actitud era sentimentalismo burgués. La dictadura proletaria estaba inmersa en una lucha a vida o muerte, y las consideraciones menores no podían tener peso en la balanza. Rusia estaba dando pasos de gigante aquí y en el extranjero. Estaba encendiendo la revolución mundial y aquí estaba lamentándome de un pequeño derramamiento de sangre. Era absurdo, y tenía que sobreponerme. «Haz algo», me aconsejó. «Esa será la mejor manera de recuperar tu equilibrio revolucionario».

Quizá Lenin tenía razón, pensé. Seguiría su consejo. Empezaría enseguida. No con cualquier trabajo dentro de Rusia, sino con algo que tuviera valor propagandístico para los Estados Unidos. Me gustaría organizar una sociedad de Amigos Rusos de la Libertad Americana, un cuerpo activo que diera apoyo a la lucha por la libertad en América, como habían hecho los Amigos Americanos de la Libertad Rusa, ayudando a Rusia contra el régimen zarista.

Lenin no se había movido de su asiento durante todo este tiempo, pero ahora casi dio un salto. Se giró y nos miró de frente. «¡Es una idea brillante!», exclamó, entre risotadas y frotándose las manos. «Una propuesta buena y práctica. Tienes que empezar inmediatamente. Y tú, *tovarishtch* Berkman, ¿vas a cooperar en ella?». Sasha le contestó que habíamos hablado ya del asunto y que habíamos planificado los detalles. Podíamos comenzar inmediatamente si tuviéramos el equipo adecuado. Eso no era difícil, nos aseguró Lenin; se nos proporcionaría todo: una oficina, una imprenta, mensajeros y los fondos que precisáramos. Teníamos que mandarle nuestro plan de trabajo y los gastos detallados que implicaría el proyecto. La Tercera Internacional se haría cargo del asunto. Era el canal adecuado para nuestra empresa, y nos prestaría toda la ayuda necesaria.

Nos quedamos atónitos y nos miramos entre nosotros y a Lenin. Simultáneamente empezamos a explicar que nuestra labor sería eficaz únicamente si era independiente de cualquier organización bolchevique conocida. Tendríamos que hacerlo a nuestra manera: conocíamos la

psicología americana y cómo se podía dirigir mejor la tarea. Pero antes de que pudiéramos seguir, nuestro guía apareció de repente, tan inadvertidamente como se había ido, y Lenin nos tendió la mano para despedirse. «No os olvidéis de mandarme el proyecto», le oímos decir a nuestras espaldas.

Los métodos de la camarilla del politburó del Partido también invadían la Internacional y envenenaban todo el movimiento obrero, me había dicho la amiga de Angélica. ¿Era Lenin consciente de ello? ¿Sería también una fruslería según su criterio? Ahora estaba segura de que él sabía todo lo que ocurría en Rusia. Nada escapaba a su ojo vigilante, nada podía ocurrir sin que él lo hubiera pesado en la balanza y aprobado con su sello de autoridad. Era una voluntad indomable que curvaba fácilmente a todo el mundo según su modelo y que, de manera igualmente sencilla, quebraba a quienes no conseguían doblegarse. ¿A nosotros nos curvaría o nos rompería? El peligro era inminente si dábamos el primer paso en falso, si aceptábamos la tutela de la Internacional Comunista. Deseábamos ayudar a Rusia y continuar nuestro trabajo por la liberación de América, a la que habíamos entregado los mejores años de nuestra vida. Pero sería una traición a todo nuestro pasado y una completa rendición de nuestra independencia si nos sometíamos al control de la camarilla. Escribimos a Lenin contándole esto y adjuntamos un plan detallado de nuestro proyecto, cuidadosamente preparado por Sasha.

Estábamos de acuerdo con Lenin en una cosa, en la necesidad de ponerse a trabajar. No, sin embargo, en cargo político alguno o en una oficina soviética. Teníamos que encontrar el elemento que nos pusiera en contacto directo con las masas y nos permitiera servirlas. Moscú era la sede del gobierno, con más funcionarios estatales que obreros, burocrática hasta el extremo. Sasha había visitado algunas fábricas, todas ellas en un estado palpable de descuido y desiertas. En la mayoría de ellas, los funcionarios

soviéticos y los miembros de la *yacheika* (célula) comunista superaban ampliamente a los productores reales en número. Había hablado con los obreros y los encontró amargados por la arrogancia y los métodos arbitrarios de la burocracia industrial. Las impresiones de Sasha solo sirvieron para fortalecer mi convicción de que Moscú no era un lugar para nosotros. ¡Si al menos Lunacharski hubiera mantenido su promesa! Pero estaba inundado de trabajo, escribió, e incapaz de convocar ahora mismo el Congreso de Profesores. Entendía lo difícil que debía ser para gente acostumbrada a hacer las cosas a su propia manera independiente ajustarse a una rutina. Pero era la única forma eficaz en Rusia y yo debía reconciliarme con ella, concluía su carta.

Era una pista sutil de que la dictadura lo invadía todo y de que no permitiría una iniciativa independiente. No en Moscú, en cualquier caso. Después de todo, toda sede de gobierno inevitablemente produce el ordenancista y el lacayo, el cortesano y el espía, un rebaño de ociosos alimentados por la mano oficial. Moscú, evidentemente, no era una excepción. No podíamos encontrar allí nuestro lugar, ni acercarnos a las masas trabajadoras. Solo podíamos intentar una cosa más, ir a ver a nuestro camarada Kropotkin y después regresar a Petrogrado.

Nos enteramos de que George Lansbury y el señor Barry estaban a punto de salir hacia Dmítrov en un tren especial. Decidimos pedir permiso para unirnos a ellos, aunque no nos emocionaba la idea de ver a Piotr en presencia de dos periodistas. No habíamos sido capaces de organizar un viaje a Dmítrov y esta era una ocasión excepcional e inesperada. Sasha corrió a ver a Lansbury. Este último consintió en que le acompañáramos e incluso expresó su disposición a que trajéramos con nosotros a quien quisiéramos. Le aseguró a Sasha que tenía ganas de volver a verme y que le encantaba tener la oportunidad de ello. Considerando que conocía mi presencia en Moscú durante todo este tiempo y que no se había tomado la molestia en contactar conmigo, su entusiasmo me parecía bastante

cuestionable. Pero lo principal era quedar con Piotr e invitamos también a nuestro camarada Alexander Schapiro a venir con nosotros.

El tren se arrastraba a paso de tortuga, parando en cada depósito de agua. Era ya casi de noche cuando finalmente llegamos a la casa. Nos encontramos a Piotr enfermo y con aspecto agotado. Parecía una mera sombra del hombre corpulento que había conocido en París y Londres en 1907. Desde mi llegada a Rusia los comunistas más destacados me habían asegurado repetidamente que Kropotkin vivía en las condiciones más confortables y que no le faltaba ni comida ni combustible, y aquí estaban Piotr, su esposa Sofía y su hija Alexandra viviendo en una habitación que en absoluto estaba caldeada. Las otras habitaciones estaban bajo cero, por lo que no podían ocuparse. Sus raciones, suficientes como para subsistir, se las había proporcionado hasta hacía poco la sociedad cooperativa de Dmítrov. Desde entonces, se había liquidado la organización, como tantas otras instituciones similares, y la mayoría de sus miembros habían sido detenidos y enviados a la prisión de la Butirki en Moscú. Pregunté cómo se las apañaban ahora para vivir. Sophie explicó que tenían una vaca y suficiente producción en su huerta como para pasar el invierno. Los camaradas de Ucrania, especialmente Majno, les habían proporcionado provisiones extra. Se las habrían arreglado bien si no fuera porque Piotr había estado muy enfermo últimamente y necesitaba comida más nutritiva.

¿No podía hacerse nada para alertar a los responsables comunistas sobre el hecho de que uno de los hombres más grandes de Rusia se estaba muriendo de hambre? Incluso si no tenían interés en él en tanto anarquista, debían conocer su valía en tanto hombre de ciencia y de letras. Lenin, Lunacharski y los demás que ocupaban los altos puestos sin duda no estaban informados de la situación de Piotr. ¿No podría yo alertarles sobre su estado? Lansbury estaba de acuerdo conmigo. «Es imposible», decía, «que los grandes nombres del gobierno soviético permitan que una gran personalidad como Piotr Kropotkin carezca de lo necesario para vivir. En

Inglaterra no consentiríamos un escándalo así». Inmediatamente sacaría el tema ante los camaradas soviéticos, declaró. Sophie había estado tirándole insistentemente de la manga para hacerle parar. No quería que Piotr escuchara nuestra charla. Pero el buen amigo estaba profundamente absorto en la conversación con los dos Alexander, ajeno a que estábamos hablando de su bienestar.

Piotr no aceptaría nada de los bolcheviques, nos dijo Sophie. Hacía poco, cuando el rublo aún estaba en vigor, había rechazado una oferta de 250.000 rublos del departamento editorial del gobierno por los derechos sobre su obra literaria. Puesto que los bolcheviques habían expropiado a los demás, podían igualmente servirse de sus libros, les dijo. Pero no lo harían con su consentimiento. Nunca había tratado voluntariamente con ningún gobierno y no tenía intención de hacerlo con aquel que, en el nombre del socialismo, había abrogado todo valor ético y revolucionario. Sophie ni siquiera había sido capaz de convencer a Piotr de que aceptara la ración académica que le había asignado Lunacharski. Su debilidad en aumento le había obligado a que la tomara sin su consentimiento. Su salud, se disculpaba, era para ella más importante que sus escrúpulos. Además, en tanto científico botánico, ella también tenía derecho a la ración académica.

Sasha hablaba con Piotr del laberinto de contradicciones revolucionarias que habíamos encontrado en Rusia, de la variedad de interpretaciones que habíamos escuchado sobre las causas de los males sangrantes y de nuestra entrevista con Lenin. Estábamos deseando escuchar la opinión de Piotr y sus reacciones ante la situación. Él replicó que era lo que siempre había sido el marxismo y sus teorías. Había predicho sus peligros y siempre advirtió en su contra. Todos los anarquistas lo habían hecho y él mismo trató de ello en casi todos sus escritos. Es cierto que ninguno de nosotros nos habíamos dado entera cuenta de las proporciones que adquiriría la amenaza marxista. Tal vez no era tanto el marxismo como el espíritu jesuítico de sus dogmas. Los bolcheviques estaban emponzoñados por ese

espíritu, la dictadura sobrepasaba la autocracia de la inquisición. Su poder se fortalecía gracias a los violentos estadistas europeos. El bloqueo, el apoyo aliado a los elementos contrarrevolucionarios, la intervención y el resto de intentos de aplastar la Revolución tenían como consecuencia silenciar cualquier protesta contra la tiranía bolchevique dentro de Rusia. «¿Es que nadie va a decir nada en contra?», pregunté. «¿Nadie con peso? ¿Tú, por ejemplo, querido camarada?». Piotr sonrió tristemente. Ya vería yo, me dijo, cuando llevara más tiempo en el país. Era la mordaza más absoluta del mundo. Él había protestado, por supuesto, y también otros, entre ellos la venerable Vera Figner, así como Máximo Gorki en algunas ocasiones. No tenía ningún efecto, ni se podía escribir nada con la Checa constantemente a las puertas. No se podían conservar objetos «incriminadores» en casa ni exponer a otros al peligro de que los descubrieran. No era miedo; era la conciencia de la futilidad y la imposibilidad de llegar al mundo desde las prisiones internas de la Checa. El mayor inconveniente, sin embargo, eran los enemigos que rodeaban a Rusia. Cualquier cosa que se dijera o escribiera en contra de los bolcheviques estaba abocada a ser interpretada por el mundo exterior como un ataque a la Revolución o como un alineamiento con las fuerzas reaccionarias. Los anarquistas en especial estaban entre dos fuegos. No podían pactar con el formidable poder del Kremlin ni podían unirse a los enemigos de Rusia. La única alternativa en ese momento, le parecía a Piotr, era tratar de encontrar alguna tarea que beneficiara directamente a las masas. Le alegraba que así lo hubiéramos decidido. «¡Qué ridículo Lenin tratando de ataros a los cordones del delantal del partido!», declaró. «Muestra lo alejadas que están la simple astucia de la sabiduría. Nadie puede negar la astucia de Lenin pero, ni en su actitud hacia los campesinos ni en su valoración de aquellos que se encuentran dentro o fuera del alcance de la corrupción, ha mostrado un juicio o una sagacidad auténtica».

Se hacía tarde y Sophie estaba intentando convencer a Piotr para que se retirara. Pero él se negaba tajantemente. ¡Había estado tanto tiempo separado de sus camaradas, de hecho, de cualquier tipo de contacto intelectual! Nuestra visita al principio pareció ejercer un efecto tonificante sobre él. Pero después comenzó a mostrar señales de agotamiento y notamos que era momento de marcharnos. Amable y galante fue nuestro Piotr incluso en su fatiga. Por nada del mundo dejaría de acompañarnos a la puerta y estrecharnos una vez más en sus brazos con amor.

Nuestro tren no salía hasta las dos de la madrugada y eran solo las once. La encargada estaba profundamente dormida. Había descuidado el fuego y el vagón estaba helado. Los chicos se pusieron a manipular la estufa, pero solo lograron sacarle humo. Mientras tanto Lansbury, tapado hasta las orejas en su enorme abrigo de pieles, seguía rumiando que era una lástima que la edad de Piotr Kropotkin lo descalificara para tomar una parte activa en los asuntos soviéticos. Viviendo tan lejos del centro, Kropotkin no estaba en situación de hacer justicia a los grandiosos logros de los bolcheviques, reiteraba. Yo estaba casi helada y demasiado triste por la situación de Piotr como para discutir. Pero los chicos lo hicieron por los tres. En la estación de Moscú, Sasha tuvo otro agarrón con el editor londinense. Los niños medio desnudos y hambrientos nos asediaban pidiendo un pedazo de pan. Yo tenía unos bocadillos a mano y se los di a los niños, que los devoraron ávidamente. «Un espectáculo terrible», señaló Sasha. «Mira, Berkman, eres demasiado sentimental», respondió Lansbury. «Yo podría enseñarte todos los niños azotados por la pobreza que quieras ver en el East End de Londres». «Estoy seguro de que podrías», replicó Sasha, «pero olvidas que la Revolución se ha hecho en Rusia y no en Inglaterra».

Nuestro viaje me trajo un fuerte resfriado y fiebre durante dos semanas. Angélica fue de nuevo encantadoramente solícita y venía cada día a visitarme para ver cómo estaba, nunca con las manos vacías. Los camaradas

del Club Universalista también fueron de mucha ayuda. Sus cuidados y los de la amable Angélica me permitieron salir de mi lecho de enferma mucho más rápido que si hubiera sido menos afortunada en amigos y atenciones. Me pidieron que me quedara al menos otra semana. Viajar era de por sí peligroso y no estaba del todo recuperada. Pero ya no podía soportar más Moscú. Se me había convertido en un auténtico monstruo del que tenía que escapar o me destrozaría. Petrogrado albergaba la esperanza del alivio mediante la labor útil. Y estaba también el anhelo que me reconcomía por tener noticias de mi hogar. Habían pasado cinco meses sin recibir ni una palabra de nadie. La dirección que tenían nuestros amigos en América era Petrogrado. Mi nostalgia se combinaba con una aprehensión inexplicable, y ambas se fundían en la idea fija de que debía apresurar mi vuelta a la ciudad del norte.

En efecto, allí nos esperaba el correo, recibido cuatro semanas antes. «¿Por qué no nos lo enviaste?», le pregunté a Liza Zorin. «¿Para qué?», contestó. «No creo que nada que venga de América sea tan importante e interesante como lo que debéis haber visto y escuchado en Moscú». Las cartas eran de Fitzi y Stella. No «tan importante», solo las noticias de la muerte de mi querida Helena. ¿Qué significaban las penas personales para una gente que se había convertido en ejes de una rueda que aplastaba a otros tantos en cada giro? Yo misma parecía haberme convertido en uno de esos ejes. No pude encontrar las lágrimas para la pérdida de mi querida hermana, ni lágrimas ni lamentaciones. Solo un torpor que me paralizaba y un inmenso vacío.

Mi deportación, escribía Stella, había sido el último golpe en el estado quebradizo de Helena. Había empeorado progresivamente desde el momento en que se había enterado. La muerte se mostró más amable con ella que la vida: vino rápidamente, por un infarto. Querida y dulce hermana, misericordioso sin duda fue tu fin, tu supremo deseo desde la pérdida de David. Tu torturado espíritu finalmente encontró la liberación en el

descanso eterno. Cariño mío, estás en paz. No lo están tanto aquellos cuyas vidas se resecan con las hojas del otoño de la esperanza, las ramas marchitas de una fe moribunda.

La carta de Fitzi contenía otro mazazo. Nuestra amiga Aline Barnsdall había hecho todos los preparativos para venir a Rusia e invitó a Fitzi a venir con ella. Pero, en el último momento, Washington les había denegado los pasaportes. La señora Eleanor Fitzgerald tenía la reputación de ser «una anarquista de mala fama, colaboradora de Alexander Berkman y Emma Goldman», habían declarado las autoridades y, por lo tanto, no se le permitía salir del país. Las afiliaciones de Aline Barnsdall con los radicales se habían reconstruido gracias al cheque que me había dado. Fitzi no tenía medios, incluso si hubiera encontrado alguna forma clandestina de llegar a Rusia. Estaba totalmente destrozada por su fracaso en unirse a nosotros, pero sabía que lo entenderíamos.

A nuestro regreso a Petrogrado, nos encontramos a nuestros compañeros de viaje del *Buford* considerablemente menguados en número. Algunos de ellos habían conseguido que se les enviara a sus lugares de nacimiento. Otros, que en América habían sido enconados oponentes de nuestra defensa de los bolcheviques, se habían reconciliado con el régimen soviético. En Roma como los romanos, argumentaban. Los once comunistas entre los deportados estaban totalmente en palmitas. Se encontraron con las cazuelas calientes y la mesa puesta. Solo tenían que pillar el mejor lugar y los mejores bocados.

El grupo restante estaba en un estado deplorable. Sus intentos de conseguir un trabajo útil, para el que les cualificaban años de oficio en los Estados Unidos, no daban resultado. Los mandaban de una institución a otra, de comisario a comisario, sin que nadie fuera capaz de decidir si se necesitaba su concurso y dónde.

Rusia estaba famélica, necesitada de lo que estos hombres podían y querían dar, pero a los que se les obligaba a dejar en barbecho sus

capacidades productivas mientras todo se conjuraba para tornar en odio su devoción. Me preguntaba si este sería el destino de los demás obreros deportados de los Estados Unidos y de los que venían en masa a la Rusia soviética para ayudar en la Revolución. No podíamos quedarnos sentados sin al menos intentar evitar la repetición de tal estupidez criminal. Sasha propuso un centro de información para los deportados americanos, para los que ya estaban en Rusia y para los demás que se esperaban. Trabajó en un plan para su recibimiento, que sería menos ostentoso que el que se hizo con ocasión de nuestra llegada, pero que aseguraría mejor la comida y el alojamiento, sería más económico y práctico. Su proyecto incluía la clasificación de los refugiados por oficio y ocupación, y asignarles trabajo útil y necesario. «Pensad en lo que ganaría la Revolución si el oficio y la experiencia americana se dirigieran de manera sensata por canales productivos», comentaba Sasha. Su plan también proporcionaba una salida inmediata a nuestra propia utilidad y a la de los demás deportados de la ciudad.

Sugerí que propusiéramos esto a la señora Ravich. Ella era una trabajadora prodigiosa y muy eficaz, y enseguida entendería la valía de la idea de Sasha. La representante de Chicherin en la oficina de exteriores de Petrogrado era también la jefa de la milicia ciudadana, así como la comisaria de los colectivos de mujeres en las fábricas. Vivía en el Astoria y sabíamos que se pasaba largas horas ante su escritorio. La llamé a las dos de la mañana y le pedí una cita. Me pidió que pasara enseguida a verme y me dijo también que había recibido un mensaje de Chicherin para «*tovarishtchy* Goldman y Berkman».

Un amplio contingente de deportados americanos estaba de camino a Rusia, nos informó la señora Ravich, y el camarada Chicherin le había dado instrucciones para que nos hiciéramos cargo de su recibimiento. Era la ocasión más propicia para sacar a relucir el proyecto de Sasha. A pesar del cansancio y de las horas, la señora Ravich no consintió en que nos fuéramos

hasta que le explicamos el proyecto detenidamente. Podíamos contar enteramente con su cooperación, nos aseguró, e inmediatamente despachó instrucciones a su secretaria para que nos facilitara el trabajo en todos los sentidos.

La señora Ravich mantuvo su palabra e incluso nos proporcionó un automóvil para que ganáramos tiempo en nuestros recados. Su ayudante, Kaplan, resultó ser una ayuda seria y voluntariosa, que nos armaba con numerosos *propusks* para garantizarnos el acceso a diversos departamentos. En su afán de ayudarnos, incluso nos propuso que nos acompañara un camarada chequista, para obtener resultados más inmediatos. Le aseguré que conocía un método menos drástico y más eficaz, aunque había que admitir que era humilde e irónico. ¿Había un método así en la República Soviética?, preguntó. No, no era casero, sino importado de los Estados Unidos, le dije. Era chocolate americano, cigarrillos y leche condensada. Su efecto enternecedor y tranquilizador había resultado irresistible para muchos corazones soviéticos, animando a la acción y produciendo buena disposición allí donde habían fracasado las órdenes, coacciones y amenazas.

Ahora habían logrado en quince días lo que Ravich y Kaplan admitían que normalmente hubiera llevado meses conseguir. Tres viejos edificios comidos por la carcoma fueron remozados y equipados para el uso de los deportados que vendrían. Se organizó el reparto de las raciones para evitarles hacer colas, se preparó asistencia médica en caso de necesidad y se buscó un empleo para el contingente «flotante».

Sasha y Ethel, mientras tanto, se habían ocupado de dar la bienvenida a los deportados en la frontera letona. Estaban esperándolos allí, con dos trenes preparados, para traer a Petrogrado a los mil deportados que se esperaban. Pasaron dos semanas esperando en vano, solo para descubrir que un nuevo embrollo se había añadido al caos y confusión de la situación soviética. La oficina extranjera había leído mal el telegrama que anunciaba a unos prisioneros de guerra que regresaban y entendió que eran deportados

americanos. Sasha telegrafió repetidas veces a Chicherin para explicar el error y ofrecerle usar sus trenes con el fin de llevar a los prisioneros de guerra a Petrogrado. Se le ordenó, sin embargo, que se quedara en la frontera para esperar a los deportados americanos; el Comisariado de Guerra se encargaría de los prisioneros de guerra. Pero en el convoy de los prisioneros de guerra le habían asegurado taxativamente a Sasha que no había ningún refugiado político de camino desde América. En lugar de reservar sus trenes y provisiones para los míticos deportados, como le ordenaba Moscú, y dejar a los quinientos prisioneros de guerra abandonados a su suerte en la llanura desolada, sin comida ni ayuda médica, Sasha decidió poner sus trenes a su disposición y mandarlos a Petrogrado.

Propusimos emplear los edificios que habíamos preparado para los presos de guerra, y la señora Ravich aprobó la sugerencia. Pero, como los hombres estaban bajo la jurisdicción del departamento de Guerra, a ella le parecía que debía pedir permiso. Y ya no se volvió a oír nada más del asunto. Los alojamientos renovados con tanto esfuerzo y tiempo se sellaron y quedaron custodiados por tres fornidos milicianos. Todo nuestro trabajo se desperdició y se permitió que el plan de Sasha de organizar a los deportados (o a los prisioneros de guerra) para el trabajo útil se fuera por la borda.

Los mismos desalentadores resultados obtuvieron otros intentos de llevar a cabo un trabajo útil fuera de la maquinaria estatal. No obstante, no nos desanimaríamos.

Las residencias palaciegas de los antiguos ricos en una parte de Petrogrado conocida como Kammenny Ostrov (la isla de Kammenni) se iban a convertir en casas de reposo para obreros. «Maravillosa idea, ¿verdad?», nos comentó Zorin. «Tenemos que terminarlo en seis semanas». Solo la eficacia y velocidad americana podría terminar el trabajo a tiempo. ¿Querríamos ayudar? Nos pusimos manos a la obra y nos enfrascamos en él

hasta que de nuevo nos topamos con el muro infranqueable de la burocracia soviética.

Desde el inicio habíamos insistido en que se les proporcionara a los obreros empleados en la preparación de las casas de descanso para sus hermanos al menos una comida caliente al día. Me había encargado de supervisar la cocina y de la distribución equitativa de las raciones. Por un tiempo todo fue bien; los hombres estaban satisfechos con lo dispuesto y su trabajo progresaba de manera inusual, al menos inusual para los rusos. Pero, poco después, empezaron a proliferar los miembros bolcheviques de la plantilla y sus favoritos, y las raciones de los obreros empezaron a disminuir. Estos últimos no tardaron en percibir que se les estaba robando su parte para el beneficio de funcionarios innecesarios y ociosos. Empezaron a mostrar señales de desinterés en el trabajo y enseguida se hicieron patentes los efectos. Protestamos ante Zorin por la farsa que suponía maltratar a un grupo de obreros para permitir que otro grupo disfrutara de tiempo libre y descanso. Igualmente objetamos al desahucio perentorio de sus casas de gente cuyo único delito era tener un título universitario. Antiguos maestros y profesores habían estado ocupando algunas casas en la isla, incluso desde Octubre, y nadie les había molestado de ninguna manera. Ahora ellos y sus familias se iban a quedar en la calle, sin tener la posibilidad de conseguir otro techo. Zorin le había pedido a Sasha que ejecutara las órdenes de desahucio. Pero Sasha se negó efusivamente a actuar como un matón del Estado comunista.

Zorin se indignó por nuestro «repugnante sentimentalismo». Un hombre con el currículo revolucionario de Berkman, dijo, no debería arrugarse ante ninguna tarea; daba igual si los parásitos burgueses terminaban en el arroyo o se arrojaban al Neva. Contestamos que trasladar el comunismo a la vida cotidiana de Rusia era mucho más revolucionario que negarlo y traicionarlo en nombre de un supuesto futuro. Pero Zorin estaba demasiado cegado por su credo como para ver su efecto desintegrador y devastador. Dejó de

llevarnos en su viaje diario a la isla. No queríamos que creyera que nuestro interés en el trabajo dependía de la comodidad de su coche y seguimos haciendo el largo viaje a pie, lo que suponía una caminata de tres horas. En cualquier caso, pronto nos encontramos con que nuestros puestos lo ocupaban otras personas más dóciles en las manos de la máquina política. Lo entendimos.

Las casas de descanso se inauguraron con mucho bombo. Para nosotros, las filas de camas de hierro oxidado en los grandes salones, con su guarnición de seda gastada y felpa, nos parecían chabacanas, frías y poco acogedoras. Ningún obrero que se respetara podría sentirse cómodo o disfrutar del descanso en esos entornos. Muchos compartían nuestras opiniones e incluso algunos estaban convencidos de que nadie, excepto quienes estaban en el Partido o pegados a sus faldas, vería nunca el interior de las Casas de Descanso para Obreros de la Kammeny Ostrov.

Seguimos nuestro camino, contemplando con dolor la tragedia de cómo la Revolución quedaba sepultada por hierbas ponzoñosas que minaban su preciosa vida. Pero todavía no desesperábamos ni nos rendíamos. En alguna parte, de alguna forma, debía ser posible dedicarse a abrir el camino. Un mínimo comienzo, no queríamos nada más. Seguramente lo encontraríamos si perseverábamos en nuestra búsqueda.

Los comedores benéficos *sovietsky* eran una abominación, nos había dicho muchas veces Zorin. Quizá pudiéramos proponer alguna mejora, sugirió. Sasha volvió a interesarse a fondo y se zambulló completamente en el nuevo proyecto de reorganizar los nauseabundos comedores. En unos pocos días, había redactado un proyecto completo, con todos los elementos detallados en su minuciosa manera habitual. Una cadena de cafeterías cubriría toda la ciudad; planteaba eliminar el enorme desperdicio de comida y los empleados superfluos de las cocinas existentes. Incluso, con las provisiones actuales aunque fueran escasas, se podían servir platos sencillos pero sabrosos, en un entorno limpio y agradable. Sasha se encargaría del

trabajo y estaba seguro de que le ayudaría. Se empezaría con unas cuantas cafeterías y después se iría ampliando.

Una idea fantástica, dijo Zinoviev con aprobación. ¿Por qué nadie había pensado en ello antes? Muy sencilla y fácil de ejecutar. En todas partes hubo gran entusiasmo por ella y se hicieron muchas promesas. Petrogrado estaba llena de tiendas, cerradas y selladas desde la Revolución. Sasha podía seleccionar los lugares adecuados, conseguir hombres para remodelarlos y tener las provisiones y todo lo que necesitara. Mi compañero estaba de nuevo a bordo, su ingenio organizativo a toda máquina para hacer su plan.

Esta vez no habría trabas, nos aseguraron. Pero de nuevo la burocracia bloqueó todo movimiento que no hubiera iniciado ella. Empezaron a surgir dificultades en los rincones más diversos. Los funcionarios estaban demasiado ocupados como para ayudar en el trabajo de Sasha y, después de todo, los establecimientos de comida sana no eran tan importantes si se comparaban con la escala de la revolución mundial que se esperaba que estallara de un momento a otro. Era absurdo ocuparse de la mejora inmediata en vista de la situación general. En el mejor de los casos, no tendría efectos vitales en el curso de la Revolución. Y Berkman podía hacer una labor más importante. No debería afanarse como un reformista. Era de lo más decepcionante para todos los que habían creído que era un revolucionario de hierro y acero. Era ingenuo por parte de Berkman proclamar que alimentar a las masas era la primera preocupación de la Revolución, que el cuidado de la gente, su contento y alegría, era su principal esperanza y seguridad y, de hecho, su única *raison d'être* y su sentido moral. Un sentimentalismo así era pura ideología *bourgueois*. El Ejército Rojo y la Checa eran la fuerza de la Revolución y su mejor defensa. El mundo capitalista lo sabía y temblaba ante la potencia de la Rusia armada.

Una esperanza más que perecía, como las anteriores. Pero que renacía de nuevo en cada latido de un corazón fuerte. La decisión y fuerza de Sasha nunca habían sido mayores. Mi perseverancia yidis también se negaba a rendirse. Todos los arroyos soviéticos no desembocaban en las mismas charcas de barro, pensábamos. Habría otros que fluirían hacia un mar profundo y vigoroso. Debíamos proseguir y buscar en otros campos.

Hablé con la esposa de Lashevich, amigo de Zinoviev, bien posicionado en círculos bolcheviques, sobre el estado de los hospitales. Yo era enfermera diplomada y me encantaría prestar mis servicios para mejorarlos. Se ofreció a llevar el asunto al camarada Pervoujin, el comisario de la Junta de Sanidad de Petrogrado. Pasaron semanas hasta que recibí el recado de ir a verlo. Me apresuré a presentarme en la Junta de Sanidad.

¡Una enfermera diplomada, que llevaba meses en Rusia y a la que aún no se le había adjudicado un puesto!, exclamó Pervoujin. Tendría que haber sabido que necesitaban desesperadamente una ayuda así. Los hospitales estaban en un estado deplorable, había escasez de dispensarios y una falta de ayuda experta, por no hablar de la carestía de las instalaciones médicas y de los instrumentos quirúrgicos. Podría emplear a cientos de enfermeras americanas y ahí estaba yo, sin haber hecho nada en todo ese tiempo. Debería empezar inmediatamente, me conminó. En cuanto a cooperación, podía contar con él hasta el límite, incluyendo un automóvil para hacer mis rondas. Me llevaría a hacer una primera gira de inspección en cuanto estuviera lista. ¿Podría presentarme allí mañana por la mañana?

Estaría allí a primera hora, le contesté, pero no debía sobrestimar mis habilidades e importancia en la tarea colosal que se abría ante nosotros. Haría todo lo que estuviera en mi mano, por supuesto, podía prometérselo. No esperaba otra cosa de una *tovarishtch*, contestó, de una vieja revolucionaria y comunista, como le habían informado. Era sin duda comunista, asentí, pero de la escuela anarquista. Sí, lo entendía, pero no había diferencia. Muchos anarquistas se habían dado cuenta de eso y

estaban completamente dentro del Partido, trabajando perfectamente con los bolcheviques. «Yo también estoy con vosotros», le dije, «en la defensa de la Revolución, hasta mi último aliento». No con el comunismo de la dictadura, sin embargo, le expliqué. No había podido aceptar eso, porque no veía la más remota relación entre la forma coercitiva y obligatoria del comunismo de Estado y la cooperación libre y voluntaria del comunismo anarquista.

Había visto tantas veces cómo los comunistas en ese momento alteraban su tono y sus modos, que no me sorprendió el repentino cambio del comisario Pervoujin. El amable médico tan preocupado por la salud del pueblo, el humanitario que un momento antes había lamentado tanto su falta de enfermeras para atender a los enfermos y afligidos, inmediatamente se convirtió en el fanático político que rezumaba hostilidad y resentimiento. ¿Importaba mi punto de vista diferente a la hora de cuidar de los enfermos o creía que eso afectaría mi utilidad en tanto enfermera?, pregunté. Forzó una sonrisa desmayada, respondiendo que en la Rusia soviética todo el mundo que quiere trabajar es bienvenido. Sus ideas no se cuestionaban, siempre que fuera un auténtico revolucionario dispuesto a dejar de lado todas las consideraciones políticas. ¿Lo haría yo? No podía hacer más que un juramento, le contesté. Que le ayudaría con toda mi capacidad.

Me presenté al día siguiente y todos los días durante una semana. Pervoujin no me llevó a hacer la gira de inspección que habíamos planificado. Durante horas me retuvo en su oficina discutiendo la infalibilidad del Estado comunista y la inmaculada concepción de la dictadura bolchevique. Había que aceptarlo sin preguntas o se me cerraban las puertas en las narices. Los hospitales abominables, la falta de suministros médicos, el cuidado deficiente de los pacientes eran cuestiones nimias comparadas con la requerida fe en la nueva trinidad. Evidentemente ya no se me «necesitaba desesperadamente». Me echaron.

Con la ayuda de mi nuevo vecino en el Hotel Astoria, el joven Kibalchich, conseguí visitar algunos hospitales. Su estado era lamentable. La verdadera causa de ello no era tanto el equipamiento defectuoso o la falta de enfermeras. Era la máquina omnipresente, la «célula» comunista, los comisarios, las eternas sospechas y la vigilancia. Médicos y enfermeras, con espléndidos historiales en su profesión, conmovedoramente dedicados a su trabajo, eran obstaculizados a cada momento y paralizados en una atmósfera de pavor, odio y miedo. Incluso los comunistas entre ellos eran impotentes. A algunos el régimen aún no les había despojado de los sentimientos humanos. Como pertenecían a la *intelligentsia*, se les consideraba personajes dudosos y se les ponía una correa. Entendí por qué Pervoujin no podía tenerme en su plantilla.

A esos despertares bruscos en la arcadia soviética de la dictadura le seguían otros sobresaltos repetidos y más contundentes, que contribuyeron aún más a desenraizar mi adorada creencia en los bolcheviques como los heraldos de Octubre.

La militarización del trabajo, impulsada por el Noveno Congreso del Partido mediante métodos apisonadora más propios de Tammany Hall,[29] transformó definitivamente a todo obrero en un esclavo de galeras. El reemplazo en los talleres y las fábricas de una gerencia cooperativa por el poder de un solo individuo colocaba a las masas bajo el puño de los mismos elementos a los que les habían enseñado a odiar en los últimos tres años como la peor amenaza. Los «especialistas» y profesionales de la *intelligentsia*, antes denunciados como vampiros y enemigos culpables de sabotear la Revolución, se instalaban ahora en los puestos más altos y se les investía con un poder casi absoluto sobre los hombres de las fábricas. Era un paso que, de un plumazo, destruía uno de los principales logros de Octubre, el derecho de los obreros al control de la industria. Al daño se añadía el insulto, mediante la implantación de la cartilla de obrero, que virtualmente marcaba a todo el mundo como felón, lo despojaba de los

últimos vestigios de libertad, lo privaba de la elección de lugar y ocupación y lo ataba a un distrito determinado sin el derecho de irse demasiado lejos bajo pena de los castigos más severos. Cierto, estas medidas reaccionarias y antirrevolucionarias eran combatidas enérgicamente por una minoría sustancial dentro del Partido, así como denunciadas por el pueblo. Nosotros estuvimos entre ellos, Sasha incluso con más fuerza que yo, aunque su fe en los bolcheviques era aún muy firme. Aún no estaba preparado para ver con visión interna las cosas ya obvias para su ojo externo, ni preparado para admitir el trágico destino: que el monstruo de Frankenstein bolchevique estaba derribando el edificio de Octubre.

Durante horas él combatía mi «impaciencia» y mi juicio deficiente de los asuntos de largo alcance, mi enfoque guante de terciopelo de la Revolución. Siempre había minusvalorado el factor económico como la causa principal de los males capitalistas, declaró. ¿No podía ahora ver que la necesidad económica era la razón real que estaba obligando a la mano que llevaba el timón soviético? El peligro continuo desde el exterior, la indolencia natural del obrero ruso y su fracaso a la hora de incrementar la producción, la carencia que sufría el campesinado de las herramientas más necesarias y su resultante negativa a alimentar las ciudades habían obligado a los bolcheviques a adoptar estas medidas desesperadas. Por supuesto que él consideraba que estos métodos eran contrarrevolucionarios y que estaban abocados a fracasar en su propósito. Aun así, era absurdo sospechar que hombres como Lenin o Trotski estuvieran deliberadamente traicionando a la Revolución. ¡Pero si habían dedicado sus vidas a la causa, habían sufrido la persecución, la calumnia, la cárcel y el exilio por sus ideales! ¡No podían darle la espalda hasta ese punto!

Le aseguré a Sasha que nada estaba más lejos de mi pensamiento que acusar a los bolcheviques de traición. De hecho, los consideraba bastante coherentes, más fieles a sus intenciones que nuestros propios camaradas que colaboraban con ellos. Especialmente, Lenin me parecía un hombre de una

pieza. Para ser honestos, sus políticas habían logrado cambios extraordinarios, no se podía negar su enorme habilidad como acróbata político. Nunca se había desviado de su objetivo. Ni sus enemigos más acerbos podían acusarle de eso. Pero su objetivo era la cruz de la tragedia rusa, insistía. Era el Estado comunista, con su absoluta supremacía y poder exclusivo. ¿Y qué si destruía la Revolución, condenaba a millones a muerte y ahogaba a Rusia en la sangre de sus mejores hijos e hijas? Eso no desalentaba al hombre de hierro del Kremlin. Eran «fruslerías, un pequeño derramamiento de sangre». No podía afectar a su fin último. En tanto era claridad de visión, concentración de voluntad y determinación indomable, Lenin tenía todo mi respeto. Pero, en lo que se refiere a sus fines y métodos sobre la Revolución, lo consideraba la mayor amenaza, más perniciosa que todos los intervencionistas juntos, porque su objetivo era más engañoso, sus métodos más taimados.

Sasha no negaba esto, y estaba tan convencido como yo de la inutilidad de nuestros intentos futuros de encajar en el garrote de la máquina política. Pero pensaba que yo hacía a Lenin y a sus colaboradores responsables de los métodos que la pura necesidad revolucionaria les imponía. Shatoff había sido el primero en subrayar esto. Todos los camaradas sensatos, defendía Sasha, compartían esa actitud. Y él mismo había llegado a entender que la revolución en acción era algo muy distinto que esa revolución en el ámbito de la teoría que voceaban los radicales de salón. Era sangre y hierro, y eso era inevitable.

La apreciada compañía de mi viejo amigo y nuestra armonía intelectual había mitigado mucho el proceso lacerante de encontrar mi camino por el laberinto soviético. Sasha era todo lo que me quedaba tras el tornado que había arrasado mi vida. Representaba todo lo que quería y para mí era como un ancla en el mar turbulento de Rusia. Nuestro desacuerdo, que surgió tan repentinamente, me revolcó como una ola gigante, dejándome baqueteada y magullada. Estaba segura de que mi amigo se daría cuenta con el tiempo de

la falsedad de su postura. Sabía que su intento desesperado de defender los métodos bolcheviques era la última escaramuza en una batalla perdida, la batalla que habíamos sido los primeros en plantear en los Estados Unidos a favor de la Revolución de octubre.

Entre nuestras muchas visitas durante la estancia en Moscú había aparecido una joven muy interesante, Alexandra Timofeyevna Shakol. Schapiro le había contado que estábamos allí y ella, también anarquista, estaba deseando conocer a sus famosos camaradas americanos. Además, quería hablar con nosotros sobre un proyecto que había puesto en marcha el Museo de la Revolución de Petrogrado. Se estaba planeando una expedición, explicó, que recorrería el país de una punta a otra, en busca de documentos sobre la Revolución y sobre el movimiento revolucionario en Rusia desde su gestación. El material recogido conformaría los archivos para el estudio del gran levantamiento. ¿Nos gustaría unirnos a esa iniciativa?

Durante un momento nos dejamos arrastrar por el plan y por la oportunidad que ofrecía de ver Rusia en su vida cotidiana revolucionaria, conocer de primera mano lo que la Revolución había hecho por las masas y cómo esta afectaba su existencia. Nunca tendríamos una ocasión así. Pero después nos pareció una ironía cruel que nos condenaran a recoger materiales muertos entre la vida embravecida de Rusia. Habíamos pasado treinta años en el fragor de la batalla social, siempre en la línea de fuego. ¿Podríamos estar satisfechos con algo menos en nuestra renacida tierra natal? Anhelábamos un trabajo más vital, algo que nos permitiera entregar a la gran tarea todo nuestro corazón y lo mejor de nuestras capacidades.

Desde nuestro regreso a Petrogrado habíamos estado tan ocupados luchando contra los molinos de viento soviéticos que apenas habíamos pensado en nuestra camarada Shakol y en su propuesta. Pero, cuando se esfumó la última esperanza de hacer un trabajo útil, nos vino de nuevo a la mente su ofrecimiento. Podría ser una huida de nuestra existencia sin

sentido. Si el material que coleccionábamos iba a ayudar a los futuros historiadores a establecer la relación correcta entre la Revolución y los bolcheviques, el esfuerzo habría merecido la pena, en eso estábamos de acuerdo Sasha y yo. Tal vez nos ayudara también a nosotros a adquirir la perspectiva correcta. Las diversas partes del país que visitaríamos, la gente con la que contactaríamos, sus vidas, costumbres y hábitos, serían una escuela útil, nos consolábamos el uno al otro. Finalmente decidimos intentarlo, puesto que no teníamos otra cosa. «Ojalá el nuevo proyecto no resulte también una burbuja», le dije a Sasha de camino al Palacio de Invierno, donde se encontraba el Museo de la Revolución.

Shakol no estaba y nos apenó escuchar que acababa de librarse por los pelos de la muerte por tifus, que había contraído en Moscú. Ahora estaba convaleciente, y no regresaría al trabajo hasta dentro de dos semanas. Pero notificó al museo, no obstante, que habíamos prometido visitarlo y nos recibió el secretario, el señor B. Kaplan, un hombre en la treintena, de aspecto agradable e inteligente. Se ofreció a acompañarnos por la institución y enseñarnos lo que ya se había conseguido. Una serie de habitaciones estaban repletas de valioso material, entre ellos los archivos secretos del régimen zarista, incluyendo los registros de la Tercera Sección Política, que revelaban el funcionamiento de su sistema de espionaje. La mayoría de la vasta colección ya se había organizado, clasificado y preparado para exponerse en un futuro próximo. «Nuestra tarea solo acaba de empezar», explicó el secretario. «Harán falta años para lograr nuestro objetivo de establecer en Rusia un museo más completo que cualquier otro de cualquier otro país, incluyendo el Museo Británico. Ningún otro país contiene tal riqueza de tesoros revolucionarios esparcidos por la tierra, que están esperando a que se los rescate de la pérdida y la destrucción». Por esa razón, el museo estaba impaciente por enviar lo antes posible la expedición de recogida, porque el retraso hacía que se perdieran muchas cosas. Kaplan era el alma y el corazón del proyecto, y sus colaboradores compartían su

entusiasmo sobre el futuro del museo y el trabajo en perspectiva. Todos estaban deseando reclutar nuestra ayuda.

Aunque estábamos a finales de mayo, en las amplias salas del Palacio de Invierno se respiraba un frío penetrante. Íbamos bien abrigados y, aun así, rápidamente el frío nos entumeció los miembros. Nos maravillaron los hombres y mujeres que trabajaban en esa humedad terrible durante los meses más rigurosos del invierno de Petrogrado. Llevaban allí empleados casi tres años ya. Sus caras estaban surcadas de erupciones azuladas, las manos con sabañones. Algunos habían contraído un reumatismo grave o afecciones tuberculosas. Su propia salud se había resentido, admitía el secretario. Pero era la Rusia revolucionaria y él y sus colaboradores se alegraban del privilegio de poder ayudar a construir su futuro. La mayoría de ellos, como él, eran no partisanos.

Tenía muchísimas ganas de contar con nosotros. Su entusiasmo era demasiado contagioso como para resistirse y accedimos. «Entonces lo mejor es que os apuntéis enseguida», sugirió. Había mucho que hacer para poner en marcha la expedición. Había que conseguir el equipo necesario y preparar dos vagones, uno para el personal, que iba a consistir en seis personas, el otro para apilar el material que se recogiera. También había que atender varias formalidades, el consentimiento de numerosos departamentos, *propusks* y víveres, y el derecho de paso para la expedición. Había que darse prisa y teníamos que comenzar inmediatamente.

Nos despedimos del jovial secretario y de sus colaboradores con un ánimo mucho más alegre. Aún no teníamos la misma sensación hacia el trabajo que tenían el resto de los miembros del museo. Sabíamos que recoger pergaminos, cuando había trabajo mucho más urgente que podíamos hacer, nos daría satisfacción solo por un tiempo limitado. Pero la dedicación y entereza de esta gente nos había quitado el peso de la desesperación de nuestros corazones. Era el rasgo más alentador de la vida soviética. A menudo nos habíamos topado con este nuevo espíritu de Rusia,

incluso en lugares totalmente inesperados. Tanteando a ciegas en nuestras horas más oscuras, a menudo descubríamos la resistencia y la dedicación más heroica escondida bajo la superficie oficial soviética. No las del tipo que se aclamaba diariamente en los lugares públicos y se festejaba con ostentosas manifestaciones y despliegue militar. Nadie fuera del Partido creía en ese sello oficial. Incluso en sus filas había mucha gente que odiaba el bombo vacío y las pretensiones, aunque se veían impotentes contra la maquinaria. Compensaban la ostentación vulgar mediante su propia determinación y probidad. Silenciosamente se entregaban a su tarea, dándolo todo por la Revolución y sin pedir nada a cambio para ellos, ya fuera en forma de raciones, elogios o cualquier otro reconocimiento. Estas grandes almas redimían a nuestros ojos mucho de lo que el régimen bolchevique tenía de odioso.

Los preparativos para la expedición avanzaban bastante lentos, dejándonos así tiempo para visitar museos, galerías de arte y otros lugares de interés similares, así como para atender otras cosas. Nos había llegado un informe sobre la detención de dos chicas anarquistas, de quince y diecisiete años de edad, acusadas de hacer circular una protesta contra los aspectos degradantes de la cartilla obrera y también contra las condiciones insoportables de los presos políticos en las cárceles de la ciudad, Shpalerni y Gorojovaya. Algunos camaradas de Petrogrado nos hicieron una visita para hablar del asunto, y nosotros nos dirigimos inmediatamente a los dirigentes bolcheviques. Zorin hacía ya tiempo que nos consideraba perdidos para su cielo. A Zinoviev yo no parecía agradarle especialmente; el sentimiento, de hecho, era mutuo. Pero siempre era extremadamente agradable con Sasha y, por tanto, fue Sasha quien fue a verle para hablar de las anarquistas detenidas. Con el mismo recado, visité a la señora Ravich, a quien admiraba mucho por su personalidad sencilla y modesta, y por su presteza a la hora de admitir y deshacer abusos oficiales.

Desgraciadamente, los presos políticos estaban fuera de su jurisdicción. Esos asuntos estaban bajo el control de la Checa, cuyo jefe en Petrogrado, el comunista Bakayev, tenía fama de ser muy vengativo con los anarquistas. El primer día de la llegada de los deportados del *Buford*, Bakayev les había aleccionado: «No se permiten tonterías anarquistas en la Rusia soviética». Tales lujos eran adecuados únicamente para los países capitalistas, les había dicho. Bajo la dictadura del proletariado, los anarquistas tenían que someterse o serían suprimidos. Como los chicos se quejaron de ese recibimiento, Bakayev había ordenado que el grupo completo de doscientos cuarenta y siete quedara bajo arresto domiciliario. Nos enteramos al tercer día y nos escandalizamos. Zorin había minimizado el incidente como un desafortunado malentendido y también había convencido a su camarada chequista para que retirara la guardia armada de los dormitorios de nuestra gente en Smolny. Pero desde entonces habíamos visto demasiados «desafortunados malentendidos» de ese tipo.

En esta ocasión, un mínimo gesto de Zinoviev y de la señora Ravich tuvo un efecto inmediato sobre Bakayev. Él también vivía en el Astoria y me telefoneó pidiéndome que lo visitara. Liberaría a las chicas anarquistas, me notificó, siempre que estuvieran dispuestas a prometer que eso detendría sus «actividades de bandidaje». Expresé mi sorpresa ante la aplicación del término a dos chicas culpables únicamente de publicar una protesta en contra de métodos que ellas consideraban contrarrevolucionarios. «Tu partido no puede estar muy seguro de sí mismo o no estaría constantemente viendo bandidos y contrarrevolucionarios imaginarios», le dije. Me negaba a responder por nadie, sabiendo que yo misma no me callaría si viera la necesidad de expresar mis sentimientos. Ni podía yo hablar por mi camarada Alexander Berkman, informé a Bakayev, aunque sabía que se negaría a comprometer a nadie haciendo promesas en su nombre. En lo que respecta al maltrato de los presos políticos, aseguré al jefe de la Checa que enterarse de que las cárceles en la Rusia soviética no eran mejores que las de los Estados Unidos sería un buen combustible para los fuegos americanos. Esto pareció pulsar el botón adecuado en Bakayev. Les daría una segunda oportunidad a las chicas, declaró, pues, después de todo, eran proletarias, incluso si no se habían dado cuenta aún de que no debían dañar a su propia clase criticando la dictadura. También vería qué mejoras necesitaban las cárceles, aunque se había exagerado mucho sobre su estado.

Sacar a la gente de la cárcel había sido una de las actividades que hacíamos en América. Pero nunca se nos habría pasado por la cabeza que tendríamos la misma necesidad en la Rusia revolucionaria. ¡Nosotros, que habíamos combatido con fiereza la mínima sugerencia de una eventualidad tan absurda! Y, aun así, nuestro único trabajo positivo hasta ahora había sido justamente eso: interceder por nuestros camaradas presos ante Lenin, ante Krestinski y ahora ante una luminaria menor. Aún éramos capaces de ver el patetismo y el humor de la situación y no nos habíamos olvidado de

cómo reírnos de nuestras propias locuras, aunque, cada vez más, mi risa era un fino velo que ocultaba mis lágrimas.

No obstante, teníamos razones para no lamentar nuestros esfuerzos, especialmente en el caso de uno de nuestros camaradas más valiosos, Vsevolod Volin. Había sido muy activo en tareas educativas en las filas de los campesinos ucranianos rebeldes, liderados por el anarquista Néstor Majno, a quien los bolcheviques habían primero aclamado como un líder de masas eficaz, un hombre de enorme agudeza estratégica y de una valentía excepcional. No sin razón, puesto que había sido Majno y su ejército *povstantsy* quien había derrotado a varios aventureros contrarrevolucionarios y quien había materialmente ayudado a las fuerzas rojas a rechazar las hordas del general Denikin. Por negarse a rendir su ejército al mando absoluto de Trotski, Majno había sido declarado enemigo y bandido, y su fuerza al completo denunciada como contrarrevolucionaria. Volin era un pedagogo y en absoluto un participante en las operaciones militares de Majno. Pero la Checa ucraniana no hacía distinciones tan sutiles. Detuvieron a Volin en la primera ocasión que se les presentó y lo mantuvieron incomunicado en la cárcel de Jarkov, aunque corría peligro, pues estaba enfermo y con fiebre. Nuestros camaradas de Moscú se dieron cuenta de la posición peligrosa de Volin, pues Trotski, entre tanto, había mandado órdenes por telégrafo para que lo ejecutaran. Trataron de conseguir que se trasladara al preso a Moscú, donde era muy conocido entre los líderes comunistas como un hombre de integridad revolucionaria y altos logros intelectuales. Habían hecho circular una petición para su traslado, que firmaron todos los anarquistas entonces presentes en la capital, y habían elegido a Sasha y al camarada local Askaroff para presentar la petición a Krestinski, secretario del Partido Comunista.

Krestinski resultó ser muy fanático y estar muy resentido con los anarquistas. Al principio intentó decir que Volin era un

contrarrevolucionario que merecía la muerte, y después trató de engañarnos diciendo que ya le habían trasladado a Moscú. Sasha consiguió convencerle de que se equivocaba en ambos puntos y que Volin, al menos, merecía la oportunidad de presentar su caso, una oportunidad que no se le daría en Jarkov. Krestinski finalmente cedió ante los argumentos de Sasha. Prometió telegrafiar a las autoridades competentes en Jarkov para que Volin fuera enviado a la capital. Aparentemente mantuvo su palabra porque, no mucho tiempo después, nuestro camarada llegaba a Moscú y lo encerraban en la prisión de la Butirki. Poco después, Vsevolov Volin recuperó la libertad por completo.

Cuando finalmente se produjo la liberación de las dos chicas de Petrogrado, sentimos que podíamos ocuparnos de otras cosas antes de que la expedición estuviera lista para emprender su largo viaje. Antes de nada, comenzamos a visitar las industrias.

Había escuchado diversos rumores sobre las condiciones en las fábricas pero, como aún no había conseguido acceder a ellas, me resistía a dar crédito a las historias. Me había dado cuenta hacía tiempo de que, en un país privado de libertad de prensa y de expresión, la opinión pública necesita basarse en exageraciones y falsedades. Tenía que inspeccionar yo misma los talleres y hornos, siempre decía a mis informantes, antes de llegar a ninguna conclusión.

Mi oportunidad, largo tiempo esperada, de visitar fábricas y posiblemente de hablar con los obreros en el tajo llegó cuando la señora Ravich me pidió que hiciera de guía de un periodista americano que había aparecido de repente en Petrogrado. Era, descubrí, uno de los periodistas que nos había entrevistado al llegar a Teryoki, en nuestro camino a través de Finlandia. Parecía que hubieran pasado años y años. El hombre había intentado repetidamente entrar en la Rusia soviética, según le había contado a Sasha en la frontera, a la vez que le pedía que hablara a su favor ante Chicherin,

en cuyas manos estaba la decisión de admitir o no al periodista. El joven nos había dado una impresión favorable por sus maneras y su expresión franca pero, aparte de eso, no lo conocíamos en absoluto, ni siquiera su nombre o el periódico al que representaba. Solo en el último momento, cuando atravesábamos a pie la frontera, nos pasó su tarjeta. Sasha le había prometido transmitir su mensaje al comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, dejando claro, de todas formas, que no iba a interceder en su favor. Sasha había cumplido su promesa y notificó a Chicherin que el joven periodista, de nombre John Clayton, estaba ansioso por entrar en Rusia y que representaba al *Tribune* de Chicago, un periódico reaccionario de los Estados Unidos.

No habíamos vuelto a oír nada del asunto y, en la frenética vida rusa, nos habíamos olvidado por completo de la existencia de Clayton. Me sorprendió un poco cuando, a mi regreso a Petrogrado, la señora Ravich me telefoneó para preguntarme si conocía a un hombre llamado John Clayton. Había sido detenido en la frontera intentando cruzar a Rusia y la Checa lo retuvo. Había dado nuestros nombres como prueba de que conocía gente de fiar que intercedería por él. Le repetí a Ravich lo que Sasha le había dicho previamente a Chicherin, añadiendo que, puesto que el hombre estaba ya en suelo soviético, la mejor política sería liberarlo. No podría ver más de lo que le permitiera el Estado soviético y no podría mandar noticias sin que la censura bolchevique las revisara. ¿Por qué entonces tener miedo? La señora Ravich decidió informar a la Checa de la frontera lo que le había dicho y dejar la decisión en sus manos. De nuevo no volvimos a saber nada de Clayton, así que grande fue mi asombro cuando me lo encontré un día en la puerta de mi cuarto, en el Astoria. «¿De dónde sales?», le solté antes siquiera de invitarle a entrar. «No me preguntes», contestó lastimeramente. «He arriesgado mi vida para entrar en el país. He venido con las mejores intenciones y me tratan peor que a un perro». «¿Qué ha ocurrido?», le pregunté. «¡Por amor de Dios!», exclamó Clayton. «¿Es que ni siquiera me

vas a dejar entrar en tu cuarto? Necesitaría un día entero para contarte todas mis aventuras». El pobre hombre parecía destrozado y nunca me gustó ser descortés, ni siquiera ante un periodista americano, aunque mucha gente tendría razones sobradas para serlo. «¡Entra, muchacho, y suéltalo todo!», le dije alegremente. Su cara se iluminó. «Gracias, E. G.», contestó. «Sabía que no podrían convertirte en una bolchevique encallecida». «¡Tonterías!», le corregí. «No todos los bolcheviques están encallecidos, y aquellos que lo están se han vuelto así por la gracia de tu gobierno, que se alía con otros para matar de hambre a las masas rusas».

Clayton me contó que había atravesado Finlandia esquiando y sobornando, que lo habían atrapado, arrojado a una sucia prisión de la Checa y finalmente enviado a Moscú, donde había estado «libre» las últimas seis semanas. «¿Libre?», pregunté con sorpresa. Sí, pero como si no lo hubiera estado, para lo que había podido ver o escuchar. Ni un retazo de nada, ni siquiera para un primer mísero reportaje. Y, en lo que a él se refería, se le habían aplicado todo tipo de discriminaciones y argucias desde que había llegado a Moscú. «Es repugnante y es muy mala idea tratar así a un periodista», declaró con amargura.

Al hombre se le conquista por el estómago, se dice, y había que aplacar el espíritu soliviantado de Clayton. «Tendremos mucho tiempo para hablar de eso», le dije, «cuando te hayas tomado un café». «¡Guau, eso sería una delicia!», exclamó extasiado. Después de dos tazas su disgusto remitió un poco y se avino un poco más a razones. Antes de que comenzáramos nuestra gira de inspección de las fábricas, Clayton estaba dispuesto a admitir lo insostenible de su postura y lo absurdo que era sentirse ofendido. Después de todo, era un perfecto desconocido y sus credenciales del *Tribune* de Chicago no ofrecían ninguna confianza. Los espías y las conspiraciones se habían convertido en una manía entre los comunistas. Era normal, teniendo en cuenta la persecución que Rusia soportaba por parte de los enemigos de la Revolución. Tenía que considerar sus experiencias

desagradables dentro de un cuadro más amplio, si es que sus intenciones eran realmente tan buenas como me había asegurado. De otro modo, solo sería capaz de informar de las mismas estupideces que sus colegas sobre la supuesta nacionalización de las mujeres, el pueblo alimentado de manos y orejas burguesas y similares atrocidades sensacionalistas que había publicado la prensa americana. Clayton juró que nunca sería culpable de tales falsedades. «Espera y verás», me juró. Yo había esperado treinta años, todo ese tiempo había estado buscando con la linterna de Diógenes la justicia o la exactitud entre los periodistas americanos. Había conocido algunas excepciones, por supuesto, pero muy pocas y distanciadas. Ninguna de ellas en el *Tribune* de Chicago. Esperaba que él resultara ser una excepción.

La función de cicerone oficial no me agradaba especialmente. Pero no quería decir que no a Ravich, que siempre había respondido bien cuando yo intercedía por los desgraciados. Además, me parecía que la situación rusa era demasiado grande y vital y que yo aún no la había aprehendido por completo, aunque sí había tomado ya la decisión definitiva de no trabajar dentro de los confines políticos de los bolcheviques. Más importante para mí era que ningún periódico americano me citara hablando en contra de la Rusia soviética, no mientras el país estuviera aún obligado a luchar por su vida en tantos frentes. Me veía, por tanto, en el apuro de no querer que Clayton obtuviera información con mi ayuda, a la vez que no me agradaba la idea de contarle mentiras deliberadas. Supuse que la señora Ravich sabía lo que hacía cuando le daba permiso a Clayton para visitar las fábricas. Probablemente no estaban tan mal como me habían informado. O quizá había pensado que conmigo como guía las cosas podrían parecer menos crueles. Afortunadamente, Sasha iba a acompañarnos. Eso nos daría una oportunidad de remolonear un poco y que uno hablara con los obreros mientras el otro traducía a Clayton la versión oficial del estado de las cosas.

Las fundiciones de Putilov resultaron encontrarse en un estado patético, la mayoría de las máquinas no atendidas, otras estropeadas, el lugar asqueroso y descuidado. Mientras Sasha le explicaba a Clayton lo que le contaba el superintendente del taller, yo me quedé atrás. Me encontré a los hombres poco dispuestos a hablar hasta que mencioné que era una *tovarishtch* de América y no una bolchevique. Eso marcó una enorme diferencia. Podrían contarme muchas cosas, dijeron, pero las paredes tenían oídos. No pasaba un día sin que alguno de los compañeros no regresara al trabajo. ¿Enfermos? No, pero habían protestado un poco demasiado alto. Les dije que las autoridades me habían informado de que los obreros de la Putilovski, que participaban en una de las industrias vitales, recibían raciones bastante mejores que los otros obreros: dos libras de pan al día y porciones especiales de otros productos. Los hombres se me quedaron mirando asombrados. Podía probar su pan, si quería, me sugirió uno sarcásticamente, acercándome un trozo negro. «Muerde fuerte», me dijo con ironía. Lo intenté pero, sabiendo que no podría afrontar la factura de un dentista, tuve que devolver el pedazo de cuero, para gran diversión del grupo que me rodeaba. Sugerí que los comunistas no tenían la culpa del mal pan y de su escasez. Si los obreros de Putilov y sus hermanos en otras industrias incrementaran la producción, los campesinos podrían cultivar más grano. Sí, contestaron, eso era lo que les decían cada día como justificación de la militarización del trabajo. Ya había sido bastante duro trabajar con el estómago vacío cuando no se les obligaba. Ahora era totalmente imposible. El nuevo decreto solo había aumentado la infelicidad y el resentimiento general. Estaba alejando demasiado a los obreros de sus localidades, donde antes se les ayudaba con provisiones. Además, el número de oficiales y supervisores había aumentado y también había que alimentarlos. «De las siete mil personas aquí empleadas, solo dos mil son realmente productores», me señaló un viejo obrero a mi lado. ¿No había visto los mercados?, susurró otro hombre. ¿Había notado allí escasez para

quien podía pagar el precio? No hubo tiempo para responder. Los hombres recibieron un aviso de sus compañeros y se apresuraron a volver a sus bancos, y yo me reuní con mis compañeros.

Nuestro siguiente objetivo parecía un campamento militar, con centinelas armados y apostados por todo el inmenso almacén y en el molino. «¿Por qué hay tantos guardias?», le preguntó Sasha al comisario al mando. Últimamente desaparecían carretas de harina, nos respondieron, y los soldados estaban allí para evitarlo. No habían conseguido detener a los ladrones, pero se había atrapado a algunos delincuentes. Habían resultado ser obreros engañados por una banda de especuladores. De alguna manera, la explicación oficial no resultaba plausible. Aceleré el paso con la esperanza de poder acercarme a alguno de los molineros. Ya conocía la contraseña: «Desde América, con los saludos solidarios del proletariado militante y su regalo de cigarrillos». Un joven con una mandíbula firme y ojos inteligentes atrajo mi atención cuando pasó ante mí con un saco de harina sobre los hombros. Cuando regresó a coger otro, probé mi llave mágica. Funcionó. ¿Podría contarme por qué estaban allí los soldados armados? ¿No había oído hablar del nuevo decreto que militarizaba el trabajo obrero?, me preguntó. Los obreros lo habían considerado un insulto a su hombría revolucionaria. Como resultado, sus hermanos soldados, que los habían ayudado durante los días de Octubre, estaban ahora apostados entre ellos como perros guardianes. Le pregunté sobre el robo de la harina y si los guardias no estaban allí para evitarlo. El hombre sonrió tristemente. Nadie sabía mejor que los comisarios, dijo, quién robaba la harina, porque ellos mismos la sacaban por las puertas. «¿Y la Revolución? ¿No os ha dado nada a los obreros?», le pregunté. «¡Oh, sí!», contestó. «Pero se ha perdido hace mucho. Ahora es agua estancada. Pero brotará de nuevo, no temas».

Por la noche, cuando Sasha y yo comparamos nuestras notas, estuvimos de acuerdo en que habíamos visto todo lo que queríamos saber sobre las

condiciones de las fábricas soviéticas. Podíamos dejar el dudoso honor a los guías oficiales, que eran menos tiquismiquis a la hora de volver blanco lo negro y de convertir lo gris en rojo brillante. Sasha se negó enfáticamente a volver a hacer de cicerone, y yo completé mi trabajo no solicitado llevando a Clayton a la mañana siguiente a la fábrica de tabacos Laferm. Descubrimos que estaba en buenas condiciones porque el antiguo dueño y gerente seguía aún a su cargo.

No mucho después Clayton se marchó, declarando que pronto volvería para una estancia más larga, para así llevar a cabo un estudio mucho más detallado de las condiciones. Su mujer era rusa, me dijo, y podría servir de guía, lo que haría innecesario abusar de nuestro tiempo y de nuestra buena voluntad. Se guardaría muy mucho de hacer declaraciones engañosas en lo que se refería a Rusia, me prometió.

«Engañosas», musité. El pobre chaval no podía saber que cada día de mi existencia en Rusia era engañoso, engañando a otros tanto como a mí misma. Me preguntaba si llegaría el momento en el que, una vez más, pudiera plantarme firmemente sobre mis propias botas.

Los preparativos de la expedición avanzaban muy lentamente, mientras mi tensión nerviosa se disparaba hasta el límite. Toda la tranquilidad que había conseguido últimamente se había venido abajo por mis recientes impresiones de las condiciones abominables en las que trabajaban y vivían las masas. La llegada de Angélica Balabanoff ayudó en cierto modo a aliviar mi estado mental.

La habían enviado desde Moscú para ultimar la organización de la recepción de la esperada British Labour Mission. Pobre Angélica, también la habían relegado al papel de guía, y yo estaba segura de que lo pasaba tan mal como yo por tener que jugar al escondite con la sombra de su antaño resplandeciente fe.

El palacio Narishkin, junto al Neva, uno de los más hermosos de la capital, fue asignado para el uso de los distinguidos huéspedes ingleses.

Había estado cerrado desde los días de Octubre y Angélica me pidió que le ayudara a ponerlo a punto. Asentí con alegría, aunque realmente no me necesitaba para el trabajo. Se había destacado allí a un ejército de criadas para hacer una limpieza que tres personas eficaces habrían completado en menos tiempo. Me imaginé que Angélica se sentía sola y una mirada bastó para hacerme ver que de nuevo tenía mala salud. Se sentía como en casa conmigo y a mí me encantaba estar con ella, incluso aunque no me decidiera a hablar con franqueza sobre el tema que a las dos nos importaba más que nada. Hubiera sido como hurgar en una herida abierta. Angélica también quería mucho a Sasha, y se había asegurado su participación como intérprete y traductor de los testimonios de bienvenida que se preparaban en honor de los visitantes.

Finalmente llegó la Misión, la mayoría de sus miembros con la habitual actitud anglosajona de «soy mejor que tú». Estaban en contra de la intervención, por supuesto, y presumían de haber repudiado los ataques sobre la Rusia soviética pero, en lo que se refiere a la Revolución o al comunismo, no, gracias, eso no les iba nada. Su recibimiento estaba calculado para apelar al público más amplio que formaban las masas obreras británicas y a los obreros de todo el mundo. No se ahorraron esfuerzos para hacer que la ocasión fuera una propaganda eficaz. El grandioso despliegue militar en la plaza del palacio Uritsky no fue sino el inicio del programa. Otras representaciones teatrales resultaron ser incluso más persuasivas. Las cenas en el palacio Narishkin, con las mesas repletas de lo mejor que la hambrienta Rusia podía encargar, las giras por las escuelas modelo, las fábricas selectas, las casas de reposo, funciones teatrales, ballets, conciertos y ópera, con los miembros de la Misión apostados en los antiguos palcos de los zares, componían algunos de los festejos. La circunspección británica no pudo resistir tal hospitalidad. La mayoría de los miembros de la Misión se tragaron el espectáculo y, a medida que transcurría su estancia, se iban haciendo más dóciles.

Algunos de ellos ejercitaron su mejor lógica para convencerme de que la dictadura y la Checa eran inevitables en un país tan retrasado como Rusia, con su gente acostumbrada durante siglos a un gobierno despótico. «Nosotros, los ingleses, no lo soportaríamos», declaró un delegado. «Pero es diferente en el caso de las ignorantes masas rusas, ajenas a los modos civilizados». El gobierno soviético, argumentaba, había demostrado una inteligencia y habilidad asombrosas al haber logrado tanto con un material tan tosco. Pero el inglés medio, por supuesto, no tragaría con estas cosas. «El inglés medio» contesté, «prefiere correr tres manzanas tras un taxi para abrirle la puerta a un caballero y ganar así la magnífica suma de dos peniques». «Si has visto una escena así en Londres, sin duda es una de las taras de la ciudad», contestó. «Precisamente», le dije. «En Inglaterra hay más taras de las necesarias y serían el peor obstáculo para cualquier cambio económico en tu país. Pero me olvido de que vosotros, ingleses, no habéis tenido ninguna revolución. Eso solo puede ocurrir en la Rusia incivilizada e ignorante».

Me retiré al fondo del palco para contemplar el resto del ballet sin que me molestara la superioridad complaciente de los británicos. Poco después se abrió la puerta y entró un hombre con uniforme militar. Cuando se encendieron de nuevo las luces, reconocí a Leon Trotski. ¡Qué cambio en su apariencia y porte después de tres años! Ya no era el exiliado pálido, delgado y estrecho de hombros que había visto en Nueva York en la primavera de 1917. El hombre del palco parecía haber crecido a lo alto y a lo ancho, aunque no exhibía carne superflua. Su pálida cara era ahora de bronce, el cabello y barba rojizos habían encanecido un poco. Había probado el poder y parecía consciente de su autoridad. Se movía con un semblante orgulloso y había desdén en sus ojos, incluso desprecio, cuando miraba a los invitados británicos. No habló con nadie y se marchó enseguida. No me reconoció ni yo me presenté a él. El abismo entre

nuestros mundos se había ensanchado demasiado como para poder atravesarlo.

Había algunos miembros de la Misión británica, sin embargo, que no estaban dispuestos del todo a quedarse boquiabiertos y maravillados ante las cosas que les rodeaban, cerrando las entendederas. No formaban parte de los elementos sindicales. Uno de ellos era el señor Bertrand Russell. Amable, pero se había negado firmemente desde el primer momento a tener una carabina oficial. Prefería ir por ahí solo. Tampoco se emocionó ante el honor de que lo alojaran en un palacio y lo alimentaran con bocados especiales. Una persona suspicaz, ese Russell, susurraban los bolcheviques. Pero ¿qué te vas a esperar de un burgués? Angélica casi se derrumba ante esa conversación. Argumentó que era estúpido y criminal tratar de vendar los ojos a todo el mundo. La gente tenía que poder ver las condiciones como eran, insistía, para que se dieran cuenta de las necesidades y la pobreza desgarradora de Rusia bajo el bloqueo. Tal vez eso ayudará a agitar la conciencia del mundo en contra de los poderes que estaban matando de hambre al país. Pero la Checa no pensaba así, aunque no interfería de manera demasiado obvia en los movimientos de los delegados.

El señor Russell nos visitó un día junto con Henry G. Alsberg, un corresponsal americano que acompañaba a la Misión, en representación de *The Nation* de Nueva York y *The Daily Herald* de Londres. John Clayton, a quien Alsberg conoció en Estonia, le había dicho que estábamos en el Astoria y le dio algunas provisiones para nosotros. El inesperado reabastecimiento de nuestra despensa se merecía una celebración e invitamos a nuestros visitantes a quedarse al almuerzo que me dispuse a preparar en mi cocinilla improvisada. No fue en absoluto una comida elaborada, pero nuestros huéspedes nos juraron que habían disfrutado más que con la comida de palacio, servida en el salón de fiestas del Narishkin, entre damascos y vajilla de lujo. Con nosotros, dijeron, se podía hablar libremente y atrapar un retazo de la realidad rusa libre de miedo o de

favores. Fue nuestro primer contacto con el mundo exterior a Rusia, con personas honestamente preocupadas por el bienestar del país. Atesoramos cada momento pasado con nuestros visitantes y me gustó especialmente Henry Alsberg. Trajo con él un soplo de lo mejor de América, la sinceridad y la jovialidad sencilla, la franqueza y la camaradería. El señor Russell tenía una naturaleza más reservada, pero era una personalidad sencilla y amable.

Angélica nos había invitado a la última función social de la Misión antes de su partida hacia Moscú. Fuimos en calidad de intérpretes. Esa misma tarde ella partió con los delegados. Pero se empeñó en que Sasha fuera con ella. Él tenía muchos asuntos que atender relacionados con nuestra expedición con el museo, puesto que aún no teníamos vehículo para el viaje. Pero ¿quién podía negarle algo a Angélica?

Todo estaba listo para nuestra expedición menos lo principal: un vagón. El comisario del Museo de la Revolución, Yatmanov, un comunista destacado, y el secretario Kaplan habían estado semanas tratando de conseguirnos uno, pero sin éxito. Estaban convencidos de que Sasha podría solucionar el asunto a través de Zinoviev, con quien parecía tener mano. Pero Sasha estaba aún en Moscú con la British Labour Mission. Para alguien cuya vida entera había estado llena de intensa actividad era exasperante seguir ociosa. Pero, desde que llegué a Rusia, había aprendido a armarme de paciencia. La dictadura del proletariado construía para la eternidad, ¿qué importaban unas pocas semanas, o meses, o incluso años?

Sasha regresó pronto y con él un impulso más intenso para conseguir un vagón. No lo había pasado bien en la capital. El teatrillo montado para la British Labour Mission le había disgustado. La pobre Angélica, por supuesto, no tenía nada que ver en ello. La habían arrinconado en cuanto entregó a los invitados a Karajan y su horda de gerentes en la estación de Moscú. Se llevaron a los británicos dejándose a Bertrand Russell. Nadie parecía conocerlo ni conocer el lugar que ocupaba en el mundo de la ciencia

y del pensamiento avanzado. Sasha había solventado la situación parando a Karajan, que estaba a punto de salir en su lujoso automóvil, en el que viajaba solo. Karajan preguntó quién era ese hombre, señalando que nunca había oído hablar de Bertrand Russell. Sin embargo, le tomaría la palabra a Sasha y asumiría que ese hombre que le acompañaba era alguien por quien merecía la pena molestarse, dicho lo cual invitó a Sasha y a Russell a su coche.

Sasha se había ausentado de las exposiciones y manifestaciones públicas en honor de la British Mission. Estaba harto de esos espectáculos. Tampoco creía que pudiera servir como intérprete de los pomposos discursos de los funcionarios públicos y de las falsedades que se les hacía tragar a los inocentes ingleses. Había traducido algunas resoluciones para Angélica y acompañado a los delegados a los talleres y fábricas en las giras de inspección. Karl Radek le había pedido que tradujera algo escrito por Lenin y envió uno de los coches oficiales para llevar a Sasha a los cuarteles de la Tercera Internacional. Allí Radek le había entregado el manuscrito de Lenin: «La enfermedad infantil del izquierdismo». «Imagina mi sorpresa» contaba Sasha, «cuando, con una mirada a esas páginas, descubro que se trata de un ataque vitriólico contra todos los revolucionarios que difieren de la actitud bolchevique. Le dije a Radek que lo traduciría con la condición de que se me permitiera escribir un prólogo al folleto». «Radek habrá pensado que tenías que estar loco para cometer tal delito de lesa majestad», señalé. «Sí, se enfadó tanto que me tomó por mi hermano lunático», replicó mi bromista amigo. Radek no volvió a tocar el asunto y Sasha se fue por su lado. Pero otras cosas llamaron por completo su atención en Moscú. Una serie de compañeros estaban de nuevo en la cárcel, entre ellos nuestro camarada Abe Gordin, del Club Universalista, que había tenido un papel destacado en los acontecimientos revolucionarios de 1917. Los habían retenido sin que hubiera ninguna acusación contra ellos. Sus exigencias repetidas de saber las razones del arresto no habían tenido resultados, y se

declararon en huelga de hambre. Sasha había estado muy ocupado tratando de convencer a las autoridades de que especificaran el delito de nuestros camaradas o los soltaran. Tras muchas dificultades, consiguió una audiencia con Preobrazhenski, el secretario del Partido Comunista. Sasha insistió en que los hombres encarcelados corrían peligro por su debilidad debido a la prolongada huelga de hambre, y Preobrazhenski declaró fríamente: «Cuanto más rápido mueran, mejor para nosotros». Sasha le había garantizado que los anarquistas rusos no tenían la intención de complacerle a él o a su partido. Además, si el régimen continuaba persiguiendo a sus camaradas, la culpa de lo que pudiera pasar sería solo suya. «¿Eso es una amenaza?», preguntó el secretario. «Solo un hecho inevitable, como debería saber un viejo revolucionario como tú», contestó Sasha.

Nuestros camaradas de Moscú habían gozado de una mínima libertad. ¿Qué fin tendría la nueva política de exterminio deliberado?, nos preguntábamos. Sasha pensaba que se debía a la postura del Congreso Anarquista de Moscú, expresada en las resoluciones que le habíamos entregado a Lenin. La respuesta de la ejecutiva del Partido Comunista, de la que nos habían enviado expresamente una copia, declaraba: «Los anarquistas *ideiny* trabajan con el gobierno soviético». Los otros, los que no lo hacían, eran considerados enemigos de la Revolución y, como tales, no dignos de más consideración que otros contrarrevolucionarios, como los socialrevolucionarios o los mencheviques. La Checa había captado la pista y procedió de manera acorde.

Era una situación terrible, pero éramos impotentes. Cualquier protesta por nuestra parte dentro de Rusia no tendría más efecto que las de Piotr Kropotkin o Vera Figner. Y, con el país en peligro en el frente polaco, creíamos que no podíamos lanzar ninguna petición a los obreros extranjeros.

Ante las primeras noticias de la guerra con Polonia, había dejado de lado mi actitud crítica y ofrecí mis servicios como enfermera en el frente. La

señora Ravich estaba ausente de Petrogrado en aquel momento y acudí a Zorin. Desde el nacimiento del bebé de Liza vi mucho a los Zorin. Madre y bebé habían estado muy enfermos y yo los cuidé. Esto, de alguna forma, suavizó la desconfianza que Zorin sentía hacia nosotros desde nuestro desacuerdo sobre las casas de reposo. Mi ofrecimiento de ayudar a la Rusia soviética en su hora de necesidad pareció conmoverlo profundamente. Ya sabía que Sasha y yo finalmente acabaríamos por colaborar con su partido, declaró. Solo necesitábamos tiempo, pensaba, para darnos cuenta de que la dictadura y la Revolución eran idénticas y que servir a una significaba trabajar por la otra. Me prometió llevar a las autoridades competentes mi oferta e informarme de los resultados. Pero nunca lo hizo. Eso, por supuesto, no era obstáculo para mi decisión de ayudar al país, en calidad de lo que fuera. Ninguna otra cosa parecía más importante en ese momento.

Sasha, mientras tanto, había conseguido un vagón para la expedición del museo. Era un viejo y destartalado Pullman que contenía seis compartimentos, pero pronto lo tuvo limpio, pintado y desinfectado para nuestro uso. Como había tenido éxito allí donde otros fracasaron, el museo nombró a Sasha director general de la expedición. Shakol fue nombrada secretaria, mientras que a mí se me confiaron tres trabajos, además de recoger material histórico, en el que participábamos todos. Me eligieron tesorera, ama de casa y cocinera. Una pareja rusa de nuestra plantilla se supone que eran expertos en documentos revolucionarios. El sexto miembro del grupo era un joven comunista judío cuya misión especial era visitar las instituciones locales del Partido. En tanto que era el único comunista de nuestro círculo, se sentía algo perdido junto a tres anarquistas y dos no partisanos.

Nuestro vagón necesitaba colchones, mantas, platos y utensilios similares, para lo cual recibí una orden de Yatmanov para acceder a los almacenes del Palacio de Invierno. Equipada con esa «orden» bajé a los sótanos del Palacio, donde se almacenaban los enseres del zar. La

transitoriedad del poder y la posición social nunca me pareció tan evidente como cuando contemplaba la riqueza que acababa de ser usada por la familia reinante en las ocasiones especiales del Estado. El sudor de cada país y de cada clima estaba allí, convertido en valiosa porcelana, preciosa plata, cobre, cristal y damasco. Habitación tras habitación estaba repleta hasta el techo de utensilios y menaje, con una espesa capa de polvo, testigos mudos de una gloria que ya no existía. Y ahí estaba yo, removiendo entre toda esa magnificencia, buscando platos para nuestra expedición. ¿Podría alguna leyenda ser más fantástica, más significativa de la naturaleza efímera del destino humano?

Me llevó todo un día seleccionar lo que nos podía venir bien e, incluso así, las cosas que me llevé parecían más adecuadas para un museo. No podía emocionarme ante el hecho de que comeríamos nuestro arenque con patatas y, con suerte, igual también el *borscht*, en el mismo plato que había alimentado al señor de todas las Rusias y su familia. Pero sí me hacía gracia pensar en el partido que le sacarían los periódicos de América a un incidente así. ¡Berkman y Goldman, los archianarquistas, usando la ropa de encaje y la porcelana de los Romanov! ¿Y qué dirían las americanas nacidas en libertad, como las Hijas de la Revolución, que se morían ante el espectáculo de la realeza, viva o muerta, e incluso ante cualquier *souvenir*, ante una vieja bota que hubiera espachurrado un regio pie?

El 30 de junio de 1920, cuando se cumplían siete meses de nuestro aterrizaje en suelo soviético, nuestro remozado vagón se enganchó en un tren nocturno, conocido como «Máximo Gorki» y se dirigió a Moscú. Como Moscú era el «centro» teníamos que estacionar allí para conseguir credenciales suplementarias de varios departamentos, incluyendo los de Sanidad y Educación, y de la Oficina de Asuntos Exteriores, sin olvidarnos de la Checa. En esta última teníamos que conseguir un documento que nos proporcionara inmunidad para poseer documentos contrarrevolucionarios, pues parte de nuestra tarea era también recogerlos. Esperábamos que unos

pocos días en la capital bastaran para terminar nuestros preparativos, pero tardamos dos semanas.

La ciudad estaba en efervescencia por unos incidentes que acababan de producirse. Los panaderos se habían puesto en huelga; todo su comité ejecutivo ahora estaba disuelto y sus miembros encarcelados. El sindicato de impresores se había encontrado con un destino similar por un delito más nefasto. Habían organizado un mitin al que invitaron a los miembros de la British Labour Mission. La sorpresa de la velada fue la aparición repentina en el estrado de Chernov, líder de los socialrevolucionarios y antiguo presidente de la Asamblea Constituyente. La Checa llevaba tiempo buscando a Chernov, que se había escondido. Apareció disfrazado con una larga barba negra y al principio no lo reconocieron. Su apasionado discurso en contra de los bolcheviques provocó una ovación del público pero, cuando el moderador comunista del mitin pidió que lo arrestaran, este ya había desaparecido en medio de la multitud.

La ciudad estaba muy nerviosa, debido a la llegada de una delegación extranjera procedente del Segundo Congreso de la Internacional Sindical Roja.[30] Entre ellos nos alegró ver a algunos anarcosindicalistas de España, Francia, Italia, Alemania y Escandinavia. Había también sindicalistas ingleses, más militantes y menos acomodaticios que sus compatriotas de la British Mission. Cuando se enteraron de que estábamos en Moscú, acudieron a nuestro encuentro y tuvimos muchas charlas juntos. Las mentes más despejadas entre ellos eran dos anarquistas: Pestaña,[31] desde España, y Augustin Souchy, de Alemania, que representaban a los obreros anarcosindicalistas de sus respectivos países. Estos dos hombres estaban completamente con la Revolución y simpatizaban con los bolcheviques. Pero, no obstante, no eran del tipo al que se puede agasajar hasta que lo ve todo color de rosa. Llegaron para estudiar honestamente la situación, deseosos de obtener hechos de primera mano y de observar la Revolución en acción. Preguntaron, entre otras cosas, qué tal vivían nuestros camaradas

bajo el Estado comunista. Se habían filtrado todo tipo de rumores en Europa acerca de la persecución a los anarquistas y otros revolucionarios. Los camaradas en el extranjero, nos contaron, se habían negado a creer tales informes hasta que no hubieran escuchado nuestra opinión sobre el asunto. Habían solicitado que a través de Pestaña y Souchy les dijéramos algo sobre el estado real de las cosas. Sasha explicó que, desgraciadamente, los rumores no eran infundados. Había anarquistas, socialrevolucionarios de izquierda, obreros y campesinos en las cárceles soviéticas y en campos de detención, denunciados como bandidos y contrarrevolucionarios. Por supuesto que no lo eran, eran camaradas sinceros, la mayoría de los cuales habían participado activamente en los días de Octubre. Solo habíamos podido hacer algo por unos pocos. Probablemente los delegados anarcosindicalistas, en tanto representantes de importantes organizaciones de la izquierda obrera en el extranjero, tendrían más éxito ante las autoridades soviéticas. Debían insistir en su derecho a visitar las prisiones y hablar con los presos. Sasha también sugirió que los delegados solicitaran reparaciones para nuestra gente. Pero era aún reticente a hablar a los hombres sobre la situación general. Sus propias impresiones todavía no eran lo suficientemente claras; no podía decir nada definitivo y no quería influir en los delegados. Tendrían que verlo por sí mismos.

Yo pensaba diferente. Nuestros camaradas extranjeros eran representantes acreditados de organizaciones obreras militantes. No era concebible que fueran a usar nada de lo que yo les dijera en detrimento de la Revolución, como sí podrían hacerlo los periodistas. No tenía la intención de sesgarlos, pero tampoco creía que debiera ocultarles los hechos. Quería que al menos nuestros propios camaradas en Europa y América contemplaran el otro lado de la brillante medalla soviética. Souchy, Pestaña y un miembro británico de la I.W.W. escucharon atentamente mi narración, pero yo podía leer en sus rostros que eran tan escépticos como yo lo había sido ante Breshkovskaya, Bob Minor y el resto

de los amigos que me habían hablado de la situación real de Rusia. No los culpaba. Para los oprimidos del mundo, los bolcheviques se habían convertido en el sinónimo de la Revolución. Los revolucionarios de fuera de Rusia no podían asimilar fácilmente lo lejos que esto estaba de la verdad. Uno no suele aprender de la experiencia de los demás. No obstante no me arrepentía de haber hablado francamente a los delegados. Fueran cuales fueran sus propias impresiones, sabrían que yo no les había negado mi confianza.

Europa y América me parecían estar a décadas de distancia. Era muy gratificante acercarse a ellas por medio de nuestros visitantes extranjeros y enterarse por ellos de las actividades obreras anarquistas y revolucionarias fuera de Rusia. Ante la petición de los delegados de que enviara un mensaje a los obreros, contesté: «¡Que emulen el espíritu de sus hermanos rusos en la revolución que se avecina, pero no su fe ingenua en los líderes políticos, por muy fervientes que sean sus reivindicaciones y por muy rojas que sean sus proclamas! Solo eso podrá proteger a las futuras revoluciones de que se les amarre al Estado y se las esclavice de nuevo bajo el látigo burocrático».

En Moscú nos dieron una sorpresa enorme y bienvenida: la ocasión de conocer a la famosa María Spiridonovna y su amigo Kamkov, líderes de los socialrevolucionarios de izquierda. María vivía en la clandestinidad, disfrazada de campesina, y era necesario tomar muchas precauciones para que la Checa no se enterara de su paradero. Así que envió a un camarada de confianza para llevarnos a Sasha y a mí a su casa.

Spiridonovna ocupa uno de los lugares más destacados en la galaxia de mujeres heroicas rusas. Su ataque al general Lukhanovski, gobernador de la provincia de Tambov, había sido una hazaña extraordinaria para una chica de dieciocho años. María había espiado durante semanas los movimientos del hombre, y esperó con paciencia una oportunidad para golpear al infame verdugo de los campesinos. Cuando el tren que transportaba a Lukhanovski entró en la estación, María saltó al estribo y disparó sobre el gobernador

antes de que los guardias se dieran cuenta de lo que se proponía hacer. No menos notable había sido su comportamiento durante las torturas a las que se le había sometido tras su detención. La agarraron por los cabellos, le rasgaron la ropa y quemaron su carne desnuda con cigarrillos, le dejaron la cara destrozada a golpes, pero María Spiridonovna había guardado silencio y despreciado a sus torturadores. Cuando este método no consiguió obligarla a implicar a otros en su acción o quebrar su ánimo, se la encerró y se la condenó a muerte. La salvó una tremenda protesta en Europa y América, y su sentencia fue conmutada por el exilio en Siberia de por vida. Doce años después, las tornas de la historia habían cambiado. El zar Nicolás era arrojado de su trono y las víctimas del absolutismo, que se contaban por miles, regresaron en triunfo de sus mazmorras y del exilio. Entre ellas María Spiridonovna, cuyo calvario era bien conocido entre los radicales de todas partes. Su radiante personalidad me había inspirado y espoleado en mi trabajo en los Estados Unidos, y era una de las primeras personas a las que había deseado conocer al llegar a Rusia. Pero nadie parecía saber su paradero. Los comunistas a los que había preguntado, incluyendo Jack Reed, me dijeron que había sufrido un colapso nervioso y que se la estaba tratando en un sanatorio soviético. Solo cuando llegué a Moscú por primera vez me enteré, a través de los camaradas, de la vida y la lucha de María Spiridonovna a partir de su liberación de Siberia. Con la salud quebrantada por los tormentos que había sufrido, se negó no obstante a descansar. Rusia la necesitaba, y los campesinos a los que había entregado su joven vida la reclamaban. Ahora más que nunca la necesitaban, habiendo sido traicionados por Kerenski y su partido, que también fue el suyo y a cuyas órdenes había asesinado a Lukhanovski. El gobierno provisional socialrevolucionario estaba obligando a la gente a seguir con la matanza mundial, y María no quería tener nada que ver en ello.

Junto con el ala más radical del partido, que incluía a Kamkov, al doctor Steinberg, Trutovski Izmailovich, Kakhovskaya y otros, María

Spiridonovna organizó el Partido Social Revolucionario de Izquierda. Codo con codo con Lenin y sus camaradas, trabajaron para que se produjera el levantamiento de Octubre y así, involuntariamente, ayudaron a los bolcheviques a llegar al poder. Agradecido por el apoyo ardiente de Spiridonovna y sus camaradas, Lenin aprobó la elección que el Congreso Campesino había hecho de María como su presidenta, el nombramiento por parte de su propio partido del doctor Steinberg como comisario del pueblo para la Justicia y el de Trutovski como comisario para la Agricultura. Pero la ruptura con los bolcheviques ocurrió tras Brest-Litovsk, pues los socialrevolucionarios de izquierda consideraban que pactar con el káiser era una traición mortal a la Revolución. María fue la primera en negarse a seguir colaborando con los bolcheviques. Con su firme determinación, se volvió contra el gobierno comunista como lo había hecho con el régimen de Kerenski, y sus camaradas la siguieron. Y su martirio volvió a empezar. La detuvieron y encarcelaron en la prisión del Kremlin, se escapó, volvieron a detenerla y pasó más tiempo en la cárcel. Su influencia sobre los campesinos se mantenía e, incluso, aumentaba con la persecución. Los comunistas recurrieron a la explicación tan conveniente de que María se había vuelto loca y que debían contenerla.

En la sexta planta de un enorme edificio de apartamentos de Moscú, en un cuarto no mucho mayor que mi celda de la penitenciaría de Misuri, una anciana mujercita me abrazaba con ternura, sin pronunciar palabra. Era María Spiridonovna. Aunque solo tenía treinta y tres años, su cuerpo estaba ajado; el rostro chupado estaba enrojecido, los ojos febrilmente brillantes, pero su espíritu no había cambiado y aún era libre, aún habitaba en las alturas de su fe indomable. Cualquier cosa que hubiera dicho en ese momento habría sonado banal. No me decidía a hablar. Sus manos entre las mías tenían un efecto tranquilizador y el silencio que nos rodeaba era sosegado, como su tierno tacto. María habló y yo escuché. Durante tres

días, apenas sin interrupción, escuché con todos los nervios de punta. Su tono era calmo, la mente clara y la exposición aguda. Los hechos eran incontestables y documentados mediante cartas de campesinos de todos los lugares de Rusia. Recurrían a ella para que los iluminara en la enorme desgracia que había acontecido a su amada *Matushka Rossiya*. Habían creído en la Revolución como en la segunda llegada del Mesías. Se habían preparado para las bendiciones que prometía, para la liberación del suelo, para el amor, la paz y la fraternidad que traería. Ella sabía mejor que nadie, escribían, lo duro que habían trabajado y cuán fervientemente habían creído en el sagrado poder de la Revolución. Ahora todo estaba destrozado, sus esperanzas derrumbadas. Habían tomado la tierra de sus antiguos amos, pero ahora los nuevos jefes les robaban el producto, incluso las semillas para plantar de nuevo. Nada había cambiado excepto los métodos para robarlos. Antes eran los cosacos y la *nagaika*, ahora la Checa y los disparos. Los mismos apaleamientos y detenciones, la misma brutalidad despiadada y obsesiva. Todo seguía igual. No lo entendían, no lo comprendían y no había nadie que se lo pudiera explicar, nadie en cuya palabra confiaran. Aún la tenían a ella, a su ángel Marushka. Nunca les había engañado y ahora tenía que contarles si es que el nuevo Cristo también estaba siendo crucificado y si volvería a alzarse una vez más para redimir su tierra doliente.

María poseía montones de estos desahogos contritos, escritos en tiras de papel basto o en tela sucia y que le habían llegado clandestinamente, con muchas dificultades.

«Los bolcheviques sostienen que la confiscación ha sido una necesidad que les han impuesto los campesinos, que se niegan a alimentar a las ciudades», señalé. Nada de eso era cierto, me garantizó María. Era cierto que los campesinos se habían negado a tratar con el «centro» a través de sus comisarios. Tenían sus sóviets e insistían en que estos últimos estuvieran en contacto directo con los sóviets de los obreros. Habían entendido literalmente el significado y el fin de los sóviets, como siempre hace la

gente sencilla. Los sóviets eran el medio de mantenerse en contacto con los trabajadores urbanos y de intercambiar con ellos los productos necesarios. Cuando esto se les negó y además se disolvió su sóviet general y sus miembros fueron encarcelados, los campesinos se revolvieron en contra de la dictadura. Además, la recogida forzada de productos y la expedición de castigo contra las aldeas había irritado y puesto en contra a la población rural. Estos métodos no iban a funcionar con los campesinos. Lo que ellos decían era que Ilich podría exterminar a los campesinos, pero no conquistar al campesinado. «Tienen razón», comentó María, «porque Rusia es agrícola en un ochenta por ciento y es la espina dorsal del país. A Lenin le llevará un tiempo descubrir que será el campesino quien doblegue sus manos y no él las del campesino».

Durante todo su relato Spiridonovna no había dicho ni una palabra sobre sí misma, sobre su persecución, la enfermedad o sus necesidades. Sus manantiales desembocaban en el vasto mar de la humanidad, sentía yo, cada ola regresaba rauda a su corazón, que a todos abrazaba. No vi ninguna señal de una corriente personal que cruzara su marea universal hasta un poco antes de despedirnos, en el tercer día de nuestra visita.

Sasha había estado presente en nuestras sesiones, junto con Boris Kamkov. Este último, como su amiga María, se mostraba también tranquilo y contenido en su acusación de los males que los tres años de dictadura habían traído al campesinado. En ningún momento de nuestra estancia, ni con miradas ni mediante palabras, pareció que el hombre despertara en María emociones distintas de la de la solidaridad de un ideal común. Pero ahora Kamkov se marchaba de viaje al interior del país e insistía enfáticamente que no necesitaba nada para el viaje más que pan. No cogería nada de la ración de María. Alguien había traído huevos y cerezas y, mientras Kamkov hablaba con Sasha, María cogió furtivamente sus provisiones, envueltas en un pañuelito, y las metió en la bolsa de literatura que su amigo se llevaba. Se quedó a su lado, diminuta en comparación con

la altura y anchura de Kamkov. No habló, solo le miró a los ojos y suavemente rozó su mano blanca y delgada por la manga, apoyándose imperceptiblemente en él. Se marchaba en una misión peligrosa y María tenía la impresión de que no regresaría. Ningún poeta cantó nunca un amor tan grande y una nostalgia como la que expresaba ese gesto sencillo. Era hermoso y conmovedor más allá de las palabras y dejaba al desnudo, en un instante breve como un relámpago, la rica fuente de su alma.

Nuestro vagón pintado de rojo en una vía de servicio de la estación de ferrocarril de Moscú atrajo a muchas visitas, entre ellas Henry G. Alsberg y Albert Boni, que habían venido a Rusia. Ambos envidiaban nuestro viaje y querían venir con nosotros. De los dos hombres, a Sasha y a mí nos gustaba más Alsberg. Le dijimos que convenceríamos a los miembros de nuestra expedición de que le permitieran venir con nosotros si él conseguía las autorizaciones necesarias de las autoridades soviéticas.

El día de la partida, Alsberg se presentó con los permisos escritos de Zinoviev, de la Oficina de Asuntos Exteriores y de la Checa. El representante de la Checa en Asuntos Exteriores insistía en que Alsberg debía conseguir una visa adicional de la Checa local de Moscú. El secretario de Karajan (Asuntos Exteriores), bajo cuya jurisdicción se encontraba, le dijo que definitivamente no necesitaba ese visado suplementario y que Asuntos Exteriores «garantizaba» que no lo molestarían si se iba en la expedición. Alsberg dudaba, pero le animamos a arriesgarse sin el *propusks* de la checa de Moscú. Su pasaporte americano y el hecho de que representara a dos periódicos prosoviéticos deberían librarlo de dificultades graves. Nuestra secretaria consintió en que viniera y en el compartimento de Sasha había una litera sobrante. Con todo esto, se decidió a ser el séptimo miembro de nuestra compañía.

Nuestra estancia en Moscú había estado llena de sorpresas. La última se presentó una hora antes de nuestra partida. Un hombre se precipitó sin

aliento buscándonos. «Pero, E. G., ¿no me reconoces?», exclamó. «Soy Kranoschikiv, antes Tobinson, de Chicago. ¿Te has olvidado del moderador del mitin del Instituto Obrero, de tu colaborador y el de Sasha en la ciudad del viento?». Había cambiado tan completamente como Trotski. Parecía más alto y ancho, con porte orgulloso, pero sin la gravedad militar y la expresión desdeñosa del comisario del Ejército Rojo. Era, nos contó Tobinson-Krasnoschokov, presidente de la República del Lejano Oriente, y había venido a Moscú para una reunión muy importante de la ejecutiva del Partido. Había estado una semana en la ciudad, con muchas ganas de vernos, pero no pudo conseguir localizarnos hasta el último momento. Tenía muchas cosas de que hablar con nosotros y debíamos quedarnos unos días más para festejar nuestro reencuentro, insistía. Había viajado desde Siberia en su propio vagón, con muchas provisiones y un cocinero propio, y nos ofrecería nuestro primer banquete auténtico en la Rusia soviética. Krasnoschokov seguía siendo el mismo tipo libre y generoso que había sido en los Estados Unidos, pero no podíamos alterar nuestros planes y solo pudimos pasar unas horas con él.

Sasha seguía en la ciudad, haciendo recados de última hora, pero pronto volvería. Mientras tanto, Krasnochokov me entretenía con sus aventuras desde su llegada a Rusia. Se había convertido en el jefe ejecutivo de la República del Lejano Oriente. Bill Shatoff estaba también allí, así como otros anarquistas de América, trabajando con él. La libertad de expresión y de prensa reinaban en su parte de Rusia, me garantizó, y allí tendríamos todas las ocasiones posibles para la propaganda. Sasha y yo teníamos que ir, insistía. Necesitaba nuestra ayuda y podríamos contar con la suya. Shatoff estaba haciendo un gran trabajo como comisario de Ferrocarriles y le había conminado a no regresar sin nosotros. «Libertad de expresión y de prensa, ¿y qué opina Moscú de eso?», le pregunté. La situación era distinta en aquella tierra lejana, explicó Krasnoschokov, y le habían dejado las manos libres. Los anarquistas, los socialrevolucionarios de izquierda e incluso los

mencheviques estaban cooperando con él, y él estaba demostrando que la libre expresión y el trabajo en equipo daban los mejores resultados.

Un cuadro encantador, sin duda, le comenté, y que me gustaría ver con mis propios ojos. Tal vez cuando hubiéramos terminado nuestra gira podría convencer al museo de enviar nuestra expedición a Siberia. Enseguida llegó Sasha y de nuevo hubo muestras de regocijo. Pero, desgraciadamente, cortas. Nuestro visitante se resistía a dejarnos ir y tuvimos que prometerle solemnemente que le diríamos cuándo podíamos ir a su República del Lejano Oriente. Él nos facilitaría el viaje y nos prometía toda la libertad que quisiéramos y carros y carretas de material para el museo.

Nuestra primera parada importante era Jarkov. Parecía un lugar próspero en comparación con Moscú y Petrogrado. La gente, bellos especímenes de la humanidad, parecía bien alimentada y relajada a pesar de las numerosas invasiones, cambios de gobierno y saqueos que había experimentado la ciudad. Solo era evidente la escasez de ropa de vestir, especialmente zapatos, sombreros y medias. Hombres, mujeres y niños llevaban las piernas al aire, algunos vestían unas sandalias extravagantes hechas de madera y paja. Las mujeres llevaban atuendos especialmente incongruentes, con vestidos de batista y el lino más fino, encajes hechos a mano y pañuelos multicolores. Predominaban los trajes nativos de brillantes bordados, presentando así un espectáculo muy agradable, después de la monotonía de las calles de Moscú. ¡Y la gente! Nunca había visto tanta belleza reunida en un solo lugar. Los hombres de pelo y barba oscura, la piel de bronce, con ojos soñadores y dientes relucientes. Las mujeres con espesas matas de pelo, cutis estupendo y hechiceros ojos negros. Parecían una raza totalmente distinta a la de sus hermanos del norte.

Los mercados eran los principales lugares de reunión y el centro de atracción. Los puestos se extendían a lo largo de manzanas, repletos de fruta, vegetales, mantequilla y otros víveres. Ya no creíamos que una

abundancia así pudiera existir en Rusia. Alguna de las mesas estaban llenas de juguetes de madera tallada y pintada, montañas de ellos, con formas y dibujos curiosos. Mi corazón penaba por los niños de Petrogrado y de Moscú, con sus muñecas rotas y deformadas y las baqueteadas monstruosidades de madera que llamaban corceles cosacos. Por dos dólares en papel moneda de Kerenski me llevé un montón de juguetes preciosos. Sabía que la alegría que les daría a los chiquillos de Petrogrado superaría todo valor monetario.

Llevar algo a otra ciudad sin un permiso especial se consideraba especulación y se trataba como un delito contrarrevolucionario, a menudo sometido a la «pena suprema», es decir, la muerte. Ni Sasha ni yo veíamos ninguna lógica o justicia, por no hablar de la necesidad revolucionaria, en una prohibición así. Estábamos de acuerdo en que especular con la comida era criminal. Pero era absurdo decretar que cualquiera que intentara llevar medio saco de patatas o una libra de tocino a su familia era un especulador. Lejos de merecer un castigo, argumentábamos, deberían alegrarse de que las masas rusas aún conservaran una indomable voluntad de vivir. Ahí era únicamente donde estaba la esperanza de Rusia, más que en la sumisión muda a una muerte lenta por desnutrición.

Mucho antes de que iniciáramos la expedición habíamos acordado que, si era justo importar documentos polvorientos para los historiadores del futuro, no podía ser injusto traer algunas provisiones para aliviar la necesidad presente, especialmente para nuestros amigos enfermos. La abundancia de comida en los mercados de Jarkov nos decidió más aún a almacenar provisiones en nuestro viaje de regreso. Solo lamentábamos no poder llevar con nosotros suficiente comida como para alimentar a cada hombre, mujer y niño de las ciudades afectadas.

En Moscú ya hacía mucho calor, pero Jarkov ardía, y la estación de tren estaba a millas de distancia de la ciudad. Era físicamente imposible pasar el día recogiendo material y después regresar al vagón para comer. Los

camaradas de la ciudad me ayudaron a encontrar una habitación donde también podía preparar la comida para nuestra secretaria, Alexandra Shakol, para Henry Alsberg, para Sasha y para mí. En tanto corresponsal prosoviético, Henry no tuvo dificultades para conseguir un cuarto e invitó a Sasha a compartirlo. Shakol prefería dormir en el vagón. La pareja rusa se las apañó por su cuenta, porque tenía amigos en la ciudad, y a nuestro miembro comunista le tomaron a su cargo sus camaradas del partido. Tras finalizar estos arreglos, nos pusimos a trabajar. A cada miembro se le asignó cubrir determinadas instituciones soviéticas. La tarea de Sasha era visitar las organizaciones obreras, revolucionarias y cooperativas; las mías incluían los departamentos de educación y bienestar.

Nuestro recibimiento en esas instituciones fue cualquier cosa menos cordial. No es que los funcionarios fueran abiertamente desagradables, pero se podía notar la frigidez de sus gestos. Me preguntaba cuál podía ser la causa, hasta que Sasha me recordó el resentimiento que sentían los comunistas ucranianos contra Moscú por haberlos privado de la autodeterminación de sus asuntos locales. En nuestra misión veían una nueva imposición del centro. Aunque no se atrevían a ignorar las órdenes de Moscú, podían sin embargo sabotear nuestro trabajo. Entonces decidimos recurrir a nuestro viejo talismán, enfatizando que éramos *tovarishtchy* de América en una gira para estudiar los logros revolucionarios de Ucrania con la idea de escribir un libro. El cambio fue instantáneo. Por muy ocupados que estuvieran los funcionarios, dejaban de lado lo que estaban haciendo, se deshacían en sonrisas y nos proporcionaban la información que necesitábamos, y nos mandaban a casa con pilas de material. De esa forma logramos ver y aprender mucho más sobre los métodos y efectos de la dictadura en Ucrania de lo que hubiera sido posible de cualquier otro modo. Pudimos recoger más que los miembros rusos de nuestra expedición, incluyendo al comunista del grupo.

Al pobre chico sus camaradas del sur lo trataban de manera abominable. Se negaban a proporcionarle datos o documentos. Moscú ya estaba bastante sobre ellos, le decían, dirigiendo cada movimiento. No iban a dejar encima que el centro les arrebatara su riqueza histórica.

El lado divertido de esta riña familiar era que, cuando nos topábamos con alguna institución mal dirigida o con asuntos que pintaban mal, los ucranianos lo disculpaban por la interferencia de Moscú. Por otra parte, si el comunista encargado procedía del centro, argüía que los ucranianos estaban saboteando el trabajo de Moscú, porque todos eran antisemitas y estaban obsesionados con que casi todo el Partido Comunista del norte estaba compuesto por judíos. Entre los dos, no nos fue difícil entender los hechos de la situación y la causa real del extendido antagonismo hacia Moscú.

Un ingeniero ruso, que acababa de regresar de la cuenca del Don y a quien conocimos en Jarkov, nos iluminó bastante sobre la situación ucraniana. Era idiota echar toda la culpa de la situación a Moscú, decía. Los comunistas del sur no difieren en nada de los seguidores de Lenin en el norte en lo que a sus métodos dictatoriales se refiere. Incluso su despotismo era más irresponsable en Ucrania que en cualquier otro lugar de Rusia. Su experiencia en las minas le había confirmado su despiadada persecución de aquellos miembros de la *intelligentsia* que no fueran proclives a cooperar con ellos. En cuanto a su ineficacia e inhumanidad, una visita a las cárceles y a los campos de concentración nos convencería como le convenció a él. Solo se diferenciaban en una cosa de sus camaradas del norte: no apostaban en absoluto por la inminencia de la revolución mundial y no les interesaba ni eso, ni la Internacional Proletaria. Todo lo que querían era tener su propio Estado comunista independiente y mandar en ucraniano en lugar de en ruso. Esa era la razón fundamental de su desacuerdo con Moscú, pensaba él.

Le pregunté sobre los sentimientos antisemitas en Ucrania. El ingeniero admitió que eran generalizados, aunque no fuera cierto que todos los comunistas ucranianos estuvieran en contra de los judíos. Conocía muchos

bolcheviques libres de prejuicios raciales. En cualquier caso, era injusto por parte de los comunistas del norte acusar a sus hermanos ucranianos de antisemitismo, pues ellos bien sabían lo predominante que era ese sentimiento en sus propias filas, sobre todo en el Ejército Rojo. Moscú estaba intentando reprimirlo con mano de hierro, aunque no lograba del todo prevenir estallidos antijudíos a pequeña escala. En Ucrania, hasta el momento, los únicos responsables de los pogromos habían sido los blancos. Si las fuerzas rojas ucranianas eran capaces de lidiar con ese mal y estaban dispuestas a ello, eso era algo que estaba aún por ver.

Decidimos visitar la cárcel local y el campo de detenidos. Sin embargo, nos encontramos con la dura oposición de la mujer superintendente a cargo de la Inspección de Obreros y Campesinos, una especie de superguardia recientemente instituida por encima de las demás inspecciones de maltrato en las instituciones soviéticas. Como los campos de concentración y las cárceles estaban bajo su jurisdicción, le presentamos a ella nuestras credenciales. Arrugó el ceño. Las condiciones de las cárceles en Jarkov eran un asunto de las autoridades locales y de nadie más, declaró categóricamente. Decepcionados, salimos de su oficina y nos encontramos por el camino a un hombre que se presentó él mismo como el *tovarishtch* Dibenko, el marido de Alexandra Kolontái. Ella le había hablado de mí, me explicó, y le gustaría sernos de ayuda. Nos pidió que le esperáramos mientras él hablaba del asunto con la superintendente. Evidentemente tenía mano con ella, porque enseguida regresó bastante ablandada. No sabía que éramos *tovarishtchy* americanos tan conocidos, nos dijo, y por supuesto podíamos visitar la cárcel y los campos. Nos llevaría inmediatamente en su automóvil.

Ambas instituciones penales confirmaban la afirmación de nuestro conocido ingeniero en lo que se refiere a la gestión y despotismo de los comunistas ucranianos. El campo, llamado *kantslager*, ocupaba un viejo

edificio sin ninguna dotación higiénica y con la mitad del espacio necesario para sus mil internos. Los dormitorios, superpoblados y malolientes, estaban vacíos excepto por unos tableros anchos que hacían de camas y que tenían que compartirse entre dos y a veces tres personas. Durante el día debían sentarse en el suelo e incluso hacer sus comidas en esa postura. Los sacaban por grupos al patio durante una hora, el resto del tiempo tenían que quedarse dentro sin ninguna actividad para ocupar su tiempo o sus mentes. Sus delitos iban desde el sabotaje a la especulación y todos eran contrarrevolucionarios, nos avisó nuestra hosca guía. «¿No podría encontrarse alguna actividad útil para los presos?», le pregunté. «No hay tiempo para esas monerías burguesas con los enemigos de la Revolución», contestó. «Cuando se liquiden los frentes, los expulsaremos a donde no puedan hacer más daño».

Las cárceles políticas de los zaristas funcionaban de nuevo a toda marcha. A aquellos que osaban cuestionar el poder de los gobernantes, ya fueran de origen divino o autoproclamado, se les capturaba entonces como ahora. El viejo régimen seguía allí, la mayoría de los antiguos guardas eran ahora vigilantes. Durante nuestra inspección nos paramos ante dos puertas cerradas. Como las otras estaban abiertas preguntamos la razón. Nuestra acompañante al principio se mostraba evasiva. Le señalamos que a los investigadores penales en América se les suele enseñar únicamente las cosas más obvias, y que después se ponían a escribir sobre criminología como si fueran expertos. Pero que nosotros no podíamos consentir esa trivialidad. Finalmente, la superintendente consintió en hacer una excepción en nuestro caso. Entenderíamos, sin duda, esperaba, que tras todas las medidas de la Rusia soviética, incluyendo el régimen penitenciario, existía una necesidad revolucionaria. Los ocupantes de las celdas cerradas eran peligrosos criminales, nos aseguró. Ambos, una mujer miembro del ejército bandido revolucionario de Majno y el hombre que ocupaba la celda adyacente, habían sido sorprendidos en un complot contrarrevolucionario.

Ambos se merecían el trato más severo y la pena suprema. No obstante ella había ordenado que se les abriera la celda durante algunas horas al día y les había dado permiso al resto de los presos para hablar con ellos en presencia de un vigilante.

La *majnova*, una campesina anciana, estaba acurrucada en la esquina de su celda como una liebre asustada. Pestañeó estúpidamente cuando se abrió la puerta. Repentinamente se arrojó ante mí y gritó: «¡*Barinya*, sácame de aquí, no sé nada, no sé nada!». Traté de calmarla y que me hablara de su caso. Tal vez pudiera ayudarla, le animé. Pero estaba frenética, gimiendo lastimeramente que no sabía nada de Majno. En el pasillo le dije a nuestra guía que parecía absurdo pensar que esta vieja criatura idiotizada fuera peligrosa para la Revolución. Estaba medio enloquecida por el aislamiento y el miedo a la ejecución y, si se le mantenía mucho más tiempo encerrada, se volvería loca del todo. «Eso es mero sentimentalismo de tu parte», me regañó la guía. «Vivimos en un periodo revolucionario, con enemigos por todas partes».

El hombre de la celda contigua estaba sentado en un taburete bajo, con la cabeza gacha. Con una sacudida repentina volvió sus ojos hacia la puerta, con la mirada de una presa que espera que la cacen. Con la misma rapidez se recompuso, su cuerpo se puso firme y su mirada se clavó en nuestra guía con un desprecio concentrado. Dos palabras, no más audibles que un suspiro, pero de efecto petrificante, rompieron el silencio. «¡Canallas! ¡Asesinos!». Me invadió la horrible sensación de que pensaba que éramos funcionarios. Di un paso hacia él para explicarme, pero me dio la espalda y se quedó allí erecto e imponente, más allá de mi alcance. Con un peso en el corazón seguí a mis compañeros hasta el pasillo.

Sasha no había dicho nada, pero yo sentía que estaba tan afectado como yo. Recorría los pasillos con aparente despreocupación: su objetivo era encontrar a un joven anarquista encarcelado en ese lugar, como le habían

informado confidencialmente. A mí me retenía la superintendente, que se explayaba sobre mis simpatías burguesas.

La dejé hablar para darle a Sasha la oportunidad de hacer su búsqueda. Mis pensamientos se quedaron con los dos presos que acababa de ver. Sabía qué destino les aguardaba. El hombre especialmente había demostrado orgullo e independencia. Dónde estaban los míos, ponderé, cuando aún me aferraba a la cáscara cuyo núcleo ya sabía que estaba comido de parte a parte por los gusanos.

Cuando me quedé a solas con Sasha, me enteré de que nuestro camarada preso se había comunicado con él. La dirigente de la Inspección de Obreros y Campesinos era una antigua chequista y trataba de dirigir la prisión a la manera chequista habitual. Había introducido las restricciones más severas, entre ellas el confinamiento aislado para los presos políticos. Los reclusos buscaban un cambio sin recurrir a métodos drásticos. Pero cuando la mujer campesina medio idiota y el hombre condenado a muerte fueron aislados del resto y encerrados bajo llave, toda la cárcel protestó. A esto le siguió una huelga de hambre. Aunque no trajo los resultados deseados, consiguió abrir las celdas de los dos compañeros reclusos durante parte del día. Se estaba planeando otra huelga de hambre en un futuro próximo para forzar un cambio en el régimen despótico.

Entendí la expresión aterrorizada en la cara del hombre y el odio de su grito: «¡Canallas! ¡Asesinos!». Se le estaba manteniendo en aislamiento antes de su ejecución, todo el rato esperando el momento en el que el tiro fatal silenciaría el latido de su corazón. ¿Podía cualquier «necesidad revolucionaria» explicar una crueldad tan refinada? Si yo hubiera llegado a Rusia durante los días de Octubre, habría quizás encontrado la respuesta o un final adecuado a mi pasado, pensé. Ahora me sentía atrapada en un bucle que cada día me estrangulaba más.

La gente que menos entendía mis tribulaciones eran mis propios camaradas en Jarkov. La mayoría de ellos venían de América y habían

participado en mis actividades allí, entre ellos Joseph y Leah Goodman, Aaron y Fanya Baron, Fleshin y otros. Fleshin había trabajado con nosotros en *Mother Earth* y me conocía mejor. Todos los camaradas de Jarkov, con la heroica personalidad de Olga Taratuta a la cabeza, habían servido a la Revolución, habían luchado en sus frentes, soportado el castigo de los blancos y la persecución y la cárcel por parte de los bolcheviques. Nada de eso había podido hacer temblar su ardor revolucionario y su fe anarquista. No habían tenido vacilaciones dolorosas, dudas torturadoras, cuestiones imposibles de responder. Estaban escandalizados de verme tan indecisa. Siempre había estado muy segura de mí misma, decían, inquebrantable en todos los frentes. Y en Rusia, donde se me necesitaba tanto, parecía haber perdido el pulso. Y Sasha, siempre tan lúcido y resuelto, ¿por qué no se unía a ellos al menos en las tareas de organización y propaganda en lugar de perder sus energías recogiendo pergaminos viejos?

Nuestra llegada a Rusia había supuesto un gran acicate para ellos, nos contaban. Estaban seguros de que continuaríamos en suelo soviético el trabajo que habíamos efectuado con tanta energía en los Estados Unidos. Sabían, por supuesto, que no abdicaríamos de nuestra fe en los bolcheviques hasta que estuviéramos convencidos de que se habían retractado de sus proclamas revolucionarias. Por eso Joseph y Aaron Baron habían sido enviados a Petrogrado por su organización, el Nabat, a riesgo de su vida, en un intento de contactarnos allí. ¿La historia de cómo los bolcheviques habían castrado a la Revolución no bastaba para convencernos? ¿Su persecución de los anarquistas, la perfidia y doble juego en lo que se refería a Néstor Majno? ¿No demostraron con pruebas que la dictadura había traicionado el espíritu mismo de la Revolución? Seguramente habíamos visto y oído suficiente como para decidir dónde estábamos en relación al Estado comunista.

Efectivamente, Aaron Baron y Joseph nos habían visitado en Petrogrado. Llegaron en secreto, ambos habían sido declarados forajidos por los

bolcheviques. Durante dos semanas nos tuvieron pendientes de sus palabras mientras nos describían con detalle las condiciones y las causas que gradualmente habían convertido a los comunistas en traidores a la Revolución. Pero aquellos que nos conocían no podían esperar de nosotros que renunciáramos a nuestra creencia en la integridad revolucionaria de hombres como Lenin, Trotski y sus colaboradores por su equivocada política hacia Majno o incluso hacia nuestros propios camaradas. Nuestra gente de Jarkov estaba dispuesta a conceder que se habían apresurado mucho en sus expectativas. Pero ahora, argumentaban, después de ocho meses en la Rusia soviética, con todas las oportunidades de las que habíamos disfrutado para conocer la situación de primera mano, ¿por qué dudábamos aún? Nuestro movimiento nos necesitaba. El campo era amplio y prometedor. Podríamos fácilmente organizar a los anarquistas de Ucrania en un cuerpo fuerte y federado que llegara a los obreros y a los campesinos mediante la propaganda; a estos últimos, en especial, a través de la ayuda de Néstor Majno. Conocía a los campesinos y ellos confiaban en él. Había animado repetidamente a los anarquistas de todo el país a aprovechar las posibilidades propagandísticas que ofrecía el sur. Pondría todo lo necesario a nuestra disposición, incluyendo fondos, una imprenta, papel y mensajeros, insistían los camaradas, suplicando que decidiéramos rápidamente.

Si me decidía a hacer activismo en Rusia, expliqué, el apoyo de Majno me seduciría tan poco como la oferta de ayuda de Lenin a través de la Tercera Internacional. No estaba negando los servicios de Majno a la Revolución en la lucha contra las fuerzas blancas, ni el hecho de que su ejército de *povstantsy* fuera un movimiento de masas espontáneo de los trabajadores. No creía, sin embargo, que el anarquismo tuviera nada que ganar con la actividad militar o que nuestra propaganda debiera depender de los despojos militares o políticos. Pero esa no era la cuestión. No estaba en posición de unirme a su trabajo, ni era ya cuestión de los bolcheviques. Estaba dispuesta a admitir francamente que me había equivocado

gravosamente cuando había defendido a Lenin y a su partido como los verdaderos defensores de la Revolución. Pero no me implicaría en una oposición activa contra ellos mientras Rusia siguiera estando atacada por enemigos externos. Ya no me engañaban sus máscaras, pero mi problema era mucho más profundo. Era la revolución misma. Sus manifestaciones eran tan completamente diversas de lo que había concebido y propagado como revolución que ya no sabía qué era lo correcto. Mis antiguos valores habían naufragado y me sentía como si me hubieran arrojado por la borda y fuera cuestión de nadar o morir. Todo lo que podía hacer era intentar mantener la cabeza fuera del agua y confiar en que el tiempo me arrastrara a una orilla segura.

Fleshin y Mark Mratchni, los camaradas más inteligentes que me encontré en Jarkov, comprendieron mis dificultades y apoyaron mi postura de negarme a guiar a otros cuando yo misma me había perdido. El resto del grupo Nabat estaba decepcionado e indignado. Se negaron a reconocer a la Emma Goldman de su concepción americana en esta pálida imagen presente. Se volvieron hacia Sasha con mayores expectativas. Sabían que él nunca dudaría de la Revolución, por muchas exigencias que esta le planteara. Siempre había sido mejor conspirador que yo y vería las grandes ventajas de trabajar con Majno o, al menos, de aceptar su cooperación. Joseph y Leah, una gente adorable y auténtica, estaban especialmente empeñados en ganar a Sasha para sus planes. Se les unió después Fanya Baron, que acababa de llegar del campamento de Majno con una invitación para nosotros. ¿Vendríamos? Ella nos guiaría con toda seguridad. «¿Vendrás?», me preguntó Sasha. Si él insistía en ir, yo le acompañaría, le dije; bajo ninguna circunstancia le dejaría enfrentarse solo a tal peligro. Pero ¿qué pasaba con la expedición? Habíamos dado nuestra palabra de permanecer en ella hasta el final y él había asumido la mayor parte de las responsabilidades de la iniciativa. ¿Podríamos renunciar a ello? En la primera emoción ante la posibilidad de llegar hasta Majno y su ejército

povstantsy, Sasha no se había acordado del museo y de la expedición. «Una promesa es una promesa», declaró. «Tenemos que quedarnos, tal vez encontremos otra ocasión de conocer al líder campesino».

Nuestra estancia en Jarkov acabó bruscamente. La secretaria se enteró de que corríamos el peligro de que la ejecutiva del Partido nos requisara el material y no lo dejara salir de Ucrania. La mera posibilidad bastaba. Esa misma noche nos las apañamos para enganchar nuestro vagón a un tren que se dirigía a Poltava y salimos dando bandazos.

Nosotros, americanos malcriados por la velocidad, podíamos burlarnos y resoplar ante la lentitud del viaje, pero para la humanidad congestionada en cada estación de tren de Rusia, que esperaba días e incluso semanas para subir a un tren, el paso de tortuga era una gran ventaja. Era un espectáculo lamentable, esa gente harapienta, cargada de bultos, agotada, que gritaba, maldecía y se caían unos sobre otros en la loca refriega por engancharse al tren. Empujados, a menudo por la culata del fusil de un soldado, no una vez sino varias, lo intentaban dócilmente una y otra vez hasta que conseguían colgarse de la barandilla o de la escalera. Era un infierno esperando la mano magistral de un Dante ruso.

Tener un vagón entero, ocupado únicamente por ocho personas incluyendo el portero, rodeados de cientos de personas clamando por un hueco en el estribo o en el techo o incluso en los amortiguadores, no era una situación cómoda. Pero no podíamos hacer nada para ayudar. Aparte del peligro inminente de las infecciones tifoideas, pues la gente estaba comida por los microbios, no podíamos admitir a nadie en nuestro vagón debido al material valioso que transportábamos. El robo, tanto en las altas como en las bajas esferas, no era un fenómeno novedoso en Rusia. Años de desintegración y miseria habían ampliado su rango y perfeccionado su destreza. No podíamos aspirar a proteger nuestra colección o cualquier otro objeto del vagón contra tal maestría. Que no podíamos meter a nadie de la multitud doliente en el vagón estaba claro. Pero podríamos dejar que

algunas mujeres y niños se montaran en el estribo, sugerí. Los judíos de nuestra compañía aceptaron el plan, los gentiles se opusieron. La pareja rusa se había mostrado muy desagradable desde el principio. Parecía que su misión particular fuera aportar una nota discordante. Shakol era eslava hasta los tuétanos, ora desbordando compasión y simpatía por sus semejantes, ora hablando como la dama de una mansión feudal. No podía soportar tan cerca a esas criaturas infectas, decía, y tenía un miedo mortal a coger el tifus o cualquier otra enfermedad peligrosa. No podía arriesgarse a otra infección. La pobre muchacha estaba viva por los pelos y no podía culparla. Le prometí fregar y desinfectar los estribos cada mañana, pero eso no fue tan convincente como la suavidad de Sasha. Era la especialidad de mi viejo amigo conducir suavemente a la gente adonde él quería y hacerles creer que ellos se morían por ir precisamente allí. Con Shakol de nuestra parte, pudimos hacer prevalecer nuestra postura.

Todo en la vida es relativo y su valor depende de la necesidad de cada uno. Los estribos de nuestro vagón eran más codiciados que los palacios. Ofrecían a unas pocas criaturas la seguridad de una noche protegidas del viento y del hollín candente y evitaba que se cayeran del tejado, algo que ocurría muy a menudo por el camino. La vida era barata y la gente estaba demasiado preocupada por sus propios problemas como para que cosas así les inquietaran. Nadie sabía si sería el siguiente y a nadie le importaba. Una vez aplastados por los soldados en el lugar más ínfimo del tren, no miraban ni hacia delante ni hacia atrás. Solo poseían el momento presente y se aferraban a él con avaricia. Rápidamente olvidaban sus lágrimas, sus maldiciones y sus gritos. Se sentían de nuevo sociables y capaces de reír y bromear. Una vez más podían sacar sus canciones y su rica imaginería. ¡Qué pueblo! ¡Qué cambios caleidoscópicos de ánimo!

Nuestras credenciales del centro fueron acogidas en Poltava más favorablemente que en Jarkov. El secretario del Revkom (comité revolucionario que operaba como gobierno local) nos recibió con agrado y

nos dio *carte blanche* para todos los departamentos soviéticos. Con esa ayuda, nuestra expedición no tuvo dificultades para recolectar una buena cosecha de material. Este incluía una enorme cantidad de documentos contrarrevolucionarios que habían dejado allí las distintas bandas armadas y ejércitos que habían invadido Poltava, hasta que finalmente fueron derrotadas por las fuerzas rojas. Registros, decretos, manifiestos, símbolos militares y un surtido de armas curiosas fueron desenterradas por nuestra secretaria y por Sasha, y acarreadas triunfalmente hasta nuestro vagón.

Junto con Henry Alsberg hice unas visitas de inspección. Henry quería entrevistar a los principales funcionarios soviéticos locales, así como a gente ajena al Partido Comunista. Me invitó a ser su intérprete y acepté encantada.

Era bastante curioso que Poltava no exhibiera apenas rastros físicos de los numerosos invasores. Apenas habían dañado los edificios y los parques. Los majestuosos árboles seguían en su lugar, contemplando con desprecio desde las alturas a esa cosita miserable llamada hombre. Había profusión de flores, rodeadas de retazos de vegetación, sin guardas armados o ni siquiera una valla que las protegiera de los saqueadores. Tras las tristes escenas de nuestro viaje desde Jarkov, la vista de los tesoros de la naturaleza y el caminar por las callejuelas en sombra era el paraíso.

Las instituciones soviéticas no presentaban demasiado interés. Funcionaban según el modelo, se gestionaban en conformidad con las ideas fijas establecidas y según la fórmula de Moscú. Las entrevistas oficiales no aportaron ninguna nota nueva. Nos dio tiempo de observar la parte tabú de la población. Sin pretenderlo, nos topamos con dos personas de esa clase y, con su ayuda, conocimos a un grupo más amplio al que unía su destino común, si bien tenían ideas muy distintas. Nuestro descubrimiento fueron dos mujeres, una de ellas la hija de Vladimir Korolenko, el último de la vieja escuela de escritores rusos. La otra era la jefa de la organización Save the Children, fundada en 1914 y que había proseguido su labor durante

todas las vicisitudes de estos años. Nos invitaron a sus casas, donde nos pusimos en contacto con otros integrantes de sus círculos. Pertenecían a la vieja *intelligentsia* radical que se había volcado siempre en iluminar y aliviar a las masas rusas. No podían acomodarse a la dictadura, admitieron con franqueza, ni tampoco estaban comprometidas activamente en su contra. De hecho, cooperaban económicamente con los bolcheviques y trabajaban en los departamentos de bienestar social. No obstante, se las perseguía en tanto *sabotazhniky,* y la asociación Save the Children había sido repetidamente objeto de redadas por parte de las autoridades, que la consideraban un organismo contrarrevolucionario. Esto a pesar del permiso expreso de Lunacharski para que prosiguieran su labor.

Henry señaló a nuestras anfitrionas que, por mucho que se pudiera decir en contra de los bolcheviques, no se les podía acusar de haber descuidado a los niños. Estaban haciendo mucho más en esa dirección que lo que se hacía en ningún otro país. ¿Por qué, entonces, la necesidad de asociaciones de beneficencia privadas? Nuestras anfitrionas sonrieron con tristeza. No tenían intención, dijeron, de menospreciar la sinceridad de los bolcheviques en lo que se refería a los niños. Habían hecho mucho por ellos y sin duda harían aún más. Pero eso solo se aplicaba, sin embargo, a una clase privilegiada de niños. Los indigentes habían incrementado peligrosamente su número y aumentaban constantemente por miles. La prostitución, las enfermedades venéreas y todo tipo de criminalidad aumentaban entre los niños de cada vez más tierna edad y había embarazos frecuentes entre las chicas de diez y de ocho años. Los comunistas más implicados eran conscientes de que este azote no se curaría mediante decretos políticos o la Checa. Había que abordarlo desde otros ángulos y con medios diferentes. Agradecían la cooperación de Save the Children. Lunacharski, por ejemplo, les había ayudado generosamente. El problema lo tenían con las autoridades locales, a las que no les importaba nada Lunacharski y su lúcido punto de

vista. Ellos veían a cualquier no partisano inteligente como un traidor, real o potencial, y como tal lo trataban.

El espíritu magnífico que tan a menudo había encontrado en los elementos acosados y odiados se manifestaba también en la señorita Korolenko y sus colegas. No pedían nada para sí mismas, pero me suplicaban que intercediera ante Lunacharski a favor de su trabajo y de los niños bajo su cuidado. La artesanía de los jóvenes de la asociación consistía en juguetes hechos de papel usado, trapos, paja e incluso zapatos desechados. Era una colección única de animales, muñecas y seres fantásticos, especímenes que las mujeres nos regalaron «para los niños de América». Les aseguré que serían mucho más apreciados por mis jóvenes amigos hambrientos de juguetes en Petrogrado.

Vladimir Korolenko estaba convaleciendo tras una grave enfermedad y no recibía visitas. Su hija nos prometió, sin embargo, que hablaría a su padre de nosotros y nos invitaría a casa de sus padres al día siguiente.

Por la tarde visité a la señora X, directora de la Cruz Roja Política. En el pasado, la organización había estado ayudando a las víctimas políticas de los Romanov. Me interesaba saber qué se les permitía hacer en el nuevo régimen. La señora X era una mujer muy bella, con un cabello largo y blanco como la nieve y unos ojos azules llenos de ternura. Era un modelo de lo mejor de los viejos idealistas rusos, que apenas se veía ya. Calidez, generosidad y una hospitalidad exquisita habían sido sus características y mi anfitriona no había perdido ninguna de esas cualidades, aunque había pasado por todos los estadios de la pobreza desde 1914. Era una tarde calurosa y nos sentamos en el pequeño porche, con el samovar borboteando entre nosotras. La luna brillante y el carbón centelleante de la enorme tetera añadían romanticismo a la escena. Pero nuestra conversación versó sobre la realidad rusa, sobre los desgraciados que llenaban las mazmorras del zar y los lugares del exilio. Las actividades de su grupo estaban ahora más limitadas, me contó la anciana señora. Cada vez se circunscribían más y las

acosaban con miles de dificultades por razones que en el pasado no habían existido. La dictadura y la persecución de todo aquel remotamente sospechoso de desacuerdo con el régimen privaba a los presos políticos de su antiguo estatus ético y de la alta estima que habían disfrutado incluso entre los círculos más reaccionarios. Ahora se los denunciaba como bandidos, contrarrevolucionarios y enemigos del pueblo. La gente en general, desprovista de cualquier forma de verificar las terribles acusaciones, creía las imputaciones que hacían los bolcheviques. El nuevo régimen había por lo tanto llegado más lejos que el antiguo, señalando a la flor de Rusia con la marca de Caín y alienándolos de la estima popular. «Considero que ese es el crimen más horrendo de los bolcheviques, más reprobable incluso desde su propio punto de vista de la supuesta necesidad revolucionaria», me dijo amargamente la señora X. La Cruz Roja ahora estaba obligada a trabajar en dos frentes, continuó: uno, ayudar materialmente a los presos políticos y protegerles de la muerte por desnutrición, y el otro, despejar las crueles mentiras que se propagaban acerca de ellos. Era la tarea más difícil, pues era del todo punto imposible llegar hasta la opinión pública. El menor intento de aclararle a la gente el asunto se consideraba contrarrevolucionario y tendría como resultado la completa supresión de la organización y la detención de cualquiera relacionado con ella. Otro obstáculo radicaba en la desorganización generalizada de los ferrocarriles y demás medios de comunicación, lo que hacía muy difícil visitar a los presos políticos o mantenerse en contacto con ellos. A los idealistas de la Rusia bolchevique se les negaba lo más vital, algo incluso más importante que la comida: el ánimo y la inspiración de sus colegas en libertad. Eso era lo que peor llevaban ellos, concluyó mi anfitriona.

Le relaté mi enorme escándalo cuando me enteré de los métodos jesuíticos a los que recurrían los bolcheviques para acabar con sus adversarios y mi prolongada lucha interior que había mantenido por no

querer dar crédito a dichas artimañas. Le conté mi entrevista con Lenin y su afirmación de que únicamente bandidos y contrarrevolucionarios estaban en la cárcel. Parecía increíble que un hombre de su estatura mental recurriera a falsedades más que despreciables para justificar sus métodos. La señora X negó con la cabeza. Parecía que yo no estaba al tanto de las maneras habituales de Lenin. En sus primeros escritos se podía leer que durante años había defendido y abogado por estos métodos de ataque de sus adversarios políticos, métodos que «consigan que se les aborrezca y se les odie como si fueran las criaturas más viles». Había empleado esas tácticas cuando sus víctimas podían defenderse, ¿por qué no dar un paso más cuando su foro era ahora toda Rusia? «Rusia y el resto del mundo radical», añadí, «que ven en Lenin a su mesías revolucionario».

Yo también lo había creído así, como lo creía mi camarada Alexander Berkman. Habíamos sido los primeros cruzados a su favor en América. Incluso ahora nos resultaba muy duro liberarnos del mito bolchevique y de su fantasma principal.

Se hacía tarde y estaba deseando que la anciana señora me contara cosas de Korolenko. Sabía que, como Tolstói, había sido durante décadas una gran fuerza moral en Rusia. Me preguntaba qué influencia había sido capaz de ejercer desde 1917. Me habían dicho que la señora X era la cuñada de Korolenko y muy cercana al gran escritor. Le rogué que me hablara de él.

Al profeta de Yasnaya Polyana, dijo, se le había ahorrado, afortunadamente, el espectáculo de la vieja autocracia sobreviviendo en Rusia con un vestido nuevo. Se había librado de la agonía de escribir cartas de protesta al nuevo zar. No así su cuñado. Aunque tenía casi setenta años y no estaba bien de salud, Vladimir Korolenko había pasado la mayor parte de su tiempo abogando por alguna vida inocente en la Checa, o redactando cartas a Lenin, Lunacharski y Máximo Gorki en las que les pedía que detuvieran las ejecuciones en masa. Máximo Gorki, continuó, había resultado ser una enorme decepción. No, a Máximo la compañía de Lenin le

parecía un puerto más seguro, y el Kremlin una morada más agradable que el exilio en una aldea perdida. Máximo Gorki no había tenido siquiera el valor, añadió, de estar a la altura de la honorable tradición entre los autores rusos de alentar y ayudar a los miembros de la profesión y apoyarlos en los momentos de desgracia.

Me vino a la mente mi propia experiencia con Máximo Gorki. Recordé su torpe apología de la burocracia bolchevique. Todavía no estaba dispuesta a imputar motivos ulteriores al hombre que tanto había admirado. Después de todo, Gorki había hecho el bien, dije en su favor. Ayudó a organizar el Dom Utchonikh a beneficio de los autores y científicos ancianos y alzó su voz contra el monopolio que ejercía el gobierno sobre todo lo que se publicaba en Rusia. La señora X admitió enseguida los puntos a favor de Gorki. Pero pensaba que eran insignificantes en un hombre de la enorme y compasiva humanidad que exhibía Gorki anteriormente. El poco bien que había hecho era únicamente para aliviar su conciencia; no estaba impulsado por un sentido de la justicia y la decencia. Aun así, enfaticé que era posible que Máximo Gorki creyera realmente que las políticas de Lenin eran adecuadas. Era un poeta, no un político; probablemente el glamur asociado al nombre de Lenin lo hiciera adorarlo. Prefería pensar así antes que creer que Gorki fuera capaz de vender su primogenitura por un plato de lentejas.

Expresé mi sorpresa de que Korolenko siguiera aún en libertad, en vista de sus reiterados delitos de lesa majestad. A la señora X no le parecía raro. Lenin era un hombre muy listo, me explicó. Sabía cuáles eran sus bazas: Piotr Kropotkin, Vera Figner, Vladimir Korolenko eran nombres a tener en cuenta. Lenin se daba cuenta de que, si podía mencionar que estaban en libertad, podía así, de una manera eficaz, desmentir que bajo su dictadura solo se emplearan la pistola y la mordaza. De hecho, el mundo se había tragado ese anzuelo. Permanecía en silencio mientras se prolongaba el calvario de los verdaderos idealistas. «Las prisiones zaristas están

proporcionando una cosecha excelente y los fusilamientos siguen como si fuera lo más normal del mundo», concluyó la señora X.

Sentía demasiada opresión como para regresar así a mi estrecho alojamiento. Eran más de las dos de la madrugada, el día estaba a punto de romper. Le propuse al amigo que me acompañaba que diéramos un paseo. El aire era balsámico, las calles estaban desiertas. Poltava traía la calma con su paz soñolienta. Caminamos en silencio, cada uno absortos en las impresiones de la noche. Yo trataba de ver más allá de lo inmediato y alcanzar un punto desde el que pudiera conservar la esperanza de un renacimiento de la vida en Rusia. Nos acercamos a una escalinata y unos pasos regulares que golpeaban sobre el suelo de granito me sobresaltaron. Un destacamento de soldados marchaba con los rifles al hombro, rodeando a un grupo de gente apiñada. En mi mente se coló un pensamiento: «Y los fusilamientos siguen como si fueran lo más normal del mundo».

Por la mañana, aún entremecida por la noche anterior, me dirigí junto con Henry Alsberg a casa de Korolenko. Era una pequeña esmeralda, totalmente oculta de la vista por árboles y viñas, un lugar encantador, aún con el mobiliario original, adornos de cobre, bronce y artesanía campesina ucraniana de vistosos colores.

Vladimir Korolenko, de barba y cabello canoso, con una túnica campesina bordada, en el marco de su casa, evocaba un mundo desaparecido siglos atrás. Pero la ilusión se desvaneció una vez se puso a hablar. Exhibía una vitalidad intensa y estaba genuinamente interesado en todo lo que le pudiéramos contar de América, de la que parecía muy encariñado. Conocía a mucha gente allí, nos dijo, siempre habían respondido con generosidad a cada petición por parte del pueblo ruso y admiraba la desarrollada democracia del país. Le dijimos que ahora ya poco de eso podría ver, excepto en algunos pequeños círculos que eran demasiado tímidos y políticamente confusos como para ejercer alguna influencia. Nos interesaba mucho, sin embargo, escuchar a Korolenko

hablar de Rusia y suavemente guiamos la conversación por ese canal. El tema era aparentemente una herida aún abierta para el viejo escritor y pronto lamenté haber hurgado en ella. Él me alivió, en cierto modo, el sentimiento de culpa al decirme que me daría copias de las dos cartas que había escrito a Lunacharski, y que trataban de estos mismos problemas que nosotros habíamos venido a hablar con él. Eran las primeras de una serie de seis cartas que le había pedido Lunacharski que escribiera y que contenían la expresión honesta de su actitud hacia la dictadura. «Las cartas puede que nunca salgan a la luz», comentó, «pero vuestro museo las tendrá todas cuando se hayan escrito». Alsberg preguntó si podía citar a Korolenko en América y nuestro anfitrión contestó que no tenía objeciones, puesto que el momento del silencio hacía tiempo que había pasado. Era consciente del peligro que aún amenazaba Rusia, nos dijo, pero «por grande que este sea, no es ni por asomo tan grave como la amenaza interna que pende sobre la Revolución». Los bolcheviques defendían que toda forma de terror, incluyendo las ejecuciones en masa y tomar rehenes, era justificable en tanto una necesidad revolucionaria. Para Korolenko esto era el peor remedo de la idea básica de revolución y de todos los valores éticos.

«Siempre ha sido mi concepción», añadió, «que la revolución significa la más alta expresión de la humanidad y de la justicia. La dictadura la ha despojado de ambas. El Estado comunista desnuda cada día a la Revolución de su esencia y, en su lugar, hace cosas que exceden en su arbitrariedad y barbarie a las que hacía el zar. Sus gendarmes, por ejemplo, tenían autoridad para detenerme. La Checa comunista tiene también la potestad de fusilarme. Y, a la vez, los bolcheviques tienen la temeridad de proclamar la revolución mundial. En realidad, su experimento en Rusia retrasará los cambios sociales en el extranjero por un largo periodo de tiempo. ¿Qué mejor excusa necesita la burguesía europea para sus métodos reaccionarios que la dictadura feroz en Rusia?».

La señora Korolenko nos había prevenido de que su marido no estaba ni mucho menos recuperado y nos había pedido que le ahorráramos esfuerzos. Pero cuando el anciano empezaba a hablar de Rusia le era difícil parar. Parecía agotado y no nos atrevimos a prolongar nuestra estancia. Pero no podía irme, sin embargo, sin decirle que le había dado un nuevo ímpetu a mi fe revolucionaria. Su hermosa visión del sentido y propósito de la Revolución había fortalecido la mía, que los ocho meses en la Rusia soviética casi habían destrozado. Nunca podría darle suficientemente las gracias.

Me hubiera gustado quedarme más tiempo en la bella Poltava y disfrutar más de los maravillosos seres que había conocido allí. Pero la expedición había terminado sus labores y teníamos que seguir camino. Nuestro siguiente destino iba a ser Kiev, pero la tozudez de las locomotoras rusas nos obligó a detenernos en Fastov.

No lamentamos el retraso. Habíamos leído y escuchado acerca de los horrendos pogromos antijudíos, pero nunca nos habíamos encontrado cara a cara con sus estragos. De camino a la ciudad no encontramos a nadie, ni hombre ni animal, hasta que llegamos a la plaza del mercado. Una docena de puestos desplegaban un pobre surtido de repollos, patatas, arenques y cereales. Los dueños eran en su mayoría mujeres. En lugar de mostrar signos de animación ante la repentina avalancha de tantos clientes, rápidamente se bajaron los pañuelos para cubrir su frente y se encogieron de miedo. Pero sus ojos se clavaban sobre los hombres de nuestro grupo, que eran Sasha, Henry y nuestro joven colaborador comunista. Estábamos totalmente perplejos. Como la más versada en yidis, me dirigí a una vieja judía. Excepto nuestra compañera, le dije, éramos todos hijos de Jehová y habíamos venido de América. ¿Podría decirme por qué las mujeres actuaban de un modo tan extraño? Ella señaló a los hombres. «Diles que se vayan», me suplicó. Los hombres se apartaron. Me quedé con Shakol, nuestra secretaria, y las mujeres se acercaron un poco. Pronto nos rodeó todo el

grupo, compitiendo entre sí en su avidez por contarnos la historia de sus *tsores* (desgracias).

Las noticias de la llegada de los americanos se extendieron con rapidez y pronto toda la aldea estaba en pie. Los hombres llegaron corriendo desde la sinagoga, las mujeres y los niños se apresuraban a recibir a los extranjeros venidos de tan lejos. Teníamos que acudir a la casa de oración, declaró un hombre, para escuchar la historia de los *goles* (servidumbres) de Fastov. Nos pusimos en marcha y, por el camino, nos recibieron el *rabbi*, el *khasin* (cantor) y el *magid* (predicador) como invitados de honor. Todo el mundo estaba muy nervioso, gesticulaba y hablaba, la mayoría de las mujeres reían y lloraban como si efectivamente hubiera llegado por fin el Mesías.

Nuestros tres compañeros se sumaron en la sinagoga. Todos los presentes trataron de relatarnos la historia trágica de su ciudad, todos a la vez. Les sugerimos que eligieran un comité de tres personas para que, por turnos, nos contaran lo que había ocurrido. De esa manera pudieron armar un relato coherente de uno de los peores pogromos que había tenido lugar en Ucrania. Fastov había sido repetidas veces el escenario de las masacres judías, perpetradas por las hordas de todos los generales blancos que habían invadido el distrito. Había sufrido a manos de Denikin, de Petlura y del resto de las fuerzas enemigas. Pero el pogromo organizado en 1919 por Denikin había sido el más horrible. Duró toda una semana y se llevó las vidas de cuatro mil personas del tirón y de algunos miles más que habían perecido en su fuga hacia Kiev. Pero la muerte no había sido la peor aflicción, decía el *rabbi* con voz quebrada. Más aterradora había sido la violación de las mujeres, de cualquier edad. Las jóvenes habían sido violadas repetidamente en presencia de sus parientes masculinos, a los que los soldados retenían allí. Los viejos judíos fueron encerrados en la sinagoga y allí torturados y asesinados, mientras que a sus hijos se les conducía a la plaza del mercado para afrontar un destino semejante.

Como el viejo *rabbi* estaba demasiado afectado como para continuar, otra persona del comité tomó el relevo. Fastov había sido, nos dijo, una de las ciudades más prósperas del sur. Cuando las hordas de Denikin se cansaron de su orgía sangrienta, saquearon todos los hogares, destrozaron las cosas que no podían llevarse e incendiaron las casas. La mayor parte de la ciudad quedó destruida. Los supervivientes, apenas un puñado, la mayoría de ellos mujeres mayores y niños pequeños, estaban ahora condenados a una lenta extinción a menos que llegara ayuda urgente de alguna parte. Dios había escuchado sus plegarias y nos había enviado en el momento en que ya habían desesperado de que el mundo judío pudiera enterarse de su gran calamidad. «*¡Boruj Adonai!*», exclamó solemnemente. «¡Bendito sea su nombre!». Y todo el mundo repitió: «*¡Boruj adonai!*».

El fervor religioso era todo lo que le quedaba a esta gente después de sus experiencias horribles y, a pesar de mi certeza de que no existía un Jehová que pudiera escucharlos, me conmovió de forma extraña la trágica escena en la pobre sinagoga de la mancillada y devastada Fastov. Los judíos de América seguramente atenderían sus plegarias pero, desgraciadamente, ni Sasha ni yo podíamos acceder a ellos. Todo lo que podíamos hacer era escribir sobre los terribles pogromos. Excepto la prensa anarquista, no obstante, no teníamos la garantía de que ningún periódico publicara nuestro relato. Hubiera sido muy cruel decirle a esta gente que a nosotros, en América, nos consideraban *Ahasverus*. Solo podíamos exponer su gran tragedia ante el mundo obrero radical y nuestros propios camaradas. Pero estaba Henry. Él podía hacer mucho por estos desgraciados y estaba segura de que lo haría. Nuestro compañero de viaje llevaba seis semanas con nosotros y había sido testigo de escenas estremecedoras. Pero nunca lo había visto tan afectado como en Fastov. No es que no tuviera sentimientos universales. Henry era un manojo de emociones, aunque su orgullo masculino le habría llevado a negar esa imputación que le hacía una simple mujer. Pero es cierto que le afectaba más cuando los perseguidos eran

judíos, algo que, en vista de las atrocidades del terrible Denikin, no era para nada sorprendente. La gente reunida en la sinagoga sin duda notó que, en su persona, el cielo le había enviado al mensajero adecuado. Se arrojaron sobre él con avidez y no lo soltaban.

Nos asediaban los habitantes con cartas y mensajes para sus parientes en América. Realmente patéticas eran las mujeres que nos traían sus garabatos para que se los enviáramos a su hijo, su hija, su hermano, su tío que estaban en algún lugar «en Amerike». Les preguntamos las direcciones o, al menos, el nombre de las localidades en las que vivían sus parientes. Lloraban amargamente cuando les informábamos de que Amerike era un lugar algo más grande que Fastov. Nos imploraban que nos lleváramos las cartas de todas formas, a lo mejor se podían enviar de alguna manera. No tuvimos valor para rechazarlas. Podíamos enviarlas mediante nuestra gente en la prensa yidis, sugirió Sasha. Nunca nadie recibió bendiciones más solemnes que las que nos llovieron a nosotros en nuestra partida.

En el horrendo cuadro de Fastov destacaban dos rasgos de redención. Los gentiles de la ciudad no habían tomado parte en las masacres. Y no se produjeron más pogromos desde que las fuerzas bolcheviques entraron en el distrito. Nuestros informantes admitían que los soldados rojos no estaban libres de antisemitismo, pero el establecimiento de la autoridad soviética en Fastov había librado del temor de nuevas masacres y, desde entonces, los aldeanos rezaban por Lenin. «¿Por qué solo por Lenin?», preguntamos. «¿Por qué no también por Trotski y Zinoviev?». «Bueno, Trotski y Zinoviev son *yehudim*», nos explicó un viejo judío con entonación talmúdica. «¿Merecen nuestro elogio por ayudar a su pueblo? Pero Lenin es *goi* (gentil). Así que entenderás por qué lo alabamos». Nosotros agradecimos también que el *goi* tuviera al menos un rasgo rescatable en su régimen.

Nos presentaron a un médico gentil que había rescatado heroicamente a la gente durante el pogromo de Denikin. Repetidamente había afrontado un grave peligro para salvar vidas judías. La comunidad lo adoraba y nos contó

muchos ejemplos de su noble valentía. Invitamos al médico a nuestro vagón a cenar con nosotros. Había escrito un diario de los pogromos de Fastov y le escuchamos con tensa atención hasta el amanecer.

La pesadilla de viaje que habíamos sufrido entre Jarkov y Fastov se repitió de nuevo durante los seis días que hicieron falta para llegar a Kiev. Nos dejó molidos y magullados, y nos hizo de nuevo darnos cuenta de la increíble persistencia del eslavo a la hora de superar las mayores penalidades.

A las masas de gente desesperada que se peleaban en cada estación para subirse al tren se añadían los pobres de cada pueblo, los niños indigentes y harapientos, que presentaban un aspecto horrible. De distintas edades y cubiertos con jirones asquerosos, nos asediaban con ojos hambrientos y voces suplicantes pidiendo un trozo de pan. Estas víctimas inocentes de la guerra, el conflicto y la inhumanidad eran para mí el espectáculo más desolador en el ya terrible panorama de nuestro viaje.

Las multitudes en las estaciones, informaban Sasha y Henry, no eran nada en comparación con las hordas en los mercados de las aldeas. Eran espesas como bandas de hormigas y tan resueltas como ellas en sus ataques. Eran el tormento de los charlatanes y de los milicianos a quienes se les ordenaba sacarlas de las calles. En cuanto los mercados se libraban de ellas volvían en manadas, aparentemente más grandes. «¿Echarlas? ¿Qué solución es esa?», le señalé a Henry. «Con el bloqueo matando de hambre a Rusia no hay otra salida», contestó. Me hubiera gustado creer aún que solo el bloqueo, y no la ineficacia generalizada y el monstruo de Frankenstein burocrático, era el principal responsable de la situación. Ninguna maquinaria gubernamental podía lidiar con los grandes asuntos sociales, le dije a Henry. Incluso los Estados Unidos, con sus amplios recursos y su poderosa organización, había tenido que reclutar la colaboración de las fuerzas sociales durante la guerra. Hombres y mujeres entrenados y

eficaces, ajenos al gobierno, habían ganado la Guerra Mundial para Wilson, no sus generales. La dictadura no contaba con la ayuda de ninguno de los elementos sociales y su energía y habilidades estaban condenadas a quedarse cortas. Miles de hombres y mujeres rusos con vocación pública estaban deseando ayudar a su país, pero se les negaba la participación porque no podían tragarse los veintiún puntos de la Tercera Internacional. ¿Cómo, entonces, se podía esperar que el Estado comunista consiguiera alguna vez resolver los problemas sociales difíciles?

Henry insistía en que mi impaciencia con el régimen bolchevique se debía a mi creencia en que una revolución a lo Bakunin habría traído resultados más constructivos, o incluso el anarquismo inmediato. Pero, de hecho, la Revolución rusa se había hecho a lo Bakunin y después se había transformado a lo Karl Marx. Ese parecía ser el verdadero problema. Yo no había sido tan ingenua como para suponer que el anarquismo se alzaría como un fénix de las cenizas de lo viejo. Pero sí esperaba que las masas, que habían hecho la Revolución, hubieran también tenido la oportunidad de dirigir su curso. Henry no creía que el pueblo ruso hubiera sido capaz de hacer un trabajo constructivo, incluso si la dictadura no hubiera monopolizado todo el poder. Estaba seguro, sin embargo, de que los bolcheviques lo harían mejor ahora que se había levantado el bloqueo y que se habían liquidado los frentes militares. ¡Cuánto me gustaría compartir su esperanza! Pero no veía la menor señal de que se estuvieran aflojando las riendas. Por el contrario, se estaba tirando tanto de ellas que se estaba desterrando toda la vida de la Revolución original.

Nunca llegamos mucho más lejos en nuestras discusiones. Pero aun así, era un gran alivio hablar de estos temas con Henry. No se podía discutir con los rusos de nuestro grupo, menos aún con nuestra secretaria Shakol. Ella era tan consciente de la situación como yo, pero no podía soportar el menor comentario peyorativo en lo que se refería a Rusia o al régimen. Yo la

quería mucho, aunque su tendencia eslava a deprimirse a veces era muy cargante.

Nuestra necesidad de una limpieza a fondo y de una noche de descanso total era apremiante. No menos apremiante era nuestra ansiedad por ver el rico material, especialmente los datos contrarrevolucionarios, que podía encontrarse en Kiev. La ciudad del Dnieper había sido el eje de todas las batallas en Ucrania entre los rojos y los blancos. Y, recientemente, los polacos habían invadido Kiev.

Cuando aún estábamos en Petrogrado, Sasha y yo habíamos compartido la indignación de la prensa soviética sobre el vandalismo de la ocupación polaca. Habían demolido todos los tesoros artísticos de la ciudad, informaron Lunacharski y Chicherin. Las antiguas catedrales, la Sofía y la de Vladimir, famosas por su belleza arquitectónica, habían sido destrozadas. Nos temíamos que a nuestra llegada nos íbamos a encontrar la mayor parte de la vieja capital rusa en ruinas. Pero no habíamos contado con los métodos soviéticos de propaganda, capaces de hacer una montaña de un hormiguero. Los polacos habían sin duda pretendido hacer mucho daño en Kiev, pero, evidentemente, no lograron su propósito. Todo lo que destrozaron eran algunos puentes y algunas líneas de ferrocarril. No había más ruinas esperando nuestra llegada. Por otra parte, nos habían asegurado que el enemigo se había dejado allí mucho material, pero tomar posesión de él resultó ser una tarea titánica. Los comunistas nativos exudaban oposición a Moscú, desdeñando nuestras credenciales del «centro». Evidentemente no les gustaban nada sus camaradas del norte, con la excepción de Lenin, que parecía el santo patrón de todos. Se enojaron ante la mención de Zinoviev, y aparentemente creyeron que éramos emisarios personales suyos que habían venido a espiarles. «¿Y quién es Zinoviev?», exclamaban con resentimiento, «¿para ordenarnos que os entreguemos nuestro valioso material histórico?».

A salvo entre el lujo del Kremlin y Smolny, decían, era fácil para Zinoviev emitir órdenes. Pero ellos, la gente de Ucrania, especialmente de Kiev, vivía en un peligro constante. Su Ispolkom (comité ejecutivo) temía constantemente una nueva invasión. ¿Acaso podían ocuparse de las órdenes de Zinoviev? Tenían asuntos más importantes que atender. Había que organizar la vida de la ciudad y no podían perder el tiempo con nuestra misión.

Desalentada, nuestra secretaria regresó casi llorando de su entrevista con el *tovarishtch* Vetoshkin, jefe del todopoderoso Ispolkom. El funcionario fue inflexible y se negó rotundamente a ayudarnos en nuestras labores. Era mejor que siguiéramos nuestro camino sin perder más tiempo. A pesar de su pesimismo, decidimos probar nuestro sésamo americano. Había funcionado en situaciones aparentemente desesperadas en ocasiones anteriores. ¿Por qué no Kiev? Llevábamos con nosotros a un nativo americano de los pies a la cabeza, que encima era corresponsal. Las autoridades no podrían soslayar su importancia, dijeron. Henry asintió con una mueca. Con un guiño misterioso en sus bellos ojos declaró que, en tanto su intérprete, yo ya había conseguido que la gente dijera mucho más de lo que había pretendido preguntarles él, y que de hecho había conseguido hacerles creer que contribuían a la posteridad si ayudaban al Museo de la Revolución. Entre los dos estaba seguro de que conseguiríamos convencer a los ucranianos para cooperar con nuestra misión.

El carné de prensa de Henry funcionó como un talismán. No solo acudió Vetoshkin en persona a saludarnos, sino que nos invitaron a su santuario y nos obsequiaron con un relato largo e interesante de Petlura, Denikin y el resto de aventureros que habían sido expulsados de Ucrania por las fuerzas rojas. Cuando salimos de la oficina de Vetoshkin, llevábamos una orden con destino al departamento de Vivienda para que nos dieran dos habitaciones, así como instrucciones para que su secretario nos proporcionara toda la ayuda posible. También recibí de Vetoshkin una orden para que el comisario

del partido nos entregara raciones, que acepté para los miembros rusos de nuestro grupo pero rechacé para Sasha y para mí. Los mercados estaban bien provistos, no se interfería en el comercio y preferíamos pagar por la comida, le dije al jefe.

El regreso de los bolcheviques a la ciudad había sido muy reciente y pronto nos dimos cuenta de que los departamentos soviéticos no tenían apenas material que pudiera sernos útil. Había demasiada confusión en el nuevo gobierno como para llevar los libros al día. Nadie sabía lo que estaban haciendo los demás y se daban órdenes y contraórdenes sin cadencia ni sentido.

Los blancos tampoco habían dejado mucho material valioso. Kiev había cambiado de manos catorce veces y solo había una cosa en la que los distintos gobiernos se pusieron de acuerdo y cooperaron: en los pogromos en contra de los judíos.

En el hospital judío, ahora llamado Clínica Soviética, nos encontramos a víctimas de las atrocidades de Denikin en Fastov. Aunque había pasado bastante tiempo desde el último pogromo en aquella ciudad, la mayoría de las mujeres y las niñas seguían aún muy enfermas, algunas lisiadas de por vida como consecuencia de las lesiones. Los casos más terribles eran los niños que sufrían la conmoción de haber sido obligados a contemplar la tortura y la muerte violenta de sus padres. El doctor Mandelstamm, el cirujano de la institución, nos contó sus experiencias horripilantes durante los pogromos, en los cuales uno de los campos de batalla había sido el hospital. También habló de la furia de Denikin como el peor de todos los ataques. No habría quedado un paciente con vida, nos contó, ni el edificio intacto si no hubiera sido por la resistencia heroica de su plantilla, la mayor parte de la cual era gentil. Habían permanecido heroicamente en sus puestos, rescatando a la mayoría de los pacientes a su cargo. «Afortunadamente los bolcheviques habían regresado y con ellos trajeron protección para evitar atrocidades futuras».

Un descubrimiento curioso que hice en Kiev fue encontrar copias de *Mother Earth*. Me las dio un hombre al que habíamos ido a ver para recoger datos sobre los pogromos. Había mostrado muy poco interés por nuestra misión pero, al día siguiente, vino al vagón con un paquete de ejemplares de la revista que yo había publicado en los Estados Unidos. ¿Por qué no le dije quiénes éramos Berkman y yo?, me reprendió. Él no nos hubiera tratado de manera tan indiferente. La noche pasada un amigo a quien había hablado de la visita de «los americanos» le había proporcionado los ejemplares. Solo entonces se dio cuenta de quién estaba visitando a la colonia judía de su ciudad. Me preguntaba cómo habría llegado la revista a Kiev. Estaba segura de que yo nunca la envié a Rusia. Nuestro visitante explicó que su amigo Zaslavski había recibido algunas copias de su hermano en América. «¿Zaslavski?», pregunté. «¿No será nuestro viejo camarada de Brooklyn, Nueva York?». «El mismo», contestó el hombre. Ahora que ya conocía nuestra identidad, declaró, teníamos que ir a tomar el té a su casa y también invitaría a la *intelligentsia* judía local para que nos conociéramos. Nunca le perdonarían si se enteraban de que habíamos estado en Kiev y no les habíamos informado de nuestra presencia. Antes de irse, el hombre me dijo que era Latzke, antiguo ministro de Asuntos Judíos de la Rada (asamblea nacional ucraniana).

En el cataclismo ruso, mi antigua vida en América se había reducido a un pálido recuerdo, se había vuelto un sueño despojado de fibra viva y yo misma una mera sombra sin un asidero firme; todos mis valores se habían evaporado. La repentina aparición de los ejemplares de *Mother Earth* me hizo revivir el dolor de mi existencia sin rumbo ni utilidad. Me poseyó una nostalgia, una enfermiza nostalgia, que me heló hasta el fondo de mi ser. La llegada de Sonya Avrutskaya, una camarada local muy agradable, me devolvió a la realidad. Con ella venía una desconocida, una joven con traje campesino, a la que me presentaron como Gallina, la esposa de Néstor Majno. Me olvidé de mi disgusto ante el peligro que le amenazaba a ella, a

Sonya y a todos nosotros. Sabía que los bolcheviques habían puesto precio a la cabeza de Majno, vivo o muerto. Ya habían matado a su hermano y a algunos miembros de la familia de su esposa en venganza por su fracaso en capturar a Majno. Cualquiera remotamente sospechoso de tener alguna relación con él corría peligro de muerte. Gallina sin duda podría morir si la descubrían. ¿Cómo se arriesgaba a venir a nuestro lugar, lugar que las autoridades conocían bien y que estaba abierto a cualquier visitante, incluyendo los bolcheviques? Se había enfrentado tantas veces al peligro que ya le daba igual, contestó Gallina. El propósito de su visita era demasiado importante como para confiárselo a otra persona. Traía un mensaje de Néstor para Sasha y para mí, pidiendo nuestro consentimiento para un golpe que estaba preparando. No estaba lejos de Kiev, con un destacamento de sus fuerzas. Su plan era secuestrar nuestro tren cuando viajara hacia el sur y hacernos prisioneros. El resto de la expedición podía continuar su camino. Quería explicarnos su postura y sus intenciones y nos daría después un salvoconducto para regresar a territorio soviético. Tal maniobra nos libraría de las sospechas de haber tratado deliberadamente con él. Era un plan desesperado, era consciente de ello, pero desesperada también era su situación. Las mentiras y denuncias bolcheviques le habían mancillado a él y a la integridad revolucionaria de su ejército de *povstantsy* y tergiversado sus motivos como anarquista e internacionalista. Nosotros éramos su única oportunidad para dar su versión al mundo proletario fuera de Rusia, para explicar que no era ni un bandido ni un *pogromshtchik*, que de hecho había castigado con sus propias manos a los *povstantsy* individuales culpables de delitos contra los judíos. Estaba con la Revolución hasta su último aliento y esperaba que pudiéramos hacerle ese favor vital y solidario, que pudiera hablarnos y presentarnos sus intenciones. ¿Consentiríamos a su plan?

Era un plan ingenioso, impetuosamente osado, y su cualidad aventurera se veía realzada por la belleza y juventud de la mensajera de Majno.

Enseguida llegaron Sasha y Henry, y todos nos quedamos prendados por el apasionado alegato de Gallina. La imaginación conspiradora de Sasha se encendió y casi estuvo a punto de consentir. Yo también estuve muy tentada de aceptar. Pero había que pensar en los demás, en nuestros compañeros de expedición. No podíamos guiarlos ciegamente a algo que, sin duda, implicaría graves consecuencias. Y había algo más que ejercía una influencia represora. Aún no había sido capaz de cortar los últimos hilos que me unían a los bolcheviques en tanto organismo revolucionario. Sentía que no podía engañar deliberadamente a aquellos de quien aún trataba de exonerarme emocionalmente, aunque intelectualmente ya no pudiera aceptarlos.

En toda la ciudad no había un escondite para la esposa de Majno. Mi cuarto ofrecía escasa seguridad, pero era su único refugio para pasar la noche. Las horas que pasamos con Gallina fueron tensas y emocionantes. Nos sentamos en completa oscuridad, excepto por la pálida luz de la luna que de vez en cuando iluminaba su hermoso rostro. Parecía completamente ajena al peligro de su presencia en mi alojamiento. Era una persona vital, hambrienta de información sobre la vida y el trabajo de sus hermanas en el extranjero, especialmente en América. ¿Qué estaban haciendo allí las mujeres, preguntaba, y qué habían logrado en cuanto a su independencia y reconocimiento? ¿Cuál era la relación entre los sexos, el derecho de la mujer respecto a los hijos y al control de natalidad? La sed de conocimiento e información en una chica que había nacido y se había criado en un entorno tan primitivo era increíble. Su deseo apasionado era contagioso y, brevemente, hizo revivir mis propios motivos. El amanecer nos obligó a separarnos. Gallina salió a la luz del día con un paso valiente y seguro. Me quedé tras la verja, observando su silueta que se alejaba.

Tras la visita de Gallina no me sentía cómoda aceptando ayuda, ni siquiera para nuestra misión oficial. No sentía que estuviera traicionando la confianza en lo que a los bolcheviques se refería, porque, para mí, la esposa

de Majno no era una contrarrevolucionaria; e, incluso, si hubiera considerado que lo era no le habría entregado a una muerte segura a manos de la Checa. Pero igualmente me di cuenta de que no tenía nada que tratar con el Revkom y decidí no volver a verlos.

La llegada de Angélica a Kiev trajo un nuevo interés. Vino en calidad de guía de la Misión italiana y francesa. Cuando fui a verla, su recibimiento estuvo tan lleno de ternura y amor que los bolcheviques locales empezaron a considerarme uno de ellos. Además de esto, nuestra querida Angélica había querido revelar a Vetoshkin nuestro pasado americano, y él nos reprochó que nos hubiéramos presentado simplemente como miembros de la expedición del museo. Llevábamos casi dos semanas en la ciudad y no había tenido ninguna pista de nuestra verdadera identidad, se quejó. Nos rogaba que dejáramos nuestro alojamiento y fuéramos sus invitados en la Casa Soviética.

Alexandra Shakol me había dicho en una ocasión que daría la mitad de su vida a cambio de despertarse comunista, para poder entregarse sin reservas a lo que el partido quería y demandaba. Ahora entendía lo que había querido decir. Sentí que yo también podría dar cualquier cosa a cambio de coger la mano de Vetoshkin y decirle: «Estoy contigo. Veo tu causa con tus ojos y la serviré con la misma fe ciega que tú y tus sinceros camaradas». Pero no había salida fácil y rápida para la angustia mental de quienes buscan la vida más allá del dogma y los credos.

No nos mudamos a la Casa Soviética y le garantizamos a Vetoshkin que no necesitábamos nada. Aceptamos, no obstante, la invitación de Angélica para el banquete organizado en honor de la Misión francesa e italiana que ella guiaba. Llevábamos más de dos meses en el sur, completamente aislados del mundo occidental, así como del resto de Rusia. Angélica era la primera amiga del norte que nos habíamos encontrado desde nuestra partida. Desafortunadamente, no podía contarnos muchas cosas porque ella

también había estado constantemente en la carretera. Pero nos trajo la noticia desagradable de la detención de Albert Boni. Sospechoso de contrarrevolucionario, nos dijo. «¡Qué absurdo!», me reí.

Albert era solo un impresor e incapaz de rebelarse contra cualquier institución establecida, ya fuera revolucionaria o no. Me apresuré a llamar a Sasha y Henry. Les divirtió oír que el gobierno soviético consideraba peligroso a Boni. Sabíamos de todas formas que aterrizar en la Checa no era cosa de risa y le pedimos a Angélica que enviara un telegrama a Lenin firmado por nosotros, cosa que aceptó en seguida.

De camino al banquete, Sasha se tropezó con una *oblava* de la Checa que había rodeado toda la calle. Retenían a todos los transeúntes y les pedían los documentos. Aunque los de Sasha estaban perfectamente en orden, el oficial lo agarró como si en ello le fuera la vida y no hubo explicaciones que convencieran a los chequistas de que le dejaran seguir su camino. Afortunadamente un grupo cercano empezó una acalorada discusión por una historia similar. Ningún ruso pudo resistir la tentación de intervenir. Los chequistas se olvidaron un segundo de su prisionero y, sin más ceremonias, Sasha se largó.

El antiguo Club Comercial y sus ornamentados salones y jardines habían sido iluminados profusamente y adornados con flores frescas para la ocasión. El vino y las frutas sobre las mesas no dejaban adivinar ninguna de las tormentas que habían arrasado la ciudad. Parecían los viejos tiempos, en los que robustas damas encorsetadas, con su cuello y sus brazos cargados de joyas, se paseaban por el lugar y caballeros no menos recios, con colas de pingüino, se atracaban en los salones. El oro y terciopelo del club era un telón incongruente para los proletarios pálidos con sus trajes gastados. De las ciento cincuenta o más personas que se congregaron para la gala, Angélica probablemente era la única comunista a la que el vulgar despliegue le hacía sufrir. Ni siquiera la consolaba la presencia de sus queridos camaradas italianos. Serrati a su derecha y el comunista francés

Sadoul la tenían ocupada con su conversación. Pero sus ojos doloridos y distraídos expresaban mejor que las palabras lo fuera de lugar que se sentía y lo ajena que era a esa farsa en honor de Lenin, Trotski, Zinoviev, el Ejército Rojo, la Tercera Internacional y la revolución mundial. Palabras embriagadoras para quienes no tenían oído para apreciar las chillonas disonancias, que la hacían encogerse como a mí, aunque nuestras melodías estuvieran en claves muy diferentes.

Dos anarcosindicalistas, a quienes había descubierto entre los delegados franceses, me convencieron para quedarme hasta el final. Se volvían esa misma noche con la Misión y nos invitaron a acompañarlos a la estación para poder hablar un rato. Estaban muy impresionados por lo que les habían enseñado, nos dijeron, pero también observaron cosas preocupantes. Habían recogido información y datos sobre la maquinaria política que les había convencido de que el proletariado tenía muy poco margen en la actual dictadura. Querían usar ese material en su informe a los sindicatos a su regreso a Francia. Nos miraron asombrados cuando les aconsejamos ser prudentes a la hora de transportar esos datos. Puede que no se les permitiera sacarlos del país, les dijimos. «¡Absurdo! No somos rusos ni estamos sujetos a la disciplina del partido comunista», exclamaron. Eran franceses y representantes de las grandes organizaciones sindicales. ¿Quién se atrevería a molestarlos? «La Checa, por supuesto», explicamos. Nos preocupábamos sin motivo, pensaron.

La velada que nos prepararon en casa de Latzke no tenía la riqueza del banquete de la Misión, aunque nuestros anfitriones habían sacado lo mejor que podían permitirse. El gancho no era la comida, sin embargo, sino la buena voluntad y el buen ánimo que reinaban allí sin freno. Todo el mundo se sentía libre de expresarse y la variedad de opiniones y sentimientos era ilimitada. Estaban representadas todas las profesiones de la *inteligentsia* yidis. Todos acudieron a conocer a los visitantes americanos, a intercambiar con ellos opiniones, esperanzas, temores. Ninguno era comunista, pero casi

todos eran ardientes defensores del régimen por razones raciales. Como el doctor Mandelstamm, que estaba también presente, admitían con franqueza que su preocupación principal era la seguridad de los judíos. Los bolcheviques estaban evitando los pogromos y, por lo tanto, los judíos apoyarían al gobierno soviético, argumentaban. Les pregunté si estaban satisfechos o si podían confiar en la protección permanente de su gente en una atmósfera de terror e inseguridad generalizada. Estaban de acuerdo en que la dictadura era mortal para cualquier iniciativa y trabajo personal. Pero, como no tenían opción, era al menos gratificante saber que los judíos, en tanto raza, habían sido liberados de la discriminación que habían sufrido durante siglos. Sus sentimientos eran producto del miedo, algo del todo comprensible en entornos cargados de antisemitismo, como ocurría en Ucrania. Pero como criterio para liberar las energías sociales eran peores que inútiles. Para mí esa era la primera premisa. No podía traducir el levantamiento de Octubre en términos de judíos y gentiles, sino únicamente de valores que incluyeran a toda la humanidad, o al menos a todo el pueblo ruso.

La gente más joven de nuestra reunión tenía un punto de vista diferente. No le negaban a los bolcheviques todo el crédito por haber puesto fin a los pogromos, pero mantenían que el régimen soviético en sí era un suelo fértil para la hierba venenosa del antisemitismo. Bajo la autocracia zarista la plaga se había limitado a sus elementos más reaccionarios. Ahora estaban infectados todos los sectores del país. El campesino, el obrero y la *inteligentsia*; todos veían a los judíos como comunistas y comisarios responsables de las expediciones de castigo, de la colecta forzada de comida, de la militarización y de la intimidación. El bolchevismo era un acicate para el odio a los judíos, insistían, más que una válvula de seguridad contra este.

Sasha subrayó el punto de que ambas partes cometían el error de denunciar los abusos de poder mientras que el mal radicaba en el poder

mismo. Eran el Estado comunista y la dictadura quienes habían subordinado los fines de la Revolución a los del partido en el poder. El propósito de Octubre era liberar las energías creativas de Rusia para construir así en libertad una nueva vida. El objeto de la dictadura era organizar una maquinaria política formidable que se erigiera en amo absoluto. Ese era el origen de las fuerzas desintegradoras que estaban actuando en el país. El aumento del antisemitismo, el regreso a las iglesias, el sentimiento antirrevolucionario de parte del campesinado y los obreros, el cinismo de las generaciones más jóvenes y manifestaciones similares eran el resultado directo de la incapacidad de los bolcheviques a la hora de cumplir las promesas solemnes que habían hecho durante los días de Octubre.

Algunos de los presentes apoyaban nuestro punto de vista, otros lo combatieron con saña, pero sin rencor ni malos sentimientos, y ahí radicaba el encanto de la reunión en casa de Latzke.

Sasha había recogido una gran cantidad de material de unos mencheviques que había conocido. Habían constituido una fuerza educativa y social muy potente durante los dos primeros años de la Revolución en el sur, pero desde entonces habían sido liquidados por los bolcheviques y los sindicatos socialdemócratas amarrados al vagón comunista. Los mencheviques habían conseguido rescatar datos muy valiosos sobre la historia del movimiento obrero ucraniano y de su partido y se lo entregaron a Sasha, junto con muchas notas personales y diarios. También se había de alguna manera apoderado de un archivo contrarrevolucionario en el cajón de un escritorio en la sede del soviet obrero. Consistía en un extraño conglomerado de registros policiales, actas de las sesiones de la Rada, estadísticas comerciales y material similar. En este batiburrillo, Sasha se había topado con el primer *Universal* que había emitido Petlura en tanto dictador de Ucrania, que contenía su declaración oficial de los principios de la Democracia Nacional del Sur. Nuestra secretaria hizo un hallazgo aún más importante, que consistía en resmas de material de Denikin

almacenadas en la biblioteca pública de la ciudad y aparentemente olvidadas allí. El bibliotecario, un nacionalista furibundo, hizo oídos sordos a los argumentos de Shakol. Pero se volvió todo atención cuando le opusimos el argumento de que no podía permitirse el ridículo y el bochorno de que en América se supiera que había preferido dejar los valiosos documentos al alcance de las ratas en el sótano antes de permitir que se conservaran para las generaciones futuras en el Museo de la Revolución.

Nuestro último día en Kiev era domingo y aprovechamos para hacer una excursión a lo largo del hermoso Dniéper. Las barcas animaban la vista y, en la distancia, se vislumbraban las magníficas catedrales e iglesias. Más lejos nos topamos con una vieja aldea y un antiguo monasterio. Las hospitalarias monjas nos dieron pan y miel de sus propias colmenas. Entre sus oraciones y sus labores, no habían sufrido ninguno de los acontecimientos de su país e ignoraban totalmente todo lo que había ocurrido. Ancladas en siglos de superstición, no se daban cuenta de lo que significaba la nueva vida que pugnaba por nacer en todas partes. Lo que las redimía era el trabajo que hacían: cultivar verduras, criar abejas, enseñar a las niñas de la aldea a coser y remendar; y su amabilidad con los desconocidos. No era el caso de sus hermanos, los monjes de las catedrales de Sofía y Vladimir. Continuaban aprovechándose de la credulidad de los incautos, aún muy numerosos, como nos aseguraban. Los bobos solemnes se mantenían ocupados mostrando a la gente las grutas y exagerando los milagros que habían hecho los santos cuyos secos huesos se exponían a la vista. ¡Un extraño espectáculo, sin duda, en la Rusia revolucionaria!

De camino a Odesa perdimos a nuestro buen amigo Henry Alsberg. Sin pretenderlo provocó su propia detención. Henry se había unido a la expedición sin haber logrado el consentimiento de la Checa de Moscú, aunque podría haber continuado hasta el final de nuestro viaje sin que el ojo de águila soviético hubiera sido capaz de descubrir su paradero. Pero había

añadido su firma al telegrama que habíamos enviado a Lenin a favor del detenido Albert Boni. Como resultado, la Checa panrusa en la capital había cursado enseguida órdenes de atrapar al criminal que había osado ausentarse de la capital sin su permiso. Como las cosas en Rusia iban a la velocidad de caracol, la orden no llegó a Kiev mientras estábamos allí. Se envió a cada estación a lo largo de nuestra ruta y nos pilló en Zhmerinka.

Todas nuestras protestas no consiguieron liberar a Henry. La Checa a cargo declaró que los papeles de Alsberg estaban en perfecto orden y que sus credenciales de Chicherin y Zinoviev eran válidas, pero que le faltaba el permiso de la Checa de Moscú y tenían órdenes estrictas de arrestarlo. No podíamos permitir que Henry fuera solo y propusimos que Sasha lo acompañara a Moscú. Pero Henry no estaba dispuesto. Sabía suficiente ruso, nos dijo, como para bromear con sus acompañantes. ¿Acaso no sabía decir *pozhaluysta* («por favor»), *nitchevo* («de nada») y *spassibo* («gracias») y acaso no era eso suficiente para apañarse? Y, si era necesario, también sabía mascullar algunas expresiones no tan amables. Además, tenía lo que más apreciaban los policías en todas partes: *mezuma*. No tenía miedo y no teníamos que preocuparnos por él, nos garantizó. ¡El valiente Henry! Insistí no obstante en una cosa, en que no se llevara sus notas con él. Le causarían problemas y estarían más a salvo con nosotros y él sin ellas.

Inmediatamente enviamos telegramas a Lenin, Lunacharski y Zinoviev a favor de Alsberg, pero no confiábamos demasiado en que llegaran a su destino.

Henry se había ganado nuestro cariño por su ánimo, el espíritu jovial e ingenio rápido. Su partida nos entristeció, más aún cuando eran los chequistas quienes se lo llevaban. El pobre muchacho ya había tenido sus desgracias, pues le habían robado la cartera. Perder hasta el último céntimo no es agradable nunca, pero en Rusia era una calamidad. No tuve ocasión de consolar a mi amigo, porque los chicos perdieron el tren y no nos reunimos hasta muchas horas más tarde. Estaban presumiendo de su

aventura. «¿Y el ladrón?», exclamé. «¿Recuperaste el dinero?». «Como para reconocer a uno entre tantos», se reía Henry.

La detención de Alsberg resultó ser el inicio de una cadena de adversidades que nos persiguió el resto del viaje. Apenas salíamos de Zhmerinka cuando recibimos las noticias de la derrota del 12º ejército y del avance de los polacos hacia Kiev. La línea estaba saturada de trenes militares en retirada y en las estaciones reinaba la confusión más completa. Nuestro vagón se enganchaba repetidamente a trenes que tenían órdenes de ir al sur y se desenganchaba otras tantas cuando los trenes salían en dirección opuesta. Al final, tuvimos la suerte de coger un eslabón que sí iba en la dirección de nuestro destino, la gran ciudad del mar Negro. Desde ahí nuestra intención era alcanzar el Cáucaso, pero los movimientos del general Wrangel habían decidido otra cosa. Sus fuerzas acababan de entrar en Alexandrovsk, un suburbio de Rostov, cerrando así la ruta que íbamos a coger hacia Crimea. Nuestras credenciales expiraban en el mes de octubre y sabíamos que tardaríamos meses en renovarlas por correo. Sería cortejar el peligro quedarse más tiempo en el sur de lo que nos permitían los documentos pero, una vez en Odesa, teníamos la esperanza de encontrar una solución.

Finalmente llegamos a la gran ciudad del mar Negro, solo para descubrir que un fuego devastador había reducido a cenizas la oficina de telégrafos y la principal central eléctrica, y que la ciudad estaba totalmente a oscuras. Se había dicho que el holocausto lo habían causado incendiarios blancos y la ciudad estaba bajo la ley marcial. El nerviosismo general aumentaba por el informe que decía que los polacos habían tomado Kiev y que Wrangel avanzaba hacia el norte. La opinión pública no tenía manera de saber la verdad de la situación, lo que solo conseguía aumentar su inquietud.

Una atmósfera de sospecha y miedo dominaba las instituciones soviéticas. Todos los ojos se volvieron hacia nosotros cuando Shakol, Sasha y yo entramos en el Ispolkom. Nuestras credenciales fueron

minuciosamente escrutadas y se nos examinó acerca de nuestra identidad e intenciones antes de que se nos permitiera entrar ante la augusta presencia del *predsedatel*. Resultó ser un hombre bastante joven, obviamente consciente de la importancia de su puesto. Ni respondió a nuestro saludo ni nos ofreció un asiento. Siguió con la nariz hundida en los papeles de su escritorio, después examinó nuestros documentos, los estudió larga y detenidamente hasta que por fin pareció satisfecho. Todo lo que podía hacer, nos dijo, era darnos un pase para el resto de departamentos soviéticos y un permiso escrito para poder estar en la calle «después de las horas permitidas». No podía ayudarnos más y no le interesaban los museos, en cualquier caso. Eran una sinecura para la *intelligentsia*, pero los obreros tenían cosas más importantes que hacer para defender la Revolución. Todo lo demás era una pérdida de tiempo, declaró. La actitud del hombre y sus modales cortantes no auguraban nada bueno. Tampoco sus palabras parecían garantizar su integridad. Sasha le dio las gracias, señalando que apreciábamos su celo revolucionario y que no queríamos aprovecharnos más de su buena disposición. Pero su sarcasmo no alcanzó al hombre sentado rígidamente al otro lado de su escritorio.

Mis colaboradores compartían mi sensación de que el jefe del Ispolkom estaba motivado principalmente por el odio a la *intelligentsia*. Había conocido muchos proletarios comunistas empapados de un resentimiento feroz contra la gente inteligente, pero ninguno tan brutalmente franco como el *predsedatel* de Odesa. No podía evitar sentir que tales zelotes eran más dañinos para las mejores intenciones de la Revolución que los enemigos armados. Decidimos que ningún miembro de la expedición volviera a recurrir al Ispolkom y que trataríamos de hacer lo posible en la ciudad por nuestros propios medios.

Cuando bajábamos la escalera se acercaron algunos jóvenes. Se nos quedaron mirando un momento y después gritaron: «¡Hola, Sasha, Emma! ¡Vosotros aquí!». El inesperado encuentro con nuestros camaradas de

América fue una sorpresa agradable tras la visión del burócrata bolchevique. Cuando se enteraron de nuestra misión, nos dijeron que ya podíamos salir de la ciudad en el primer tren; ninguno de los funcionarios nos ayudaría, estaban seguros. Con el jefe del Ispolkom al frente, la mayoría de ellos eran anticentro y antitodo lo que no fueran los comunistas locales. Tenían la reputación de ser los peores *sabotazhniky*. El jefe, un zelote dogmático, odiaba a todo el mundo cuya educación superara el ABC. Si por él fuera, declaró uno de los chicos, hubiera fusilado a todos los intelectuales. Nuestros camaradas sugirieron que el camarada americano Orodovski podría ayudarnos en nuestra labor para el museo. Tenía un puesto de responsabilidad en la ciudad. Otros también podrían ayudarnos. Los mencheviques podían proporcionarnos información y material. Los habían expulsado de los sindicatos, pero algunos de ellos tenían tanta influencia sobre los militantes que los bolcheviques no se habían atrevido a detenerlos.

Orodovski era un impresor excelente y un hombre de mente práctica. Había conseguido entrar en la editorial del gobierno y la había organizado de tal modo que dejó atónitas a las autoridades. Con materiales confiscados y descuidados había montado la mejor imprenta de la ciudad y nos la enseñó con todo su orgullo. Era un modelo de limpieza, orden y producción eficaz. Sus esfuerzos eran obstaculizados a cada paso, no le consideraban uno de los «suyos» y por tanto estaba bajo sospecha. Amaba su trabajo y sentía que estaba haciendo algo por la Revolución, pero le entristecía pensar en el desenlace inevitable. «¡Ah, la Revolución!», suspiraba. «¿Qué habrá sido de ella?».

A través de Orodovski pudimos conocer a otros anarquistas activos en el departamento económico. Todos ellos se sentían, como Odorovski, solo temporalmente tolerados, y en constante peligro de meterse en problemas, en tanto gente que no estaba «totalmente» de acuerdo con los estándares de opinión establecidos. El más interesante de todos ellos era Shajvorostov, de

origen proletario, que había pasado toda su vida entre obreros. Había luchado con ellos bajo la autocracia y continuó peleando sus batallas bajo los bolcheviques. Era uno de los anarquistas más militantes y los trabajadores lo querían mucho.

Cuando lo conocimos mejor, Shajovorostov resultó ser todo lo que nos habían dicho y además una persona auténtica y humana. En él no había nada de la rigidez y dureza del jefe del Ispolkom. Era todo interés y amabilidad y sus modales profundamente sencillos.

«Pura suerte», me dijo, cuando le pregunté cómo se las había apañado para seguir en libertad. «Y el apoyo de los obreros», añadió. Sabían que él solo pretendía ayudarlos en su lucha contra las constantes transgresiones del Estado comunista. Sabía que era una batalla perdida, pero en cualquier caso, su deber era seguir con ella mientras estuviera en libertad.

Shajvorostov corroboraba las acusaciones de sabotaje generalizado que habían hecho sus jóvenes camaradas. Añadió que, aunque la mayoría de los funcionarios soviéticos eran simplemente ineficaces, otros eran directamente *sabotazhniky*, que obstaculizaban a propósito cualquier esfuerzo por el bienestar del pueblo. Nos contó un ejemplo especialmente escandaloso de una redada reciente contra la burguesía para aplicar el eslogan de Lenin: «Roba a los ladrones». Toda casa, tienda y chamizo había sido invadido y sus últimos remanentes arramblados y confiscados por los emisarios de la Checa. Hubo un enorme barullo porque la redada pilló a los dueños por sorpresa. A los obreros se les había prometido un suministro de ropa y calzado, que necesitaban urgentemente. Cuando se enteraron de la nueva expropiación exigieron que se cumpliera esa promesa. «Y se cumplió», comentó Shajvorostov con expresión irónica. «Aquí en el departamento económico recibimos doce cajas de mercancía pero, cuando las abrimos, solo encontramos harapos, cosas viejas y desgarradas que no hubieras ofrecido ni a un mendigo». Los saqueadores habían elegido primero, después habían aprovisionado los mercados y la burguesía había

comprado de vuelta lo que había perdido. El escándalo fue tan grande que no se pudo acallar. Los hombres decentes del partido exigieron una investigación y el resultado fue que se fusiló a algunos subordinados. Pero la corrupción es rampante y no se va a erradicar a disparos.

Shajvorostov y un camarada del sindicato de obreros del metal prometieron convocar una conferencia de los líderes de los distintos cuerpos sindicales para familiarizarlos con el proyecto del Museo de la Revolución e interesarles en nuestra labor. Sasha se dirigiría a los delegados y explicaría nuestra misión.

Un recorrido de una semana por las instituciones soviéticas nos convenció de que, más que exagerar, nuestros camaradas no habían descrito ni la mitad del panorama del sabotaje en Odesa. Los funcionarios locales resultaron ser los peores gandules que nos habíamos encontrado en Rusia. Desde el comisario más alto hasta la última *barishnya* (joven) mecanógrafa, todos tenían por costumbre llegar dos horas tarde al trabajo y salir una hora antes de la hora de cierre. A menudo la ventanilla del oficinista se cerraba en la cara de un postulante que había estado horas esperando su turno, solo para que le dijeran que era «demasiado tarde» y que volviera al día siguiente. Apenas recibimos ayuda para nuestro trabajo por parte de las autoridades soviéticas. Estaban «demasiado ocupados, sin un minuto que perder», nos aseguraban. Pero la mayoría de ellos se quedaban fumando y hablando durante horas mientras que las «chicas jóvenes» se afanaban en limarse las uñas y pintarse los labios. Era el parasitismo funcionarial más desvergonzado e impúdico.

La Inspección de Obreros y Campesinos, creada especialmente para combatir este tipo de sabotaje, parecía no tomarse mucho interés por el objeto de su existencia. La mayoría de ellos eran conocidos especuladores y, si alguien quería cambiar dinero zarista o de Kerenski, aunque la práctica estaba estrictamente prohibida, se le aconsejaba dirigirse a algún funcionario muy conocido para hacer la transacción. «A los ciudadanos

normales se les fusila por especular así», nos comentó un bundista[32] muy conocido. «Pero ¿quién va a tocar un pelo a estos funcionarios?». La corrupción y autocracia de los círculos soviéticos más altos era un secreto a voces en la ciudad, nos contaba un hombre. La Checa en particular no era más que una panda de degolladores. Extorsiones, sobornos y fusilamientos indiscriminados de las víctimas que no podían pagar eran prácticas habituales. Era un suceso habitual que los grandes especuladores, condenados a muerte, fueran liberados por la Checa a cambio del pago de un rescate exorbitante. Otra práctica era notificar a los parientes de algún preso prominente que había sido ejecutado. Mientras la familia se hundía en el dolor, llegaba un emisario de la Checa para informarles de que había sido un error. El hombre condenado seguía vivo, pero solo una determinada suma, normalmente muy abultada, podría salvarle la vida. La familia y los amigos se desprendían de todo para conseguir la cantidad necesaria y el dinero siempre era aceptado. Ya no llegaban más emisarios para explicar que el supuesto error no había sido un error. Si alguien osaba dar señales de protesta, se le arrestaba y fusilaba por «intentar corromper» a la Checa. Casi cada mañana, al amanecer, un camión lleno de aquellos que iban a morir traqueteaba por la «calle Checa» a velocidad de vértigo hacia las afueras de la ciudad. Los condenados estaban obligados a tumbarse en el vagón boca abajo, con las manos y los pies atados y guardas armados custodiándolos. Chequistas a caballo acompañaban el camión, y disparaban sobre cualquiera que osara asomarse por una ventana a lo largo de la ruta. Una delgada línea roja en la huella del camión que regresaba era todo lo que quedaba para contar la historia de aquellos a los que había llevado en su último viaje para ser *razmenyat* («eliminados»).

El bundista volvió unos días más tarde en compañía de un amigo al que presentó como el doctor Landesman, sionista y miembro de un círculo que incluía al famoso poeta Byalek y a otros hombres de vocación pública. Sin duda sabíamos, dijo el doctor, que se acercaba Rosh Hashona y le

encantaría que celebráramos ese gran día en compañía de su familia. Le confesamos que no nos habíamos dado cuenta de que se acercaba el Nuevo Año Judío, pero que éramos lo bastante judíos como para querer pasar esa fiesta con ellos.

La casa de la familia Landesman, junto a su antigua clínica privada, ahora convertida en un sanatorio soviético, estaba muy bien emplazada, en una colina y oculta entre una profusión de árboles y setos en un lado, mientras que por el otro lado miraba hacia el mar Negro, cuyas aguas lamían el pie de la colina. Llegamos a la hora del té, como se nos había indicado, porque algunos de los otros invitados no tenían permiso para salir de noche, ya que Odesa se encontraba bajo la ley marcial.

La clínica del doctor Landesman había tenido fama de ser la mejor de Odesa. Los bolcheviques la habían confiscado para convertirla en una casa de reposo de obreros, pero aún no habían enviado allí a un solo proletario, ni siquiera a un miembro corriente del partido. Solo venían los altos funcionarios, con sus familias. Justo ahora el jefe de la Checa, Deitsch, estaba haciendo una cura por un «colapso nervioso» grave.

«¿Cómo puedes soportar atenderle?», le pregunté al doctor. «Olvidas que no tengo elección», me contestó. «Además, soy un médico y la ética profesional me impide negar ayuda médica a nadie». «¡Ese sentimentalismo burgués!», me reí. «Con el jefe de la Checa beneficiándose de él», añadió en el mismo tono.

Estábamos sentados en la terraza, alrededor del samovar. El cielo rayado de azul y amatista; el sol, una bola de fuego que se hundía lentamente en el mar Negro. La ciudad, con todo su terror y sufrimiento, parecía estar muy lejos y el rinconcillo cubierto de vegetación era un lugar idílico. Si pudiera durar un poco más, soñaba yo... pero solo duraría segundos.

Llegaron nuevos invitados, entre ellos Byalek, ancho y macizo, que parecía más un próspero comerciante que un poeta. Nos presentaron a un hombre esbelto con rasgos sensibles y vibrantes como una famosa autoridad

sobre persecuciones judías y pogromos. Sasha inmediatamente empezó a hablar con él sobre el tema pero, a mitad de la conversación, durante la comida, de repente palideció y pidió que lo disculparan. Junto con el doctor Landesman alcancé a Sasha justo a tiempo para evitar que se cayera desmayado. Estaba encogido de dolor y respirando con dificultad, y después se quedó inconsciente. Tras media hora que pareció una eternidad, el buen doctor consiguió restablecerlo. Rodeado de bolsas de agua caliente parecía aliviado, pero aún muy débil. Le conté a Landesman que mi amigo había estado muy enfermo cuando salimos de los Estados Unidos y que nunca había vuelto a estar del todo bien. El pan negro en especial parecía afectar su estado y había mejorado mucho desde que conseguimos pan blanco en el sur. Nuestros anfitriones insistieron en que pasáramos allí la noche ante la posibilidad de que Sasha sufriera otro ataque. «¿Y qué más daría?», dijo de repente el paciente. «La expedición tiene que seguir hasta Moscú». El doctor propuso que la expedición siguiera, pero que Sasha y su enfermera se quedaran en Odesa hasta que pudiera averiguar la causa del problema. Poco después, Sasha se quedó dormido y yo me quedé mirando intensamente su cara pálida y delgada. Le tenía tanto cariño como cuando nos conocimos, hacía ya tantos años. ¿Cómo sería perderlo, y en Rusia? Me dieron escalofríos solo de pensarlo, mi mente se negaba a profundizar en la posibilidad cruel. Mi amigo descansaba plácidamente y volví al comedor, pensando en mi vida y en la lucha que había compartido con mi amigo y camarada.

Estábamos a punto de retirar los platos cuando Sasha entró de repente como si nada hubiera ocurrido. ¿Acaso pensábamos dejarle sin su ración?, preguntó con una amplia sonrisa. Tenía mucha hambre, anunció, y no tenía la intención de que un pequeño contratiempo se interpusiera entre su persona y el arte culinario de la señora Landesman. Los invitados se echaron a reír. El doctor, no obstante, vetó los platos pesados, pero Sasha le cantó las cuarenta sobre tratar de impedir a un anarquista que comiera lo que le diera la gana. Me quedé pasmada mirándolo. Era el mismo chico que había pedido otro filete y café en el restaurante de Sachs, en Nueva York, justo hacía treinta y un años. El paciente de hacía una hora no solo comía con ganas, sino que se convirtió en el alma de la fiesta. Había encontrado al hombre que buscaba desde hacía mucho tiempo, declaró, y se aferró al experto investigador de pogromos por el resto de la velada.

El hombre resultó ser una verdadera enciclopedia andante sobre el tema. Había visitado setenta y dos ciudades donde habían ocurrido pogromos y recogido muchísimos datos. Las batidas contra los judíos durante los distintos regímenes ucranianos, afirmaba, habían sido de un carácter más sanguinario que las peores masacres en los tiempos de los zares. Admitía que no se habían producido pogromos desde que los bolcheviques estaban en el poder, pero estaba de acuerdo con los jóvenes escritores de Kiev en que el bolchevismo había intensificado el sentimiento antisemita entre las masas. Algún día estallaría, estaba seguro, en una matanza generalizada por venganza.

Sasha discutía acaloradamente con él. Dejando de lado las especulaciones sobre las posibilidades futuras, subrayaba, seguía siendo un hecho generalmente aceptado que los bolcheviques habían puesto una tapa a los pogromos. ¿Eso no apuntaba un propósito sincero y decidido de erradicar cualquier manifestación violenta de la vieja enfermedad, cuando no la propia enfermedad? El investigador lo negaba, afirmando que los bolcheviques habían privado a los judíos de su derecho a la autodefensa,

prohibiéndolos organizarse para ese fin. Incluso eran sospechosos de conspirar contra el gobierno soviético porque habían pedido permiso para armarse en vista de posibles ataques futuros. El doctor Landesman añadió que las autoridades locales habían rechazado permitirle formar una unidad yidis de *boy scouts*. La idea era que un grupo así sirviera no solo como defensa para los judíos, sino para la protección de los ciudadanos en general contra las conocidas bandas de criminales de las que nadie en Odesa se libraba.

Cuando lo examinó más atentamente, el doctor descubrió que Sasha sufría de estómago ulcerado, y le ofreció una plaza en su sanatorio para tratarlo. «Deja que un médico te mire por dentro y seguro que encuentra algo ahí que está fatal», bromeó Sasha, rechazando la oferta del buen doctor. La expedición tenía que seguir, insistió. Y él con ella.

Agradecimos a los Landesman de todo corazón su generosa hospitalidad. En ideas sociales no podíamos estar más alejados, pero se contaban entre los seres más humanos y amigables que habíamos tenido la suerte de conocer en Rusia. Habíamos agotado las posibilidades históricas de Odesa y nos teníamos que ir. Crimea estaba definitivamente fuera de la cuestión, en tanto toda la ruta coincidía con la línea de avance de Wrangel. Nos habían prometido engancharnos a un tren que salía hacia Kiev en cuarenta y ocho horas. Apenas nos atrevíamos a creérnoslo, pero nos aferrábamos a la esperanza. Mientras tanto, nuestra secretaria y Sasha habían decidido explorar Nikolayevsk, donde se suponía que había archivos valiosos esperando que los rescatáramos. A Shakol le habían dicho confidencialmente que iba a salir un camión militar hacia esa ciudad y que se les podría convencer a los soldados de que ella y Sasha se sumaran. Era una posibilidad remota, pero nada podía detener a esos dos espíritus aventureros.

Me quedé con los demás miembros de la expedición de Odesa preparando el vagón para el viaje. En medio de mi frotar y fregar entró una

mujer joven. Se dirigió a mí en inglés y, sin preocuparse por presentarse, me dijo que me había conocido en los Estados Unidos. En Detroit, ella y su marido habían asistido a mis conferencias. Se había enterado de nuestra presencia en la ciudad y había venido para invitarnos al camarada Berkman y a mí a su casa a tomar el té. Lamentaba que no fuera a estar su marido. Estaba enfermo, en el hospital, pero deseando vernos. De hecho, él le había enviado a pedirnos que le visitáramos porque no podía acudir a nosotros, sus viejos camaradas. Berkman estaba fuera, expliqué, y yo tenía un montón de trabajo. No podría ir a su casa, aunque apreciaba mucho la invitación. Pero iría a visitar al paciente. «Uno se olvida de la existencia de las flores en Rusia», señalé, «pero, si no, me encantaría llevarle un ramo a tu marido». Después pregunté el nombre de mi visitante y la dirección del hospital. «Mi marido está en el antiguo sanatorio Landesman», contestó. «Su nombre es Deitsch». Salté de la silla como si me hubiera mordido una víbora. La mujer también se levantó de un salto. Durante unos segundos nos quedamos mirándonos la una a la otra. Finalmente recuperé la voz. Señalando la salida, le ordené: «¡Sal, sal inmediatamente! No queremos nada de ti ni de tu marido». «¿Cómo te atreves a hablarme así?», gritó iracunda. «Igual no sabes que mi marido es el jefe de la Checa». «Lo sé, lo sé perfectamente y no quiero compartir el aire contigo. ¡Vete!».

En lugar de irse, se sentó desafiante y empezó a regañarme por alternar con sionistas y burgueses. ¿Yo también me había convertido en una contrarrevolucionaria, preguntaba, que prefería tales bandidos a su marido, un camarada que había trabajado hasta enfermar al servicio de la Rusia revolucionaria? Deitsch podía obligarme a que fuera a verlo, dijo, y probablemente lo haría cuando le contara en qué se había convertido su maestra E. G. La dejé hablar. Mi edificio social se estaba derrumbando ladrillo a ladrillo. Un golpe más apenas importaba. No tenía energías para discutir, ni la esperanza de poder hacer entender a esa mujer que lo que

aclamaba como la revolución era una cosa monstruosa y que aquellos que la servían eran monstruos también.

Sasha regresó con nuestra secretaria veinticuatro horas más tarde de lo que habían previsto. Solo cuando el tren nos impulsó fuera de Odesa les conté mi encuentro con la esposa del todopoderoso chequista.

Mis compañeros me contaron la historia de su movido viaje a Nikolayevsk. Habían pasado experiencias terribles, visitado aldeas devastadas por la *razviorstka* («colecta obligada de la producción») y por las expediciones de castigo de los bolcheviques. Los chequistas que acompañaban el camión militar de suministros se comportaban como autócratas irresponsables en un país conquistado, exigiendo para su propio uso todo lo que podían transportar, incluso el último pollo de la casa más pobre. A lo largo del camino a Nikolayevsk, dijo Sasha, se habían encontrado largas filas de campesinos, flanqueados por tropas chequistas, llevando en carretas hasta Odesa su cereal confiscado.

En nuestro viaje de regreso a Kiev hicimos como los romanos. Los mercados aún desplegaban víveres en cantidad, pero los precios habían subido enormemente desde nuestra visita anterior. Estábamos convencidos de que en Petrogrado serían incluso más prohibitivos, si es que se podía encontrar algo allí. Por tanto nos pareció imperativo no regresar con las manos vacías para nuestros amigos. Por supuesto corríamos el riesgo de que nos detuvieran como especuladores. ¿Qué otro motivo podía inducir a alguien a exponerse a tal peligro y deshonra? ¿Compasión, el deseo de compartir con otros, la necesidad de aliviar la miseria y el sufrimiento? Estos términos ya no existían en el diccionario de la dictadura. Sabíamos demasiado bien que nos pondrían en la picota, no solo en Rusia, sino también en el extranjero. No tendríamos manera de defendernos, ni del delito de especulación ni de nuestra actitud actual hacia los bolcheviques. A pesar de todo esto, no era posible dejar pasar la oportunidad de garantizar la

comida de los amigos hambrientos en el norte. Más decisiva, si cabe, fue mi preocupación por Sasha y su salud. No nos habíamos alejado demasiado de Odesa cuando volvió a desmayarse. Esta vez su ataque duró más y fue más grave. El pan negro y los cereales agusanados habían sido como veneno para él en su estado. No conocía ninguna ley del Estado comunista que me ordenara poner en peligro su vida, menos que ninguna la orden absurda que convertía llevar comida a una población hambrienta en un delito contrarrevolucionario. Por tanto acumularía provisiones y aceptaría las consecuencias, decidí. Nadie aceptaba rublos soviéticos en pago. «¿Qué hacemos con estos papeluchos?», me decían los campesinos y tenderos. «No sirven ni para envolver, y para cigarrillos ya tenemos muchos». Aceptaban dinero zarista o incluso de Kerenski, aunque preferían lana, zapatos o cualquier otro trueque.

Nuestro regreso a Znamenka nos trajo el recuerdo de Henry con una renovada tristeza. No es que lo hubiéramos olvidado o que hubiéramos dejado de preocuparnos por su suerte. Pero desde que nos separamos nuestras experiencias habían sido tan absorbentes que habían requerido de todas nuestras energías. Sentí su partida involuntaria porque había sido un compañero espléndido y una ayuda muy estimable en la cocina. Nadie más en nuestro grupo, excepto yo, sabía cocinar. Henry era un experto haciendo tortitas, de lo que se enorgullecía mucho, y siempre estaba dispuesto a darme un relevo a la hora de cocinar dos comidas al día para siete personas. Además, esa labor, en un compartimento mínimo de un tren en marcha, durante el calor del julio y agosto ucraniano, hubiera sido una tortura si no hubiera sido por mi dispuesto pinche. Znamenka me trajo esos recuerdos y me hizo sentir el doble la pérdida de nuestro buen Henry.

Los polacos no habían tomado Kiev, como se había informado, pero el enemigo estaba a sus puertas, nos contaron a nuestra llegada. La población estaba más indignada que antes, porque estaba continuamente expuesta al peligro y las penurias por parte de quien tomara en cada caso posesión de la

ciudad. Se había, en cierto modo, reconciliado con el régimen soviético que estaba a punto de evacuar la ciudad ahora. En el Revkom nadie parecía mejor informado de la situación actual que el hombre de la calle. Vetoshkin no estaba y su secretario prefería hablar de Odesa. «*Tovarishtch* Rakovski», me dijo, «vino hace poco con un relato radiante de lo bien que van allí las cosas». Le aseguramos que en lo único que Odesa alcanzaba altas cotas de eficacia era en el sabotaje. «¿Lo decís en serio?», exclamó encantado. «Rakovski me echó un rapapolvo porque no lo hacíamos tan bien como en Odesa».

Los soviéticos se mantendrían en su puesto a pesar del peligro, declaraban los funcionarios, pero nos presionaban para que nos fuéramos a Moscú antes de que se bloquearan las carreteras. Sasha nos trajo la buena noticia de que un tren iba a salir al día siguiente en dirección al norte y que había quedado en enganchar nuestro vagón a él. Estábamos deprimidos por no ser capaces de continuar nuestro viaje a Crimea, pero en estas circunstancias eso estaba fuera de toda cuestión. Y Sasha no nos dejaba estar mucho rato de mal humor. Aquella tarde estaba especialmente alegre, contando anécdotas y chistes y haciéndonos reír a nuestro pesar.

A primera hora de la mañana, alguien que llamaba a la puerta nos despertó a Shakol y a mí. Aún adormiladas, escuchamos la voz de Sasha preguntándonos qué mala broma le habíamos gastado. Al abrir la puerta lo vimos allí envuelto en su manta. «¿Dónde está mi ropa?», preguntó. «Me la habéis escondido». La secretaria se partió de risa al verle y le juramos que éramos inocentes. Con lo cual regresó a su compartimento. Pronto estuvo de vuelta anunciando que, excepto su porfolio de documentos y un poco de dinero soviético, todo lo demás había desaparecido. Los ladrones habían hecho una limpia total, sin dejarle nada que ponerse. Incluso la valiosa pistola Browning que la secretaria de la señora Ravich le había prestado a Sasha para el viaje, y un pequeño reloj de oro, regalo de Fitzi, habían desaparecido. Habían tenido que colgarse sobre la cama de Sasha,

directamente encima de su cabeza. El ladrón había sido extraordinariamente habilidoso para no despertarlo a él o a nadie más en el vagón. Con cosas prestadas de los demás hombres, Sasha se equipó y se preparó para denunciar el robo. En medio de eso empezó a reírse para sus adentros. «El tipo que me birló los pantalones se va a quedar a cuadros», se reía, «porque el dinero está en un bolsillo secreto que no va a encontrar». Por un segundo no me percaté de lo que quería decir; después caí en la cuenta de que a Sasha le habían robado toda nuestra fortuna de seiscientos dólares. Seiscientos dólares que le había entregado esa misma tarde mientras mis enaguas, donde yo los guardaba, se secaban. «¡Nuestra independencia!», grité. «¡Se ha esfumado!».

A lo largo de todas las amargas decepciones en Rusia y durante nuestra lucha por encontrarnos a nosotros mismos y nuestra misión allí, me había sostenido un pensamiento: teníamos independencia material. No tendríamos que mendigar o arrastrarnos como tantos otros impulsados por el hambre. Habíamos podido conservar nuestra autoestima y negar cualquier componenda con la dictadura porque nuestros amigos americanos nos habían dado esa seguridad. Ahora se había esfumado. «¿Y ahora qué, Sasha?», grité. «¿Qué va a ser de nosotros?». Impaciente, contestó: «Parece que te preocupe más el dinero que nuestras vidas. ¿Te das cuenta de que si me hubiera movido, o si lo hubiera hecho alguien en el vagón, los ladrones nos habrían disparado a matar?». Nunca hubiera pensado que me aferrara a las cosas materiales, añadió. Era curioso que en lo primero que hubiera pensado fuera en el dinero. «No tan curioso cuando uno puede verse obligado a renegar de todo lo que estima para existir», contesté. Sencillamente no podía enfrentarme a la posibilidad de tener que comer de la mano del Estado bolchevique. Hubiera preferido que nos remataran nuestros visitantes nocturnos.

Esa noche no había podido dormir por el calor sofocante de nuestro compartimento y salí varias veces al pasillo a respirar un poco. Sasha había

dejado entreabierta la puerta de su compartimento para que le llegara un poco de aire por la ventana abierta del pasillo. Tuve la sensación de que esa ventana debía estar cerrada. No es que me hubiera imaginado el robo. Nuestro vagón estaba a la vista en la estación, patrullada por los soldados soviéticos. Nadie podría entrar o trepar a él sin que lo vieran. Pero hubieran podido coger fácilmente un enorme trozo de tocino que colgaba de la ventana metido en una bolsa. Era demasiado para el estómago de Sasha, había decidido. Pero justo lo que yo pensé que robarían, seguía aún en su sitio. En Petrogrado, un ladrón hubiera cogido sin duda la carne, pero en Kiev, aparentemente, la ropa era más codiciada. En cualquier caso, el ladrón podría haber sido un trabajador del ferrocarril, puesto que había podido entrar en el vagón y sin duda contaba con la complicidad de los soldados de guardia. Nuestro portero, que llevaba un tiempo actuando raro, tampoco estaba libre de sospecha. Sasha insistió en recuperar sus cosas o, al menos, el dinero. Mientras estuvo fuera movieron el vagón del lugar donde había estado durante la noche. Tal procedimiento no era inusual y no le prestamos atención. Nos dimos cuenta de su relevancia cuando Sasha regresó con dos milicianos y un perro policía. El sabueso olisqueó, pero todas las huellas habían sido borradas por el vapor de la locomotora. Inasequible al desaliento, Sasha, junto con algunos camaradas, inició una búsqueda por los mercados con la esperanza de que sus trajes estuvieran a la venta. Pero aparentemente los ladrones eran cautos. Podían permitirse tomarse su tiempo. Lejos de abandonar la búsqueda, Sasha quedó con algunos camaradas en que visitarían los mercados cada día durante al menos un mes y que comprarían sus pantalones a cualquier precio. «No te preocupes», seguía consolándome. «Nunca encontrarán ese bolsillo secreto con el dinero». Me hubiera encantado poder compartir el optimismo de mi irrefrenable amigo.

En Bryansk nos recibieron con las alegres noticias de la derrota final de Wrangel. Por extraño que resulte decirlo, Néstor Majno era proclamado un

héroe que había ayudado materialmente a conseguir la gran victoria. Ayer denunciado como contrarrevolucionario, como un bandido, como el ayudante de Wrangel, con un precio puesto a su cabeza, ¿qué había pasado para que se produjera un cambio tan repentino por parte de los bolcheviques? ¿Y cuánto durarían los festejos del amor? Porque Trotski ya había elogiado en su momento al líder del ejército rebelde campesino y después lo había condenado a muerte.

Tristes noticias enturbiaron nuestra alegría. En un periódico soviético leímos la muerte de John Reed. Tanto Sasha como yo habíamos querido mucho a Jack y sentimos su muerte como una pérdida personal. La última vez que lo había visto había sido el año anterior, cuando regresó de Finlandia, sin duda un hombre muy enfermo. Me había enterado de que estaba en el Hotel Internacional de Petrogrado, solo y sin nadie que lo atendiera. Lo encontré en un estado deplorable, con los brazos y las piernas hinchados, el cuerpo cubierto de úlceras y las encías en muy mal estado como resultado del escorbuto que había cogido en la cárcel. El pobre chico sufría incluso en mayor medida del espíritu, porque un comunista ruso, un marinero a quien escogió Zinoviev como acompañante, lo había traicionado ante las autoridades finesas. Los valiosos documentos y una gran suma de dinero que Jack llevaba a sus camaradas en América acabaron en manos de sus captores. Era el segundo fracaso de este tipo que sufría Jack y lo llevó muy mal. Dos semanas de mis cuidados lo pusieron de nuevo en pie, pero siguió muy afectado por los métodos de Zinoviev y del resto a la hora de poner en peligro las vidas de sus camaradas. «Sin necesidad y sin pensárselo dos veces», solía decir. A él mismo le habían embarcado en dos ocasiones en una aventura absurda, sin molestarse en averiguar si había alguna posibilidad de salir con éxito de la empresa. Pero, al menos, él podía cuidar de sí mismo y se embarcaba con los ojos abiertos. Además, en tanto como americano no corría los mismos riesgos que los camaradas rusos. Había comunistas, aún chavales, que estaban siendo sacrificados a manadas

por la gloria de la Tercera Internacional, se quejaba. «Tal vez sea la necesidad revolucionaria», le había sugerido yo. «Al menos eso dicen siempre tus camaradas». Él admitió que también había creído en eso, pero que su experiencia y la de otros le estaban haciendo dudar. Su fe en la dictadura seguía siendo ferviente, pero empezaba a desconfiar de algunos de los métodos empleados, especialmente por parte de los hombres que siempre se quedaban a salvo.

En Moscú supimos de la presencia allí de Louise Bryant, la esposa de Jack. En circunstancias normales no me habría molestado en ir a su encuentro. Conocía a Louise desde hacía muchos años, incluso antes de que estuviera con Jack. Una criatura vivaz y atractiva, se hacía querer aunque no se pudieran tomar muy en serio sus proclamas sociales. En dos ocasiones me había dado cuenta de su falta de fondo. Durante nuestro juicio en Nueva York, mientras que Jack había acudido valientemente en nuestra ayuda, Louise se había tomado muchas molestias para evitarnos. Estaban pensando en ir a Rusia y a ella evidentemente le daba miedo que su nombre se relacionara con el nuestro en ese periodo de guerra tan peligroso, aunque en tiempos de paz siempre había proclamado su gran amistad con nosotros. Pero no me pareció algo especialmente grave.

Una ofensa más seria, y que me había enfadado considerablemente, fue la representación sesgada del anarquismo en su libro sobre Rusia. Mi sobrina Stella me lo había enviado a la cárcel de Misuri y me indignó encontrar allí repetida esa estúpida historia de que Rusia estaba nacionalizando a las mujeres, que había aparecido primero en la prensa americana. Louise acusaba a los anarquistas de haber sido los primeros en publicar el decreto. No se había tomado la menor molestia para aportar ninguna prueba de sus locas aseveraciones ni se había tampoco molestado en responder a la carta en la que yo se las pedía. Lo consideré como uno más de los baratos libelos que se publicaban sobre los bolcheviques y decidí no tener nunca nada más que ver con Louise.

Aquello parecía que hubiera ocurrido siglos atrás. Louise había sufrido la pérdida de Jack y estaba rota, me dijeron amigos comunes. Acudí a ella sin ninguna reserva, demasiado conmovida por su tragedia como para remover el pasado. La encontré hecha un desastre, completamente destrozada. Rompió a llorar convulsivamente de una forma que ninguna palabra podía consolar. La abracé y sostuve en silencio su cuerpo tembloroso. Tras un rato se calmó y empezó a contarme la triste historia de la muerte de Jack. Ella había llegado a Rusia disfrazada de marinero, con enormes dificultades, solo para encontrarse al llegar a Petrogrado con que a Jack lo habían enviado a Bakú para asistir al Congreso de las Razas Orientales. Suplicó a Zinoviev que no le enviara, porque aún no se había recobrado del todo de la experiencia en Finlandia. Pero el dirigente de la Tercera Internacional fue inflexible. Reed tenía que representar al Partido Comunista americano en el congreso, decidió. En Bakú, Jack enfermó de tifus y le llevaron de vuelta a Moscú un poco después de que llegara Louise.

Traté de consolarla asegurándole que Jack habría recibido los mejores cuidados posibles a su vuelta a Moscú, pero ella afirmaba que no se había hecho nada por el chico. Pasó una semana antes de que los médicos se pusieran de acuerdo sobre el diagnóstico y, después de eso, habían confiado a Jack a un doctor incompetente. Nadie en el hospital sabía nada de enfermería y solo después de una prolongada discusión, Louise había conseguido que le dieran permiso para cuidar de Jack. Pero él había delirado en sus últimos días y probablemente ni siquiera se dio cuenta de la presencia de su amada. «¿Podía hablar?», le pregunté. «Yo no entendía lo que decía», contestó Louise, «pero repetía todo el rato: “pillado en la trampa, pillado en la trampa”. Solo eso». «¿En serio Jack usaba esa expresión?», exclamé sorprendida. «¿Por qué lo preguntas?», inquirió Louise, apretándome la mano. «Porque así es exactamente como me he sentido desde que empecé a ver por debajo de la superficie. Pillada en una trampa. Exactamente así».

Me preguntaba si Jack habría llegado a ver lo que no estaba del todo bien de su ídolo, o si había sido solo la cercanía de la muerte la que había iluminado por un momento su mente. La muerte desvela la verdad desnuda, no resiste el engaño.

Al día siguiente teníamos que salir hacia Petrogrado para presentar nuestro informe en el Museo de la Revolución, pero Louise me suplicó que nos quedáramos para el funeral. Se sentía sola y abandonada, y éramos los únicos amigos que tenía. Ahora que Jack no estaba, ella ya no interesaba a los bolcheviques. Ya se lo habían hecho notar, dijo. Los funerales públicos siempre me habían parecido una abominación pero, a pesar de todo, le prometí quedarme para estar a su lado y ayudarla a pasar el doloroso trago. Le dije a Louise que Sasha asistiría también si podía convencer al resto de los miembros de la expedición para retrasar un día el viaje.

Louise me transmitió un mensaje de nuestro amigo Henry Alsberg. Venía a decir que, gracias a la amabilidad del guardia que lo trajo de vuelta a Moscú, se había librado de la cárcel de la Checa. El *tovarishtch* le había permitido visitar a sus amigos en Asuntos Exteriores antes de entregarle a la Checa. Nuorteva, a quien estaba especialmente ansioso por ver, lo retuvo allí y organizó su liberación después de comunicarse con los funcionarios de la Checa. Si hubiera llegado al edificio de la Checa, proseguía Henry, habrían pasado meses hasta que sus amigos lo hubieran localizado y sacado de allí con sus desvelos. Después Henry se había marchado a Riga, pero pensaba regresar en primavera. Había dejado a Louise el dinero que le habíamos dado cuando lo detuvieron, que solo eran doscientos dólares, pero que, ahora, era una verdadera fortuna para nosotros. Por unos pocos meses al menos seríamos materialmente independientes, como lo habíamos sido antes de que le hubieran robado a Sasha.

Durante todo el viaje no habíamos recibido el correo, pero en la Oficina de Asuntos Exteriores, nuestra vieja amiga Ethel Berstein nos entregó ahora un buen paquete procedente de América. Al mismo tiempo me dio un

recorte del *Tribune* de Chicago. Era de John Clayton y contaba cómo «E. G. rezaba ante una bandera americana colgada en su pared pidiendo regresar a los Estados Unidos». Me había quejado amargamente, afirmaba, de los bolcheviques y de su trato hacia mí. «Por supuesto aquí nadie se cree esa historia asquerosa», señaló Ethel. «Pero igual deberías hablar con Nuorteva de ello». El hombre que mencionaba estaba a cargo del departamento de publicidad de Asuntos Exteriores. No veía razón para disculparme. Pero me disgustaba haber creído que Clayton resultaría más honesto y decente que los demás reporteros americanos que me habían acosado en Rusia. Clayton me había dado la impresión de ser digno de confianza. ¿Podría ser que su historia hubiera sido manipulada por el editor? La bandera a la que se refería era una miniatura que Jack Reed había pegado en broma sobre el retrato de Fitzi que colgaba de mi pared y que yo había olvidado quitar. La broma inocente de un amigo se volvía una mentira fantástica. Era asqueroso. ¡Y mi queja del régimen, cuando yo había sido especialmente reticente en compartir con Clayton mi opinión sobre esos temas! En fin, los soviéticos podían creer lo que quisieran, pero no iban a recibir explicaciones por mi parte.

Nuorteva me recibió muy amablemente y me dio un enorme paquete de cartas. No mencionó la historia de Clayton ni yo tampoco. Con un orgullo considerable habló de haber salido de América con el primer pasaporte soviético que se presentó en Washington. Ahora estaba al frente del departamento anglosoviético de Asuntos Exteriores, y le encantaría serme de ayuda en cualquier cuestión referente al correo. Me sentí agradecida por su tacto al no mencionar el desgraciado asunto de las fábulas de Clayton.

Me apresuré a llegar a nuestro vagón para leer el correo. Cartas de Stella, Fitzi y otros amigos expresaban su satisfacción porque hubiéramos finalmente encontrado un ámbito para trabajar. No dudaban, escribían, que ahora podríamos expresar completamente nuestras energías e ideales. Cartas de fechas posteriores contenían recortes de la historia de Clayton,

entre ellos uno que leí y releí con total estupefacción. Era una carta para Stella que yo le había dejado a Jack Reed para que la pusiera en el correo y que le habían quitado cuando lo detuvieron en Finlandia. Tras varias lecturas conseguí entender que el editor del periódico había convertido mi misiva a Stella en una carta de amor dirigida a John Reed. «¡Pobre Louise! ¡Pensar que no sabe nada de mi supuesto romance con Jack!», me reí con Sasha.

Nuestros camaradas en Moscú nos informaron de las redadas a lo largo y ancho de la ciudad que habían tenido lugar a primeros de octubre. Entre las muchas víctimas se contaba también María Spiridonovna. En aquel momento estaba enferma de fiebres tifoideas, pero la Checa la había detenido y enviado al hospital de la cárcel. ¡Alma grande e idealista! El martirio de la querida Maruysa no tenía fin.

Fanya y Aaron Baron, que estaban en Moscú, nos informaron de cómo se habían desarrollado los acontecimientos en lo que se refería a Néstor Majno. Como las fuerzas rojas no podían resistir contra Wrangel, los bolcheviques habían recurrido a la ayuda del líder *povstansty*. Él y su ejército habían accedido con la condición de que los anarquistas y majnovitas fueran liberados de prisión y que el gobierno soviético les concediera el derecho a una conferencia general. Makhno nos había nombrado a Sasha y a mí como sus representantes para redactar el acuerdo. Nunca se nos había comunicado esto, pero los bolcheviques aceptaron las peticiones de Majno y realmente liberaron a unos cuantos *povstantsy* y a alguno de nuestros camaradas. También habían concedido permiso para la reunión, que nuestros camaradas de toda Rusia habían acordado tener en Jarkov. Volin y el resto ya habían salido hacia esa ciudad y se esperaba allí a camaradas de todos los rincones del país.

Un cielo gris pendía sobre Moscú, la lluvia incesante tamborileaba su melodía melancólica y las coronas artificiales que ya habían servido para

otros funerales componían el adiós a Jack Reed en la Plaza Roja. Ninguna belleza para el hombre que tanto la había amado, ningún color para su alma de artista. Ninguna chispa de la llama ardiente del luchador inspiró a aquellos que mediante discursos pomposos lo reclamaban como su camarada. Solo Alexandra Kolontái se acercó al espíritu de John Reed y encontró palabras que le habrían complacido. Durante su elogio sencillo y hermoso a Jack, Louise se desmayó y cayó al suelo justo cuando el ataúd descendía a la tumba. Sasha casi tuvo que llevarla en brazos al automóvil que Nuorteva había puesto a nuestra disposición. Nuestro viejo amigo americano, el doctor W. Wovschin, recién llegado a Rusia, nos acompañó para asistir a la desolada Louise.

En el Museo de la Revolución, en Petrogrado, se nos recibió como a héroes que regresaran del frente. Era ya un logro considerable regresar vivos tras cuatro meses de un viaje como el que habíamos hecho, y haber rescatado también un cargamento entero de material de valor histórico. El futuro, nos decían, nos recompensaría según nuestros merecimientos. Todo lo que podía hacer el museo ahora era proporcionarnos un mes de descanso. Ahora pertenecíamos a la plantilla del museo, nos notificaron Yartmanov y Kaplan, y no teníamos que buscar otras actividades. Dentro de un mes empezaríamos un nuevo viaje. Nuestra expedición tendría el privilegio de poder elegir su destino y su ruta. O bien Crimea, que desde entonces ya había sido completamente liberada de las fuerzas de Wrangel, o bien Siberia, donde Semenoff y Kolchak habían sido finalmente derrotados, serían nuestro objetivo. En ambos lugares había mucho material esperándonos y se esperaba que enriqueciéramos el museo con él.

«¡No a Siberia durante el invierno!», temblaron nuestros miembros rusos. Tampoco nos agradaba especialmente la idea, aunque recordábamos la invitación de Krasnoschokov de ir a la República del Lejano Oriente. Pero no había por qué tomar una decisión inmediata, declaró el jefe del museo.

Alexander Ossipovich y Emma Abramovna (refiriéndose a Sasha y a mí), insistió, tenían pinta de necesitar unas vacaciones.

Sasha y yo habíamos decidido pedir al departamento de Vivienda un cuarto en el que pudiéramos vivir como el resto de la población no comunista. La perspectiva de otro viaje dentro de un mes nos hizo retrasar el plan hasta otro momento, porque tardaríamos más de un mes en conseguir alojamiento. Nos hubiera gustado quedarnos en el vagón, pero estaba el problema de calentarlo y de acceder a la ciudad. La señora Ravich nos propuso que nos alojáramos en el Hotel Internacional. Se empleaba para los visitantes extranjeros, los huéspedes pagaban por sus habitaciones y sus comidas, y los precios eran razonables, quince dólares al mes por un cuarto y dos comidas diarias. Su principal atractivo era la limpieza y la posibilidad de darse un baño. Era el mejor establecimiento de este tipo en Rusia para mortales que no fueran comunistas, y nos alivió mucho quedarnos allí.

El material del museo, como no se consideraba contrabando, era fácil de transferir desde nuestro vagón. No tanto la comida que habíamos traído con nosotros. Como portábamos un pase para entrar y salir libremente de la estación, no levantamos sospechas, aunque se necesitaron cuatro personas y una semana para sacar todo el material. En el apartamento de un amigo lo repartimos todo en paquetes y lo enviamos a los amigos enfermos y a los que tenían niños que necesitaban grasas y dulces. Egoístamente yo había querido guardar suficiente harina blanca para evitar el pan negro a Sasha durante el invierno. Ahora que pronto íbamos a emprender otro viaje, el desagradable gesto resultaba innecesario. Fue una satisfacción no pequeña poder aliviar la necesidad de unas cuantas personas más, siquiera por un breve tiempo.

A pesar de toda la planificación, ni fuimos a Crimea ni a la República del Lejano Oriente. En su lugar viajamos a Arcángel, «para cerrar el año»,

como dijo Yatmanov. Ese distrito había sido el centro de las operaciones de los intervencionistas, en las que mi antiguo país había jugado un papel tan deshonroso, y me alegraba que nos dieran la oportunidad de explorarlo.

Fuimos solo tres en ese viaje. La pareja rusa prefirió acomodarse junto a la estufa en Petrogrado, mientras que nuestro joven colaborador comunista tenía que retomar sus estudios en la universidad.

De camino a Arcángel hicimos dos paradas, en Yaroslavl y en Vologda. Ambas ciudades habían sido cuartel de los conspiradores en contra de la Revolución. La primera había servido como base del levantamiento del antaño célebre revolucionario Savinkov, ahogado en la sangre de miles. Vologda había sido el cuartel general del embajador americano Francis y de otros manipuladores en favor de la intervención.

Yaroslavl aún conservaba señales de la lucha fratricida; su cárcel estaba llena de oficiales del ejército de Savinkov que habían escapado de la muerte. En ninguna de las dos ciudades encontramos nada de especial valor para el museo.

Arcángel, en la embocadura del Dvina, al norte, estaba separado de la estación de ferrocarril por el río helado. Al llegar nos encontramos con una temperatura de cincuenta bajo cero, pero el sol que brillaba y el aire seco y fresco hacía que el frío calara menos que en Petrogrado. Stella, mi sobrina, que pensaba en todo, me había obligado a llevarme su abrigo de piel en su última visita a la isla de Ellis. Pero nunca me lo había puesto porque, por rarezas mías, cuando vestía pieles me daba la sensación de que el animal estuviera aún vivo y reptando por mi cuello. Todo el mundo nos había prevenido de las heladas de Arcángel y, como precaución, me llevé el abrigo. Grande fue mi alivio cuando me di cuenta de que podía moverme con mi viejo abrigo de chinchilla y un jersey e, incluso así, sentir calor al sol. Era una sensación vivificante poder pasear por la superficie helada del río y por las limpias calles de Arcángel, una novedad en una ciudad rusa. De hecho, la ciudad nos escondía numerosas sorpresas. Nuestras

credenciales, despreciadas en el sur, aquí resultaban ser una auténtica varita mágica y abrían de par en par las puertas de cualquier institución soviética. El jefe de la Ispolkom y todo el resto de funcionarios se desvivían para ayudar a nuestra misión. Se esforzaron en que nuestra estancia fuera memorable, como en efecto lo fue. Su actitud fraternal hacia la población, los esfuerzos equitativos para proporcionarles comida y vestido en la medida de sus fuerzas, nos hacían pensar que aquí operaban principios diferentes que en «el centro». Los hombres y mujeres a cargo de los asuntos públicos de Arcángel habían captado la gran verdad de que la discriminación, la brutalidad y la persecución no eran lo adecuado para convencer a la gente de que el comunismo era hermoso o deseable, o para suscitar amor por el régimen soviético. Buscaron métodos más eficaces. Abolieron la especulación con la comida organizando un reparto más justo de las raciones. Acabaron con las humillantes y agotadoras colas instituyendo tiendas cooperativas donde los habitantes recibían la atención debida y un trato cortés. Aportaron un tono y una atmósfera amigable en todas las instituciones soviéticas. Aunque esto no había convertido a toda la comunidad en discípulos de Marx y Lenin, había ayudado a eliminar la insatisfacción y la hostilidad tan generalizada en otras partes del país. La gente decía que los comunistas habían adquirido su organización, eficacia y orden del ejemplo de los americanos que residían en la ciudad. Si eso era así, se habían revelado como alumnos aventajados. Pues, en Arcángel, las características habituales de la vida soviética, incluyendo el sabotaje, el desperdicio y la confusión estaban casi por completo ausentes.

Estos robustos hijos del norte tenían aparentemente algo profundamente *antisovietsky*: respeto por la vida humana y reconocimiento de su santidad. A las antiguas monjas, frailes, oficiales blancos y miembros de la burguesía se les daba un trabajo útil en lugar de ponerles contra el muro. Esto fue una revelación extraordinaria. La mera sugerencia de algo así en cualquier otra parte de Rusia los habría marcado como personajes muy sospechosos,

cuando no directamente contrarrevolucionarios. Aquí el nuevo método había rescatado cientos de vidas y había ganado trabajadores adicionales para el régimen. No es que la Checa estuviera ausente o que se hubiera abolido la pena de muerte. Una dictadura apenas puede existir sin estos elementos. Pero en Arcángel, la Checa no había acaparado los poderes ilimitados de los que gozaba en otros lugares. No era un Estado dentro del Estado cuya única función era el terror y la venganza. Si estas medidas estuvieran realmente dictadas por la necesidad revolucionaria, los métodos bárbaros de los blancos en el norte de Rusia habrían sin duda justificado su empleo. No solo los comunistas, sino todos aquellos remotamente afines a ellos habían sido sometidos a la tortura y la muerte. Familias enteras habían sido exterminadas sin piedad por los blancos. Kulakov, jefe del Ispolkom, por ejemplo, había perdido a todos los miembros de su familia. Ni siquiera su hermana pequeña, una niña de tan solo doce años, había escapado de la perfidia del enemigo y no había apenas un hogar liberal o radical que no hubiera sentido la mano cruel de aquellos que habían llegado para aplastar la Revolución.

«Naturalmente no podíamos enfrentarnos a esa furia con manos enguantadas», nos dijo el jefe del departamento de Educación. «Contraatacamos con rabia pero, cuando el enemigo salió huyendo, no vimos la necesidad del terror o la venganza. Creíamos que la venganza solo serviría para poner al pueblo en nuestra contra. Nos pusimos a trabajar para arreglar el caos que habían dejado los blancos y para recuperar todas las vidas que pudiéramos entre nuestros prisioneros». «¿Y todos vuestros camaradas estaban de acuerdo en métodos tan “sentimentales”?», pregunté asombrada. «Por supuesto que no», contestó. Muchos insistían en adoptar medidas más drásticas y aún quedan algunos que afirman que pagaremos caro lo que ellos llaman nuestra actitud reformista hacia aquellos que han conspirado en contra de la Revolución. Sin embargo, continuó el jefe, los camaradas más sensatos se impusieron y la experiencia había demostrado

que incluso los antiguos oficiales blancos podían ser útiles en diversos oficios. Parte de ellos tenían un empleo como profesores y estaban haciendo una labor fiel y útil. Lo mismo se podía decir de otros departamentos. Además, incluso elementos tan opacos e hipócritas como las monjas y los frailes habían respondido al trato humano. No era para nada sentimentalismo, sino sentido común lo que le había enseñado, añadió, que la voluntad de vivir no la dictan los credos. Las monjas y los frailes estaban sometidos a esa ley de la naturaleza como cualquier otra persona. Después de que se les privara de los claustros y los monasterios y que se enfrentaran a la muerte si seguían conspirando, o a la desnutrición si se negaban a trabajar, se mostraron más que dispuestos a ser útiles de cualquier manera. Podíamos convencernos de ello, dijo, visitando los colegios, las guarderías y las escuelas de artes y oficios.

Lo hicimos. Llegamos sin anunciarnos y sin que se nos esperara, y encontramos unas instituciones con unas condiciones ejemplares. Hablé con algunas de las monjas que trabajaban allí. Parte de ellas habían estado apartadas del mundo durante un cuarto de siglo. Mentalmente aún vivían en el claustro. No entendían nada de las fuerzas nuevas y magníficas que operaban a su alrededor, pero estaban haciendo un trabajo espléndido, que incluía alfarería, agricultura, ilustraciones para libros infantiles, decorados teatrales para sus representaciones y cosas así. También hablé con algunos artesanos y ebanistas de talento singular. Algunos de ellos habían sido pillados con las manos en la masa en conspiraciones contrarrevolucionarias. Uno se lamentaba de que su trabajo no le diera tanto dinero como antiguamente. Pero le habían perdonado la vida y le permitían seguir haciendo un trabajo que le gustaba. No aspiraba a nada más, dijo.

Unos días más tarde tuve la ocasión de conocer a uno de los oficiales blancos, considerado ahora uno de los mejores maestros. No podía estar de acuerdo con la dictadura, me admitió francamente, pero había acabado por darse cuenta de la locura criminal que era la intervención extranjera. Los

aliados habían prometido muchas cosas al país, pero lo único que habían hecho era dividir a los rusos entre sí. Los americanos se habían portado bien, pensaba. Se habían controlado, sus soldados no salían a la calle por la noche y también habían sido generosos con la comida y la ropa. Cuando se fueron, repartieron sus provisiones sobrantes con liberalidad. Los británicos habían sido otra cosa. Los soldados acosaban a las mujeres nativas, los oficiales eran arbitrarios y altivos y el general Rollins había ordenado que se arrojaran al mar las provisiones sobrantes antes de que zarparan los buques británicos. Él no quería tener nada que ver con la intervención. Le gustaba enseñar y le gustaban mucho los niños, y ahora tenía la oportunidad de su vida.

Otras personas de diversas afiliaciones políticas nos expresaron sentimientos similares. Casi todos estaban de acuerdo en que el régimen soviético estaba llevando de forma sincera y con éxito la política de reciclaje y que la base social se ensanchaba gradualmente, incluso entre aquellos que no compartían el punto de vista del comunismo. En otras palabras; nadie era discriminado por su pasado.

Entre la cantidad de material que recogimos en el norte había una serie de publicaciones anarquistas y revolucionarias que se habían editado clandestinamente durante el régimen zarista y durante todo el periodo de la ocupación. Había un último mensaje de un marinero condenado a muerte por los invasores, muy impresionante, que contenía una descripción minuciosa de la tortura a la que le habían sometido los oficiales británicos para obtener información. Había también fotografías de hombres y mujeres mutilados por los contrarrevolucionarios. Además Sasha había recogido también material interesante de Bechin, el jefe del sindicato soviético, por medio del cual el gobierno provisional había querido aplastar el movimiento obrero en el norte. Junto con otros, pero en calidad de responsable, Bechin había sido juzgado por traición y condenado a una muerte lenta en la terrible prisión de Yokanan, en la zona del Ártico. Había

escrito un diario de su detención, juicio y encarcelamiento y, tras mucho rogar, Sasha le había convencido de que lo entregara para el museo.

Arcánngel resultó tan apasionante que estuvimos allí dos semanas más de lo previsto. Aún teníamos que visitar Murmansk y nuestras credenciales caducaban a finales de año. Con pesar nos despedimos de los amigos que habíamos hecho y de la gente espléndida que habíamos conocido en la ciudad.

A tres días de distancia de nuestro objetivo tuvimos que regresar. Unas fuertes tormentas de nieve bloqueaban nuestra ruta y avanzábamos como caracoles. Nos habría llevado semanas llegar a nuestro destino, pues antes había que despejar el camino de la montaña de nieve que había caído. A cincuenta millas de Petrogrado nos quedamos de nuevo atascados, esta vez por una ventisca cegadora. Afortunadamente, teníamos combustible y provisiones para varios días. Nos dispusimos pacientemente a esperar, porque no podíamos hacer otra cosa en esas circunstancias.

En Nochebuena, aún retenidos en el camino, Shakol y Sasha me dieron una sorpresa. Un pequeño pino, decorado para la ocasión e iluminado con velas de colores, lucía alegre en nuestro compartimento. América aportó los regalos, o mejor dicho, mis amigas, que habían enviado regalos antes de que embarcáramos. Un buen grog caliente, hecho con el ron que nos habían dado en Arcángel, ayudó a que la fiesta fuera completa.

Pensé en la Navidad del año anterior, de 1919. Sasha y yo estábamos en el *Buford*, junto con otros muchos indeseables, arrancados de nuestro trabajo, de nuestros camaradas y de nuestros seres queridos, navegando hacia un destino desconocido. En manos enemigas, bajo una rígida disciplina militar, nuestros compañeros varones apiñados bajo cubierta como ganado y alimentados con comida penosa, todos expuestos a un peligro inminente por las minas de guerra. Y no nos importaba. La Rusia soviética nos esperaba, liberada y renacida, la culminación de una lucha heroica de cien años. Nuestras esperanzas estaban vivas, nuestra fe era

como una antorcha y todos nuestros pensamientos se centraban en nuestra *Matushka Rossiya*.

Ahora era la Navidad de 1920. Nos encontrábamos en Rusia, su suelo sereno tras las tormentas rugientes, su traje blanco y verde bajo un cielo enjoyado. Nuestra casa sobre ruedas era caliente y cómoda. Mi viejo amigo y una nueva amiga estaban a mi lado. Tenían un ánimo festivo y yo deseaba participar en su alegría. Pero en vano. Mis pensamientos estaban en 1919. Solo había pasado un año y no quedaba nada más que las cenizas de mis sueños fervientes, de mi fe ardiente, de mi canción gozosa.

Llegamos a Petrogrado en un momento de nerviosismo supino por el destino de los sindicatos. El problema se había discutido ya en las sesiones del partido el octubre anterior y, desde entonces, en los preparativos para el 8.º Congreso Ruso de los Sóviets. Los sindicatos debían ser una escuela de comunismo, había declarado Lenin, y las opiniones contrarias de Trotski, del viejo académico marxista Riazanov, de Kolontái, que lideraba los círculos obreros, tuvieron que capitular ante el *dictum* de Ilich. Trotski insistía en que lo único que podía salvar la Revolución era la militarización del trabajo obrero y la subordinación completa de los sindicatos a las necesidades del Estado. Trotski no se había leído a Marx, declaró Lenin, mientras que a las opiniones de Kolontái les faltaba un hervor. En cuanto a Riazanov, se le prohibió toda declaración pública durante seis meses con el argumento de que no sabía de lo que hablaba.

Finalmente la gran explosión se precipitó, provocada por Kolontái y por el viejo comunista Shlyapnikov, que representaba a la oposición sindical. La Revolución la habían peleado los obreros, insistían, y se había asegurado al mundo que la auténtica dictadura rusa era la del proletariado. En lugar de ello, a las masas se les había despojado de cualquier derecho y de cualquier decisión sobre la vida económica del país. Estos dos osados líderes del obrerismo estaban de hecho articulando los pensamientos y sentimientos del

trabajador, incluso de los militantes comunistas de base, que no tenían manera de que se les escuchara.

La tormenta que esto levantó amenazó con afectar al Partido. Había que hacer algo y Lenin estuvo a la altura de la ocasión. Amontonó ridículo sobre los herejes que osaban expresar sentimientos «de ideología pequeñoburguesa». Rápidamente se asfixió a la oposición. El panfleto de Kolontái sobre las exigencias obreras fue suprimido y su autora severamente castigada, mientras que el viejo Shlyapnikov, de un metal más flojo, fue silenciado nombrándolo miembro del comité ejecutivo del Partido y después ordenándole que se tomara un merecido descanso. Se reorganizó nuestra expedición y se hicieron los preparativos para nuestra tercera gira, que definitivamente se había decidido que fuera un viaje a Crimea. Pero, en el último momento, nuestros planes quedaron bloqueados por una orden del Ispart, el organismo comunista recién creado con el fin de recoger datos sobre la historia del Partido Comunista. Al Museo de la Revolución se le notificó secamente que, a partir de ahora, la nueva organización se encargaría de todas las expediciones, que el Ispart reclamaba la preferencia, en virtud de su carácter comunista, en todas las iniciativas. También tomaría el mando de nuestro vagón, aunque al Museo de la Revolución se le concedería el privilegio de asignar alguno de los miembros al trabajo del Ispart.

Todos los miembros del museo entendieron la arbitrariedad de la nueva institución como un intento deliberado de recortar su independencia y de limitar el alcance de su trabajo. Incluso el comisario Yatmanov, un devoto comunista, se expresó en términos poco amables sobre los zelotes del partido que insistían en tenerlo todo atado y bien atado. Era impensable someterse a esos métodos sin oponer resistencia, declaró. Llevaría inmediatamente el asunto hasta el final en Petrogrado, mientras que nosotros debíamos ir a Moscú. Sasha tenía que ir a ver a Zinoviev y yo a Lunacharski, que eran patronos del Museo de Petrogrado. La decisión del

Ispart infringía la jurisdicción de Zinoviev sobre Petrogrado, sin duda protestaría por ello; mientras que Lunacharski, en tanto director de todas las iniciativas culturales de Rusia, no toleraría tal invasión de su ámbito, afirmó Yatmanov.

No teníamos demasiadas esperanzas, pero aceptamos ir a Moscú. Declaramos, eso sí, que, si el Ispart ganaba en este asunto, nosotros interrumpiríamos nuestra afiliación con el museo, por muy doloroso que nos resultara. Sabíamos demasiado bien lo que suponía tener un comisario político controlando nuestro trabajo y nuestros movimientos. Significaba dictadura y espionaje e implicaba intereses partidistas, querellas e interrupciones. Habíamos declinado ofertas de puestos muy altos únicamente porque no queríamos someternos a ese tutelaje.

De hecho, Zinoviev se enojó mucho por el intento del Ispart de monopolizar el trabajo del Museo de Petrogrado y de interferir en su programa. Escribió una carta protestando ante sus camaradas de la nueva institución y se la entregó a Sasha para que la presentara y discutiera. El Museo de la Revolución no se metía en el campo del Ispart: había cartografiado su propia tarea y de ninguna manera entraba en conflicto con el organismo de Moscú. En tanto director del comité ejecutivo del Museo de Petrogrado, no consentiría tal interferencia autocrática, escribía Zinoviev. Además, garantizó a Sasha que llevaría el asunto hasta el propio Lenin si el Ispart persistía en su decisión arbitraria.

Lunacharski también se enfadó con los «locos que quieren controlar todas las iniciativas culturales». Prometió protestar contra esas tácticas, pero después me enteré de que, en realidad, no tenía mucha autoridad. El verdadero poder en el comisariado ruso de Educación era Pokrovski, un comunista de la vieja estirpe. Él era quien había fundado el Ispart. Lunacharski era un títere, explotado por el partido por su supuesta influencia europea, puesto que había vivido muchos años en el extranjero y era muy conocido en sus círculos culturales.

Encontrar un alojamiento en Moscú era siempre un problema difícil pero, afortunadamente, nos libramos de la desagradable tarea de mendigar por un techo sobre nuestras cabezas. Nuestra amiga Angélica Balabanoff estaba a cargo de una oficina ruso-italiana alojada en una casa que antes había ocupado una organización extranjera. Ella y su plantilla vivían ahora allí y, como tenía dos cuartos libres, Angélica nos invitó a quedarnos con ella.

Nuestros esfuerzos a favor del Museo de Petrogrado se veían bloqueados por todos lados por la autoridad concentrada de la maquinaria comunista, y resultaron infructuosos. Petrogrado nos pedía un informe en persona y decidimos regresar. Ya habíamos comprado los billetes cuando llegó desde Dmítrov la noticia de que nuestro viejo camarada Piotr Kropotkin estaba enfermo de neumonía. El susto fue aún mayor porque habíamos visitado a Piotr en julio y lo habíamos encontrado con buena salud y muy animado. Parecía más joven y mejor que cuando lo visitamos el mes de marzo pasado. El brillo de sus ojos y su vivacidad nos había impresionado. El hogar de los Kropotkin estaba muy bonito bajo el sol del verano, con las flores y la huerta de Sofía en todo su esplendor. Piotr había hablado con mucho orgullo de las habilidades como jardinera de su compañera. Nos había llevado a Sasha y a mí de la mano con vehemencia juvenil hasta el lugar donde Sofía había plantado un tipo especial de lechuga. Había conseguido hacer cogollos grandes como repollos, con las hojas crujientes y lustrosas. Él también había estado cavando, pero Sofía, repetía, era la verdadera experta. Su cosecha de patatas del invierno anterior había sido tan grande que había tenido suficiente como para intercambiarlas por forraje para su vaca, e incluso para compartirlas con sus vecinos de Dmítrov, que tenían escasez de hortalizas. Nuestro querido Piotr había estado presumiendo de su huerto y hablando de estos asuntos como si fueran acontecimientos mundiales. El ánimo juvenil de nuestro camarada era contagioso y nos arrebataba con su frescura y encanto.

Por la tarde, reunidos en su estudio, había vuelto a ser el pensador y científico, claro y agudo en sus juicios sobre acontecimientos y personas. Habíamos hablado de la dictadura, de los métodos que la necesidad imponía a la revolución y aquellos inherentes a la naturaleza de un partido. Quería que Piotr me ayudara a entender mejor la situación que amenazaba con arruinar mi fe en la revolución y en las masas. Pacientemente y con la ternura que uno emplea con un niño enfermo, había intentado tranquilizarme. No había por qué desesperar, me rogaba. Entendía mi conflicto interior, me aseguraba, pero estaba seguro de que, con el tiempo, aprendería a distinguir entre la Revolución y el Régimen. Eran dos mundos opuestos, y el abismo entre ellos se abría cada vez más a medida que pasaba el tiempo. La Revolución rusa era mucho más grande que la francesa y con un significado mundial mayor. Había golpeado con intensidad la vida de las masas de todo el mundo, y nadie podía anticipar la rica cosecha que la humanidad sacaría de ella. Los comunistas, adhiriéndose irrevocablemente a la idea de un Estado centralizado, estaban condenados a desviar el curso de la Revolución. Como su fin era la supremacía política, se habían convertido inevitablemente en los jesuitas del socialismo, justificando todos los medios para conseguir sus fines. Sus métodos, no obstante, paralizaban las energías de las masas y aterrorizaban al pueblo. Y sin el pueblo, sin la participación directa de los trabajadores en la reconstrucción del país, no se podía lograr nada creativo ni esencial.

En el pasado nuestros propios camaradas, continuaba Kropotkin, no habían prestado suficiente atención a los elementos fundamentales de la revolución social. La clave de un levantamiento así es la organización de la vida económica del país. La Revolución rusa había demostrado que teníamos que prepararnos para eso. Había llegado a la conclusión de que el sindicalismo iba a proporcionar aquello de lo que más carecía Rusia: el canal por el que podía fluir la reconstrucción industrial y económica del país. Se refería al anarcosindicalismo, e indicaba que ese sistema, con la

ayuda de las cooperativas, libraría a las futuras revoluciones de los errores fatales y del horrible sufrimiento que estaba experimentando Rusia.

Todo esto regresó vívidamente a mi mente ante las tristes noticias del colapso de Kropotkin. No podía ni plantearme volver a Petrogrado sin ver a Piotr una vez más. Las enfermeras con experiencia escaseaban en Rusia y yo podía cuidarlo y hacer al menos eso por mi querido maestro y amigo.

Me enteré de que la hija de Piotr, Alexandra, estaba en Moscú a punto de salir hacia Dmítrov. Me informó de que una enfermera muy competente, una mujer rusa formada en Inglaterra, se encargaba del caso. La casita estaba repleta de gente, me dijo, y no era aconsejable molestar ahora a Piotr. Ella se iba a Dmítrov y me telefonearía desde allí para contarme el estado de su padre y la conveniencia de visitarlo.

El Museo de Petrogrado esperaba el informe de Sasha sobre sus negociaciones con el Ispart y necesitaba que saliera inmediatamente hacia el norte. Me quedé en Moscú esperando la llamada de Dmítrov. Pasaron varios días sin que recibiera noticias de Alexandra, lo que me llevó a pensar que Piotr estaba mejorando y que no se necesitaban mis servicios. Así que me fui a Petrogrado.

Apenas llevaba una hora en la ciudad cuando la señora Ravich me telefoneó para informarme de que se me requería urgentemente en Dmítrov. Le habían telegrafiado desde Moscú pidiendo que yo regresara inmediatamente. Piotr había empeorado y la familia pidió que me lo notificaran enseguida.

Mi tren pilló una tormenta y llegamos a Moscú con diez horas de retraso. No había más trenes a Dmítrov hasta la noche siguiente, y las carreteras estaban bloqueadas por nevadas demasiado intensas para un automóvil. Todas las líneas telefónicas se habían caído y no había manera de contactar con Dmítrov.

El tren nocturno se movía con una lentitud exasperante, parando varias veces para repostar. Llegamos durante la madrugada. Junto con Alexander

Schapiro, un amigo íntimo de la familia Kropotkin y Pavlov, un camarada del sindicato de panaderos, corrí hasta la casita de los Kropotkin. ¡Demasiado tarde! Piotr había dejado de respirar una hora antes. Murió a las cuatro de la mañana del 8 de febrero de 1921.

La afligida viuda me contó que Piotr había preguntado varias veces si ya estaba de camino y cuándo llegaría. Sofía estaba a punto de derrumbarse y, ante la necesidad de cuidar de ella, olvidé la cruel combinación de circunstancias que me habían impedido siquiera rendir el último favor a quien había sido una potente inspiración en mi vida y en mi obra.

Sofía nos contó que, cuando Lenin se enteró de la enfermedad de Peter, había mandado a los mejores médicos de Moscú a Dmítrov, junto con provisiones y manjares para el paciente. Pidió también que se enviaran informes frecuentes del estado de Piotr, y que se publicaran en la prensa. Era una triste apostilla que se hubiera prestado tanta atención en su lecho de muerte al hombre que dos veces había sido asaltado por la Checa y que se había visto obligado a jubilarse a su pesar. Piotr Kropotkin había ayudado a preparar el terreno para la Revolución, pero se le había negado tomar parte en su vida y su desarrollo; su voz había penetrado en Rusia a pesar de la persecución zarista, pero había sido estrangulada por la dictadura comunista.

Piotr nunca había buscado ni aceptado favores de ningún gobierno, ni tolerado la pompa y circunstancia. Por tanto decidimos que en su funeral no habría interferencias del Estado y que no se rebajaría por la presencia del funcionariado. Los últimos días de Peter en la tierra quedarían únicamente entre las manos de sus camaradas.

Schapiro y Pavlov salieron hacia Moscú para convocar a Sasha y a otros camaradas de Petrogrado. Junto con el grupo de Moscú se encargarían de las exequias. Me quedé en Dmítrov para ayudar a Sofía a preparar el cuerpo para su traslado a la capital.

Ante la presencia silenciosa de mi camarada hallé tesoros de su ser que su completa falta de egotismo no me había permitido descubrir antes. Había conocido a Piotr desde hacía un cuarto de siglo; su vida, su trabajo y su personalidad pintoresca me eran familiares. Pero solo su muerte me reveló su secreto más preciado: que también había sido un artista de desusada calidad. Encontré, escondidos en una caja, una serie de dibujos que Piotr había hecho en los poquísimos momentos libres que tenía. Su línea y forma exquisitas demostraban que hubiera logrado tanto con los pinceles como lo había hecho con la pluma si se hubiera dedicado a ello. También habría destacado en música. Amaba el piano y se expresaba y liberaba interpretando a los maestros. En la gris existencia de Dmítrov, su único placer era oír tocar y cantar a las dos mujeres de la familia. Junto a ellas celebraba su amor por la música en veladas musicales semanales.

Con todo su talento y habilidad creativa, la mayor riqueza de Piotr había sido su visión de un ideal social noble y su humanidad, que abrazaba a todo el género humano. A ello, más que a cualquier otra cosa, había dedicado toda la conciencia de sus casi ochenta años. De hecho, hasta el día en que hubo que meterlo en la cama, bajo las condiciones más adversas, Piotr había seguido trabajando en su obra *Ética*, que esperaba que fuera el esfuerzo supremo de su vida. Lo que más lamentaba en sus últimas horas era no haber tenido un poco más de tiempo para terminar lo que unos años antes había empezado.

En los últimos tres años, a Piotr se le había impedido el contacto cercano con las masas. En su muerte volvió a encontrarlo. Campesinos, obreros, soldados, intelectuales, hombres y mujeres en un radio de muchas millas, así como toda la comunidad de Dmítrov, llegaron en oleadas a la casa de Kropotkin para rendir su último homenaje al hombre que había vivido entre ellos y compartido su lucha y sus penalidades.

Sasha llegó a Dmítrov junto con un grupo de camaradas de Moscú para ayudar a trasladar el cadáver de Piotr a Moscú. Nunca aquella pequeña

ciudad había homenajeado a nadie como lo hizo con Piotr Kropotkin. Los niños lo conocían y querían porque jugaba con ellos como un niño más. Las escuelas cerraron ese día, en luto por su amigo. Todos marcharon hacia la estación y le despidieron mientras el tren se alejaba lentamente.

De camino a Moscú, Sasha me contó que la comisión funeral de Piotr Kropotkin, que había ayudado a organizar y que él presidía, ya estaba padeciendo las artimañas de las autoridades soviéticas. Se le había concedido permiso para publicar dos de los panfletos de Piotr y editar *Piotr Kropotkin Memorial Bulletin* (Boletín en memoria de Piotr Kropotkin). Más tarde, el sóviet de Moscú, bajo la presidencia de Kamenev, había exigido que los manuscritos del boletín se sometieran a la censura. Sasha, Schapiro y otros camaradas se habían quejado de que el procedimiento retrasaría la publicación. Para ganar tiempo, habían jurado que en el número solo figuraran elogios de la vida y obra de Kropotkin. Después el censor recordó de repente que tenía demasiado trabajo y que el asunto debía esperar su turno. Eso significaba que el boletín no saldría a tiempo para el funeral. Era evidente que los bolcheviques estaban recurriendo a sus tácticas habituales de retener las cosas hasta que su eficacia se disolviera. Nuestros camaradas decidieron recurrir a la acción directa. Lenin se había apropiado repetidamente de esa idea anarquista, ¿por qué no iban los anarquistas a recuperarla? El tiempo apremiaba y el objeto era lo bastante importante como para arriesgarse a la detención. Rompieron el sello que la Checa había colocado en la imprenta de nuestro viejo camarada Atabekian y nuestros amigos trabajaron como castores para preparar el boletín a tiempo para el funeral.

En Moscú las expresiones de estima y afecto hacia Piotr Kropotkin se convirtieron en una tremenda manifestación. Desde el momento en que el cuerpo llegó a la capital y se colocó en la casa sindical y durante los dos días que el cadáver estuvo expuesto en la Sala de Mármol, empezó un

reguero ininterrumpido de gente como no se había visto desde los días de Octubre.

La comisión funeraria había enviado una petición a Lenin para que liberase temporalmente a los anarquistas presos en Moscú con el fin de que pudieran tomar parte en el homenaje a su querido amigo y maestro. Lenin lo había prometido y el comité ejecutivo del Partido Comunista había pedido a la Veh-Checa (la Checa panrusa) que liberara «según su criterio» a los anarquistas presos para participar en las exequias. Pero la Veh-Checa aparentemente no estaba dispuesta a obedecer ni siquiera a Lenin o a la autoridad suprema de su propio partido. ¿La comisión funeraria garantizaba el regreso de los presos a la cárcel? La comisión lo juró colectivamente. Ante lo cual la Veh-Cheka declaró que «no había anarquistas en las cárceles de Moscú». La verdad, sin embargo, era que la Butirki y la cárcel interna de la Checa estaban atestadas de nuestros camaradas arrestados en la redada que se había producido en la conferencia de Jarkov, aunque esta última hubiera sido oficialmente permitida según el acuerdo soviético con Néstor Majno. Además, Sasha había logrado entrar en la Butirki y allí habló con un buen número de nuestros camaradas presos. Acompañado por el anarquista ruso Yarchook había también visitado la prisión interna de la Checa de Moscú y habló con Aaron Baron, que en esta ocasión representaba a un grupo de otros anarquistas presos. Y aun así la Checa insistía en que «no había anarquistas presos en Moscú».

Una vez más, la comisión funeraria tuvo que recurrir a la acción directa. La mañana del funeral dio instrucciones a Alexandra Kropotkin para que telefoneara al sóviet de Moscú y les dijera que íbamos a anunciar públicamente su traición y que, si no se mantenía la promesa que había hecho Lenin, se retirarían las coronas que las organizaciones soviéticas y comunistas habían depositado ante el féretro de Kropotkin.

La enorme sala de columnas estaba llena hasta los topes, con la presencia de varios representantes de la prensa europea y americana. Nuestro viejo

amigo Henry Alsberg, que acababa de regresar a Rusia, estaba allí. Otro corresponsal era Arthur Ransome, del *Guardian* de Manchester. Ellos, sin duda, darían a conocer la falsedad soviética. Después de que el mundo hubiera sido informado diariamente durante semanas del cuidado y atención que el gobierno soviético había prestado a Piotr Kropotkin durante su enfermedad mortal, la publicación de un escándalo así debía evitarse a cualquier precio. Kamenev, por tanto, pidió más tiempo y prometió solemnemente que los anarquistas presos serían liberados en veinte minutos.

El funeral se aplazó una hora. Las masas desconsoladas temblaban de frío bajo la helada de Moscú, esperando todos la llegada de los alumnos presos del insigne fallecido. Finalmente llegaron, pero solo siete, procedentes de la cárcel de la Checa. No vino ninguno de los camaradas de la Butirki pero, en el último momento, la Checa garantizó que habían sido liberados y que estaban de camino al salón.

Los presos de permiso llevaron el ataúd a hombros. Con una orgullosa tristeza sacaron de la sala los restos mortales de su amado profesor y camarada. En la calle los recibió la enorme asamblea con un impresionante silencio. Soldados sin armas, marineros, estudiantes y niños, organizaciones obreras de todos los oficios, grupos de hombres y mujeres de las profesiones liberales, campesinos y numerosos organismos anarquistas, todos con sus banderas rojas o negras, una masa multitudinaria congregada sin coacción, ordenada sin fuerza, se alineó en una larga marcha de dos horas hasta el cementerio Devichy, a las afueras de la ciudad.

En el Museo Tolstói, los acordes de la *Marcha fúnebre* de Chopin y un coro de los seguidores del morador de Yasnaya Polyana recibieron al cortejo. Como muestra de aprecio, nuestros camaradas bajaron sus banderas, como adecuado tributo de un gran hijo de Rusia a otro.

Al pasar por la cárcel de la Butirki, la procesión se detuvo de nuevo y nuestras banderas se bajaron para dar el último adiós de Piotr Kropotkin a

sus valientes camaradas, que le decían adiós con las manos desde los barrotes de sus ventanas.

Los discursos que hicieron los representantes de las diversas tendencias políticas junto a la tumba de nuestro camarada fallecido se caracterizaron por las expresiones espontáneas de una pena intensa. La nota dominante fue que la muerte de Piotr Kropotkin era la pérdida de una gran fuerza moral, de la que no quedaba otra a su altura en su tierra natal.

Por primera vez desde mi llegada a Petrogrado sonó mi voz en público. Se me hacía extrañamente duro e inadecuado expresar todo lo que Peter había significado para mí. El dolor por su muerte se ligaba a mi desesperación por la derrota de la Revolución, que ninguno de nosotros habíamos sido capaces de advertir a tiempo.

El sol que desaparecía lentamente por el horizonte y el cielo bañado en un rojo profundo creaba un toldo acorde sobre la tierra fresca que era ahora el lugar de descanso eterno de Piotr Kropotkin.

Los siete chicos de permiso pasaron la velada con nosotros y, ya entrada la noche, regresaron a su cárcel. Como no los esperaban, los guardias habían cerrado las puertas y se habían retirado. Los hombres casi tuvieron que forzar la entrada, tan asombrados estaban sus vigilantes de ver a unos anarquistas lo bastante locos como para respetar el juramento que otros camaradas habían prestado en su lugar.

Los anarquistas de la Butirki no habían llegado al funeral. La Veh-Checa había asegurado a nuestra comisión que habían rechazado hacerlo, aunque se les había ofrecido la oportunidad. Sabíamos que era mentira pero, de todos modos, resolvimos hacer una visita personal a nuestros presos para obtener su versión de la historia. Esto implicaba la funesta necesidad de pedir un permiso a la Checa. Me llevaron a la oficina privada del chequista a cargo, que resultó ser un jovenzuelo con una pistola en la cintura y otra en su escritorio. Me recibió con la mano tendida, dirigiéndose floridamente a mí como su «querida camarada». Su nombre era Brenner, me dijo, y había

vivido en América. Había sido un anarquista y por supuesto me conocía bien a mí y a «Sasha», así como nuestras actividades en América. Le enorgullecía llamarnos camaradas. Naturalmente ahora estaba con los comunistas, explicó, porque consideraba que el presente régimen era un paso obligado hacia el anarquismo. La Revolución era lo principal y, puesto que los bolcheviques trabajaban para ella, él cooperaba con ellos. Pero ¿había dejado yo de ser revolucionaria, puesto que me negaba a estrechar la mano que me tendía un camarada defensor de esta?

Nunca en mi vida había estrechado la mano de un oficial de policía, le contesté, y mucho menos lo haría con uno que había sido anarquista. Venía a pedir un pase para la cárcel y quería saber si podía obtenerlo.

El chequista palideció, pero mantuvo la compostura. «De acuerdo con el pase», dijo, «pero hay un pequeño asunto que requiere explicaciones». Sacó un recorte de prensa de un cajón de su escritorio y me lo entregó. Era el estúpido artículo de Clayton que ya había visto meses antes. Era obligatorio que me retractara de su contenido en la prensa soviética, declaró Brenner. Le contesté que hacía ya tiempo que había enviado mi versión a mis amigos en América y que no tenía intención de hacer nada más en ese sentido. Mi negativa se volvería en mi contra, señaló el chequista. Como *tovarishtch* sentía su deber avisarme. «¿Es una amenaza?», le pregunté. «Aún no», masculló.

Se levantó y salió de la habitación. Esperé durante media hora, preguntándome si estaría detenida. A todo el mundo le llegaba su turno en Rusia, ¿por qué no a mí?, pensé. Poco después se acercaron unos pasos y se abrió la puerta. Un viejo, evidentemente un chequista, me dio una tira de papel que me permitía entrar en la Butirki.

Entre un nutrido grupo de camaradas presos me encontré con algunos que ya había conocido en los Estados Unidos: Fanya y Aaron Baron, Volin y otros activistas americanos, así como los rusos de la organización Nabat a quienes conocí en Jarkov. Había ido a verlos un representante de la Veh-

Checa, me contaron, que había ofrecido liberar a algunos de ellos de manera individual, pero no como colectivo, como fue pactado con la comisión funeraria. Nuestros camaradas habían repudiado el abuso de confianza e insistieron en que acudirían al funeral de Kropotkin como un solo cuerpo o no asistirían. El hombre les dijo que tenía que informar de su petición a sus superiores y que volvería enseguida con la decisión definitiva. Pero nunca regresó. Los camaradas dijeron que no les había importado, porque habían celebrado su propia reunión en recuerdo de Kropotkin en el pasillo de su ala de la prisión y que estuvieron a la altura de la ocasión con discursos y canciones revolucionarias. De hecho, con la ayuda de otros presos políticos, habían convertido la cárcel en una universidad popular, señaló Volin. Estaban impartiendo clases de sociología, economía política, ciencias sociales y literatura, y estaban enseñando a los comunes a leer y escribir. Disfrutaban de más libertad que nosotros en el exterior y deberíamos tenerles envidia, bromeaban. Pero su refugio, temían, no duraría mucho más tiempo.

Sofía Kropotkin, cuya vida entera había estado dedicada a Piotr y su trabajo, estaba completamente destrozada por su pérdida. No podía seguir sin él, me dijo, a no ser que dedicara el resto de sus días a perpetuar su memoria y su labor. Su idea de un testimonio adecuado era un Museo Piotr Kropotkin y me rogó que me quedara en Moscú para que la ayudara a realizar el proyecto. Yo estaba de acuerdo en que su plan sería un monumento apropiado para Piotr, aunque no pensaba que Rusia fuera el mejor lugar para ello. La obra implicaría una súplica continua al gobierno, y eso no se conformaba sin duda con las opiniones y deseos de Piotr. Pero Sofía insistía en que, incluso teniendo en cuenta todo eso, Rusia era el lugar más lógico para un museo así. Piotr había amado su tierra natal y había tenido mucha fe en su pueblo, a pesar de la dictadura de los bolcheviques. Por descorazonadoras que fueran las circunstancias, él le había dicho muchas veces que había decidido pasar allí el resto de su vida. Ella también

había querido siempre mucho a Rusia y, desde que Piotr descansaba en suelo ruso, se había vuelto una tierra doblemente sagrada para ella.

Ella tenía la impresión de que, si Sasha y yo estábamos en el comité del museo, el apoyo principal vendría de América y que, por lo tanto, no habría que pedirle demasiado a los sóviets. Los miembros de la Comisión Funeraria Kropotkin apoyaron el plan de Sofía. Fuera cual fuera la naturaleza de la dictadura, sostenían, el hecho era que la gran revolución había tenido lugar en Rusia y que ese país era pues el hogar adecuado para un Museo Kropotkin.

La Comisión Funeraria Piotr Kropotkin se recompuso como el comité en recuerdo de Piotr Kropotkin, con Sofía Kropotkin como su presidenta, Sasha su secretario general y yo como gerente. Además, yo representaba a Sofía mientras ella estuviera en Dmítrov. La organización, formada por representantes de los diversos grupos anarquistas, decidió pedir al sóviet de Moscú que la antigua casa familiar de los Kropotkin fuera la sede del museo, así como que se le garantizara a la viuda de Piotr la casita de Dmítrov.

Junto con Sasha regresé a Petrogrado para cortar nuestras conexiones con el Museo de la Revolución. Ambos lamentábamos tener que interrumpir la asociación activa con su plantilla, que tan espléndidamente se había portado con nosotros. Pero el Ispart había decidido irrevocablemente designar un comisario político en las expediciones del museo, y ni Sasha ni yo seguiríamos trabajando bajo esas condiciones. Además, considerábamos que el trabajo de hacer un Museo Piotr Kropotkin era más vital que nuestras labores para el Museo de Petrogrado, y ya estábamos encargándonos activamente del trabajo preliminar. Nuestra presencia en Moscú urgía y ya deberíamos estar allí. Alexandra Kropotkin se iba a Europa y Sofía nos había prometido que podíamos ocupar los dos cuartitos que tenían en un apartamento de la Leontevski Pereulok. Finalmente, podríamos vivir como el resto de la población no funcionaria.

En mis primeros días en Rusia, la cuestión de las huelgas me había intrigado mucho. La gente me había dicho que el menor intento de huelga se aplastaba y los participantes eran encarcelados. No me lo había creído y, como en asuntos similares, había recurrido a Zorin en busca de información. «¡Huelgas bajo la dictadura del proletariado!», había exclamado. «¡Eso no existe!». Incluso me había regañado por dar crédito a esas historias fantásticas e imposibles. ¿Contra quién iban a ponerse en huelga los obreros en la Rusia soviética? ¿Contra sí mismos? Eran los dueños del país, tanto política como industrialmente. Sin duda, entre los trabajadores había algunos que aún no tenían una conciencia de clase completa y que solo atendían a sus propios intereses. A veces algunos se quejaban, pero eran elementos incitados por los *shkurniky*, por los aprovechados y los enemigos de la Revolución. Estafadores, parásitos; eso es lo que eran, que extraviaban a propósito a la gente ignorante. Era el peor tipo de *sabotazhniky*, tan perniciosos como los contrarrevolucionarios explícitos y, por supuesto, las autoridades soviéticas tenían que proteger al país de esa calaña. La mayoría estaban en la cárcel.

Desde entonces mis observaciones y la experiencia personal ya me habían enseñado que los *sabotazhniki*, los contrarrevolucionarios y los bandidos que habitaban los penales soviéticos eran una minoría desdeñable. El grueso de la población reclusa consistía en herejes sociales, culpables de pecados cardinales en contra de la iglesia comunista. Pero ningún delito se consideraba más abyecto que sostener opiniones políticas contrarias a las del Partido y protestar contra los males e injusticias del bolchevismo. Averigüé que, con diferencia, la mayor parte eran presos políticos, así como campesinos y obreros culpables de haber exigido mejores condiciones y un trato más digno. Estos hechos, aunque se ocultaban a la opinión pública, eran no obstante de conocimiento común, como lo era de hecho la mayoría de las cosas que pasaban en secreto por debajo de la superficie soviética.

Cómo se filtraba la información prohibida era un misterio, pero se filtraba y se extendía con la intensidad y velocidad de un incendio en el bosque.

En menos de veinticuatro horas desde nuestro regreso a Petrogrado nos enteramos de que la ciudad bullía de descontento y rumores de huelga. La causa de ello era el sufrimiento en aumento debido a un invierno excepcionalmente frío y, en parte, a la habitual miopía soviética. Unas fuertes tormentas de nieve habían retrasado la llegada de las menguadas provisiones de comida y combustible para la ciudad. Además, el sóviet de Petrogrado había cometido la estupidez de cerrar algunas fábricas y reducir las raciones de sus empleados a casi la mitad. Al mismo tiempo se había sabido que los miembros del Partido destacados en los talleres habían recibido un alijo de calzado y ropa, mientras que el resto de trabajadores estaban pobremente cubiertos y calzados. Para colmo las autoridades vetaron el mitin que habían convocado los obreros con el fin de discutir métodos para mejorar la situación.

Entre los elementos no comunistas de Petrogrado prevalecía la sensación de que la situación era muy grave. La atmósfera estaba cargada hasta el punto de implosión. Decidimos, por supuesto, quedarnos en la ciudad. No es que tuviéramos la esperanza de evitar el peligro inminente, pero queríamos estar a mano en caso de que pudiéramos ayudar a la gente.

La tormenta estalló incluso antes de que se lo esperara nadie. Empezó con la huelga de los molineros de Troubetskoy. Sus exigencias eran ciertamente modestas: un aumento de las raciones de comida, como se les había prometido hacía tiempo, y también la distribución del calzado disponible. El sóviet de Petrogrado se negó a parlamentar con los huelguistas hasta que no regresaran al trabajo. Se enviaron compañías de *kursanty* armadas, formadas por jóvenes comunistas con entrenamiento militar, para dispersar a los obreros reunidos junto a los molinos. Los cadetes buscaron provocar a la multitud disparando al aire pero, afortunadamente, los obreros habían acudido desarmados y no se derramó

sangre. Los huelguistas recurrieron a un arma más poderosa: la solidaridad de sus compañeros trabajadores, con el resultado de que los empleados de cinco fábricas más soltaron las herramientas y se unieron a la huelga. Como un solo hombre, salieron de los muelles de la Galernaya, de los talleres Admiralty, de los molinos Patronny, de las fábricas Baltiysky y Laferm. Sus manifestaciones callejeras fueron rápidamente disueltas por los soldados. Por lo que me contaron, entendí que el trato a los huelguistas no había sido propio de camaradas. Incluso una comunista ferviente como Liza Zorin había protestado contra los métodos empleados. Liza y yo nos habíamos distanciado hacía tiempo y me sorprendió mucho que sintiera la necesidad de sincerarse conmigo. Nunca hubiera creído que los hombres del Ejército Rojo tratarían así a los demás obreros, se quejó. Algunas mujeres se habían desmayado ante el espectáculo y otras se habían vuelto histéricas. Una mujer a su lado la había reconocido como miembro del Partido y, sin dudar un segundo, la responsabilizó de la brutal escena. Se giró hacia Liza hecha una furia y le golpeó en la cara, haciéndola sangrar abundantemente. Aunque herida por el golpe, la querida Liza, que siempre me había regañado por mi sentimentalismo, le dijo a su asaltante que su gesto no le había molestado en absoluto. «Para calmar a la alterada mujer, le pedí que me dejara llevarla a su casa», contaba Liza. «Su casa era un agujero horrible, como creí que ya no existían en este país. Un cuarto oscuro, frío y desnudo, ocupado por la mujer, su marido y sus seis niños. ¡Y pensar que yo he vivido en el Astoria durante todo este tiempo!», se lamentó. Sabía que no era culpa de su partido que existieran aún esas situaciones horribles en la Rusia soviética, continuó. Ni era la voluntad comunista la responsable de la huelga. El bloqueo y la conspiración imperialista mundial contra la República de los trabajadores tenían la culpa de la pobreza y el sufrimiento. Pero, en cualquier caso, ella no podía seguir ni un minuto más en su confortable alojamiento. El cuarto de esa mujer desesperada y sus hijos

muertos de frío la perseguirían hasta el fin de sus días. ¡Pobre Liza! Leal, terca y con una personalidad admirable. ¡Pero tan, tan ciega políticamente!

Las demandas de más pan y de un poco de combustible por parte de los obreros pronto se trocaron en exigencias claramente políticas gracias a la arbitrariedad y crueldad de las autoridades. Un manifiesto, que nadie sabía quién había pegado en las paredes, pedía «un cambio completo en las políticas del gobierno». Declaraba que, «ante todo, los obreros y campesinos necesitan libertad. No quieren vivir gracias a los decretos del gobierno; quieren controlar sus propios destinos». Cada día la situación se volvía más tensa y nuevas exigencias surgían mediante proclamas en las vallas y edificios. Finalmente hubo un llamamiento a la Uchredilka, la asamblea constituyente, tan odiada y denunciada por el partido gobernante.

Se declaró la ley marcial y se ordenó a los obreros que regresaran a los talleres bajo pena de ser privados de sus raciones. Esto no produjo ningún efecto, por lo que se liquidaron una serie de sindicatos y sus dirigentes y los huelguistas más recalcitrantes fueron encarcelados.

Con tristeza impotente vimos a los grupos de hombres, rodeados por chequistas y soldados armados, pasar bajo nuestras ventanas. Con la esperanza de hacer que los líderes soviéticos se dieran cuenta de la locura y del peligro de sus tácticas, Sasha trató de llegar hasta Zinoviev mientras que yo buscaba a la señora Ravich, a Zorin y a Zipperovich, líder del sóviet sindical de Petrogrado. Pero todos se negaron a vernos con la excusa de que estaban demasiado ocupados defendiendo la ciudad de las conspiraciones contrarrevolucionarias engendradas por los mencheviques y los socialrevolucionarios. Esta fórmula había quedado obsoleta después de repetirse durante tres años, pero aún arrojaba arena a los ojos de los militantes comunistas de base.

La huelga siguió extendiéndose, a pesar de todas las medidas extremas. Los arrestos se sucedían, pero la estupidez con la que las autoridades manejaban la situación servía para animar a los elementos más tenebrosos.

Empezaron a aparecer proclamas antisemitas y antirrevolucionarias y rumores desatados sobre la supresión militar y la brutalidad de la Checa contra los huelguistas inundaron la ciudad.

Los obreros estaban resueltos a luchar, pero estaba claro que pronto los harían rendirse por hambre. No había manera de que la gente pudiera ayudar a los huelguistas, incluso si tuvieran algo que dar. Todos los caminos de acceso a los distritos industriales de la ciudad estaban cortados por tropas ingentes. Además, la población sufría una brutal carencia de todo. Lo poco que se pudiera reunir de ropa y comida era una mera gota en el desierto. Todos nos dimos cuenta de que el equilibrio de fuerzas entre la dictadura y los obreros era demasiado desigual como para que los huelguistas pudieran resistir mucho más tiempo.

En esta situación tensa y desesperada se introdujo un nuevo factor que renovó la esperanza de un acuerdo. Fueron los marineros de Kronstadt. Fieles a su tradición revolucionaria y de solidaridad con los obreros, que tan lealmente habían demostrado en la Revolución de 1905 y después en los levantamientos de marzo y de octubre de 1917, rompieron de nuevo una lanza a favor de los acosados proletarios de Petrogrado. En absoluto lo hacían a ciegas. Tranquilamente y sin que nadie ajeno se enterara, habían enviado un comité para investigar las demandas de los huelguistas. Su informe indujo a los marineros de los buques de guerra *Petropavlosk* y *Sebastopol* a adoptar una resolución a favor de las exigencias de sus hermanos obreros en huelga. Se declararon fieles a la Revolución y a los sóviets, así como leales al Partido Comunista. Pero protestaban contra la actitud arbitraria de algunos comisarios y subrayaban la necesidad de una mayor autodeterminación para las organizaciones obreras. Además, exigían libertad de asamblea para los sindicatos y las organizaciones campesinas y la libertad de todos los presos sindicales y políticos de las cárceles soviéticas y de los campos de concentración.

El ejemplo de estas brigadas fue seguido por los escuadrones primero y segundo de la flota del Báltico, estacionados en Kronstadt. En un mitin al aire libre, el 1 de marzo, al que acudieron dieciséis mil marineros, soldados del Ejército Rojo y obreros de Kronstadt, se adoptó una resolución similar por unanimidad, con la excepción de tres votos. Los disidentes eran Vassiliec, presidente del sóviet de Kronstadt, que presidía la reunión; Kuzmin, comisario de la flota del Báltico; y Kalinin, presidente de la Federación de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Dos anarquistas que habían asistido a la asamblea regresaron para hablarnos del orden, del entusiasmo y del hermoso espíritu que había reinado allí. Desde los primeros días de Octubre no veían semejante demostración espontánea de solidaridad y camaradería ferviente. Tendríamos que haber estado. La presencia de Sasha, a quien los marineros de Kronstadt habían apoyado con tanta valentía cuando estaba en peligro de extradición a California en 1917, y la mía, cuya reputación conocían bien los marineros, habría añadido peso a las resoluciones. Estuvimos de acuerdo en que participar en el primer mitin de masas en suelo soviético que no estuviera organizado por la maquinaria política habría sido una experiencia maravillosa. Gorki me había asegurado hacía mucho tiempo que los hombres de la flota del Báltico eran anarquistas natos y que mi lugar estaba entre ellos. A menudo había deseado ir a Kronstadt a conocer a las tripulaciones y hablar con ellos, pero en mi estado confuso y preocupado sentía que no podía ofrecerles nada constructivo. Ahora iría a ocupar mi lugar entre ellos, aunque sabía que los bolcheviques pondrían el grito en el cielo y dirían que estaba incitando a los marineros en contra del régimen. Sasha dijo que le importaba muy poco lo que dijeran los comunistas. Se uniría a los marineros en su protesta a favor de los obreros de Petrogrado en huelga.

Nuestros camaradas insistieron en que la expresión de simpatía hacia los huelguistas por parte de Kronstadt no podía entenderse de ningún modo

como una acción antisoviética. De hecho, el espíritu de los marineros y de las resoluciones aprobadas en su mitin era totalmente sovietista. Se oponían rotundamente a la actitud autocrática de las autoridades de Petrogrado hacia los huelguistas hambrientos, pero la asamblea no había mostrado oposición a los comunistas en ningún momento. De hecho, el gran mitin se había celebrado bajo los auspicios del sóviet de Kronstadt. Para mostrar su lealtad, los marineros recibieron a Kalinin, a su llegada a la ciudad, con música y canciones, y su discurso se escuchó con respeto y atención. Incluso después de que él y sus camaradas hubieran atacado a los marineros y condenado su resolución, Kalinin había sido escoltado de vuelta a la estación con una actitud totalmente amistosa, afirmaban nuestros informantes.

Habíamos escuchado el rumor de que, en una reunión de trescientos delegados de la flota, la guarnición y el sóviet sindical, Kuzmin y Vassiliev habían sido detenidos por los marineros. Les preguntamos a nuestros dos camaradas qué sabían del asunto. Admitieron que se retuvo a los dos hombres. La razón era que, en el mitin, Kuzmin había acusado a los marineros de traidores y a los huelguistas de Petrogrado de *shkurniky,* y había declarado que, a partir de ese momento, el Partido Comunista «los combatiría hasta el final en tanto contrarrevolucionarios». Los delegados se enteraron de que Kuzmin había dado órdenes de que sacaran toda la comida y toda la munición de Kronstadt, condenando así prácticamente a la ciudad a morir de hambre. Por tanto, los marineros y la guarnición de Kronstadt decidieron retener a Kuzmin y Vassiliev y tomar precauciones para que las provisiones no salieran de la ciudad. Pero eso no indicaba ninguna intención rebelde o que se hubiera dejado de creer en la integridad revolucionaria de los comunistas. Por el contrario, los delegados comunistas en la asamblea tuvieron derecho a hablar como los demás. Los delegados dieron una prueba adicional de su confianza en el régimen cuando enviaron

a un comité de treinta personas para conferenciar con el sóviet de Petrogrado con la idea de llegar a un acuerdo amistoso sobre la huelga.

Nos sentimos eufóricos ante la espléndida solidaridad de los marineros y soldados de Kronstadt con sus hermanos en huelga en Petrogrado, y esperamos que de ello resultara un rápido fin de los problemas, gracias a la mediación de los marineros.

Desgraciadamente, nuestras esperanzas se esfumaron una hora después de recibir las noticias de los acontecimientos de Kronstadt. Una orden firmada por Lenin y Trotski se extendió como un incendio por Petrogrado. Declaraba que Kronstadt se había amotinado contra el gobierno soviético y denunciaba a los marineros como «instrumentos de antiguos generales zaristas que, junto con los traidores socialistas revolucionarios, habían preparado una conspiración contrarrevolucionaria contra la república proletaria».

«¡Absurdo! ¡Eso raya la locura!», gritó Sasha cuando leyó la copia de la orden. «Lenin y Trotski seguramente han sido mal informados. No puede ser que crean que los marineros son contrarrevolucionarios. Las tripulaciones del Petropavlosk y del Sebastopol han sido los defensores más firmes de los bolcheviques en Octubre y desde entonces. ¿Acaso Trotski mismo no los saludó como "el orgullo y la flor de la Revolución"?».

Sasha declaró que teníamos que ir enseguida a Moscú. Era urgente ver a Lenin y a Trotski y explicarles que todo era un horrible malentendido, un error que sería mortal para la propia Revolución. A Sasha se le hacía muy difícil renunciar a su fe en la integridad revolucionaria de los hombres que habían surgido como los apóstoles proletarios ante millones de personas de todo el mundo. Yo estaba de acuerdo con él en que Lenin y Trotski sin duda habían sido engañados por Zinoviev, que telefoneaba cada noche al Kremlin con informes detallados sobre Kronstadt. Zinoviev nunca había tenido fama, ni siquiera entre sus propios camaradas, de ser un hombre valiente. Ante las primeras señales de descontento de los obreros de Petrogrado había

sido presa del pánico. Cuando se enteró de que la guarnición local había expresado simpatía por los huelguistas, perdió completamente la cabeza y ordenó que se instalara una metralleta en el Astoria para protegerle. La declaración de Kronstadt le había aterrorizado y le impulsó a bombardear Moscú con historias fantásticas. Yo sabía esto, tanto como Sasha, pero no me tragaba que Lenin y Trotski realmente creyeran que los hombres de Kronstadt fueran capaces de colaborar con generales blancos o de ser contrarrevolucionarios, como acusaba la orden de Lenin.

Se declaró una ley marcial extraordinaria en toda la provincia de Petrogrado y solo los funcionarios especialmente autorizados podían salir de la ciudad. La prensa bolchevique abrió una campaña de calumnia y vituperación contra Kronstadt, proclamando que los marineros y soldados habían hecho causa común con el «general zarista Kozlovski» y declarando fuera de la ley al pueblo de Kronstadt. Sasha empezó a darse cuenta de que la situación implicaba mucho más que un simple malentendido por parte de Lenin y Trotski. Este último iba a acudir a la sesión especial del sóviet de Petrogrado donde se iba a decidir el destino de Kronstadt. Decidimos acudir también.

Era mi primera oportunidad de escuchar a Trotski en Rusia. Pensé que igual podríamos recordarle sus palabras de despedida en Nueva York, la esperanza que había expresado en que pudiéramos estar pronto en Rusia para ayudar en la gran empresa que la caída del zarismo había hecho posible. Le rogaríamos que nos ayudara a arreglar los problemas de Kronstadt en un espíritu de camaradería, que contara con nuestro tiempo y nuestras energías, incluso con nuestras vidas, en la prueba suprema que la Revolución estaba presentando al Partido Comunista.

Por desgracia el tren de Trotski se retrasó y no acudió a la sesión. Los hombres que se dirigieron a la concurrencia estaban más allá de la razón o las palabras. En sus palabras solo había un fanatismo loco y en sus corazones un temor ciego.

El estrado estaba custodiado por *kursanty,* y los soldados chequistas, con las bayonetas caladas, se interponían entre el estrado y el público. Zinoviev, que presidía, parecía al borde de un ataque de nervios. Varias veces se levantó para hablar y después volvió a sentarse. Cuando finalmente empezó a hablar, su cabeza se volvía repetidamente a derecha e izquierda, como si temiera un ataque repentino, y su voz, que siempre había sido aguda como la de un adolescente, alcanzó cumbres chillonas, temblorosa y en absoluto convincente.

Denunció al «general Kozlovski» como el espíritu maligno de los hombres de Kronstadt, aunque la mayor parte del público sabía que a ese oficial militar lo había colocado en Kronstadt el propio Trotski en calidad de experto en artillería. Kozlovski estaba viejo y decrépito y no tenía la menor influencia sobre los soldados o la guarnición. Eso no impidió que Zinoviev, en tanto presidente del Comité de Defensa creado especialmente para esta ocasión, proclamara que Kronstadt se había alzado contra la Revolución y que ayudaba a llevar a cabo los planes de Kozlovski y sus ayudantes zaristas. Kalinin escondió su habitual estilo de abuelita y atacó a los marineros con saña, olvidándose del tributo que había recibido en Kronstadt solo unos días antes. «Ninguna medida es demasiado severa para los contrarrevolucionarios que osan levantar la mano contra nuestra gloriosa Revolución», declaró. Las luminarias menores entre los oradores siguieron la misma tónica, agitando a sus zelotes comunistas, ignorantes de los hechos verdaderos, a un frenesí vengativo contra los hombres que ayer aclamaban como héroes y hermanos.

Por encima del estrépito de la muchedumbre que aullaba y pateaba, una sola voz luchaba por ser escuchada: la voz limpia y honrada de un hombre en las primeras filas. Era un delegado de los empleados en huelga de las fábricas de munición. Necesitaba protestar, declaró, contra las falsedades que se habían dicho desde el estrado sobre los hombres valientes y leales de Kronstadt. Mirando a Zinoviev y apuntándolo directamente con el dedo, el

hombre bramó: «¡Es la indiferencia, la tuya y la de tu partido, lo que nos ha llevado a la huelga y lo que ha despertado la simpatía de nuestros hermanos, que han luchado codo con codo con nosotros en la Revolución! No son culpables de ningún otro delito, y tú lo sabes. Conscientemente los calumnias y pides su destrucción». Gritos de «¡Contrarrevolucionario! ¡Traidor! ¡*Shkurnik*! ¡Bandido menchevique!» convirtieron la asamblea en un manicomio.

El viejo obrero siguió de pie, su voz se alzaba sobre el tumulto. «Hace apenas tres años, Lenin, Trotski, Zinoviev y todos vosotros», gritó, «fuisteis denunciados como traidores y espías alemanes. Nosotros, los obreros y marineros, acudimos a rescataros y os salvamos del gobierno de Kerenski. Nosotros os pusimos en el poder. ¿Lo habéis olvidado? Ahora nos amenazáis con la espada. Recuerda que estás jugando con fuego. Estáis repitiendo los errores y delitos del gobierno de Kerenski. ¡Cuidaos de que no os derribe un destino similar!».

El desafío hizo tambalearse a Zinoviev. El resto de la gente en el estrado se movía incómoda en sus asientos. El público comunista pareció quedarse extasiado durante un momento por la portentosa advertencia y en ese momento sonó otra voz. Un hombre alto, con uniforme marinero, se levantó al fondo. Nada había cambiado en el espíritu revolucionario de sus hermanos en el mar, declaró. Todos los hombres estaban dispuestos a defender la Revolución hasta la última gota de su sangre. Después empezó a leer la resolución de Kronstadt adoptada en el mitin de masas del 1 de marzo. El clamor que despertó su osadía hizo que solo pudieran escucharlo los pocos que le rodeaban. Pero él mantuvo su postura y leyó hasta el final.

La única réplica a estos dos tercos hijos de la Revolución fue la resolución de Zinoviev, que exigía la rendición completa e inmediata de Kronstadt so pena de exterminación. Se aprobó apresuradamente entre un pandemónium de confusión, ahogando todas las voces que se oponían.

La atmósfera, cargada de la histeria de la pasión y del odio, me caló hasta los huesos y me aferró por la garganta. Toda la noche quise gritar contra la farsa de esos hombres que recurrían a los trucos políticos más bajos en el nombre de un gran ideal. Mi voz parecía haberme abandonado, pues no podía pronunciar un sonido. Mis pensamientos regresaron a otra ocasión en la que el espíritu de odio y de venganza había campado por sus respetos, la víspera del reclutamiento, el 4 de junio de 1917 en el Hunts Point Palace, Nueva York. Había sido entonces capaz de hablar, de olvidarme por completo del peligro de los patriotas ebrios de guerra. ¿Por qué no podía ahora? ¿Por qué no denunciaba el inminente fratricidio de los bolcheviques, como había denunciado el crimen de Woodrow Wilson, que sacrificaba a la juventud de América en el altar del Moloch de la guerra? ¿Había perdido el valor que me sostuvo durante todos esos años de lucha contra cada injusticia y cada infamia? ¿O era la indefensión lo que paralizaba mi voluntad, la desesperación que se había instalado en mi corazón, la conciencia cada vez mayor de que había confundido a un fantasma con una fuerza vital? Nada podía alterar esa aplastante conciencia o hacer que una protesta mereciera la pena.

Y, sin embargo, el silencio ante la amenaza de una masacre era también intolerable. Tenía que hacerme oír. Pero no por los fanáticos, que ahogarían mi voz como lo habían hecho con las del resto. Daría a conocer mi postura en una declaración a los poderes supremos de la defensa soviética esa misma noche.

Cuando nos quedamos solos, hablé con Sasha del asunto y me alegró saber que mi viejo amigo había concebido el mismo plan. Propuso que nuestra carta fuera una protesta conjunta y que tratara exclusivamente de la resolución asesina aprobada en el sóviet de Petrogrado. Dos camaradas que habían estado con nosotros en la sesión compartían esta opinión y se ofrecieron a firmar con sus nombres la petición conjunta a las autoridades.

No tenía la menor esperanza de que nuestro mensaje pudiera contener o refrenar el curso de los acontecimientos que se precipitaban sobre los marineros. Pero estaba decidida a que mi actitud fuera registrada para que en el futuro quedara claro que yo no había mantenido un silencio cómplice ante la peor traición del Partido Comunista a la Revolución.

A las dos de la mañana, Sasha contactó por teléfono con Zinoviev para comunicarle que tenía algo importante que entregarle en relación a Kronstadt. Tal vez Zinoviev supuso que era algo que podía ayudar en la conspiración en contra de Kronstadt. De otro modo no se habría molestado en mandarnos a toda prisa a la señora Ravich a esas horas de la noche, que llegó apenas diez minutos después de que Sasha hubiera colgado. Se podía confiar absolutamente en ella, decía la nota de Zinoviev, y debíamos entregarle el mensaje. Le dimos nuestra nota, que decía:

Al sóviet de Trabajo y Defensa de Petrogrado,
presidente Zinoviev.

Ahora es imposible, incluso criminal, permanecer en silencio. Los recientes acontecimientos nos impulsan a nosotros, anarquistas, a pronunciarnos en voz alta ante la situación actual.

El espíritu de agitación e insatisfacción manifiesta entre los obreros y marineros es el resultado de causas que exigen nuestra mayor atención. El frío y el hambre han producido esta insatisfacción, y la ausencia de cualquier oportunidad para el debate y la crítica está obligando a los obreros y marineros a airear sus quejas públicamente.

Las bandas de la guardia blanca desearán e intentarán aprovecharse de esta insatisfacción para sus propios intereses de clase. Parapetados tras los obreros y los marineros lanzan sus proclamas de asamblea constituyente, de mercado libre y similares exigencias.

Nosotros, los anarquistas, hemos denunciado desde hace mucho tiempo lo ficticio de estas proclamas y hemos declarado ante el mundo entero que combatiríamos con las armas en la mano cualquier intento contrarrevolucionario, en cooperación con todos los amigos de la revolución social y mano a mano con los bolcheviques.

En lo que se refiere al conflicto entre el gobierno soviético y los obreros y marineros, opinamos que debe arreglarse, no mediante la fuerza de las armas, sino mediante un acuerdo revolucionario y fraternal, entre camaradas. El recurso al derramamiento de sangre por parte del gobierno soviético, en la situación actual, no intimidará ni acallará a los obreros. Por el contrario, servirá únicamente para agravar las cosas y fortalecerá a la entente y a la contrarrevolución interna.

Más importante aún, el empleo de la fuerza por parte del gobierno de obreros y campesinos contra los obreros y marineros tendrá un efecto reaccionario sobre el movimiento revolucionario internacional, y por todas partes tendrá como consecuencia un daño incalculable a la revolución social.

Camaradas bolcheviques, reflexionad antes de que sea demasiado tarde. No juguéis con fuego. Estáis a punto de dar un paso muy grave y decisivo.

Aquí os presentamos la siguiente propuesta: que se seleccione una comisión, formada por cinco personas, entre ellas dos anarquistas. Esa comisión iría a Kronstadt para solucionar la disputa por métodos pacíficos. En la situación planteada, ese sería el método más radical. Y tendría un significado revolucionario internacional.

Petrogrado,
5 de marzo de 1921
ALEXANDER BERKMAN
EMMA GOLDMAN
PERKUS
PETROVSKI

La prueba de que nuestra petición había caído en oídos sordos nos llegó el mismo día de la llegada de Trotski con su ultimátum a Kronstadt. Por orden del gobierno de los obreros y campesinos, declaró, a todos los soldados y marineros de Kronstadt, que «abatiría como a faisanes» a todos aquellos que osaran «alzar su mano contra la patria soviética». Los barcos rebeldes y sus tripulaciones deberían rendirse inmediatamente a las órdenes del gobierno soviético o serían sometidos por la fuerza de las armas. Solo aquellos que se rindieran incondicionalmente podrían contar con la clemencia de la República Soviética.

La advertencia definitiva la firmaban Trotski, en calidad de presidente del Sóviet Revolucionario-Militar, y Kamenev, el comandante en jefe del Ejército Rojo. Atreverse a cuestionar el derecho divino de los gobernantes de nuevo se castigaba con la muerte.

Trotski mantuvo su palabra. Él, a quien los hombres de Kronstadt habían dado su autoridad, estaba ahora en situación de saldar por completo su deuda con «el orgullo y la gloria de la Revolución rusa». Los mejores expertos y estrategas del régimen de los Romanov estaban ahora a su

servicio, entre ellos el infame Tujachevski, a quien Trotski nombró comandante en jefe del ataque a Kronstadt. Además había hordas de chequistas, con tres años de práctica en el arte del asesinato; *kursanty* y comunistas escogidos especialmente por su ciega obediencia a las órdenes, y las tropas más fiables de los distintos frentes. Con tal fuerza masiva contra la ciudad condenada, se esperaba que el «motín» se aplastaría enseguida, especialmente después de que los soldados y los marineros de la guarnición de Petrogrado fueran desarmados y que aquellos que habían expresado su solidaridad con sus camaradas asediados hubieran sido apartados de la zona de peligro.

Desde la ventana de mi cuarto del Hotel Internacional los vi conducidos en grupos pequeños, rodeados por fuertes destacamentos de tropas de la Checa. Su paso había perdido el garbo, sus manos colgaban inertes y la pena les hacía agachar la cabeza.

Las autoridades ya no temían a los huelguistas de Petrogrado. La lenta desnutrición los había debilitado y minado sus energías. Estaban desmoralizados por las mentiras que se habían propagado sobre ellos y sobre sus hermanos de Kronstadt, el ánimo quebrado por el veneno de la duda que les había inoculado la propaganda bolchevique. No les quedaba fe ni arrestos para acudir en rescate de sus camaradas de Kronstadt, que tan generosamente habían asumido su causa y que estaban a punto de entregar sus vidas por ella.

Kronstadt había sido abandonado por Petrogrado y aislado del resto de Rusia. Se quedó solo. No podía ofrecer apenas resistencia. «Se rendirán al primer disparo», proclamaba la prensa soviética. Se equivocaban. Kronstadt no tenía la menor intención de amotinarse o de resistir ante el gobierno soviético. Hasta el último momento estuvo empeñado en no derramar sangre. Continuamente apelaba a un acuerdo amistoso y a un entendimiento. Pero, obligado a defenderse contra un ataque militar sin provocación previa, luchó como un león. Durante diez días y diez noches

horribles, los marineros y obreros de la ciudad sitiada aguantaron un fuego de artillería ininterrumpido desde tres flancos y bombas arrojadas desde los aeroplanos contra la población no combatiente. Repelieron heroicamente los intentos repetidos de los bolcheviques de asaltar las fortalezas mediante tropas especiales traídas desde Moscú. Trotski y Tujachevski tenían todas las ventajas frente a los hombres de Kronstadt. Toda la maquinaria del Estado comunista los respaldaba y la prensa centralista seguía escupiendo veneno contra los supuestos «amotinados y contrarrevolucionarios». Tenían provisiones ilimitadas y hombres a los que habían vestido con sudarios blancos para que se confundieran con la nieve del helado golfo de Finlandia y así camuflar el ataque nocturno contra los desprevenidos hombres de Kronstadt. Estos últimos solo contaban con un valor indomable y una fe de hierro en la justicia de su causa y en los sóviets libres, que ellos defendían como lo único que podía salvar a Rusia de la dictadura. Ni siquiera poseían un rompehielos para detener el paso del enemigo comunista. Estaban agotados por el hambre, el frío y las noches en vela. Pero resistieron, luchando desesperadamente en circunstancias que los sobrepasaban.

Durante el tenso suspense, durante los días y las noches saturados del rugir de la artillería pesada, ni una sola voz se alzó entre el tronar de las armas para oponerse o para pedir una tregua del terrible baño de sangre. Gorki, Máximo Gorki, ¿dónde estaba? Su voz se escucharía. «Vayamos a verle», supliqué a algunos miembros de la *intelligentsia*. Nunca había protestado lo más mínimo, ni en los casos individuales graves, ni siquiera los que afectaban a miembros de su profesión, ni siquiera cuando estaba clara la inocencia de los hombres condenados. No protestaría ahora. No había posibilidad.

La *intelligentsia*, los hombres y mujeres que una vez llevaron la antorcha de la revolución, los líderes del pensamiento, los escritores y poetas, eran tan impotentes como yo y estaban paralizados por lo fútil de la iniciativa individual. La mayoría de sus camaradas y amigos ya estaban en la cárcel o

exiliados; algunos habían sido ejecutados. Se sentían destrozados por el colapso de todos los valores humanos.

Recurrí a los comunistas que conocíamos, implorándolos que hicieran algo. Algunos se daban cuenta del crimen monstruoso que su partido estaba cometiendo en Kronstadt. Admitían que la acusación de contrarrevolución era una completa patraña. El supuesto líder, Kozlovski, era un ser demasiado asustado por su propia suerte como para tener nada que ver en cualquier protesta de los marineros. Estos últimos eran seres admirables, su único fin era el bienestar de Rusia. Lejos de hacer causa común con los generales zaristas, habían incluso rechazado la ayuda que les ofrecía Chernov, el líder de los socialrevolucionarios. No querían ayuda exterior. Exigían el derecho a elegir sus propios diputados en las próximas elecciones al sóviet de Kronstadt y justicia para los huelguistas de Petrogrado.

Estos amigos comunistas pasaron noches enteras con nosotros, hablando y hablando, pero ninguno de ellos se atrevió a alzar la voz en protesta pública. No nos dábamos cuenta, decían, de las consecuencias que implicaría. Se les expulsaría del Partido; ellos y sus familias se quedarían sin trabajo y sin raciones y, literalmente, se les condenaría a morir de hambre. O simplemente desaparecerían y nadie sabría nunca qué había sido de ellos. Y, sin embargo, me aseguraban, lo que los frenaba no era el miedo. Era la pura inutilidad de la protesta o el alegato. Nada, nada podía detener el rodillo del Estado comunista. Los había arrollado y no les quedaba vitalidad, ni siquiera para quejarse de ello.

Me asediaba el temor terrible de que nosotros, Sasha y yo, pudiéramos también algún día alcanzar ese estado y volvernos tan flojos y mansos como esta gente. Cualquier cosa sería preferible a eso. La cárcel, el exilio, incluso la muerte. ¡O huir! ¡Huir de la horrible farsa revolucionaria!

La idea de que podría algún día querer salir de Rusia nunca se me había pasado por la mente. Me sobresalté y me escandalicé ante el mero

pensamiento. ¿Dejar Rusia abandonada a su calvario? Y aun así sentía que prefería dar ese paso antes de volverme un engranaje de la máquina, una cosa inerte que se manipulaba a voluntad.

La cañonada de Kronstadt continuó sin tregua durante diez días y diez noches, y después cesó súbitamente la mañana del 17 de marzo. La quietud que cayó sobre Petrogrado daba más miedo que los disparos incesantes de la noche anterior. Nos mantuvo a todos en un suspense agónico y fue imposible enterarse de lo que había sucedido y de por qué había parado el bombardeo. A última hora de la tarde, la tensión dio paso a un horror mudo. Kronstadt había sido sometido, decenas de miles degollados, la ciudad bañada en sangre. El Neva fue la fosa común de los hombres, de *kursanty* y jóvenes comunistas cuya artillería pesada se había abierto camino sobre el hielo. Los heroicos marineros y soldados habían defendido su posición hasta el último aliento. Aquellos a quienes la fortuna no les permitió morir combatiendo habían caído en manos del enemigo para ser ejecutados o para que se les enviara a una lenta tortura en las regiones heladas del norte lejano de Rusia.

Nos quedamos anonadados. Sasha, roto el último hilo de fe que le ligaba a los bolcheviques, vagaba desesperado por las calles. Mis piernas tenían plomo, un cansancio insoportable en cada nervio. Me senté rígida, escudriñando la noche. Petrogrado parecía cubierto de una negra mortaja, como un cadáver fantasmal. Las farolas parpadeaban amarillentas, como cabos de vela a punto de extinguirse.

A la mañana siguiente, el 18 de marzo, aún atontada por haber dormido tras diecisiete días angustiosos en vela, me sacó de la cama el patear de muchos pies. Los comunistas desfilaban, con bandas que tocaban melodías militares y cantando la *Internacional*. Sus acordes, antaño jubilosos para mis oídos, sonaban ahora como un canto fúnebre por la esperanza flamígera de la humanidad.

18 de marzo, aniversario de la Comuna de París de 1871, aplastada dos meses más tarde por Thiers y Gallifet, los carniceros de treinta mil *communards*. Emulados en Kronstadt el 18 de marzo de 1921.

El significado completo de la «liquidación» de Kronstadt fue desvelado por el propio Lenin tres días después del fin del horror. En el 10.º Congreso del Partido Comunista, celebrado en Moscú mientras aún duraba el asedio a Kronstadt, Lenin inesperadamente cambió su inspirada canción comunista por un igualmente inspirado elogio a la Nueva Política Económica. Comercio libre, concesiones a los capitalistas, contratación privada de la fuerza de trabajo en granjas y fábricas; todo aquello que durante tres años se había condenado como pura contrarrevolución y castigado con la cárcel e incluso con la muerte ahora lo inscribía Lenin en el lema glorioso de la Revolución. Audaz como siempre, admitió lo que las personas sinceras y sensatas dentro y fuera del Partido ya sabían desde hacía diecisiete días: «Los hombres de Kronstadt en realidad no querían la contrarrevolución. Pero tampoco nos querían a nosotros». Los ingenuos marineros se habían tomado en serio el lema de la Revolución: «Todo el poder para los sóviets», al que Lenin y su partido habían jurado solemnemente atenerse. Ese había sido el delito imperdonable. Por eso tenían que morir. Había que convertirlos en los mártires que fertilizarían la tierra que produciría la nueva cosecha de eslóganes de Lenin, que revertían por completo a los viejos. Su obra maestra: la NEP, la Nueva Política Económica.

La declaración pública de Lenin sobre Kronstadt no puso fin a la caza de los marineros, soldados y obreros de la ciudad derrotada. Eran detenidos a cientos y la Checa de nuevo tenía mucho trabajo «disparando al blanco».

Por extraño que parezca, no se había mencionado a los anarquistas en relación con el «motín» de Kronstadt. Pero en el 10.º Congreso, Lenin proclamó que había que declarar la guerra más incruenta a la «pequeña burguesía», incluyendo en ella a los elementos anarquistas. Las tendencias anarcosindicalistas de la oposición obrera demostraban que esas

inclinaciones se habían desarrollado dentro del propio partido comunista, dijo. La declaración de guerra de Lenin contra los anarquistas obtuvo una respuesta inmediata. Se produjeron redadas ente los grupos de Petrogrado y muchos de sus miembros fueron detenidos. Además, la Checa precintó la imprenta y las oficinas editoriales del Golos Truda, que pertenecía a la rama anarcosindicalista de nuestras filas. Habíamos ya comprado nuestro billete a Moscú antes de que esto se produjera. Cuando nos enteramos de las detenciones masivas decidimos quedarnos un poco más de tiempo por si nos buscaban también a nosotros. Sin embargo no nos molestaron, tal vez porque era necesario que unas pocas celebridades anarquistas quedaran sueltas para demostrar que en las cárceles soviéticas solo había «bandidos».

En Moscú nos encontramos con que todos los anarquistas, excepto media docena, habían sido detenidos y que habían cerrado la librería Golos Truda. En ninguna de las dos ciudades se presentaron cargos en contra de nuestros camaradas, ni se les concedió audiencia o juicio. No obstante, unos cuantos ya habían sido enviados a la penitenciaría de Samara. Aquellos que aún seguían en las cárceles de la Butirki y la Taganka estaban siendo sometidos al acoso más violento e incluso a la violencia física. Uno de nuestros chicos, el joven Kashirin, había sido golpeado por un chequista en presencia del alcaide de la cárcel. Maximov y otros anarquistas que habían luchado en los frentes revolucionarios, a quienes muchos comunistas conocían y respetaban, se habían visto obligados a declararse en huelga de hambre para protestar por las infames condiciones.

Lo primero que nos pidieron cuando llegamos a Moscú fue que firmáramos un manifiesto, dirigido a las autoridades soviéticas, denunciando las tácticas concertadas para exterminar a nuestra gente.

Lo hicimos, por supuesto; Sasha tan consciente ahora como yo de que las protestas desde dentro de Rusia, por parte de un puñado de gente que aún no estaba en la cárcel, eran totalmente fútiles. Por otra parte, no se podía esperar ninguna acción eficaz por parte de las masas rusas, incluso aunque

consiguiéramos acceder a ellas. Años de guerra, lucha civil y sufrimiento habían minado su vitalidad y el terror las había reducido a la sumisión. Nuestro recurso, afirmó Sasha, era Europa y los Estados Unidos. Había llegado el momento de que los obreros extranjeros conocieran la vergonzosa traición de Octubre. La conciencia despierta del proletariado y del resto de los elementos radicales y liberales en cada país debería cristalizarse en un inmenso grito contra la implacable persecución por motivos de opinión. Solo eso detendría la mano de la dictadura. No había otra opción.

Así eran los efectos que el martirio de Kronstadt había tenido sobre mi colega. Había demolido los últimos restos de su creencia en el mito bolchevique. No solo Sasha, sino también los demás camaradas, que antes habían defendido los métodos comunistas como inevitables en un periodo revolucionario, se habían visto finalmente obligados a ver el abismo entre Octubre y la dictadura.

Si el precio de la profunda lección que habían aprendido no hubiera sido tan terrorífico, me habría consolado saber que de nuevo Sasha y yo estábamos unidos en nuestra postura, y que mis camaradas rusos, que antes se oponían a mi actitud hacia los bolcheviques, ahora se habían acercado a mí. Supondría un alivio no tener que caminar más a tientas y en solitario, no sentirme tan ajena en medio de gente a la que había conocido en el pasado como los más capaces entre los anarquistas, no tener que reprimir mis pensamientos y mis emociones ante el único ser humano que había compartido mi vida, mis ideales y mis desventuras durante nuestro destino común de treinta y dos años. Pero ahí estaba la negra cruz erigida en Kronstadt y la sangre de los cristos modernos goteando de su corazón. ¿Cómo pensar ahora en el alivio y el consuelo personal?

De camino a la Leontevski nos topamos con un desfile más ostentoso de lo habitual. ¿Cuál era la ocasión especial?, preguntamos. ¿Habíamos venido a Moscú y no nos habíamos enterado del gran acontecimiento? ¡Se celebra

el regreso del general Slaschov-Krimski! «¿Cómo?», gritamos Sasha y yo al unísono. «¿El general blanco, el azote de los judíos, el hombre que con su propia mano acabó con la vida de los soldados rojos y los judíos, el enemigo jurado e implacable de la Revolución?». Ese mismo, nos dijeron. Había recapacitado y suplicado que se le readmitiera en la patria que tanto amaba, jurando servir fielmente a los bolcheviques desde ese momento. Ahora, por orden del gobierno soviético, se le recibía con honores militares y se le festejaba con obreros, soldados y marineros cantando canciones revolucionarias para el disfrute de uno de los enemigos más implacables de la Revolución. Caminamos hasta la Plaza Roja para contemplar el espectáculo de León Trotski, el comisario del Ejército Revolucionario de la República Socialista, pasando revista a sus tropas ante el general zarista Slaschov-Krimski. El enorme estrado no se encontraba muy lejos de la tumba de John Reed. Bajo su sombra, León Trotski, el carnicero de Kronstadt, estrechaba la mano manchada de sangre de su camarada Krimski. ¡Un espectáculo sin duda que haría llorar de risa a los dioses!

Poco tiempo después se envió al general Slaschov-Krimski a Karelia, un distrito pobre del norte, para «liquidar allí la revuelta contrarrevolucionaria». Los sencillos karelianos, convencidos de su derecho a la autodeterminación, habían sentido demasiado riguroso el yugo comunista y protestaron ingenuamente contra los maltratos que se les había impuesto. ¿Quién más competente que el general Slaschov-Krimski para hacer entrar en razón a los «amotinados»?

Solo nos quedaba un consuelo. No teníamos que comer de la mano del verdugo. Mi querida y anciana madre y nuestro amigo Henry Alsberg nos habían ahorrado esa degradación. A través de un amigo, mi madre me había enviado trescientos dólares y Henry le había dejado a Sasha algunas ropas para intercambiarlas por comida. En nuestro nuevo modo de vida esto nos mantendría a flote bastante tiempo.

Aún no nos habíamos adaptado del todo a la rutina de la existencia que el grueso de los no privilegiados estaba obligado a adoptar. Abordar a los campesinos al amanecer para encontrar leña, acarrearla a casa en un trineo, partirla con las manos heladas, subirla tres pisos de escaleras, después ir a buscar agua varias veces al día y bastante lejos de nuestro alojamiento; cocinar, lavar y dormir en un pequeño dormitorio, el de Sasha aún más pequeño que el mío y nunca suficientemente caldeado: todo esto era muy duro y, al principio, agotador. Mis manos estaban cuarteadas e hinchadas y mi espalda, nunca demasiado robusta, me dolía por todas partes. Mi querido amigo también sufría mucho, especialmente aquejado de su antigua dolencia de las piernas, los ligamentos que se había distendido por su caída en Nueva York y que le habían dejado lisiado un año entero.

No obstante, el dolor físico no era nada comparado con nuestra liberación interior, el alivio espiritual que sentíamos por no tener nunca más que pedir o aceptar cualquier cosa de las fuerzas que habían asestado el golpe final a Octubre con la matanza de Kronstadt.

Teniendo en cuenta el absoluto colapso de toda pretensión revolucionaria de la dictadura, un Museo Piotr Kropotkin bajo su protección se me antojaba como una ofensa directa a su nombre. Sasha también había llegado a ver lo incongruente que sería un recuerdo a Piotr dentro de la ciudadela de Lenin, Trotski y Slaschov-Krimski. Nuestros camaradas rusos estaban de acuerdo. Pero aún se aferraban a la idea del museo como el único centro de reflexión anarquista en el que los bolcheviques no se atreverían a entrometerse. Sofía, sin embargo, no quería que el Museo Kropotkin se convirtiera en la sede anarquista. Su ambición, en tanto compañera de vida y colaboradora de Piotr, era dar testimonio de todas las versátiles actividades de Piotr, en los campos de la ciencia, la filosofía, las letras, el humanismo y el anarquismo. Aunque yo comprendía y empatizaba con Sofía, también quería apoyar a mis camaradas en su deseo de destacar al anarquista que fue Kropotkin. Él mismo así lo habría querido. Había

elegido el anarquismo como su fin, y la difusión de este como el interés supremo de su vida. Era por tanto Kropotkin el anarquista el que debía tener preferencia en un museo dedicado a él. Pero no podía ignorar la importancia del papel de Sofía en el proyecto. Solo ella tenía la dedicación, la paciencia amorosa, el tiempo y la libertad necesarias para dar vida al recuerdo y para cuidar de su desarrollo y crecimiento. Les recordé a nuestros camaradas que, aunque ellos aún estaban en libertad, estaban también en peligro de que la Checa los detuviera en cualquier momento. ¿Cómo iban a ocuparse de construir y mantener el museo? Incluso aunque estuvieran libres no podrían hacerlo. Su labor diaria, más la tarea agotadora de conseguir las raciones, no les dejaría ni tiempo ni fuerzas para trabajar en el legado de Peter. Mi parte en el proyecto se limitaba a la petición de ayuda a nuestra gente en los Estados Unidos, y lo haría únicamente porque quería ayudar a Sofía. La idea de un Museo Kropotkin en la Rusia actual me parecía una incongruencia y además no estaba de acuerdo en pedir o aceptar ayuda para ello de los autócratas soviéticos.

Sasha accedió a firmar conmigo la petición, pero no quería, bajo ninguna circunstancia, volver a tratar con los hombres responsables del baño de sangre de Kronstadt, de la persecución generalizada de nuestros camaradas y del asalto nocturno a la cárcel de la Butirki. La dinastía de los Romanov, señaló, nunca había tratado de esta manera a los presos políticos. En la república socialista, los chequistas y los soldados se habían arrojado sobre hombres y mujeres que dormían en sus celdas, los habían golpeado, arrastrado a las mujeres por las escaleras cogidas del pelo y las habían metido en camiones que esperaban allí para enviarlas nadie sabía dónde. Nadie con la mínima humanidad o integridad revolucionaria podría tener nada ver con tales criminales, declaró Sasha apasionadamente.

Mi camarada no solía llegar a esos extremos a la hora de expresar su indignación, por muy profundamente que la sintiera. Pero la carta que había recibido de una de las víctimas de la horrible redada nocturna fue la gota

que colmó el vaso de la ira de Sasha, que había estado llenándose durante los últimos dos meses.

La carta confirmaba los rumores que nos habían llegado desde el día después del asalto. Decía:

Campo de concentración, Ryazan

En la noche del 15 de abril fuimos atacados por soldados rojos y chequistas armados. Nos ordenaron vestirnos y prepararnos para salir de la Butirki. Algunos de los presos políticos, temiendo que nos condujeran al paredón, se negaron a salir y fueron golpeados con saña. Las mujeres especialmente fueron maltratadas, algunas de ellas arrastradas por las escaleras cogidas del cabello. Muchas han sufrido heridas graves. A mí me golpearon tanto que todo mi cuerpo duele como un único cardenal. Nos sacaron a la fuerza en pijama y nos arrojaron a unas carretas. Los camaradas de nuestro grupo no sabían nada del paradero del resto de los políticos, incluyendo los mencheviques, socialrevolucionarios, anarquistas y anarcosindicalistas.

Diez de nosotros, entre ellos Fanya Baron, han llegado aquí. Las condiciones de la cárcel son insoportables. Sin ejercicio, ni aire fresco, la comida es escasa y horrible, todo está terriblemente sucio, hay chinches y piojos. Vamos a ponernos en huelga de hambre para que nos traten mejor. Nos acaban de decir que nos preparemos. Nos mandan de nuevo a alguna parte. No sabemos dónde.

La razón del despropósito fue que la Checa no podía tolerar la comparativa libertad que nuestros hombres habían instaurado en la Butirki, y su organización de clases, charlas y debates. Los presos políticos habían pedido también que se modificara el trato a los comunes. Constantemente encerrados en sus celdas, se les daba una comida abominable y a menudo no se les limpiaban los cubos de excrementos durante dos días. Quinientos reclusos se habían puesto en huelga. Gracias a los políticos se atendieron las demandas de los desgraciados y había terminado el conflicto. La Checa no había perdonado el revés que recibió por la intervención de los políticos. De ahí el asalto nocturno del 25 de abril.

Las reiteradas preguntas del sóviet de Moscú acerca de la suerte de trescientos mencheviques, socialrevolucionarios y anarquistas sacados a la

fuerza de la Butirki extrajeron finalmente la información de que habían sido distribuidos entre las cárceles de Orlov, Yaroslavl y Vladimir.

Poco después de la redada, los estudiantes de la universidad de Moscú protestaron en una asamblea abierta en contra de los horrores del 25 de abril. Los promotores fueron prontamente arrestados, la universidad se cerró y a los estudiantes, que procedían de diferentes lugares de Rusia, se les dio tres días para que regresaran a sus lugares de nacimiento. La explicación oficial para estas medidas drásticas fue la carencia de raciones. Los jóvenes declararon que podían pasarse sin ellas si se les permitía continuar sus estudios. Poco después volvió a abrirse la universidad. Preobrazjenski, decano de la universidad, declaró: «A partir de ahora no se tolerarán actividades políticas de ningún tipo». Despedir profesores y suspender a los estudiantes que se atrevían a protestar había sido el pan de cada día. Solo la opinión pública no se enteraba. Después de Kronstadt y de la Nueva Política Económica, la mordaza académica se volvió mucho más dura y prácticamente descarada; dejó de ser un procedimiento a puerta cerrada. Alexéi Borovoi, un anarquista y profesor de filosofía muy conocido, que había tenido libertad de cátedra en la universidad de Moscú durante el régimen zarista, fue obligado a dimitir bajo la dictadura bolchevique. Su delito consistía en que los estudiantes asistían en masa a sus clases y lo escuchaban con agrado.

Los estudiantes detenidos fueron exiliados, entre ellos chicas de diecisiete y dieciocho años acusadas de pertenecer a un círculo que estudiaba las obras de Kropotkin. En vista de la situación, era casi infantil pensar que los bolcheviques fueran a vacilar en apropiarse el Museo Piotr Kropotkin. Pero la mayoría de los miembros del comité no se dejaba convencer. Sasha y yo no necesitábamos más justificaciones para nuestra postura. Además, habíamos ya decidido salir definitivamente de Rusia.

Durante las primeras semanas de angustia de Sasha, tras la masacre de Kronstadt, no me atreví a mencionar la idea de abandonar Rusia que me

había asaltado durante el asedio. Temía aumentar su tortura. Más tarde, cuando valientemente se recompuso, le planteé el tema, sin estar segura de que se quisiera ir, pero sabiendo que no lo podría dejar solo en este régimen asesino. Me alivió enormemente descubrir que Sasha había pasado muchas noches en vela mascando la misma idea. Después de discutir todas las posibilidades que teníamos para conseguir que nuestras vidas fueran algo más que una simple existencia en Rusia, habíamos llegado a la conclusión de que ninguna acción nuestra tendría ningún valor para la Revolución, o para nuestro movimiento, o ni siquiera para nuestros camaradas perseguidos. Podíamos proclamar, desde la plaza del mercado, la naturaleza antirrevolucionaria del bolchevismo, podíamos lanzar nuestras vidas contra Lenin, Trotski y Zinoviev y caer con ellos. Lejos de servir a nuestra causa o a los intereses de los trabajadores con esa acción, estaríamos simplemente ayudando a la dictadura. Su habilidosa propaganda arrastraría nuestros nombres por el fango y nos marcaría ante el mundo como traidores, contrarrevolucionarios y bandidos. Tampoco podíamos continuar amordazados y encadenados. Así que decidimos irnos. Una vez que Sasha tuvo claro que no nos quedaba nada vital que hacer en Rusia, con la Revolución aplastada por el puño de hierro de la dictadura, insistió en que nos fuéramos enseguida e ilegalmente. Es posible que no nos concedieran pasaportes, dijo. ¿Para qué, entonces, alargar la tortura? ¿Salir de Rusia como ladrones en la noche?, objeté. ¿De Rusia, que nos había prometido colmar nuestros deseos? No podía hacer eso, no hasta que hubiéramos probado otros medios. Le rogué que nos pusiéramos en contacto con nuestros camaradas en el extranjero para averiguar qué país nos admitiría. En julio iban a venir los delegados sindicalistas para asistir al Congreso de la Internacional Sindical Roja en Moscú. Podríamos confiarles un mensaje o, mejor aún, dárselo a Henry Alsberg, que estaba a punto de marcharse de Rusia. Él no sería como los demás que habían prometido entregar nuestros mensajes a nuestra gente en América y hablarles con franqueza de la

situación. La mayoría de ellos no lo había hecho o nos había citado mal. No me extrañaba que Stella y Fitzi siguieran escribiendo con entusiasmo acerca de nuestras maravillosas oportunidades para la acción en Rusia. En Henry se podía confiar absolutamente; debíamos esperar hasta que se entrevistara con nuestros camaradas en Alemania. Sasha aceptó, pero a regañadientes. No podía dormir tranquilo con Kronstadt en la cabeza.

Compartía su dolor, como de hecho lo hacía toda nuestra gente y casi todo el mundo al que le quedaba alguna fibra revolucionaria. Nuestro alojamiento en Moscú se convirtió en un oasis para nuestros camaradas, así como para otros ajenos a nuestras filas. Llegaban a cualquier hora del día e incluso a altas horas de la noche, hambrientos, desanimados, con negros pensamientos. Las comidas que habíamos preparado para nosotros o, como mucho, para uno o dos invitados tenían que someterse al milagro de los panes y los peces para llegar a todos los que se dejaban caer en el momento en que nos sentábamos a la mesa. Con el fin de garantizar que hubiera suficiente para todos, tenía que inventarme todo tipo de excusas para justificar mi poco apetito: dolores de cabeza, molestias de estómago y el vicio de los cocineros, que siempre pican los mejores bocados antes de que se sirva la comida. No me importaba tanto la debilidad que a veces me sobrevenía como la falta de privacidad. Pero esta gente no tenía adónde ir, ningún lugar en el que sentirse como en casa o libre de compartir sus pensamientos dolorosos. Era el único favor que podíamos hacer y lo hacíamos de todo corazón.

Tuvimos otros invitados menos agotadores, aunque no menos zarandeados por los conflictos de su tierra natal. Alexandra Shakol, nuestra secretaria de la expedición, llegó para pasar una corta estancia en Moscú. Nos gustó verla de nuevo, intercambiar opiniones con ella y ayudarla a disipar la melancolía agasajándola con su capricho más querido, el *puncha (goggle-moggle)*, como llamaba al ponche de huevo (*egg-nog*), para ella el sumun de la felicidad.

A través de Shakol pudimos renovar nuestra relación con Vera Nikolayevna Figner, una de las figuras más excelsas del movimiento revolucionario pionero conocido como Narodnaya Volya (La voluntad del pueblo). La había conocido el año anterior y me escandalizó encontrarla desnutrida y con mala salud. Le había preguntado si recibía la ración académica que, aunque no abundante, era suficiente como para subsistir. Vera Nikolayevna tenía demasiado orgullo como para pedirla y nadie se había acordado de ella, me informó Shakol. Lunacharski, a quien fui a ver para hablar de este asunto, estaba tan indignado como yo. No sabía nada de eso e inmediatamente ordenó que se le diera la ración a Vera Figner. Ahora tenía mejor aspecto, más rejuvenecido. A pesar de sus cuarenta y pico años, tenía aún una silueta que atraía las miradas y conservaba gran parte de su belleza, esa belleza que había inspirado a los poetas. Igualmente admirable era su presencia de ánimo, después de haber pasado veintidós años en la fortaleza de Schlüsselburg y de los años de lucha a partir de que el drama ruso se desplegó ante ella. De modales gráciles, ingeniosa y con una humanidad infinita, Vera Nikolayevna nos dejó prendados con sus recuerdos de la época heroica revolucionaria, de los camaradas del periodo de la Narodnaya Volya y su extraordinaria fortaleza y arrojo. Eran los auténticos precursores del anarquismo, pensaba Vera, dedicados por completo a su cumplimiento entre las masas y sin dedicar un solo pensamiento a sí mismos. Los había conocido a casi todos y el homenaje reflejaba su propia visión y grandeza, especialmente cuando hablaba de Sofía Perovskaya, la sacerdotisa suprema de la época revolucionaria más significativa del mundo. La narración de Vera siempre renovaba mi esperanza de que lo que antes había existido volviera un día a vivir en nuestra *Matushka Rossiya*.

Inesperadamente llegó desde América nuestro viejo amigo Bob Robbins, el de la coqueta caravana y el perro antisemita. Él también se había

«convertido»; Rusia se le había metido en la sangre. Se había despedido de sus afiliaciones, camaradas y amigos en los Estados Unidos y, con sus ahorros de varios años, llegó al hogar de los sóviets para ayudar en sus labores y recrearse en sus logros. Su esposa, Lucy, había elegido el camino más llano y seguro de la American Federation of Labor. Bobby era un lazo muy fuerte con nuestro pasado. Agudamente real durante un tiempo, pronto quedó de nuevo ensombrecido por las negras nubes del cielo ruso. Louise Bryant apareció súbitamente, ya no tan desesperada ni quebrada por el dolor. Habían pasado siete meses desde la muerte de Jack; Louise era joven y ansiaba vivir. No me extrañó que despertara las sospechas y la censura de los camaradas de su marido. Se empolvaba la nariz, se pintaba los labios y cuidaba su figura. ¡Herejías en la Rusia soviética! Tal vez Louise nunca había sido una comunista, sino únicamente la esposa de un comunista; ¿por qué no iba a seguir ahora su propio camino?, argumenté en su defensa. Para los ascéticos comunistas esto era anatema. Yo era una burguesa como Louise y las demás de su cuerda, acusaron, siempre defendiendo los derechos individuales cuando solo una cosa contaba: la dictadura y sus fines.

Louise me pidió que fuera con ella a entrevistarse con Stanislavski. Me hizo ilusión tener la oportunidad de conocer al hombre cuyo arte y el de su grupo me había sacado a menudo de la gris realidad. En mi primera visita a Moscú, Lunacharski me había dado una carta de presentación para él, así como para Nemirovich-Danchenko. Ambos estaban enfermos entonces y después la ola rusa me había arrastrado.

Nos encontramos a Stanislavski entre montañas de baúles, cajas y maletas. De nuevo le habían requisado el estudio. Había ocurrido ya tantas veces que le importaba tan poco como sus arrestos domiciliarios periódicos, nos dijo. Estaba muy desanimado por la pobreza del teatro ruso. No había surgido nada meritorio en los últimos cuatro años, decía. El desarrollo de un artista dramático depende de la fuente viva del arte creativo; cuando esta se

seca, incluso los mejores se vuelven estériles. No desesperaba, añadió apresuradamente; nadie que conociera los tesoros del suelo y el alma rusa podía desesperarse. Desde Gogol a Chejov, Gorki y Andreiev, la estirpe se había roto aparentemente, pero no se había perdido. El futuro lo demostraría, profetizaba Stanislavski.

Entre los visitantes, el más cercano a nosotros fue Henry Alsberg. Nos visitaba a menudo, adivinando misteriosamente los momentos en los que estábamos a solas. Venía siempre cargado de regalos para reponer nuestra despensa, y su ingenio rápido y hermosas cualidades humanas disipaban nuestra melancolía. Henry ya no hablaba de los grandes cambios políticos que vendrían cuando se hubieran liquidado los frentes. De hecho, desde que había regresado a Rusia, todos los frentes se habían terminado, incluso el frente de Kronstadt. El único que quedaba era Karelia y de ese ya se encargaba el general Slaschov-Krimski. La guerra civil estaba terminando. Había llegado el momento de que las esperanzas de Alsberg se cumplieran: libertad de expresión, libertad de prensa y amnistía para los miles de presos políticos de las prisiones soviéticas. «¿Dónde están, Henry?», le pregunté en una ocasión. «¿Dónde están las libertades que esperabas de Lenin y su Partido?». Henry era demasiado honrado intelectualmente como para negar que Kronstadt le había horrorizado, como a todos nosotros, y que la detención en masa de los presos políticos y su trato inhumano le agobiaban. Su problema era la falta de claridad en lo que respecta a la naturaleza, sentido y fin de la revolución social. Seguía siendo el caballero andante, culpando a la Revolución, al atraso del país y de sus gentes, a los intervencionistas y al bloqueo, de todo crimen que era inherente a la dictadura, a la locura de un poder que quería subyugar a todo y a todos a mayor gloria de ese monstruo gélido, el Estado comunista. Su actitud a veces ponía a prueba mi paciencia, pero nunca mi afecto por nuestro bonachón y tranquilo amigo. Y tampoco afectó a los vínculos de nuestro

compañerismo. En la Rusia bolchevique, quizás mucho más que en cualquier otro lugar, había que reír para poder reprimir las lágrimas.

En una de sus últimas visitas, Henry trajo de nuevo un enorme fardo de ropa. «Bueno», bromeó con Sasha. «Si Lenin puede volverse un tendero, ¿por qué no Alexander Berkman?». «Claro que sí», contestó Sasha. «Ahora es *kosher*, pero yo me adelanté a Lenin. Comercié mientras estuvimos en Ucrania, antes de que el papa del Kremlin nos diera su bendición». «Te olvidas», intervine, «de que tú entraste en el mundo del comercio en tanto "especulador y bandido". Lenin lo hace en el santo nombre de Karl Marx. Esa es la diferencia».

Sí, ahí estaba la diferencia. Los pobrecillos del mercado frente al Hotel Nacional habían sido reemplazados por una enorme pastelería. Estaba atestada de barras de pan blanco, bizcocho y *piroshky*. El dueño, probablemente no comunista, era un hombre de negocios de los que le gustaban a Lenin. Sabía cómo atraer a los clientes. El lugar estaba abarrotado y el negocio florecía. Fuera quedaba aquella ralea, pálida y muerta de hambre, con los ojos como platos, mirando con ansia el milagro desplegado en los escaparates, lujos que no habían visto desde hacía años. «¿De dónde vienen estas cosas?», oí protestar a una mujer cuando pasé por delante. «Hace nada era peligroso tener un trozo de pan blanco. Y mirad esto. ¡Mirad esas hogazas y bizcochos! ¿Para esto hemos hecho la Revolución?», se quejaba. «Creía que habíamos acabado con la burguesía», exclamaba un hombre. «Y mira cómo entran y salen de aquí. ¿Qué son y quiénes son?». La multitud adoptó el estribillo y algunos cerraban el puño en alto. «¡Fuera, dispersaos!», ordenó un miliciano que protegía la tienda. Los sagrados derechos de la propiedad debían ser protegidos.

Una tienda en la Tverskaya, que había estado tres años cerrada, abrió sus puertas con una enorme provisión de fruta selecta, caviar, faisán y otras cosas que no hubiera creído yo que existieran en Rusia. La multitud que se agolpaba fuera parecía demasiado impresionada como para darse cuenta de

qué se trataba. Era un desafío audaz a su hambre. Pronto su sorpresa se tornó en indignación y enfado. Los que estaban más cerca se precipitaron hacia la tienda, el resto les siguió. Pero el buen comerciante de Lenin estaba preparado. Había colocado guardias dentro para enfrentarse a una emergencia de ese tipo. Cumplieron con su deber. Era el único cuerpo en Rusia que funcionaba con eficacia.

La NEP se extendía. Había llegado la hora de la nueva burguesía. Ya no había que preocuparse por la sopa *sovietsky* ni por las raciones teniendo tal surtido de manjares a mano. Ya no había que angustiarse ni tener que esconder el botín que habían robado los antepasados de esta nueva clase privilegiada. No podía creer lo que veía cuando, en el primer estudio de Stanislavski me topé con un montón de mujeres vestidas de terciopelo y seda, con carísimos chales y cargadas de joyas. ¿Por qué no? Las damas *sovietsky* sabían apreciar la buena ropa, aunque estuviera algo arrugada al salir de sus escondrijos y no se amoldara exactamente a la última moda de París.

Pero entre las masas, no obstante, prevalecían aún el gris y el pardo. Agotaban sus ya exhaustas fuerzas en las largas colas, esperaban una orden para tener un agujero donde vivir, un trozo de tela de algodón, medicina para su familia enferma o incluso un ataúd para sus muertos. Esto no era una alucinación de mi cerebro agotado. Era una más de las realidades monstruosas. Angélica Balabanoff me contó un caso así. La habían enviado de vuelta a su pequeño cuarto del Hotel Nacional y le habían despojado por completo de sus funciones soviéticas. Enferma, desilusionada y arruinada, sufría más que la mayoría de sus camaradas por el último salto mortal de su ídolo Ilich. Ver constantemente a las masas hambrientas rodeando las panaderías y pastelerías era una tortura para alguien como Angélica, que se sentía culpable por aceptar siquiera unas pocas galletas de sus amigos suecos. Era un purgatorio que solo podían apreciar quienes, como nosotros, la conocían bien.

En un estado febril me relató el suicidio de una amiga, una mujer comunista que había sido militante de base en los movimientos revolucionarios durante veinticinco años. Como ya había oído hablar de bastantes comunistas que se habían quitado la vida después de que se hubiera implantado la Nueva Política Económica, creí que se trataba de un caso similar. Pero no era eso, explicó Angélica. Su camarada se había disparado con la esperanza de que esta muerte violenta llamara la atención sobre la situación de su hijo, que estaba enfermo en el hospital. Había perdido a un hijo en el frente revolucionario. El segundo, apenas un muchacho, tenía tuberculosis y el comisario le había notificado a la madre que su hijo había superado el tiempo de su estancia en el hospital y que tendría que llevárselo a casa. Intentó conseguir un pase para un cuarto en el Hotel Nacional, donde al menos el chico tendría alguna comodidad. Al no conseguirlo, había decidido morir para que su disparo convenciera al comité ejecutivo del partido de concederle un cuarto a su hijo. «¡La pobre criatura debía estar desquiciada!», exclamé. Angélica me aseguró que la mujer estaba bastante cuerda, pero que no podía soportar ver morir a su hijo como un perro. El horror de la situación había superado por completo a Angélica el día del entierro. Fue con una camarada al cementerio cumpliendo el último deseo de su amiga fallecida. Allí no había nadie más, ni siquiera el cuerpo de la muerta. Angélica casi se desmaya y su acompañante insistió en regresar. Por el camino de vuelta se cruzaron con dos mujeres comunistas que empujaban una carretilla a modo de coche fúnebre. El retraso se había debido a la dificultad para obtener una orden para el ataúd y un certificado de defunción.

La NEP florecía y a los conversos que peregrinaban hacia el santo grial se les convencía de que el proletariado controlaba totalmente la situación y que, en la Rusia soviética, ya no hacía falta el dinero, porque los obreros tenían acceso libre a los mejores productos de la tierra. Un amplio

contingente de creyentes procedentes de América había entregado confiadamente todas sus posesiones al comité de recepción de la frontera. En Moscú fueron enlatados como sardinas en habitaciones comunes, se les dio una pequeña ración de pan y sopa y se les abandonó a su suerte. En menos de un mes, dos niños del grupo murieron de desnutrición e infección. Los hombres se deprimieron, las mujeres enfermaron, una de ellas se volvió loca de angustia por sus hijos y por la conmoción ante las condiciones con las que se había encontrado en Rusia. Nuestro amigo, el pequeño Bobby, con sus esperanzas ya destrozadas, vino a contarnos ese caso el mismo día que otra mujer y sus dos niños habían caminado dos millas desde la estación de Moscú para dejar su tragedia ante nuestra puerta. La señora Konossevich, su marido, la hija de catorce años y el hijo pequeño habían sido deportados de América después de haber experimentado una dosis del régimen de Mitchell Palmer. Llegaron a Rusia con un enorme entusiasmo en sus corazones, aunque no tan crédulos como otros que habían sido deportados con ellos. Habían oído decir que Rusia estaba desnuda y hambrienta y decidieron repartir sus posesiones entre los necesitados. Dos semanas más tarde, sacaron a Konossevich, junto con su familia, del tren que los llevaba a su pueblo natal en Ucrania. Le acusaron de ser un majnovita. Él le explicó a la Checa que acababan de llegar desde los Estados Unidos, de donde habían sido expulsados por su postura prosoviética y que nunca habían oído hablar de Majno. Sus razones no sirvieron de nada. Le arrestaron, confiscaron su equipaje y su mujer y sus dos hijos fueron abandonados en la estación sin dinero suficiente para sobrevivir una semana.

En cualquier caso, nuestra labor era tratar de evitar que la esposa de un camarada se volviera loca, encontrar un trabajo para la señora Konossevich y rescatar a su marido de un fusilamiento probable. Por encima de este patrón desquiciado de la vida soviética, la hambruna repentinamente planeó sobre la tierra; la miseria y la muerte se extendieron por la región del Volga

y amenazaron al resto del país. El gobierno soviético sabía desde hacía meses que era posible que millones de personas perecieran a no ser que se adoptaran medidas de ayuda inmediata. Especialistas en agricultura y economía habían advertido a las autoridades de la inminente catástrofe. Declararon abiertamente que la principal causa de la situación era la ineficacia, el desgobierno y la corrupción burocrática. En lugar de poner a la maquinaria soviética a trabajar para remediar la calamidad, para dar a conocer la situación a la opinión pública y despertarla ante el peligro, se había suprimido el informe de los especialistas.

Los pocos no comunistas que estaban al tanto se sentían impotentes para hacer cualquier cosa. Nosotros estábamos entre estos últimos. En el apogeo de nuestra fe en los bolcheviques habríamos golpeado la puerta de todos los líderes y hubiéramos contribuido a las labores de auxilio. Kronstadt nos había enseñado la lección. No obstante, informamos a los elementos de izquierda a los que teníamos acceso de la calamidad que amenazaba y les rogamos que nos permitieran unirnos a una campaña que aliviara a los afectados por la hambruna. Estos se apresuraron a ofrecer propuestas y ayudas al gobierno, pero estas fueron rechazadas. Al ala derecha se le recibió mejor. Con la excepción de Vera Figner, eran demócratas constitucionales que se habían opuesto con saña a la Revolución de octubre. Habían sido repetidamente detenidos en tanto contrarrevolucionarios, pero ahora eran recibidos con los brazos abiertos como «el comité ciudadano». Se les proporcionó todo tipo de facilidades para su trabajo: un edificio, teléfonos, mecanógrafas y el derecho de publicar un periódico. Aparecieron dos números, el primero contenía un llamamiento del patriarca Tijon, quien pedía a su rebaño que contribuyera con sus donativos y que se los dieran a él, que ya se encargaría de distribuirlos. La ironía de este idilio entre la vanguardia del proletariado y sus enemigos quedó demostrada por el boletín que sacaron estos últimos. No era otra cosa que el viejo *Vyedomosty* resucitado, la publicación más oscura y reaccionaria del régimen zarista, a

la que se parecía en todo excepto en el nombre. Ahora se llamaba *Pomoshch* (Ayuda).

Una vez más, los magos circenses soviéticos habían superado a Barnum y Bailey.[33] De hecho, la Europa occidental no volvería a osar decir que las libertades políticas se habían suprimido en el Estado comunista o que el gobierno soviético no aceptaba la cooperación de todos los partidos en este momento crucial de la hambruna.

Después de que la buena nueva se proclamara en el extranjero y llegara una generosa ayuda de la American Relief Administration,[34] el idilio llegó a un fin abrupto. La alianza se declaró rota, la novia no solo fue plantada, sino arrojada a la cárcel de la Checa. Los miembros del «comité ciudadano» fueron denunciados de nuevo como contrarrevolucionarios y sus líderes fueron exiliados por todos los rincones del país. Vera Figner se libró, pero rechazó ese honor. Fue a la Checa y exigió compartir la suerte de sus colaboradores, pero al gobierno no le pareció buena idea ponerle las manos encima, por miedo a la tormenta de indignación que habría provocado en el extranjero.

El presidente Kalinin, marcado por la infamia desde Kronstadt, viajó en un tren de lujo, cargado con la sabiduría de Lenin y agasajó regiamente a un grupo de corresponsales extranjeros. El mundo se iba a enterar de los solícitos cuidados que el Estado soviético proporcionaba a los afectados.

Los que realmente trabajaban en las tareas de socorro, sin embargo, eran los organismos extranjeros que en el intervalo habían organizado el rescate. Los obreros de Rusia y la mayoría de la población no comunista estaban haciendo esfuerzos sobrehumanos para aliviar a los distritos azotados por la hambruna. La *intelligentsia* logró milagros. Desde sus oficios, médicos, enfermeras y distribuidores de provisiones se sacrificaron en gran número. Muchos murieron por el contagio y la infección y otros fueron incluso asesinados por la gente enloquecida a la que habían acudido a ayudar. Con millones de vidas devoradas por la hambruna, la pérdida de unos cientos de

burgueses no era algo que el gobierno soviético pudiera siquiera percibir. Era más importante para la revolución mundial que el régimen soviético de repente descubriera la riqueza que contenían las iglesias, la cual podría haber sido confiscada antes sin demasiada oposición del campesinado. Pero ahora la expropiación de los tesoros de la Iglesia añadió leña a las hogueras del odio que la dictadura había encendido entre todas las clases del pueblo. Otra muestra del ininterrumpido celo revolucionario del Estado comunista fue ordenar a sus propios miembros que entregaran todos los objetos valiosos que poseyeran, hasta la última alhaja. Fue una sorpresa enterarse así de que los comunistas podían ser sospechosos ante su propio partido de atesorar joyas u otros objetos de valor. Pero, aparentemente, había miembros así. Se descubrió que el editor del *Izvestia*, Steklov, un conocido comunista, cuya especialidad era acusar a los revolucionarios no comunistas de ser unos bandidos, tenía una amplia colección de oro y plata, cosas que un comunista se supone que no debe tener. No podían fusilar a un destacado editor del Partido, como habían fusilado a Fanya Baron. Tampoco podían permitir que siguiera en el santuario. Los militantes de base podrían reunir el valor para preguntar por qué se hacía esa discriminación. Por tanto, Steklov fue cesado del periódico y otros comunistas fueron enviados a Crimea.

La hambruna continuó su marcha devastadora. Pero Moscú estaba lejos de la región golpeada y dentro de sus murallas se preparaban grandes acontecimientos. Iban a celebrarse tres congresos: el de la Internacional Comunista, el de las Organizaciones de Mujeres y el Congreso Sindical Rojo. Se remozaron una serie de edificios cercanos al Hotel de Luxe y se limpió y decoró la ciudad especialmente para la ocasión. El azul y dorado de las cúpulas de la ciudad de las cuarenta veces cuarenta iglesias se mezclaba con los tintes escarlata de las escarapelas y las banderas. Todo estaba preparado para la recepción de los delegados y visitantes extranjeros de todos los rincones del mundo.

Entre los primeros visitantes vinieron dos delegados de la I.W.W. desde América, Williams y Cascaden. Otros llegaron poco después, entre ellos, Ella Reeves Bloor, William Z. Foster y William D. Haywood. ¿Cómo había podido llegar «Big Bill», nos preguntábamos, puesto que sabíamos que estaba en libertad bajo fianza de veinte mil dólares, sentenciado a veinte años de cárcel? ¿Sería posible que se hubiera saltado la fianza? Sasha se inclinaba por creer esto último; había perdido su fe en Bill en 1914, cuando este último había flojeado durante las luchas por la libertad de expresión que Sasha había llevado a cabo en Nueva York. Yo defendí a Bill acaloradamente, señalando que nuestras acciones no siempre pueden juzgarse con tanta ligereza. «Ni siquiera las tuyas, muchacho», le dije. Pero Sasha se negó a venir conmigo al hotel donde estaba alojado Haywood. «Si realmente quiere vernos, ya vendrá él», afirmó. Me reí de que gastara tanta ceremonia con Bill.

Bill Haywood había estado muchas veces en nuestra casa, de día y de noche. Siempre había sido bienvenido, era nuestro camarada en muchas batallas, aunque no compartiéramos las mismas ideas. Me apresuré a ir al Hotel de Luxe, donde se había alojado a los delegados más privilegiados, para encontrarme con el viejo veterano, a quien siempre había apreciado mucho. Bill me recibió con la misma actitud jovial y cálida con la que se había granjeado siempre la amistad de todos. De hecho, me abrazó enseguida, delante de toda la multitud. Los muchachos empezaron a armar jaleo, reprochando en broma a Bill que hubiera mantenido en secreto que E. G. fuera una de sus muchas amantes. Él se rio con bonhomía y me depositó en un asiento a su lado. Le dije que solo me quedaría un momento, para darle la bienvenida y decirle cuándo y dónde podría visitarnos. Aún podría ofrecerle una taza de café, «negra como la noche, dulce como el amor y fuerte como el celo revolucionario». Bill sonrió ante el recuerdo. «Me pasaré mañana», me dijo.

Entre la multitud que rodeaba a Haywood, me percaté de varios traductores que yo sabía que eran chequistas. Eran comunistas ruso-americanos que habían subido de posición y rango por sus servicios al Partido. Estaban incómodos en mi presencia y me miraban con sospecha. Me alegraba de volver a ver a Bill y también a algunos otros recién llegados de los Estados Unidos, entre ellos a Ella Reeves Bloor, que había venido a verme a la cárcel de Misuri y que siempre había demostrado afecto por mí e interés por mi trabajo. No presté atención a los «traductores» y me fui enseguida.

Sasha había salido cuando al día siguiente por la tarde se presentó Bill. Mi visitante me transportó de vuelta a América, al escenario de tantos años de lucha. Le asaeté con preguntas sobre mis amigos, sobre Stella y Fitzi, Elizabeth Gurley Flynn y muchos otros que aún poblaban mi corazón. Quería saber sobre la situación general, el movimiento obrero y la I.W.W., que había quedado poco menos que destrozada por la fobia bélica, así como sobre mis propios camaradas. Bill detuvo mi andanada de preguntas. Antes de que siguiéramos, me dijo, tenía primero que aclarar su propia postura ante mí. Me di cuenta de que tenía la misma tensión nerviosa que solía invadirle cuando se enfrentaba a un público numeroso, su cuerpo temblaba al tratar de reprimir sus sentimientos. Se había saltado la fianza, dijo de repente; había huido. No por los veinte años de prisión que le aguardaban, aunque eso, a su edad, no era moco de pavo. «¡Ridículo, Bill!», le interrumpí. «Nunca te habrían hecho cumplir toda la condena. Gene Debs fue amnistiado y también Kate Richard O'Hare». «Primero, escúchame», me interrumpió. «La cárcel no fue el factor decisivo. Fue Rusia, Rusia, que cumplía todo lo que habíamos soñado y propagado todas nuestras vidas, tanto tú como yo. Rusia, el hogar del proletariado liberado, me llamaba». También le habían pedido desde Moscú que viniera, añadió. Le dijeron que se le necesitaba aquí. Desde aquí podría revolucionar a las masas americanas y prepararlas para la dictadura del proletariado. No había sido

fácil decidirse a dejar a sus camaradas para que se enfrentaran solos a sus largas condenas. Pero la Revolución era más importante y sus fines justificaban todos los medios. Por supuesto, la fianza de veinte mil dólares la pagaría el Partido Comunista. Se lo habían prometido solemnemente. Esperaba, dijo, que yo entendiera sus motivos y no lo considerara un gandul.

No le pregunté nada más acerca de América y no cumplí con su petición de contarle mis impresiones de Rusia. Me di cuenta escandalizada de que Bill estaba tan ciego como lo habíamos estado nosotros a nuestra llegada al país. ¿Pasaría él también por la delicada operación que retiraría las escamas de sus ojos? ¿Y qué sería de Bill cuando su castillo de naipes le cayera encima y todas sus esperanzas quedaran tan sepultadas como las nuestras? Había quemado sus puentes en América; nunca más podría encender la imaginación de la juventud proletaria de su país y justificar ante ellos su fuga en un momento en el que se le necesitaba tan desesperadamente. ¿Quién volvería a confiar su vida a un capitán que había sido el primero en abandonar el barco que naufraga? Y, después, cuando viera la realidad de la Rusia soviética, ¿qué haría? Lo echarían a la pila de los rechazados, como a tantos antes que él, una vez hubiera servido ya a los intereses propagandísticos de Moscú. Bill, tan enraizado en su suelo natal y en sus tradiciones, tan ajeno a Rusia, ignorante de su lengua y de su gente...

Casi me había olvidado de la presencia de mi huésped contemplando el futuro trágico que lo aguardaba. «¿Por qué estás tan callada?», me preguntó. «Porque el silencio vale más que las palabras», bromeé. Más tarde, cuando se hubiera hecho al nuevo país, hablaríamos de nuevo, añadí. ¿Podría visitarme con frecuencia?, preguntó, «¿como en los tiempos del 210 de la calle Trece Este?». «Claro, querido Bill», contesté. «Cuando tú quieras si todavía así lo quieres después de que se hayan encargado de ti». Él no lo entendió y yo no lo expliqué.

Sasha se mofó de los motivos de la huida de Bill. Rusia y el resto de los argumentos no le convencían. Sin duda eran parte de las razones, pero la principal era que Bill se había arrugado ante la perspectiva de veinte años en Leavenworth. En los últimos años ya había mostrado varias veces su cobardía. No tenía que preocuparme por el futuro de Bill, me aseguró Sasha. Encajaría, incluso cuando lograra ver la increíble mentira que Moscú había colado al mundo. No había razones para que no fuera así. Bill siempre había defendido un Estado fuerte y la centralización. ¿Qué era su sindicato grande y único sino una dictadura? «Bill estará en la gloria aquí», concluyó Sasha. «Ya lo verás».

Dos días más tarde, William Z. Foster telefoneó para saber si podía pasarse. Era mi día de lavar ropa y estaba demasiado ocupada, pero Sasha se ofreció a recibir a Foster en su cuarto hasta que yo terminara mi trabajo. Se me ocurrió que Foster podría querer conocer a Schapiro y el resto de camaradas aún libres. Pero cuando se lo pregunté me dijo que no le interesaban los sindicalistas rusos. Quería solo hablar con Sasha y conmigo. En América, Foster había sido de los primeros en abogar por las tácticas sindicales revolucionarias en la lucha económica que habían aplicado los anarcosindicalistas rusos. Me pareció raro que rechazara conocer a esos rebeldes y escuchar de primera mano qué lugar ocupaba el sindicalismo en el régimen comunista, si es que ocupaba alguno.

Llegó en compañía de Jim Browder, un chico de Kansas al que conocíamos como activista de la I.W.W. Sasha se encargó de ellos. Al mediodía, cuando terminé de trabajar y preparé el almuerzo, los invité a compartirlo con nosotros. Las verduras y las frutas abundaban en el mercado y eran mucho más baratas que la carne y el pescado. Vivíamos prácticamente de esa dieta. Los chicos evidentemente no habían perdido su apetito americano. Comieron con gusto y alabaron el talento de E.G. para preparar esos platos. Foster no dijo ni una palabra durante la comida excepto para informarnos de que estaba en Rusia en tanto reportero de la

Federated Labor Press. Browder habló mucho sobre las maravillas del Estado comunista y las cosas estupendas que el Partido había logrado. Le pregunté cuánto tiempo llevaba en el país. «Como una semana», me contestó. «¿Y ya has descubierto que todo es maravilloso?». «Sin duda», dijo. «Se ve a la primera». Le felicité por su vista extraordinaria y desvié la conversación a aguas menos turbulentas. Nuestros visitantes se fueron enseguida y no lo lamenté.

Otros dos americanos vinieron a vernos, Agnes Smedley y su amigo hindú Chato. Había oído hablar mucho de Agnes en los Estados Unidos en relación con su actividad hindú, pero nunca la había conocido en persona. Era una chica sorprendente, una auténtica rebelde honesta que no parecía tener otro interés en la vida que la causa de los pueblos oprimidos en la India. Chato era un intelectual agudo, pero me dio la impresión de ser un individuo taimado. Se denominaba a sí mismo anarquista, aunque era evidente que la causa a la que dedicaba todos sus esfuerzos era el nacionalismo hindú.

Cascaden, el delegado canadiense de la I.W.W., nos visitó con frecuencia. Cada día parecía más agobiado por las intrigas políticas que se tramaban en las sesiones preliminares. Los demás delegados americanos ya habían sido cazados por los comunistas y estos los hacían bailar al son de la melodía que tocaba Losovski, el futuro presidente de la Internacional Sindical Roja. Cascaden se resistía a sus trucos, pero anticipaba que no tendría ninguna oportunidad en el congreso. Le consolamos diciéndole que nadie con una personalidad independiente tendría ninguna oportunidad. El congreso se llenaría de marionetas de los bolcheviques rusos y estas votarían en cada tema según dictara «el centro». Cass, como lo llamábamos familiarmente, era valiente; lucharía hasta el final para cumplir con las instrucciones que le había confiado su organización, nos aseguró.

Los demás delegados se mantuvieron a distancia de nosotros, incluyendo mi antes fiel Ella Reeves Bloor. Tampoco regresó Bill Haywood. Todos

habían sido advertidos por sus «traductores», como lo fueron también Robert Minor, Mary Heaton Vorse y Tom Mann. Estaban en Moscú y no podían ignorar que vivíamos en la ciudad. Bob Minor había «cambiado un poco de opinión»: se había vuelto un comunista. Habíamos leído su confesión en el *Liberator*, que, a todos los efectos, había sido una carta abierta al hombre que había adorado, su íntimo amigo y maestro, Alexander Berkman. Mary Heaton Vorse, una compañera de mi círculo íntimo de Nueva York, era un alma amable y una compañía encantadora. Sus opiniones políticas le venían por delegación. Había pertenecido a la I.W.W. cuando el alegre Joe O'Brien era su marido, y sin duda ahora sería una comunista mientras estuviera con Minor. Suficiente razón para que Mary no permitiera que sus tendencias políticas superficiales ensombrecieran la amistad de la que tanto había presumido antes.

Estaba también Tom Mann, el viejo defensor del sindicalismo y enemigo acérrimo de toda maquinaria política, el hombre que había mostrado su enorme preocupación por mi bienestar en Londres durante los emocionantes días de la guerra de los Bóers. Había sido nuestro huésped en Nueva York durante su gira americana, que los esfuerzos del grupo *Mother Earth* había conseguido salvar del desastre. Todos estos delegados vivían en el Hotel de Luxe, a un tiro de piedra de nosotros. «¿Cómo pueden los seres humanos renegar tan fácilmente de sus viejas alianzas?», le señalé a Sasha. No debía tomármelo demasiado a pecho, me contestó. Les habían dicho que teníamos mala reputación ante los bolcheviques y, por lo tanto, les daba miedo acercarse a nosotros. A él le importaba un comino y no veía por qué debía importarme a mí. Ya hubiera querido yo tener su actitud sencilla y directa.

A los delegados latinos también les habían dado un sutil aviso acerca de nosotros. Pero eran de una pasta diferente de los anglosajones. Notificaron a sus «guías» que no tenían intención de negar a sus camaradas o permitir que se les dictara con quién debían asociarse. Los anarcosindicalistas franceses, italianos, españoles, alemanes y escandinavos vinieron enseguida a vernos.

De hecho, convirtieron nuestra casa en su sede. Pasaron con nosotros todas las horas libres, ansiosos por conocer nuestras impresiones y opiniones. Habían oído hablar de la supuesta persecución de los elementos izquierdistas por parte de los comunistas, pero habían pensado que era un invento capitalista. Sus amigos comunistas franceses, que habían hecho con ellos el viaje, también tenían un sincero deseo de conocer los hechos. Entre ellos, Boris Souvarine era el investigador más inteligente y despierto.

Por supuesto la Checa estaba muy al tanto de que estos hombres salían y entraban del lugar. Nuestra actitud a partir de Kronstadt tampoco era un secreto para ellos. De hecho, Sasha había ido a ver al director de la editorial soviética en Petrogrado y le había pedido que le devolviera la copia de sus *Memorias de la cárcel* que se iba a publicar en ruso. Declaró abiertamente en esa ocasión, así como personalmente ante Zinoviev, que había roto con los bolcheviques por causa de Kronstadt y de todo lo que ello implicaba. Estábamos dispuestos a asumir las consecuencias y hablamos a nuestros visitantes con total libertad. A Souvarine le impresionó mucho nuestro relato. No era posible que Lenin y Trotski supieran el estado real de las cosas, pensaba. ¿Habíamos intentado hablar con ellos? Sí, pero no nos recibieron. Aun así Sasha había escrito una carta a Lenin explicándole la situación y nuestra postura frente a ella. Pero todos estos esfuerzos habían sido tan vanos como nuestras protestas y propuestas al sóviet de defensa de Petrogrado durante el sitio de Kronstadt. Nada se hacía en Rusia, informamos a nuestros visitantes, sin el conocimiento y la aprobación de la autoridad suprema, el comité central del Partido Comunista, y Lenin era su presidente.

Los comunistas en Francia estaban colaborando en muchas ocasiones con sus camaradas anarquistas, me discutía Souvarine. ¿Por qué no se podían dar las mismas condiciones en Rusia? La razón no era difícil de ver, le explicamos. Los comunistas franceses aún no habían conseguido poder político en su país. No habían logrado establecer allí una dictadura. Pero

cuando llegara ese momento, su camaradería con los anarquistas franceses se acabaría, le garantizamos a Souvarine. Él creía que eso era imposible e insistió en que debería hablar del asunto con los líderes bolcheviques. Quería conseguir una relación amigable entre sus camaradas rusos y los nuestros.

Justo en ese momento llegó Olya Maximova. Pálida y temblorosa, nos contó que, en la cárcel de la Taganka, Maximov y otros doce camaradas habían declarado una huelga de hambre hasta la muerte. Llevaban desde marzo preguntando la razón de su encarcelamiento. Se les había negado la información y tampoco se habían presentado cargos contra ellos. Como no habían recibido respuesta a sus protestas, decidieron llamar la atención de los delegados extranjeros hacia su situación intolerable por medio de una huelga de hambre desesperada.

Los sindicalistas presentes se pusieron de pie con gran nerviosismo. Nunca hubieran podido creer que una situación así fuera posible en la Rusia soviética, declararon, y pedirían explicaciones inmediatamente. Plantearían la cuestión en la inauguración del Congreso Sindical Rojo a la mañana siguiente. Souvarine les pidió que esperaran a ver a los líderes sindicales, entre ellos a Tomski, el dirigente obrero, Losovski y el resto. Una discusión en abierto en las sesiones públicas solo beneficiaría al enemigo, argumentaba; la prensa capitalista y la burguesía en Francia y otros países lo aprovecharían. El asunto se podía arreglar tranquila y amistosamente, defendía Souvarine. Los delegados se fueron, jurándonos que no descansarían hasta que se les hiciera justicia a nuestros compañeros en desgracia. Volvieron ya muy entrada la noche para informarnos de que los líderes sindicales les habían rogado que no hicieran público el escándalo y que habían prometido hacer todo lo que estuviera en sus manos para obtener una reparación para los anarquistas encarcelados. Habían propuesto un comité compuesto por un delegado de cada país, incluyendo Rusia, para

parlamentar con Lenin y Trotski. Nuestros camaradas de Europa estaban aliviados de evitar una ruptura y habían aceptado gustosos la propuesta.

Acudí con Sasha a la sesión inaugural del congreso para ver a quién podíamos conseguir para el comité. Estábamos seguros de que Tom Mann estaría dispuesto a ayudar, ¿acaso no había luchado toda su vida contra la persecución política? Y, sin duda, Bill Haywood no se negaría. Cuando se le juzgó a vida o muerte en Idaho se enfrentó a la muerte, y los anarquistas ayudaron a rescatarlo; siempre le habían dado a él y a su organización, la I.W.W., asistencia solidaria en cada detención y en cada conflicto, así como durante la guerra. «Tom Mann ayudará», dijo Sasha, «pero Haywood no. Intentaré llegar a Bob, no creo que me lo niegue».

El Salón de Mármol de la Casa Sindical era el teatro donde se había ensayado y preparado cuidadosamente el gran vodevil. Nos encontramos a los intérpretes principales ya reunidos sobre el escenario. Las sillas de la orquesta estaban ocupadas por los delegados de todas partes del mundo, entre los que predominaban los rusos. Entre ellos, no menos importantes, estaban los delegados de centros industriales tan grandes como Palestina, Bujará, Azerbayán y países similares.

Tras las vallas que separaban a los representantes oficiales del público en general, había bancos para los espectadores. Tomamos asiento en la primera fila, por donde tenían que pasar los delegados para llegar al estrado. Bill Haywood ocupaba el lugar de honor. Nos vio llegar y giró la cabeza. Después de abandonar a sus camaradas en la desgracia, no era extraño que también negara a sus viejos amigos. Sasha tenía razón: no había que preocuparse por el futuro de Bill. Veía igual de bien por su ojo bueno que por el ciego, y «encajaría». No me enfadó, solo me puso indescriptiblemente triste.

Tom Mann se detuvo en seco en cuanto nos reconoció. Como el de Bill, su saludo habría sido efusivo en otro tiempo. Se echó atrás, no obstante, en

cuanto le mencionamos la propuesta del comité. No sabía nada del asunto, dijo, y primero tenía que investigar. Sasha regañó violentamente a Tom por su falta de valor y por su miedo a molestar a los jefes bolcheviques. Tom se avergonzó ante la regañina de alguien que había pagado con una agonía de años su lealtad y dedicación, mientras que Tom se había limitado a dar charlas. «De acuerdo, de acuerdo», dijo avergonzado. «Estaré en el comité».

Mientras salíamos del salón durante la pausa del mediodía, nos topamos con Bob Minor y Mary Heaton Vorse. Se sobresaltaron ante el inesperado encuentro y se quedaron muy confusos. Trataron de poner una sonrisa amistosa, Bob se apresuró a decir que tenían la intención de ir a vernos, pero que había estado muy ocupado; nos visitaría un día de estos. «¿Por qué tanta disculpa?», le respondió Sasha. «Son innecesarias y, por favor, no te sientas obligado a venir». No le habló a Bob del comité.

De camino a casa, mi querido amigo guardaba silencio. Sabía lo triste que estaba. Tenía mucho cariño a Bob y había confiado en su sentido de la justicia.

El comité se organizó finalmente y se preparó para visitar a Lenin. Ninguno de ellos era un adversario a la altura del Gran Mogul, que sabía desviar su atención mucho mejor de lo que ellos podían tratar de atraer la suya. Tom Mann, siempre anatema para la clase gobernante de su país, ahora aceptaba y concedía todo a la cabeza visible de la nueva dinastía, y resultó ser arcilla en manos de los bolcheviques. Era demasiado débil como para resistir ante Lenin y estaba azorado como una debutante que recibe por primera vez las atenciones masculinas. Igualmente azorado estaba el resto de los miembros del comité, pero los anarcosindicalistas se negaron a que las solícitas preguntas de Ilich sobre las condiciones obreras en el extranjero, sobre la fuerza del sindicalismo y sus perspectivas los desviaran de su propósito. Insistieron en saber qué tenía que decir sobre los huelguistas de hambre revolucionarios en Rusia. Lenin lo cortó rápido. No

le importaba nada si los presos políticos se morían en la cárcel, declaró. Él y su partido no consentirían la oposición de ningún flanco, derecha o izquierda. Pero aceptaría, sin embargo, que los anarquistas presos fueran deportados del país, bajo pena de ser fusilados si regresaban a territorio soviético. Los oídos de Lenin se habían acostumbrado en los últimos cuatro años a la melodía del fusilamiento y cada vez le gustaba más cómo sonaba.

Su propuesta, sometida como mero formalismo al comité central del Partido Comunista, fue por supuesto aprobada. Un comité conjunto se formó con representantes del gobierno y de los delegados extranjeros para preparar la liberación inmediata y la deportación de los huelguistas de hambre de la Taganka y de los anarquistas presos.

En el octavo día de la huelga aún no se había iniciado ninguna acción definitiva porque las altas autoridades de la Checa panrusa, con Dzherzhinski y Unschlicht a la cabeza, insistieron en que «no había anarquistas en las cárceles soviéticas». Solo había bandidos y majnovitas, declararon. Exigieron que los delegados extranjeros presentaran primero una lista de aquellos a los que querían liberar para ser deportados. Era una treta obvia para sabotear todo el plan y para ganar tiempo hasta que se clausurara el congreso y se marcharan los delegados extranjeros. Algunos de estos últimos empezaron a darse cuenta de que no se haría nada y de que nuestros camaradas morirían de hambre. Amenazaron de nuevo con sacar el asunto en el congreso y discutirlo en público. Pero eso era justo lo que querían evitar las autoridades soviéticas. Pidieron una conferencia privada con los delegados y les prometieron solemnemente que se llegaría a un acuerdo satisfactorio sin más pérdida de tiempo.

Nuestra gente en la Taganka empezaba a quebrarse bajo la tortura de la prolongada huelga de hambre. Uno de ellos, un joven estudiante de la universidad de Moscú, tísico, ya se había derrumbado. Sus compañeros de huelga le pidieron que rompiera su ayuno, pero él se negó lealmente a abandonarlos, incluso en presencia de la muerte. Éramos impotentes para

ayudar de ninguna manera. Con pesadumbre, Sasha y yo fuimos detrás de los miembros sindicalistas del comité conjunto, pidiendo y rogando que actuaran con rapidez. Un día, de camino al congreso, nos encontramos con Robert Minor, que le entregó a Sasha un gran paquete. «Algunas provisiones», dijo mansamente. «En el Luxe nos dan demasiado. Tal vez se lo puedas llevar a los huelguistas. Son cosas ligeras, caviar, pan blanco y chocolate. Pensé que…». «Me importa un bledo lo que pienses», le interrumpió Sasha. «Eres un canalla por añadir el insulto al dolor que ya han soportado los hombres de la Taganka. En lugar de protestar contra la caza al hombre por razones políticas, intentas sobornar a tus camaradas para que rompan la huelga ofreciéndoles las sobras de la mesa de sus compañeros delegados sobrealimentados». «Por cierto», añadí. «Más vale que le digas a Mary Heaton Vorse que deje de hablar de esa forma irresponsable sobre nuestro amigo Bob Robins. ¿O es que quiere mandarlo a la Checa?».

Bob masculló que Lucy Robins se había aliado con Gompers, que estaba luchando en contra de la Revolución rusa. Sasha le contestó que el hecho de que Lucy trabajara con la American Federation of Labor, aunque indicaba su falta de criterio, no convertía a su marido en un contrarrevolucionario. Más valía que le atara la lengua a Mary. Había una vida en juego.

Bob palideció, sus ojos se fijaron alternativamente en mí y en Sasha y empezó a decir algo. Yo le detuve: «Dale el paquete a las mujeres y a los niños que se mueren de frío en la puerta de tu hotel de luxe esperando recoger las migajas que caen de las carretas de pan blanco que entran allí para alimentar a los delegados». «¡Me ponéis enfermo!», gritó Bob, tratando de controlar su rabia. «Montáis un jaleo enorme por trece anarquistas en la Taganka y os olvidáis de que estamos en una época revolucionaria. ¿Qué importan estos trece, o incluso trescientos, frente a la mayor Revolución que el mundo ha conocido nunca?». «Sí, ya lo hemos oído antes», contestó Sasha. «Pero no debería enfadarme contigo teniendo

en cuenta que yo mismo me lo he creído durante quince meses. Pero ahora ya no. Ahora ya sé que esta "Revolución más grande" es el fraude más grande de todos, que enmascara todos los crímenes para mantener a los comunistas en el poder. Algún día, Bob, tú también te darás cuenta. Y entonces hablaremos. Pero ahora no tenemos nada más que decirnos».

Al décimo día de la huelga de hambre, finalmente se reunió el comité conjunto en el Kremlin. Los presos de la Taganka habían pedido que Sasha y Schapiro presentaran sus exigencias. Trotski iba a ser el portavoz por parte del comité central del Partido Comunista, pero no vino y Lunacharski ocupó su lugar. Unschlicht, actuando como director de la Checa panrusa, trató a los delegados con abierto desprecio, y por último salió de la habitación sin despedirse de ellos. La sesión «entre camaradas» podía haber terminado con la detención de los delegados extranjeros si la sangre fría de Sasha y Schapiro no hubiera calmado las cosas. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad, me contó Sasha más tarde, para no golpear a Unschlicht por su comportamiento arrogante, pero el destino de los camaradas que sufrían estaba en juego. La atmósfera estaba cargada de hostilidad y solo después de mucha gresca se llegó a un acuerdo. Una carta firmada por el comité conjunto, pero a la que no se sumó Alexander Berkman, fue enviada a los hombres de la Taganka por medio de Unschlicht, con la siguiente declaración:

> Camaradas, en vista del hecho de que hemos llegado a la conclusión de que vuestra huelga de hambre no puede lograr vuestra liberación, mediante esta carta os aconsejamos ponerle fin.
>
> Al mismo tiempo os informamos que el camarada Lunacharski, en nombre del comité central del Partido Comunista, nos ha hecho una propuesta definitiva. A saber:
>
> 1. Todos los anarquistas retenidos en las cárceles rusas que ahora mismo se encuentren en huelga de hambre podrán marcharse al país que ellos elijan. Se les proporcionarán pasaportes y fondos.
> 2. En lo que respecta al resto de los anarquistas presos y a los que se encuentran fuera, la decisión final la tomará mañana el Partido. El camarada Lunacharski es de la opinión de que la decisión sobre su caso será similar a la anterior.

3. Nos han prometido, y Unschlicht lo ha ratificado, que a las familias de los camaradas que se vayan al extranjero se les permitirá seguirlos si así lo desean. Por razones conspirativas tendrá que pasar algún tiempo antes de que esto pueda hacerse.
4. Se les permitirá a los camaradas, antes de marcharse al extranjero, dos o tres días de libertad antes de su partida para que puedan poner orden en sus asuntos.
5. No se les permitirá regresar a Rusia sin el consentimiento del gobierno soviético.
6. La mayoría de estas condiciones están reflejadas en la carta que esta delegación ha recibido del comité central del Partido Comunista, firmada por Trotski.
7. Los camaradas delegados han recibido autorización para comprobar que estas condiciones se ejecutan adecuadamente.

(Firmas) ARLANDIS[35] y LEVAL – SPAIN
SIROLLE Y MICHEL – FRANCE A. SCHAPIRO – RUSIA
[firmado] LUNACHARSKI

Lo escrito arriba es correcto.
Alexander Berkman se niega a firmar porque:

a) Se opone por principios a la deportación.
b) Considera que la carta es un recorte injustificado y arbitrario de la oferta original del Comité Central según la cual se permitiría salir de Rusia a todos los anarquistas.
c) Exige más tiempo en libertad para los que vayan a ser liberados para permitirles recuperarse antes de la deportación.

Kremlin, Moscú
13 de julio de 1921

Me alegré de que Sasha se hubiera negado a participar en la escandalosa decisión que establecía el precedente de la deportación de revolucionarios de la Rusia soviética, de hombres que habían defendido valientemente la Revolución, que habían luchado en sus frentes y que habían sufrido peligros y penurias sin cuento. ¡Vaya comentario sobre el Estado comunista que superaba al Tío Sam! El flojo de Sam solo se había atrevido a deportar a sus oponentes nacidos en el extranjero. Lenin y compañía, que hacía poco habían sido también refugiados políticos expulsados de su tierra natal, ahora decretaban la deportación de los hijos de Rusia, de la flor y nata de su pasado revolucionario.

La desesperación es más fuerte que el hambre. Fue lo que motivó a los camaradas de la Taganka, más que los once días de tortura, a terminar su huelga de hambre. Aceptaron las condiciones que los condenaban a errar. Estaban completamente agotados por su prolongado ayuno, algunos de ellos aquejados de fiebres muy altas. La fuerte comida de la prisión les podría haber matado, pero Lenin ya había dicho que no le importaba nada que fallecieran en la cárcel. Hubiera sido absurdo esperar que las autoridades de la cárcel mostraran sentimientos humanos o que les proporcionaran una dieta ligera más adecuada. Afortunadamente los delegados suizos nos habían dado una maleta con provisiones que sirvieron para alimentar a los presos durante los días críticos de la recuperación.

La secuela del «acuerdo amigable», que habían esperado Souvarine y sus compañeros delegados franceses, la proporcionó Bujarin en el último segundo del Congreso Sindical Rojo. En nombre del comité central del Partido Comunista pronunció un ataque feroz hacia los hombres de la Taganka y contra los anarquistas rusos en general. Eran todos contrarrevolucionarios, declaró, que estaban conspirando contra la República socialista. El movimiento anarquista ruso al completo no era más que un hatajo de bandidos, acusó, aliados de Majno y sus salteadores de caminos, que habían combatido a la Revolución y asesinado a comunistas y soldados del Ejército Rojo. La flagrante ruptura del acuerdo de evitar la publicidad en el conflicto de la Taganka, acuerdo impuesto por los propios bolcheviques, cayó como una bomba en la sesión final del congreso. Los delegados latinos, escandalizados por las tácticas taimadas, se pusieron inmediatamente en pie. Exigieron que se escucharan sus palabras refutando la denuncia de sus camaradas rusos. El moderador Lozovsky había concedido de buen grado la palabra a Bujarin, a pesar de que no era un delegado ni tenía derecho a dirigirse al congreso. Pero ahora Lozovsky recurría a todas las tretas posibles para privar a los delegados extranjeros de la oportunidad de responder las acusaciones y libelos de Bujarin. Incluso

algunos de los camaradas rusos se indignaron ante los procedimientos y apoyaron la exigencia de los camaradas latinos. Entre los delegados anglosajones, solo Cascaden se levantó para protestar. Tom Mann, Bill Haywood, Bob Minor, William Foster y Ella Reeves Bloor se quedaron callados ante la flagrante injusticia. Los defensores de la libertad de expresión no encontraron palabras para protestar contra su supresión en la Rusia soviética. En el tumulto y jaleo que siguió al ataque de Bujarin contra los anarquistas, pocos de los presentes en la sala se percataron de que Rykov, presidente del sóviet de Economía Panruso, hacía una señal a los chequistas presentes. Un destacamento de soldados entró en tromba en el salón, lo que añadió combustible al fuego que había encendido el discurso de Bujarin.

Sasha y yo nos abrimos paso a codazos hasta el estrado. Esta vez tenía que hablar, le dije, aunque tuviera que recurrir a la fuerza, a no ser que Schapiro o algún otro delegado sindicalista obtuviera la palabra. Subiría al estrado si hacía falta, dijo Sasha. Al pasar vio a Bob Minor. Aferró su bastón, y casi lo golpeó con él. «¡Eres un perro cobarde, hijo de....!», le gritó Sasha. Minor se encogió de miedo. Sasha se apostó a un lado del estrado mientras que yo me quedaba en el otro. La mayoría de los delegados estaban de pie, pidiendo a gritos que se les escuchara y protestando contra la conducta autocrática de Lozovsky. Asediado por todos lados, finalmente se vio obligado a ceder la palabra a Sirolle, el anarcosindicalista francés. Indignado por las maquinaciones jesuíticas del Partido Comunista, Sirolle, con voz de trueno, denunció el doble juego del gobierno soviético y brillantemente refutó las cobardes acusaciones contra los hombres de la Taganka y los anarquistas rusos.

Cuando se conocieron las noticias de la inminente deportación, los socialrevolucionarios de izquierda, camaradas de María Spiridonovna, decidieron aprovechar la presencia de los delegados y sindicalistas extranjeros. En una declaración que se repartió entre ellos afirmaban que

María, a la que se le había sacado de su cama de enferma el año anterior, seguía aún en la cárcel. Había pasado varias huelgas de hambre en protesta y había exigido su liberación y la de su amiga y compañera de vida Izmailovich. Estuvo dos veces a las puertas de la muerte y ahora estaba en un estado de lo más precario. Sus camaradas proporcionarían los medios para enviar a María al extranjero con el fin de obtener allí tratamiento médico, decía la aclaración, si las autoridades soviéticas permitían su salida.

El doctor I. Steinberg me pidió que hablara del caso a las delegadas del Congreso Internacional de Mujeres que se celebraba entonces en Moscú. Fui a ver a Clara Zetkin, la famosa veterana socialdemócrata, que ahora tenía una posición elevada en los círculos del gobierno. Me dijo que ella trabajaba para lograr que las mujeres de todos los países apoyaran la revolución mundial. Yo le dije que María Spiridonovna había servido a la causa durante la mayor parte de su vida. Sería un daño irreparable para el prestigio del Partido Comunista si la vida de María se extinguía en una cárcel de la Checa, presioné. El deber de Clara Zetkin era convencer al gobierno de que permitiera a María Spiridonovna salir de Rusia.

Zetkin prometió interceder en favor de María. Pero, cuando terminaba el congreso, me hizo saber que Lenin estaba demasiado enfermo como para verlo. Había hablado con Trotski sobre el asunto y el comisario de Guerra le había dicho que María Spiridonovna era aún demasiado peligrosa en libertad como para permitirle salir al extranjero.

El Congreso Sindical Rojo había terminado. Su más patético arlequín resultó ser Bill Haywood. El fundador de la I.W.W. en América, y su figura dominante durante veinte años, se dejó convencer para votar en el congreso a favor del plan comunista para «liquidar» a las organizaciones obreras militantes minoritarias, entre ellas la I.W.W., y obligar a sus miembros a unirse a la American Federation of Labor, a la que Haywood había denunciado durante años como «capitalista y reaccionaria».

Los peces pequeños entre sus camaradas, las Ella Reeves Bloor, los Browder y Andreychin, siguieron la señal de su jefe. Andreychin nunca se había distinguido por su entereza. Durante la huelga de Messaba Range había estado dispuesto a hacer cualquier concesión para poder librarse de la deportación. Sasha había logrado interesar a Amos Pinchot y a otros liberales influyentes en su caso y, a través de ellos, se logró detener la mano de la oficina de inmigración. Mientras Andreychin estuvo en Leavenworth, mostró de nuevo su poca gallardía. Atribuí su debilidad al miedo a la tuberculosis, que había empezado a minar su salud. En aquel momento yo estaba en la prisión de Misuri pero, para cumplir con las reiteradas peticiones de Andreychin, le pedí a Stella y Fitzi que recaudaran los diez mil dólares necesarios para sacarle bajo fianza. Las fieles muchachas habían trabajado como esclavas de galera para conseguir avales para muchas otras víctimas de la locura de guerra, pero no podían negarme nada. Reunieron parte de la fianza, y un amigo puso el resto. Andreychin, criatura pusilánime como era, emuló a su maestro Bill Haywood y se saltó la fianza. En su primer día en Moscú pronunció un discurso público en el que denunciaba a sus compañeros de la I.W.W. en los Estados Unidos y prometía a los bolcheviques su ayuda para destruir la organización. Pero aun así yo sentía que esta traición no era tanto culpa de Andreychin, Bill Haywood y los muchos otros que se arrodillaban ante el sagrado altar del Kremlin. Era la horrible superstición, el mito bolchevique, que los engañaba y atraía como lo había hecho antes con nosotros.

La Rusia soviética se había convertido en la Lourdes moderna y socialista, a la que los ciegos y los cojos, los sordos y los mudos acudían en tropel para buscar una cura milagrosa. Me invadía la piedad por esos seres crédulos, pero solo sentía desprecio por aquellos otros que habían venido y habían visto con sus propios ojos y, aun así, fueron conquistados. Entre estos estaba William Z. Foster, antaño el defensor del sindicalismo

revolucionario en América. Era perspicaz y había venido como corresponsal de prensa. Regresó para cumplir las órdenes de Moscú.

No habíamos tenido respuesta de nuestros camaradas alemanes a la carta que les enviamos preguntando por la posibilidad de conseguir visados. Sasha se irritaba ante el retraso de salir de Rusia, decía. Un delegado sindicalista alemán, miembro del sindicato de marinos y transportistas, también se había llevado una carta nuestra y nos había prometido ver a nuestra gente en Berlín. Aún no teníamos noticias. Sasha estaba muy inquieto, como en los primeros días tras su salida de la Penitenciaría del Oeste. No podía soportar estar bajo techo o ver a gente. Vagaba por las calles de Moscú la mayor parte del día y hasta altas horas de la noche, y mi preocupación por él iba en aumento.

Un día, cuando él no estaba, vino a verle Bob Minor. Como no encontró a Sasha, se escabulló. No traté de retenerlo, pues nuestros antiguos lazos se habían aflojado por completo. Poco después llegó una carta suya dirigida a Sasha. Él la leyó y me la pasó sin hacer comentarios. La carta de Bob se recreaba en las «resoluciones trascendentales y mundialmente revolucionarias» aprobadas por el Congreso de la Tercera Internacional. Siempre había pensado que Sasha era la mente más lúcida del movimiento anarquista en América y un rebelde indómito e intrépido. ¿No podía ver ahora que su lugar estaba en el Partido Comunista? Encajaba allí y le ofrecía un amplio campo para sus habilidades y su dedicación. No abandonaba la esperanza de que Sasha pudiera darse cuenta de la suprema misión de la dictadura comunista en Rusia y de su inminente victoria sobre el capitalismo en todo el mundo.

Bob era sincero, comentó Sasha, pero políticamente un verdadero alcornoque y en lo social tan ciego como un murciélago. Tendría que haberse limitado a su auténtico campo, el del arte. Le pedí a Sasha que contestara a la carta de Bob, pero se negó. Era inútil, dijo, y estaba harto de charlar y discutir. Entendía demasiado bien su cansancio. Yo también me

sentía completamente agotada. El pesado trabajo físico de nuestra existencia y el excesivo calor del verano me habían quitado mis fuerzas. El flujo de visitantes, las largas horas sin dormir y la enorme presión del Congreso Sindical me habían dejado mortalmente cansada.

Sasha regresó de uno de sus largos paseos por la ciudad con un aspecto especialmente pálido y disgustado. Cuando se cercioró de que estábamos a solas, me susurró: «Fanya Baron está en Moscú. Acaba de escaparse de la cárcel de Riazán y corre un gran peligro; no tiene dinero, ni papeles ni sitio donde quedarse».

Me golpeó el horror de la suerte que le esperaba a Fanya si la descubrían. ¡Fanya en la fortaleza misma de la Checa! «Oh, Sasha, ¿por qué ha venido aquí, de todos los sitios posibles?», exclamé. «Esa no es la cuestión ahora», me contestó. «Más vale que pensemos rápidamente cómo ayudarla».

Nuestra casa sería una trampa mortal. La descubrirían antes de veinticuatro horas. Los demás camaradas también estaban bajo vigilancia. Darle un refugio habría supuesto la muerte para todos. Por supuesto podíamos darle dinero, ropa y comida. Pero ¿y un techo sobre su cabeza? Por esa noche estaba a salvo, dijo Sasha, pero para mañana había que pensar algo. Ya no dormí más aquella noche, Fanya no se me iba de la cabeza.

Por la mañana temprano Sasha salió de casa, con dinero y cosas para Fanya, y me quedé en un suspense enfermizo hasta ya entrada la tarde, temiendo por los dos. Mi amigo tenía una mirada menos angustiada cuando regresó. Fanya había encontrado refugio con un hermano de Aaron Baron. Era un comunista y, por tanto, su casa era un lugar seguro para Fanya. Me quedé muda por la sorpresa. «Está bien», dijo Sasha, tratando de calmar mis miedos. «El hombre siempre ha querido mucho a Aaron y a Fanya. No la traicionará». Dudaba de que un comunista permitiera que los vínculos familiares o los sentimientos personales interfirieran con las órdenes de su partido. Pero no podía sugerir ningún lugar más seguro y sabía que Fanya

no podía quedarse en la calle. Sasha estaba tan aliviado porque Fanya estuviera protegida que no quise despertar de nuevo sus miedos. Le freí a preguntas sobre la valiente muchacha, sobre por qué había venido a Moscú y cuándo podría verla.

Eso último estaba totalmente fuera de discusión, declaró Sasha. Ya era suficiente con que uno de los dos asumiera el riesgo. Ya había jugado bastante con el peligro, argumentó, con mis visitas a la familia Arshinov. Los bolcheviques habían puesto precio a la cabeza de Pyotr Arshinov, vivo o muerto, en su calidad de amigo y socio más cercano de Néstor Majno. Estaba escondido y solo podía aventurarse a salir por la noche a visitar a su esposa y su hijo pequeño en la ciudad. Efectivamente yo había ido a verlos a menudo, había llevado cosas para el bebé y Sasha me acompañó en una ocasión. Ahora insistía en que le prometiera que no intentaría ver a Fanya. Mi querido y fiel amigo estaba tan preocupado por mi seguridad que le hubiera prometido cualquier cosa para tranquilizarlo. Pero en mi corazón estaba decidida a visitar a mi compañera perseguida.

La misión de Fanya en Moscú, me confió Sasha, era preparar la fuga de Aaron Baron. Se había enterado de la persecución a la que estaba siendo sometido en la cárcel y decidió rescatar a su amante de una muerte en vida. Su propia fuga había tenido ese único fin. Valiente y maravillosa Fanya, volcada en Aaron como pocas esposas lo están y, sin embargo, no unida a él por la ley. Sentí un enorme amor por nuestra espléndida camarada, a la vez que temblaba por su misión, por su amado y por ella misma.

El relato de Sasha de sus encuentros con Fanya sirvió para aplacar mi angustia por ellos. Incluso me hizo reír. La ciudad estaba demasiado poblada y los parques estaban plagados de parejas acarameladas. Por todas partes había damas de compañía que entretenían a algunos de los delegados extranjeros a cambio de moneda de curso legal o de manjares procedentes del Hotel de Luxe. Los transeúntes sin duda pensaron que Sasha y Fanya estaban enredados en similares actividades de propaganda. Fanya había

mejorado mucho su salud y estaba muy animada. Ahora le preocupaba menos Aaron porque su hermano, al que había confiado su misión, le había prometido ayudarla con el plan. De nuevo, mi corazón tembló ante el riesgo que corría Fanya, pero me lo guardé para mí sola.

Y entonces llegó el golpe y nos dejó atontados. Dos de nuestros camaradas cayeron en las redes de la Checa: ¡Lev Tchorni, escritor y poeta de enorme talento, y Fanya Baron! La detuvieron en casa de su cuñado comunista. Al mismo tiempo otros ocho hombres habían sido tiroteados en la calle por los chequistas y hechos prisioneros. Eran *existy* («expropiadores»), declaró la Checa.

Sasha había visto a Fanya la noche anterior. Estaba de un humor esperanzado: los preparativos para la fuga de Aaron progresaban satisfactoriamente, le había dicho, y se sentía casi feliz, totalmente inconsciente de la espada que caería sobre su cabeza a la mañana siguiente. «Y ahora está en sus garras y no podemos ayudarla», gruñía Sasha.

No podía seguir más tiempo en ese horrible país, afirmó. ¿Por qué me empeñaba en objetar a los canales ilegales? No estábamos huyendo de la Revolución. La Revolución había muerto tiempo atrás. Sí, resucitaría, pero tardaría en hacerlo. Que nosotros, dos anarquistas tan conocidos, tuviéramos que salir de Rusia ilegalmente sería la peor bofetada en la cara de los bolcheviques, subrayó. ¿Por qué dudaba? Se había enterado de una forma de salir desde Petrogrado a Reval. Iría allí para empezar los preparativos. Se estaba ahogando en esa dictadura sangrienta. No podía aguantarlo más.

En Petrogrado, el «individuo» que comerciaba con pasaportes falsos y que ayudaba a la gente a salir en secreto del país resultó ser un cura con algunos ayudantes. Sasha no quiso tener nada que ver con ellos y el plan se canceló. Suspiré aliviada. Mi cerebro me decía que Sasha tenía razón en ridiculizar mis objeciones a salir de Rusia de contrabando. Pero mis sentimientos se rebelaban contra ello y no podía discutir con ellos. Además,

en cierto modo, estaba segura de que llegarían noticias de nuestros camaradas alemanes.

Planificamos quedarnos en Petrogrado un tiempo, pues yo odiaba Moscú, plagada de chequistas y soldados. La ciudad del Neva no había cambiado desde nuestra última visita; seguía con el aspecto desolado y tan famélica como siempre. Pero la cálida bienvenida de nuestros antiguos colegas del Museo de la Revolución, la amistad afectuosa de Alexandra Shakol y de nuestros camaradas más próximos harían nuestra estancia más agradable que la de la capital, pensé. Los planes en Rusia, de todas formas, siempre salen mal. Cuando llegamos nos avisaron desde Moscú de que el apartamento de la Leontevski donde nos habíamos alojado había sido registrado y que la habitación de Sasha, en particular, había sido totalmente saqueada. Unos cuantos amigos nuestros, entre ellos Vassili Semenoff, un viejo camarada americano, cayeron en la trampa que tendió la Checa. Una *zassada* de soldados se había apostado en el apartamento. Era evidente que nuestros visitantes, que no sabían que estábamos ausentes, iban a pagar por nuestros pecados. Decidimos regresar a Moscú directamente. Para ahorrarnos los gastos del viaje fui a ver a la señora Ravich para informarla de que estábamos a disposición de la Checa cuando esta quisiera. No había visto a la comisaria de Interior de Petrogrado desde la noche memorable del 5 de marzo, cuando vino a recoger la información que Zinoviev esperaba que Sasha le proporcionara sobre Kronstadt. Sus modales, aunque no tan acogedores como antes, seguían siendo cordiales. No sabía nada del registro de nuestras habitaciones de Moscú, me dijo, pero haría averiguaciones por teléfono. A la mañana siguiente me informó de que todo había sido un malentendido, que no nos buscaban las autoridades y que se había retirado la *zassada*.

Sabíamos que tales «malentendidos» eran el pan de cada día y que no era raro que implicaran incluso ejecuciones, así que no le dimos mucho crédito a la explicación de la señora Ravich. La circunstancia especialmente

sospechosa era la atención especial que se había prestado al cuarto de Sasha. Yo me había opuesto a los bolcheviques mucho más abiertamente que él y durante más tiempo. ¿Por qué registraban su cuarto y no el mío? Era el segundo intento de encontrar algo que nos incriminara. Decidimos salir inmediatamente hacia Moscú.

Al llegar a la capital nos enteramos de que Vassili, que había sido detenido cuando fue a visitarnos en nuestra ausencia, ya había sido puesto en libertad. También lo habían sido diez de los trece presos en huelga de hambre de la Taganka. Se les había retenido en prisión dos meses más, a pesar de la promesa del gobierno de liberarlos inmediatamente después del final de su huelga de hambre. Su liberación, no obstante, fue la farsa más absoluta, puesto que se les puso bajo vigilancia estricta, se les prohibió asociarse con sus camaradas y se les negó el permiso de trabajo, aunque les informaron que su deportación se retrasaría. Al mismo tiempo la Checa anunció que no liberaría a ninguno de los demás anarquistas presos. Trotski había escrito una carta a los delegados franceses especificando esto, a pesar de la promesa original del comité central en sentido contrario.

Nuestros camaradas de la Taganka se encontraron «libres», débiles y enfermos como consecuencia de su prolongada huelga de hambre. Estaban en harapos, sin dinero o medios de subsistencia. Hicimos lo que pudimos para aliviar su necesidad y para animarlos, aunque nosotros nos sentíamos cualquier cosa menos animados. Mientras tanto Sasha consiguió de alguna manera comunicarse con Fanya en la cárcel interna de la Checa. Ella le contó que la noche anterior la habían trasladado a otra ala. La nota no dejaba traslucir si se daba cuenta de lo que eso significaba. Pedía que le mandaran algunas cosas de aseo. Pero ni ella ni Lev Tchorni las necesitaban ya. Estaban más allá del alcance de la bondad humana, más allá del salvajismo humano. Fanya fue fusilada en el sótano de la cárcel de la Checa, junto con otras ocho víctimas, al día siguiente, el 30 de septiembre de 1921. Al hermano comunista de Aaron Baron se le perdonó la vida. Lev

Tchorni consiguió burlar al verdugo. A su anciana madre, que visitaba cada día la cárcel, se le aseguraba que su hijo no sería ejecutado y que en unos pocos días lo vería libre. En verdad, Tchorni no fue ejecutado. Su madre siguió llevando paquetes de comida para su amado hijo, pero Tchorni llevaba días bajo tierra, muerto como resultado de las torturas que le infligieron para lograr una confesión de culpabilidad.

No hubo ningún Lev Tchorni en la lista de los ejecutados que publicó al día siguiente el periódico oficial *Izvestia*. Había un tal «Turchaninov», el apellido de Tchorni, que casi nunca usaba y que la mayoría de sus amigos desconocía. Los bolcheviques eran conscientes de que Tchorni era una palabra querida en miles de hogares obreros y revolucionarios. Sabían que se le tenía en gran estima en tanto un alma hermosa de profunda generosidad y simpatía, un hombre conocido por su dones poéticos y literarios, y como el autor de una obra original y reflexiva llamada *Anarquismo asociativo*. Sabían que numerosos comunistas lo respetaban y no se atrevieron a publicar que lo habían asesinado. Solo se había ejecutado a un tal Turchaninov.

Y nuestra querida y espléndida Fanya, radiante de vida y amor, firme en su consagración a sus ideales, conmovedoramente femenina y a la vez resuelta como una leona en defensa de sus cachorros, de voluntad indomable, había luchado hasta el último aliento. No tenía intención de acatar dócilmente su destino. Se resistió y los caballeros del Estado comunista tuvieron que arrastrarla físicamente hasta el lugar de la ejecución. Rebelde hasta el último momento, Fanya reunió sus pocas fuerzas para arrojarlas contra el monstruo durante un momento y después fue arrastrada hasta la eternidad mientras el horrible silencio del sótano de la Checa se poblaba una vez más de sus gritos por encima de los repentinos disparos.

Yo ya no podía más. No lo aguantaba más. En la oscuridad tanteé hasta llegar a Sasha y le supliqué que saliéramos de Rusia, por cualquier medio.

«Estoy lista, cariño, para irme contigo, de cualquier modo», susurré, «lejos de las penas, la sangre, las lágrimas, la muerte acechante...».

Sasha estaba planeando salir por la frontera polaca, arreglar nuestra salida por esa ruta. Me daba miedo dejarle marchar solo en su estado actual, con los nervios destrozados por el terrible choque de los acontecimientos recientes. Por otra parte levantaríamos sospechas si ambos salíamos de nuestro alojamiento a la vez. Sasha se dio cuenta del peligro y consintió esperar una o dos semanas más. La idea que tenía era llegar hasta Minsk; yo le seguiría cuando hubiera hecho los preparativos necesarios. Como tendríamos que viajar como el resto de la población condenada, Sasha insistía en que no llevara equipaje. Él se llevaría lo que más necesitáramos, el resto de las cosas las repartiríamos entre los amigos. Habíamos llegado a la desnuda y hambrienta Rusia con la necesidad imperiosa de entregarnos a ella, así como de repartir los baúles llenos de regalos que habíamos traído con nosotros. Nuestros corazones ahora estaban vacíos y así debían estar nuestras manos.

Nuestros preparativos debían hacerse en la más estricta privacidad, por la noche, cuando el resto de los inquilinos de la casa estuvieran dormidos. Manya Semenoff, su adorado Vassili y unos pocos más de confianza conocían nuestro plan. Era sin duda trágico, este complot para escabullirnos del país que había sostenido todos nuestros sueños y esperanzas.

Cuando estábamos empaquetando todo, llegó la tan esperada carta de Alemania. Contenía una invitación para Sasha, Schapiro y para mí para asistir al congreso anarquista que iba a celebrarse en Berlín en navidades. Empecé a dar vuelta por la habitación, llorando y riendo a la vez. «No tendremos que escondernos y recurrir a documentación falsa, Sasha», grité extasiada. «No tendremos que escabullirnos como ladrones en la noche». Pero a Sasha no parecía ilusionarle. «¡Es ridículo!», respondió. «No pensarás que nuestros camaradas de Berlín puedan ejercer ninguna influencia sobre Chicherin, el Partido Comunista y la Checa. Además, no

tengo la menor intención de solicitarles nada. Ya te lo había dicho». Sabía por experiencia que era inútil tratar de discutir con mi cabezota amigo cuando estaba enfadado. Esperaría una ocasión más propicia. La nueva esperanza que portaba la carta había reavivado mis objeciones a abandonar en secreto la tierra que había conocido la gloria y la derrota del gran Octubre.

Fui a ver a Angélica. Me había dicho que me ayudaría a garantizar el consentimiento de las autoridades soviéticas para salir del país. Ella misma estaba pensando en irse al extranjero para recuperar su salud en algún lugar tranquilo. También había llegado a un punto de ruptura espiritual, aunque aún no se lo confesaba a sí misma. La querida Angélica, inmediatamente, se ofreció a conseguir los formularios necesarios y a acudir a Chicherin o incluso a Lenin si era necesario, para responder por Sasha y por mí. «No, querida Angélica», le rogué, «no hagas eso». Sabía lo que significaba dar esa garantía. No queríamos poner a nadie en peligro por nosotros, ni nos importaba tener la bendición de Lenin. Le dije a Angélica que todo lo que quería de ella era que me ayudara a acelerar las cosas en el caso de que sí nos fueran a conceder pasaportes.

En el espacio reservado en el formulario para la promesa de lealtad y la firma de dos miembros del Partido que respondieran por el solicitante, escribí: «En tanto anarquista nunca he jurado fidelidad a ningún gobierno, mucho menos puedo hacerlo a la RSFSR, que se reclama socialista y revolucionaria. Considero un insulto a mi pasado pedirle a otra persona que asuma las consecuencias de lo que yo pueda decir o hacer. Por tanto me niego a que nadie responda por mí».

A Angélica le perturbó muchísimo mi declaración. Temía que echara a perder nuestras posibilidades de conseguir el permiso para salir del país. «O nos vamos sin que queden ataduras, o encontramos otro modo», afirmé. No íbamos a dejar rehenes tras nosotros. Angélica lo entendió.

Fui a Asuntos Exteriores para averiguar si se había recibido una petición de nuestros camaradas alemanes para que nos permitieran asistir al congreso anarquista. Me convocaron ante Litvinov, que estaba sustituyendo al comisario Chicherin. No lo conocía. Parecía un viajante de comercio, bajito, gordo y desagradablemente satisfecho de sí mismo. Recostado en una mecedora en su lujosa oficina, empezó a lanzarme preguntas sobre por qué queríamos salir de Rusia, cuáles eran nuestras intenciones en el extranjero y dónde pensábamos vivir. Le pregunté si no habían recibido en Asuntos Exteriores una nota de los anarquistas de Berlín. La había recibido, admitió, y sabía que nos habían invitado a asistir al congreso anarquista en Berlín. Era suficiente explicación, le dije. No podía añadir nada más. «¿Y si se os niega?», me preguntó súbitamente. Si su gobierno quería que se supiera en el extranjero que nos retenían en Rusia como prisioneros, sin duda podía hacerlo, puesto que tenía el poder, contesté. Litvinov me miró fijamente con los ojillos que asomaban por su cara fofa. No hizo ningún comentario, pero preguntó si nuestros camaradas de Berlín se habían asegurado de que el gobierno alemán nos admitiría. Sin duda este último no tendría muchas ganas de aumentar el número de anarquistas en su territorio. Era un país capitalista y allí no podríamos esperar el recibimiento que la Rusia soviética nos había dado. «Y, por extraño que parezca», contesté, «los anarquistas continúan su labor en la mayoría de los países europeos, lo que no puede decirse que sea el caso en Rusia». «¿Estás cantando las alabanzas de los países burgueses?», preguntó. «No, solo recordándote los hechos. Salgo reforzada en mi actitud anarquista de que todos los gobiernos son fundamentalmente iguales, sean del signo que sean. En cualquier caso, ¿qué hay de nuestros pasaportes?».

Ya me dirían, me contestó. En cualquier caso, el gobierno soviético no se dedicaría a darnos visados. Eso era asunto nuestro. Y, diciendo esto, Litvinov dio por concluida la entrevista.

Sasha había salido hacia Minsk y pasaron diez días antes de que me llegaran noticias suyas. Llegó una nota breve dando muchos rodeos, en la que me informaba de que el viaje había sido horrible, pero que finalmente había llegado a su destino y que estaba muy ocupado «recogiendo material histórico para el Museo de la Revolución». Había dado esa razón para su viaje cuando compró el billete.

La buena noticia de la liberación de María Spiridonovna me distrajo un poco de mi angustia y preocupación. Estaba casi a las puertas de la muerte debido a otra huelga de hambre. Temerosos de que muriera en la cárcel, la Checa había permitido que sus amigos la sacaran para que descansara y se recuperara. En cuanto se sintiera mejor y mostrara la menor señal de que recuperaba la actividad, habían advertido las autoridades, sería de nuevo arrestada y encarcelada. Sus amigos tuvieron de hecho que sacar a María a cuestas, porque estaba demasiado débil y enferma como para caminar. A su compañera Izmailovich se le permitió acompañarla y los amigos instalaron a las dos mujeres en Makajova, cerca de Moscú. El gobierno destacó chequistas por todo el lugar para vigilar contra cualquier intento de secuestrar a María y sacarla de allí.

El martirio de María no tenía fin, pero al menos estaría con sus amigos y camaradas, y aquellos que la amaban tendrían el privilegio de cuidarla. Era un pensamiento consolador.

Al duodécimo día, cuando ya había abandonado la esperanza de saber algo de Asuntos Exteriores, Angélica me telefoneó para decirme que nos habían concedido los pasaportes. Tenía que ir a buscarlos a Asuntos Exteriores, me dijo, y llevar dólares o libras inglesas para pagarlos. Los taxis eran un lujo cuando la mayoría de nuestra gente estaba sin blanca, pero no tenía paciencia para caminar. Quería ver los pasaportes con mis propios ojos antes de creer que nos los habían concedido realmente. Resultó ser verdad, sin embargo, verdad verdadera. Sasha y yo no tendríamos que escondernos ni hacer trampas para salir del país. Saldríamos como

habíamos venido, abiertamente, aunque desolados y despojados de nuestros sueños.

Nuestros camarada A. Schapiro había solicitado un pasaporte por su cuenta y me alegró saber que su pasaporte también estaba preparado y esperando su llegada.

Telegrafié a Sasha: «Esta vez he ganado, viejo scout. Vuelve rápido». Era un poco malicioso, pero la venganza es dulce. En mi alegría contagiosa no me había parado a pensar en la anomalía de que Asuntos Exteriores pidiera divisas cuando la posesión de dicha moneda estaba totalmente prohibida. En fin, pensé, las leyes están para romperse y nadie mejor para ello que los propios legisladores.

Con los pasaportes ya en la mano ahora me asediaban otras inquietudes. Los visados, ¿cómo los iba a obtener? Nuestros camaradas de Berlín nos informaban de que estaban haciendo todo lo posible para asegurar que nos admitieran en Alemania. Si pudiéramos llegar de alguna forma a Letonia o Estonia, sería más fácil conseguir visados, escribían.

Sasha irrumpió en la casa sin avisar. Tenía una pinta horrible, como si no se hubiera afeitado ni lavado desde hacía días, cansado, agotado y sin la maleta que se había llevado. «¿Qué es esto?», exigió. «¿Es una trampa para hacerme volver?». Había hecho todos los preparativos, me dijo, para pasar la frontera y había vuelto a buscarme. Los papeles nos esperaban en Minsk y había dado cincuenta dólares en depósito por ellos. «¿Vamos a perder el dinero?», preguntó. «¿Y la maleta?», le contesté. «¿También la perdemos?». Sonrió. «Ya está perdida», contestó. «¿Sabes? Son listos, estos rusos. Me dijeron que la manera más segura de viajar en el tren es atarte la maleta a las piernas. Así lo hice, con una soga gruesa. Pero el vagón estaba negro como el carbón, no había ninguna luz, y tan atestado que tuve que viajar de pie. El tren se detuvo en innumerables estaciones y supongo que dormité un poco. Cuando miré a la maleta, bueno, la soga estaba allí, pero no la maleta. No pude encontrarla en ninguna parte. Son listos, ¿verdad?».

«El listo serás tú, que ya van tres veces, ¿verdad?». «Tienes mal perder, compañera», bromeó. «Deberías estar contenta de que esta vez no sean seiscientos dólares». «¡Qué se puede hacer con alguien así!». Me tuve que reír con él.

Blandí triunfante los pasaportes. Él los inspeccionó de cabo a rabo. «¡Bueno!», rezongó. «Estaba seguro de que nos los negarían. A veces me equivoco...».

Pero yo notaba que sentía alivio por no tener que coger el camino de Minsk. Su viaje debió de haber sido infernal. Tardó una semana en recuperarse.

Nos concedieron un visado de dos semanas en Lituania. El permiso de paso por Letonia no presentó muchas dificultades. Podíamos salir cualquier día. La certeza nos hizo sentir doblemente la triste suerte de los camaradas y amigos que dejábamos allí, su necesidad, su desesperación, su total y absoluta impotencia en el vacío soviético. Los hombres de la Taganka que esperaban la deportación seguían en la incertidumbre. Agotados de perseguir diariamente a las autoridades para garantizar alguna declaración o acción definida, pasaban la mayor parte de su tiempo en el pasillo de nuestro piso tratando de hablar por teléfono con la Checa. No habían faltado las promesas, pero ni una de ellas se había mantenido durante los cuatro meses que pasaron desde que se llegó al acuerdo para deportarlos. Habían experimentado toda la gama del sufrimiento humano, todas las torturas físicas y espirituales y todo por un delito de opinión. Pero eran inquebrantables. Nada podía afectar a su ideal o debilitar su fe en la victoria final. Mark Mrachni, a quien la muerte acababa de robarle a su joven esposa, con un bebé enfermo en sus brazos, se mantenía firme y valiente. Volin, con sus cuatro niños pequeños condenados a morir de hambre ante sus propios ojos, y con su mujer, que agonizaba en cuartos fríos y desnudos, aún seguía escribiendo poesía. Maximov, con la salud rota por huelgas de hambre anteriores, no había perdido ninguno de sus intereses intelectuales.

Olya Maximova, delicada y sensible, que había estado siete meses llevando pesados paquetes de provisiones dos veces por semana a la cárcel de la Taganka, en una angustia y presión constante por el destino de su amado Maximov, aún buscaba la belleza y la compañía social. Yarchook, un luchador gallardo, que había sufrido tanto como para romper al más fuerte, también había superado todos los horrores de Taganka. El resto de los hombres que aguardaba la deportación eran de la misma fibra y nervio. Eran impresionantes y también todos los otros maravillosos amigos y camaradas que habíamos conocido en Ucrania y a través de Rusia; hombres con valor, habilidad y resistencia heroica en defensa de sus ideales. Les debía mucho y mi corazón desbordaba gratitud por haberlos conocido. Su firme camaradería, comprensión y fe me ayudaron a sostenerme espiritualmente e impidieron que me arrastrara la avalancha que nos había pasado a todos por encima. Mis favoritos eran Alexéi Borovoi y Mark Mrachni, el primero por su mente brillante y su compasiva personalidad y el segundo por su vitalidad contagiosa, ingenio y comprensión de las debilidades humanas. Se me hacía duro dejarlos allí y, por supuesto, a nuestros queridos Manya y Vassili. Para suavizar el dolor de la partida, nuestros queridos amigos nos aseguraban que, al salir de nuestra trágica Rusia, en realidad los estábamos ayudando, porque podíamos hacer mucho más por el país desde el extranjero que dentro de Rusia, trabajar para que se entendiera mejor el quiasmo entre la Revolución y el régimen y trabajar por las víctimas políticas en las cárceles soviéticas y en los campos de concentración. Estaban seguros de que nuestras voces se escucharían en Europa occidental y en América para bien, y estaban contentos de que nos fuéramos. Fingían estar alegres para animarnos en nuestra fiesta de despedida.

Belo-Ostrov, 19 de enero de 1920. ¡Oh, sueño radiante, oh, fe ardiente! ¡Oh, *Matushka Rossiya*, renacida en los dolores de parto de la Revolución,

purgada por ella del odio y la lucha, liberada para la verdadera humanidad que todo lo abraza! ¡Me dedicaré a ti, oh, Rusia!

En el tren, 1 de diciembre de 1921. Mis sueños aplastados, mi fe rota, mi corazón como una piedra. *Matushka Rossiya* sangrando por mil heridas, su suelo sembrado de muertos.

Me aferro a la barra del helado cristal de la ventana y aprieto los dientes para reprimir el llanto.

---

[26] Viktor Luovich Kibalchich, también conocido como Víctor Serge (Bruselas, 1890-México, 1948). *(N. de la T.*).

[27] Pequeños burgueses. *(N. del E.)*.

[28] *Bourzhooy* en el original *(N. del E.)*.

[29] Nombre por el que se conoce la red clientelar y de influencias que sostenía la maquinaria política del Partido Demócrata estadounidense. Por extensión, cualquier maniobra política que utilice esos métodos. *(N. de la T.)*.

[30] El 20 de julio de 1920 comenzó en Moscú el Segundo Congreso de la Tercera Internacional. En el ámbito del mismo, la Confederación del Trabajo Rusa planteó la organización de una Internacional Sindical Revolucionaria, tras lo cual, y al margen de aquel, se celebraron sesiones preparatorias para la convocatoria de la Primera Conferencia de la Internacional Sindical Revolucionaria, también llamada I.S. Roja. *(N. de la T.)*.

[31] *Pistania* en el original. Sin duda se refiere la autora a Ángel Pestaña, que asistió como delegado de la CNT al Segundo Congreso de la Tercera Internacional y también a las sesiones preparatorias de la I.S.R. *(N. de la T.)*.

[32] Perteneciente al Bund (Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia), movimiento judío de tendencia socialista fundado a finales del siglo XIX. *(N. de la T.)*.

[33] Phineas Taylor Barnum y James Anthony Bailey, empresarios de circo de finales del siglo XIX. Son considerados como los padres del circo moderno. *(N. de la T.)*.

[34] Administración Americana de Socorro. *(N. de la T.)*.

[35] Orlandi en el original. No hay duda de que se trata de Hilari Arlandis, que asistió como delegado de la CNT al congreso fundacional de la ISR junto a Joaquín Maurín, Andreu Nin y Jesús Ibáñez. Gastón Leval asistió como delegado de la Federación de Grupos Anarquistas. *(N. de la T.)*.

¡Riga! Multitudes bullendo en la estación, una lengua extraña, risas y luces deslumbrantes. Me aturdía y me agravaba el estado febril que tenía debido al fuerte resfriado que había contraído por el camino. Habíamos pensado acudir a nuestro camarada Tsvetkov, que estaba empleado en el departamento de Transporte Soviético. Él y su hermosa esposa, Maryussa, habían sido amigos íntimos en los primeros días de Petrogrado. La pequeña Maryussa, delicada como un lirio, junto con Tsvetkov y otros, había defendido Petrogrado ante el general Yudenich. Con el rifle al hombro, la valiente Maryussa había estado dispuesta a dar su vida por la Revolución. Más tarde sufrieron privaciones y penurias sin cuento, que minaron la salud de Maryussa hasta que finalmente sucumbió al tifus. Tanto ella como Tsvetkov eran gente de lo mejor. Sus ideas no habían cambiado, a pesar de que estaba obligado a ganarse la vida empleado por el régimen bolchevique. Sabía que nos daría una cálida bienvenida. Pero aun así me resistía a renovar el contacto con personas que había dejado atrás. Y tampoco me encontraba en condiciones de socializar y discutir las cuestiones que ya había resuelto en mí misma. Necesitaba descansar y quería olvidar, dejar atrás la pesadilla y no tener que pensar en el vacío que me aguardaba delante. Nos parecía del todo desaconsejable ir a un hotel, llamaríamos mucho la atención y nos preocupaba especialmente evitar a los periodistas. En la casa de Tsvetkov podríamos estar tranquilos.

Nuestro primer pensamiento fue preparar un manifiesto denunciando la situación horrible de los presos políticos en el Estado comunista, pidiendo a la prensa anarquista en Europa y en América que los ayudara a zafarse de una muerte lenta. Era nuestro grito desesperado tras veintiún meses de silencio obligado, el primer paso para cumplir con la promesa que le hicimos a los nuestros: dar a conocer al mundo el fraude colosal que el manto rojo de Octubre envolvía.

Las noticias de Alemania nos tranquilizaban. Nuestros camaradas estaban ocupándose de garantizar nuestra entrada y confiaban en lograrlo. Pero necesitaban algo más de tiempo y, por lo tanto, teníamos que conseguir que nos ampliaran unos días más el visado letón. Los pocos días se convirtieron en tres semanas. Gracias a nuestra insistencia se renovaban los visados, pero con cuentagotas. Tendríamos que salir del país, nos notificaban las autoridades locales, irnos a cualquier parte, o regresar a Rusia, al lugar al que, en tanto «bolcheviques», pertenecíamos. Los funcionarios eran, casi sin excepción, muy jóvenes. Su condición de Estado, recién adquirida, se les había subido a la cabeza como si se hubieran hecho ricos de golpe. Eran arribistas, duros y arrogantes, desagradablemente autoritarios.

Un rayo de esperanza finalmente se coló por el cielo oscuro. «Todo está arreglado», nos informaron nuestros camaradas de Berlín. El cónsul alemán en Riga tenía instrucciones de expedirnos el visado necesario. Nos precipitamos al consulado. Nuestro visado estaba en orden, nos dijeron allí, pero había que enviar la petición primero a Berlín. En tres días los recibiríamos.

Con optimismo, los chicos volvieron al consulado, seguros de tener esta vez los visados. Cuando regresaron supimos el resultado sin que tuvieran que decir nada. Nos habían denegado la petición.

De nuevo fue necesario conseguir una prolongación de nuestra estancia en Letonia. Los taciturnos jovenzuelos de la oficina pusieron sus objeciones, pero finalmente nos concedieron otras cuarenta y ocho horas. A

su término deberíamos marcharnos, insistieron, ya tuviéramos visado o no. «Volved a vuestro país», decían bruscamente. ¿Nuestro país? ¿Cuál era? La guerra había destrozado el antiguo derecho de asilo y el bolchevismo había convertido a Rusia en una cárcel. Ni siquiera podíamos regresar allí. Ni lo haríamos si pudiéramos. Nos iríamos a Lituania, pensamos. Ya estaríamos allí si no hubiéramos perdido el tren a nuestra llegada a Riga.

Nuestro amigo Tsvetkov no quería ni oír hablar de ello. Lituania era una trampa, declaró. No podríamos llegar desde allí a Alemania ni podríamos volver a Riga. Él se encargaría de buscar una ruta *sub rosa*. Conocía a transportistas sindicalistas y apañaría el asunto. ¿Pero Emma podría ir de polizón? Me sulfuré ante la implicación de que no podría resistir como los chicos. «¡Pero tu tos te delatará!», respondió.

Protesté enérgicamente. Para huir de mi indignación femenina, nuestro amigo se fue para establecer las conexiones adecuadas. Pero su plan se desvaneció en el aire... afortunadamente, porque al día siguiente, el último día que podíamos quedarnos en Letonia, llegaron unos visados suecos que habían logrado nuestros camaradas sindicalistas en Estocolmo. El señor Branting, el primer ministro socialista, se había mostrado más decente que sus camaradas alemanes.

Acompañados por Tsvetkov y por la señora C., la hermana de la secretaria Shakol que se había hecho amiga nuestra y nos había proporcionado una enorme cesta con comida para el viaje, fuimos a la estación para coger el tren que nos llevaría a Reval. Cuando el tren inició su marcha suspiramos aliviados. Por el momento, al menos, habían terminado nuestros problemas con los visados. Pero apenas el tren se alejó de la vista de nuestros amigos descubrimos que llevábamos una escolta. Resultaron ser tres hombres del servicio secreto letón. Nos pidieron los pasaportes, que confiscaron inmediatamente, y nos informaron de que estábamos detenidos. En vano protestamos de la repentina interrupción de nuestro viaje, cuando nos podían haber detenido durante nuestra estancia en Riga. El tren se

detuvo, nos sacaron, con bolsas y maletas, nos embutieron en un automóvil que estaba allí apostado y nos condujeron de vuelta a la ciudad dando un rodeo. El coche se detuvo ante un enorme edificio de ladrillo y nuestra sorpresa fue grande cuando, a poca distancia, reconocimos la casa en la que nos habíamos alojado, donde estaba el apartamento de Tsvetkov. Era el departamento de la Policía Política. No pudimos evitar reírnos ante las maniobras de las autoridades para «atraparnos» cuando habíamos estado todo el tiempo al alcance de su mano.

Uno por uno nos metieron en una oficina interior y nos examinaron sobre nuestro «bolchevismo». Yo le dije al funcionario que, aunque no era bolchevique, me negaba a discutir el asunto con él. Evidentemente se dio cuenta de que era inútil amenazarme o coaccionarme y ordenó que me llevaran a otro cuarto, por ahora.

Ese cuarto estaba lleno de funcionarios allí sentados, charlando, aparentemente sin nada que hacer. Yo llevaba un libro, como en los viejos tiempos en mi país de adopción (¡qué lejos parecían ahora!) y me enfrasqué en la lectura. No me di cuenta de que los hombres habían salido y que me encontraba sola. Pasó otra hora y aún no había señales de mis dos compañeros. Empecé a inquietarme, aunque no estaba preocupada. Sabía que Sasha era un experto en manejar situaciones difíciles y Schapiro tampoco era novato en esas lides. Había tenido experiencias previas con la policía. Durante la guerra, como editor del semanario londinense en yidis, *Die Arbeiter Freund*, asumió las tareas editoriales de Rudolf Rocker, que había sido internado. Poco después, fue detenido y tuvo que cumplir seis meses de cárcel por un artículo que había escrito otra persona. Era un hombre discreto y de sangre fría. Estaba segura de que, fuera lo que fuera que les ocurriera a mis dos amigos o a mí, tendríamos al menos la oportunidad de luchar. Llegaría al mundo exterior y, por lo tanto, sería útil a nuestras ideas.

Alguien interrumpió mis reflexiones. Una mujer policía muy alta estaba ante mí. Venía a registrarme, anunció. «¿En serio?», señalé; «las tres horas que llevo aquí hubieran sido más que suficientes como para destruir cualquier prueba de la conspiración que sospechara la policía». Su estolidez no se vio afectada por mi mofa. Empezó a palparme la piel. Pero cuando quiso ir más lejos le di una bofetada. Se largó de la habitación, jurando que traería a los hombres para terminar el trabajo. Me vestí para poder recibir a los caballeros sin escandalizar su modestia. Solo vino uno, que me invitó a seguirle a mi celda, donde me encerró. Era un tipo amable. Silenciosamente señaló las dos celdas contiguas indicando que mis dos amigos estaban allí. Fue una agradable sorpresa y me alivió mucho. Estaba en aislamiento, pero no me había sentido tan libre y tan en paz en los últimos veintiún meses. Había dejado de ser una autómata. Había recuperado mi voluntad. Y mis camaradas estaban cerca, divididos solo por una pared. Me invadió una paz enorme, satisfacción y sueño.

Al segundo día me llevaron al piso de abajo para interrogarme. Mi inquisidor era un joven en la veintena. Exigió conocer nuestra misión secreta bolchevique en Europa, por qué nos habíamos quedado tanto tiempo en Riga, con quién estábamos compinchados y qué había sido de los documentos importantes que sabía que habíamos introducido en el país. Le dije que aún tenía mucho que aprender si quería lograr fama y fortuna como interrogador de una criminal tan avezada como la que tenía delante. No iba a confesarle nada, le dije, incluso aunque tuviera la información que él quería. Pero le revelaría, no obstante, que yo era anarquista, no bolchevique. Como no parecía saber la diferencia, le prometí enviarle literatura anarquista; se la haría llegar cuando saliera del país. A cambio, él podía intercambiar alguna información conmigo y contarme por qué había sido detenida y bajo qué acusaciones.

Lo haría en unos pocos días, prometió. Y, por extraño que parezca, cumplió su palabra. El día antes de Navidad vino a mi celda para

informarme de que «había sido un desafortunado error». Me sobresalté ante la familiar frase. «Sí, un desafortunado error», repitió. «Y la culpa es de tus amigos los bolcheviques, no de mi gobierno». Rechacé su insinuación. «El gobierno soviético nos dio pasaportes y permiso para marcharnos. ¿Qué interés podía tener en que acabáramos en vuestras cárceles?», le pregunté. «No puedo revelar secretos de Estado», contestó. «Pero es cierto, en cualquier caso». Más tarde averiguaríamos que no hablaba por hablar. Desde un punto de vista legal, tenía que soltarnos inmediatamente, pero había que cumplir algunas formalidades y los funcionarios superiores ya se habían marchado de vacaciones. Le aseguré que daba igual. No era el primer cumpleaños de Jesús que pasaba en la cárcel y ese era, después de todo, el lugar donde estaría hoy en día el Nazareno si se le ocurría visitar el mundo cristiano. El hombre se escandalizó adecuadamente, como correspondía a un futuro fiscal del Estado.

El guardia me hizo las compras de Navidad y me trajo fruta, nueces, bizcocho, café y una lata de leche en polvo. Eran lujos, pero tenía muchas ganas de hacer un festín navideño para mis amigos de las celdas contiguas. A cambio de una propina, el corazón del viejo guardia se ablandó y me permitió usar una cocina que había en esa misma planta. Me tomé mi tiempo y busqué mil excusas para ir y volver a mi celda, cantando todo el rato: «*Christ has risen, rejoice, ye heathen*», y buscando la ocasión para susurrar un par de palabras a mis compañeros invisibles. El guardia llevó dos paquetes pulcramente envueltos y dos grandes termos de café humeante a los dos forajidos de la puerta de al lado a cambio de un pequeño regalo de Navidad para su familia.

Finalmente, nos liberaron con profusas disculpas. Mis amigos me relataron sus experiencias. También les habían registrado a fondo, habían desgarrado el fondillo de sus abrigos y rajado el fondo de sus maletas buscando unos documentos secretos que supuestamente llevábamos con nosotros. Había sido un espectáculo muy cómico ver cómo en las caras

ansiosas de los guardas se iba dibujando poco a poco el chasco y la decepción. Sasha, perro viejo carcelero, se las había apañado para hacer señales nocturnas con cerillas a un joven que estaba sentado leyendo en la casa de enfrente. Le lanzó notas al hombre, este recogió una de ellas, y Sasha contaba con que llegaran a nuestros camaradas en la ciudad. Schapiro había intentado varias veces contactar conmigo golpeando la pared. Yo había contestado, pero él no me había podido descifrar. «Ni yo a ti, hermano», le confesé. «La próxima vez tenemos que acordar una clave». Aunque no hubiera podido entender sus signos en el viejo idioma de las prisiones rusas, añadí, me las había apañado para usar la cocina. «Le encanta cocinar y una cárcel no podría detenerla», comentó Sasha.

Finalmente, el 2 de enero de 1922, salimos hacia Reval, Estonia. Para evitar la repetición de nuestra aventura de Riga fuimos directamente al barco de vapor, aunque este no zarpaba hasta el día siguiente. Aprovechamos el día libre para visitar la tranquila ciudad, mucho más antigua y pintoresca que Riga.

Nuestro recibimiento en Estocolmo, afortunadamente, fue extraoficial. No se les ordenó ni a soldados ni a obreros que nos recibieran con música y discursos, como a nuestra llegada a Belo-Ostrov. Solo unos pocos camaradas se encontraban allí genuinamente alegres. Nuestras carabinas fueron Albert y Elise Jensen, que nos condujeron sanos y salvos y alejaron de nuestros talones a los periodistas americanos. No es que me negara a saludar a mis enemigos, que tan dispuestos habían estado a mentir sobre mis actividades en Rusia, pero prefería que no se me citara mal sobre el experimento soviético hasta que tuviera la ocasión de expresar mis pensamientos con mi propia firma. Con el *Arbetaren* de Estocolmo, nuestra publicación sindical diaria, y el *Brand*, el semanario anarquista, dispuestos a que nosotros contáramos nuestra versión, no hacía falta que me entrevistaran los reporteros, así que agradecimos mucho a nuestros amigos que nos rescataran de sus garras.

Unas cartas de Berlín explicaban el repentino cambio de actitud del cónsul alemán en Riga después de que nos hubiera hecho creer que nos daría un visado. Había sido advertido por un chequista de que éramos conspiradores peligrosos con una misión secreta en el congreso anarquista en Berlín. Esto también arrojaba luz sobre la insistencia de los oficiales letones de que «nuestros amigos los bolcheviques» tenían algo que ver con nuestro incidente en Riga. El gobierno letón se había enterado de nuestra presencia en Riga y las sucesivas prórrogas de nuestra estancia habían sido controladas por la policía local. No era necesario esperar hasta que saliéramos del país para detenernos pero, en el último momento, un emisario soviético les proporcionó la misma información que al cónsul alemán en Riga. En todas partes, los inquisidores enfatizaban nuestra supuesta posesión de documentos secretos. Su cacheo especialmente minucioso también indicaba que nuestros buenos amigos del Kremlin nos habían denunciado.

Me escandalicé de lo arraigada que aún estaba en mí la superstición bolchevique. Aunque conocía bien la naturaleza de la bestia, me había opuesto con vehemencia a las insinuaciones de los funcionarios letones acerca de las maniobras de Moscú. A pesar de mis dos años de experiencia diaria de la depravada política bolchevique, aún no daba crédito a tanto jesuitismo por su parte: entregarnos los pasaportes y a la vez asegurarse de que nos fuera imposible entrar en ningún otro país. Ahora entendía el sentido de las palabras de Litvinov: «Los países capitalistas no están deseando alojaros». Pero, entonces, ¿por qué nos dejaban salir de Rusia? Mis compañeros decían que las razones eran evidentes. Negarnos el permiso de salida hubiera provocado muchas protestas en el extranjero, como había ocurrido con Piotr Kropotkin. De hecho, él nunca había intentado salir de Rusia, pero solo el rumor de que no se le permitía hacerlo había soliviantado a todo el mundo revolucionario y liberal en el extranjero y había hecho llover miles de preguntas sobre el Kremlin. Moscú

obviamente no quería propiciar un clamor similar. Nuestro confinamiento en Rusia habría sido publicidad no deseada. Por otra parte, la Checa, consciente de nuestra postura sobre la dictadura y de nuestra participación en la protesta de los delegados extranjeros en relación a los huelguistas de hambre de la Taganka, no podía dejarnos mucho tiempo más en libertad. La solución más apropiada era, por lo tanto, dejarnos marchar. Era mejor política parecer magnánimos y después hacer el trabajo sucio contra nosotros fuera del territorio de la RSFSR. Así opinaban también las cartas que llegaron desde Riga. El cónsul alemán en Riga le había contado a su tío, Paul Kampfmeier, un conocido socialdemócrata, el papel que los bolcheviques chequistas habían jugado en el asunto.

Nuestros anarquistas y anarcosindicalistas suecos estaban convencidos de que podríamos quedarnos en su país el tiempo que quisiéramos. Incluso podríamos vivir allí tan bien como en cualquier otro sitio y seguir con nuestro plan de escribir sobre nuestras experiencias rusas. El *Arbetaren* estaba ansioso en espera de nuestros artículos, así como el *Brand*. Pero tanto Sasha como yo sentíamos que primero debíamos probar suerte en América, nuestro viejo hogar. Había sido nuestro campo de activismo durante más de treinta años. Para bien o para mal, nos conocían allí y podríamos llegar a un público más amplio que en Suecia o en cualquier otro país. Pero aceptamos que el *Arbetaren* y el *Brand* nos entrevistaran y escribimos peticiones en ellos a favor de los presos y exiliados políticos de Rusia.

En cuanto se publicó nuestro primer artículo en el *Arbetaren*, el señor Branting, por medio de su secretario, notificó al comité sindicalista que había logrado nuestro visado que «era poco aconsejable que los rusos aparecieran en la prensa». Branting era un socialdemócrata y se oponía a los bolcheviques. Pero era también el primer ministro y Suecia estaba en ese momento discutiendo si reconocer o no al gobierno ruso. Una razón adicional era la oferta que estaban haciendo los rusos para hacer frente

común con los socialdemócratas, a quienes ayer mismo denunciaban como traidores sociales y contrarrevolucionarios. Además, la prensa reaccionaria comenzó una campaña de denuncia contra Branting por haber dado asilo a anarquistas y bolcheviques. Con este último epíteto se referían a Angélica Balabanoff, que estaba en Suecia. Nos informaron de que se nos concedía una extensión de un mes del visado pero que, cuando ese plazo expirara, se esperaba que sacudiéramos el polvo sueco de nuestros pies revolucionarios. El pobre Branting parecía ansioso por calmar la tormenta que le caía encima garantizando nuestra partida inmediata. No nos expulsaría, por supuesto, nos garantizó su secretario, pero deberíamos rápidamente buscar otro país que nos acogiera.

Camaradas de media docena de países estaban trabajando muy duro para buscarnos asilo. Nuestros amigos de Berlín seguían haciendo esfuerzos ímprobos. En Austria, nuestro viejo camarada el doctor Max Nettlau se afanaba a nuestro favor. Otros trabajaban en Checoslovaquia para obtener visados. Y también en Francia. En los países más pequeños no había posibilidades: Dinamarca y Noruega ya les habían dicho a nuestros camaradas que no había «nada que hacer».

La situación era bastante desesperada, a lo que se añadían otras circunstancias. El gasto de vivir en un hotel de Estocolmo nos había arruinado en un mes. Los hospitalarios Jensen me invitaron a compartir su piso de dos habitaciones, lo que acepté en la creencia de que sería por muy poco tiempo. Sasha había encontrado una habitación con una familia sueca que vivía en un piso que ya era pequeño para ellos solos. Lamentaba no haber seguido su plan original de salir por la ruta de Minsk. Había sido estúpido pedirle pasaportes a Moscú. En cualquier caso, no pediría más visados y estaba resuelto a salir sin avisar y entrar sin permiso. Yo podía hacer como me diera la gana, declaró.

Otra cosa se había interpuesto entre nosotros: la cuestión de si debía o no permitir que el *World* de Nueva York publicara mi serie de artículos sobre la

Rusia soviética. Stella me había telegrafiado diciendo que el *World* estaba deseando obtener la historia de mi experiencia rusa. Ya me lo había dicho en Riga un representante del *World*. De hecho, me dijo que su periódico había intentado contactarme varias veces cuando aún estaba en Moscú. Si me lo hubieran dicho allí, incluso si hubiera podido sacar con seguridad un artículo desde la RSFSR, me habría negado a escribir para un periódico capitalista sobre un asunto tan importante como Rusia. Me desagradaba igualmente ponderar la oferta que me trasmitía Stella. Le escribí que prefería hablar en la prensa liberal y obrera de los Estados Unidos y que ellos publicaran mis artículos sin pagarme antes de permitir que salieran en el *World* de Nueva York o en publicaciones similares.

Stella lo intentó en el *Freeman* con un artículo sobre el martirio de María Spiridonovna. Lo rechazaron. El resto de periódicos liberales de América se mostraron igualmente poco liberales. Me di cuenta de que, además de estar marcada como una ismaelita, también se me amordazaría sobre la cuestión de los bolcheviques. Había estado demasiado tiempo callada. Había sido testigo del asesinato de la Revolución y escuchado sus estertores de muerte. Había sopesado las pruebas que cada día se añadían a la montaña de los crímenes bolcheviques. Vi derrumbarse los últimos vestigios de la pretensión revolucionaria de la dictadura. Y todo lo que había hecho durante esos dos años fue golpearme el pecho y gritar: «¡He pecado, he pecado!». En América me había jactado de escribir *La verdad sobre los bolcheviques,* y los había apoyado y defendido en la sincera e ignorante creencia de que eran los protagonistas de la Revolución. Ahora que sabía la verdad, ¿me iban a obligar a tragármela y guardar silencio? No, tenía que protestar. Debía clamar contra el gigantesco engaño que se hacía pasar por la verdad y la justicia.

Así les dije a Sasha y a Schapiro. Ellos también habían decidido hablar y, de hecho, Sasha ya había escrito una serie de artículos sobre las distintas fases del régimen bolchevique que habían sido publicados en la prensa

anarquista. Pero tanto él como Schapiro insistían en que los obreros no se creerían mi relato si se publicaba en un periódico capitalista como el *World* de Nueva York. No me importaba la objeción de Schapiro, porque pertenecía a la vieja escuela sectaria que siempre había fruncido el ceño ante la idea de que los anarquistas escribieran para publicaciones burguesas, aunque la mayoría de nuestros camaradas más importantes ya lo habían hecho. Pero Sasha sabía que el grueso de los obreros, especialmente en los Estados Unidos, solo leía los periódicos capitalistas. A ellos era a quienes quería iluminar sobre la diferencia entre la Revolución y el bolchevismo. Su actitud me hirió mucho y discutimos durante días. Había escrito varias veces en el *World* anteriormente, así como en publicaciones similares. ¿No era ahora más importante lo que se dijera y el cómo que dónde se dijera? Sasha insistía en que eso no procedía en este caso. Cualquier cosa que escribiera en la prensa capitalista se usaría en contra de Rusia por los reaccionarios, y a mí me censurarían con razón mis propios camaradas. Ya lo sabía. ¿Acaso no había condenado yo a la veterana revolucionaria Breshkovskaya por hablar bajo la protección de los patrocinadores burgueses? Nada de lo que pudieran decir mis camaradas en mi contra sería tan doloroso como el arrepentimiento que yo sentía por haber juzgado así a Babushka. Ella había gastado cincuenta años de su vida preparando la Revolución solo para ver cómo el Partido Comunista se la apropiaba para sus fines políticos. Había sido testigo de la gran debacle, mientras yo estaba a miles de millas de distancia. Y había tirado mi piedra en su lapidación cuando llegó a América. Por esa misma razón, ahora debía hablar. Pero Sasha insistía en que podíamos hacerlo mediante panfletos que nuestra gente haría circular. Ya tenía varios preparados; una serie de sus artículos ya habían salido en nuestra prensa; tres de ellos se habían publicado en el *Call*, el diario socialista de Nueva York. ¿Por qué no podía hacer yo lo mismo? Los camaradas de la Federación de Socorro Internacional en los Estados Unidos estaban reclamando vías semejantes para mi presentación de la

situación rusa. Habían telegrafiado y escrito, subrayando que debía contenerme de escribir para la prensa capitalista. La razón principal era que dañaría a la causa. Su condena me dejaba fría. Pero con Sasha era distinto. Era mi camarada de armas de toda la vida, mi amigo y mi compañero en cien batallas que habían lacerado nuestros seres y puesto a prueba nuestras almas. Ya nos habíamos distanciado en Rusia en lo que se refería a la cuestión de la «necesidad revolucionaria». Pero no habíamos llegado a la ruptura, no obstante, porque yo también había estado un largo tiempo indecisa sobre mi postura. Kronstadt había aclarado nuestra mente y nos había acercado de nuevo. Ahora era horrible tener que adoptar una postura tan divergente de la actitud de mi amigo. Pasaron días y semanas en conflicto, el peor de los que la vida me había asignado. A lo largo de toda esta tortura espiritual en mi cerebro seguía golpeando la idea de que debía hacerlo, de que me escucharían, aunque fuera la última vez. Finalmente telegrafié a Stella para que entregara los artículos, siete en total, al *World* de Nueva York.

Ante mi decisión se me ahorró la amargura de estar completamente sola. Nuestro viejo gran hombre, Errico Malatesta, Max Nettlau, Rudolf Rocker y el grupo *Freedom* de Londres, Albert y Elise Jensen, Harry Kelly y otros amigos y camaradas, cuya opinión tenía yo en gran estima, expresaron su aprobación. Yo hubiera caminado hasta el Gólgota de todos modos. Pero era un bálsamo tener su apoyo.

Estaba demasiado lejos como para ser testigo de la furia que mi artículo levantó en las filas comunistas o para que me afectara su ponzoña. Pero, a partir de las descripciones que me enviaron de los mítines comunistas en mi contra, y por lo publicado en su prensa, pude ver las semejanzas entre su sed de sangre y la de los blancos sureños ante los linchamientos de los negros. Uno de esos eventos tenía que haber sido de lo más inspirador: la asamblea presidida por Rose Pastor Stokes. Una vez se había sentado a los pies de E. G., ahora pedía voluntarios para quemarla, al menos en efigie.

¡Vaya cuadro! La moderadora entonando la *Internacional* y el público cogido de las manos en una danza orgiástica alrededor de las llamas que lamían el cuerpo de Emma Goldman al ritmo de la canción de la libertad.

Tampoco me preocupaba la acusación estereotipada de que había renegado de mi pasado revolucionario por parte de gente que no tenía pasado del que renegar. Lo que me inquietaba era que el *World* de Nueva York no había valorado tanto como mis admiradores comunistas mis talentos literarios. Me había pagado unos míseros trescientos dólares por cada artículo de una serie de siete. Y los comunistas proclamaban que se le habían pagado treinta mil dólares a la traidora E. G. ¡Ya podía haber sido así! Habría destinado una parte a las víctimas políticas rusas que sufrían el frío, el hambre y la desesperación en las cárceles y el exilio del paraíso bolchevique.

Bajo la presión de los sindicalistas suecos, Branting había ampliado nuestro visado un mes más. Sería el último. No aparecían visados a ningún otro país y Sasha y Schapiro decidieron encargarse ellos mismos del asunto. Schapiro partiría pronto y Sasha después. Un camarada en Praga había conseguido un visado para mí en Checoslovaquia y le supliqué a Sasha que me dejara que hicieran lo mismo por él. Pero la mera sugerencia provocó su ira.

Sasha se metió como polizón en un barco de vapor pero, antes de que el barco saliera del puerto, me comunicaron del consulado austriaco que nos habían concedido un visado. Muerta de miedo de que el barco saliera antes de tener el visado en las manos, no me importó que el chófer se saltara todos los límites de velocidad. Me encontré el visado listo para nosotros tres, pero con la exigencia del ministro austriaco de Asuntos Exteriores de que nos comprometiéramos por escrito a no implicarnos en ninguna actividad política en su país. No tenía la menor intención de hacerlo y estaba segura de que los chicos tampoco. Pero no podía comprometer la salida clandestina de uno y la próxima partida del otro. Consultaría a mis

camaradas, le dije al cónsul, y volvería al día siguiente con la respuesta. No era del todo una mentira, porque aún tenía tiempo de alcanzar a Sasha. Había caído una tormenta en la ciudad y al barco lo habían retenido cuarenta y ocho horas. Me daba la oportunidad de mandarle un recado a Sasha sobre el visado austriaco y sus condiciones. No esperaba que lo aceptara, pero creía que tenía que saberlo. Un joven amigo sueco, el único que me consolaba en mi estancia melancólica en Estocolmo, vino para decirme que Sasha había decidido su camino y que nada podría desviarlo. Merodeé en las cercanías del muelle envuelto en la nieve para estar cerca de nuestro polizón, cuyo destino estaba tejido en la textura misma de mi vida.

Una semana después de la partida de Sasha, también me decidí por la ruta clandestina. Acompañada por mi joven amigo, viajé al sur de Suecia con la esperanza de hallar allí una forma de llegar a Dinamarca. Algunos marineros que conocía mi amigo habían aceptado ayudarme por trescientos *kronen*, unos cien dólares. En el último momento pidieron el doble. No me parecieron de fiar y suspendimos el plan. Encontramos a un hombre con una lancha motora. Nos dio instrucciones para subir a bordo a medianoche y que «la señora se tumbe y se cubra con una manta hasta que el inspector haya acabado la ronda». Así lo hice. No apareció el inspector, sin embargo. Vino un policía. Le explicamos que éramos amantes y pobres, y que nos habíamos refugiado en la barca. Era un hombre amable, pero quería detenernos de todas maneras, hasta que una generosa propina le hizo cambiar de opinión. No pude por menos que reírme de nuestra improvisada historia que, de todos modos, era reflejo fiel de la situación.

Mi amigo estaba alicaído ante cómo se liaban las cosas. Le consolé diciéndole que siempre había sido una conspiradora muy torpe y que me alegraba de que se hubiera chafado el plan. Tenía ciertas ventajas, sin embargo, ¿o acaso no me daba la oportunidad de ver la parte más cálida de Suecia, mujeres más atractivas que en la capital y, no menos importante,

probar cuarenta nuevas variedades de entrantes que harían suspirar al gourmet más exquisito?

Cuando regresamos a Estocolmo, me encontré con una carta del consulado alemán. Me habían concedido un visado de diez días.

En la frontera alemana, caí directamente en los amorosos brazos de dos fornidos oficiales prusianos cuyos bigotes a lo káiser Guillermo no habían perdido nada de su arrogancia por la retirada ignominiosa del ser que les dio su nombre. Me condujeron rápidamente a una oficina privada. Allí me enseñaron un dosier que comprendía todos los acontecimientos de mi vida, casi desde mi cuna, sobre el que empezaron a interrogarme durante una hora. Les felicité por su meticulosidad germánica y por tener una información tan completa a la que nada podía yo añadir. ¿Cuáles eran mis intenciones en Alemania? Honorables, no cabía duda: encontrar un viejo soltero millonario que buscara una esposa joven y guapa. Cuando terminara mi visado me dirigiría a Checoslovaquia buscando lo mismo. *Ein verflixtes Frauenzimmer* («una mujerzuela endemoniada»), gruñeron. Tras dedicarme más alabanzas, me escoltaron de vuelta al tren.

Aterrizaba en Berlín cinco meses después de que nuestros camaradas hubieran comenzado la campaña para permitirme la entrada, sin demasiada esperanza de que allí pudiera conseguir una estancia más larga. Me había resignado ya a que Checoslovaquia fuera mi último puerto, mi lugar de exilio. No tenía allí relaciones ni amigos. Sabía que estaría lejos de todos mis seres queridos. Además, el coste de la vida era alto. Pero en Alemania me encontraba en un terreno conocido: su lengua era mi lengua materna. Había recibido allí toda mi formación académica y mis primeras influencias

habían sido alemanas. Más importante aún, había un potente movimiento anarquista y anarcosindicalista en el que podría echar raíces. Mis amigos Milly y Rudolf Rocker y otros muchos queridos camaradas estaban igualmente en Berlín. Probaría aquí mi suerte y, si me tenía que marchar, no lo haría sin presentar antes batalla.

Para sorpresa de todos, Asuntos Exteriores no puso objeciones a concederme un mes de estancia. A su término, me dijeron que me habían concedido dos meses más y que tenía que presentarme en el Ministerio. Me encontré al secretario ocupado con un hombre que parecía ruso. Este último sin duda regresaba a su tierra natal, el secretario lo acompañó a la puerta y le recordó que le trajera caviar y *ein Pelz* («un abrigo de pieles»). Después, el funcionario se dirigió a mí con la cortesía prusiana habitual. ¿A qué venía yo allí, gritó, después de que me hubiera dicho que me tenía que ir a finales de mes? Mi plazo terminaba mañana, me dijo. O me iba o me harían cruzar la frontera a la fuerza. Su cambio de humor me hizo pensar que los sátrapas de Moscú y Berlín volvían a pisarme los talones. El hombre que acababa de salir probablemente era un chequista.

Sin embargo no me podía permitir perder los estribos. Le expliqué, con el tono más propio de una dama que pude adoptar en esas circunstancias, que me habían concedido dos meses más y que venía a que me sellaran el pasaporte para ello. No sabía nada de eso y no me extendería el plazo incluso si lo hubiera sabido, declaró. Más valía que me fuera tranquilamente del país o me echaría a patadas. En ese caso, contesté, tendría que mandar a varios hombres para que pudieran sacarme. Le dejé confuso por mi *Frechheit* («impertinencia») y me fui al Reichstag a buscar a mis valedores. Me tuvieron esperando tres horas, demasiado ocupados con asuntos de Estado como para verme. Estaba muy agitada, pero pronto me olvidé de mis problemas contemplando las payasadas de lo que Johann Most solía llamar «el teatro de marionetas».

A juzgar por el flujo continuo de diputados a la cafetería, esta última parecía ser la verdadera sede del cuerpo augusto. Allí, entre montones de *Stullen* («bocadillos»), *Seidels* («tercios») de cerveza y humo de cigarros, se decidía el bienestar y el dolor de las masas alemanas. En el salón legislativo alguien hablaba para pasar el rato, sin duda guardando el fuerte hasta que su grupo político se hubiera recuperado lo suficiente como para aporrear al otro en la cabeza. Era un entretenimiento que habría lamentado perderme.

Una vez terminada su dura jornada, mis valedores me atendieron. Después de escuchar mi relato de la entrevista en Asuntos Exteriores, se pusieron al teléfono. A esto siguió una discusión bastante encendida, en el curso de la cual se le dijo a la persona al otro lado de la línea que se informaría a su jefe por «suprimir la prórroga concedida a la señora E. G. Kerschner». La amenaza pareció surtir efecto, porque lo siguiente que se dijo fue: «Ya sabía yo que atenderías a razones». A la mañana siguiente, sellaron mi pasaporte para dos meses más.

Con este respiro me decidí por un pequeño apartamento. Había viajado tanto que me dolían todos los huesos y necesitaba descansar bajo mi propio techo. Quería algo de paz para concentrar mis pensamientos antes de comenzar mi libro sobre Rusia. Echaba de menos a mi muchacho sueco, de ojos azules y pelo pajizo, cuya tierna devoción había sido mi sustento en los tres meses y medio de mi existencia en Estocolmo. Le mandé llamar para tener dos meses de vida personal en medio de una vida que nunca había sido del todo mía. ¡Vana esperanza! Me di cuenta en el momento en el que me encontré con mi amigo en la estación. Sus hermosos ojos no habían perdido el afecto, pero la chispa que había encendido mi alma ya no estaba allí. Al fin vi lo que había sabido desde el principio, pero no quería aceptar: que él tenía veintinueve años y yo cincuenta y tres.

¡Ojalá la aventura hubiera terminado en su cumbre, como un recuerdo dorado en un camino de espinas! Pero su deseo de volver a verme y mi propia avidez habían sido difíciles de resistir. Nos habíamos despedido

diciendo: «¡Pronto en Berlín!». Solo habían pasado cuatro semanas desde entonces y su llama se había extinguido. El golpe inesperado me dejó tambaleante y no pude pensar con claridad. Me aferré al clavo ardiente de que yo podía reavivar ese amor que me había pertenecido.

Había varias razones por las que no podía decirle que se fuera. Se había saltado el reclutamiento y despertó las sospechas de la policía de Estocolmo al intentar ayudar a Sasha con algunos papeles. No tenía medios y no le permitirían trabajar en Alemania. Sentía que no podía echarlo. ¿Y qué si su amor había muerto? Nuestra amistad sería dulce y mi afecto por él lo bastante fuerte como para contentarse con eso, razoné. El descanso y goce que había esperado se volvieron ocho meses de purgatorio.

A mi tristeza se añadía la falta de comprensión de Sasha por mi conflicto, de lo más sorprendente porque había estado atento y solícito cuando yo luchaba contra la creciente atracción por mi amigo. Había ridiculizado las estúpidas convenciones sobre la diferencia de edad y me aconsejó dar rienda suelta a mi deseo por ese chico que había entrado en mi vida. A Sasha le caía bien el muchacho y este último, simple y llanamente, adoraba a mi viejo amigo. Pero la llegada del joven sueco a Berlín y su presencia en el mismo apartamento, de algún modo, cambió su antigua camaradería por una hostilidad silenciosa. Yo sabía que no quería hacerme daño, pero aun así, con su miopía masculina, no hacía otra cosa.

No tenía cabeza para escribir un libro sobre Rusia. El recuerdo del desgraciado país y de sus mártires políticos estaba siempre presente y sentía que estaba traicionando su confianza. No estaba componiendo nada para que se conociera su situación y el cada vez más agudo drama de Octubre. Había intentado aliviar mi conciencia mediante una contribución que hice con las cantidades que gané por mis artículos y mediante el folleto que el grupo de Londres había publicado a mis expensas. Sasha estaba realizando un trabajo fantástico, escribiendo artículos y publicando panfletos sobre «La tragedia rusa», «El Partido Comunista», «Kronstadt» y temas afines.

Nuestros deportados de la Taganka se encontraban ahora en Alemania y se les estaba escuchando en la prensa anarquista y en el estrado hablar sobre la realidad soviética. E incluso, antes de que se alzaran nuestras voces, nuestros capaces camaradas Rudolf Rocker y Augustin Sochy habían estado informando a los obreros alemanes sobre las verdaderas condiciones en Rusia.

A través de Herbert Swope, del *World* de Nueva York, y de Albert Boni, Clinton P. Brainard, entonces presidente de Harper's, se interesó por la obra que planeaba escribir sobre Rusia. Resultó ser un viejo jovial, un relajado vaquero, de modales y conversación exuberantes, pero que no parecía tener la menor idea sobre libros o sobre sus autores. «¡Seis meses para escribir un libro sobre los sóviets!», exclamó. «¡Tonterías! Podrías dictarlo del tirón en un mes. Tu nombre y el tema harán el libro, no su calidad literaria», afirmó. Apostaría cualquier cosa a que un libro de Emma Goldman sobre los bolcheviques, con un prólogo de Herbert Hoover, sería la sensación del momento. «¡Harás una fortuna! ¿Te esperabas eso, E. G.?». «No, en mi vida», admití, preguntándome si bromeaba o si ignoraba hasta ese punto mi vida, mis ideas, la importancia que para mí tenía Rusia o por qué quería escribir sobre eso. Me pareció que el señor Brainard era tan ingenuo, tanto como lo era el americano medio, que no pude ofenderme ante su idea de que el señor Hoover, otro perfecto americano medio, fuera a presentar mi libro ante el mundo.

Expresé mi sorpresa a Albert Boni de que alguien tan limitado como el presidente de Harper's estuviera al frente de una editorial de su calidad y fama. Él me explicó que el ámbito del señor Brainard eran los negocios y no el departamento literario, lo que me consoló un poco.

No tenía experiencia con editoriales, porque nuestros libros en América siempre habían sido producidos por nosotros mismos a través de la Mother Earth Publishing Association. A Albert Boni, en representación de Brainard y de McClure Newspaper Syndicate, no le pareció necesario ponerme al

corriente de sus métodos comerciales. El resultado fue que le vendí al señor Brainard los derechos mundiales de mi libro sobre Rusia por un adelanto de 1.750 dólares sobre los royalties habituales y el cincuenta por ciento de los derechos para la publicación seriada. Me pareció un acuerdo muy satisfactorio y la cláusula más gratificante del acuerdo era que no se podía cambiar nada en el manuscrito sin mi conocimiento y consentimiento.

Me renovaron el visado por dos meses más y me dieron esperanzas de que podría haber sucesivas prórrogas. Mis gastos estaban también cubiertos. Podía seguir con el libro. Había vivido con él desde Kronstadt y lo había imaginado en todos sus aspectos. Pero, cuando me puse a escribir, la magnitud de mi tema me superó. La Revolución rusa, más grande y más profunda que la francesa, como bien había dicho Piotr... ¿Podría hacerla justicia en un solo libro y con esa limitación de tiempo para escribirlo? Para una tarea así se necesitarían años, y para que la historia fuera tan gráfica y conmovedora como lo era la realidad haría falta una pluma mucho más hábil que la mía. ¿Había alcanzado ya la perspectiva y el desapego necesario como para escribir sin rencor y sin agravios personales contra los hombres al timón de la dictadura? Estas dudas me asaltaban cuando me sentaba a escribir y me abrumaban más cuanto más intentaba concentrarme en la tarea.

Mi entorno no me ayudaba. Mi joven amigo se había metido en el mismo pantano que yo. No tenía la fuerza de marcharse ni yo de decirle que se fuera. La soledad, el anhelo de que se me atendiera en el sentido más íntimo, me hacía colgarme del muchacho. Él me admiraba en tanto rebelde y luchadora, como amiga y compañera. Yo había despertado su espíritu y le había abierto un nuevo mundo de ideas, libros, música, arte. No quería vivir lejos de mí y necesitaba la compañía y la comprensión que había encontrado en nuestra relación, decía. Pero la diferencia, la siempre presente diferencia de veinticuatro años, eso no lo podía olvidar.

Mis amigos Milly y Rudolf Rocker notaron la presión física y mental que sufría. No los había visto desde 1907, cuando nos habíamos conocido únicamente como camaradas. Durante mi estancia en Berlín llegué a apreciar y amar su hermoso espíritu. Rudolf se parecía mucho a mi viejo compañero Max, tan comprensivo, tierno y generoso como él, pero no tan proclive a la introspección paralizante. Intelectualmente brillante y con una prodigiosa capacidad de trabajo, era una dinamo en el movimiento anarquista alemán y una inspiración para todo aquel que llegaba a conocerlo. Milly era enormemente sensible al sufrimiento humano y constante en su comprensión y afecto. Eran una ayuda y un consuelo en la batalla que estaba librando para recuperar el control de mi ser. Necesitaba desesperadamente empezar el libro.

La llegada de mi querida Stella y de Ian, mi bebé casi tanto como suyo, suavizó en cierto modo mi dolor lacerante. No los había visto desde hacía tres años y había estado deseando su llegada. Pasó una semana armoniosa con mi gente, recordando el pasado, con todas sus alegrías y dolores, todo lo que es admirable y odioso en mi tierra adoptiva.

Pero pronto una nota discordante perturbó nuestro idilio. Stella siempre me había tenido en un pedestal. No podía soportar ver mis pies de barro. Había sufrido durante mi relación con Ben y ahora, de nuevo, mi niña se resentía de que su adorada *Tante* tuviera que «rebajarse de nuevo». Mi joven sueco captó rápidamente el desdén de mi sobrina. Se volvió hostil y se esforzó mucho en serle particularmente desagradable.

A Ian, un hermoso jovenzuelo de seis años, salvaje y desatado como un joven potro, se le quedaba pequeño nuestro apartamento para sus energías. No sabía alemán y no entendía por qué todo el mundo iba de puntillas porque los nervios de la «abuelita» estaban de punta. De la boca de los niños sale la sabiduría. Incluso nuestro bebé había aprendido a crecer acorde con sus años y yo, idiota de mí, aún me sentía joven, buscando con avidez el fuego de la juventud. Afortunadamente, mi sentido del ridículo no

me había abandonado del todo. Aún podía reírme de mi locura. Pero no podía escribir o hacer como mi sueco: escaparme.

Me dijo que se iría a la costa unos días, para que Stella y yo pudiéramos estar juntas sin distracciones. No me opuse; más bien me sentí aliviada. Los dos días se hicieron una semana sin que me llegara una palabra suya que me dijera que estaba bien. Mi ansiedad se volvió una obsesión de que se hubiera quitado la vida o que la hubiera perdido. Para escapar del pensamiento que me torturaba, intenté una vez más empezar el libro. Como por arte de magia, el peso que había llevado durante meses desapareció; las sombras acechantes desaparecieron junto con el chico y mis frustraciones. Yo misma me disolví en el cuadro que tomaba forma en el papel delante de mí.

Por la tarde comenzó una tormenta que se prolongó durante la noche. Los rayos y truenos, seguidos del viento y la lluvia, golpeaban contra las ventanas de mi cuarto. Seguí escribiendo, ajena a todo excepto a la tormenta de mi alma. Finalmente me liberaba.

La tormenta exterior terminó. El aire estaba en calma, el sol se alzaba lentamente y extendía su color rojo y dorado por el cielo saludando un nuevo día. Lloré, consciente del eterno renacimiento de la naturaleza, de los sueños del hombre, de su búsqueda de la libertad y de la belleza, de la lucha de la humanidad por alcanzar cumbres más altas. Sentí el renacer de mi propia vida, que de nuevo se mezclaba con lo universal, de quien era únicamente una parte infinitesimal.

El sueco regresó sano y salvo. No me había escrito porque estaba intentando reunir el valor para seguir su camino. No lo había conseguido. Volvía impulsado por la necesidad de mí que sentía. ¿Le aceptaría de nuevo? Yo lo hice, segura de que ya no me consumiría como antes. Ahora yo estaba de vuelta en Rusia, en su triunfo y derrota, todas las fibras de mi ser se esforzaban por recrear el inmenso panorama del que había sido testigo durante veintiún meses.

Mi querido Sasha, aunque pocas veces comprensivo con mis asuntos del corazón, nunca me había fallado en nuestras actividades comunes o en su cooperación con mis esfuerzos literarios. En cuanto me vio trabajando en serio regresó con su antigua disposición a ayudar. Habría hecho ya progresos considerables si no hubiera sido por una nueva perturbación.

Los jóvenes pocas veces son generosos los unos con los otros, ni tienen paciencia con los defectos ajenos. Mi secretaria, una chica judía americana, inteligente y eficaz, y mi joven sueco no podían soportarse, aparentemente. Discutían con violencia y regañaban por cualquier asunto trivial. La tensión se agravó cuando la chica se mudó a nuestro piso. Era lo bastante grande y cada uno teníamos nuestro propio cuarto. Pero los dos jóvenes se encendían y echaban humo cada vez que estaban juntos.

Así que pronto descubrí lo cierto que era el proverbio alemán: *Was liebt sich, das neckt sich* («quien se pelea, se desea»). Los dos jóvenes se habían enamorado y estaban peleándose para desviar mi atención de sus verdaderos sentimientos. No eran tan sofisticados como para ser culpables de un engaño deliberado. Sencillamente les faltaba valor para hablar y tal vez tenían miedo de herirme. ¡Como si su franqueza hubiera sido más hiriente que mi descubrimiento de que su espectáculo de indiferencia era únicamente un escudo! En el fondo de mi corazón no había dejado de creer que mi amor podría encender de nuevo su afecto, tan rico y abundante durante nuestros meses en Estocolmo.

No podía aguantar más ese juego del escondite que se desarrollaba bajo mis ojos. Les aseguré que nada podría alterar mi afecto hacia ellos y que quería que la chica siguiera trabajando conmigo hasta que el manuscrito estuviera mecanografiado, pero que les pediría que se buscaran un alojamiento propio. Sería menos cansado para los tres.

Se mudaron. La chica siguió con sus funciones de secretaria, pero su actitud hacia mí había cambiado. El joven sueco siguió con sus visitas para verme, normalmente por la noche, cuando su amada no estaba presente.

Ella no podía soportar verle conmigo, me dijo, o que se le recordara que yo era su inspiración. Yo siempre seguiría siéndolo, repetía él. Era algo así como un consuelo; pero sería mejor que se mantuviera a distancia, le dije al joven sueco. Ya no me importaba. Su amor acababa de nacer y sería injusto causarle dolor. Siguió mi consejo y no regresó hasta poco antes de marcharse con la chica a América, y solo para decirme adiós.

Aún me quedaba la parte más dura de mi libro, un epílogo en el que establecería las lecciones de la Revolución rusa que nuestros camaradas y las masas militantes tendrían que aprender para que no fracasaran las revoluciones futuras. Me había dado cuenta de que, a pesar de toda la avidez por el poder de los bolcheviques, nunca podrían haber aterrorizado de esa forma al pueblo ruso si el hecho de ser arrastrado con facilidad no fuera algo inherente a la psicología de masas. También estaba convencida de que la concepción de la revolución que imperaba en nuestras filas era demasiado romántica y de que no se podían esperar milagros, incluso después de que se hubiera abolido el capitalismo y que se hubiera eliminado a la burguesía. Ahora era más sabia y quería ayudar a mis camaradas para que comprendieran mejor.

Me parecía que, para hacer un tratamiento adecuado del lado constructivo de la Revolución, yo misma tenía que apartarme lo suficiente del fantasma del Estado comunista como para escribir con objetividad. No quería que mi libro saliera al mundo sin definir algunas conclusiones. Pero, en mi estado mental, me resultaba imposible abordar los problemas complejos del tema. Después de semanas de conflicto decidí apuntar algunos pensamientos, algunos fragmentos que pudieran servir como un boceto de una obra más larga sobre este importante tema. Sasha estaba de acuerdo en que, a la luz de los acontecimientos rusos, se imponía una revisión a fondo del viejo concepto de revolución. Él o yo, o los dos juntos, deberíamos abordarlo más tarde. No había necesidad de dar vueltas ahora al asunto. Un libro de impresiones, como el mío, no era el lugar para un análisis de teorías e ideas.

Rudolf compartía esa opinión. Como resultado del consejo de mis dos amigos, cuyo juicio en esas cuestiones pocas veces erraba, y atendiendo a mi sensación general sobre el asunto, escribí un capítulo final que sugería un esquema general de los esfuerzos prácticos y constructivos durante la Revolución.

Poseía razones sobradas para una celebración doble. Había recuperado mi salud emocional y había terminado el manuscrito de *Mis dos años en Rusia*. Sasha también tenía razones para estar enormemente contento. El preciado diario que había escrito en Rusia, que se les había escapado a los chequistas que saquearon su cuarto porque yo lo había escondido en el mío, se había perdido después de haberlo sacado a escondidas de Rusia. Mientras Sasha estaba en Minsk, un amigo se había llevado los cuadernos a Alemania, prometiéndonos entregárselos a los Rocker. Grande fue nuestro escándalo cuando supimos que nuestros amigos de Berlín no habían recibido el preciado paquete. Nada podía reemplazar el registro diario que Sasha había hecho de cada incidente y acontecimiento durante nuestra estancia en Rusia. Afortunadamente el valiosísimo diario fue descubierto después de muchas semanas de angustia.

Habían pasado meses después de que mi manuscrito se hubiera enviado al McClure Newspaper Syndicate, pero no habíamos recibido noticias de su recepción. Escribí con cada barco y me gasté una pequeña fortuna en telegramas, pero no obtuve respuesta. Stella y Fitzi, a las que pedí que fueran a ver a Brainard, informaron de que les habían dicho que el hombre no había aparecido por la oficina desde que regresó de Alemania, y que nadie en el Syndicate sabía nada de mi manuscrito. Telegrafié entonces al señor Swope, del *World* de Nueva York, rogándole que rastreara al presidente de Harper's. Vi a Garet Garrett, del *Tribune*, mientras estuvo en Berlín y le pedí que me ayudara a localizar el manuscrito. No dejé dormir a Albert Boni. Todos estos esfuerzos frenéticos no dieron resultado. Incapaz de soportar por más tiempo la inquietud por mi libro, puse el asunto en

manos de mi viejo amigo y abogado Harry Weinberger. Estaba convencida de que él lograría que la gente de McClure o Brainard me dieran una explicación.

A esta preocupación se añadieron las noticias de la terrible desgracia que le había ocurrido a mi Stella. Había perdido la visión de su ojo derecho. Los especialistas que la habían tratado casi se la llevan a la tumba con sus experimentos. Uno de ellos desdeñó su caso diciendo que era un desprendimiento de retina que no tenía cura y le pronosticó una ceguera completa. Alemania es famosa por sus especialistas en la vista y yo ahora mismo tenía todo el tiempo del mundo para ocuparme de mi sobrina. La animé a venir enseguida. Ella vino, convertida en la sombra de la muchacha radiante que me había visitado el año anterior. Un especialista diagnosticó su caso como tuberculosis de los ojos y no nos dio esperanzas de recuperación.

El doctor Magnus Hirschfeld, a quien conocía por su obra pionera sobre psicología sexual, vino en nuestra ayuda. Nos propuso ir a ver al conde Wiser, de Bad Liebenstein, en Turingia. Era un hombre notable, nos dijo el doctor Hirschfeld, un experto en diagnóstico y un innovador en el tratamiento de las afecciones oculares. El doctor añadió que a mí me interesaría especialmente Wiser porque había sido proscrito y perseguido en su profesión como yo lo había sido en el campo político; él por su obra profiláctica, humanitaria y social. Sonreí ante la idea de que un aristócrata pudiera encontrarse con la misma oposición que una rebelde social o incluso que el doctor Hirschfeld, un judío que trabajaba para erradicar los prejuicios sexuales del Michel alemán. No obstante, estábamos dispuestas a probar con el conde Wiser.

Aunque ya nos habían prevenido sobre la actitud de la profesión médica hacia el doctor Wiser, nos desanimó bastante una circular que nos entregaron en su oficina cuando acudimos a la consulta. Era una petición al departamento médico del ministerio de la Guerra para que el doctor Graf

Wiser fuera suspendido, basándose en su incompetencia profesional, curanderismo y deshonestidad, y estaba firmada por veintidós prominentes especialistas oculares de Alemania. Por un momento me asaltó el pensamiento de que el doctor Wiser sin duda tenía algún problema, puesto que había provocado la enemistad de sus ilustres colegas. Nuestra desagradable impresión se mitigó un poco por el hecho de que Wiser no dudaba en dejar que sus pacientes supieran la actitud en su contra del resto de la profesión. No podía comprometerse a tratar a nadie, afirmaba en una nota a pie de página, a no ser que se confiara en su método. Esto aumentó considerablemente mi estima y respeto hacia él.

Mi primer encuentro personal con el doctor proscrito me liberó por completo de las dudas que me había despertado la circular. Su comportamiento general negaba las acusaciones en su contra. Su sencillez y sinceridad eran evidentes en cada palabra. Aunque tenía una fila de gente esperando, estuvo hora y media examinando a Stella y después declinó dar una opinión definitiva sobre su estado. Estaba seguro, no obstante, de que no tenía ni un desprendimiento de retina ni tuberculosis. Expresó la opinión de que, probablemente, la hipertensión había provocado una hemorragia y que esta había formado un coágulo de sangre sobre el nervio óptico. Esperaba que pudiera tratarlo de tal manera que su sistema lo absorbiera. El tiempo y el cuidado lo dirían. De la paciente dependía mucho. Su tratamiento era bastante severo y «hace falta la paciencia de un ángel para mantenerlo», indicó el doctor, con una sonrisa que iluminó sus bellos rasgos. Era un proceso agotador, seis horas o más de ejercicios diarios con diversas lentes, que después del duro trago requería un descanso y relajación completas. Su encanto e interés humano me convencieron de que, tras el médico amante de su profesión, había una hermosa personalidad. Cada día que pasaba reforzaba mi primera impresión del doctor Wiser.

Nuestra presencia en Liebenstein nos trajo a muchos amigos de América. Fitzi y Paula, a las que no habíamos visto desde nuestra deportación,

vinieron a pasar una temporada. Ellen Kennan, nuestra vieja amiga de Denver, Michael Cohn y su nueva esposa, Henry Alsberg, Rudolf y Milly Rockert, Agnes Smedley, Chatto y los camaradas de Inglaterra. Hacía muchos años que mi vida no estaba tan repleta de amistad y afecto. La alegría por la mejora de Stella llenó hasta los bordes la copa de mi felicidad. «La reina E. G. y su corte», bromeó Henry, en la hermosa fiesta sorpresa que mi familia preparó para mi cincuenta y cuatro cumpleaños. La vida me había dado esto: amigos cuyo amor no flaqueaba ni variaba con los años, un tesoro que pocos poseen.

Entre los muchos regalos de cumpleaños y mensajes que recibí había también uno de mi fiel amigo y abogado, Harry Weinberger. Traía la buena noticia de que Brainard había vendido mi manuscrito a Doubleday, Page & Company, y que el libro saldría en octubre de ese año (1923). Telegrafié pidiendo que me mandaran las pruebas. Los editores contestaron que eso retrasaría la salida del libro y me aseguraron que se atendrían estrictamente al manuscrito.

Después de tres meses de tratamiento con el doctor Wiser, Stella recuperó parcialmente la vista de su ojo ciego. No fue el único logro de «nuestro Graf», como empezábamos a llamarlo. Cada día en su clínica privada tenía yo ocasión de estudiar varios casos, afecciones similares a la de Stella, que se habían dado por incurables y que el doctor Wiser conseguía curar, parcial o completamente. Me parecía increíble que alguien tan dotado y dispuesto a aliviar las dolencias hubiera sido puesto en la picota.

A partir de mis charlas con los pacientes del doctor Wiser, alguno de los cuales lo conocía desde hacía años, me enteré de la más sorprendente conspiración que nunca había escuchado en el mundo profesional. La declaración que el grupo de oftalmólogos había enviado al ministerio de la Guerra era solo una pequeña parte del dosier fabricado contra el Graf. Hasta habían llegado a enviar a una de sus eminencias para espiarlo. Entre las acusaciones, se decía que era mercenario. Nunca vi a nadie menos

preocupado por el dinero que Wiser. En una época en la que el marco se devaluaba cinco veces al día, nunca pidió ni un céntimo a sus pacientes hasta que no hubieran terminado el tratamiento. Esto implicaba pérdidas que le obligaron a cerrar su clínica pública, donde a los pobres se les daba el mismo tratamiento y atención que a aquellos que podían permitirse pagar. A sus sesenta y tres años, con la salud delicada, el doctor Wiser trabajaba doce horas al día, siete días a la semana y, aunque tenía montañas de pacientes, él y su esposa vivían con total frugalidad. Al mismo tiempo, ayudaba liberalmente a todo el mundo que acudía a él, no solo en su calidad profesional, sino con sus limitados medios.

La ofensa más grave del doctor Wiser a ojos de sus detractores, además del hecho de que lograba resultados allí donde ellos habían fracasado, era su resistencia a enviar de vuelta al frente a los soldados que sufrían de la vista. En una de las muchas entrevistas que tuve con él, señaló: «No sé nada de política y no me importa demasiado. Pero me basta ver el sufrimiento de la humanidad, la flor de la tierra destrozada por el odio insensato. Mi propósito, mi último interés, es ayudarlos y devolverles la fe en la vida».

Como Stella empezaba a mostrar señales de agotamiento tras tres meses de ejercicio diario, el doctor Wiser le ordenó que se tomara un descanso. Era parte de su sistema general que los pacientes recuperaran fuerzas de tanto en tanto antes de continuar con el tratamiento. Ella tenía el plan de visitar Múnich con ocasión del próximo festival Wagner-Strauss, en el que este último dirigiría sus propias óperas. Sasha, Fitzi, Paula y Ellen iban también y todos me animaron para que los acompañara.

Como Baviera era la fortaleza del jingoísmo alemán, yo tenía mis dudas, pero las chicas insistieron y las acompañé. Cuarenta y ocho horas después de llegar a Múnich escuché la ya conocida llamada en la puerta. Tres hombres me invitaron a acompañarlos a la Polizei Presidium. No eran ni por asomo tan amables como mis primeros visitantes de Berlín, pero

aceptaron esperar el tiempo suficiente como para permitirme que informara a mis amigos de mi detención.

El dosier de la «galería de granujas» de Múnich era tan completo como el de la frontera alemana. Contenía material que se remontaba a 1892, casi todo lo que yo había escrito o dicho, todo sobre las actividades de Sasha y las mías, y una completa colección de fotografías. El objeto más sorprendente era una fotografía que mi tío, que era fotógrafo, me había tomado en Nueva York en 1889. Mi vanidad se hinchó al verme tan joven y atractiva, así que les ofrecí comprar una copia. La policía se enfadó mucho ante tanta «frivolidad» en el momento de mi arresto y de mi segura deportación. Tras un interrogatorio de varias horas, se me permitió regresar al hotel para almorzar, con la condición de que estuviera de vuelta después. Agradecí pasar esa hora con mi familia. Mi única pega era que solo había escuchado *Tristán e Isolda* y *Electra* y que perdería el abono para el resto del ciclo.

Entre las acusaciones en mi contra figuraba que yo había estado en Baviera en el otoño de 1893 en una misión secreta. Negué la alegación, porque había estado «ocupada». «¿En qué?», preguntaron. «Estaba tomando una cura de reposo en la penitenciaría de la isla de Blackwell, en Nueva York». ¿Y tenía la impudicia de admitirlo? ¿Y por qué no? No estuve allí por robar cucharillas de plata o pañuelos de seda. Estuve encerrada por mis ideas políticas, las mismas por las que ellos estaban a punto de expulsarme. «Ya conocemos esas ideas», rugieron. «Conspirar, tirar bombas, matar a los gobernantes». ¿Aún temían esas fruslerías, después de la matanza mundial que ellos y su gobierno habían ayudado a lanzar? Ah, pero eso era para proteger a la madre patria, aunque no esperaban que yo entendiera tales motivos. Admití de buen grado mis limitaciones.

A última hora de la tarde me enviaron de vuelta al hotel con un guardaespaldas y me ordenaron que me fuera en el tren de la noche. Mi principal problema era cómo sacar a Sasha de allí. El joven policía que me

escoltaba me sugirió inadvertidamente una forma. Se quejó de que llevaba de guardia desde por la mañana y que ahora no podría ver a su mujer y a su hijo hasta que comprobara que me iba de Múnich. Le dije que podía dejarme bajo la custodia del portero del hotel, que me llevaría a la estación. Dudó solo el tiempo que tardé en sacar un billete de cinco dólares. Podía ser, me dijo, si le prometía no saltar del tren una vez saliera de la estación. Una vez seguro de que no tenía la menor intención de suicidarme, siguió su camino.

En el hotel celebré una reunión apresurada con los miembros de nuestro grupo. Estábamos de acuerdo en que Sasha tenía que marcharse de Múnich enseguida, porque seguramente la policía lo encontraría si se quedaba un día más. Fitzi, con un aspecto muy distinguido a pesar de sus muchas «conspiraciones» cuando estaba con nosotros en América, acompañó a Sasha a la estación. Nos encontramos en el tren cuando ya estábamos lejos de Baviera.

La policía regresó al hotel a la mañana siguiente buscando a Alexander Berkman, y ese mismo día expulsaron a Stella del país por ser la sobrina de Emma Goldman. A las otras chicas no las molestaron, pero ellas decidieron que ya estaban hasta el gorro de la hospitalidad bávara.

Stella regresó a Wiser y yo me quedé en Berlín hasta que Fitzi cogió su barco. Tenía la intención de reunirme con mi sobrina en cuanto Fitzi partiera. No fue necesario, porque Stella no pudo aguantar más la separación de su hijo y de su padre. Además, el doctor Wiser estaba preocupado por ella debido a la situación política en Alemania, cada vez más amenazadora. Conocía el temperamento de los reaccionarios en su país y no quería exponer a sus pacientes extranjeros. Le aconsejó a Stella que regresara a América, pero insistiéndole en la necesidad de adoptar todas las precauciones para no poner en peligro su ojo enfermo. Le trazó un sistema de tratamiento que podía continuar sola hasta la primavera, cuando ella contaba con regresar. Yo me opuse a su partida. Temía que algún

imprevisto, un resfriado, algún incidente interrumpiera o retrasara su curación. Pero no se pudo retener más a Stella, y la confianza de nuestro Graf tranquilizó mis temores.

Apenas se había marchado Stella cuando recibí un golpe que me hirió profundamente. Llegó una copia de mi libro en la que faltaban los últimos doce capítulos y con un título profundamente equivocado. En su forma impresa, el libro era una obra inacabada, puesto que los últimos capítulos, y especialmente mi epílogo, que resumía la esencia del conjunto, no estaban. El nombre no autorizado era muy engañoso: «Mi desilusión en Rusia» seguramente evocaría al lector que era la Revolución lo que me había desilusionado, más que los métodos revolucionarios del Estado comunista. El título que yo le había puesto era sencillamente «Mis dos años en Rusia». El título espurio era totalmente inadecuado. Escribí una declaración para la prensa, que le envié a Stella, explicando que mi manuscrito había sido amputado, y telegrafié a Harry Weinberger para que les exigiera una explicación a los editores. Quería que se interrumpiera la venta hasta que se pudiera reconducir el asunto.

Como respuesta, Doubleday, Page & Company telegrafiaron que habían comprado a McClure Syndicate los derechos mundiales de los veinticuatro capítulos en la creencia de que eran toda la historia. También se les había autorizado a usar su propio título. No sabían nada de la existencia del resto de capítulos.

El infatigable Harry Weinberger no se rindió. Consiguió convencer a Doubleday, Page & Company de que publicaran los capítulos perdidos en un volumen aparte; nosotros garantizábamos el coste de la impresión. Recurrí a nuestro camarada Michael A. Cohn para que ampliara el préstamo, cosa que hizo sin perder un segundo.

Mientras tanto, Stella había tenido una recaída. Al cruzar el Atlántico hizo precisamente lo que Graf le había dicho que no podía hacer. Se había quedado en cubierta durante una tormenta sin el vendaje que le habían

prescrito para proteger el ojo. Al llegar se vio envuelta en el torbellino de los problemas familiares, lo que ayudó a agravar su estado. Lamentaba no haberse quedado bajo el cuidado de Wiser y yo me reprochaba haberle dejado marchar cuando estaba haciendo tantos progresos.

Había escrito un reportaje sobre el trabajo de Wiser y tenía pensado enviárselo al *World* de Nueva York. Pero ahora no tenía sentido. No se podía esperar que mis lectores aceptaran mi palabra de que el doctor Wiser no era responsable de la recaída de Stella. Decidí retener el artículo hasta que ella volviera a estar bajo sus cuidados. No obstante, la historia sí se publicó en la *New Review*, una revista de lengua inglesa que se publicaba en Calcuta. Agnes Smedley y Chatto, este último también en tratamiento con el Graf, creían en el éxito de su nuevo método y querían que se conociera en la India. Su publicación tuvo como resultado un reguero de nuevos pacientes hindúes del doctor Wiser. Fue mi único consuelo ante el estado de Stella.

Las reseñas de *Mi desilusión en Rusia* mostraban tanto discernimiento como el representante de Doubleday, Page & Company, que había comprado tres cuartos de un manuscrito pensando que era una obra completa. Entre los montones de críticos, solo uno adivinó que el libro estaba amputado. Fue un bibliotecario de Buffalo, que señaló en el *Journal* que la narración de Emma Goldman terminaba en Kiev en 1920, mientras que en el prefacio afirmaba que había salido de Rusia en diciembre de 1921. ¿En el tiempo que faltaba no había ocurrido nada que hubiera impresionado a la autora? La perspicacia del hombre revelaba, por contraste, la nulidad de los «críticos» que presumían de emitir juicios literarios en los Estados Unidos.

La respuesta de los comunistas a mi libro sobre Rusia se podía suponer, claro. La «reseña» de William Z. Foster se resumía en que todo el mundo en Moscú sabía que Emma Goldman estaba en nómina del servicio secreto americano. El señor Foster sabía que no habría durado ni un solo día en

Rusia si la Checa hubiera creído eso. Otros comunistas, que escribían con la misma amabilidad que el señor Foster, también sabían que no me habían comprado. Solo hubo uno que tuvo el valor de decirlo: René Marchand, del grupo francés de Moscú, que afirmó en su reseña que, aunque lamentaba mis juicios equivocados, no creía que mi postura en contra de la Rusia soviética estuviera motivada por razones materiales. Apreció que reconociera mi integridad revolucionaria, aunque me hubiera gustado que tuviera el valor suficiente como para admitir que él mismo tampoco podía aceptar algunos de los métodos que los bolcheviques practicaban en nombre de la Revolución. Enviado a trabajar en la Checa, René Marchand había visto suficiente como para haber solicitado su traslado para no verse obligado a dejar el Partido Comunista. Como otros muchos comunistas sinceros, no entendía la Revolución en los términos de la Checa.

No era el caso de Bill Haywood. Como había predicho Sasha, enseguida mordió el anzuelo bolchevique. Tres semanas después de su llegada a Rusia escribió a América que los obreros ostentaban todo el control y que la prostitución y la embriaguez habían sido abolidas. Si él se prestaba a semejantes falsedades, ¿por qué no iba a atribuirme Bill motivos que él sabía que eran absurdos? «Emma Goldman no consiguió los trabajos cómodos que buscaba, por eso escribe en contra de la dictadura del proletariado». ¡Pobre Bill! Había empezado a despeñarse cuando huyó para salvarse de la quema de la I.W.W. No podía ahora detenerse en su caída.

Mis acusadores comunistas no eran los únicos que gritaban: «¡Crucifícala!». Algunas voces anarquistas se unieron al coro. Era la misma gente que me había censurado en la isla de Ellis, en el *Buford* y el primer año en Rusia porque me había negado a condenar a los bolcheviques antes de tener ocasión de comprobar sus planes.

Las noticias que llegaban diariamente desde Rusia sobre la incesante persecución política reforzaban cada hecho que había descrito en mis artículos y en mi libro. Era comprensible que los comunistas cerraran los

ojos ante la realidad, pero era censurable por parte de la gente que se decía anarquista hacerlo, especialmente después del trato que Mollie Steimer había recibido en Rusia tras haber luchado con coraje en América a favor del régimen soviético.

Por sus actividades a favor de la Rusia soviética y en contra de la intervención, Mollie Steimer había sido condenada por un tribunal americano a quince años de cárcel. Antes de que hubiera comenzado a cumplir su sentencia en la prisión estatal de Misuri, había sufrido crueldades increíbles durante seis meses en el penal de Nueva York. Tras dieciocho meses en la penitenciaría de Jefferson City, Mollie, junto con otros tres miembros de su grupo, fue liberada para ser deportada a Rusia. Sin duda estos jóvenes se merecían que el Estado comunista los acogiera. Los chicos, más adaptables a las nuevas injusticias, se las apañaron para navegar con seguridad entre los acantilados de la dictadura. No fue el caso de Mollie, que era de una pasta diferente. Ella se encontró con las cárceles soviéticas repletas de sus camaradas y, aunque no pudo conseguir que se escuchara su protesta en contra de las atrocidades, como lo había logrado en los Estados Unidos, se dedicó a recoger fondos para proporcionar comida a los anarquistas encarcelados en las cárceles de Petrogrado. Tal labor contrarrevolucionaria no podía tolerarse en suelo soviético.

Once meses después de que Mollie llegara a Rusia, fue detenida, acusada del infame delito de alimentar a sus camaradas encarcelados y de mantener correspondencia con Alexander Berkman y Emma Goldman. Una prolongada huelga de hambre y la enérgica protesta de los delegados anarcosindicalistas asistentes al Congreso de la Internacional Sindical Roja consiguieron liberar a Mollie, pero no darle libertad de movimiento. Se le prohibió salir de Petrogrado, se la puso bajo vigilancia de la Checa y se le ordenó presentarse cada cuarenta y ocho horas. Seis meses después, allanaron el cuarto de Mollie y la arrestaron de nuevo. En la Checa le

pusieron grilletes, la abandonaron en una celda hedionda y, una vez más, se vio obligada a ponerse en huelga de hambre.

Finalmente, Mollie fue deportada por la República Socialista Rusa de Sóviets Federados que tan firmemente había defendido en América y por la que había aceptado de buen grado una pena de quince años de cárcel. ¿Había algo que pudiera expresar con más elocuencia la degeneración de los gobernantes del Kremlin, antaño ellos mismos revolucionarios? Y, aun así, algunos anarquistas me censuraban porque me había negado a manejar el fetiche bolchevique con guante de seda. El caso de Mollie y el de su amigo Fleshin, ambos habiendo sufrido la misma persecución y sufrimiento, habrían sido suficientes como para denunciar la máscara moscovita. Llegaron a Berlín directamente a vernos, hambrientos, enfermos, sin un céntimo, sin posibilidades de encontrar trabajo en Alemania o de que algún otro país los admitiera. Pero su ánimo no se había hundido. Habían escapado del infierno bolchevique. No podía decir lo mismo el resto de los rebeldes auténticos que seguían en el paraíso comunista. ¿Qué me importaba que me atacaran y condenaran los zelotes, en comparación con lo que me dolía mi incapacidad para ayudar a las personas como Mollie y a los miles de otros en la cárcel y el exilio? No había hecho nada por ellos desde que había llegado a Alemania.

La revolución alemana era muy superficial, pero había conseguido establecer algunas libertades políticas. Nuestros camaradas podían publicar sus periódicos, editar libros y celebrar mítines. Los comunistas hacían su propaganda sin demasiadas interferencias, condenando en Alemania los abusos que defendían en Rusia. Los elementos nacionalistas reaccionarios tampoco tenían obstáculos. Su arrogancia no conocía límites, e igualaba a la de los militaristas del antiguo régimen prusiano. Tuve un encuentro con dos de ellos en el metro. Estaban despotricando contra los *verdammte Juden* («malditos judíos»), les llamaban vampiros ociosos y les acusaban de ser la causa de la ruina de la patria. Escuché durante un rato y después les dije que

no decían más que tonterías. Yo había vivido en una tierra en la que había millones de trabajadores judíos, les dije, y muchos de ellos eran valientes luchadores en pro de la humanidad. «¿Dónde es eso?», preguntaron. «En América», contesté. Eso despertó una andanada de insultos por su parte. América le había robado la victoria a Alemania, gritaban. Cuando el tren llegaba a mi estación y yo me bajaba, gritaron tras de mí: «¡Espera a que las cosas cambien y nos encargaremos de ti como lo hicimos con Rosa Luxemburgo!».

Aunque en una situación económica desesperada, Alemania gozaba de una considerable libertad política. Es decir, los nativos. Pero yo no era alemana y, por lo tanto, no tenía derecho a expresar mis opiniones. No era una cuestión de que me arrestaran, sino de que me podían expulsar. Aparentemente ningún otro país estaba dispuesto a albergarme, aunque podía intentarlo de nuevo en Austria. Como el resto de los miembros de su tribu en los demás países, el ministro de Asuntos Exteriores austriaco me hizo saber que estaría encantado de admitirme siempre que me abstuviera de toda actividad política. Naturalmente, lo rechacé.

Mis amigos Rudolf y Milly Rocker estaban a favor de una de las dos soluciones de mi dilema: obtener residencia legal en Alemania mediante el matrimonio. O en Inglaterra. El método había sido una práctica habitual entre la *intelligentsia* y los revolucionarios rusos en la época en la que la mujer no tenía estatus político fuera del de su marido o su padre. En Alemania, Rosa Luxemburgo había contraído un matrimonio nominal para poder así quedarse en el país y seguir con su labor. ¿Por qué no hacía yo lo mismo? Me decían que podía someterme a la ridícula ceremonia y así terminarían mis problemas. En América, en su momento, también me habían propuesto dar ese paso. Algunos camaradas habían estado dispuestos a sacrificarse por la causa, entre ellos mi viejo amigo Harry Kelly. Eso habría evitado que me deportaran, repetía Milly. Pero fui incapaz de hacer una cosa tan ridícula e incoherente, pues toda la vida me había opuesto a la

institución del matrimonio. Además entonces Rusia, el sueño dorado, me arrastraba hacia ella. Eso también había muerto, junto con la noción de que uno puede seguir sobre la tierra sin hacer concesiones.

Mis dificultades en Suecia y en otros países me habían reconciliado con la propuesta de matrimonio con el fin de poner un pie seguro en algún rincón del mundo. Harry Kelly seguía dispuesto a cumplir su promesa. En su visita a Suecia se había ofrecido de nuevo a llevarme a América como su novia. ¡Viejo fiel! No se había enterado de que una ley nueva decía que un marido americano ya no era protección para su esposa extranjera.

En Alemania no había una ley así, me dijo Rudolf, y podía perfectamente dar a algún hombre la oportunidad de hacer de mí una «mujer decente». O si no, podía ir a Gran Bretaña. Era aún, políticamente, el país más libre. Él mismo volvería allí si pudiera. Tenía raíces más profundas en Inglaterra que en su país natal, pues había vivido y trabajado allí tanto tiempo como Sasha y yo en América. Podía entender por qué me sentía extranjera en todas partes y por qué no quería ligarme a Alemania. Probablemente no estaría satisfecha en ningún lugar, apartada de mi hogar. Lo más parecido sería Inglaterra.

Dudaba. No me parecía posible que Gran Bretaña se hubiera librado de la reacción que siguió a la guerra más de lo que se habían librado los demás países. Pero, aun así, merecía la pena intentarlo. El único mitin en el que había hablado en público a favor de los presos políticos rusos tuvo como consecuencia una advertencia oficial en contra de expresar más críticas sobre la República Soviética.

Otra dificultad era cómo ganarme la vida con mi pluma. La prensa alemana estaba fuera de la cuestión; había demasiados escritores nativos pasando hambre. Al mismo tiempo, el odio que América sentía por los alemanes estaba aún muy vivo. Me habían rechazado dos artículos que había enviado al *World* de Nueva York. Uno versaba sobre Gerhart Hauptmann con ocasión de su sesenta cumpleaños, que se iba a celebrar a

escala nacional. El *World* me había telegrafiado autorizándome a ir a Breslau, donde se celebraban los principales festejos, pero me había devuelto el artículo con el argumento de que era «demasiado culto». Mi segundo ensayo era sobre la ocupación del Ruhr y el sufrimiento y la indignación subsiguiente. Un tercer artículo, sobre las nuevas escuelas experimentales en Alemania, y un cuarto, sobre las mujeres alemanas más destacadas de las artes, las letras y el sindicalismo. Todos ellos fueron rechazados por una docena de revistas. No tenía la menor posibilidad de ganarme el pan escribiendo sobre temas alemanes. Y por parte de Brainard, que había roto nuestro acuerdo y saboteado mi libro, no había esperanza de ningún ingreso.

Inglaterra no era demasiado apetecible. Pero me permitiría un asilo con una libertad política comparativamente grande y, tal vez también, una oportunidad de ganarme la vida mediante conferencias y artículos. Frank Harris estaba en Berlín, con las puertas de su casa abiertas para todos. Su amable interés no había cambiado respecto al que mostraba cuando estuve en la cárcel de Misuri. Sería sencillo llevarme a Inglaterra, me dijo. Conocía a casi todo el mundo en el gobierno laborista y les pediría un visado para mí. Poco después, Frank se fue a Francia y pasaron meses hasta que volví a tener noticias suyas. Me dijo que el ministerio del Interior no había preguntado nada sobre mis intenciones o mis opiniones políticas. Se había limitado a preguntar si tenía medios de subsistencia. Frank había contestado que yo era una escritora muy capaz de ganarme la vida con mi pluma. Además, podía nombrar a una docena de personas que considerarían un privilegio mantener a su amiga y que él era una de ellas. Poco después, el consulado británico en Berlín me notificó que me habían concedido un visado.

Excepto por despedirme de Sasha y del resto de los amigos que se habían ganado un lugar en mi corazón, no lamentaba salir de Alemania. Vicisitudes de todo signo, no siendo la menor de ellas la muerte de mi madre en

América, no me habían traído ni alegría ni paz. La inactividad forzosa durante una estancia de veintisiete meses emponzoñaba incluso las pocas horas de tranquilidad. Sasha había terminado *El mito bolchevique*, estaba bien de salud, se había hecho un círculo de amistades y se dedicaba en cuerpo y alma a trabajar para ayudar a los presos y exiliados políticos revolucionarios en Rusia. Por el resto, me alegraba de irme. Inglaterra podría darme raíces, ofrecerme una salida para mis energías, responder a la petición de los malditos y castigados en la tierra soviética. Eso hacía que mereciera la pena ir a Inglaterra; era una nueva esperanza a la que aferrarse.

Con ese pensamiento para darme valor, salí de Alemania el 24 de julio de 1924, con destino a Inglaterra, vía Holanda y Francia.

Mi visado holandés me permitía únicamente una estancia de tres días, pero suficiente para hablar en el vigésimo aniversario de la Sociedad Antimilitarista, organizado por el gran defensor de la paz, nuestro viejo camarada Domela Nieuwenhuis. Los hombres del servicio secreto holandés vigilaban la casa de mi anfitrión, en Ligt. Nos siguieron hasta la estación y esperaron hasta que el tren se puso en marcha. Al mismo tiempo, el gobierno holandés recibía a otra visita, un representante soviético. No se le puso límite a su estancia, ni espiaron sus movimientos. Cuando expresé mi sorpresa de que un gobierno reaccionario como el de Holanda ofreciera hospitalidad a un emisario del Estado comunista, mis amigos se sonrieron. «Rusia es un país productor de trigo y Rotterdam un buen centro para la distribución de sus exportaciones», explicaron.

El visado de tránsito francés era de dos semanas. El inspector de fronteras insistió en que no me permitía detenerme y me ordenó enlazar inmediatamente con el ferry a Inglaterra. Me negué a moverme. Después de un largo parlamento, aderezado con dinero americano, se me permitió seguir.

Disfruté las dos semanas en París, la ciudad que más apreciaba de Europa, en compañía de amigos americanos. Estaba Paula, que había venido desde Berlín, Harry Weinberger, la pequeña Dorothy Miller, Frank y Nellie Harris y muchos otros, algunos de los cuales llevaba cinco años sin ver.

«¡Dos semanas!», protestó Weinberger. «¡Te conseguiré una prórroga de al menos un mes!».

«¿Cómo vas a hacerlo, si aquí no te conoce nadie?», respondí.

«¿Cómo que nadie? ¿A mí? ¿Que vengo directamente del Congreso de Abogados, que me ha recibido el rey de Inglaterra y me he presentado ante el presidente de la República Francesa?», protestó Harry indignado. «Espera y verás».

Ataviado con chaqué y sombrero de copa, con lazos en su abrigo, Harry se presentó conmigo en el Quai d'Orsay. Su cliente, madame Kerschner, había llegado de Alemania, anunció, para discutir con él importantes cuestiones de negocios que al menos les llevarían un mes. Un vistazo a la regalía de Harry y la prórroga estaba concedida.

«¿Nadie me conoce?», dijo Harry triunfante. «Atrévete a repetirlo». Estaba mansa como un corderito.

En agradecimiento, me ofrecí a enseñarle París. En el mismo grupo de mi amigo venía alguno de sus colegas. El que mejor me caía era Arthur Leonard Ross. Era de esa clase de gente poco abundante a la que uno considera un buen amigo en muy poco tiempo.

Mis queridos amigos de toda la vida estaban desapareciendo. Había sido más afortunada en amistades que la mayoría de la gente y había hecho amigos nuevos, entre ellos Nellie Harris, la esposa de Frank. No la conocía anteriormente. Por mi parte fue un amor a primera vista y parecía que a Nellie yo también le gustaba. Frank seguía siendo eternamente joven; a los sesenta y ocho años aún podía correr doce manzanas para hacer ejercicio después de tomar una comida elaborada y beber lo suficiente como para

hacer tambalearse a la mayoría de los hombres. El vino solo lo volvía más ingenioso y brillante. ¿Y qué si se tenía en demasiado buen concepto? Lo mismo le ocurría con otra gente cuyos talentos no eran ni por asomo tan grandes. Nos entretenía con las historias de la gente que había conocido en todos los climas y clases, desde albañiles, vaqueros y hombres de Estado a genios de las artes y las letras. Frank era un extremista en sus amores y sus odios. Si le importaban, ningún elogio era excesivo; si no le caías bien, te veía todo negro. Sus enemigos, reales o imaginarios, no tenían nada que los redimiera. A menudo era injusto y parcial, y entre nosotros nos dimos y recibimos unas buenas palizas.

Mi estancia en París sirvió para que aumentara mi aversión a ir a Londres. Temía sus nieblas, su melancolía y el frío. Frank me presionaba para no retrasarlo más. Creía que el gobierno laborista saldría derrotado en las siguientes elecciones y los tories probablemente no reconocerían mi visado. Para animarme, me habló largo y tendido de la mucha gente interesante que conocería allí, que me daría la bienvenida y que me ayudaría en la campaña que planificaba a favor de los presos políticos rusos, así como en mis conferencias sobre teatro y literatura.

Frank era, como siempre, una enorme ayuda, pero no podía conseguir que el otoño y el invierno londinense me parecieran atractivos. Tal vez si pudiera conseguir un visado de regreso a Francia, Inglaterra me parecería menos fastidiosa. Harry Weinberger ya había embarcado y la mayoría de la gente que yo conocía en París carecía de las conexiones necesarias como para ayudarme a obtener un visado de vuelta.

Mi encuentro con Ernest Hemingway me dio algunas esperanzas. Fue en una fiesta que daba Ford Madox Ford. El evento no podría haber sido más aburrido si no fuera porque Hemingway estaba allí. Me recordaba tanto a Jack London como a John Reed por su sencillez y exuberancia de espíritu. Me invitó a cenar junto con un amigo periodista suyo que, creía Hemingway, podría conseguirme un visado francés. Ernest, en su papel del

orgulloso padre de un bebé rechoncho, parecía más joven y estaba muy feliz en su hogar. Su amigo periodista no me impresionó, ni pudo hacer nada en la cuestión del visado, aunque prometió mucho. En lugar de ello escribió una historia idiota sobre mí, que supuestamente era una entrevista sobre Rusia, de la cual ni una sola palabra era cierta.

Aunque los periodistas americanos siempre decepcionan, el tiempo otoñal o invernal en Londres nunca falla. Cuando llegué, en septiembre, estaba nublado y lluvioso, y no dejó de estar así hasta el mes de mayo. A diferencia de mi visita en 1900, cuando vivía en un sótano, esta vez mi alojamiento estaba en las alturas, un dormitorio en la tercera planta de la casa de mi vieja amiga Doris Zhook. Incluso contaba con el lujo de una estufa de gas, que tenía todo el día encendida. El monstruo de la niebla se burlaba de mis fútiles intentos de expulsar el frío de mis viejos huesos, incluso cuando trataba de robar un poco de alegría de los esporádicos rayos de sol. Doris y el resto de los camaradas insistían en que «aquello no era frío». Los pisos con calefacción central de América me habían echado a perder, decían. Ellos no pondrían ese tipo de calefacción incluso aunque pudieran. Las chimeneas eran «más lógicas, más hogareñas y agradables». Les dije a mis amigos que llevaba cinco años lejos de América y que había olvidado sus bendiciones materiales. Había estado en Arcángel, donde la temperatura era de 50 grados bajo cero y no había tenido tanto frío. Fantasías poéticas, bromeaban. Aunque la humedad te haga infeliz, produce también el buen cutis, el rico follaje y la potencia del imperio británico. Las pieles delicadas, las praderas y los lustrosos campos verdes se deben al tiempo, y la necesidad de huir de su propio clima ha hecho que el inglés destaque entre todos los viajeros y los colonizadores.

Pronto me di cuenta de que los obstáculos físicos serían lo de menos. Los anarquistas de Londres eran mis amigos desde hacía muchos años y se mostraron solícitos y dispuestos a ayudarme en cualquier cosa que quisiera hacer. Eran el remanente de la vieja guardia de los grupos de la preguerra, incluyendo a John Turner, Doris Zhook, su hermano William Wess, Tom Keell y William C. Owen, un antiguo colaborador mío en América. Pero estaban divididos entre ellos. Tom Keell, el dueño de *Freedom*, y Owen, su editor, habían mantenido con vida el periódico a pesar de todas las vicisitudes. Pero me di cuenta enseguida de que no había un movimiento real en Londres o en las provincias. Llegando como yo llegaba de las bulliciosas actividades anarquistas en Berlín, la situación en Inglaterra era deprimente. Las condiciones políticas generales eran peores de lo que había esperado. La guerra había mellado, más que en otras tierras, el tradicional liberalismo británico y el derecho de asilo. Para alguien con ideas sociales avanzadas, era extremadamente difícil entrar en el país. Más difícil aún era residir allí si uno se implicaba en la propaganda social y política. El gobierno laborista estaba expulsando a gente con excusas tan débiles como las que esgrimían antes los tories. A mis camaradas les pareció extraordinario que me hubieran concedido un visado y expresaron sus dudas de que se me permitiera quedarme si iniciaba actividades políticas. Las leyes de extranjería habían casi destruido el movimiento anarquista yidis, pues todos los activistas del East End temían ser expulsados en cualquier momento. El trastorno en las filas radicales que habían provocado los métodos nefastos de Moscú había servido para fortalecer a la reacción. Antaño los grupos liberales y radicales solían hacer causa común contra cualquier retroceso de las libertades políticas y en oposición a la injusticia económica. Ahora andaban todos a la greña por la cuestión rusa.

Los rebeldes más veteranos estaban desilusionados por el colapso de la Revolución. La generación más joven, cuando le interesaban las ideas (que le interesaban poco), estaba absorbida por el glamur bolchevique. Las

intrigas comunistas y las denuncias hacían el resto de lo que hacía falta para ampliar el cisma.

Era un cuadro descorazonador. Pero ahora estaba en Inglaterra y no tenía la intención de huir, a pesar del panorama. Mis camaradas estaban de acuerdo en que mi nombre y mi conocimiento de la situación rusa podría agrupar a las facciones radicales y liberales para apoyar a las víctimas políticas de la dictadura. Estaban seguros de que mi presencia en Inglaterra sería un estímulo para nuestros propios camaradas. No me sentía optimista ante la situación. No sabía cómo llegar hasta el pueblo británico y la única sugerencia que pude hacer fue una cena en algún restaurante, que fuera mi debut ante el público liberal londinense. A mis camaradas les encantó la idea y se pusieron manos a la obra.

Mi nota a Rebecca West me trajo de vuelta una especie de respuesta y una invitación para almorzar. Me sorprendió agradablemente no encontrar nada de inglés en sus modales. Si no hubiera sido por su forma de hablar, hubiera creído que era oriental, de tan vivaz, dispuesta, encantadora y directa. Su actitud afectuosa, la comodidad de su habitación y el té caliente se agradecían tras un largo paseo bajo el frío de la tarde otoñal. No había leído mis escritos, confesó con franqueza, pero sabía lo suficiente de mí como para añadir su bienvenida a la de los demás, y estaría encantada de hablar en la cena. También organizaría una velada para que sus amigos pudieran conocerme. Y no debía dudar en llamarla para cualquier cosa que necesitara. Salí de casa de mi anfitriona con la sensación confortable de que había encontrado una amiga, un oasis en el desierto que me parecía Londres.

El día de la cena amaneció oscuro y terminó con un chaparrón. Me dirigí al restaurante con el corazón en un puño. Doris intentó convencerme de que en Inglaterra a nadie le importa el tiempo; yo era conocida y atraería a una multitud. «A Scotland Yard, a los periodistas y tal vez a unas pocas personas familiarizadas con el pensamiento liberal americano», respondí.

No merecía la pena tratar de engañarme, no iba a encender la chispa en Inglaterra. «Una pesimista incurable», se rio mi amiga. No podía entender cómo había seguido luchando durante tantos años. La pobre Doris casi se desmaya cuando llegamos al hotel. No había ni una docena de personas a las siete en punto. Pero a las ocho se infló como un globo, doscientas cincuenta personas habían llenado el comedor y hubo que poner más mesas para los invitados que seguían entrando incluso después de que hubieran comenzado los discursos. Me conmovió mucho que tanta gente se aventurara en una noche de perros como esa para darme la bienvenida.

El espíritu de la velada, los saludos de Havelock Ellis, Edward Carpenter, H. G. Wells, lady Warwick, Israel Zangwill y Henry Salt, y los hermosos tributos que dedicaron a mis viejas labores nuestro moderador, el coronel Josiah C. Wedgwood, Rebecca West y Bertrand Russell me dieron alas. Sin duda, la hospitalidad y generosidad que se prestaba a los refugiados políticos en Inglaterra, que tantas veces me había descrito Piotr Kropotkin, no había desaparecido. Por fin encontraría mi esfera de acción. Con una sensación de gratitud comencé mi discurso sobre el propósito de mi llegada a Inglaterra y sobre las cosas que quería hacer. Nunca tuve un público tan atento hasta el momento en que mencioné a Rusia. Las sillas que se movían, los cuellos que se giraban y la desaprobación que se pintaba en los rostros que tenía ante mí fueron las primeras señales de que no todo iba a ser tan armonioso como me había parecido al principio. Seguí con el discurso. Era importante que todo el mundo tuviera clara la razón principal de mi presencia en Inglaterra. Recordé a mis oyentes la Revolución rusa de 1905 y los horrores que la siguieron. Había sido mi ilustre camarada Piotr Kropotkin, que entonces vivía en Inglaterra, quien había despertado la conciencia del mundo liberal y radical para que protestara contra la terrible persecución de los presos políticos. Su «J'accuse» había llegado a la Cámara de los Comunes y había conseguido que se ejerciera un control sobre la autocracia. «Y hoy os escandalizará saber que existe en Rusia una

situación similar», dije. «Los nuevos gobernantes prolongan el antiguo terror. Pero, desgraciadamente, no hay un Kropotkin que les acuse en el tribunal de la humanidad». No me sentía, continué, a la altura de mi viejo maestro, ni en inteligencia ni en personalidad, pero estaba decidida a hacer todo lo posible para que se conociera el terrible estado de la cuestión en Rusia. Con toda mi capacidad y mi voz gritaría mi «J'accuse» contra la autocracia soviética responsable de la persecución política y de una brutalidad salvaje.

Sonoras protestas interrumpieron el aplauso. Algunos comensales se levantaron y pidieron la palabra. Nunca hubieran podido creer, dijeron, que la archirrebelde Emma Goldman se aliaría con los tories en contra de la república de los trabajadores. No habrían compartido el pan conmigo si hubieran sabido que renegaba de mi pasado revolucionario. Se hacía tarde. La velada era demasiado importante para mí como para dejar que terminara con una riña. Estábamos preparando un mitin en Queen's Hall, les informé, y allí tendríamos todos la ocasión de hablar en detalle del asunto.

Los reportajes de la cena en la prensa diaria londinense fueron muchos y correctos. Solo el *Herald* se mostró evasivo sobre mi charla, aunque imprimió un corto párrafo de cada uno de los demás discursos. Me contaron que sus editores, George Lansbury y Hamilton Fife, estaban indignados ante mi abuso de confianza. Había añadido sus nombres al de George Slocombe, que había garantizado al ministerio del Interior que mi único propósito al venir a Inglaterra era investigar en el Museo Británico. Les expliqué a mis amigos que el señor Slocombe era el hombre a través del cual Frank Harris había obtenido el permiso para que yo entrara en Inglaterra. Ni Harris ni yo le habíamos autorizado a hacer ninguna promesa de mi parte. En lo que se refiere a los caballeros del *Herald*, me acababa de enterar de su participación a la hora de garantizar mi visado. No conocía al señor Fife. Al señor Lansbury lo había conocido en Rusia y, por lo que sabía acerca de su actitud hacia el Estado comunista, nunca se me habría ocurrido pedirle

ningún favor. Pero podía entender el disgusto del señor Lansbury ante mi intención de hacer campaña para arrojar luz sobre la situación rusa. El autor de la declaración de que las enseñanzas de Jesús se habían materializado en Rusia no podía permitirse quedar en ridículo.

Mi convicción de que el cambio de escena gubernamental no alteraría la situación económica de las masas no se había modificado. Los socialistas en el poder, incluyendo los de Gran Bretaña, habían apuntalado mi opinión sobre la cuestión del Estado. En ninguna parte había ayudado a mejorar la vida del obrero. Estaba segura de que el señor MacDonald no haría más en su segundo mandato de lo que había hecho en el primero. Pero había un asunto de la mayor importancia que el gobierno laborista podía lograr: el reconocimiento del gobierno soviético. A mí me interesaba mucho que lo hiciera, porque sabía que retiraría el halo del martirio de la frente del Estado comunista. El proletariado internacional se daría entonces cuenta de que el gobierno soviético estaba hecho del mismo barro que los demás. Por tanto decidí no hablar de Rusia durante la campaña electoral.

Ahora la campaña había terminado y mis discursos no podían afectar el destino del Independent Labour Party. Su propia incompetencia a la hora de lidiar con la pobreza y el descontento del país mientras aún gobernaban les había derrotado. Me sentí libre para escribir para *The Times* y el *Daily News* de Londres los artículos que me habían pedido. No era solo que financieramente estuviera en las últimas sino, sobre todo, que necesitábamos fondos para nuestro mitin de masas en el Queen's Hall. Los anarquistas británicos eran demasiado pobres como para contribuir con algo más que unos pocos chelines y, por ahora, nadie que tuviera más medios se había ofrecido a contribuir. Me alegraba poder ganar cuarenta libras y, a la vez, hablar ante un público más amplio.

Debido a las elecciones y a las vacaciones que se acercaban, hubo que posponer nuestro mitin hasta enero. Mis amigos insistieron en que el respaldo de un comité nutrido era indispensable para el éxito moral de

nuestra empresa. Me impacientaba por el retraso y me molestaba la idea de un comité. Les hablé a mis amigos de los grandes mítines por el control de natalidad que mi colaborador Ben Reitman había apañado únicamente con la ayuda de unos pocos camaradas, de las grandes manifestaciones que había organizado Sasha y de nuestras protestas en contra de la guerra. Entonces no teníamos apoyos eminentes. ¿Por qué eran necesarios en Londres? En América, Sasha y yo éramos muy conocidos, pero en Inglaterra era diferente. Aquí la gente se movía como un rebaño, en la dirección que señalaba el pastor, y esto era igualmente válido para partidos políticos, sociedades y clubes. Teníamos que tener un respaldo para llegar a oídos del público. Estaban de acuerdo con lo que me había dicho Rebecca West sobre el oficio de conferenciante independiente. «En Inglaterra eso no se hace», me había dicho. El público en Londres solo pagaba entrada en las conferencias con fines benéficos.

A lo largo de mi carrera pública solo me había afiliado a grupos de forma temporal. Había trabajado para ellos, pero no con ellos. Todo el valor que hubieran podido tener mis actividades en América se debía a mi postura libre e independiente. Mis amigos de Londres insistían en que mi primera gran aparición en público debía tener el apoyo adecuado. La cena ya había llamado la atención sobre mi presencia en Londres y sobre mis intenciones. El mitin debía allanarme el camino para futuros esfuerzos. Después de todo, ellos sabían mejor cómo llegar al público británico y estaba dispuesta a seguir sus consejos.

Durante dos semanas bombardeé con cartas a todos los nombres de la lista para el futuro comité, pero las respuestas fueron escasas. La mayoría de ellos ni siquiera contestaron. Otros dieron razones evasivas sobre por qué no podían unirse. El señor Zangwill escribió que, debido a su mala salud, había renunciado a toda intervención pública. Además, no creía que un comité de conocidos laboristas fuera lo mejor para mí. Podría tantear a la Society for Democratic Control, de la que tanto él como Bertrand Russell

eran miembros. No se le ocurría nada más. Sentía mucho que yo hubiera tenido que ir a Rusia para averiguar lo que él siempre había sabido: que la dictadura de Moscú era una tiranía.

Havelock Ellis me envió una nota muy amable. Aunque no dudaba de la sinceridad de mis motivos, temía que mi crítica a Rusia diera pábulo a los reaccionarios. Nunca habían protestado contra la autocracia zarista y yo debía tener paciencia con su oposición al bolchevismo, que era únicamente «zarismo invertido». En cualquier caso no le gustaba asumir las funciones de un comité.

La venerable señora Cobden-Sanderson —una vieja amiga de los Kropotkin, que había trabajado con ellos en contra de la persecución política del régimen zarista—, lady Warwick, Bertrand Russell y el profesor Harold Laski me invitaron a ir a verlos y charlar.

Solo dos personas aceptaron sin reservas estar en el comité: Rebecca West y el coronel Josiah Wedgwood. Edward Carpenter me escribió para decirme que su edad no le permitía salir por las noches, pero que estaba dispuesto a respaldar mis esfuerzos que, estaba seguro, se guiaban por la libertad y la justicia.

Rebecca West ya me había ayudado mucho. En su casa había conocido a sus colegas de la publicación feminista *Time and Tide*: lady Rhonnda, la señora Archdale y la hermana de Rebecca, la doctora Letitia Fairfield, así como una serie de gente interesada en las mujeres presas políticas en Rusia. Mi círculo de conocidos se iba ampliando y empezaron a lloverme invitaciones a almuerzos, tés y cenas. Todo el mundo era de lo más acogedor, atento y cordial; todo sería estupendo si el objeto de mi estancia en Inglaterra fuera alternar en sociedad. Pero tenía una misión. Quería despertar la sensibilidad del inglés amante de la justicia hacia el purgatorio de Rusia, agitarlo para lograr una protesta unísona contra los horrores que se pavoneaban bajo los nombres de socialismo y revolución. No era que mis anfitriones y sus amigos no estuvieran interesados en ello o que pusieran en

duda los hechos que les presentaba. Era su distancia de la realidad rusa, su tibieza ante condiciones que no podían visualizar y que, por tanto, no podían resentir.

Los líderes laboristas eran insensibles. En palabras de un socialista británico: «Sería un desastre político para mi partido tener que admitir ante sus votantes que los bolcheviques habían degollado la Revolución». El señor Clifford Allen, secretario del Independent Labour Party, declaró: «Emma Goldman es una cristiana de la vieja escuela, que aún cree en la Verdad y en proclamarla». Lo más importante ahora era comerciar con Rusia, afirmó. Yo había conocido al señor Allen en Petrogrado, en 1920, cuando vino con la British Labor Mission, para la que Sasha había trabajado como intérprete en Moscú. A ambos nos había causado una gran impresión la personalidad independiente e idealista de Allen. Me sorprendió un poco descubrir que, en su capacidad oficial, podía hacer que las consideraciones empresariales prevalecieran sobre sus valores humanos. Admití que yo no era una tendera, aunque creía lo bastante en la libertad como para permitir que su partido sí lo fuera. Pero no acababa de entender la relación entre «comerciar con Rusia» y consentir las acciones criminales de la Checa. Inglaterra había comerciado con los Romanov, pero los ingleses amantes de la libertad habían protestado con frecuencia contra los horrores de los zares, no solamente mediante palabras, sino mediante hechos. ¿Por qué había de ser diferente ahora? ¿Acaso el sentido británico de la justicia y de la humanidad se había quedado tan afectado por la guerra como para hacer oídos sordos al grito desesperado de los miles encerrados en las mazmorras soviéticas? ¿Acaso pretendía comparar el gobierno de los zares con el de los bolcheviques? Políticamente era peor el régimen de estos últimos, les dije a mis oyentes, su tiranía más irresponsable y draconiana. El gobierno soviético, después de todo, era proletario y su fin último era el socialismo, planteaba el señor Allen. No estaba de acuerdo con los métodos de la

dictadura, pero ni él ni su partido podían permitirse sumarse a una campaña en su contra. Los demás compartían en general su opinión.

Entre la mucha gente que conocí, pocos se mostraron tan solícitos y amables como lady Warwick. Había experimentado tantas decepciones y reveses que me aferré a la esperanza de que su interés en Rusia fuera profundo y que pudiera contar con ella para inducir a sus camaradas a que se unieran a nuestro comité, o que al menos lo hiciera ella. Pero enseguida lady Warwick me informó de que sería necesario posponer la reunión que habíamos preparado en su casa porque los laboristas le habían pedido que esperara a que la delegación sindical británica regresara de Rusia. Parecía tener miedo de que cualquier movimiento por su parte devolviera el trono al zar. Aparentemente ese miedo no le abandonó, porque nunca volví a saber de ella.

Cuando fui a visitar al profesor Harold Laski por primera vez, expresó la opinión de que debía de encontrar algún consuelo en la justificación que el anarquismo había recibido de los bolcheviques. Estuve de acuerdo, añadiendo que no solo el régimen soviético, sino también sus hermanastros, los socialistas que habían llegado al poder en otros países, habían demostrado el fracaso del Estado marxista más que cualquier argumentación anarquista. La prueba viviente siempre era más convincente que la teoría. Naturalmente, no lamentaba el fracaso socialista, pero no podía alegrarme de ello ante la tragedia rusa. ¡Si al menos pudiera agitar a los elementos radicales y obreros! Hasta ahora no había hecho ningún progreso. Con la excepción de Rebecca West y del coronel Wedgwood, no había encontrado a nadie a quien realmente le preocupara el dolor de Rusia. En América nunca me había encontrado con tal falta de respuesta ante ninguna petición. Laski opinaba que incluso los elementos más radicales serían reacios a oponerse a los bolcheviques. Estaban demasiado entusiasmados con la Revolución como para marcar líneas de corte. Con el tiempo lograría interesar a las bases obreras. Él haría lo que estuviera en su

mano para ayudarme; invitaría a sus amigos al domingo siguiente para que escucharan mi relato. Una vez más la esperanza brotaba en lo que parecía una búsqueda inútil y fútil.

Para mí era imposible hablar de Rusia sin apasionarme, pero en esta ocasión traté de reprimir todo sentimiento personal. Hablé en tono de conversación y lo más objetivamente que me fue posible. Al finalizar mi charla, la mayoría de los que preguntaron se centraron en si podía señalar «algún grupo político más liberal que los bolcheviques, más eficaz a la hora de establecer un gobierno democrático en caso de que se derrocara el régimen soviético». Le respondí que no quería que el régimen soviético fuera derrocado y que no ayudaría a ningún grupo que intentara un golpe así. Los cambios fundamentales no los hacían los partidos, sino la conciencia despierta de las masas. Eso era lo que había ocurrido en marzo y en octubre de 1917 y lo que ocurriría de nuevo, aunque probablemente no en un futuro inmediato. La dictadura había desacreditado todos los ideales sociales y la gente estaba agotada después de años de guerra civil. Se necesitaría mucho tiempo para volver a avivar el fuego revolucionario. No me interesaba un cambio de gobernantes en Rusia, mi preocupación vital era la grave situación de los presos políticos víctimas de los autócratas del Kremlin. Creía que una respuesta lo bastante enérgica, desde las filas radicales, en los Estados Unidos y Europa, tendría un efecto sobre el gobierno soviético, como lo había tenido sobre los Romanov. Podría contribuir a que cedieran en su despotismo, a que pusieran fin a la persecución de las ideas, a las condenas sin juicio y a las ejecuciones en masa en los sótanos de la Checa. ¿No eran acaso peticiones sencillas y humanas que merecía la pena probar? «Sí, pero podrían conducir a la vuelta de la autocracia».

Me topé con las mismas evasivas y objeciones, con la misma flojera, en todos los grupos a los que me dirigí. Era horrible. Cuando finalmente me di cuenta de la inutilidad de mis intentos, decidí no perder más tiempo con la

élite, con los políticos laboristas o con las damas que coqueteaban con el socialismo. Los anarquistas siempre habían cumplido su misión sin ese supuesto respaldo respetable y así tendríamos que seguir haciéndolo. Mejor hacer pequeños mítines bajo nuestros propios auspicios y sin tener que rendir cuentas a nadie, que contar con el apoyo del mundo burgués. La docena de miembros de nuestro pequeño grupo estuvo de acuerdo en seguir adelante de la manera que me pareciera mejor, y se contrató el South Place Institute para nuestro mitin. Me recordaron que muchas voces valientes habían defendido desde ese estrado la libertad y la justicia. Recordé que había hablado allí en 1900, durante la guerra de los Bóers, bajo la moderación de Tom Mann. El escenario había cambiado mucho desde entonces. Mann estaba en el seno de la nueva iglesia y yo seguía proscrita por ambos lados, el capitalista y el comunista.

El profesor Laski me notificó que sus amigos eran de la opinión de que el I.L.P. debía abstenerse de atacar a la Rusia soviética. Añadió que Bertrand Russell, aunque no le gustaban los métodos soviéticos, mostraba sus dudas sobre lo acertado de mi propaganda. Otros estaban convencidos de que yo tenía más interés en atacar a los bolcheviques que en obtener reparaciones para los presos políticos y no apoyarían una oposición tan abierta contra Rusia. Algunos sostenían que la acción debía proceder de la delegación sindical y no de fuentes no inglesas. El profesor Laski concluía afirmando que los líderes laboristas no harían nada que los implicara en una controversia con los soviéticos. En su conjunto, él estaba de acuerdo con Bertrand Russell de que una campaña a favor de los presos políticos no debía estar bajo auspicios antibolcheviques «como los tuyos».

La posición de Bertrand Russell fue una decepción para mí. Lo había frecuentado mucho y había hablado largo y tendido con él. Aunque no había prometido figurar en el comité propuesto, diciendo que tenía que reflexionar sobre el asunto, no había mostrado ninguna señal de que no quisiera relacionarse con una anarquista confesa. Era bastante

descorazonador descubrir que el brillante crítico del Estado, un hombre cuya actitud espiritual era anarquizante, se retraía a la hora de cooperar con una anarquista. Y lo mismo se podía decir de Laski, el audaz exponente del individualismo...

La delegación sindical regresó de Rusia entusiasmada con las maravillas que habían visto o, mejor dicho, que les habían mostrado. En el *Daily Herald* y en mítines pusieron por las nubes los espléndidos logros soviéticos. Habían pasado seis semanas enteras en Rusia, ¿acaso se podía hablar con mayor conocimiento y autoridad?

Aunque había fracasado a la hora de agitar a los británicos, conseguí en cambio impresionar a unos pocos americanos en Inglaterra, la mayoría de ellos becarios Rhodes, que me invitaron a dirigirme a ellos. Mi visita a Oxford fue todo un acontecimiento, no solo por la espléndida acogida que los chicos habían organizado a pesar de la oposición de la «banda de Coolidge»,[36] sino también por la hospitalidad y ayuda generosa que me proporcionó el profesor S. E. Morison, del departamento de Historia Americana, y por la docena de chavales, los más despiertos y reflexivos del grupo, que se convirtieron en mis más fieles amigos. Al menos había ganado esto después de muchos meses de trabajo. El interés auténtico y el sincero deseo de ayudar de nuevos amigos como David Soskice, el muy conocido revolucionario ruso, antaño el editor de *Free Russia*; de la señora Soskice, la escritora y hermana de Ford Madox Ford, así como de sus dos alegres hijos, fue una recompensa de lo más satisfactoria.

Gracias al trabajo fiel y constante de mis camaradas, entre ellos Doris Zhook, William Wess, A. Sugg, Tom Keell y William C. Owen, nuestro mitin del South Place Institute se llenó, a pesar del chaparrón y de cobrar un precio por la entrada. El tacto de nuestro moderador, el coronel Josiah Wedgwood, mis amigos estudiantes americanos y algunos «auténticos» proletarios encargados de mantener el orden, junto con mi habitual sangre fría sobre el estrado, salvaron la situación.

Teníamos razones para congratularnos de nuestro éxito. Sin respaldo, ni moral ni financiero, cubrimos los gastos del mitin y nos quedó un pequeño remanente que enviamos al Fondo de Berlín para los presos políticos. Con Tom Sweetlove como tesorero y A. Sugg como secretario, el comité se instauró como organismo permanente para la actividad sistemática. Aunque era pequeño en número, sus intenciones eran ambiciosas: una serie de conferencias sobre Rusia, la circulación del *Boletín* del Comité Conjunto para la Defensa de los Presos Políticos Rusos, publicado en inglés, bajo la dirección editorial de Sasha desde Berlín, así como la recogida de fondos. El Boletín contenía información y datos contrastados sobre la persecución política, así como cartas procedentes de los encarcelados y exiliados, que Sasha y otros miembros del Comité Conjunto recibían *sub rosa* desde Rusia.

Nuestro principal problema era que me encontraba entre dos fuegos. No tenía esperanzas de dirigirme al público junto con el Independent Labour Party o los sindicatos; y tampoco hablaría bajo los auspicios de los tories. Recibí una serie de invitaciones de estos últimos para dar charlas sobre Rusia, pero tuve que rechazarlas porque me enteré de que serían en clubes conservadores exclusivos. Otra invitación vino desde el Woman's Guild del Empire, en Paisley. Hice averiguaciones sobre su carácter político y resultó que creían en «Dios, rey y patria». Escribí al Guild que, en tanto anarquista, rechazaba disposiciones sociales que alzaban a unos al trono y condenaban a otros a la mendicidad. Yo no discriminaba a ningún público, fueran cuales fueran sus creencias sociales, políticas y religiosas; en los Estados Unidos había dado charlas ante las multitudes más diversas: ganaderos y millonarios, mujeres pobres y mujeres de profesiones liberales; en la trasera de los bares y en salas de estar, en minas a decenas de metros bajo tierra, desde los púlpitos y subida a una caja. Desde nuestro propio estrado estaría dispuesta a tratar el tema de Rusia, viniera quien viniera a escucharme. Sobre cualquier otro tema me encantaría hablar en la Cámara de los Lores,

en el castillo de Windsor o ante el Partido Conservador. Pero no sobre Rusia.

Dudaba de que nuestro comité pudiera lograr llegar al público en general por medio de mítines independientes. Los miembros no cejaban en ello. Probarían con conferencias en inglés y el grupo del Arbeiten Freund se ofreció a organizar mítines yidis en el East End. Con este impulso, empecé mis rondas semanales de un lado a otro de Londres, bajo la lluvia, el aguanieve, la niebla y el frío, durante tres meses. Ni siquiera en mis días pioneros en los Estados Unidos me había parecido tan duro roturar nuevas tierras como en esta ocasión. Los resultados apenas compensaban el esfuerzo, aunque el comité insistía en que sí. Se cubrían los gastos, se mandaba algún dinero al Fondo para los Presos Políticos y cientos de personas tenían la ocasión de conocer la situación de Rusia bajo el Estado comunista.

Mi gira por el norte de Inglaterra y por el sur de Gales no dio resultados de los que se pudiera presumir. La gente de Gales era impresionable y se le agitaba fácilmente, pero no se podía confiar siempre en ella, me había dicho John Turner en una ocasión. Tras haber intentado derretir a los témpanos ingleses, recibí con alivio el entusiasmo de las masas galesas. La dificultad no era la indiferencia de los obreros sino su impresionante pobreza. Muchos de ellos llevaban en paro desde hacía tiempo y aquellos afortunados que tenían trabajo ganaban el sueldo más miserable. Lo sorprendente era que gente que vivía en tales condiciones viniera a los mítines; parecía extraordinario que aún pudieran reunir suficiente compasión para dársela a sus hermanos que sufrían en la lejanísima Rusia. Las caras macilentas y hundidas de estos trabajadores me dieron una dolorosa conciencia de mi propia posición. Como todos los misioneros, estaba pidiendo «caridad para China» cuando necesitaban desesperadamente ayuda en su propia casa. Si al menos pudiera entrar en sus vidas, compartir sus luchas, mostrarles que solo

el anarquismo tiene la clave que puede transformar la sociedad y garantizar el bienestar, mi mendicidad tendría alguna justificación.

Ya en Londres, tras mis primeras conferencias, me había empezado a fastidiar mi obligado silencio sobre las aterradoras condiciones económicas en Inglaterra. Los males sociales de Gran Bretaña no podían por supuesto ser la justificación de injusticias similares en Rusia. Pero tampoco me apetecía hablar únicamente de la dictadura e ignorar la situación que tenía más cerca. Esta sensación iba en aumento y se sumaba a mi conflicto interno. No podía seguir mucho más tiempo con mis actividades antisoviéticas sin proclamar mi postura general sobre la cuestión social. Si se me negaba esa oportunidad en Inglaterra, o en cualquier otra parte, tendría también que dejar de debatir sobre el Estado bolchevique. No podía cerrar los ojos al hecho de que le debía mi asilo a mi actitud hacia Rusia, una hospitalidad dudosa e incómoda, que no podría aceptar indefinidamente. Mis camaradas insistían en que me quedara por mi trabajo. No tenía por qué sentir que no debía abogar por los revolucionarios presos en Rusia solo porque no pudiera formar parte de la lucha social en Inglaterra, argumentaban. Yo era la primera anarquista que había regresado del país soviético para explicar a Gran Bretaña la relación de los bolcheviques con la Revolución; era un conocimiento vital en cualquier parte, pero en ningún sitio más que en Inglaterra, donde la mayoría de los líderes laboristas eran mensajeros de Moscú. Esto se aplicaba especialmente al sur de Gales, donde algunos dirigentes de la Federación de Mineros estaban abrazando el milagro del Estado comunista. La fe sencilla y la confianza de mis camaradas me conmovía mucho. Proletarios desde su infancia, sus vidas desprovistas de belleza y de alegría, se aferraban a su ideal como la única esperanza de un mundo nuevo y libre. Un ejemplo típico de ellos era James Colton, que, a la edad de sesenta y cinco años, aún tenía que esclavizarse en la mina para ganarse el pan. Había dedicado la mayor parte de su vida al activismo en nuestras filas y, con mucho orgullo,

me contó que él, como yo, se había hecho anarquista como resultado del asesinato judicial de nuestros mártires de Chicago. No había podido tener una educación reglada, pero aun así había captado mucho conocimiento y tenía una comprensión clara de los problemas sociales. Dedicaba su innata capacidad como orador a la causa y contribuía a la propagación del anarquismo con sus escasas ganancias. Los camaradas de su grupo, hombres más jóvenes con familias que mantener, se veían arrastrados por la energía de «Jimmy» e inspirados por su amor y su consagración al ideal.

El informe sindical sobre Rusia, firmado por todos los delegados, incluido John Turner, resultó ser un completo blanqueo del régimen soviético. Los temas que abarcaba habrían requerido varios años de estudio, viajes extensos y una larga estancia en el país. Los delegados laboristas habían estado seis semanas en Rusia, de las cuales una de ellas la habían pasado metidos en trenes, según me contó John. Obviamente su informe no podía ser el producto del conocimiento personal y de la observación de sus autores. De hecho, era una recopilación de los documentos que les habían preparado especialmente las autoridades. En tanto la mayoría de los delegados ya eran prosoviéticos antes de llegar a Rusia, era bastante normal que se hubieran tragado el anzuelo bolchevique. Sus intérpretes, uno de ellos un agregado naval de la embajada británica en los tiempos de los zares y los demás en el servicio diplomático desde hacía mucho tiempo, eran especialistas en apañar datos oficiales para quedar bien. Se habían inclinado ante la antigua autocracia por los intereses de su gobierno y ahora, en tanto partidarios del I.L.P., también se habían inclinado bastante. Era su profesión y yo no tenía nada que decir ahí. Pero me escandalizó que John Turner firmara el informe. Más aún en cuanto su artículo en *Foreign Affairs*, la entrevista que concedió a un representante del *Forward* de Nueva York, así como su intervención en nuestro mitin, contradecían punto por punto los ditirambos del informe. Le escribí con franqueza sobre cómo me había decepcionado a mí y al resto de los camaradas. Me respondió con una frase

idéntica a la que había empleado George Lansbury en 1920: podía mostrarme «otros tantos pobres e indigentes en Londres». No lograba ver la relación entre la miseria en Inglaterra y la afirmación que contenía el informe de que los trabajadores rusos, aunque políticamente cautivos, eran económicamente libres y estaban satisfechos. Turner y sus compañeros delegados sabían que eso era tan poco cierto en lo que se refería a las masas en Rusia como en lo que respecta a los obreros británicos.

Era urgente desenmascarar el engaño. Propuse a nuestro comité elaborar una respuesta y me encargaron prepararla con la ayuda de Doris Zhook. El folleto que publicamos comparaba las afirmaciones del informe con citas de la prensa soviética durante la visita de los delegados británicos. No incluía ningún comentario, pues estábamos decididas a que fueran los propios bolcheviques los que desmintieran las afirmaciones extravagantes del informe. Los comunistas inmediatamente nos acusaron de emplear material de unos *Izvestia* y *Pravda* falsos, supuestamente publicados en el extranjero por contrarrevolucionarios. Era absurdo e idiota, pero fue triste ver que incluso un insurgente tan válido como el coronel Josiah Wedgwood cambiaba de bando. Me escribió que no asumía responsabilidad ninguna por el panfleto y pedía que se retirara su nombre del comité. Wedgwood, como la mayoría, incluyendo a mi camarada John Turner, se movía en rebaño y carecía de la independencia necesaria para significarse en contra de los hinchas comunistas.

La única excepción en esas filas fue Rebecca West, que no permitió que su afiliación influyera en su actitud o pusiera cortapisas a su libertad de acción. Aunque estaba muy ocupada con su propio trabajo, sacó tiempo no obstante para interesar a sus amigos en mi labor, para ponerme en contacto con un agente literario que podría vender *Mi desilusión en Rusia* a un editor británico, para escribir un prefacio al libro y para moderar una de mis charlas. Pero Rebecca West es una artista, no una política.

El señor C. W. Daniel era otro espíritu indomable, un editor que no pensaba que el comercio fuera el meollo de la vida. Le preocupaban más las ideas y la calidad literaria de las obras que publicaba que el dinero que pudieran reportarle. ¿Acaso era él también un cristiano anticuado que prefería la verdad a los negocios?, pregunté, añadiendo que me habían acusado a mí de ese delito. Admití que era una ingenuidad por mi parte esperar más del I.L.P. que de cualquier otro partido político. Siempre había sabido que, como los animales, nunca cambian su naturaleza, por mucho que puedan mudar de piel. ¡Ay!, una se hace vieja pero no más sabia, o de otra manera no me habría escandalizado tanto encontrarme a radicales que discutían sobre la vida y la muerte de miles de personas en términos comerciales. Cuando nos conocimos más, el señor Daniel resultó no ser más sabio que yo, aunque sí más joven. Se dispuso a publicar una edición británica de *Mi desilusión en Rusia*, totalmente consciente de que, aunque pudiera reportarle la gloria en la posteridad, no haría mucho negocio. Mi libro ya había aparecido en su versión completa en una edición sueca, pero eso para mí no era tan importante como ver mi libro, después de la chapuza atroz de la edición americana, publicado en Inglaterra, en un solo volumen, con un prólogo de Rebecca West.

Mi desilusión, los artículos en el *World* de Nueva York —que el *Freedom* de Londres reimprimió e hizo circular—, mis colaboraciones con la *Westminster Gazette* y el *Weekly News*, además de las que habían aparecido en el *Times* de Londres y reproducidos en los periódicos de su cadena, el artículo en el *Daily News* y, finalmente, nuestro panfleto, que refutaba la ficción de los delegados sindicales, reunían una riqueza de información accesible para todos los que no estuvieran voluntariamente ciegos.

Sasha tampoco había estado ocioso; su *Mito bolchevique* ahora se publicaba en Nueva York por Boni y Liverigt. Pero este último había eliminado el capítulo más importante, las conclusiones, con el argumento de que eran un «anticlímax». Ante lo cual Sasha lo publicó en forma de folleto

con ese mismo título y lo distribuyó a sus expensas. En Inglaterra se vendían ejemplares del libro, traídos de importación, a un precio prohibitivo, sin el conocimiento o consentimiento del autor y sin recibir este un céntimo en concepto de derechos. Las reseñas fueron espléndidas y los críticos eran unánimes a la hora de considerar que *El mito bolchevique* era una obra convincente y conmovedora, de inmenso mérito literario. Además, Sasha había compilado una enorme variedad de datos y documentos sobre la persecución política bajo la dictadura soviética. Consiguió las historias y los testimonios de numerosos presos políticos que habían huido o habían sido deportados de Rusia. Junto con material similar, recogido por Henry G. Alsberg e Isaac Don Levine, el conjunto constituía una acusación colectiva del terror bolchevique abrumadora en sus efectos. Gracias a su solidez, Alsberg y Levine consiguieron cartas de protesta contra el despotismo de Moscú por parte de hombres y mujeres de fama internacional, y el material completo lo publicó en Nueva York el Comité Internacional por los Presos Políticos en un volumen titulado *Cartas desde las cárceles rusas*.

Cumplíamos así con nuestra promesa a los camaradas que sufrían en Rusia. Dimos a conocer su causa así como la de los demás revolucionarios perseguidos. Demostramos el abismo que había entre los bolcheviques y Octubre. Y continuaríamos haciéndolo, Sasha a través del Boletín del Comité Conjunto para la Defensa de los Presos Políticos rusos, y yo donde y cuando se presentara la ocasión. Después de ocho meses inmersa en la situación rusa, me sentí legitimada para buscar otros temas. Esto era especialmente urgente, porque no podía seguir aceptando indefinidamente que me mantuviera mi familia y mis amigos americanos. No habría podido salir adelante sin amigos tan queridos y entregados como Stewart Kerr, por ejemplo, que nunca dejaba pasar un mes sin hacerme un regalo. Ahora que podría ser autosuficiente mediante mis conferencias sobre teatro, decidí interrumpir mi labor sobre Rusia, al menos durante un tiempo.

Poco después de mi llegada a Inglaterra, Fitzi me nombró su representante del Provincetown Playhouse, al que ya había entregado años de trabajo y amor. Mis credenciales me permitían acceder gratuitamente a algunos de los teatros, pero lo que allí vi no me abrió el apetito de explorar más a fondo la escena londinense. Mis amigos ingleses hablaban muy bien del Birmingham Repertory Theatre, en tanto único grupo con destacado mérito artístico. En sus comienzos había sido un grupo de aficionados, me contaron, y debía su fundación y su espléndido desarrollo a la habilidad y generosidad de su fundador, Barry V. Jackson. Mis experiencias con la hospitalidad intelectual británica me habían dejado algo escéptica. Pero tuve la oportunidad de juzgar por mí misma cuando el Birmingham Repertory Theatre estrenó en Londres *César y Cleopatra*, de Shaw, y yo me apresuré a presentar mis credenciales como embajadora europea de Fitzi. En ningún otro teatro de la metrópolis británica se me recibió con más cortesía. La función fue una revelación. No había visto decorados, atmósfera y actuación de conjunto semejantes desde los días del estudio de Stanislavski, e incluso aquella escenografía no resistía la comparación con este festín para la vista. El *César* de Cedrid Hardwicke superaba incluso al de Forbes-Robertson que yo había visto en Nueva York. Consiguió convertir al viejo romano en una criatura intensamente humana, con el suficiente ingenio como para reírse de sí mismo. La señorita Gwen Ffrangcon-Davies como Cleopatra era una criatura exquisita. Por primera vez desde que estaba en Inglaterra pude sacudirme la melancolía que ocho meses de penurias habían instalado en mi ánimo.

Cuando conocí mejor a Barry Jackson, Walter Peacock, Bache Matthews (el director) y a algunos otros miembros de la compañía, me libré de tener que juzgar la naturaleza de todo un pueblo por las experiencias amargas que había tenido con alguno de sus grupos. Sabían que era una extranjera luchando por poner un pie en su país y eso era para ellos una razón suficiente para ofrecerme su ayuda. La posibilidad de perder unos votos o

apoyos o el que no estuvieran de acuerdo con mis opiniones sobre los temas sociales no les afectaba. Lo que les movía era que había un ser humano, un semejante, a la deriva en una tierra extraña. Me dieron la bienvenida a sus teatros y me pusieron en contacto con círculos que podrían permitirme mantenerme a mí misma por medio de conferencias sobre teatro.

El señor Peacock me presentó a una serie de gente, entre ellos a Geoffrey Whitworth, el honorable secretario de la Liga Británica de Teatro. El señor Matthews habló de mi obra al secretario de los Birmingham Playgoers, lo que pronto me reportó una invitación de dicha sociedad; y Barry Jackson, uno de los hombres más ocupados de Londres, siempre encontraba tiempo para mí cuando necesitaba su amable ayuda. El señor Whitworth, generosamente, abrió su oficina para mi trabajo; puso a mi disposición a la secretaria de la Liga, la biblioteca y la lista de las sociedades afiliadas. El señor Whitworth también me invitó a hablar en el Congreso de la Liga Teatral que iba a tener lugar en Birmingham.

En el bello Repertory Theatre di una conferencia sobre teatro ruso, discutiendo los diferentes estudios: el Kamerny, el Meyerhold... La atmósfera estaba despejada de encono y conflicto, los públicos se mostraban receptivos, las preguntas eran agudas e inteligentes. En el intermedio nos juntamos todos con enorme cordialidad y en conjunto me animó muchísimo.

Demasiado tarde me enteré de que en Inglaterra la costumbre es organizar los ciclos de conferencias con seis meses de antelación. Aun así conseguí siete encargos a principios del otoño con los Playgoers en Manchester, Liverpool, Birkenhead, Bath y Bristol. En esta última ciudad, nuestra gente estaba también organizando una serie de conferencias. El Círculo de Estudio Teatral que se había montado en Londres estaba planificando varias conferencias sobre el origen y desarrollo del teatro ruso, y los anarquistas del East End de Londres me pidieron hacer lo mismo en

yidis. Podía anticipar una época atareada haciendo un trabajo que siempre me había gustado.

Durante mis primeros días en Inglaterra, cuando todo parecía negro, Stella me había escrito que Londres era una belleza fría que necesitaba mucho cortejo antes de mostrar sus encantos. «¿Y quién quiere cortejar a una belleza fría?», le contesté. Ahora ya llevaba nueve meses de cortejo. ¿Sería que estaba empezando a conmover su corazón? Londres ahora estaba realmente hermoso con su profusión de verde y la abundancia de flores y sol, como si nunca fuera de luto o ya no fuera más a llorar torrencialmente. Cada momento en el interior pesaba, sabiendo lo breve que era el esplendor. Pero necesitaba al menos seis horas al día para lidiar con los tesoros históricos que había descubierto en el Museo Británico sobre el teatro y el drama ruso. Esta institución había sido uno de mis objetivos cuando llegué a Inglaterra, pero solo ahora tenía el tiempo, el interés y la necesidad de atracarme de todo lo que ofrecía. Cuanto más trabajaba en el museo, más información desenterraba sobre escenografías, antiguas obras, decorados y vestuario. Esto me condujo a campos más amplios, que abarcaban el fondo político y social de los autores dramáticos de diferentes periodos, así como su correspondencia, que reflejaba sus sentimientos y reacción ante la vida rusa. Era un estudio fascinante y tan absorbente que me hacía olvidar la hora de cierre. Una cosa quedó clara desde el principio. No podía esperar cubrir ni siquiera una fracción de este material en seis conferencias, o en una docena. Se necesitaba todo un volumen. El profesor Wiener, Piotr Kropotkin y otros habían escrito grandes libros sobre la literatura rusa. Imaginé que mis series sobre teatro podrían ser una introducción para un libro más extenso que escribiría en una fecha posterior.

Mis encuentros con Havelock Ellis y Edward Carpenter descollaron como la culminación de un deseo atesorado durante un cuarto de siglo. No es que fuera a conocerlos mejor a través del fugaz contacto personal de lo que los había conocido a través de sus obras. Vi a Ellis apenas durante

media hora en su apartamento de Londres, y los dos no supimos muy bien qué decirnos. Pero si hubiera vivido junto a él durante años no hubiera percibido más claramente que el hombre y la obra de su vida eran uno y lo mismo, tan expresiva de su personalidad única y sublime visión era cada línea que me había hablado desde las páginas de su obra liberadora.

Mi visita a Edward Carpenter duró la mayor parte de una tarde, en su modesta casita de Guilford. Tenía casi ochenta años, estaba débil y frágil. Al lado de su flamante compañero, al que todo el mundo llamaba George, su traje parecía raído. Pero su porte era distinguido y cada uno de sus gestos era grácil. El querido Edward apenas tuvo ocasión de hablar, pues George monopolizó toda la conversación hablando de la obra que «Edward y yo» habían escrito mientras estuvieron en España y el libro «que estamos planificando para este verano». Edward se mostraba paciente e indulgente ante la soberbia de los seres pequeños, contemplándola con la sabiduría de los años.

Intenté decirle lo mucho que habían significado sus libros para mí: *Towards Democracy*, *Angel Wings*, *Walt Whitman*... Me detuvo, colocando suavemente su mano sobre la mía. Mejor tenía que contarle acerca de Alexander Berkman, me dijo. Había leído su *Memorias de la cárcel*, «un estudio profundo de la inhumanidad del hombre, de la psicología carcelaria y de su propio martirio, descrito con una sencillez extraordinaria». Siembre había querido conocer a «Sasha» y a «la chica» del libro.

¡Havelock Ellis y Edward Carpenter! Mi verano sin duda se vio enriquecido por estos dos grandes señores del intelecto y el corazón.

También trajo otros acontecimientos interesantes, además de mi labor de investigación. Fitzi llegó para una breve visita y, gracias a ella, conocí a Paul y Essie Robeson, así como a otros colaboradores de Fitzi en el Provincetown Playhouse. Había venido a Londres para montar *Emperor Jones* con Paul Robeson. Essie era una persona encantadora y Paul dejaba fascinado a todo el mundo. Lo primero que escuché cantar a Robeson

fueron una serie de espirituales en una fiesta que daba mi amiga americana Estelle Healy. Nada de lo que me hubieran podido contar sobre su canto podía expresar adecuadamente la cualidad conmovedora de su voz. Paul era también una personalidad adorable, completamente desprovista del egotismo de una estrella y tan natural como un niño. Nunca se negaba a cantar por muy pocos que fuéramos, si se encontraba a gusto en nuestra compañía. A los Robeson les gustaba cómo cocinaba yo, especialmente el café, y así nos intercambiábamos cumplidos. Preparaba una cena para unos pocos escogidos u organizaba una fiesta a mis amigos ingleses para que conocieran a los Robeson y Paul dejaba a todo el mundo maravillado con su voz gloriosa.

El verano fue enriquecedor, el más enriquecedor desde hacía años. Ahora que los días soleados llegaban a su fin, mis amigos se marchaban. Ante mí se desplegaba un trabajo que me gustaba y mi corazón aún tenía fuerzas para ello. Pero al llegar diciembre ya quedaba poco de ello o de alguna otra cosa que me ayudara a enfrentarme al invierno londinense. Mis incursiones en las sociedades de los Playgoers fueron bastante satisfactorias. También fueron muy gratificantes los encuentros con las organizaciones de Liverpool y Birkenhead, debido a su público mixto. El resto se componía exclusivamente de gente de clase media que carecía de interés vital por el teatro y que no era sensible a su valor educativo y social. No obstante, la experiencia había demostrado que podría lograr una posición con los Playgoers si podía resistir lo suficiente como para que se me conociera mejor en Inglaterra, durante uno o dos años. Pero no tenía medios para ello ni las ganas de convertirme en un apéndice.

Las conferencias independientes en Londres y Bristol demostraron una vez más cuánta razón tenía el dicho británico: «En Inglaterra no se hace así». El fracaso de Londres fue especialmente decepcionante porque habíamos empezado con muchas promesas de éxito. Keats' House, pintoresca, hermosa y permeada por el genio y el espíritu del gran poeta

inglés, fue nuestro lugar de reunión. Claire Fowler Shone fue nuestra secretaria, una organizadora capaz y una trabajadora prodigiosa, bien conocida en las filas laboristas y sindicales, con una docena de amigos que la ayudaron. Se pusieron en circulación miles de copias de una reseña de mi libro sobre teatro, escrita por Rebecca West y Frank Harris. Barry Jackson, Geoffrey Whitworth, A. E. Filmer y otros, en absoluto ajenos al mundillo teatral, se anunciaron como los moderadores. Y aun así la asistencia fue escasa y los ingresos apenas cubrieron los gastos. Es cierto que el público era de un nivel intelectual muy alto. Eso y la alegría de recopilar mi material fueron las únicas satisfacciones que conseguí después de casi seis meses de trabajo.

Pasé tres semanas en Bristol con un resultado similar. Mi segundo intento de echar raíces en el Reino Unido se había así ido por la borda. Pero la niebla y la humedad seguían siéndome fieles y se paseaban por mi organismo haciendo su santa voluntad. Estaba postrada con escalofríos y fiebre cuando me llegó una invitación de mis queridos amigos Frank y Nellie Harris para que los fuera a visitar a Niza.

En junio me había casado con el viejo rebelde James Colton. Ya ciudadana británica, hice lo que hacen la mayoría de los nativos que podían rascar suficiente como para huir del clima de su país. El *American Mercury* me había mandado un cheque por mi semblanza de Johann Most, así que pude pagarme un billete al sur de Francia. Los Harris eran anfitriones maravillosos, que no ahorraban esfuerzos para rodearme de cariño y ayudarme a recuperar mi salud y mi buen humor. Había pasado ya muchas horas interesantes con Frank antes, pero nunca suficientes como para ver más allá del artista, del hombre de mundo, del conversador interesante. En la intimidad de su hogar pude vislumbrar lo que había detrás de lo que todo el mundo llamaba el egotismo y la arrogancia de Frank. Me di cuenta de que mi anfitrión se conocía a sí mismo mucho mejor que nadie. Era consciente de todo lo humano, demasiado humano, de su apariencia. Tenía

sus dudas lacerantes sobre si era en realidad el artista supremo que proclamaba ser, sobre si sus obras sobrevivirían y sobre si se le concedería el nicho inmortal. Frank no era ciego ante sus propias debilidades, aunque sí lo era ante las de sus amigos y se equivocaba sobre los que consideraba sus enemigos. Frank Harris, cuando le vi las entretelas, lejos de disminuir en mi afecto, se me hizo más cercano. Teníamos pocas ideas en común, especialmente acerca de los problemas sociales. Discutíamos a menudo, pero siempre con los mejores sentimientos, pues sabíamos que por muy alejados que estuviéramos en ideas, nuestra amistad no se resentiría.

Mi encuentro con Nellie Harris en París el año anterior no me había dejado conocer su personalidad, excepto su obvia amabilidad y encanto. Durante mi visita, todas esas preciadas y exquisitas cualidades se desplegaron ante mí como una flor. Había conocido antes a esposas de artistas, había visto su resentimiento ante los amigos de su marido, sus celos por las admiradoras femeninas y bien sabía lo pesados y taimados que pueden ser los miembros de mi sexo para con las esposas de sus ídolos. Mi simpatía estaba siempre con las esposas, porque ya me parecía un martirio suficiente estar casada con un artista. Y eso mismo habría pensado de Nellie si hubiera descubierto que no era generosa con los admiradores de Frank. Pero Nellie era un ángel, un espíritu amplio y acogedor, incapaz de crueldad y para nada un mero reflejo de su famoso marido, sino un individuo de pleno derecho, una observadora aguda de la gente y de los asuntos, mejor juez de la naturaleza humana que el querido Frank y más paciente y comprensiva.

Odiaba tener que dejar a mis buenos amigos, pero la necesidad de investigar en la Bibliothèque Nationale me reclamaba en París antes de regresar a Inglaterra. Tenía que cumplir algunos compromisos con las sociedades Playgoers en Liverpool sobre el movimiento del Little Theatre en América. Ya les había hablado sobre las obras de Eugene O'Neill y una mujer periodista había escrito sobre «mis manos sensibles y el forro dorado

de mi abrigo, rasgos bastante sorprendentes para ser una anarquista», pero suponía que a los Playgoers les gustó mi charla, puesto que me invitaban de nuevo. También había aceptado pronunciar otra serie de conferencias sobre las obras de teatro de Europa continental y de América en una sala popular, con las entradas a un chelín. Mis camaradas estaban convencidos de que atraerían multitudes, pero, el día en cuestión, estas no se presentaron. Strindberg, los expresionistas alemanes, Eugene O'Neill y Susan Glaspell no interesaban al público británico cuando se presentaban sin el sello de una organización o de un partido. «En Inglaterra eso no se hace». Me vi obligada a reconocer que haría falta un periodo de tiempo mucho más largo de lo que había pensado para romper el muro de ese «aquí no se hace». Cinco años quizás, si no más. Pero ya no tenía tantos años que desperdiciar. Además, me enfrentaba al problema de llegar a fin de mes. Desde mi deportación no había pensado nunca en ello, porque siempre había creído que, mientras pudiera usar mi voz y mi pluma, podría ganarme fácilmente la vida. Desde entonces, el espectro de la dependencia me había acosado y lo hizo con más saña después de mi gira por Gales del sur y las provincias. Prefería aceptar un trabajo de cocinera o ama de llaves antes de vivir de mis actividades entre los mineros y obreros textiles, tan mal pagados. No podía permitirles que asumieran mis gastos de transporte, mucho menos los costes de mis conferencias. Como las charlas sobre teatro no resultaban rentables, no vi forma de continuar mi trabajo en Inglaterra.

Un amigo me había dicho una vez, en broma, que era como un gato. «Si te tiran de la ventana de un sexto piso, caerás de pie». Tras el último fracaso me sentía efectivamente como si me hubieran arrojado desde lo alto del Woolworth Building. Dos cosas me pusieron de nuevo sobre mis patas. Una era mi plan de un libro sobre «El origen y desarrollo del teatro dramático ruso», la otra, una gira por Canadá. Los anarquistas de allí me habían invitado a ir y un camarada de Nueva York había prometido reunir dinero para mis gastos. Durante el verano me iría a un pequeño lugar en Francia

para escribir y, después, en el otoño, me iría a Canadá. Las dos iniciativas, esperaba, me garantizarían durante uno o dos años poder mantenerme y seguir mi actividad en Inglaterra. Me aseguré reservando inmediatamente el pasaje para Canadá.

El incentivo para dedicar los siguientes cuatro meses a escribir procedía de C. W. Daniel, mi editor y mecenas. Se había tomado un interés muy vivo en mis conferencias sobre dramaturgos rusos, había enviado a una taquígrafa para cogerlas al dictado y albergó la esperanza de publicarlas en forma de libro en un futuro no muy lejano. Además de *Mi desilusión,* había también publicado una edición inglesa de las *Memorias de la cárcel* de Alexander Berkman, para la que Edward Carpenter había escrito un prólogo, e importado ejemplares de *Cartas desde las cárceles rusas*. Ninguna de estas iniciativas había llenado mucho sus cofres. Pero eso no le desanimó en absoluto para querer probar suerte de nuevo.

Estaba a punto de salir de Londres cuando se declaró la huelga general. No podía ni pensar en escapar de un acontecimiento de tan abrumadora importancia. Se necesitaría gente para trabajar y ayudar, y yo tenía que quedarme y ofrecer mis servicios. John Turner era el hombre adecuado para ponerme en contacto con la gente que dirigía la huelga. Le expliqué que estaba dispuesta a hacer cualquier tipo de labor para ayudar en la gran lucha: ocuparme de la asistencia a las familias de los huelguistas, organizar el cuidado de los niños o encargarme de los puestos de avituallamiento. Quería ayudar a los militantes de base. John estuvo encantado. Eso ayudaría a despejar los perjuicios que mi postura antisoviética había suscitado en los círculos sindicalistas, y demostraría que los anarquistas no se limitaban a teorizar sino que eran capaces de hacer una labor práctica y que estaban preparados para cualquier emergencia. Llevaría mi mensaje al comité de huelga y les pondría en contacto directo conmigo. Esperé dos días, pero no me dijeron nada, ni por parte de los cuarteles generales o por parte de John. Al tercer día hice de nuevo el largo camino a pie para ver a John y

preguntarle por el asunto. Le habían dicho que toda la ayuda para la huelga se obtendría de las filas sindicalistas y que no se necesitaba ayuda externa. La excusa no se sostenía; claramente los líderes temían que se filtrara que la anarquista Emma Goldman tenía alguna relación con la huelga general. John se resistía a admitir mi interpretación, pero tampoco podía negar que quizás tuviera razón. Era la vieja historia: la maquinaria centralizada en todas las esferas de la vida británica no dejaba hueco a la iniciativa individual. Era una tortura permanecer neutral allí donde la línea entre patronos y empleados estaba tan netamente trazada, o quedarse de brazos cruzados mientras los líderes daban un traspiés tras otro; pero tampoco podía irme en trenes o barcos manejados por esquiroles. Encontré un poco de alivio en las calles, mezclándome con los hombres y escuchando sus reacciones. Su espíritu de solidaridad era fantástico; su fortaleza, grande; el desdén por las penurias que la huelga ya les había infligido, admirable. No menos extraordinario fue el buen humor y el autocontrol frente a las provocaciones del enemigo: coches blindados conducidos por jóvenes matones patrullaban las calles ridiculizando e insultando a los huelguistas, y los ricos, que transitaban con sus automóviles de lujo, se añadían a las afrentas. Se produjeron algunos encontronazos pero, en general, los huelguistas se comportaban con orgullo y dignidad, confiados en la justicia de su causa. Era inspirador, pero también aumentaba mi tristeza ante mi propia indefensión. El décimo día de la huelga aún no había señales de un acuerdo. Decidí salir de Inglaterra por avión.

---

[36] Posible referencia a Calvin Coolidge (1872-1933), presidente de los Estados Unidos de América durante el mandato de 1923-1929. *(N. de la T.)*.

Mis amigos habían descubierto un lugar precioso en Saint-Tropez, una aldea de pescadores antigua y pintoresca en el sur de Francia. Era un lugar encantador: una pequeña casita de tres habitaciones, una de las cuales tenía una vista de los Alpes marítimos cubiertos de nieve con un jardín de rosas magníficas, con geranios rosas y rojos, árboles frutales y un gran viñedo, todo ello por quince dólares al mes. Allí recuperé algo de mi viejo gusto por la vida y la creencia de que podría superar las vicisitudes que me trajera el futuro. Dividí mi tiempo entre mi escritorio y las tareas domésticas. Incluso saqué tiempo para aprender a nadar. Hacía la comida en una pintoresca cocina de ladrillo rojo provenzal que solo funcionaba con carbón. Y muchos amigos de América y de otras partes del mundo se encaminaron hacia mi nuevo hogar en Saint-Tropez.

Georgette Leblanc, Margaret Anderson, Peggy Guggenheim, Lawrence Vail y muchos otros vinieron una hora o un día para hablar de cosas serias en alegre compañía. Peggy y Lawrence no vivían demasiado lejos, en un pueblo llamado Pramousquier, y allí conocí a Kathleen Millay y Howard Young. Este último me reprochó que no estuviera escribiendo mi autobiografía. «¡Una mujer con tu pasado!», exclamó. «¡Imagina lo que podrías hacer con ello!». Lo haría, le dije, si pudiera garantizarme ingresos para dos años, una secretaria y alguien para restregar las ollas y los calderos. Él se pondría inmediatamente a la tarea de recaudar cinco mil

dólares en cuanto regresara a América, prometió Young. En honor de mi futuro benefactor, Peggy añadió unas pocas más botellas de vino a las que ya habíamos vaciado durante la cena.

Los cuatro meses en Saint-Tropez pasaron demasiado rápido, entre juegos y trabajos. Un sueño dorado al que no faltó el brusco despertar, no obstante. El señor Daniel me comunicó que las condiciones en Inglaterra desde la huelga general habían ido de mal en peor; no había señales de mejora y no debía sentirme obligada hacia su empresa en lo que se refería al manuscrito sobre el teatro ruso. Fue la primera nube en mi cielo azul, pero aún no tan desconcertante como el telegrama de mi camarada de Nueva York que había prometido reunir el fondo inicial para mi gira canadiense. «Cancelado», decía.

Me imaginé que el gobierno canadiense probablemente habría declarado que no me admitiría o que nuestra propia gente se había pensado dos veces la invitación. Pero mis especulaciones resultaron erróneas. Canadá seguía felizmente en la ignorancia del peligro que le amenazaba y nuestros camaradas me aseguraron que seguían esperándome.

Mi promotor parece que tenía miedo del daño físico que pudieran hacerme los comunistas. Sus miedos estaban en cierto modo fundados, los comunistas en Nueva York habían reventado mítines radicales e incluso habían atacado físicamente a sus oponentes. Los tiempos de penuria que vivíamos también afectarían al éxito de mi gira de conferencias, escribía el camarada. Apreciaba su intención de protegerme a mí y a mis intereses, pero no podía expresar asentimiento ante el derecho que se había arrogado de cancelar mi gira. Si este golpe me hubiera alcanzado cuando aún estaba en Inglaterra, habría pensado que el mundo se acababa. Pero la vida en Saint-Tropez me había devuelto la fuerza y con ella regresó mi espíritu de lucha. Telegrafié a tres amigos en los Estados Unidos pidiendo préstamos. Respondieron simultáneamente, aunque vivían en lugares distantes.

Mientras me encontraba en París, almorcé con Theodore Dreiser. «Tienes que escribir la historia de tu vida, E. G.», insistió. «Es la vida más emocionante de cualquier mujer de este siglo. ¿Por qué demonios no lo haces?». Le dije que Howard Young había preguntado primero. No le había tomado muy en serio y no me sorprendió no haber recibido noticias suyas, aunque llevaba ya varios meses en América. Dreiser insistió en que estaba muy interesado en que mi historia llegara a todo el mundo. Él se encargaría de buscar un editor que adelantara cinco mil dólares y enseguida tendría noticias suyas. «De acuerdo, querido, a ver qué puedes hacer. Y si te olvidas o fracasas, ¡no te denunciaré por romper tu promesa!», me reí.

Entré en Canadá tan silenciosamente como había entrado en Inglaterra dos años antes. En Montreal me enteré de que no se había escuchado a ningún anarquista en inglés desde hacía muchos años. La única gente activa era el grupo en yidis, pero no tenían experiencia en organizar conferencias en inglés. Mi amigo Isaac Don Levine había prometido ayudar con la publicidad, pero incluso antes de que él llegara a Montreal, los periódicos anunciaron que la peligrosa anarquista Emma Goldman, escondiéndose tras el nombre de Colton, había conseguido esquivar a las autoridades de inmigración y estaba en Montreal. Para ahorrar más inquietud a los montrealenses y para satisfacer la curiosidad de la prensa, Don publicó una declaración contando cómo y por qué había venido a Canadá e invitó a la prensa a entrevistarme. El teléfono y el timbre de mis anfitriones, los Zahler, no dejó de sonar y los periódicos exhibieron todo su sensacionalismo con la noticia de que el amor aún estaba vivo en esta época groseramente materialista: Emma Goldman y James Colton, un minero del sur de Gales, habían redescubierto su afecto mutuo después de veinticinco años y habían unido sus vidas en matrimonio. Se informó de que las autoridades de inmigración habían declarado que no tenían intención de

interferir en mi presencia en Canadá, «siempre que no defendiera las bombas».

Los fanáticos de Moscú buscaron boicotear mis conferencias yendo a visitar casa por casa a toda la población radical yidis. Unos pocos comunistas decentes y sensatos deploraron estas tácticas. Propusieron un debate entre Scott Nearing y yo. Habría preferido algún comunista que hubiera vivido el suficiente tiempo en Rusia y que conociera la situación mejor que el señor Nearing. Pero aun así estaba muy dispuesta a hablar con él sobre la cuestión de la vida bajo la dictadura. No así el señor Nearing. Su respuesta fue que si E. G. estuviera agonizando y él pudiera salvarle la vida, no movería un dedo para hacerlo.

Además de mi conferencia en el teatro y de un discurso en el mitin en homenaje a Eugene Debs, di seis conferencias en yidis y hablé en un banquete en el que se recogieron varios cientos de dólares para los presos políticos rusos. El resultado más satisfactorio de mi visita a Montreal fue el grupo de mujeres que se constituyó en un organismo permanente con el fin de recaudar fondos para los revolucionarios encarcelados en el Estado comunista.

Los anarquistas de Toronto eran más numerosos y estaban mejor organizados. Realizaban una propaganda intensiva en yidis y ejercían su influencia sobre la comunidad, pero desgraciadamente no atendían igual a los nativos. Estaban ansiosos, en cualquier caso, de ayudarme con todas sus fuerzas en mi programa de conferencias en inglés. Habían hecho una gran parte del trabajo de preparación y esperaban que la primera presentación fuera un éxito. El apoyo llegó de un lugar inesperado. Había notificado a los periódicos de Toronto mi visita a la ciudad, pero únicamente el *Star* mostró suficiente interés como para enviar a un representante, el señor C. R. Reade. Me sorprendió encontrar a alguien tan profundamente conocedor de la filosofía anarquista y familiarizado con sus exponentes y su obra. Incluso podría ser uno de nosotros, bromeé. La vida ya era muy complicada sin ser

adepto de una causa tan impopular o sin tener que compartir sus ideas con un mundo aburrido, se rio. Su comprensión y actitud amigable ejerció un efecto proselitista sobre sus editores. En palabras de los comunistas, el *Star* se convirtió en «el panfleto de propaganda de Emma Goldman». La explicación que se dio para mi «buena mano» con el periódico era que su dueño había sido en el pasado un anarquista «filosófico» y que seguía acogiendo bien las ideas avanzadas. Pero sentía que se debía sobre todo a los buenos oficios de Reade. Tanto él como la señora Reade se convirtieron en mis valedores más entusiastas. La señora Reade incluso se ofreció a organizar un curso de mis conferencias sobre teatro. Se contaban entre los pocos espíritus afines intelectualmente que pude disfrutar durante mi estancia en Toronto.

Los queridos miembros de mi familia vinieron a visitarme desde los Estados Unidos y fue una alegría inmensa tenerlos cerca, a pesar de que tuvieran que venir a mí, en lugar de que fuera yo hacia ellos. Y no es que no hubiera tenido ocasión. Algunos amigos estaban dispuestos a colarme por la frontera. Con mi fotografía en todas las «galerías de granujas» de los Estados Unidos, me habrían reconocido en menos que canta un gallo, y no tenía sentido esconderse. Los amigos y camaradas que se lo pudieron permitir vinieron a verme. En cuanto al resto, nunca me gustó correr riesgos alegremente. Mi antiguo país aún ocupaba un enorme lugar en mi corazón, a pesar de cómo me había tratado. Mi amor por todo lo que tiene de ideal, creativo y humano no iba a morir. Pero si solo podía hacerlo renunciando a mis ideas prefería no volver a pisar América.

El precio del transporte en Canadá y las enormes distancias entre las ciudades más grandes me decidieron para que no fuera más allá de Edmonton, Alberta. Winnipeg casi se convierte en mi Waterloo. Hacía un frío extremo en la ciudad, que estaba asolada por una epidemia de gripe, a la que sucumbí en las primeras veinticuatro horas. La falta de unión en nuestras filas, los mítines mal organizados y las interrupciones de los

comunistas en todas las asambleas hacían que la situación fuera lo menos apetecible. Tiritando en la cama durante el día y medio idiotizada por las drogas para vencer el resfriado, conseguí superar el mitin de masas de la noche del domingo a pesar del jaleo que montaban los fanáticos de Moscú. Más tarde añadí una serie de conferencias sobre teatro a mi calendario. Las seis semanas en Winnipeg, aunque arduas hasta el agotamiento, no dejaron de tener su recompensa. La gente activa y alerta de la organización Arbeiter Ring, y las chicas de la Universidad, que me invitaron a hablar, fueron una bendición en medio de mi dura prueba.

En Edmonton, Alberta, rompimos el récord. Llegué para dar tres charlas. Me quedé para pronunciar quince en una semana. Algunos días hablé hasta tres veces. Todas las organizaciones judías en la ciudad y la mayoría de los grupos obreros, sociales y educativos canadienses me invitaron a hablar. Los dos extremos de la variedad de públicos a los que me dirigí esa semana fueron las chicas de una fábrica, durante su hora del almuerzo en el taller, y el cuerpo de profesores del Edmonton College y de la Universidad de Alberta, en un té organizado en uno de los hoteles por la señora H. A. Freedman, la presidenta del Consejo de Mujeres Judías. El interés extraordinario que mi presencia en Edmonton despertó se debía por completo a los amables esfuerzos de tres personas, ninguna de ellas anarquista. La señora Freedman era una partidaria sincera y acérrima del orden político actual, E. Hanson era un socialista nacionalista y Carl Berg un miembro de la I.W.W.

A mi regreso a Toronto, encontré una nota de Peggy Guggenheim expresando su sorpresa de que no hubiera contestado a la carta de Howard Young sobre mi autobiografía. ¿Había cambiado de opinión y ya no quería que recaudara un fondo que me permitiera escribir el libro? Él tenía la idea de seguir con ello y ella iba a inaugurar la suscripción con quinientos dólares. Le contesté que nunca había recibido la carta de Howard, y que, por mí, adelante, pero que prefería encargar a mi viejo amigo W. S. Van

Valkenburgh el duro trabajo de coordinar la petición. Sabía que, si la energía y la negativa a desfallecer bastaban para ello, Van lo lograría sin duda. Con Peggy Guggenheim y Howard Young como mis primeros apoyos, Kathleen Millay como secretaria oficial y Van llevando la correspondencia, despegó finalmente el proyecto de conseguir fondos para que escribiera «la obra maestra que incendiaría el mundo».

Mientras tanto mis camaradas en Toronto insistían en que me querían allí entre ellos. Nunca hubieran pensado que la ciudad respondería de manera tan cordial a la propaganda anarquista. Me presionaban para que me instalara definitivamente en Toronto o, al menos, durante unos años. Se ofrecían a pagar todas las facturas y podía darme por contratada, declararon. La mayoría de estos anarquistas yidis eran obreros que apenas ganaban para vivir: el expansivo Maurice Langbord y su esposa Becky, penando para mantener a seis niños adorables, con mucho apetito; A. Judkin, que no pesaba más de cuarenta y cinco kilos, con su mujer enferma, conducía el camión de repartir los periódicos; el amable y jovial Joe Desser, enfermo durante meses; Gurian, Simkin, Goldstein y otros camaradas, todos ellos con familias y otras responsabilidades. No podía aceptar que me mantuvieran, ni siquiera Julius Seltzer, el único «millonario» en nuestras filas. Ni tampoco podía pensar en que el resto de mi vida transcurriera en Canadá. Pero podía comprometer un año.

El curso especial de teatro, que organizaron mis dos amigas artistas, Florence Loring y Frances Wylie, había dado beneficios. Mi familia envió dinero en efectivo como regalo de cumpleaños. Los dos Ben, el pequeño y el grande, y otros amigos, se habían acordado también de mí para la ocasión. Tenía suficiente como para tirar hasta bien entrado el verano. Pensé que podía descansar un poco y después arremangarme para preparar una nueva serie de conferencias. Pero perdí todo deseo de descansar ante el inminente asesinato de Sacco y Vanzetti.

Las primeras noticias de su detención me habían llegado en Rusia. Después hubo un silencio hasta que llegué a Alemania. Las pruebas de su inocencia eran tan abrumadoras que parecía imposible que el estado de Massachusetts fuera a repetir en 1923 el crimen que había cometido en Illinois en 1887. Seguramente se había progresado algo en América en el último cuarto de siglo, había habido algún cambio en las mentes y los corazones de las masas como para poder evitar este nuevo sacrificio humano, razoné. No tenía sentido que precisamente yo hubiera pensado así. ¡Yo, que había vivido y luchado en los Estados Unidos durante más de la mitad de mi vida y que había sido testigo de la inercia de los obreros y de la falta de escrúpulos y de humanidad de los tribunales americanos! ¡Después de que hubieran degollado a nuestros hombres de Chicago siendo inocentes, de que condenaran a Sasha a veintidós años por una falta que legalmente solo podía castigarse con siete, de que enterraran a Mooney y Billings de por vida basándose en testimonios perjuros, con las víctimas de Wheatland y Centralia aún en la cárcel y todos los demás que habían sido entrampados! ¿Cómo podía haber creído que Sacco y Vanzetti, aunque inocentes, escaparían de la «justicia» americana? El poder de sugestión me había pillado con la guardia baja. El mundo entero había condenado la posibilidad monstruosa de que a Sacco y Vanzetti se les negara un nuevo juicio y de que se ejecutara la sentencia de muerte. Me había dejado influir y no había hecho casi nada para impedir que la mano del verdugo tocara a estas dos hermosas vidas. Solo después de llegar a Canadá me di plena cuenta de mi error. Hablar parecía inconsecuente y fútil. Pero era todo lo que yo podía hacer para llamar la atención sobre la infamia que se iba a cometer al otro lado de la frontera, tras el purgatorio de siete años que habían sufrido los dos hombres perseguidos. Desgraciadamente mi débil voz, como la de millones, gritaba en vano. América seguía sordo.

Mis camaradas organizaron un mitin como homenaje. Acepté hablar en él, aunque sabía que ninguna oda a su valor y nobleza podía otorgarles

mayor gloria a los ojos de la posteridad de lo que lo había hecho la hermosa canción de Vanzetti o las últimas palabras, sencillas y heroicas, de Sacco.

La inmersión en algún interés vital a menudo me ha ayudado a superar el salvajismo que el hombre inflige a su hermano. Concentrarme en el estudio del material necesario para mi trabajo durante el invierno mitigaría el dolor de nuestra pérdida grande y dolorosa.

Las bibliotecas públicas y universitarias de Toronto carecían de las obras modernas sobre los problemas sociales, educativos y psicológicos que ocupaban hoy a las mejores mentes. «No compramos libros que consideramos inmorales», se decía que había declarado un bibliotecario local. Yo me agencié un bibliotecario propio en la persona de Arthur Leonard Ross, el mejor de los amigos, que me envió dos cajas de libros de referencia sobre los temas que estaba preparando. También me topé con una rica colección sobre Walt Whitman, que poseía el señor H. F. Saunders, secretario de la Hermandad Walt Whitman de Toronto, que me invitó a hablar en la reunión anual en memoria del buen poeta de barba blanca.

Mi suerte en Toronto superó con mucho mis merecimientos. Aparecía gente amable que me concedía todos los deseos. «¿Una secretaria?». «Claro, está Molly Kirzner, ella trabajará contigo». Ese mismo año, Molly cambió su nombre por Ackerman, pero su lealtad hacía mí no cambió. «¿Un local céntrico para nuestra publicidad?». «¡Claro, está C. M. Herlick, el abogado. No temas, es también socialista y está dispuesto a poner su oficina a nuestro servicio». Aparecieron un médico, un dentista y sastres con solo mencionarlo y también una secuestradora, cuyo coqueto hogar pronto se convirtió en el mío. La amable mujer, Esther Laddon, tenía aproximadamente mi edad, pero nos hicimos prácticamente madre e hija. Se preocupaba por mi salud, se ocupaba de mis comidas y le decía a todo el mundo que ni se le ocurriera perderse a la gran oradora E. G. Decididamente, mi suerte era mayor que mis merecimientos.

En enero de 1928, pronuncié la charla final de una serie de veinte que abarcaba los diversos problemas de nuestra época. La última noche, en la que traté de *Companionate Marriage*, de Ben Lindsey, atrajo una cantidad de público que igualaba en número al total de asistentes a los otros cuatro mítines. Me aseguraron que había conseguido una hazaña que ningún orador en Toronto había logrado anteriormente. Había llegado como una extranjera, sin fondos ni representante. En un año, había despertado suficiente interés como para asegurarme un público dos veces a la semana durante ocho meses. Lo más importante, pensaban mis amigos, había sido el efecto de mi conferencia sobre el castigo corporal en las escuelas. La campaña que se organizó para abolir la salvaje costumbre era resultado directo de ella, dijeron. No podría haberlo logrado si no hubiera tenido el eficaz apoyo de amigos como los Reade, Robert Low, Mary Ramsey, Jane Cohen, los Hughes, Florence Loring, Frances Wylie y mis camaradas de Toronto. Su participación no había sido menor que la mía y su crédito debe ser acorde a ella.

La última semana en Montreal, antes de embarcar, estuvo por completo libre de la melancolía y la decepción de mi visita previa. Llegué como invitada de la Women's Aid Society, el grupo que había organizado para la ayuda a los revolucionarios perseguidos en Rusia. Mi ausencia de casi un año no había empañado su ardor ni disminuido sus esfuerzos. La señora Zahler, Lena Slackman, Minna Baron, Rose Bernstein y el resto de las tenaces trabajadoras habían sobrepasado mis expectativas sobre la ayuda financiera que fueron capaces de enviar a Berlín, para el Fondo para los Presos Políticos Rusos. Se habían mostrado igualmente eficaces con los dos mítines que me habían organizado, los más masivos e interesantes que había celebrado hasta el momento en Montreal. Realmente disfruté de su encantadora compañía en la cena de despedida que me dieron. Otros amigos contribuyeron al interés y placer de mi estancia, entre ellos el señor y la señora H. M. Caiserman, entusiastas hebreos, que convocaron a la

intelligentsia yidis en su casa para escuchar mi conferencia sobre Walt Whitman. Estaban orgullosos de que perteneciera a su raza, repetían. Merecía la pena regresar a Montreal para llegar a sus corazones yidis gracias al *goi* Walt Whitman.

Evelyn Scott estaba en la ciudad y pasé algunas horas muy agradables con ella. Había leído y admirado su *Escapade* años antes de conocernos. Nuestra amistad había comenzado en Londres y se cimentó por las cartas de Evelyn, tan magistrales como su obra literaria. Nos reímos hasta las lágrimas recordando nuestro reciente encuentro en Cassis, Francia. Nos había invitado a Sasha y a mí a cenar y habíamos aparecido en compañía de Peggy y Lawrence a las cuatro de la mañana, con un hambre de lobo. Medio atontada por el sueño, Evelyn nos anunció que solo podía darnos café, pues no quedaba ni una migaja de la magnífica cena.

El toque a rebato para la «Vida de E. G.» no había convocado batallones, me informó Van con remordimientos, solo se habían logrado mil dólares, aunque había bombardeado a todo el que se había puesto a tiro. Su rostro se iluminó cuando se enteró de que los camaradas del *Freie Arbeiter Stimme* habían conseguido, mediante los esfuerzos de su editor, Joseph Cohen, de B. Axler y de Sarah Gruber, recaudar una cantidad semejante, y de que Toronto y Montreal no se habían quedado atrás. Pero aún estábamos a medio camino de los necesarios cinco mil dólares. Van no se desanimaba: seguiría dando la lata a todos los que alguna vez habían proclamado su amistad con E. G. ¿Cuál era mi plan? ¿Quería esperar antes de empezar el trabajo? ¿Acaso sugería que una buena anarquista se quedaría a medio camino?, me mofé de mi *impresario*. En quince meses había recaudado más de mil trescientos dólares para el fondo de los presos políticos, más algún dinero para la lucha a favor de Sacco y Vanzetti y para causas similares. Había pagado mis deudas, que sumaban mil doscientos dólares y tenía bastante para cubrir mi pasaje de regreso, además de los fondos nuevos para mi autobiografía.

Regresaba a Francia, a la hermosa Saint-Tropez y a mi encantadora casita para escribir mi vida. Mi vida... Había vivido sus cumbres y sus valles, sus penas amargas y sus alegres éxtasis, en la más negra desesperación y en la esperanza más ferviente. Había apurado la copa hasta la última gota. Había vivido mi vida. Si ahora tuviera el don de pintar la vida que había vivido...

Índice

Portada

Viviendo mi vida. Volumen 2

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Sobre este libro

Sobre Emma Goldman

Créditos

Viviendo mi vida. Volumen 2

Emma Goldman. Kovno, 1869-Toronto, 1940. Anarquista estadounidense y activista del movimiento sindicalista de Estados Unidos, Goldman padeció la cárcel en 1893 por sus encendidas críticas a la política gubernamental. Liberada al año siguiente, dio numerosas conferencias en Europa y de regreso a su país editó en Nueva York, a partir de 1906, la revista libertaria Mother Earth, que hubo de cerrar durante la Primera Guerra Mundial, tras ser detenida de nuevo en 1917 por sus feroces críticas a la contienda, que juzgó como otra manifestacion del imperialismo, y por sus encendidos llamamientos a la deserción.

Entre 1920 y 1922 residió en la URSS con el escritor anarquista lituano Alexander Berkman (1870-1936), con el que estaba unida sentimentalmente, y participó en la sublevación anarquista de Kronshtadt. Disconforme con el autoritarismo soviético, fue expulsada y, tras colaborar con la República en la Guerra Civil Española, se instaló definitivamente en Canadá. Emma Goldman es autora de Anarquismo y otros ensayos (1910), Mi desilusión ante Rusia (1923) y de la autobiografía Viviendo mi vida (1931).

Título original: *Living My Life Vol.2* (1931)

© De la traducción: Ana Useros
Edición en ebook: septiembre de 2020

© Capitán Swing Libros, S. L.
c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid
Tlf: (+34) 630 022 531
28044 Madrid (España)
contacto@capitanswing.com
www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-12226-42-3

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com
Corrección ortotipográfica: Rafael Díaz & Alfonso López
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.